Tras el umbral. Una vida en el Opus Dei



Tapia, Maria del Carmen

Produced by calibre 0.6.13

OceanofPDF.com

Tras el umbral. Una vida

en el Opus Dei

Maria del Carmen Tapia

OceanofPDF.com

PRÓLOGO, PRESENTACIÓN E

INTRODUCCIÓN

Maria del Carmen Tapia nació en Cartagena (España) en 1925. En 1960 adquirió en Caracas la nacionalidad venezolana, que conserva. Creció y se educó en Madrid Entró en el Opus Dei como asociada numeraria en 1948. Vivió en las casas del Opus Dei en España hasta 1952, en que fue llamada a Roma para trabajar directamente a las órdenes de monseñor Escrivá. En 1953 fue nombrada en Roma superiora de la Asesoría Central de la sección de mujeres, donde trabajó también como primera directora de la imprenta del Opus Dei. En 1956 fue destinada a Venezuela como directora regional de la sección de mujeres. Vivió en Caracas hasta 1965, año en que monseñor Escrivá la llamó a Roma. Desde 1966 no pertenece al Opus Dei.

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN ESPAÑOLA

Agotada la primera edición de este libro en España, sale ahora, a menos de dos años, esta segunda edición en formato de bolsillo, pero revisada y puesta al día.

En este año y medio de pausa, Publicaciones Europa-América en Portugal lanzó ya la tercera edición del libro y escasamente han pasado cuatro meses desde que Benziger Verlag, en Alemania, sacara a la luz la versión alemana del mismo, también para Austria y Suiza.

Me ha conmovido recibir en este tiempo cientos de cartas de España y muchos otros países que conservo con hondo respeto. Me escribieron tanto personas que pertenecieron al Opus Dei por muchos años (unos antes que yo, otros en mi época y otros, mucho después) como mujeres y hombres, chicos y chicas y también padres de alumnos de colegios y clubs dirigidos por esta institución, preguntando, con comprensible ansiedad, qué deben hacer para salirse de la órbita del Opus Dei o cómo sacar a sus hijos de esos colegios y centros evitando consecuencias posteriores. Otras muchas cartas provienen de hombres, algunos de ellos sacerdotes, que fueron numerarios del Opus Dei y, al salirse, se alejaron de Dios y de la Iglesia. Otros, han seguido un sacerdocio humilde lejos de aquella pompa y circunstancia. De sirvientas, a quienes el Opus Dei después de muchos años despidió sin retribución ni muestra de afecto o ellas mismas, valientemente, se salieron de sus filas. Muchas de las numerarias, numerarios y supernumerarias que dejaron el Opus Dei o fueron expulsados de él, se pusieron en guardia de la Iglesia y se alejaron de Dios. Es alentador, por otra parte, el que mi propia experiencia haya hecho comprender a muchas de estas personas que Dios está por encima del Opus Dei y tiene intrínsecamente poco o nada que ver con la doctrina efectiva de esa Institución.

Aunque el 17 de mayo de 1992 Su Santidad Juan Pablo II beatificó al fundador del Opus Dei, monseñor José María Escrivá, hecho que como es sabido no implica culto público, han quedado en el aire interrogantes a dicho proceso de beatificación, a la composición del tribunal en el que se repite y perpetúa el culto al fundador por miembros de la Institución, al hecho de no haber incluido críticas

negativas en los documentos presentados a los jueces de esta causa ni a una serie de conflictos institucionales en las actitudes tomadas por monseñor Escrivá, así como que el 40 % de los testimonios fueron presentados por dos de sus colaboradores más cercanos.

Indiscutiblemente la publicación de mi libro perturbó al Opus Dei hasta el punto de intentar por varios medios impedir o al menos retrasar, la primera edición española y cuestionar la publicación portuguesa. Lógicamente el Opus Dei intenta silenciarme porque me refiero en mi narración a puntos álgidos, tales como la falta de libertad existente en la Institución o la manera de convertir a sus miembros en fanáticos, hechos éstos, entre otros, que reflejan el carácter sectario del Opus Dei. Y aseguran públicamente que miento, aunque saben muy bien que digo la verdad. Utilizan para ello a la actual directora central del gobierno de mujeres del Opus Dei, quien por cierto es alemana. Rebatir el libro implicaría rebatir textos íntegros de documentos del propio Opus Dei, algunos incluidos en este volumen y otros en el Apéndice documental del mismo, que es fidedigno y cuyos originales conservo en mi poder.

M.C.T.

Santa Bárbara, 6 de enero de 1994 Epifanía del Señor **ADVERTENCIA DE LA AUTORA**

He pedido a mis editores que respeten los regionalismos con que mi lengua se ha enriquecido en Venezuela: hoy son míos, son rasgos de mi personalidad. Y que se me excusen inconsistencias del lenguaje, naturales en una experiencia como la que yo he hecho.

Santa Bárbara, 3 de marzo de 1992 María del Carmen Tapia

DEDICATORIA

A Dominique de Ménil, qui tient sí profondément aou coeur les droits humanis. Pour son encouragement, toute ma gratitude.

María del Carmen Tapia

AGRADECIMIENTOS

Este libro es el resultado del cariño de los familiares y amigos. Cada uno jugó un papel principal en el mismo. En primer lugar, Joseph Cunneen, editor de Cross Currents -y mi editor de la edición

inglesa en preparación desde hace varios años-, quien con su eficiencia profesional y cariñoso tesón, supo organizar mis ideas al recibir las primeras páginas de mi manuscrito inglés. Fue mi amiga Laura Showalter-Astiz la que, con infinita paciencia, me acompañó en la búsqueda y preparación de documentos para la edición de esta obra. Mi sobrino Javier, a muchos kilómetros de distancia, supo tenerme al día con valiosos datos que sobre este tema aparecieron en los diversos medios de información. Y a Matilde de Urtubi, que con su cariñosa y aguda crítica supo corregirme a tiempo párrafos no claros.

Y nunca podré agradecer bastante la incansable ayuda literaria y los comentarios críticos de la profesora Marta Gallo, de la Universidad de California, quien no regateó esfuerzo ni tiempo en la corrección del texto. Al doctor Roberto de Souza y al doctor Carlos Albarracín Sarmiento, profesor este último de la Universidad de California, les debo un agradecimiento especial, imborrable, por su generosidad y paciencia sin límite al haber dedicado, periódicamente, la mayor parte de sus vacaciones anuales, a la lectura de mi manuscrito, a su evaluación y a la corrección minuciosa del mismo.

Quisiera expresarle aquí a Christine Hopper Warsow no sólo mi agradecimiento, sino mi cariño, por su colaboración de primera hora a este volumen. Lo mismo al doctor Manuel Albarracín, quien dedicó muchas horas, a distancia, discutiendo conmigo, los primeros balbuceos de estas

páginas.

El apoyo y la efectiva colaboración de mis amigos de Venezuela me sostuvo, línea a línea, desde el principio al fin de este libro. E, igualmente, mi familia y amigos en España supieron alentarme para que llevara al final este trabajo.

Sin la valiosa cooperación de amigos míos en Estados Unidos, que de momento prefieren no hacer público su nombre, no hubiera podido tener acceso a importantes fuentes de información para la terminación de mi trabajo.

Ha sido, sin duda alguna, gracias a la colaboración personal y directa de Héctor Chimirri, editor de Ediciones B en España, la que ha permitido llevar a feliz término la edición de este volumen en castellano.

Vaya, una vez más, a Dominique de Ménil, a quien va dedicado este libro, mi agradecimiento profundo y sincero, por su comprensión, aliento y ayuda cariñosa que me proporcionó sin desmayo, a través de los años que duró la elaboración de este volumen.

Quisiera agradecer aquí a Tito Lyon de Castro de Publicaciones Europa-América, mi editor en Portugal y a su colaboradora Ana Sampaio, así como a Markus Fels, mi editor en Alemania de Benziger Verlag, todo el cariño, esfuerzo y entusiasmo que pusieron en las respectivas ediciones de este libro en esos países.

Y es gracias también al impecable trabalo y esfuerzo de José Moya, mi editor para esta segunda edición de bolsillo a quien debo que este nuevo libro vea la luz.

Pero no quisiera dejar de subrayar que sin la inteligente dirección y cooperación de Blanca Rosa Roca, la directora de Ediciones B, este libro no existiría. Vaya a ella mi especial gratitud.

M.C.T.

Santa Bárbara, California, enero de 1992.

Desde el llano adentro vengo tramoliando este cantar, Cantaclaro me han llamado.

¿Quién se atreve a replicar? (1)

(1) Rómulo Gallegos, Cantaclaro. Obras Completas. Tomo I.

OceanofPDF.com

PRÓLOGO -EPÍLOGO A MODO DE

PRÓLOGO

El prólogo a este libro lo iba a escribir un buen amigo mío que es sacerdote. Durante meses estuvo ilusionado por escribirlo y yo porque lo escribiera. Hoy, acaba de decirme que no me disguste, pero que no iba a escribir el prólogo a este libro porque, debido a la polémica y controversia que ocurren en España últimamente sobre el tema del Opus Dei, él prefiere mantenerse al margen, quedarse fuera y no entrar en un "juego eclesiástico". Me dijo también: "Tu libro no necesita prólogo. Se apoya en sí mismo porque tú eres una persona sena." Santa Bárbara, marzo de 1992.

1. INTRODUCCIÓN

Pocas personas en Roma, caminando por Via di Villa Sacchetti, en el elegante distrito del Panoli, sentirían curiosidad por detenerse ante una puerta hermética, la del número 36. El edificio al cual da acceso no impresiona a primera vista porque encaja en la arquitectura clásica de esa calle. Pero si estas mismas personas avanzaran unos cuantos metros, volvieran la vista hacia Viale Bruno Buozzi y mirasen un poco hacia arriba, se quedarían impresionados por la torre -"il Torreone", como los italianos lo llamarían-, que se alza en el edificio próximo al número 36, un moderno edificio cuya fachada, uno descubre más tarde, da a Viale Bruno Buozzi, 73.

Entonces, uno empieza a descubrir que ambos edificios son parte de una inmensa estructura compleja e interconectada. Quizás uno pueda sentir el choque de esta curiosa combinación de estilos arquitectónicos, pero lo que a uno no se le ocurre pensar es que está frente al cuartel general del Opus Dei.

La palabra española puerta, del latín "porta", como es sabido, la definen los diccionarios como la abertura en una pared o muro que permite a alguien pasar, de un lado al otro. La puerta del número 36 de Via di Villa Sacchetti está herméticamente cerrada. Y precisamente el propósito de escribir este libro es permitir al lector que cruce la entrada de la casa de la sección femenina del Opus Dei, donde yo viví como numeraria (miembro pleno) por unos seis años.

Lo que el lector va a conocer será más interesante, seguramente, que la forma en que estos edificios están conectados por dentro, o el tamaño de estos edificios con sus aproximadamente 12 comedores y 14 oratorios. El mayor de estos oratorios tiene cabida para cientos de personas, hombres y mujeres que viven ahí. Con respecto al número de comedores y oratorios, el fundador del Opus Dei, José María Escrivá de Balaguer, solía decir: "De donde puede verse que rezamos más que comemos." Y con respecto a la totalidad del complejo, monseñor Escrivá solía hacer la siguiente observación:

"Os aseguro que puedo tomar a un cardenal en la entrada principal, llevarle a buen paso a través de la casa, pararnos media hora para comer, seguir la visita, y dejarle salir por la puerta de atrás a la hora de la cena, sin tan siquiera haber visto ni la mitad de la casa." En una de las capillas subterráneas, monseñor Escrivá mandó construir, en vida, su propia tumba, así como las tumbas de unos cuantos miembros del Opus Dei, quienes por diferentes circunstancias, habían estado más allegados a él. Una de ellas, la del actual Prelado del Opus Dei, monseñor Alvaro del Portillo, respecto de la cual monseñor Escrivá decía: "Y Alvaro estará cerquica de mí hasta después de mi muerte." Otras tumbas estaban dedicadas para el arquitecto Jesús Gazapo, que terminó las obras de esta casa central, y dos numerarias del Opus Dei, de las primeras en la fila de mujeres. Una de ellas siempre se consideró que sería Encarnita Ortega, por muchos años directora central de la sección de mujeres del Opus Dei, actualmente bastante enferma en España, y quien cayó en desgracia de Escrivá a raíz del escándalo en Caracas de su hermano Gregorio (1), numerario entonces.

(1) Gregorio Ortega Pardo, el numerario de confianza de monseñor Escrivá en Portugal se fugó a Venezuela, en octubre de 1965, con mucho dinero y joyas, se hospedó en el mejor hotel y fue descubierto a raíz de la denuncia hecha a la policía.)

Muchas veces oí al mismo monseñor Escrivá expresarse con cierta jocosidad al contarnos:

"Vengo de estar sentado en mi tumba y pocas personas podrían decir lo mismo." Su tumba se ha convertido desde hace varios años en un lugar de peregrinación para los miembros del Opus Dei. Constantemente, noche y día, mujeres y hombres del Opus Dei rezan y vigilan la tumba de monseñor Escrivá. Los miembros del Opus Dei de otros países tratan de venir a Roma, bajo pretextos profesionales muchas veces, para poder visitarla. Algunas veces, los superiores del Opus Dei admiten o invitan a algunas personas, como deferencia, para que visiten este lugar y recen junto a los restos del Fundador. Las mujeres del Opus Dei, numerarias y supernumerarias, suelen llevar una mantilla -me refiero al velo corto usado por las mujeres españolas en la antigua liturgia de la Iglesia-. Un miembro del Opus Dei, generalmente una mujer, toca la lápida de mármol donde está tallada la palabra "El Padre", con rosarios o estampas impresas por el Opus Dei que llevan, en el anverso, la foto del Fundador con una oración para la devoción privada y, en el reverso, una especie de currículum vitae en versión un tanto retocada sobre las virtudes de Escrivá. Por supuesto que los "favores concedidos"3 por la intercesión de monseñor Escrivá serán considerados más tarde como "milagros" para su proceso de beatificación.

Flores frescas, generalmente rosas, adornan la tumba de monseñor Escrivá, cualquiera que sea la estación del año, mayormente procuradas por los directores de la casa central del Opus Dei.

Luego, respecto a la idea por todos conocida de que a su muerte sería enterrado allá, él solía agregar, dirigiéndose especialmente a las superioras mayores del Opus Dei: "Pero, hijas mías, no me tengáis aquí mucho tiempo para que no os den la lata. Luego, que me lleven a una iglesia pública para que podáis seguir trabajando aquí tranquilamente, ¡ hala!" Y así ha empezado a realizarse: el 14 de mayo de 1992, el féretro de monseñor Escrivá fue trasladado privadamente a la Basílica de San Eugenio donde las personas tuvieron libre acceso para entrar y rezar. El féretro estaba dentro de una caja de cristal cubierta con un lienzo rojo. El 17 de mayo de 1992, descubrieron la gran caja de cristal quedando a la vista el féretro.

En la tarde del 21 de mayo de 1992 el féretro fue trasladado en procesión pública desde la Basílica de San Eugenio al oratorio de Nuestra Señora dc la Paz, ahora llamada Iglesia Prelaticia de Nuestra

Señora de la Paz. El féretro de monseñor Escrivá está ahora expuesto dentro de una caja de cristal bajo el altar de este oratorio (4.Boletín oficial sobre la vida de monseñor Escrivá. Nueva York (oficina de la Vicepostulación del Opus Dei en Estados Unidos 1993).cuya entrada coincide con la puerta de Viale Bruno Buozzi, 75, en la casa central del Opus Dei en Roma.

Lo que el lector conozca a través de este libro reflejará mi vida en el Opus Dei y revelará al mismo tiempo su intrínseca naturaleza -desde 1948, cuando pedí en Madrid ser admitida como numeraria, hasta 1966, cuando en Roma fui obligada por monseñor Escrivá a pedir mi dimisión-.

Igualmente relatará la persecución de que fui objeto por el Opus Dei durante bastantes años y cuando ya había dejado de pertenecer a esa institución.

¿Qué es el Opus Dei? Gente no especializada en estos temas tendrá seguramente ideas nebulosas, basadas en relatos periodísticos. Decir que el Opus Dei es una asociación de "72.375 miembros de 87 nacionalidades, incluyendo sacerdotes (aproximadamente un 2 %) y laicos que dedican su vida a actividades cristianas en el mundo, sería al mismo tiempo objetivo y superficial.

Para aquellos que aún deseen saber algo más, parecería que ya hay bastante escrito sobre el Opus Dei, bien sea en favor o en contra de él (al final de este libro hay una bibliografía sobre el Opus Dei), con mejor o peor intención, con mayor o menor conocimiento de causa. La atención de aquellos autores que no han pertenecido al Opus Dei se concentró casi siempre en el hermetismo del grupo, en la supuesta orientación política de sus miembros en general o de algunos de ellos prominentemente conocidos. Se han efectuado también investigaciones sobre el tema complejo de las finanzas y bienes de esta organización, y de su participación en bancos y empresas internacionales; y también sobre la propiedad personal y bienes raíces de algunos de sus miembros. Tales trabajos recogen a menudo informaciones inexactas y reflejan aspectos incompletos de la situación. Por otra parte, libros escritos por aquellos que pertenecen o han pertenecido al Opus Dei o bien son adulatorios o bien demasiado concentrados en temas especiales.

Después de revisar a conciencia la literatura sobre este tema, me di cuenta de que casi todos estos libros se refieren mayormente a los varones del Opus Dei (Alberto Moncada, El Opus Dei Una interpretación, Madrid (Índice), 1974. También del mismo autor: Historia oral del Opus Dei, Barcelona (Plaza y Janés), 1987; y otros varios, escritos en plan de ficción, que incluyo en la bibliografía de este libro).

Prácticamente nada se ha escrito aún y seriamente sobre los aspectos teológicos, políticos y económicos de esta institución; y, desde luego, no hay nada de fondo escrito sobre las mujeres del Opus Dei. Cuando estos autores hablan sobre las mujeres del Opus Dei, se refieren generalmente a mí, citando alguna frase o dicho recogido de algún artículo que escribí. (Por ejemplo:

Michael Walsh, El mundo secreto del Opus Dei, donde me cita con frecuencia, sin mi permiso).

La única persona que describió, condensadamente, la situación de las mujeres del Opus Dei, aunque referida solamente a España, fue María Angustias Moreno. (María Angustias Moreno, El Opus Dei. Anexo a una historia, Barcelona (Planeta), 1976. La autora dc este libro fue objeto de una crítica difamatoria promovida por los superiores del Opus Dei como ella misma relata en su libro: La otra cara del Opus Dei, Barcelona (Planeta), 1978, donde incluye mi "Carta abierta a María Angustias Moreno", pp. 104-111)

Creo en verdad que ha llegado la hora de que me decida a hablar seriamente sobre las mujeres del Opus Dei, puesto que, por suerte o por desgracia, me encuentro en situación propicia para dar una visión de conjunto sobre el tema. Mi propia vida será el hilo conductor de esta historia.

Por este motivo deseo relatar mi experiencia con respecto al sistema con que opera el Opus Dei. Yo, que entré al Opus Dei llena de entusiasmo y de fe en ellos, pensando que representaban la voluntad de Dios, y allí quemé 18 años de mi vida.

Muy a menudo hemos oído que el Opus Dei está formado por hombres y mujeres de todas clases sociales "que se santifican a través del trabajo ordinario", pero ¿ quién nos ha dicho concretamente y en términos específicos lo que sucede realmente dentro de las casas de las mujeres de esa asociación, ahora llamada Prelatura Personal? Soy consciente de que los años que viví en el Opus Dei, el grado de responsabilidad que ejercí en esa institución, el hecho de haber vivido y trabajado varios años junto a monseñor Escrivá y mi oportunidad de haber estado en la Asociación en muchos lugares del mundo, me han convertido en un testigo importante.

Ocupé cargos en el gobierno central del Opus Dei y en casas de la sección femenina de la

Obra en España, y en Italia -donde trabajé directamente en Roma con el fundador del Opus Dei-. En Venezuela, fui la directora regional del Opus Dei en ese país al frente de la sección de mujeres por más de diez años.

Visité también Colombia y Ecuador; y Santo Domingo, a donde fui con otras dos superioras del Opus Dei en Venezuela, Eva Josefina Uzcátegui y Elsa Anselmi, para explorar las posibilidades de una nueva fundación del Opus Dei en ese país.

Estando en Santo Domingo nos cogió la revolución de 1965 y nos evacuaron como refugiadas en un barco de guerra de la flota norteamericana, que nos llevó a Puerto Rico. De ahí regresamos a Venezuela. Al llegar a Maiquetía, el aeropuerto de Caracas, vimos que nos esperaba un supernumerario del Opus Dei, el doctor Héctor Font, quien, sin darnos tiempo a pensar, nos metió en una ambulancia para evitar la prensa y la televisión que, sin saberlo nosotras, nos esperaba en el aeropuerto. Esto se hizo para evitar publicidad y vivir de esta manera una faceta más de la tan cacareada "discreción" del Opus Dei. Curiosamente, y a pesar de tales precauciones por parte del Opus Dei, nuestros nombres aparecieron en las noticias por varios días.

Pocos días después, acompañada por una supernumeraria, la señora Laura Drew- ear, fui de visita oficial a la embajada de Estados Unidos, para agradecerle al embajador que nos hubiera permitido, a las tres que estábamos en Santo Domingo, unirnos al grupo de familias norteamericanas que también salieron de esa ciudad en el transporte militar estadounidense.

Mientras hablaba con nosotras dos el "embassador's deputy" (es la persona que reemplaza al embajador en alguna de sus funciones. No existe en español un cargo similar) supimos que había una manifestación popular contra Estados Unidos en la calle y frente a la embajada.

Segundos después, alguien de la manifestación escogió la ventana del embajador como blanco.

El ayudante del embalador notó el peligro y nos lanzó espontáneamente el grito marinero de "hit the

deck, ladíes" (¡besen el suelo, señoras!). Terminamos debajo de una mesa baja, frente al sofá. Las balas dieron en la pared, justo a la altura de nuestras cabezas si hubiéramos seguido sentadas. El embajador, que estaba en la habitación contigua, vino de inmediato a vernos, y aquella visita de protocolo se convirtió en una de las visitas más amistosas que recuerdo en mi vida (El embajador de Estados Unidos en Venezuela en aquella ¿poca era el señor Maurice Bernbaum. Su."deputy" era el señor Sterling Cottrel). Según tengo entendido, el embajador conserva aún esos cartuchos en su casa.

Por mi cargo en el gobierno central en Roma y más tarde durante mi estancia en Venezuela, estuve muy en contacto con la labor del Opus Dei en otros países, tales como Estados Unidos, México, Colombia, Perú, Chile, Argentina, etc.

En las páginas de este libro relataré mi vida en el Opus Dei, claramente y sin tapujos.

Bajo muchos aspectos -y quizá sea ésta la mayor importancia del libro- mi relato podría ser igualmente la historia de cualquier mujer joven que, de buena fe, se hiciera hoy día miembro del Opus Dei.

Excepto en algunos casos, muy pocos, que señalaré específicamente (ya que no quisiera exponer a quienes aún viven con ellos a ser castigados por los superiores del Opus Dei), emplearé los nombres auténticos de las personas a quienes me refiera. (En un caso particular me será preciso mencionar a alguien, aunque sólo sea por su nombre de pila).

Tengo también que confesar que durante muchos años pensé que las cosas que habían sucedido en mi vida referentes al Opus Dei eran únicamente importantes para mí. Hoy día, a mi edad, y después de una reflexión muy seria, he llegado a la conclusión de que esas mismas cosas también tienen importancia para otras personas, especialmente para las mujeres, que consideren la posibilidad de pertenecer al Opus Dei. Mis propias experiencias podrán, quizá, servir de ayuda para clarificar ideas, en primer lugar, a muchas familias de miembros del Opus Dei que desconocen las características del lugar donde sus hijos se fueron a vivir; en segundo lugar, a la jerarquía de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana que espero llegue así a conocer al Opus Dei por dentro y no solamente a través de las visitas que les prepararon en casas especiales los superiores del Opus Dei, o a través de lo que digan esos mismos superiores sobre la santidad y sencillez de la Prelatura. En tercer lugar, a los cristianos y no cristianos, y especialmente a los católicos que, por cualquier circunstancia, se desviaron de la Iglesia pero que están conectados al Opus Dei, como "cooperadores" (es decir, los que ayudan a la Obra con sus finanzas, poder social, político, etc.) y, finalmente, a la sociedad en general.

Actualmente el Opus Dei está tratando de abrir nuevas casas en Estados Unidos, principalmente en la costa del Pacífico, así como en los países del Este y Norte de Europa. Concretamente en la costa del Pacífico, el Opus Dei recaba fondos en gran escala, aprovechándose de la virtual independencia de la Iglesia de que gozan gracias a su nuevo status como Prelatura Personal. (San Francisco Chronicle, 1 de junio de 1986)

Puedo asegurar que, hoy día, los esfuerzos e intereses del Opus Dei, empezando por su Prelado y terminando por la última persona que pueda estar en contacto con ellos, no son el apostolado y mucho menos el apostolado con los pobres y los necesitados, ni los problemas serios de la humanidad en general. Su objetivo es manejar todos los instrumentos a su alcance del poder político, religioso y económico; y, actualmente, utilizar todos, absolutamente todos los medios a su alcance

para poner en los altares a monseñor Escrivá, hacerlo santo. Llegaron ya, el 9 de abril de 1990, a hacerle "venerable". El 17 de mayo de 1992 fue beatificado. Sin embargo, espero con toda mi alma que la información que brindo en este libro ayude a nuestro Santo Padre, Su Santidad Juan Pablo II, a aclararle la información muy probablemente deformada e indiscutiblemente tendenciosa, reunida por la parte interesada, sobre la vida de monseñor Escrivá antes de que llegue a ser canonizado. La vida de monseñor Escrivá no fue ciertamente admirable ni, mucho menos, digna de imitación.

Nuestras voces no son voces del Maligno, ya que somos hijos de la Iglesia, y católicos practicantes.

Impedir el avance de ese proceso es evitar, por un lado, confusión entre los católicos y por otro, una desorientación penosa a la cristiandad.

Yo puedo atestiguar con verdad que en Roma, y tras la puerta de Via di Villa Sacchetti, 36, existe una tramoya gigantesca desde donde los superiores del Opus Dei manejan los hilos que, en el mundo entero, hacen moverse a sus miembros todos, hombres y mujeres, como marionetas, sea bajo el voto de obediencia o bajo la sugerencia más fuerte que pueden usar:

"Conviene para el bien de la Obra." ("Conviene", y la frase "conviene para el bien de la Obra", es la orden más fuerte, que, como obediencia, un miembro del Opus Dei puede recibir.)

¿No sería, pues, un acto de irresponsabilidad por mi parte y un crimen de complicidad si yo archivase mis experiencias en mi corazón y las abandonase a un olvido total?

Aceptar ser silenciada por el Opus Dei seria ir contra mi creencia más fuerte en la defensa espiritual de la libertad y de los derechos humanos.

Santa Bárbara, California, 3 de marzo de 1993.

CAPITULO II: MI ENCUENTRO

CON EL OPUS DEI

OceanofPDF.com

El Opus Dei es un fenómeno socio-religioso que tiene gran relación con la situación política de España, y específicamente con aquélla de la posguerra.

Al final de la guerra civil española, como es bien sabido, las esperanzas e ideales de la juventud superaron la animosidad y el odio de muchos adultos. Éramos una juventud llena de aspiraciones:

personales, políticas, religiosas. Altruistas. Una juventud que había alcanzado la madurez a fuerza de golpes durante los años de la guerra civil. Personas de mi edad recordarán aquellos años: el hambre, los bombardeos y la pérdida en más de una ocasión de seres queridos, no en un "glorioso" frente de batalla -que conforme pasa el tiempo parece menos "glorioso"- sino bajo la carnicería dirigida por fanáticos y criminales de grado ínfimo, ya fueran comunistas o fascistas.

¡Si las templadas aguas del Mediterráneo, las verjas de los cementerios, las orillas de los ríos, los árboles de muchos parques, el polvo de muchas carreteras pudieran hablar! Nos contarían la historia de la injusticia de ejecuciones en masa, de cadáveres anónimos cuyas familias no han podido hasta el día de hoy tener el consuelo humano de llorar en sus tumbas.

Había también lugares donde la soledad, como testigo mudo, facilitaba un refugio mejor para aquellos disparos injustos. Todavía recuerdo un día del mes de diciembre de 1936, bajo el sitio de Madrid por las tropas del general Franco. Yo tenía entonces once años y había salido de casa muy temprano para buscar alguna comida en Chamartín. Mi madre estaba embarazada y ya habíamos perdido nuestra casa -mi familia vivía esquina al paseo de Rosales- a causa del asedio de Madrid por las tropas de Franco. También habíamos perdido más de treinta familiares muy cercanos asesinados por los llamados comunistas. Mi padre estaba perseguido, pero aún no le habían detenido. Mientras tanto vivíamos con amigos (Carlos Anné y su familia. Era un ingeniero de minas, compañero de mi padre en los Ferrocarriles Españoles), compañeros de mi padre en la llamada "zona neutral" (la zona neutral era principalmente la calle de Serrano, algunas calles adyacentes y las zonas residenciales de El Viso, colonia de la Residencia y colonia Cruz del Rayo), lo que en lenguaje de guerra significaba que las tropas de Franco no bombardearían ese lugar. Salí de casa, como digo, por la mañana temprano, con dos amigas mayores que yo (Elvira (Viruchy) Bergamín Anné y Chelo Sánchez Covisa). Ellas tenían quince años y su edad me daba seguridad. Cruzábamos o, mejor dicho, atajábamos por una calle abierta pocos meses antes de que la guerra empezara y donde sabíamos que por la noche solían matar a gente. Íbamos muy en silencio por mitad de la calle, cuando una dijo ¡cuidado!

Frente a nosotras había un charco de sangre fresca aún, con algo dentro, que nunca se me irá de la memoria. El típico crimen que se solía cometer en aquella época al amanecer.

Seguimos nuestro camino y llegamos al lugar donde tras una larga cola podríamos recoger alguna comida. Para llegar a ese lugar tuvimos que echarnos por tierra varias veces: unas, porque había un "paco" cuyos tiros podían herir o matar a cualquiera; y otras veces, para evitar los obuses disparados diariamente por las tropas de Franco que asediaban a Madrid y que, aparentemente, iban dirigidos a un cuartel cercano. Este era el problema serio: sentirse abofeteado por ambos lados.

Hubo también otros motivos de sufrimiento: pérdida de empleo, reducción de sueldos. Al terminar la guerra, surgieron además otros problemas: los destierros. Bastantes personas fueron desterradas de España y otras de la ciudad que para ellos era su hogar. Me pregunto si existe mayor tortura que el

destierro. Un ser humano puede hacer frente a la prisión e incluso a la muerte. Pero la tortura del destierro, como muerte lenta, puede quebrar al más fuerte.

Hubo también juicios, los famosos tribunales de guerra, las "depuraciones", los avales políticos, los falsos amigos, los buenos amigos, problemas económicos fuertes, hambre, escasez de vivienda…

Nosotros, niños de aquellos años, nos vimos obligados a dejar de lado los juguetes y a aprender que una palabra nuestra dicha descuidadamente podría poner en peligro a nuestros padres o incluso ocasionarles la muerte.

El hecho de haber tenido que madurar antes de tiempo nos convirtió en una juventud llena de ideales nobles, con deseos de ayudar a quien lo necesitara, y aun dispuestos a consagrar nuestra vida a otros. Deseábamos dedicarnos a ideales justos y humanitarios. Precisamente por la experiencia que tuvimos, no queríamos más guerras, ni riquezas, ni traiciones. Habíamos aprendido de la forma más dura que las únicas cosas perdurables son la bondad y la lealtad a una causa justa. Éramos religiosos sin ser beatos. Aunque teníamos grandes ambiciones en sentido espiritual, habíamos aprendido a ser felices con muy poco; quizás éste fuera el "bendito pecado" de la juventud de esa época. Éramos pobres materialmente, viviendo, por un lado una situación dolorosa de posguerra, y por otro, aunque no estábamos directamente envueltos, todas las restricciones producto de la Segunda Guerra Mundial. España, debido a la visión política de Franco, sufrió el abandono de todos los países de Europa. Sin embargo, no estábamos tristes. Teníamos afán de aprender y aprovechamos los cursos intensivos organizados por doquier en España para recuperar los años que habíamos perdido en la guerra. Habíamos perdido el hábito de estudio, era cierto, pero no el afán de aprender. No éramos el tipo de estudiantes que pueden comprar libros nuevos en las librerías, sino que teníamos que vender el libro con el que habíamos estudiado aquel año, a fin de poder comprar el libro del curso siguiente. Éramos el tipo de estudiantes que sabían descuartillar un libro y entre varios compañeros copiarlo a mano para aquellos otros que no disponían materialmente de tiempo para copiarlo ellos mismos. Entonces no existían las fotocopiadoras.

Muchas mujeres tuvieron que sacrificarse y dejar de ir ellas a la universidad para que la familia

pudiera costear los estudios del hermano varón.

Quizás algunas de las personas que lean estas páginas encontrarán facetas de su propia vida reflejadas en esta odisea.

Pues bien, aquellos niños y niñas de la guerra civil española -y ésta ha sido la razón de bosquejar en pocas páginas esos acontecimientos-, aquellos adolescentes de esa misma guerra, aquellos jóvenes de los años 1940-1950 fueron, en su mayoría, los que poblaron las filas de las primeras vocaciones del Opus Dei.

En aquella época, el Opus Dei como tal, era desconocido. Sin embargo, "Camino", el libro escrito por el padre José María Escrivá, con su lenguaje militar combinado con pasajes del Evangelio (aunque ello hoy me parezca una contradicción interna), era una invitación provocativa para aquella juventud de la posguerra sin más literatura asequible que los libros permitidos por la censura de Franco o los religiosos. El padre Escrivá ofrecía la gran aventura: darlo todo sin recibir nada a cambio; conquistar el mundo para la Iglesia de Cristo; una vida contemplativa a través del trabajo ordinario; ser misioneros sin ser llamados tales, pero con una misión a realizar.

Para los estudiantes era cuestión de superarse en su tarea, convirtiendo en oración el tiempo de estudio como forma de alcanzar, más tarde, el puesto más alto en el mundo profesional y, desde él, ofrecérselo a Dios.

No era cuestión de hacerse frailes o monjas. Se trataba de una cuestión provocativamente laical.

¿ El campo de apostolado? Nuestro medio ambiente, entre nuestras amigas. No existía casa central: la casa de nuestra familia bastaba. ¿Y qué había que decir? Nada. La forma de actuar estaba basada en el ejemplo, en el silencio, en la discreción. "Camino", el libro de monseñor Escrivá, confirma esta idea.

Todos estos factores fueron el origen de un estilo peculiar, una efervescencia genuina en los jóvenes, hombres y mujeres que entraron en la órbita del Opus Dei durante la década del cuarenta al cincuenta y a quienes en la jerga del Opus Dei se les llama "los primeros" o "los viejos".

Curiosamente, las primeras referencias que tuve yo sobre el Opus Dei fueron muy negativas; hablo de alrededor de 1945. Recuerdo que alguien me dijo de una manera muy sutil que el Opus Dei representaba un peligro para la Iglesia. Mucha gente lo llamaba "la masonería blanca", jugando con la abierta hostilidad española hacia los masones como miembros de una sociedad secreta. También llegó a mis oídos la idea de que el Opus Dei estaba envidioso de los dos movimientos católicos más fuertes en la España de aquella época: la Acción Católica y la Asociación Española Nacional de Propagandistas. Igualmente corría la voz de que los jóvenes del Opus Dei pretendían a muchachas jóvenes y cuando estaban casi enamoradas de ellos les explicaban que eran miembros del Opus Dei y que no podían casarse con ellas, pero las invitaban en cambio a que formaran parte del Opus Dei. Esta conducta me indignó sobremanera por su bajeza y falsedad.

Por todo cuanto oí sobre el Opus Dei y por mi respeto hacia la Iglesia, llevé este tema a una conferencia que tuvo lugar en mi parroquia, la de San Agustín. El párroco (Don Avelino Gómez Ledo, párroco de la iglesia de San Agustín, en Madrid. Años más tarde creo que fue simpatizante del Opus Dei), muy prudentemente, nos explicó que él no conocía lo suficiente a ese

grupo para poder dar una opinión sobre el mismo y, por ello, prefería que no siguiéramos hablando del tema. Aunque su respuesta fue sabiamente discreta e indicaba un limitado conocimiento del Opus Dei, se atisbó igualmente que tenía una opinión desfavorable.

Meses más tarde, en octubre dc 1946, asistí a la boda de una prima hermana mía en Albacete.

El novio (Doctor Javier Sánchez Carrilero) era muy amigo de un sacerdote del Opus Dei, Pedro Casciaro, quien los casó. Yo sentía gran curiosidad por conocer a aquella persona, la primera, del tan discutido, y en muchos aspectos misterioso por lo desconocido, Opus Dei. Durante la ceremonia pude darme cuenta de que el sacerdote no era alguien espontáneo; habló en un tono tan bajo que nadie, excepto los novios, oyeron una palabra de lo que dijo. Antes de acabar la comida, salió disparado sin casi saludar a nadie más que a los novios.

Con cierta soma yo apunté que su "escape" se debía a que las señoras mayores que estaban en la boda le llamaban "Pedrito", ya que le habían conocido de pequeño. Luego, cuando hablé con mi familia sobre la manera tan poco natural en la que se había comportado el sacerdote, me explicaron que

Pedro Casciaro no quería ser visto en Albacete por la situación política familiar.

El Opus Dei era un tema que me intrigaba y le pregunté a mi novio seriamente su opinión sobre él. Me dijo que uno de sus compañeros de clase de la Escuela de Ingenieros donde estudiaba era miembro del Opus Dei y que parecía una persona normal, excepto que no se le veía nunca salir con ninguna mujer. Sin embargo, me añadió, nadie sabe en realidad qué significa ser miembro del Opus Dei ni qué estilo de vida tienen en la residencia donde viven.

También él había oído rumores, en la misma línea mía.

En 1947, un año antes del que nos pensábamos casar, mi novio, al terminar la carrera de Ingeniero de Montes, aceptó su primer trabajo en Marruecos. Para librarme del aburrimiento durante su ausencia y además porque me interesaba el lugar y clase de trabajo que me ofrecieron, acepté un puesto en la revista "Arbor" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Mi puesto era trabajar con el vicedirector de "Arbor", que resultó ser Raimundo Panikkar (entonces Paniker).

La verdad es que cuando me lo presentaron me sorprendí de que fuera un sacerdote quien ocupara ese alto cargo y además de que su aspecto indio contrastase con su acento catalán.

Supe que Panikkar estaba recientemente ordenado y que, a pesar de ser tan joven -tenía solamente veintiocho años-, era muy considerado tanto en los ambientes intelectuales europeos como por los directivos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Verdaderamente todos lo consideraban brillante, y su capacidad de trabajo era realmente asombrosa. Pude ver la serie de artículos que había escrito en "Arbor", llamándome mucho la atención un ensayo que escribió sobre las ideas de Max Planck. Era también muy conocido su dominio de idiomas, tanto modernos como clásicos. Su aspecto era indio, como digo, y su nacionalidad todavía británica.

Vestía con la clásica sotana de cualquier otro sacerdote católico de aquella época. Era amable aunque notoriamente serio con las personas que trabajábamos en "Arbor", y no cruzaba con nosotros más palabras que las esenciales para cuestiones de trabajo.

Yo empezaba a trabajar a las ocho de la mañana, antes que las otras secretarias, y también salía una hora antes. Una mañana, nada más llegar, me avisaron que el doctor Albareda (José María Albareda fue uno de "los primeros" en las filas del Opus Dei. Profesor de la Universidad de Madrid. Cuando se constituyó el Consejo de Investigaciones Científicas, precisamente por su prestigio y edad, monseñor Escrivá, a través de Ibáñez Martín, entonces ministro de Educación, sugirió el nombre de Allbareda. Murió pocos años después de que monseñor Escrivá hiciera que se ordenase sacerdote), secretario general del Consejo de Investigaciones Científicas, quería verme, cosa que me extrañó, puesto que disponía de todo un equipo trabajando para él. Al entrar en su despacho me explicó que sus secretarias tardarían aún una hora en llegar y que tenía que escribir una carta muy urgente y confidencial para que saliera en unos minutos. Me sorprendí cuando empezó a dictarme la carta porque iba dirigida a monseñor José María Escrivá de Balaguer, y también de que Albareda conociera a Escrivá, el autor de "Camino".

Absorta en mis pensamientos, regresé a mi despacho. Para entonces, dos de mis compañeras habían ya llegado y empezaron a tomarme el pelo con la típica ironía española: no hiriente, pero sí burlona y aguda, sobre cómo me había ido en la visita y si me habían ascendido.

–¿Ascendido? – pregunté-. Sí, sí… Lo que hice fue escribir una carta al autor de "Camino".

–¡Claro! – me respondieron-. Ya que Albareda, como miembro del Opus Dei ha de informar a su fundador…

–¿Qué? – pregunté asombrada-. ¿Que Escrivá, el autor de "Camino", es el fundador del Opus Dei y que Albareda es uno de ellos?

–¿Pero tú no sabes -siguieron- que Florentino Pérez Embid (Florentino Pérez Embid fue más tarde conocido públicamente como miembro del Opus Dei. Su orientación política era la monarquía y de hecho jugó un importante papel en las deliberaciones para traer al entonces príncipe Juan Carlos de Borbón a España con el fin, como es sabido, de prepararlo como futuro rey de España. Pérez Embid ocupó diversos cargos en el gobierno de Franco, como por ejemplo el de director general de Bellas Artes, entre otros. Sevillano de nacimiento, murió en Madrid, a comienzos de la década de los setenta), el secretario de "Arbor", es también del Opus Dei, lo mismo que Rafael Calvo Serer? (Rafael Calvo Serer, era un miembro atípico del Opus Dei.

Conocido públicamente como tal, tuvo una actuación política muy discutida. El Opus Dei se valió de él para demostrar a puertas abiertas la llamada "libertad política" existente en el Opus Dei)

–No. No tenía ni la menor idea -les respondí.

–¡Cómo! ¿Y tampoco sabes que el doctor Panikkar es un sacerdote del Opus Dei?

–¿Pero están ustedes seguras de que el doctor Panikkar es un sacerdote de ese grupo?

–¡Totalmente! – me respondieron-. Y también lo es Sánchez de Muniain (Rafael Sánchez de Muniain era el directo de "Albor").

–Pero si Sánchez de Muniain es casado -les dije.

–¿Y eso qué importa? Él es también uno de ellos. Punto. Aunque él pertenece a los casados.

Yo estaba enfurecida, porque mi concepto sobre el doctor Panikkar era muy positivo y aquello me lo echaba todo a rodar. Yo no podía creer que él perteneciera a un grupo tan dudoso.

–Pero bueno, ¿quieren ustedes decirme qué pasa aquí? ¿Dónde estoy metida? – es pregunté-.

¿Es que todo el mundo pertenece aquí al Opus Dei? ¿Son ustedes también miembros?

–¡No, qué va! Nosotras no somos -me dijeron a carcajadas-. Pero sí es verdad – gregaron- que casi todo el mundo del Consejo de Investigaciones Científicas pertenece al Opus Dei, al menos los que mandan -agregaron.

Me quedé totalmente anonadada de pensar que el autor de "Camino", el libro que tanta gente joven leía entonces, fuera precisamente el fundador del dichoso grupo tan poco claro. Y por lo que veía, estaban usando el Consejo de Investigaciones Científicas como un instrumento para sus propios planes de infiltración en el mundo intelectual. Y más aún: que el doctor Panikkar fuera un sacerdote

del Opus Dei.

Por otra parte, la posibilidad de sostener una conversación con el doctor Panikkar sobre este asunto del Opus Dei y su proliferación dentro del Consejo de Investigaciones Científicas era poco menos que utópica, ya que él nunca hablaba con nosotras. De hecho, durante los cinco meses que llevaba trabajando en "Arbor", las únicas palabras que crucé con él fueron las correspondientes al saludo de llegada y salida, y a detalles de trabajo. Por tanto, no había la menor posibilidad de cualquier otro tema de conversación.

Sin embargo, una circunstancia inesperada cambió la situación y me proporcionó esta oportunidad:

una mañana llamó el doctor Panikkar para preguntarme si, como excepción, el sábado siguiente podría trabajar por la mañana, ya que estaba urgido por un montón de correo retrasado que necesitaba poner al día. Le dije que sí y, efectivamente, la mañana del sábado se trabajó ininterrumpidamente. Tanto así que yo me preguntaba si podría tener la oportunidad de llegar a hablarle del tema.

De repente, y después de unas tres horas de trabajo en la correspondencia, el doctor Panikkar hizo una interrupción con la siguiente pregunta:

–¿Le puedo preguntar por qué trabaja usted?

Si la interrupción me sorprendió la pregunta, no digamos. Brevemente le expliqué que tenía planeado casarme al año siguiente y que, para hacer la ausencia de mi novio un poco más llevadera (Aunque muchas personas puedan sonreírse hoy día, en aquella época cuando una chica tenía novio formal, su vida era más bien recoleta), empecé a hacer un trabajo que me interesaba de verdad.

No hubo el menor comentario por su parte, y volvimos al silencio del trabajo. Al terminar, cerca de la hora del almuerzo y mientras rutinariamente me cercioraba de que todas las puertas quedaran bien cerradas, el doctor Panikkar empezó una conversación refiriéndose a su reciente visita a Barcelona.

–Hacía un tiempo maravilloso en Barcelona-dijo él.

–Sí, lo sabía, porque mis padres también acaban de regresar de allí y me lo contaron.

–¿Y cómo no se fue usted con ellos?

–Por la sencilla razón de que estoy trabajando aquí.

Entonces, bromeando, el doctor Panikkar agregó:

–Para ir a Barcelona siempre le daría algunos días libres.

Yo respondí seriamente:

–Tengo tantas cosas que hacer este año, que no puedo pensar en viajar, ni tan siquiera en hacer los ejercicios espirituales. (En esos años, entre las chicas católicas, especialmente en España, existía la costumbre de dedicar cinco o siete días durante el año para hacer los ejercicios espirituales, especialmente en Cuaresma)

A la vista de mi argumento, el doctor Panikkar me dijo:

–Yo voy a dirigir dos grupos de ejercicios espirituales para chicas el mes próximo, por ello, si usted quisiera…

–¿Con usted? – dije casi con rechazo-. No, gracias.

–No le estoy diciendo que participe usted en los ejercicios que yo voy a dirigir – ontinuó el doctor Panikkar con gran calma-. Lo que quiero decir es que usted puede tener libre una semana durante ese tiempo.

Siguió un embarazoso silencio por mi parte. No sabía si disculparme o cómo continuar la conversación.

Finalmente el doctor Panikkar rompió el silencio con una pregunta:

–¿Puedo preguntarle por qué dijo usted "que conmigo no"?

–Porque usted pertenece al Opus Dei -respondí francamente.

–¡Ah, caramba! ¿Y qué tiene usted contra el Opus Dei?

–¿Yo? Personalmente nada, pero creo que van contra la Iglesia.

–Bien, bien -dijo el doctor Panikkar suavemente-. Gracias por haber venido hoy. Creo que tendremos que tocar este tema otra vez. – Y con una sonrisa muy suya, se fue.

Me sentía preocupada antes de regresar al trabajo la semana siguiente, porque pensaba que había sido muy brusca. Y la verdad es que nunca había respondido de esa forma tan poco cortés a ningún otro sacerdote. Sin embargo, cuando llegó el padre Panikkar, me saludó como de costumbre, dispuesto -dijo- a reanudar la conversación.

Me preguntó amablemente:

–¿Podría usted explicarme sus puntos negativos y las razones de sus opiniones tan anti Opus Dei?

Le conté al doctor Panikkar todo cuanto había oído: desde que eran como una masonería por la forma misteriosa en que actuaban, al no identificarse como miembros del Opus Dei, hasta la falta de claridad de decir cuáles eran sus residencias y quiénes los miembros del Opus Dei dentro de ellas. También le dije que tenían fama de "conquistar" las cátedras de la universidad, reservándolas exclusivamente para los miembros del Opus Dei, apartando del camino a cualquier persona que fuera un contrincante. Igualmente le expliqué la falta de naturalidad con la que había actuado Pedro Casciario en la boda de mi prima en Albacete y la fama existente de que los hombres del Opus Dei pretendían a las chicas, para luego decirles que no tenían intención de casarse con ellas, sino de invitarlas a que entraran al Opus Dei.

El padre Panikkar me escuchó hasta el final sin delatar la menor reacción, pero su respuesta, cuando

llegó, fue muy fuerte:

–¿Conoce usted el significado de la palabra calumnia? – me pregunto.

–Por supuesto -le contesté.

–Pues bien, todo lo que usted ha oído, todo lo que usted me acaba de contar, no es más que una gran calumnia.

Tengo que decir en verdad que el énfasis con que habló el padre Panikkar tuvo, de alguna manera, más peso en mi opinión que las críticas que había oído anteriormente.

CAPÍTULO III. CRISIS

VOCACIONAL

OceanofPDF.com

Los hechos que narro en este capítulo reflejan especialmente la manera en que operó siempre el Opus Dei y cómo opera -"mutatis mutandi"- hoy día, para crear una crisis vocacional en una muchacha. Las personas y los países pueden ser diferentes, pero la estrategia no ha cambiado con los años: glosando el léxico del Opus Dei sobre "la caza" y "la pesca" referido al proselitismo, diría que la misma tenacidad y astucia se siguen empleando para cobrar la presa.

OceanofPDF.com

Alrededor de enero de 1948, el doctor Panikkar me invitó a colaborar con él en las actividades del Congreso Internacional de Filosofía que iba a celebrarse en Barcelona en octubre del mismo año. Esta invitación implicaba dejar la plantilla de "Arbor", y, sin dejar de trabajar en el Consejo de Investigaciones Científicas, pasar a depender del Instituto "Luis Vives" de Filosofía.

Y además sin seguridad de empleo después de dos años, ya que éste era un tiempo presupuestado para los preparativos y realización del Congreso, así como para la edición de las actas pertinentes. Por una parte, se trataba de un trabajo muy atractivo y la línea del mismo se ajustaba más a mis intereses personales. Aunque la cantidad de trabajo iba a ser mayor, la compensación financiera también era más alta.

Por otra parte, pensé que tampoco era para mi "un gran qué" (en Venezuela, "no ser un gran qué" significa "no tener importancia) no tener seguridad de empleo después de dos años, puesto que para esa época pensaba estar ya casada y no vivir en Madrid.

Compartía muy de veras la idea del doctor Panikkar de que este Congreso Internacional de Filosofía sería la reunión intelectual más importante en España después de la guerra civil. El doctor don Juan Zaragüeta, como director del Instituto "Luis Vives" de Filosofía, era el presidente del congreso. El doctor Panikkar era el secretario general y yo estaba encargada de los problemas administrativos inherentes al congreso y de las relaciones públicas del mismo.

Terminado el congreso, tuve a mi cargo la edición de los tres volúmenes de las "Actas" (Actas del Congreso Internacional de Filosofía (Barcelona,4-10 octubre, 1948), con motivo del centenario de los filósofos Francisco Suárez y Jaime Balmes. Tres volúmenes, Madrid (Instituto "Luis Vives" de Filosofía), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1949). El padre José Todolí, O.P., sin ser oficialmente miembro de la junta directiva del congreso, al ser secretario del Instituto "Luis Vives" de Filosofía, siempre

estaba dispuesto a echar una mano en lo que fuera.

En aquella época se fundó también la primera Sociedad Española de Filosofía y eligieron a Panikkar como su primer secretario. Todo ello implicó, como lógica consecuencia, aumento de trabajo para mí; pero no me importaba porque todo ese conjunto de actividades me gustaba, especialmente lo relativo a la preparación del Congreso Internacional de Filosofía.

Por otra parte, y desde un punto de vista personal, yo estaba tratando de prepararme cuidadosamente para mi matrimonio. Estaba convencida de que necesitaba un mayor cimiento doctrinal ya que la misa diaria que yo frecuentaba no era bastante ni mucho menos. Trataba de buscar un sacerdote inteligente y con mentalidad abierta para que me ayudara espiritualmente. La mayoría de mis amigas tenían un director espiritual que generalmente era un jesuita, pero yo no tenía, ni había tenido nunca, director espiritual alguno. He de confesar que más de una vez se me ocurrió preguntarle al doctor Panikkar si hubiera querido ser él mi director espiritual, pero después de aquella mañana en "Arbor" nunca más había hablado con él del menor tema personal.

Mi impresión del doctor Panikkar como sacerdote era muy positiva, mayormente basada en las cartas que escribía a diferentes personas, cuyos nombres nunca supe, porque los ponía él después a mano. Los textos de aquellas cartas revelaban no sólo una inteligencia viva y amplia, sino también una gran apertura, discreción y sensibilidad. No era una persona autoritaria, sino todo lo contrario. Mostraba siempre comprensión hacia las debilidades humanas. Era un testigo vivo de sus convicciones cristianas.

Casi a diario, Panikkar me entregaba para copiar a máquina dos o tres páginas de escritos suyos que titulaba "Cometas". Muchos años más tarde, cuando en 1972, se editó su libro con este mismo título, el doctor Panikkar tuvo la deferencia de dedicármelo (Cometas. Fragmentos de un diario espiritual de la posguerra, Madrid (Euramérica), 1972). Recuerdo perfectamente, por ejemplo, el "corneta" que escribió con motivo del asesinato de Mahatma Gandhi. En estos escritos el doctor Panikkar

reflejaba su opinión sobre acontecimientos sucedidos en esa época, lo mismo en España que en cualquier país del mundo. Cuando se dirigía a alguien sin nombrarlo, muchas veces intuí que se trataba de destinatarios reales. La verdad es que yo seguía estos escritos con un entusiasmo vivo.

Otro dc sus manuscritos que me impresionó especialmente fue el de su libro "Religión y Religiones". Era la primera vez que yo oía hablar de la pluralidad de religiones. De hecho recuerdo, casi textualmente, el diálogo que sostuve con el doctor Panikkar. Él me dio el manuscrito para copiarlo y, al revisarlo yo, vi que la palabra "religiones" estaba escrita siempre en plural.

Hasta entonces mi educación religiosa estaba basada en el singular: un país, un presidente, un rey, una religión, etc. Me pareció, pues, que el manuscrito tenía un error repetido: la palabra religión estaba siempre pluralizada.

Por ello, le advertí al doctor Panikkar que no había empezado a copiar el manuscrito hasta que él no lo revisara de nuevo, basada en el error que yo pensaba existía. Cuando le expliqué el aparente problema, él me preguntó con una sonrisa divertida:

–¿Por qué piensa usted que hay un error en ello?

–Porque usted puso "religiones" en plural considerando que todas las religiones son verdaderas.

–¿Y cuántas "religiones" cree usted que son verdaderas? – me preguntó el doctor Panikkar.

–Es verdad que hay muchas religiones, pero verdadera sólo una: la católica, apostólica y romana -le respondí.

–Si según usted sólo hay una religión verdadera -prosiguió Panikkar- ¿cómo denomina usted a las otras religiones?

–Bueno, "religiones naturales" -le respondí.

–¡Ah! – dijo el doctor Panikkar en tono verdaderamente divertido-. Yo no sabía que para usted, la religión católica, apostólica y romana es "una religión artificial"…

Trabajar con el doctor Panikkar era ampliar el horizonte para todos los que estábamos con él:

Roberto Saumells (Roberto Saumells estaba en Estrasburgo y París estudiando, y en la Universidad de Estrasburgo como profesor de Cosmología. Era un colega encantador que siempre me ayudó mucho. Hacia 1950 entró al Opus Dei. Fue enviado después a Centroamérica. Ahora está en Madrid.) y José Gutiérrez Maesso, entre otros.

Después de dar mil vueltas para encontrar un director espiritual con el que yo pudiera encajar, y no encontrándolo, decidí un buen día lanzarme a preguntarle al padre Panikkar si podría ser él mi director espiritual. Yo tenía afán, como digo, por prepararme bien para mi matrimonio y el hecho de que iba a vivir en Marruecos me hacía pensar que tendría que entender otra cultura y otras costumbres, y enfrentarme con otro tipo de religión.

Yo misma me quedé sorprendida una tarde cuando me oí preguntarle al padre Panikkar si querría ser él mi director espiritual. La verdad es que él también se quedó muy sorprendido y como si quisiera entenderme a mí por un lado, pero teniendo que ser sincero con su filiación al Opus Dei por otra parte, me dijo:

–Muy bien, pero le advierto que yo soy muy exigente y temo que tendrá usted que ir a la residencia de mujeres del Opus Dei para hablar conmigo, porque no es cuestión de hablar aquí de temas personales.

El padre Panikkar llamó al día siguiente al despacho para darme la dirección de la residencia de mujeres del Opus Dei: Zurbarán, 26. Y, como de pasada, me agregó que la directora se llamaba Guadalupe, pero que él no recordaba su apellido.

Debo aclarar aquí algo que considero muy importante: yo siempre creí que, un sacerdote, por el mero hecho de su condición sacerdotal, separaba la relación entre la persona que dirigía espiritualmente y su filiación al grupo al que pudiera pertenecer, en este caso, al Opus Dei.

¡Pero qué error tan grande el mío!

Acordamos una fecha.

No creo que nadie pueda llegar a un sitio, después de cuanto yo había oído, con más recelo por un lado y mayor asepsia por el otro, que con los que yo llegué a la puerta de Zurbarán, 26, y toqué el timbre. Hasta aquel momento yo sólo conocía hombres del Opus Dei. Ahora, por primera vez en mi vida, iba a conocer a mujeres del Opus Dei.

Me abrió la puerta una doncella de uniforme negro con delantal de satín también negro. Me sorprendió, porque a las ocho de la mañana no era el uniforme apropiado en ninguna casa española de aquella época. El uniforme negro era siempre un uniforme de tarde, excepto en algunas consultas de médicos. Le anuncié que tenía una cita con el padre Panikkar y me dijo que la acompañara. La seguí por los escalones de mármol blanco cubiertos de alfombra roja hasta llegar a la sala. La sirvienta me preguntó mi nombre y se fue dejando la puerta entornada.

Me senté en el sofá que había en la sala y empecé a contemplar la habitación. Mi primera

impresión fue que la habitación tenía una luz realmente mortecina. El sofá en el que yo me senté estaba adosado a la pared y junto a él había dos sillones pequeños de estilo victoriano tapizados en damasco de color rosado. Como lámpara de techo, una araña pequeña. A la derecha de donde yo estaba sentada había una mesa tipo inglés de alas, junto a una puerta que daba, sin duda alguna, a la habitación cuya puerta cerrada vi al subir por la escalinata. Sobre esa mesa había un volumen de "Camino". Sobre una cómoda estaba la fotografía de una señora que yo pensé era -en mi supina ignorancia sobre aquel grupo- la fundadora del Opus Dei.

Me informaron pronto que el Opus Dei no tenía fundadora y que aquella señora era "la Abuela", la madre del Fundador.

Me gustó bastante el cuadro de la Virgen que había en la habitación. Era una pintura de tipo clásico español sobre un caballete, y en él, flores frescas. Era un bonito detalle. De una pared colgaba la fotografía de un sacerdote, el padre Escrivá, me dijeron más tarde. No parecía muy mayor. La alfombra era de lana. También había en la habitación una vitrina con muy pocas cosas y de mal gusto: un abanico con dos o tres chucherías sin valor.

La habitación en conjunto no resultaba atractiva. No había un solo libro en ella, más que el ejemplar de "Camino". Tampoco había revistas de especie alguna. ¿ Cómo es posible que en el lugar de recibo de una residencia de estudiantes no haya ningún libro?, me preguntaba a mí misma.

Un piano se apoyaba contra la pared, que posiblemente daba al oratorio, ya que fácilmente se oían las oraciones de la misa que venían de esa dirección. Media hora de espera fue un buen tiempo para revisar esa habitación desde mi sitio. Mi impresión de ella era que más se parecía más a la sala de alguna de nuestras tías mayores que a la sala de visitas de una residencia de estudiantes.

Al finalizar las oraciones de la misa entró en la sala, muy sonriente, una mujer joven que se presentó a mí como Guadalupe Ortiz de Landázuri, directora de la residencia. (Guadalupe Ortiz de Landázuri estaba preparando en aquella época su tesis doctoral de Química. Fue la persona cuya intervención en mi entrada al Opus Dei fue decisiva. Era muy amable y bien educada y, sobre todo, muy perseverante en sus convicciones. En 1950, junto con otras tres españolas, Manolita Ortiz, María Esther Ciancas y Rosario Morán (Piquiqui), fue enviada por los superiores de la Obra a México para abrir allá la fundación de mujeres del Opus Dei). Su aspecto era agradable, parecía una persona capaz, sencilla e inteligente. Sin embargo, yo sostenía, dentro de la amabilidad de rigor, distancia, cosa, que, curiosamente, a través de los años, ella siempre me lo recordó con sus

propias palabras: "¡Chica, eras tan distante!" Le dije simplemente que tenía una cita con el padre Panikkar.

Mientras llegaba el sacerdote, Guadalupe, siempre sonriente, me inundó con una avalancha de preguntas: si yo era estudiante, si trabajaba, dónde vivía, a todo lo cual le contesté, también con una sonrisa, pero lacónicamente: "Estudio, vivo en Madrid y trabajo." En ese momento llegó el padre Panikkar y Guadalupe, por supuesto, nos dejó.

En esta primera conversación personal con el padre Panikkar yo le expliqué tanto mis intereses como mis preocupaciones espirituales, a todo lo cual él me escuchó con mucha atención. Me es fácil recordar que el primer libro que me recomendó como lectura espiritual fue "Historia de un alma", de Sainte Thérse de Lisieux.

La nueva relación con el padre Panikkar como mi director espiritual no interfirió con el trabajo diario. Existió siempre una fina línea divisoria entre el trabajo, con el ritmo impuesto por las tareas diarias de la preparación del Congreso Internacional de Filosofía, y mi dirección espiritual.

Hacia marzo de 1948, el padre Panikkar iba a dirigir un retiro para jóvenes en la residencia de "Zurbarán", al que decidí asistir. Yo había ya visitado varias veces esta residencia para hablar con él.

Tenía yo entonces 22 años y la vida, como generalmente se dice, me sonreía en todos sus aspectos: era una mujer feliz y, según me dijo el padre Panikkar en más de una ocasión, reflejaba tanto el haber tenido una infancia feliz y normal como el sentirme orgullosa de mi propia juventud. La verdad es que yo disfrutaba de la vida. Era optimista, siempre curiosa por aprender algo nuevo, apasionada por leer y profundamente interesada en arte, especialmente en arte moderno. Estaba siempre dispuesta a cualquier reto. Estaba enamorada de mi novio y me sentía correspondida por él. Socialmente pertenecía a una familia que me permitía moverme con libertad en cualquier ambiente. El hecho también de que en mi familia había mucho contacto con el extranjero debido, por un lado, a que mi padre había cursado una de sus carreras de ingeniero en Inglaterra y, por otro, a que

muchos miembros de mi familia se habían casado con personas de diferentes nacionalidades, me abría en abanico un sentido de universalidad no demasiado corriente en esa época en España entre muchachas de mi edad. También es verdad que en la vida siempre tuve la característica de querer llegar al fondo de las cosas. Me gustaba conocer todo en profundidad y por ello huí siempre de lo frívolo. El cuadro anterior puede servir como base para explicar mi afán de prepararme a fondo para mi futuro matrimonio.

Quería afrontar el nuevo estado con responsabilidad y hacer cuanto estuviera a mi alcance para construir una familia feliz y cristiana.

Así pues, libremente y llena de buena fe, decidí asistir a aquellos ejercicios para reajustar mi vida espiritual frente, como digo, a mi futuro matrimonio. Mi novio y yo habíamos hablado del futuro y ambos estábamos totalmente de acuerdo en que nuestra vida de casados fuera no solamente cristiana de verdad, sino abierta a todo aquel que pudiera necesitar nuestra ayuda.

Los problemas sociales fueron siempre en mi vida una preocupación muy seria. Cuando iba al colegio pensé que mi idea de querer ayudar a los demás podría ser signo de vocación religiosa, pero vi muy claramente que yo no tenía vocación de monja en absoluto. Por esto último, no temí asistir a aquellos ejercicios espirituales organizados por la residencia de "Zurbarán" y dirigidos por el padre Panikkar. La verdad es que pensaba que podría recibir una gran ayuda espiritual, especialmente guiada por este sacerdote.

Mi novio estaba ya en Marruecos, como dije. En la víspera de los ejercicios, varios de sus compañeros vinieron a mi casa y me rogaron, prácticamente, que no asistiera a ellos. Temían, me dijeron con franqueza, que la gente del Opus Dei, mediante algunas de sus "artimañas", me "pescara". Me sentí casi ofendida por la insistencia en repetirme la misma cantinela y les dije que estaba más que alerta a cualquier cosa que pudiera parecerme "sospechosa". Estaba plenamente convencida de mi fuerza frente a cualquier presión que el Opus Dei intentase. Por otra parte, al haber visitado varias veces esa residencia, pude notar que el ambiente era amable, sin ser pegajoso; las chicas del Opus Dei que había conocido me parecieron simpáticas, aunque

bastante mal puestas, por cierto, en aquel entonces. El oratorio era recogido. Y además varias amigas mías iban también a hacer aquellos ejercicios ya que también el padre Panikkar era su director espiritual. No me sentía miedosa, ni tensa. Estaba tranquila.

Puse de lado los consejos estridentes de los compañeros de mi novio, a quienes les respondí de mala manera que no se preocuparan tanto, porque quería a mi novio de veras y no le iba a jugar una mala pasada. ¿Cómo diablos iba a plantar a mi novio por el Opus Dei? ¡La idea era absurda!

Mis padres no estaban muy entusiasmados con estos ejercicios espirituales, pero tampoco les hubiera gustado que hiciera cualquier otra clase de ejercicios.

Por tanto, fui.

Cuando estaba haciendo la inscripción, me encontré con que una amiga mía, María del Carmen Comas Mata, estaba también en la fila. Llena de asombro y casi molesta, me preguntó:

–¿Qué demonios haces aquí?

–¿Y por qué no? – le pregunté-. ¿Acaso no estás tú también aquí?

–Sí, pero yo no les gusto. Y estoy convencida que contigo va a ser lo contrario. Tú les vas a caer bien y te van a complicar la vida.

–¡No seas absurda! – le repliqué-. Yo he venido a hacer los ejercicios y eso es todo.

–Por favor, no hables con ninguna de ellas -me dijo mi amiga en un tono más amable.

Estaba hasta la coronilla de los temores de cuantos me conocían. Personalmente quizá no les tenía mucha confianza a las mujeres del Opus Dei, pero de mi director espiritual me fiaba totalmente.

Creía plenamente en él porque en aquel entonces pensaba -¡con gran error por mi parte!– que los sacerdotes del Opus Dei eran totalmente objetivos para el beneficio de las almas.

Los ejercicios espirituales empezaron con toda normalidad. Desde el punto de vista material, la casa estaba inmaculadamente limpia; el ambiente, agradable; las comidas, delicadamente preparadas en una época de escasez material en España; la mesa, muy bien servida; las mujeres del Opus Dei, solícitas sin ser obsequiosas. Por tanto mi impresión era muy positiva.

Habían pasado ya dos días, cuando Guadalupe, la directora de la residencia, me preguntó que cómo iban las cosas y que si tenía cualquier duda sobre alguna cuestión espiritual, que no dejara de preguntarle. "Primera intentona", pensé riéndome dentro de mí. Le contesté muy amablemente:

–Estoy bien, muchas gracias.

Era costumbre que, durante los ejercicios espirituales, el sacerdote dedicara una de sus meditaciones a los temas de "muerte", "caridad" y "vocación" (referida ésta, generalmente, a la vocación religiosa y al matrimonio).

La meditación sobre la muerte que dirigió el padre Panikkar fue espléndida; la mejor que recuerdo haber oído en mi vida: sencilla, clara, no aterradora. También dio la meditación sobre caridad de una manera muy linda. Pero no hubo meditación alguna sobre "vocación" en los primeros tres días de ejercicios. Sin embargo, una buena mañana, el padre Panikkar empezó la meditación parafraseando la canción popular de aquella época:

La hija de don Juan Alba dicen que quiere meterse a monja.

Dicen que el novio no quiere.

Y ella dice ¡que no importa!

Al hacer una pausa después de esta estrofa, pudo oírse una risa casi general

en el oratorio, pero el padre Panikkar continuó elevando el tono de su voz:

–Y ella dice "¡que no importa!", "¡que no importa!".

Continuó la meditación con la parábola del pobre Lázaro y el rico Epulón y, a renglón seguido, leyó el poema de Rabindranath Tagore, "El carruaje del rey": "¿ Qué me puedes dar tú?".

Finalizando su meditación con el maravilloso poema de Oscar Wilde: "El ruiseñor y la rosa".

Ni qué decir tiene que la meditación, los ejemplos, las historias de generosidad oídas, calaron hondo. Generosidad, sacrificio. ¿Tenía algo que ver conmigo la chica de la canción de don Juan Alba? ¡No! Puesto que yo no quería ser una monja en absoluto. Pero ¿cómo podía interpretar al ruiseñor, el pajarillo que permitió al rosal que tomara toda su sangre para darle la oportunidad a aquel estudiante enamorado de que encontrase una rosa, una rosa roja en pleno invierno?

¿Qué es lo que realmente quería darnos a entender el sacerdote a través de esos mensajes literarios? La piedra había sido lanzada. El tema de crisis vocacional había empezado.

He de decir con toda sinceridad que esa meditación fue el acontecimiento más serio de toda mi vida: el punto de partida de una crisis vocacional que cambió totalmente el rumbo de mi existencia.

Para bien o para mal, yo siempre he creído en las palabras venidas de personas a quienes respetaba plenamente y en las que por consiguiente confiaba, sobre todo si se trataba de un sacerdote.

Sumida en mis propios pensamientos, oí a Guadalupe, la directora, que me preguntaba:

–¿Cómo interpretaste la meditación en tu caso?

–Ése no es mi caso -le respondí-, porque yo no quiero ser monja.

–¿No se te ha ocurrido nunca pensar en una vida religiosa? – continuó Guadalupe.

–¡Oh, sí! – la contesté-. Pero fue hace mucho tiempo. Yo era una cría pequeña. Yo no tengo vocación de monja. Aclaré eso hace muchísimo tiempo.

–Y agregué con gran sarcasmo-: Yo no soy la hija de don Juan Alba…

–Por supuesto que no lo eres -replicó Guadalupe-. Pero yo no me refiero a la "vida religiosa" como tal. Como viste, el estudiante de la historia, el rico Epulón de la parábola…, el mendigo del poema de Tagore…, una persona le puede dar a Dios su riqueza; otra, su vida, y otra… ¡un novio!, ¿por qué no? ¿No se te ha ocurrido pensar en la posibilidad de dedicar tu vida al servicio de Dios; de regalársela, sin cambiar nada externo, simplemente como una mujer corriente?

El Evangelio necesita leerse de acuerdo a nuestra propia situación. Todo es cuestión de generosidad.

La verdad es que sus palabras me hicieron sentir incómoda, casi infeliz, considerando una

posibilidad que no se me había presentado como "vocación religiosa", sino como un "acto de generosidad personal". Me sentí confusa en mi interior al escuchar aquel planteamiento. Por una parte, la meditación del sacerdote…; por otra, las palabras de esta mujer… ¿Acaso Dios se valía de ellos para hablarme o era esto la típica "artimaña" del Opus Dei que la gente temía?

Interiormente yo me sentía en paz con Dios. Por supuesto, Dios no me iba a tocar la puerta pidiéndome algo especial, como Guadalupe señaló, pero ¿por qué yo, que precisamente trataba de plantearme un matrimonio verdaderamente cristiano?

Con este montón de interrogantes decidí hablar con el padre Panikkar. Mis preguntas fueron claras y directas: ¿debería yo considerar su meditación como algo para ponderar respecto a mi propia vida a pesar de mi enamoramiento por mi novio? ¿Acaso no podía yo ayudar a cualquier persona con las dos manos siendo casada? ¿Debería olvidar en mi caso esta meditación?

Su respuesta sonó clara y pacífica: No. Yo no tenía que considerar esta meditación como algo que no se refería a mí y a la posibilidad de dedicar mi vida entera al servicio de Dios. Todo lo contrario: debería considerarla seriamente y actuar en consecuencia, "a cualquier precio", dijo marcadamente. Y añadió:

–Rezaré mucho por usted. Le pediré a Dios que la ayude para ser generosa con Él, ¡con ese Dios que le ha dado tantas cosas en la vida! Esta noche rezaré por usted especialmente, frente al Santísimo.

Era víspera de un primer viernes.

El asunto de ser generosa con Dios me abrumaba horrorosamente: toda la responsabilidad estaba sobre mis hombros, ya que Guadalupe también me dijo que esta pregunta no se la hacían ellos a todo el mundo.

Terminé los ejercicios espirituales en un mar de lágrimas y llena de angustia: enfrentaba el dilema de la posibilidad de terminar con mi futuro matrimonio dejando a mi novio, o de casarme sabiendo que no había respondido a la llamada de Dios y no había sido generosa con Él. El problema no era pequeño para nadie, y menos para mí, a mis 22 años de edad, que pensaba casarme muy pronto, y que por otro lado me preocupaban los problemas sociales y era lo que podríamos llamar una buena católica". (El padre Panikkar me contó unos días más tarde que muchas de las chicas que hicieron los ejercicios le habían pedido que les escribiera algún pensamiento en el reverso de una estampa que ellas le dieron y, que, aunque yo no le había pedido nada, él pensaba haberme escrito las líneas siguientes de Rabindranath Tagore: "Si lloras por haber perdido ci sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas).

En los días siguientes después de los ejercicios, Guadalupe no cesaba de llamarme por teléfono, y de una manera sutil, y no tan sutil muchas veces, me preguntaba si no quería charlar con ella sobre "mi problema". Ella me sugirió, y lo mismo el padre Panikkar, que le pidiera a mi novio que esperase un tiempo para que yo pudiera contemplar "sin presiones" esta inesperada posibilidad.

No quisiera detallar, por lo doloroso, la sorpresa, el disgusto y el sufrimiento de mi novio que, al estar acabando su año de milicia, además de su trabajo en Marruecos, no podía materialmente venir a Madrid hasta varios meses más tarde. Por otra parte era un excelente católico y dentro de ese marco se veía pillado. Hizo lo más que humanamente pudo haber hecho en aquellas circunstancias y en esa época: habló con el padre Panikkar, quien le dijo que también él tenía

que ser generoso y aceptar la voluntad de Dios. Nunca olvidaré en mi vida las palabras de mi novio:

–Si me dejases por otro hombre, le partiría la cabeza. Pero ¿qué puedo hacerle yo a un Dios ante el cual me arrodillo cada día?

Su angustia era muy profunda. Por las veces que habló con el sacerdote, por su sufrimiento, su infelicidad, por todo ello y por lo mucho que lo quería, me sentí espantosamente culpable. No tenía paz.

Mientras tanto, me dijeron en el Opus Dei que el sufrimiento era normal, casi un paso requerido por Dios como signo de purificación. Me subrayaron una y otra vez que el sufrimiento había sido la piedra de toque para todos aquellos que entraron en el Opus Dei en la "etapa fundacional".

Me insistían en que debía dejar mi vida entera en manos de Dios sin querer pedirle nada a cambio. Y que éste era el sacrificio de la vida de cada uno por el bien de la humanidad entera a la que yo había querido "ayudar", pero de forma diferente y limitada. Y todo ello me lo dijeron así, de un solo golpe.

Naturalmente hicieron una llamada a mi educación religiosa, recordándome que debería seguir las sugerencias indicadas por la directora y mi director espiritual.

Guadalupe me dijo que el Opus Dei era "la manifestación de la voluntad de Dios en la Tierra" y que el Fundador solía decir, producto de una inspiración divina, sin duda, que "el Opus Dei era la manera de convertir el mundo a Dios" y "el día que pongamos a Cristo en la cúspide de todas las actividades humanas, Dios atraerá el mundo hacia Él".

Pregunté si no podría ser yo un miembro del Opus Dei, pero de los casados, ya que en el Consejo de Investigaciones Científicas había hombres del Opus Dei, pero casados.

Abiertamente la respuesta de Guadalupe fue que no.

–Habrá mujeres casadas, quizá, pero no se sabe cuándo. – Y agregó-: Ésa no es la vocación para la que tú has sido llamada.

Me repitieron hasta la saciedad que lo único importante para mí era mi generosidad hacia Dios y hacia las almas a través de mi compromiso con el Opus Dei.

Dada mi manera de ser y deseando llegar al fondo de la cuestión -mi vocación- vis-a-vis Opus Dei, recuerdo que pedí que me dejasen una copia de las Constituciones para leerlas.

Guadalupe se echó a reír con todas sus fuerzas y me dijo:

–Pero ¿para qué las quieres?, ¿para qué?

Por supuesto no me las dieron. Pero además en esa época no estaban escritas tampoco. Sin embargo tanto Guadalupe como las otras mujeres del Opus Dei, y asimismo los sacerdotes del Opus Dei, me señalaron que, con la promulgación de la Constitución "Provida Mater Ecclesia" (2 de debrero

de 1947), el Opus Dei era el "primer Instituto Secular de la Iglesia Católica" y que además la Iglesia le había concedido el "Decretum Laudis" pocos días después de la promulgación de esta Constitución. También me explicaron que muy poca gente era capaz de entender esta novedad de la Iglesia, y que por ello, era necesario guardar una discreción extrema sobre el Opus Dei.

De hecho, en ese tiempo, el Opus Dei se presentaba como la institución más moderna e innovadora

dentro del seno de la Iglesia por el mero hecho de que mujeres y hombres, sin hábito o distintivo externo alguno, sin cambiar sus nombres a la manera de los religiosos, y sin vivir vida conventual, estaban plenamente dedicados de por vida al servicio de Dios. Las casas no tienen aspecto conventual tampoco y todos los miembros del Opus Dei deben seguir ejerciendo su trabajo profesional, ya que a través de él hay que hacer un fecundo apostolado para convertir el mundo a Cristo, además, por supuesto, de alcanzar la santidad personal.

Después de varios meses de luchas y de haber oído sin parar que "mi camino estaba claro y que yo había sido elegida por Dios para esta nueva clase de apostolado", rompí con mi novio y escribí la carta requerida al presidente general monseñor José María Escrivá, pidiéndole ser admitida como numeraria (miembro con dedicación plena) al Opus Dei.

Ni qué decir tiene que, bajo la fuerte indicación de Guadalupe, mi directora en el Opus Dei, y de acuerdo a las normas de la institución, yo no podía decir ni media palabra de la carta escrita -que implicaba un compromiso absoluto de mi vida para siempre- absolutamente a nadie, mucho menos a mi familia o a cualquier sacerdote que no fuera del Opus Dei.

Me sentía tan cansada y tan harta de todo que decidí irme al extranjero y poder pensar allí sobre los hechos sin la influencia de nadie. Fui a Francia y Suiza. Por supuesto Guadalupe no quería ni loca que me fuera, pero afortunadamente mi director espiritual consideró necesario mi viaje y me fui.

En París vivía en la residencia de las dominicas francesas, el colegio al que había ido en España. Tuve la gran oportunidad de poder pasar también varias semanas en Mortefontajnesur- Oise, la Casa Madre de esta orden. Allí pude hablar con la madre general, "mére" Cathérine Dominique, que me conocía desde mis buenos doce años y también con una religiosa, profesora y amiga mía, "mére" Marie de la Soledad, que no sólo me conocía perfectamente, sino que de cierta forma había sido siempre mi guía y confidente espiritual. Ambas no veían con claridad las metas y medios que usaba el Opus Dei. Por otra parte, eran respetuosas con la Institución, por el hecho de que la Iglesia la hubiera aprobado como Instituto Secular. No sólo me dijeron que rezara sin cesar para ver claro mi futuro, sino que me recomendaron con insistencia que consultara este hecho delicado de una posible vocación con otro sacerdote ajeno al Opus Dei y que también se lo consultara a mis padres.

Estas religiosas, que me habían conocido de pequeña y que me trataron de joven, estaban muy preocupadas y, como digo, no veían clara mi vocación al Opus Dei. Estando en Suiza, y precisamente en Lucerna, decidí escribir a mi novio pidiéndole que viniera a Madrid para poder discutir juntos la situación. Nunca supe cómo logró permiso del ejército ni del director de su empresa, pero el caso es que vino y pudimos conversar.

De nuevo volví a ser feliz y a estar tranquila. Y por supuesto decidí no volver a hacer caso a ninguna mujer del Opus Dei, tanto así que hablé con Guadalupe y le dije que se olvidara de mi carta escrita al fundador del Opus Dei pidiendo la admisión.

Después de unos cuantos días mi novio regresó a Marruecos y dado que mi director espiritual no estaba en Madrid, lo llamé por teléfono para informarle acerca de mi última decisión de haber reanudado las relaciones con mi novio. Era el 14 de septiembre de 1948, fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, y ci padre Panikkar me dijo que con mi última decisión había aumentado el peso de su cruz, ya que estaba lleno de esperanzas apostólicas con mi vocación.

Al cabo de muchos años, pude darme cuenta de que estas expresiones se

repetían en boca de los superiores del Opus Dei cuando algún miembro se iba de la institucion.

La verdad es que yo estaba convencida de que de ahora en adelante todo iba a ser fácil. Pero una vez más me equivoqué de plano: Guadalupe, por un lado, y mi director espiritual, por el otro, me repetían sin cesar que no había sido fiel a Dios y a su llamada. El tema era sutil y constante en charlas y confesiones. Por ejemplo, aún recuerdo que, cuando mi novio iba a regresar de vacaciones a Madrid, por muy pocos días, mi director espiritual me puso de penitencia que no me pintara, precisamente durante esos días.

A todo esto yo seguía trabajando en el Congreso Internacional de Filosofía, que estaba ya para celebrarse en Barcelona.

Un buen día, estando en el Consejo de Investigaciones, me telefoneó otro sacerdote del Opus Dei, José María Hernández Garnica, pidiéndome que fuera por la mañana temprano a "Zurbarán", porque quería pedirme un favor.

Por educación, fui. No tenía ni la menor idea de qué clase de favor quería pedirme este sacerdote.

Sabía, sin embargo, que era el sacerdote encargado de la sección de mujeres del Opus Dei para toda la Institución, sacerdote secretario central era su cargo, en el que estuvo muchos años. A pesar de su brusquedad con las mujeres, pude comprobar a través de los años que este sacerdote era honesto con nosotras.

Nada más llegar a "Zurbarán" me saludó y, sin el menor preámbulo, me pidió que no fuera a Barcelona para asistir al Congreso de Filosofía ni participara, por consecuencia, en ningún acto del Congreso que se celebrara en aquella ciudad.

Frente a tal petición no sabía si darle un plantón e irme, o si contestarle algo fuerte. Me dominé lo suficiente como para explicarle que había dedicado mi tiempo entero a la preparación de ese Congreso Internacional de Filosofía y

que lamentaba no poder complacerlo, ya que pensaba ir a Barcelona, conforme estaba previsto por toda la directiva del Congreso.

Hernández Garnica recogió velas un poco y me explicó que, primero, me estaba pidiendo esto como favor porque yo no era un miembro del Opus Dei, pero que si yo hubiera sido miembro del Opus Dei me hubiera dicho esto como una orden y "sin comentarios". Y, segundo, agregó, que la razón de pedirme que no fuera a Barcelona era porque en esa ciudad había sido el lugar donde el Opus Dei había recibido más calumnias. El hecho de que el ayudante del padre Panikkar en el Congreso fuera una mujer, podría dar ocasión a que la gente murmurase contra el Opus Dei. Lo que entonces no pude ver con toda nitidez, porque escapaba a mi sana ingenuidad, era que el Opus Dei no quería que, junto a la imagen de un sacerdote suyo, apareciera la imagen de una mujer joven. A lo largo de los años que viví en el Opus Dei pude comprobar que la separación existente entre los hombres y mujeres del Opus Dei, de acuerdo a las Constituciones, era total. Esta separación se acentúa especialmente cuando se trata de los sacerdotes y las mujeres del Opus Dei, tanto, que en este caso se convierte en una obsesión;

a mi entender, reflejo fiel de la represión sexual de monseñor Escrivá.

La petición de Hernández Garnica fue como si me hubiera volcado un jarro de agua fría sobre el entusiasmo con el que había trabajado en el Congreso, dedicándole lo mejor de mi capacidad y atención y al que también estaba previsto que asistiera en Barcelona como culminación de mi labor y donde tendría oportunidad de conocer a personas notables del mundo de la filosofía y de las letras.

A pesar de toda la desilusión y el desagrado que me invadió, fui capaz de defender frente a Hernández Garnica mis puntos: 1) yo no era miembro del Opus Dei; 2) aunque había otras muchas personas en el comité directivo del Congreso, que no sólo eran hombres, sino también sacerdotes, nadie había dicho nada contra la presencia en el Congreso de las mujeres que trabajaron en él.

Cuando el padre Hernández Garnica comprendió que yo no estaba dispuesta

a ceder y que iría a Barcelona, empleó el "chantage" diciéndome que si yo iba a Barcelona, los superiores del Opus Dei prohibirían al doctor Panikkar que asistiera al Congreso Internacional de Filosofía, y que, puesto que él era el secretario general y sabía hablar en todos los idiomas que oficialmente iban a emplearse en el Congreso, su ausencia resultaría un desastre. Y, como estaba convencido de que yo no tenía salida, me agregó que procurase dar una "amable excusa" a don Juan Zaragüeta, presidente del Congreso disculpándome de no poder ir a Barcelona…

Yo estaba tan enfadada cuando le conté al doctor Panikkar la conversación que había tenido con el padre Hernández Garnica, que él me dijo muy de verdad que si yo quería ir a Barcelona que fuera, pero que, desgraciadamente, él tendría entonces que quedarse en Madrid. No tenía opción. Tenía que claudicar si no quería que el Congreso fuera un desastre.

Cuando me excusé ante los miembros del comité del Congreso por no ir a Barcelona, muy amable y discretamente aceptaron mis excusas. Sin embargo, el padre Todolí nunca se tragó el cuento y siempre pensó que había sido una mala jugada del Opus Dei.

No creo que tenga necesidad de explicar que desde aquel día el padre Hernández Garnica no fue santo de mi devoción…

Años después descubrí que esta forma de actuar del Opus Dei no era un caso aislado en la historia de la Institución, ya que todos los sacerdotes del Opus Dei, además de los miembros llamados "inscritos" (aquellos numerarios que tienen cargos de gobierno o de formación) y de los superiores (ellos y ellas) están obligados a hacer un juramento especial llamado "juramento promisorio". Este "juramento promisorio", hecho sobre el Evangelio, lleva como consecuencia, bajo pena de perjurio caso de no cumplirlo, el que dichos miembros consulten con los superiores del Opus Dei cualquier asunto relacionado con su vida social, y profesional. Ello implica

que, como la vida política también está relacionada con la social, los asuntos políticos, como el de si una persona puede aceptar un ministerio o

no, sean también un asunto que merece ser consultado. Los miembros pueden seguir o no el consejo recibido, pero igualmente los superiores del Opus Dei, en virtud del voto de obediencia (que ahora, después de convenirse el Opus Dei en Prelatura, no se llama "voto" sino "compromiso"), pueden trasladar a un miembro de una a otra esquina del mundo si consideran que el no haber seguido el consejo dado es una "falta de espíritu" porque podría ir en perjuicio del Opus Dei. Esto, pues, es la gran farsa de la "libertad de que gozan los miembros en el Opus Dei", tan declamada por sus superiores. Todos los sacerdotes del Opus Dei tienen, como digo, este juramento.

Prosigo mi relato: de octubre a diciembre de 1948, el Opus Dei lanzó una ofensiva para recobrar "mi vocación perdida". Guadalupe Ortiz de Landázuri me repitió hasta la saciedad que no estaba cumpliendo la voluntad de Dios, lo que era como una tortura para mí. Igualmente me dijeron los superiores del Opus Dei, por activa y por pasiva, que "nunca podría ser feliz en mi vida ni tampoco podría hacer feliz a mi marido, todo ello por no haber cumplido la voluntad de Dios". Estas palabras suenan suaves ahora comparadas con la presión a que me sometieron.

Por ejemplo, mi director espiritual me dijo, entre otras cosas, que no le pidiera que celebrase mi matrimonio porque era tanto como invitarlo a un crimen.

Guadalupe me dijo que rechazara como una sugerencia diabólica mi idea de consultar el tema de mi vocación con un sacerdote ajeno al Opus Dei. Ésta es la doctrina del Opus Dei enseñada por su fundador.

A las nuevas vocaciones en el Opus Dei nos exigían que no mencionásemos nada de nuestro compromiso con la Obra a las familias de sangre, lo que originaba un gran conflicto muchas veces, teniendo incluso que mentir. Esta forma de actuar, llamada "discreción" por el Opus Dei, se traducía en nuestras familias por "misterio" o "secreto", ya que nuestra actitud era incomprensible a ojos humanos.

Por otra parte no puedo negar, como indiqué anteriormente, que el Opus

Dei me resultaba atrayente como novedad secular. Me daba la impresión de ser un "avant-garde" en la Iglesia: me atraía la idea de santificar el trabajo ordinario, de ser misionera sin ir a ningún país remoto y pasando inadvertida, de no tener que cambiar el aspecto externo para llevar una vida de dedicación completa a Dios. En suma, me atraía ese modo de lograr la paz, la salvación del mundo, la de todas las almas, siempre a través del trabajo ordinario.

Para los católicos que vivimos de cerca los horrores de la guerra civil, la perspectiva que presentaba el Opus Dei en aquella época era sugerente, porque despertaba todo un sentido de generosidad personal como remedio a los males que habíamos vivido de cerca.

Me repetían entonces, una y otra vez, que dar por amor a Dios nuestra juventud, lo mejor de nuestra vida, nuestro íntimo amor humano, el sacrificio de un futuro social brillante, era un razonable precio a pagar. Sin embargo, lo curioso es que sea éste el mismo razonamiento que en los años noventa emplee el Opus Dei con las posibles candidatas. Hoy día, cuando la humanidad entera se estremece ante la carencia de los derechos humanos más básicos, como son la libertad, la vivienda, la nutrición, la alfabetización, etc., la doctrina del Opus Dei con respecto a los pobres, a la miseria, a las comunidades de base, por ejemplo, refleja una bochornosa ausencia de sentido cristiano y responsabilidad.

Volviendo a mi relato personal, el día de Nochebuena de 1948 recibí en el correo una bellísima imagen de la Virgen que tenía impreso el lema "Ecce Ancilla" ("He aquí la esclava del Señor").

Debajo estaba escrita una frase de mi director espiritual: "¿Lo serás…?" Finalmente, el Opus Dei ganó en mi caso. Y en la víspera de Año Nuevo de 1949 rompí para siempre con mi novio, con el convencimiento total de que estaba cumpliendo la voluntad de Dios. Muchas personas me reprocharon mi conducta respecto a mi futuro matrimonio. Fueron también muchas las veces que oí a personas de mi familia y a amigos decirme que "era una mujer sin sentimientos y sin corazón". Sólo Dios sabe la crisis dolorosa que atravesé hasta que finalmente me rendí a lo que yo creía ser "la voluntad de

Dios", como San Pablo, me dijeron, que no veía cuando cayó del caballo.

No cabe duda alguna de que la forma en que el Opus Dei me presentó la vocación estaba basada en mi propia apasionada manera de ser y en que yo misma sabía que me gustaba hacer las cosas en profundidad. Es decir: ellos vieron mis ansias de apostolado y las encauzaron dentro del espíritu de la Obra. Me hicieron ver las limitaciones que el matrimonio impone a la tarea apostólica, lo cual planteó en mí todo un dilema. Vieron también que yo me desenvolvía bien socialmente y me señalaron que yo podría emplear esa capacidad para ayudar espiritualmente a mujeres de mi edad y más adelante, incluso a mujeres casadas. También me hicieron notar que, por mis vinculaciones, yo podía tener acceso a cualquier ambiente. Esto era verdad y yo tenía conciencia de que no hallaba barreras en ningún sitio adonde fuera. Me plantearon el dilema de si quería emplear este don para Dios o para mi propia vida. Es decir, me presentaron mi capacidad de liderazgo como un don que Dios me había dado para emplearlo a Su servicio. Todas estas ideas se entremezclaban en mi mente y en mi corazón y, al final, decidí que tenía que darle a Dios lo que me pidiera aunque fuera a costa del holocausto de mi futuro matrimonio y de herir profundamente los sentimientos de un hombre a quien quería con toda mi alma.

Muchos me rechazaron totalmente por haber tomado tamaña decisión, incluyendo muchas personas de mi propia familia que estuvieron desde un principio contra mi vocación al Opus Dei y a quienes nunca volví a ver hasta pasados veinte años, cuando salí de la Obra. Su comportamiento hubiera sido, sin duda, muy diferente si yo hubiera entrado en una orden o congregación religiosa, ya que en esa época, como digo, el Opus Dei era considerado misterioso y sospechoso.

Solamente unos pocos, muy pocos, parientes míos y amigos, así como mi padre y mis hermanos, de alguna manera, y a pesar de la postura rotundamente negativa adoptada por mi madre hacia mi entrada en el Opus Dei, siguieron en contacto conmigo, a través de escasa correspondencia o durante brevísimos encuentros a mi paso por Madrid cuando me trasladaban de una casa a otra.

Recuerdo siempre con emoción que mi hermano pequeño, un crío de doce años entonces, se las organizó y convenció a la mujer de servicio de mi casa para que lo llevase a verme a "Los Rosales", el centro de estudios del Opus Dei en Villaviciosa de Odón, donde yo estaba viviendo.

Mis padres nunca vinieron a verme a ninguna casa del Opus Dei, ni yo tampoco recibí permiso para visitar la casa de mis padres durante los casi veinte años que pasé en la Obra. Había dos hechos patentes: 1) que el Opus Dei siempre me tuvo alejada de Madrid, y 2) que los superiores del Opus Dei nunca se tomaron la molestia de visitar a mis padres y explicarles qué era el Opus Dei.

La escasa información sobre esta institución que yo di a mis padres era nada en esencia, ya que en aquel tiempo las Constituciones del Opus Dei no existían, y por consiguiente no había información idónea escrita sobre esta institución que, por otra parte, no tenía tampoco la aprobación definitiva del Vaticano.

Era corriente oír decir a nuestra directora en el Opus Dei, que los padres, muchas veces, eran el instrumento directo del demonio para arrebatar nuestra vocación incipiente.

Otra de las primeras enseñanzas que el Opus Dei procura a las nuevas vocaciones es el que si alguien pregunta: "¿Cómo es la gente en el Opus Dei?", se le responda: "Como todo el mundo debería ser." Como final de este capítulo, me gustaría subrayar que lo que enuncio a continuación y lo que revelo en los capítulos siguientes sobre la organización y el proceder del Opus Dei era totalmente desconocido para mí cuando entré a la Obra, lo mismo que es desconocido para cualquier nueva vocación hoy día. A grandes rasgos, mis ignorancias sobre el verdadero "modus operandi" del Opus Dei eran:

a) el no saber que por mi nombre y las circunstancias sociales de mi familia yo pudiera ser un blanco para sus filas, ya que intentaban reclutar personas conocidas socialmente; b)el hecho de que el haber abandonado mi futuro matrimonio fuera a usarse como motivo para que futuras vocaciones en

parecidas circunstancias imitasen mi ejemplo; c) que el motivo de la risa de Guadalupe Ortiz de Landázuri cuando le pedí las Constituciones del Opus Dei para leerlas fuera debido a que las Constituciones no estaban ni escritas ni por tanto presentadas a la Iglesia para su aprobación; d) que la discreción que se nos exigía hacia nuestras familias no era más que temor debido a la débil situación jurídica del Opus Dei en la Iglesia. Oí decir a monseñor Escrivá años más tarde, hablando de las "batallas" ganadas por la Obra, que, en la época que describo, el Opus Dei estaba llevando a cabo la "batalla" jurídica. Claramente no querían complicarse en el ámbito social de nuestras familias. Y de ahí el silencio; e)que era desconocida la razón por la cual a las muchachas que asistíamos a la residencia de la Obra nos llamaban "las chicas de san Rafael", lo que en la jerga del Opus Dei significa "posibles vocaciones".

He de hacer constar muy seriamente que, mirando estos hechos a la distancia de años, considero totalmente inmoral en la conducta del Opus Dei reclutar a las muchachas, exigiéndoles que hagan un compromiso de por vida al escribir una carta al padre (presidente general o prelado)

para ser aceptadas en la Prelatura del Opus Dei, sin hacerles leer primero, a las posibles candidatas, las Constituciones, dándoles meses de reflexión y de consideración frente a la responsabilidad que tal compromiso encierra de por vida.

Es curioso, por otra parte, que, de aquella idea original de "avant-garde" en la actuación, visualizada y predicada por el Opus Dei en los años cuarenta y cincuenta en medio del ambiente conservador de esa época, esta institución, llamada Prelatura Personal, se haya convertido hoy día en la organización más conservadora, retrógrada y sectaria de la Iglesia Católica Romana.

Que la nomenclatura jurídica del Opus Dei haya cambiado de alguna manera y que en lugar de Instituto Secular se llame ahora Prelatura Personal; que se llamen ahora compromisos o contratos a los votos y el que éstos sean aún más sigilosos frente a terceros; el que a los consiliarios se les llame vicarios; el que a monseñor Escrivá se le llame ahora "nuestro Padre", y al prelado, antes presidente general, "padre", no implica cambio

sustancial. El Opus Dei sigue siendo igual en su íntima estructura: un afán de ser "diferentes", un hacer creer a la Iglesia y al Romano Pontífice que son indispensables en el momento actual de la Iglesia y un servirse de la misma Iglesia para sus fines propios.

El Opus Dei, al cambiar su status de Instituto Secular -postura jurídica nueva en la Iglesia Católica, sin votos públicos ni vida en común a la manera de los religiosos, entre otras cosasen Prelatura Personal cuya característica mayor es la libertad e independencia de que disfruta con ámbito mundial, y sin límites geográficos se convierte, sin salir del seno de la Iglesia, en una iglesia dentro de la Iglesia, con todas las características de una secta. (B. R. Wilson, Patterns of Sectarianism, Londres, Melbourne, Singapur, Toronto, Cape Town, Auckland, Ibadan, HongKong, Nairobi (Heinemann), 1967, pp. 22-45.)

Así como a monseñor Escrivá se le rendía en vida un culto basado en que era la encarnación del espíritu del Opus Dei, hoy día, como dije, los fines, todos, de la Obra tienden a acrisolar esa misma idea para llevar a monseñor Escrivá a los altares, a cualquier precio.

Mi vida, pues, es un ejemplo, pero concreto y personal, de cómo el Opus Dei actuaba entonces y sigue actuando hoy día -"mutatis mutandi"- a fin de crear una crisis vocacional en la vida de una muchacha joven.

CAPITULO IV: CÓMO SE LLEGA AL FANATISMO

Es un proceso lento y sin estridencias, generalmente de varios años, el modo en que los superiores del Opus Dei moldean las almas y las personas. El punto de partida es, por supuesto, la petición para entrar al Opus Dei. Poco a poco, a través de todo un camino llamado de formación, las personas cambian, como trataré de explicarlo en las páginas siguientes, hasta llegar a adquirir ese "buen espíritu" o espíritu de robot en manos de los superiores del Opus Dei.

Después de escribir la carta de admisión a monseñor Escrivá, mi directora en el Opus Dei, Guadalupe Ortiz de Landázuri, me reiteró que debería tener

mucho cuidado en no decir a mis padres absolutamente nada de mi vocación, ni de la carta escrita, así como tampoco hablar de mis visitas a la residencia del Opus Dei. La directora me dijo, de una manera muy clara, que para mí la voluntad de Dios se manifestaba en lo que me indicaran mis superiores de la Obra, quienes conocían mejor que mis padres lo que era más conveniente para mí.

De hecho, muchos años más tarde, concretamente en 1979, cuando el Opus Dei elevó al Vaticano la petición de cambio jurídico de Instituto Secular en Prelatura Personal escribían:… el Opus Dei tiene un laicado compuesto por fieles simples o ciudadanos comunes unidos por la misma vocación específica 'rite probata…". Por 'rite probata' quieren decir que sólo ellos conocen "el espíritu" del Opus Dei y nadie que no sean los superiores de la Obra pueden juzgar acerca de la vocación de un posible candidato.

También me dijo Guadalupe que puesto que aún no tenía ningún voto, podía decir a cualquier persona, abiertamente y sin mentir, que yo no era del Opus Dei. Hablar a los padres de nuestra vocación hubiera sido quebrar una de las reglas más importantes en la Obra: la discreción. Y de ahí la razón de que me convirtiera en "misteriosa" para mi familia y amigos.

Por supuesto que mis padres notaron un cambio muy grande en mí; de repente dejé de ir a reuniones, incluso a las puramente familiares, como bodas, cumpleaños o bautizos, ya que ello hubiera implicado alternar con muchachos. A nadie hablé de mi vocación, ni siquiera a mis íntimas amigas. Como algo tenía que decirle a mis padres al haber dejado a mi novio, les dije que estaba considerando la posibilidad de entrar en algún grupo religioso y que, al Opus Dei, aunque como una posibilidad muy remota, no lo descartaba. Mi madre, que es muy lista, me repetía enfurecida que toda mi actuación era una pantomima para entrar al Opus Dei, puesto que mi cambio se originó "en los dichosos ejercicios espirituales".

Una vez que la llamada "muchacha de san Rafael" se decide y entrega su vida al cauce del Opus Dei, se la considera "en probación" durante los primeros seis meses. Desde que escribe su carta pidiendo la admisión, entra a formar parte de la llamada "obra de san Miguel". Se le encomienda a este

arcángel la labor de los numerarios y numerarias (la 'elite' del Opus Dei son estos miembros con entrega plena a la Institución, que viven permanentemente en las casas del Opus Dei) y también la labor de los agregados y agregadas de la Obra (miembros éstos también con dedicación plena, pertenecientes a cualquier clase social pero que nunca viven en las casas del Opus Dei más que por períodos cortos, de formación generalmente).

Tras escribir la carta de admisión, esa persona es ahora un miembro de "la familia", de esta familia del Opus Dei, que será más importante y cercana para ella que su propia familia de sangre.

Por "obra de san Miguel" se entiende en el Opus Dei toda la labor de formación (adoctrinamiento), educación, estudios, trabajo personal, etc., que una numeraria realiza desde que pide su admisión. Especialmente se pone bajo la protección de san Miguel toda la formación que la numeraria recibe desde el primer día.

La "Instrucción de san Migue"l, un documento interno, más bien breve, escrito por monseñor Escrivá, explica en detalle la razón específica del adoctrinamiento de las numerarias y las agregadas.

Esta instrucción se imprimió en la casa central de Roma en los años cincuenta. Todos los numerarios y numerarias, así como los agregados y agregadas, llamados primeramente oblatos y oblatas, incluidos también los sacerdotes del Opus Dei, todos, están bajo la protección de san Miguel.

Aunque todavía estaba viviendo en casa de mis padres, me permitieron los superiores, a los seis meses de haber escrito la carta a monseñor Escrivá, que hiciera mi primera incorporación al Opus Dei, llamada 'admisión'. La ceremonia tuvo lugar en el pequeño oratorio de Lagasca, 124, en Madrid. En verdad, más que un oratorio, era un armario empotrado, dentro de una minúscula habitación, donde estaba el altar y el sagrario. Al abrir este armario, la habitación que servía de comedor, cuarto de estar y lugar para charlar con la directora, se convertía en oratorio.

Un sacerdote del Opus Dei, la entonces directora central de la sección de mujeres, Rosario de Orbegozo, y Lola Fisac, la primera numeraria del Opus Dei, asistieron a esta ceremonia, sencilla y breve, de acuerdo con el ceremonial del Opus Dei. De rodillas delante de la cruz de palo, se contestan unos textos cortos respondiendo a las preguntas del sacerdote, también incluidas en el ceremonial. Tras de ello se besa la estola del sacerdote y la cruz de palo y luego, todos los que están en el oratorio rezan las "Preces", oración oficial del Opus Dei, que, como norma diaria del plan de vida, recitan los miembros todos, en general colectivamente.

La "admisión" significa que uno es aceptado oficialmente, pero "a prueba". La "admisión" no implica ningún vínculo legal, sino un compromiso moral con el Opus Dei. Es decir, durante este período de prueba, los superiores pueden aconsejarle a uno que se vaya, lo mismo que uno puede irse del Opus Dei, sin quebrar regla alguna. Si, tras de un año de prueba desde el día que se hizo la "admisión", uno va adaptándose al espíritu del Opus Dei: al estilo de vida, a las indicaciones, a las obligaciones; es decir, si uno va cambiando su estilo propio de vida por el del Opus Dei y se esfuerza por adquirir el "buen espíritu" que se se inculca, a uno pueden concederle, después de pedirlo a su directora y en confesión, que se le permita hacer la "oblación".

Por "oblación" se entiende en el Opus Dei hacer los votos temporales que se toman hasta la próxima festividad de san José, el 19 de marzo. Y de ahí se renuevan cada año en dicha festividad de san José. La ceremonia de la "oblación", consiste en dos partes. Por la mañana, generalmente durante la misa, se hacen los votos; si es un oratorio exclusivamente para numerarias, en el momento del ofertorio, la numeraria que hace la oblación se arrodilla ante el altar y lee la fórmula: "En la presencia dc Dios Nuestro Señor para quien es toda la gloria, confiando en la intercesión de Santa María y de nuestros Patronos y poniendo por testigo a mi Santo Ángel Custodio, yo [el nombre de uno], hago voto de pobreza, castidad y obediencia hasta la próxima fiesta de San José, según el espíritu del Opus Dei." Por la tarde, también en el oratorio, con la presencia de un sacerdote del Opus Dei, de la directora de la casa y de alguna otra numeraria, uno lee los textos, cortos, indicados en el ceremonial. Después besa la estola del sacerdote, la cruz de

palo y se termina la ceremonia rezando las "Preces" con los asistentes que haya en el oratorio, generalmente muy pocos, dos o tres, una de ellos la directora de la casa.

Después de renovar los votos por cinco años consecutivos, tienen lugar los votos perpetuos llamados "fidelidad".

Madrid: "Zurbarán"

De enero de 1949 a enero de 1950, mi vida, como nueva numeraria del Opus Dei, se concentró en dos puntos: el trabajo que continuaba haciendo en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y el deber que, como nueva vocación, tenía de ir a "Zurbarán" diariamente, o tan frecuentemente como pudiera, para hablar con la directora y para "ayudar en la casa".

El hablar con la directora me resultaba agradable, ya que Guadalupe Ortiz de Landázuri era una persona muy fina, simpática, comprensiva, audaz y con un don especial de gentes y de persuasión. Su manera de ser me invitaba a contarle, de modo espontáneo, cuanta cosa pensaba y hacía. Personalmente, la admiraba. Siempre me sentí comprendida por ella. Cuando ya no era yo del Opus Dei, muchos años más tarde, coincidimos en misa en la iglesia del Espíritu Santo y pude notar que su amistad conmigo parecía sincera a pesar de las circunstancias. La verdad es que sentí muy de verdad su muerte ocurrida a su regreso de México, no hace tantos años. Creo muy de veras que tanto Guadalupe como el padre Panikkar, por la manera de ser de ambos y por la forma de enfocar la vida, fueron dos personas decisivas en mi vocación al Opus Dei. Dudo mucho, por el contrario, de que ninguna de las otras personas de la Obra en aquella época hubieran podido impactarme hasta el punto de cambiar el rumbo de mi vida.

Por "ayudar en la casa" se entendía realizar el trabajo de administración en la residencia, colaborando y aprendiendo de las numerarias que se ocupaban de esa labor.

Al salir de mi trabajo en el Consejo, como digo, me iba a "Zurbarán". Al llegar a la casa apenas veía a nadie, ya que las residentes estaban, por lo

general, en el cuarto de estudio a esas horas. La sirvienta avisaba que yo había llegado, y entonces la directora mandaba decir si ella bajaba a la salita de visitas para hablar conmigo o si yo debería bajar primero a la administración para ayudar.

La administración de la casa estaba en el sótano de aquel hotelito. Al bajar yo, a veces alguna de las numerarias que vivían allí me pedía que la ayudara a poner las mesas de la cena. Otras veces, me pedían que ayudara a la numeraria encargada del planchero porque estaba retrasada en la plancha de la semana y, otras veces, me decían que ayudara a Manolita Ortiz, una numeraria que aún no vivía en la casa, pero que estaba encargada del oratorio, a preparar la misa del día siguiente.

Vivía también en aquella residencia María Jesús Hereza, segunda numeraria del Opus Dei en el mundo. Estaba terminando entonces su tesis doctoral de Medicina y era encantadora. Dio también la casualidad de que había sido discípula de un tío mío, Antonio García Tapia, en la Facultad de Medicina, y éste fue el origen de mi primera conversación con ella.

María Jesús Hereza siempre tuvo un gran don de gentes. Además de buena, era sincera y leal.

A lo largo de los años, de su vida y la mía en el Opus Dei, tuve siempre gran trato con ella por diferentes circunstancias. Dejó el Opus Dei varios años antes que yo y siempre seguimos siendo muy buenas amigas. Su vida fue siempre un ejemplo vivo en favor de los pobres; y su muerte, ocurrida hace sólo pocos años, fue un golpe muy duro para quienes como yo, la queríamos tanto y tan de verdad.

Sabina Alandes era una de las numerarias que estaba en la administración de la residencia.

Era simpática y alegre, y por cierto, entre risa y risa, daba siempre trabajo para hacer. El punto era que cuando yo llegaba a la residencia siempre tenían algo preparado para que yo hiciera, con lo cual la conversación no era frecuente con las numerarias, puesto que el trabajo -al que yo no estaba

acostumbrada- ocupaba toda mi atención.

Únicamente el día que venía el padre Panikkar a confesar me encontraba yo con otras muchachas que conocía de fuera, y el ambiente era muy alegre. Pero a diario no solía encontrarme con nadie; y entre las residentes y las muchachas que íbamos de fuera había una gran distancia.

La conversación con la directora solía tener lugar antes o después de haber ayudado en los trabajos manuales de la casa. Y generalmente, como dije, hablábamos en la salita de la residencia, que no era muy acogedora por cierto. Además allí solían interrumpir mucho, bien porque llamaban por teléfono a la directora o porque entraban a preguntarle cosas de la casa.

Otras veces hablábamos en su oficina, que en realidad era su habitación, muy sencilla, pero agradable. Era éste un lugar mucho más tranquilo y donde, por lo menos, no la interrumpían tanto.

Los temas de conversación con la directora se referían principalmente a mi vida espiritual y de apostolado, se orientaban a que yo buscase entre mis amigas alguna que pudiera ser una posible vocación al Opus Dei. También eran tema de conversación el espíritu de sacrificio y la mortificación corporal. Guadalupe fue quien me dio el primer cilicio, mejor dicho, quien me lo vendió, ya que en el Opus Dei se vive especialmente "el apostolado de no dar".

El cilicio y la disciplina solía guardarlos en mi despacho del Consejo porque ni de broma se me hubiera ocurrido llevarlos a casa de mi familia. ¡No quiero ni pensar la que me hubieran organizado si me los hubieran encontrado en la casa! Se recomienda especialmente a las nuevas vocaciones que no lleven el cilicio y la disciplina a casa de sus familias, sino que los usen durante el tiempo que pasan en las casas de la Obra.

El cilicio se usa alrededor del muslo atando las dos cintas extremas a guisa de pulsera; o bien, como en el caso del dibujo, pasando la cinta por la anilla extrema y apretándola bien con una especie de semilazada. La generosidad de esta mortificación depende de lo mucho que se apriete el cilicio. Llega a

producir un daño en el muslo -pequeñas heridas- que obliga a que el cilicio sea cambiado frecuentemente de pierna, para evitar posibles infecciones.

La disciplina es un instrumento de autoflagelación, especie de látigo, que se usa en las nalgas desnudas, nunca en la espalda, a fin de evitar daños en los pulmones o costillas. Para ello hay que arrodillarse; se esgrime la disciplina con la mano y se imparten los latigazos por encima de los hombros a fin de que los golpes lleguen a las nalgas. La generosidad de esta mortificación depende de la fuerza con que se den los latigazos.

Además de estas conversaciones frecuentes e informales con la directora, semanalmente tenía con ella una conversación oficial, llamada hoy "charla fraterna" y entonces "confidencia". Esta "charla fraterna" es una de las normas semanales que obliga a todos y cada uno de los miembros del Opus Dei sin excepción. Monseñor Escrivá solía decirnos que para él "la confidencia es más importante que la confesión" y que la única diferencia que él hacía entre las dos era que "la "confidencia no es sacramento." En la "confidencia" o "charla fraterna", todos los miembros del Opus Dei están obligados a hablar de tres puntos principales: fe, pureza y camino (vocación). Además se aconseja también que se hable de la forma en que se cumplen las normas del plan de vida, de las "personas que se tratan" (proselitismo) y de cualquier otra cosa, por nimia que parezca, que pueda preocuparnos.

Es decir: hay que relatar hasta el último pensamiento que nos haya cruzado por la cabeza.

Era aconsejable también hablar del trabajo que cada uno realizaba, sea cual fuera el lugar y la calidad de trabajo: profesional, administrativo o trabajo interno -se llamaba así al trabajo realizado por las superioras que no tienen una ocupación profesional externa-. Lo que sí está terminantemente prohibido en el Opus Dei es tener conversaciones de tipo confidencial, no sólo con gente extraña a la Obra, sino con cualquier persona que no sea la directora asignada para recibir esta "charla fraterna". Hasta el punto de que monseñor Escrivá llamaba "desaguadero" al hecho de hablar con otra numeraria de algo personal. Esto se prohibía esencialmente para evitar entre

numerarias las llamadas "amistades particulares" (en lenguaje directo, "lesbianismo").

Por tanto, queda claro que el sentido de amistad como tal no existe en el Opus Dei, puesto que si a alguna se le ocurriera alguna vez hacer la menor confidencia, por absurda que fuera, la persona que escucha y la que habló se sentirían obligadas a reportarlo a la directora.

Por supuesto que hablar a la familia de algo personal e íntimo sería una falta muy grave contra el espíritu de la Obra… Puede imaginar el lector el calificativo que recibiría una numeraria si cosas de su vida espiritual las hablara con un sacerdote del Opus Dei que no fuera el asignado como su confesor ordinario.

Recuerdo en mis conversaciones con Guadalupe haberla bombardeado con preguntas relativas principalmente a la secularidad y a la libertad en el Opus Dei. Me molestaba tremendamente el mal gusto en la forma de vestir de las numerarias en aquella época, porque contradecía a lo que se nos había dicho al entrar de que "no nos distinguíamos de las demás mujeres".

Tampoco veía muy claro el por qué desde que uno entraba al Opus Dei tenía que consultar absolutamente todo con la directora, incluso cosas de tipo cultural tales como si uno podía asistir a conferencias o conciertos. No poder decidir directamente sobre el terreno me hacía aparecer muchas veces como estúpida. Y además no entendía yo por qué las numerarias del Opus Dei teníamos que actuar de modo diferente al de los numerarios. Notaba yo mucho esta diferencia al trabajar en el Consejo de Investigaciones Científicas. Los hombres del Opus Dei gozaban aparentemente de gran libertad. Yo veía que ellos participaban en almuerzos, reuniones, seminarios, etc., cosa que las mujeres no podíamos hacer sin consultar primero y en cada caso con la directora, la cual en la mayoría de las ocasiones "no consideraba oportuna nuestra asistencia", ya que, entre otras cosas era una "pérdida de tiempo".

Las numerarias del Opus Dei en aquella época no teníamos libertad alguna. Como acabo de decir, todo tenía que ser consultado con la directora. Hoy

día esta situación ha cambiado de modo relativo: las numerarias tienen aparentemente mayor libertad para participar en conferencias o reuniones sociales relacionadas con su profesión. Aunque hay que aclarar que por "mayor libertad" se entiende que "después de haber previamente consultado" con los superiores respectivos, quienes "muy probablemente" les concederán permiso para asistir a aquel acto cultural o social relacionado con su trabajo profesional.

Por otra parte, los hombres del Opus Dei no tenían distintivo externo alguno. En cambio, las numerarias teníamos que arreglarnos de una manera que no era la común entre las mujeres de esa época.

En los años 1949 y 1950, tuvimos que cambiar bastantes cosas en nuestro aspecto externo:

por ejemplo, una chica joven tenía que recogerse en un moño o algo semejante el pelo largo y suelto, cosa nada corriente en una chica de aquellos años. Yo llevaba el pelo largo y suelto, y me advirtieron que "era mejor" que me lo recogiera. Naturalmente pregunté la razón de semejante cambio y me dijeron que no teníamos que parecer atractivas a los hombres. Recuerdo muy bien que éste fue mi primer acto de obediencia.

Hoy día, las mujeres del Opus Dei pueden llevar el pelo corto, pero no largo y suelto. También pueden teñirse el pelo.

De hecho, monseñor Escrivá animaba a las mujeres cuyo cabello empezaba a encanecer a teñírselo, para parecer más jóvenes.

Otro punto a cambiar en el arreglo externo fueron las mangas cortas por mangas largas, lo que en lugares cálidos o en verano era realmente llamativo. Yo preferí llevar jerseys de manga larga sobre el vestido de verano, antes que usar vestidos de verano con mangas largas. Les dije claramente que vestidas como ellos indicaban, en vez de aparecer como seculares, adquiríamos todo el aspecto de legas de conventos.

Cuando yo le contaba estas cosas a mi director espiritual, él me entendía.

Me recomendaba que tuviera paciencia, que obedeciera, y me repetía que ya llegaría la hora en que podría imponer mi estilo en muchas cosas a la Obra. Ciertamente en esa época no me cabía en la cabeza que yo pudiera llegar a influir de alguna manera en las numerarias o en las costumbres del Opus Dei.

Andando los años, he de reconocer que fue cierto. En las casas y países donde viví haciendo cabeza, mantuve un tono de educación alto o, mejor dicho, el simple tono de educación que había recibido de mi familia. Pude hacer que las mujeres del Opus Dei fueran bien arregladas sin estridencias: prevaleció mi interpretación de las Constituciones sobre este punto.

El primer cambio oficial en la forma de vestir de las numerarias tuvo lugar a mi llegada a Venezuela en 1956. Yo seguía sin entender que, habiéndonos repetido una y otra vez en Roma que éramos totalmente seculares y nunca debíamos parecernos a "las teresianas del padre Poveda" (una asociación laica que tomó la forma jurídica de Instituto Secular después del Opus Dei y cuyas mujeres en aquel tiempo no iban vestidas a la moda), tuviéramos, sin embargo, una especie de distintivo: ir de manga larga en un clima tropical.

En Roma nos habían repetido hasta la saciedad que deberíamos ser "por fuera como todo el mundo y, por dentro, como todo el mundo debería ser". Por ello, y a fin de encontrar el origen de esta falta de coherencia, le pedí en Venezuela al consiliario, hoy llamado vicario regional, que nos prestara por unos días el volumen de las Constituciones del Opus Dei, copia que en cada país está siempre guardada (entonces y hoy día) por el consiliario. Como dato curioso he de aclarar que el consiliario custodia siempre el único ejemplar de las Constituciones existente en la región a su cargo. Las mujeres no pueden conservar este documento.

En las Constituciones del Opus Dei, en la parte IV dedicada a las mujeres, número 439, se dice escuetamente:… 'sed externe in omnibus, quae saecularibus communia sunt et a statu perfectionis non aliena, ut aliae mulieres propriae condicionis, se gerunt, vestiunt, vitam ducunt" ("Dado que las asociadas no son religiosas, no aportan dote ni usan vestido o hábito religioso, sino que externamente en todos los aspectos que son comunes con

las mujeres corrientes y no son ajenas al estado de perfección, se comportan, visten y llevan su vida como las otras mujeres de su propia condición… Cf.: "Codex Iuris particularis Operis Dei", Roma, julio 1986 y noviembre 1982, Apud Ediciones Tiempo, S.A., Madrid (julio 1986)… Para evitar una errónea interpretación de este punto que, ni de cerca ni de lejos, como se ve, indica que las numerarias

puedan ir o no de manga corta, se trajo el tema a la reunión de Asesoría Regional y se decidió enviar a Roma, al gobierno central, en definitiva a monseñor Escrivá, esta pregunta. Recibimos la aprobación del gobierno central de Roma; es decir, monseñor Escrivá aprobó nuestra sugerencia y, desde ese momento en la Obra entera, no solamente en Venezuela, las mujeres pudieron ir de manga corta. Tal vez este cambio parezca nimio al lector, pero en la práctica originó un bienestar, eliminó una molestia cotidiana. También está permitido hoy día en el Opus Dei que las mujeres se pinten los ojos, algo que nos estaba terminantemente prohibido al principio.

Yo tuve que dejar de esquiar, porque tanto el esquí como la equitación son depones que no se consideran adecuados para las numerarias. Además, a ellas se les prohíbe el uso de pantalones aunque a partir de 1993 parece que, ocasionalmente, algunas pueden usarlos.

Hasta 1966 podíamos las numerarias ir a la playa, cuidando el estilo de traje de baño. A partir de entonces se nos prohibió ir a playas públicas, contrastando este hecho, una vez más, con el espíritu de secularidad aludido. El único lugar donde pueden nadar las numerarias es en las piscinas de las casas de la Obra, y los trajes de baño han de ser siempre con faldita. El maillot está totalmente prohibido.

Al entrar al Opus Dei como numeraria, y no precisamente porque se aumentase la contaminación del aire, tuve que dejar drásticamente de fumar. Sin embargo, los hombres en el Opus Dei pueden fumar cuanto quieran, porque así como a las mujeres nos dijeron que fumar era falta de feminidad, para los hombres era signo de hombría. Y más aún: don Alvaro del Portillo, actualmente prelado del Opus Dei y entonces procurador

general, segundo en rango dentro de la Obra, no solamente fumaba sino que tenía el privilegio, concedido por monseñor Escrivá, de fumar en presencia de las superioras del Opus Dei. Don Alvaro del Portillo acostumbraba a fumar en boquilla de marfil. Muchas veces, monseñor Escrivá nos repitió que él le había dado a don Alvaro ese privilegio.

Al comienzo de mi vocación, no pude captar las muchas diferencias que existían entre varones y mujeres del Opus Dei. Las fui descubriendo lentamente. Y hoy día comprendo que tales diferencias no eran sino una expresión del comportamiento total, sexista y machista, que en mucha mayor escala existía y todavía existe en el Opus Dei, reflejo claro de la conducta de monseñor Escrivá.

Cuando aún vivía con mis padres, me sentí bastantes veces entre la espada y la pared: por una parte, tenía que comportarme como siempre con mi familia; por la otra, cuando iba a "Zurbarán", casi a diario, se me exigía hacer proselitismo. La verdad era que la mayoría de mis amigas o se iban a casar o estaban casadas ya, y a otras hacía años prácticamente que no las veía. El caso fue que una amiga mía, compañera de colegio en París, Françoise du Chatenet, estaba pasando un año en mi casa. Cuando un buen día dije esto en la residencia del Opus Dei, empezaron a presionarme por todos lados diciéndome a derecha e izquierda que tenía qué llevarla a la residencia y hacer que se confesara con don José María Hernández Garnica.

Yo me resistí, porque, conociendo a Françoise, no me parecía que tuviera vocación para numeraria del Opus Dei. Me insistían en que podría ser la primera numeraria francesa. La situación no era fácil para mí. Tras horas de conversación en mi casa con Françoise y con la excusa ridícula

de que el padre Hernández Garnica quería consultarle algo sobre las chicas universitarias en Francia, a donde el Opus Dei pensaba ir pronto, y, la de que fuera a tocar un rato el piano, conseguí que Françoise fuera a "Zurbarán".

Como resultado de este episodio, Françoise nunca más quiso oír hablar del Opus Dei. A través de los años nuestra amistad ha sido sincera y fuerte;

somos amigas entrañables y como solía decir su madre, a quien tanto quise, nuestra amistad era "la fidelité de l'amitié" (La fidelidad de la amistad). A veces, cuando el tema del Opus Dei sale a colación, Françoise du Chatenet, ahora 'madame' De Tailly, dice entre risas, frente a su marido y sus hijas que ella escapó "de las garras del Opus Dei" a pesar de mi insistencia.

Me decía Guadalupe, muy a menudo, que el proselitismo era muy importante porque era "la contratuerca" de nuestra propia vocación. Este "estilo mío personal" me llevó a ser sincera y decir a los superiores lo que pensaba, lo que en más de una ocasión me originó también reprensiones, puesto que ello contrariaba, algunas veces, las indicaciones de monseñor Escrivá. Mi "contratuerca" o la primera mujer que, al hablar conmigo y ser dirigida espiritualmente con el padre Panikkar, entró al Opus Dei en el año 1949, fue Pilar Salcedo, que entonces estaba terminando la carrera de Filosofía. Cuando estaba en el Opus Dei se hizo periodista.

Coincidimos en Roma y vivíamos en la misma casa, porque ambas estábamos entonces en el gobierno central de la Obra. Fue nombrada directora regional de Colombia en 1956, donde estuvo sólo algunos años. Bastante tiempo después de haber dejado yo el Opus Dei, supe que Pilar Salcedo también lo había dejado. Conversé con ella en Madrid en varias ocasiones, siendo ella periodista, pero nunca me quedó muy clara su actitud posterior hacia el Opus Dei; por una parte, de desprecio, por otra, como de miedo.

En el año 1949, una de las primeras pruebas que tuve que pasar fue mi "charla semanal" con María Esther, una muchacha numeraria que acababa de llegar de Barcelona y vivía ahora de modo permanente en esta residencia del Opus Dei. Me dijeron que Guadalupe estaba muy sobrecargada de trabajo y que ella la ayudaría. Con grandes reservas, acepté. Como nueva vocación, María Esther llegó con las tablas de la ley en la mano. Le faltaba flexibilidad y comprensión.

La primera cosa que me indicó que hiciera fue cambiar mi confesor por don José María Hernández Garnica. Este cambio de confesores es la regla general del Opus Dei y ello trae consigo, con bastante frecuencia, la

primera crisis en la vida espiritual de una nueva vocación.

Yo simplemente dije que no lo pensaba hacer. Después de la actuación del padre Hernández Garnica en lo referente al Congreso de Filosofía, como detallé anteriormente, no me atraía el cambio, ni me sentía capaz de abrirle mi alma. Hablé el tema con Guadalupe quien entendió muy bien mi reacción y le dijo a María Esther que no me insistiera en ese punto. O sea que por varios meses seguí con el mismo director espiritual.

Hacia el mes de julio nos dijeron que el padre Panikkar había recibido en el Opus Dei un encargo diferente, por cuya razón no volvió ya más a "Zurbarán", lo que significó que entonces yo tuviera que cambiar de confesor.

Precisamente por este nuevo encargo en el Opus Dei, el doctor Panikkar se ausentó igualmente

del Consejo de Investigaciones Científicas, donde en aquel momento estábamos preparando las "Actas del Congreso Internacional de Filosofía", celebrado el año anterior en Barcelona.

Más que una ausencia del Consejo fue una desaparición. A nadie dio una explicación de ello ni tampoco habló con nadie sobre cuándo pensaba regresar. Se comentó en el Consejo que podría estar enfermo. Cuando me preguntaban, tenía que decir que suponía que él estaba de viaje. La situación era confusa. Por otra parte, yo no podía decir tampoco en el Consejo lo que había oído en "Zurbarán" de que le habían dado un encargo especial en el Opus Dei.

Un buen día, estando en el despacho del Consejo, recibí una llamada del padre Hernández Garnica quien, con su estilo seco, me indicó que, de ahora en adelante, todo el correo llegado a nombre del doctor Panikkar como secretario general del Congreso Internacional de Filosofía había que enviarlo con un botones a la central del Opus Dei en Madrid, Diego de León, 14, desde donde se lo harían llegar al doctor Panikkar.

Pregunté al padre Hernández Garnica si es que el doctor Panikkar estaba enfermo y me dijo que no; que no estaba enfermo. También pregunté por una dirección o teléfono para poder darlo a personas que habían preguntado por él, a lo que no me contestó. Noté que simplemente lo dio por no oído e insistió en que por favor se siguieran las indicaciones que me había dado. La situación no podía ser más absurda. Se lo conté al presidente del congreso, don Juan Zaragüeta y al padre Todolí. Y fue fácil escuchar e1 rumor general de "¡Otra situación típica del Opus Dei!".

En "Zurbarán" le expliqué a la directora la situación tan molesta a la que, en el Consejo, había dado lugar la "desaparición" del padre Panikkar, y mi propia situación como secretaria. Me respondió muy seriamente que no volviera a hacer preguntas sobre ese tema.

El hecho real fue que me quedé sola en el trabajo enfrentando materialmente la edición de los tres volúmenes de las "Actas del Congreso de Filosofía". Dándose cuenta del enorme trabajo en cuestión, tanto el padre Todolí como Roberto Saumells y Antón Würster me ayudaron mucho.

Alrededor de Navidad de 1949 me llamó Rosario de Orbegozo, la directora central, al Consejo.

Me dijo que don Alvaro del Portillo había llegado de Roma y quería hablar conmigo. Pero que fuera a hablar con él a la casa del gobierno central de los varones del Opus Dei, en Diego de León, 14. Fui aquella tarde y estuvo muy cariñoso conmigo, diciéndome que "el Padre", como lo llamaban en el Opus Dei a monseñor Escrivá, estaba muy contento conmigo y que podía hacer el curso de formación para numerarias, que empezaría en el mes de enero en "Los Rosales", en Villaviciosa de Odón.

Le expliqué a don Alvaro mi responsabilidad en el trabajo que llevaba en el Consejo de Investigaciones y que, debido a la ausencia del padre Panikkar, no veía cómo podría ausentarme.

Me recomendó don Alvaro que no me preocupara, que todo se arreglaría; y me contó que le había traído al padre Panikkar, de Roma y de parte de

monseñor Escrívá, la cruz de palo que el Opus Dei entrega a la primera vocación de cada país, el primer inglés en este caso.

A los pocos días de esta conversación, una tarde, antes de las Navidades de 1949, el doctor Panikkar apareció en el despacho del Consejo. Ante nuestra sorpresa, el padre Panikkar sonreía, parecía muy contento e iba y venía de una oficina a la otra como queriéndolo ver todo al primer golpe. Tras el primer momento de sorpresa, mis preguntas salieron a torrentes: ¿Qué le pasó? ¿Por qué desapareció de ese modo? ¿Por qué no nos llamó por teléfono?

El doctor Panikkar seguía sonriendo divertido ante nuestras preguntas, pero su respuesta no llegó nunca. Cuando Roberto Saumells se fue, después de informarle a grandes rasgos de la situación de nuestro trabajo durante esos meses de su ausencia, yo tuve una larga conversación con el padre Panikkar, la última que sostuve con él antes de irme al centro de estudios "Los Rosales".

El padre Panikkar con toda calma me dijo que se había enterado por Alvaro del Portillo de que yo iría al centro de estudios al mes siguiente. Sus respuestas acerca de sus meses de ausencia resultaban oscuras y se notaba, a través de sus palabras, que bien hubieran podido ser meses de sufrimiento. Muchos años más tarde, cuando ya no era yo miembro del Opus Dei, me enteré de que al padre Panikkar lo habían enviado durante esa época a "Molinoviejo", posiblemente como castigo. Ahora, con la perspectiva de la distancia, y conociendo la suspicacia obsesiva del Opus Dei en lo que respecta a relaciones entre hombres y mujeres, no descarto la posibilidad de que hubiera incidido el hecho de mi resistencia a cambiar de confesor y el que yo siguiera trabajando con él en el Consejo de Investigaciones Científicas, sumado al incidente de Barcelona que narré anteriormente.

Durante esta larga conversación, el padre Panikkar me aseguró que estaba convencido de que en mi caso personal yo sería feliz dentro de la Obra, pero con una clase de felicidad diferente a la que yo esperaba en una vida de casada. Que en el Opus Dei yo tendría la felicidad de saber que estaba cumpliendo plenamente la voluntad de Dios y que estaba entregándole mi

vida para que el mundo se convirtiera a Él.

Fue ciertamente una conversación profunda. Mientras conversaba con el padre Panikkar tenía sentimientos encontrados: por una parte sentía la alegría y el agradecimiento a Dios de haber podido conversar con él antes de irme al centro de estudios; pero por otra parte tenía la pena, al saber las reglas del Opus Dei respecto a las mujeres en su trato con los sacerdotes, de que nunca volvería a hablar con él en el futuro, a menos que diera la casualidad de que fuera el confesor ordinario en la casa a la que yo fuera destinada. La verdad es que tenía miedo de sentirme sola.

Como entendiendo mis temores, el padre Panikkar me animó mucho diciéndome que mi apostolado sería muy fecundo, que nunca me sentiría sola si tenía verdadera vida de oración y que él rezaría siempre mucho por mí. Me recalcó que Dios estaba por encima de todo y de todos, y que mi perseverancia me haría feliz y eficaz.

Mientras me recomendaba montañas de paciencia en las cosas materiales que me fastidiaban, me insistía de modo categórico en que yo, por mi manera de ser, podría ayudar a mucha gente, que mi apostolado sería fecundo y que además no olvidase lo que me había dicho en otras ocasiones: que estaba convencido de que yo podría traer mi alegría y mi estilo al Opus Dei. Entonces me bendijo y se fue.

La verdad es que nunca supe por cuánto tiempo más permanecí sola en aquel despacho del Consejo de Investigaciones. Lo que sí recuerdo es que, cuando reaccioné, la habitación estaba tan oscura, como oscuros eran mis temores. Sentí, por supuesto, un gran agradecimiento por la comprensión que el padre Panikkar había tenido conmigo, y le prometí a Dios, en esa misma oficina, que seguiría siempre los consejos que él me dio como director espiritual respecto de mi vocación y perseverancia en el Opus Dei.

Salida de casa de mis padres

Como recuerdo haber dicho anteriormente, mi tiempo de espera antes de irme a vivir a una casa del Opus Dei fue motivado por mi edad y la

pecularidad de que, al ser éste un Instituto Secular, yo tenía que alcanzar los 25 años para "abandonar la casa paterna". Según la ley española de entonces, la mayoría de edad era a los 23 años. A esa edad yo podía casarme o entrar a un convento, sin permiso de mis padres, porque ello suponía tomar un "estado civil".

Pero, al ser el Opus Dei un Instituto Secular, la entrada a él no suponía adquirir ningún estado; las personas seguíamos siendo "solteras". Por tanto, cuando se entraba al Opus Dei sin el permiso paterno, la ley española lo equiparaba a "abandono del hogar paterno", y protegía legalmente a las familias para devolverles a las hijas, que se habían ido de la casa sin el consentimiento de los padres.

El otoño de 1949 fue de una tensión enorme en mi familia. Especialmente mi padre me pedía por favor que consultara mi vocación con un dominico, con un jesuita, con amigos suyos de sólida formación católica. Mi respuesta invariablemente era la misma: no. Yo ya había asimilado la primera parte de la formación del Opus Dei: que para los miembros de la Obra todo el mundo que quiera erigirse en consejero espiritual es "mal pastor", y sólo cada uno de los superiores y sacerdotes del Opus Dei es "buen pastor".

Tenía discusiones con mi madre, y me angustiaba el silencio dolido de mi padre, que no podía entender mi testarudez. Como resultado, el clima de mi casa era denso y tenso. Mis hermanos, menores que yo, permanecían callados frente a esta situación. Y era inevitable el ambiente pesado durante las comidas. Yo entendía a mis padres, pero estaba totalmente convencida de que los superiores del Opus Dei tenían razón y conocían las cosas mejor que mis padres: y aquí hago notar que cuando un miembro de la Obra llega a este convencimiento ha dado ya su primer y más importante paso hacia el fanatismo.

Mi abuela paterna era un consuelo para mí. No podía verme sufrir y al mismo tiempo trataba de darles a mis padres razones espirituales para que tampoco ellos sufrieran.

Mi cumpleaños era en marzo, luego ningún abogado tomaba el caso, ya que

por ley todo acabaría en tres meses. Mis padres vieron que no podían hacer nada y esto los sumió en tristeza y desesperanza infinitas.

Hasta 1949 todos los cursos de estudios de numerarias habían tenido lugar en los veranos. En enero de 1950, por primera vez en la historia de la Obra iba a tener lugar el primer curso de estudios para numerarias en invierno y con una duración de seis meses. La razón fue que los superiores decidieron reunir en este curso a numerarias que, por diferentes razones, no pudieron irse a vivir a la Obra antes.

A mediados de enero de 1950 dejé mi trabajo en el Consejo de Investigaciones Científicas y dejé la casa de mis padres. Salí sin la bendición de mis padres y con la total oposición de mi madre a que yo entrara al Opus Dei. De inmediato quedé fuera de mi familia. Ostracismo que duró dieciocho años, el tiempo de mi permanencia en el Opus Dei. En esos años vi a mi madre solamente una vez: en Roma, en 1953 y por escasamente dos horas. Nunca me escribió en esos años.

Como a pesar de todo no quería hacer una salida drástica de casa de mis padres, procuré ir sacando mis cosas poco a poco y, finalmente, en dos días consecutivos preparé un par de maletas con lo esencial, y las llevé muy temprano a la casa que las superioras del gobierno central del Opus Dei tenían entonces en Juan Bravo, 20. Hasta mi perro parecía que entendía la situación. No me dejaba ni a sol ni a sombra y, cuando me veía con las maletas, quería venirse conmigo. Recuerdo que una de esas mañanas me encontré diciendo en el ascensor:

"Dios mío, hasta tuve que darle una patada al perro para poder salir de mi casa." No era alegría lo que sentía en esas mañanas frías de enero. Tenía el alma congelada, pero en mí había una idea fija: la de estar cumpliendo la voluntad de Dios a pesar de los pesares.

La tarde en que oficialmente me iba de casa de mis padres, ellos decidieron no salir de su habitación porque no querían verme dejar la casa. A mis hermanos, los mandaron al cine.

Escribí una nota a mis padres diciéndoles lo mucho que sentía no verlos y dejé para siempre mi casa, acompañada de una prima mía recién casada, Carmen Fullea Carlos-Roca, y de su marido, Antonio Carrera. Estaban tan afectados con la situación familiar que, a riesgo de perder la amistad con mis padres, a quienes tanto querían, no consintieron en dejarme ir sola y me acompañaron hasta la puerta de la casa del Opus Dei en Juan Bravo, 20, en Madrid.

La recepción que tuve en la casa del Opus Dei fue demasiado fría. Nadie, absolutamente nadie, mostró una gota de afecto, de calor y de comprensión. Para ellas, mi llegada era natural.

Casi una rutina. Para mí era un paso extraordinariamente importante y serio que había dado en mi vida. Hoy día veo con claridad que fue inhumano el recibimiento que me hicieron, dado que las superioras conocían bien la lucha que tuve que sostener con mi familia a fin de ir a vivir al Opus Dei. Nadie trató de hablar conmigo en privado tampoco. Incluso el hecho de haber dejado yo mi trabajo fue un tema que ni tocaron: como si no tuviera la menor importancia. Lo único que especialmente me dijeron fue que, como esa noche éramos muchas en la casa y no había suficientes camas, yo sería una de las que dormiría en el suelo. Fue, por cierto, la primera vez

en mi vida que dormí en un suelo de madera. Este hecho me sirvió de pauta para ser, por el contrario, muy cariñosa, después, cuando una numeraria llegaba a vivir a una casa del Opus Dei donde yo estaba. Es decir, yo procuré siempre evitar a las demás los malos tratos que sufrí personalmente.Como mi estancia en esa casa iba a ser muy breve, no me dieron un encargo preciso. Simplemente me dijeron que me ocuparía de hacer los recados que hicieran falta en la casa. Unos tíos míos vivían en el mismo edificio; pedí permiso para verlos, pero no me lo dieron.

Simplemente me dijeron que los saludara si me los encontraba en el ascensor.

"Los Rosales": curso de formación

Dos días después salí de Madrid con Chelo Castañeda, una numeraria que acababa de llegar de Santander, para ir a vivir al centro de estudios, la casa llamada "Los Rosales", en Villaviciosa de Odón, a pocos kilómetros de Madrid.

Antes de salir de Madrid, Rosario de Orbegozo, la directora central, me pidió que cuidara mucho de Chelo Castañeda, porque era "una vocación muy reciente".

Siempre recordaré con angustia aquel atardecer de pleno invierno en Madrid, camino de la estación de autobuses. Me sentía perdida, sola, tensa, totalmente abandonada, habiendo roto todos mis lazos de cariño y dejado atrás cuanto había amado en mi vida entera. Me abandoné en las manos de Dios pensando que estaba cumpliendo Su voluntad. No acertaría a explicar el titánico esfuerzo que tuve que hacer para sobreponerme a mis propios e íntimos sentimientos y dedicar toda mi atención a mi compañera de viaje, que estaba llorando.

Cuando llegamos a Villaviciosa de Odón, estaba más oscuro que boca de lobo. En la estación de autobuses nos esperaban Mary Tere Echeverría, la directora de "Los Rosales" y Tere Zumalde, una numeraria de Bilbao. Como la parada de autobuses quedaba bastante cerca de la casa, llevamos nosotras mismas las maletas y, cruzando unas cuantas calles del pueblo y la plaza del Ayuntamiento, casi desierta a esa hora, llegamos por fin a "Los Rosales". ¡Qué ajena estaba yo cuando cruzaba esta plaza del Ayuntamiento, a que el reloj de su torre iba a regir mi vida durante los seis meses siguientes! Cerrando los ojos y a la distancia de años, resuenan aún en mi memoria el sonido de las campanadas de ese reloj.

Al entrar en la casa, la directora nos llevó al oratorio, abrió la puerta para saludar al Señor en el sagrario, como es costumbre hacerlo en el Opus Dei cuando uno entra a la casa o sale de ella.

Inmediatamente subimos al piso alto, donde estaban los dormitorios. La directora nos asignó nuestras camas. En ese piso había tres dormitorios para veintiuna personas, y un solo cuarto de baño. Los primeros días dormí en el

cuarto de seis camas, luego me trasladaron al de doce camas por el resto del tiempo que permanecí en esa casa. Aunque lo sabíamos de antemano, nos dijeron expresamente al llegar que las camas eran de madera, sin somier o colchón. Por primera vez también dormí en una cama de madera. La madera estaba cubierta con una cobija ligera. Y por lo demás, la cama se preparaba como cualquier otra: con sábanas, cobijas y colchas.

Por cierto que las colchas floreadas eran bonitas. Sólo se usaba una almohada.

En el Opus Dei las numerarias son las únicas que duermen en tabla. Todos los demás, desde el prelado, pasando por los sacerdotes y acabando por las sirvientas o numerarias auxiliares, como se llaman desde 1965, todos duermen en camas regulares con somier y colchón. Nos explicaron que la razón por la que las numerarias teníamos que dormir en camas de tabla se debía a que las mujeres éramos más sexuales que los hombres… Otro ejemplo más del trato diferente entre hombres y mujeres y la obsesión del sexo. Alguna vez le oí decir a monseñor Escrivá que tomó esta idea para las numerarias de unas monjas de clausura que vivían en Madrid, concretamente en el barrio de Argüelles.

Las camas de madera no es que sean precisamente blandas, pero uno se llega a acostumbrar a dormir en ellas. Lo que es terrible es el frío. En una casa como "Los Rosales", situada en plena Castilla, en invierno, y sin usar la calefacción, el frío era tan espantoso que todas llevábamos el abrigo puesto dentro de la casa. No se usaba la calefacción porque el carbón era caro y el presupuesto de esa casa era muy bajo. Yo tenía tanto frío por la noche que no podía dormir y ansiaba oír las seis campanadas del reloj del Ayuntamiento, hora en que la directora pulsaba en su cuarto un timbre, que resonaba en toda la casa, para despertarnos.

El medio armario que me habían asignado en el vestíbulo de ese piso con Anina Mouriz era tan pequeño que le tuve que entregar a la directora la ropa que no usaba a diario. Los miembros del Opus Dei solamente pueden guardar, en el llamado "almacén", la ropa de verano en invierno y la de invierno en verano. Pero nada más. Lo que no se usa se entrega a la

directora y no tiene vuelta.

La luz en los dormitorios era mortecina: leer en la cama estaba totalmente prohibido. El silencio mayor empezaba después de las últimas oraciones dichas en el oratorio y las luces se apagaban treinta minutos después.

"Los Rosales" era la típica casa señorial de estilo español situada en un pueblo pequeño de Castilla. En el piso principal estaban el oratorio y el comedor, usado como lugar de clases y de círculos de estudio, y también allí desayunaba el sacerdote que nos venía a celebrar la misa.

En este mismo piso, además, había un baño auxiliar y estaban el despacho, dormitorio y baño de la directora.

En el sótano estaba la cocina, el office y un cuarto de estar que se usaba como comedor o cuarto de trabajo, de acuerdo a las necesidades. Había también un cuarto de baño y un retrete independiente. A excepción del sótano, que era de mosaico, el resto de los suelos era parquet.

La decoración era muy seria, un tanto solemne, poco atractiva. Un jardín rodeaba la casa, y un muro la propiedad entera.

Las primeras Constituciones de la Obra decían: "Aunque los miembros del Opus Dei profesan plenamente la perfección evangélica, sujetándose por una perpetua y definitiva entrega a la servidumbre de Cristo Nuestro Señor, sin embargo, el Instituto externamente no presenta en sus casas propias ningún signo que huela a casa religiosa." Por supuesto que siempre hay espejos en todas las casas de mujeres del Opus Dei, tanto encima de los lavabos como en lugares donde uno puede verse antes de salir. Concretamente monseñor Escrivá, marcando la secularidad del Opus Dei, indicó que donde viviera la sección femenina debería haber siempre espejos.

Actualmente los centros de estudios del Opus Dei tienen muy buenos edificios, la mayoría construidos de planta y decorados con gusto. Curiosamente las primeras Constituciones del Opus Dei decían en su punto

227: "No gastemos nuestro tiempo en construir casas; más bien tomemos por nuestras las que ya están construidas." (Cf. "Constituciones". Apud. Ediciones Tiempo, S.A., Madrid (julio, 1986), p. 103) Las segundas Constituciones no dicen nada.

Actualmente tienen además en los centros de estudios toda clase de facilidades; y las numerarias, además de asistir a las clases asignadas, tienen tiempo para practicar deportes, tenis y natación principalmente, ya que en esas casas hay un jardín o terreno amplio con piscina y cancha de tenis. Ahora cada numeraria tiene habitación independiente con armario y lavabo.

Los cuartos de duchas están convenientemente distribuidos según el número de habitaciones, y también hay algunos cuartos con duchas dentro de ellos, generalmente reservados para las superioras mayores. Tienen también los actuales centros de estudios una administración independiente que se hace cargo de todas las tareas, aunque, como experiencia y aprendizaje, las numerarias del centro suelen pasar a la administración, pero sin responsabilidad directa en esas tareas.

Nuestro curso de estudios, por el contrario, fue espartano de veras: si mal no recuerdo, el último de ese estilo en la historia del Opus Dei.

Además de asistir a dos clases diarias por la mañana y algunas veces otra más por la tarde, estábamos encargadas, directamente y por turno riguroso, de todas las labores de administración de la casa: limpieza, oratorio, cocina, lavadero, etc. Una de las numerarias, la mayor parte del tiempo Tere Zumalde, se ocupaba de las gallinas y los cerdos, ayudada a ratos por un muchachito del pueblo. Teníamos solamente media hora de tertulia después del almuerzo, excepto los domingos, cuando la tertulia pasaba de la hora entera.

Los domingos por la mañana se realizaban los llamados "trabajos de domingo", que consistían en arreglar lo que estaba estropeado, organizar cajones, o limpiar cosas tales como las huellas dejadas en los bordes de las puertas o los radiadores de la calefacción. Después de lo cual, en grupo, solíamos salir a dar un paseo, si no llovía o hacía demasiado frío, al castillo

cercano o por el campo, pero no se piense en un campo tipo inglés, sino campos de siembra.

Oficialmente el curso empezó el 2 de febrero de 1950. El horario estaba organizado de tal manera que no teníamos tiempo ni de respirar; punto este muy importante en el adoctrinamiento de grupo en una secta: no dar lugar a sus miembros para poder pensar y recapacitar. Todo había que hacerlo de acuerdo a las directrices marcadas. Y prácticamente a contrarreloj.

Por la mañana, al oír el timbre pulsado desde la dirección había que levantarse de inmediato y besar el suelo diciendo "Serviam!" (Te serviré, te seré fiel). A renglón seguido, generalmente de rodillas, ofrecer las obras del día, cada quien a su modo. Nos levantábamos, pues, a las seis de la mañana, en "silencio mayor", que no se rompía hasta después de salir de misa. "Silencio mayor" significa, como en cualquier orden religiosa, que no se puede hablar con nadie, pase lo que pase. La intención es dedicar ese tiempo a una mayor presencia de Dios y a una unión más íntima con Él, pero como nos indicaban que teníamos que llenar este silencio con jaculatorias, actos de amor y desagravio, nuestra mente estaba controlada asimismo, incluso durante este silencio, por las directrices de la Obra. Es decir nuestra mente no estaba libre para poder pensar a nuestro aire. Esta práctica se vive en todas las casas de la Obra, en todos los países del mundo, a la hora de levantarse. Tanto los hombres como las mujeres.

Además, de seis a siete, y por tanto durante el silencio mayor, era la hora indicada para ducharse, tender la cama y "personales". Era una hora febril, ya que en la casa había tres baños, uno de los cuales era para la dirección, o sea, que quedaban solamente dos baños

para más de veinte personas. Teníamos menos de cinco minutos, para duchamos e ir al baño.

La ducha era con agua fría, se tuviera o no el período. Todo había que hacerlo a tal velocidad que uno no estaba todavía bajo la ducha, cuando la siguiente persona golpeaba la puerta del baño anunciando que nos quedaba solamente un minuto para terminar.

Esta práctica del agua fría duró muchísimos años en el Opus Dei. Hacia 1965 se dijo que podíamos usar agua caliente, posiblemente a consecuencia de muchos casos de reumatismo, dolor de espalda crónico y problemas ginecológicos, que en muchos casos terminaron en operación.

Durante esta hora, como digo, teníamos también que dejar la cama tendida y estrujar los minutos para lo que en el Opus Dei se llama "personales", que significa cosernos un botón, limpiarnos los zapatos, o cepillamos un vestido o falda; una cosa de este estilo. Sin embargo, no podíamos escribir cartas en ese tiempo, porque hubiera supuesto romper el silencio mayor y emplear ese tiempo en algo que nos "distrajera" de la pura presencia de Dios.

A las siete se empezaba el canto gregoriano de "Prima". Durante muchos años en el Opus Dei se vivió la costumbre, en los centros de estudio y en los cursos anuales, de recitar las horas de "Prima", antes de la meditación de la mañana; y "Completa", antes de irse a la cama. En las primeras Constituciones de la Obra estaba considerado el rezo de "Prima y Completa" (Horas canónicas que dentro del breviario romano se cantaban y cantan habitualmente en el coro de las religiosas y religiosos, 'Prima' por la mañana y 'Completa' antes de retirarse a descansar por la noche). Esta costumbre desapareció hacia 1965.

Parece que cada una de nosotras, individualmente, le fue diciendo a la directora que nos sorprendía este canto gregoriano, si éramos seculares. Ante ello, la directora del centro de estudios nos explicó, a todas en general, que esta costumbre era común en muchos lugares que no eran conventuales, y citó como ejemplo el Castillo de la Mota, lugar donde las chicas de Falange, el único partido político de la era de Franco, solían rezar estas horas bajo la dirección de fray Justo Pérez de Urbel. No sé cuánta verdad habría en esa explicación, pero sí recuerdo que a mí me sorprendió la costumbre y no la califiqué precisamente de "secular". Nos explicó también Mary Tere Echeverría, la directora del curso, que el "Padre" (monseñor Escrivá) quería que se viviera esta costumbre en los centros de estudio y en los cursos anuales.

Esta cuestión del rezo de las horas provocó una especie de crítica general por su falta de secularidad, entre todas las que hacíamos el curso. Por ello nos reprendieron seriamente y nos advirtieron que teníamos que tener muy claro que cualquier cosa dicha o escrita por el Padre nunca y por ningún concepto admitía comentario, y mucho menos crítica sobre nosotras, ya que a eso en la Obra se le llamaba "murmuración", porque supondría una gran falta de "buen espíritu", y una "falta de "unidad". Y la "unidad" en la Obra es sagrada. Las indicaciones sobre cualquier cosa dicha por el Padre, es decir, cualquier cosa procedente del Padre, había que aceptarla tal cual sin rechistar, ya que Dios le había dejado ver muy claro cómo Él (Dios) quería que fuese Su Obra. Por tanto, nosotras, no podíamos enmendarle la plana a Dios. En resumen:

la crítica estaba absolutamente prohibida en el Opus Dei.

Personalmente me sentí mal con la reprimenda; pensé que mi espíritu crítico podría ser enemigo de esa adquisición del "buen espíritu", y como resultado me convertí en una persona reservada.

Todas empezamos a ser menos espontáneas y se notaba abiertamente el temor que teníamos de decir nada relativo a la Obra sin consultarlo primero, en confidencia, con la directora.

La falta de crítica dentro del Opus Dei es evidente y, como detallo, es el primer punto que nos dejaron claro en el curso de formación. En esta falta de crítica está basado el espíritu de "unidad" que se imprime como una condición esencial a los miembros todos de la Obra. De acuerdo con las palabras de monseñor Escrivá, el espíritu de "unidad" debe estar "esculpido" en cada miembro de la Obra, según indican en la página 57 de "Cuadernos-3". Impresiona la lectura del capítulo 7 de esta publicación (pp. 52-59), especialmente en la parte titulada "Amar la Unidad". Curiosamente se citan las palabras de san Ignacio de Antioquía, "preocúpate de la unidad, mejor que la cual nada existe" (Epis. ad Policarpum, 1, 2), para subrayar la unidad que debe existir en el Opus Dei. Y no es a la Obra a lo que san Ignacio de Antioquía se refería precisamente.

Si las palabras citadas de monseñor Escrivá impresionan, es porque al hablar no se refiere a la Iglesia, ni a la cristiandad, sino a la Obra: "Amar la "unidad" de la Obra supone sentirse formando parte de este cuerpo allí donde nos indiquen. Nos da lo mismo ser mano que pie, que lengua que corazón, porque todos estamos en todas partes de ese cuerpo, porque somos una sola cosa por la caridad de Cristo que nos une. Yo quisiera haceros sentir como miembros de un solo cuerpo. "Unum corpus multi sumus" (1 Cor.X, 17). Todos, una sola cosa y que esto se manifieste en unidad de miras, en unidad de apostolado, en unidad de sacrificio, en unidad de corazones, en la caridad con que nos tratamos, en la sonrisa ante la Cruz y en la Cruz. ¡Sentir, vibrar todos unísonamente!" "Cuadernos-3, op. cit., p. 58".

En este capítulo queda claro también que la "unidad" es una de las tres pasiones dominantes que un miembro del Opus Dei debe tener.

A esta altura de mi vida puedo ver claramente que uno de los medios a través del cual el Opus Dei encamina a sus miembros al fanatismo es precisamente el abolir de sus mentes, bajo pretexto de formación, todo aquello que, de cerca o de lejos, se asemeje a la más velada crítica de la Institución.

Espero que quede claro, con lo anteriormente expuesto, que nuestro camino hacia el fanatismo había empezado a toda orquesta.

Pero continuando con el plan de vida del curso de formación: teníamos media hora de oración por la mañana y media hora de oración por la tarde.

Por las mañanas venía de Madrid un sacerdote del Opus Dei, generalmente el padre Hernández Garnica y, en sus ausencias, el padre José López Navarro. El sacerdote nos daba una meditación de media hora antes de la misa.

Es bastante conocida en muchas esferas la costumbre del Opus Dei de dejar a oscuras sus oratorios durante la meditación dirigida por un sacerdote. Además de la luz del sagrario, se pone un pequeño flexo sobre una mesita

que se cubre habitualmente con un fieltro verde o rojo y se coloca cerca del altar. El sacerdote se sienta detrás de ella y desde allí habla. Incluso algunas veces apaga la lamparita de la mesa a fin de dar un énfasis especial a algún punto. La explicación que se da en el Opus Dei de dejar a oscuras el oratorio es porque así se facilita la concentración de quienes escuchan la meditación.

El estilo de meditación varía según la personalidad del sacerdote. Desgraciadamente el padre Hernández Garnica era mal orador; y sus meditaciones, realmente monótonas. Las que daba don José López Navarro eran, por el contrario, muy vivas. Como norma general, en el Opus Dei las meditaciones se dirigen de una forma muy personal, por ejemplo, en lugar de decir "la humildad es necesaria en la vida espiritual", decían "tú tienes que ser humilde si quieres tener verdadera vida espiritual". El impacto, en las meditaciones, de los sacerdotes del Opus Dei, se basa en usar el "tú" directo. ¿Temas de meditación? En el centro de estudios, lo mismo que en la mayoría de las casas del Opus Dei, cualquier capítulo de "Camino", el libro escrito por monseñor Escrivá, era el que se usaba, generalmente para marcar algún punto relativo a nuestra formación. Otras veces, era el evangelio del día, pero, ordinariamente, los temas usados en las meditaciones se referían a nuestra formación dentro del Opus Dei o a fomentar el espíritu de proselitismo.

Actualmente en las casas del Opus Dei se usan mucho, como puntos de meditación, los textos de "Cuadernos". Esta es una publicación interna del Opus Dei, formada por una serie de volúmenes que recoge frases de monseñor Escrivá mezcladas con textos anónimos, posiblemente escritos por algún sacerdote de la Obra. Estos volúmenes se imprimieron en Roma, en la imprenta del Opus Dei. Como oración introductoria a la meditación y como oración final de la misma, se usan siempre los textos que compuso monseñor Escrivá.

Terminada la meditación, teníamos también, como parte del plan de vida diario, la santa misa y la comunión. Y diez minutos de acción de gracias después de la misa.

Se desayunaba a las ocho y cuarenta y cinco. Nosotras, en el comedor del sótano; y al sacerdote se le preparaba su desayuno en una bandeja de plata que las numerarias encargadas de cocina y del office dejaban en el comedor de la casa o sala de conferencias, mientras las demás terminábamos la acción de gracias de la misa.

Después del desayuno había dos clases seguidas: una sobre el "Catecismo" del Opus Dei. En la segunda clase las materias se alternaban: moral, dogma, liturgia y praxis del Opus Dei. Nos advirtieron que no se podían tomar notas ni hacer preguntas en las clases dadas por el sacerdote.

Si se tenía alguna duda, se preguntaba después y a solas a la directora.

Por primera vez en nuestras vidas nos explicaron con especial celo la importancia que tenía el "Catecismo" de la Obra. Nos dijeron que la doctrina entera del Opus Dei estaba contenida en este libro y que el Padre (monseñor Escrivá) exigía a todos los miembros que lo aprendiéramos de memoria. Nos advirtieron que era un documento interno y que, dada la importancia del mismo, jamás tenía que hablarse de él a la gente de fuera de la Obra ni mostrarlo absolutamente a nadie, así como tampoco hablar de su existencia. También nos advirtieron que, para su estudio, cada una tendríamos un ejemplar por espacio de una hora. Después de la tertulia fue el tiempo que nos asignaron para estudiar.

Como digo, durante el curso tuvimos que estudiar el "Catecismo" diariamente. El sacerdote era

quien se encargaba de esta clase y quien nos hacía las preguntas que teníamos que responder exactamente al pie de la letra. No se admitía excusa alguna para no estudiar de memoria las respuestas a las preguntas que nos habían asignado el día anterior.

En el "Catecismo" están escritas todas las posibles preguntas que personas ajenas a la Obra pudieran hacernos, así como las respuestas exactas que deberíamos darles, fuera quien fuese, incluida la jerarquía de la Iglesia de Roma. Se daba por sobresabido que nunca teníamos que especular nada

sobre ninguna de las preguntas o respuestas contenidas en este libro. Por ejemplo una típica pregunta y respuesta del "Catecismo" era:

P. ¿Qué debe respondérsele a una persona que pregunta cuántas vocaciones hay en el Opus Dei?

R. Bastantes, las que Dios quiera, no nos preocupamos de contarlas porque no nos interesan las estadísticas.

La Introducción del "Catecismo", escrita por monseñor Escrivá, también era necesaria aprenderla de memoria y decía así:

En este libro tan pequeño está escrito el porqué de tu vida de hijo de Dios.

Léelo con cariño, ten hambre de conocerlo, apréndelo de memoria, para que haya siempre en tu cabeza, en tu corazón, y en tu camino, luces claras.

Después, a orar, a trabajar, y a estar alegre.

Con la alegría del que se sabe escogido por su Padre del cielo para hacer el Opus Dei en la tierra siendo tú mismo Opus Dei.

Aprendiendo de memoria el "Catecismo" nos enteramos de muchas cosas que no sabíamos, entre ellas las diferentes clases de miembros, o asociados, que existen en el Opus Dei: Las "numerarias" con total entrega de obediencia, pobreza y castidad; de éstas las que se dedican a cargos de dirección se llaman "inscritas". Y de entre las inscritas, el Padre puede nombrar a las llamadas "electoras", que tienen solamente voz pasiva en la elección del presidente general y cuyo cargo es vitalicio. Es decir, cuando el presidente general o prelado es elegido por voto deliberativo del Consejo General (gobierno central de los varones del Opus Dei), éstos han de tener en cuenta, en la votación final, la opinión de la sección de mujeres.

Están también las "numerarias sirvientas". El "Catecismo" textualmente decía: "Hay otras numerarias que se dedican a los trabajos manuales o al servicio doméstico en las casas de la Obra: son y se llaman "sirvientas"."

Sin embargo, en 1965 monseñor Escrivá cambió el nombre genérico de "sirvientas" por el de "numerarias auxiliares".

En la vida ordinaria, dentro de la Obra, se las llama "auxiliares". Su misión desde el principio fue trabajar como sirvientas y solamente en las casas de la Obra. Un grupo de ellas, además de su trabajo como tales, del que nunca se las excluye, ocupa parte de su tiempo en algunas de las granjas que tiene el Opus Dei, en la imprenta de la casa central de Roma o en algún otro trabajo manual.

Otra clase de miembros son las "agregadas", llamadas "oblatas" en aquel primer "Catecismo".

En el año 1950 no había ni una; empezaron a llegar después. Estas asociadas tienen los mismos compromisos que las numerarias y los mismos votos de pobreza, castidad y obediencia.

La diferencia que existe con las numerarias es que pertenecen a cualquier clase social, no solamente a la "elite", como las numerarias. Las agregadas no pueden vivir nunca en las casas de la Obra. Sólo se les permite hacerlo por cortos períodos, que coinciden normalmente con las épocas de su formación en retiros, cursos anuales, etc.

Otra clase de asociadas son las "supernumerarias". Cuando yo entré en la Obra, como menciono al principio, no había ninguna tampoco. Estando en el centro de estudios yo tenía ideas muy nebulosas acerca de esta clase de miembros ya que, como digo, no había aún ninguna. Y en más de una ocasión, las superioras, informalmente, nos dijeron que cuando llegara su tiempo ya nos dirían cómo era. Las supernumerarias pueden ser casadas o solteras y tienen un compromiso parcial con el Opus Dei, de acuerdo a su estado y a su condición social, como sus votos indican. Para una supernumeraria casada su voto de castidad consiste en tener tantos hijos como Dios quiera y solamente con permiso especial de su confesor puede utilizar el control de natalidad conocido por Ogino. Su obediencia al Opus Dei se relaciona con su vida espiritual y, en cuanto a su pobreza, las supernumerarias han de canalizar cualquier tipo de limosnas a través del

Opus Dei: mensualmente entregan al Opus Dei, a través de la persona que recibe su "charla fraterna", lo que se llama "aportación"; esto es, una cantidad formada por una parte fija, la limosna que habitualmente daban antes a la parroquia o a cualquier otro grupo de caridad, y a quienes ellas, al pedir al Opus Dei su admisión como supernumerarias, dejarán de ayudar económicamente; y otra parte, producto de su generosidad. La verdad es que las supernumerarias han sido siempre y siguen siendo cimiento económico del Opus Dei.

Recuerdo perfectamente haberle oído decir a monseñor Escrivá, hablando de los supernumerarios en general, así como de la labor de administraciones en el Opus Dei, de las cuales hablaré más adelante:…son como el esqueleto del Opus Dei y sin él, hijas mías, la Obra se vendría abajo".

Las "cooperadoras" son un grupo especial de mujeres que, sin ser miembros del Opus Dei y por tanto, sin el menor compromiso espiritual, ayudan con sus oraciones, limosnas y, si pueden, con su trabajo profesional o social, a los fines de la Prelatura. Reciben bendiciones de la Iglesia de Roma y pueden pertenecer a este grupo tanto personas católicas como no católicas o "católicas apartadas de la Iglesia", como es el caso, por ejemplo, de una persona divorciada.

Es precisamente en este punto en el que el Opus Dei se apoya hoy para decir que monseñor Escrivá y la Obra tenían un espíritu ecuménico desde antes del Concilio Vaticano II. Nada más ajeno a la realidad. El motivo fue esencialmente económico. A aquellas personas se les presentaba, a través de un trato personal e individual, la posibilidad de ayudar socialmente, colaborando con empresas del Opus Dei en los centros de formación de sirvientas, o en una labor con campesinas, o incluso en la creación de becas para estudiantes universitarios necesitados de ayuda financiera. A cambio de ello se les brindaba una serie de bienes espirituales, creyeran o no creyeran en ellos.

En países donde la mayoría no es católica era la forma de obtener ayuda financiera para el

Opus Dei. Éste fue el real motivo, basado además en las palabras de la Escritura de que "la limosna cubre multitud de pecados". A través de las cooperadoras, el Opus Dei obtiene, para sí, ayuda financiera, y, frente a la Iglesia y a los fieles católicos, el prestigio de preocuparse por los no creyentes o no practicantes.

Pero volviendo al tema del "Catecismo", este libro, por considerarse entre los documentos "ad usum nostrorum" (para nuestro uso), no se encuentra en los archivos oficiales de la Iglesia Católica y mucho menos en cualquier librería apostólica o biblioteca general o especializada. El número de ejemplares están contados en el Opus Dei.

Cuando años más tarde tuve acceso a las Constituciones del Opus Dei, me di cuenta de que el texto del "Catecismo" estaba formado por una selección de puntos básicos de las Constituciones, traducidos al castellano, aunque siempre nos dijeron que las Constituciones, escritas en latín, no se traducirían nunca a ningún idioma.

Como medida de seguridad, todos los ejemplares del "Catecismo" se guardan únicamente en los archivos de la casa de las superioras de la región, de donde sólo salen para su estudio durante algún curso. Esos ejemplares se custodian con una especie de maniático celo: la directora de un curso de formación cualquiera no puede acostarse sin contar antes los ejemplares del "Catecismo", si es que el libro se usó aquel día. Ni qué decir tiene, que si no aparece uno de los ejemplares, la casa entera no puede irse a descansar hasta que aparezca.

Lo que monseñor Escrivá no pudo evitar, y esto tiene su ironía, es que, como resultado de su énfasis en que aprendiéramos el "Catecismo" de memoria, lo aprendimos todas tan bien que, incluso hoy día, aquellas personas que no pertenecemos ya al Opus Dei, podemos recordarlo literalmente punto por punto.

La edición que yo estudié se retiró de la circulación por bastantes años, aproximadamente de 1964 a 1975. Y, precisamente después del fallecimiento de monseñor Escrivá, aprovechando viajes de las superioras

mayores de Roma a las diferentes regiones, se repartió en ellas la nueva edición del "Catecismo", de 1975, seguramente revisada por monseñor Escrivá aún en vida. Lo que probablemente ocurrirá es que, ante el cambio del Opus Dei en Prelatura Personal, la edición de 1975 haya quedado obsoleta y dé paso a otra edición corregida.

En el centro de estudios, cuando terminábamos las clases, cada una regresaba al trabajo particular que le había sido asignada por la directora. La directora, Mari Tere Echeverría, por sí sola no regía el centro de estudios: estaba ayudada por su consejo local, formado por ella, Nisa González Guzmán como subdirectora, y Lourdes Toranzo como secretaria. Mary Tere Echeverría tenía mi edad. Era de San Sebastián. Pertenecía a una familia económicamente bien consolidada, aunque socialmente no eran de la "elite" de esa ciudad. Tenía un hermano sacerdote del Opus Dei, a través de quien ella conoció la Obra, que fue uno de los que abrieron la fundación en Argentina, Ignacio Echeverría. Mary Tere era muy buena y de carácter amable. Su visión de la vida era muy limitada: no había estudiado, ni tampoco llevado la vida normal de cualquier muchacha joven en España. Había entrado a la Obra a los quince años y siempre había estado metida en labores internas, principalmente en "Los Rosales". Se sentía muy insegura frente a algunas de nosotras, especialmente las que proveníamos de un ambiente en el que nos movíamos con soltura y, además, habíamos trabajado. Era la típica numeraria que anteponía la Obra a todo en su vida. En más de una ocasión me dijo: "No os podéis dar cuenta la fuerza que tenéis como grupo." Y era verdad: las Mouriz, Anina y Loli tenían un carácter tan fuerte como el mío, y había otras varias, como Mary Rivero, de Bilbao, que por las circunstancias de su vida eran mujeres decididas y que no tenían pelos en la lengua.

Nisa González Guzmán, la subdirectora, era de León. Tenía una gran personalidad y actuaba segura en cualquier ambiente. Era muy inteligente. Rígida algunas veces, pero no fría. Sabía cómo enseñar y su autoridad era innata. No era fanática y quizá por ello monseñor Escrivá no la quiso tener nunca a su lado, pero le encomendaba tareas difíciles, que siempre sacaba a flote, como la de abrir la fundación de mujeres en Chicago, en Estados Unidos. Ahora reside en España, en Valencia, creo.

A Lourdes Toranzo, la secretaria, la conocía mucho de "Zurbarán". Prácticamente entramos al Opus Dei sobre la misma época, pero ella se fue a vivir a la Obra antes que yo y había hecho el curso de estudios anterior al mío. Lourdes había terminado la carrera de Filosofía el año anterior. Era simpática, inteligente, pero yo nunca me fié de ella, porque tendía a ser una persona de dos caras. Se mostraba cordial con nosotras, pero reportaba a las superioras lo que fuera. Es decir, era el tipo de persona que lanzaba la piedra y escondía la mano. Años después, coincidimos en Roma porque a ella, como a mí, la nombraron superiora del primer gobierno central de mujeres. Y, curiosamente, volví a coincidir con ella otra vez en Roma, en mi última etapa en el Opus Dei, donde pude comprobar que era una persona de dos caras, como se verá después cuando detalle ese tiempo.

El plan de vida espiritual que cada uno de los miembros numerarios del Opus Dei ha de cumplir, esté donde esté, en el centro de estudios se vivía con un énfasis especial.

A las doce del mediodía se reza el Angelus o el Regina Coeli, según la época litúrgica.

Cualquier acto de devoción en la sección de mujeres se termina con la jaculatoria "Sancta Maria, Spes nostra, Ancilla Domini" (Santa María, Esperanza nuestra, Esclava del Señor), pronunciada por la directora o quien la supla, a la que se responde "Ora pro nobis" (ruega por nosotros). En la sección de varones, la jaculatoria que dicen es: "Sancta Maria, Spes nostra, Sedes Sapientiae" (Santa María, Esperanza nuestra, Asiento de la sabiduría). La respuesta es igual "Ora pro nobis" (ruega por nosotros). Es curioso notar que hasta en esta clase de jaculatorias establecidas por monseñor Escrivá había un claro tinte de machismo: para las mujeres, la advocación a la Virgen debía ser como "esclava"; para los hombres, como de "sabiduría".

Entra también en el plan de vida la lectura del Evangelio y de algún libro espiritual. No menos de seis minutos para la lectura del Evangelio y no menos de quince para la lectura espiritual.

La lectura se hace individualmente, de acuerdo con el horario personal de cada uno. Los libros a leer nos los recomendaba la directora, a quien se le podía también sugerir algún título en la "charla fraterna". Había una gran censura de libros espirituales. No se podían leer libros o autores de tipo marcadamente contemplativo. Es decir, de santa Teresa, por ejemplo, se recomendaba solamente la lectura de "Las fundaciones", y la lectura de san Juan de la Cruz no era muy recomendada. Es más: por muchos años no nos permitían leer el Antiguo Testamento, sino sólo el Nuevo Testamento. Sobre la lectura de libros en plan de estudio, hay una censura interna de la que hablaré más adelante, más severa que las recomendaciones de la Iglesia de Roma.

Las "Preces" del Opus Dei es la oración oficial de la Obra, como apunté anteriormente. Se empiezan besando el suelo y pronunciando también el "Serviam!" como expresión de servicio a Cristo y de rechazo al demonio. Las "Preces" están compuestas por una serie de peticiones, en forma de versículos, donde se encomienda uno a la Santísima Trinidad y se pide por el Papa, el obispo y el Padre, por los miembros de la Obra, por los vivos y los difuntos, etc. El rezo no dura más de seis minutos.

Hay también dos momentos durante el día en los que se hace examen de conciencia: uno, generalmente antes del almuerzo y a continuación del rezo de las "Preces", pero el horario difiere de casa a casa, aunque la recomendación es que el examen se haga antes del almuerzo.

Otro momento de examen es por la noche, como acto final en el oratorio antes de acostarse.

Después del almuerzo, en todas las casas del Opus Dei, es costumbre la visita al Santísimo Sacramento.

Después de la visita viene la tertulia, a la que todas las numerarias de la casa tienen que asistir; si hay alguna enferma, la directora envía a dos numerarias para que hagan la tertulia con ella. Si la casa es pequeña, todas las numerarias hacen la tertulia con la enferma.

La duración habitual es de media hora, durante la cual la conversación se encamina, ahora de modo exhaustivo, a hablar del Padre, contando y repitiendo anécdotas, viajes, quién lo vio en tal o cuál lugar. O hablando de cosas de la Obra en general; por ejemplo, si alguien estuvo en Roma, contaba cómo era la casa, siempre con gran entusiasmo y alabando sin cesar los primeros tiempos de aquella casa. O cosas de la vida de "tía Carmen", la hermana de monseñor Escrivá, si es que alguna la había conocido. Ahora en las casas de la Obra se "vigila" mucho el "buen espíritu" en las tertulias.

En "Los Rosales", con tanta mujer, las tertulias eran difíciles, al menos a mí se me hacían insoportables.

Las superioras aprovechaban esta ocasión para que se bailaran danzas regionales, como la sardana o la muñeira, y para que tratáramos de aprenderlas las que no las sabíamos.

La verdad es que yo nunca fui agraciada para lo folklórico y quizá soy poco objetiva cuando digo que aquellas tertulias eran un verdadero tostón. Lo que absolutamente no podíamos hacer era mantener una conversación entre pocas: las conversaciones tenían que ser generales.

Otras veces, especialmente los domingos, cuando Rosario de Orbegozo solía venir al centro de estudios, se cantaban canciones regionales y se aprendían bien las canciones de la Obra. Por cierto, más de una vez nos recomendaban que llevásemos a la oración personal la letra de esas canciones, ya que en todas ellas se habla de proselitismo o de entrega. Las tertulias resultan más agradables cuando en las casas viven solamente tres o cuatro numerarias; al

menos son más personales. Concretamente recuerdo que en "Los Rosales", durante un par de días, María Sofía Pacheco, la primera numeraria portuguesa, y yo leímos el periódico. Yo recibí -y me imagino que ella también- una corrección fraterna diciéndome que la tertulia era para "alegrar la vida de nuestras hermanas, no para enquistamos en gustos propios".

Algunos domingos por la tarde, alguna tocaba el piano un rato, mientras solíamos escribir, como era permitido los domingos, cartas a las familias y amigas. Ése era todo nuestro contacto con el exterior, excepto que algunos domingos la señora De Mouriz solía venir a ver a sus hijas. Naturalmente, después de saludarla, las demás nos íbamos a otro lugar de la casa.

Un domingo por la tarde, en primavera, tuve la enorme emoción de ver a mi hermano el menor.

Con sus doce años se las arregló para convencer a la mujer de servicio de mi familia de que lo acompañara y así venir a verme. Estuve con él en el jardín y recuerdo que Rosario de Orbegozo se enterneció al ver al crío y me dijo que le preparara una limonada. Fue la única visita que tuve de mi familia en esos seis meses.

Hasta 1966, los miembros de la Obra teníamos obligación de rezar las tres partes del Santo Rosario: una en familia, generalmente antes de la cena, y las otras dos cada uno por su cuenta, mientras se trabajaba, se conducía o se estaba esperando en algún lugar, por ejemplo, la consulta de un médico. Actualmente, aunque se recomienda el rezo de las tres partes del Rosario, sólo una, la del rezo en familia, es obligatoria.

Los sábados por la tarde se tiene "exposición menor" (Acto litúrgico en que se abre el sagrario y, con el copón, se da la bendición a los concurrentes) y se canta la Salve gregoriana en el oratorio.

También los sábados se hace en las casas de la Obra la mortificación general de no merendar.

Y ese mismo día, por regla general, se usan las disciplinas: treinta y tres golpes en las nalgas.

Con permiso de la directora, se podían usar las disciplinas otros días, generalmente los martes.

Cada una usa su habitación para esta mortificación, pero en "Los Rosales" era un problema, ya que los dormitorios eran colectivos; o sea, que uno tenía que encerrarse habitualmente en el baño del piso donde estaban los dormitorios, porque, si se hubiera usado el baño del sótano, todas las que cosían en el cuarto de trabajo junto a la cocina hubieran oído "el concierto".

El cilicio teníamos que usarlo diariamente no menos de dos horas, excepto en domingos y días festivos. En esta mortificación el problema de generosidad era grande, porque había que apretárselo lo más posible al muslo, sin que se notase al andar. Es más, si a una persona se le notaba al caminar que llevaba el cilicio, había que hacerle la corrección fraterna. Además de estas dos horas diarias de cilicio, éste se usaba también cuando una daba una clase o dirigía el círculo de estudios, por ejemplo. Yo nunca tuve dificultad para que mi directora me permitiera llevar más horas el cilicio, siempre que fuera para ofrecerlo por el Padre, por sus intenciones o por el proselitismo, en especial cuando alguna muchacha estaba a punto de "pitar" como

numeraria.

Cuando por primera vez en "Zurbarán" me hablaron del uso del cilicio, tuve como una morbosa curiosidad por saber "qué era aquello". Obviamente ocasionaba dolor físico y, a veces, sobre todo al principio, originaba tal impaciencia por quitárselo que le hacía a una mirar el reloj a cada rato. Al cabo de un tiempo, uno tenía que tener cuidado de alternar la pierna donde se usaba el cilicio porque las púas originaban pequeñas heridas. Era un triste espectáculo vernos cuando usábamos el traje de baño: se notaba la marca de las heridas del cilicio. Al usar las disciplinas, nos dijeron, los golpes no deberían ser como quien usa un plumero, sino con energía y fuerza.

Esta mortificación corporal se usa también en el Carmelo y en algunas pocas familias religiosas.

Es tan poco frecuente que, en más de una ocasión y país, por ejemplo en Venezuela, cuando quisimos comprar cilicios y disciplinas para las nuevas

vocaciones en algún convento, nos encontramos con que era desconocida esta "mercancía" en aquel lugar. Sólo las carmelitas descalzas los hacían, usaban y vendían.

Por supuesto que, al salir del Opus Dei, la primera reacción es echar a la basura estos instrumentos de tortura.

Bastantes mortificaciones trae la vida para considerar que esta mortificación sea necesaria en la vida espiritual.

OceanofPDF.com

Al examinar precisamente estos puntos, me pregunté muchas veces, cuando salí del Opus Dei, si la mortificación corporal generosa, con objeto de reprimir la carne o con motivo de apostolado o proselitismo, no puede confundirse con una morbosa sensualidad.

Por la noche, después del rezo de "Completas" y antes del examen particular, se leía un comentado del Evangelio de aquel día, unas cuantas líneas escritas por la persona de turno, revisadas, por supuesto, por la directora.

Inmediatamente antes de acostarse, de rodillas y con los brazos en cruz, cada una rezábamos en voz baja tres avemarías para pedirle a la Virgen por la pureza. También por esta razón se rociaba la cama con unas gotas de agua bendita: que cada una teníamos en un frasquito sobre la mesa de noche. A veces, con el uso del agua bendita, ocurrieron cosas cómicas. Recuerdo que una numeraria prácticamente bañaba la cama y, como era natural, la directora nos dijo un día que el uso del agua bendita se refería a "la calidad, no a la cantidad" usada.

Diariamente hay que rezarle a la Virgen, cada una por su cuenta, un "Acordaos" por aquella persona de la Obra que más lo necesite. Siempre le tuve gran cariño a esta oración desde antes de entrar a la Obra y, por tanto, me gustó esta costumbre. Fue mi padre, precisamente, quien a mis buenos cuatro años, me enseñó esta oración jugando conmigo, en el verano y a la hora de la siesta. El juego era que yo repetía lo que mi padre decía, pero cuando llegaba con él a la frase de…bajo el peso de mis pecados…" yo me ahogaba de risa porque en mi mente traducía aquella frase como "debajo de la balanza de los pescados…". A esa edad para mí no existía otra acepción de "peso" más que aquella de "balanza", que solía ver en alguna tienda cuando iba con mi madre a comprar algo y donde yo me daba cuenta de que las cosas las ponían "sobre el peso" y no "bajo el peso". Lo que yo me imaginaba en aquella frase del "Acordaos", y de ahí mi risa, era un montón de pescados con una balanza encima…

El plan de vida tiene también normas semanales como la confesión, la charla fraterna con la directora, el círculo de estudios; y el rezo del Salmo número dos los martes.

Después de las clases nos reincorporábamos cada una, como dije anteriormente, al trabajo al que habíamos sido asignadas aquella semana. Quiero hacer notar que en "Los Rosales" no había máquinas de tipo alguno. Todo el trabajo se hacía manualmente. La única ayuda que teníamos para sacar brillo al piso era un cepillo con mango que, por supuesto, se movía a impulsos de nuestros brazos. Y, al haber sólo uno para toda la casa, la mayor parte del piso se abrillantaba brochándolo con una bayeta debajo de cada pie. Ahí fue donde yo aprendí a brochar.

En "Los Rosales" había solamente dos mujeres de servicio y no eran de la Obra: una se encargaba de lavar la ropa a mano, y otra nos servía la mesa y fregaba los cacharros de cocina y los platos de las comidas. El resto del trabajo lo hacíamos nosotras.

Yo pasé por todos los trabajos. El planchero fue lo que llevé peor, por el hecho de que no lograba mantener encendido el hornillo de carbón. Cada vez que lo prendía se me apagaba a la hora, sin que yo pudiera explicarme la causa. Por supuesto, había que planchar con planchas de hierro, de las que ahora sólo se encuentran en los anticuarios. Estaba situado el planchero en una casita pequeña al final del jardín. Uno tenía que recoger las bolsas de ropa que las numerarias habían preparado previamente, metiendo en ellas una hojita con su nombre y el contenido de la bolsa.

En el lavadero la numeraria tenía que abrir cada bolsa, chequear cada pieza de ropa y, si alguna de ellas no venía marcada, marcarla entonces con las iniciales de la persona a quien pertenecía dicha bolsa. Una vez hecha esta revisión, que daba bastante asco por cierto, ya que requería tocar pieza a pieza toda la ropa sucia de la casa entera, se preparaban los montones de ropa para que los lavara la sirvienta. Ese trabajo me permitió conocer con evidencia la educación y delicadeza de cada persona de la casa.

El planchado era responsabilidad total de la numeraria. La verdad es que planchar la ropa de más de veinte personas no era una tarea pequeña, pero para colmo de males yo no podía mantener encendido, como dije, aquel bendito hornillo. Recuerdo mi lucha sin el menor éxito, como también que asistía a las clases apestando a humo.

Finalmente tuve que reportar a la directora que el domingo siguiente las numerarias de la casa no recibirían toda su ropa.

En vista de mi fracaso, al cambiar de oficio la siguiente semana, le pedí a la directora por favor que me dejase otra semana más en aquel trabajo, pero me negaron ese permiso…

Sin embargo, al lunes siguiente, la subdirectora del curso, Nisa González Guzmán, me indicó que fuera a la casita del jardín y tratase de encender el hornillo. Fui y, ¡sorpresa!, el hornillo prendió al primer intento con un fuego alegre y vivo, casi burlón. Volví corriendo a la casa para decirlo, y Nisa me explicó con una gran sonrisa que, si yo no había podido mantener encendido el hornillo la semana anterior, no había sido por ineficacia mía, sino debido a que había dos nidos de pájaros en la chimenea…

El trabajo de oratorio era el más suave. Se trataba principalmente de la limpieza del oratorio, de preparar los ornamentos por la noche para la misa del día siguiente, lavar y planchar los manteles del altar y los lienzos blancos. Había también que hacer las hostias para toda la semana.

La numeraria encargada de la cocina tenía que preparar la comida cada día. El primer paso del trabajo era encender la lumbre que, al no ser de gas, a lo que todas estábamos acostumbradas en nuestras casas, no era tarea demasiado fácil: había que empezar con astillas y carbón, y mantener la lumbre viva hasta la noche. Durante nuestras clases, la directora ayudaba en la cocina para que no se apagase el fuego y no se quemara la comida.

Por lo dicho, todas tuvimos una gran consideración a la numeraria que estaba encargada de la cocina, y jamás nadie hizo la menor crítica sobre la comida.

La numeraria encargada del office tenía que preparar y quitar las mesas, así como hacer los postres y la bollería para la merienda y el desayuno. Los sábados por la tarde no se merienda en ninguna casa del Opus Dei, como mortificación. Cuando me tocó el office, yo estaba encantada con esta costumbre que ahorraba mucho trabajo, pero pronto me di cuenta de que poco valía mi regocijo, ya que en ese tiempo que se dedicaba a preparar las meriendas, ahora había que preparar los postres para el almuerzo del domingo.

Para hacer los trabajos de la casa, las numerarias del Opus Dei llevan, cubriendo el vestido, una bata blanca abrochada detrás o delante. Bata que tiene que estar siempre inmaculada.

Aprender esto en el centro de estudios me costó esfuerzo. Ordinariamente las numerarias encargadas de cualquier trabajo en la casa nos cambiábamos la bata dos veces por semana; pero si estábamos encargadas de la cocina u office, el cambio de la bata blanca era diario.

Llevar una bata blanca con manchas era materia de corrección fraterna. La bata blanca se usa solamente durante las horas de trabajo, nunca para ir al oratorio, asistir a las clases o andar por la casa; y mucho menos si se espera alguna visita.

Las numerarias que no tenían trabajos especiales en la casa, o aquellas a las que teniéndolos les sobraba algún tiempo, se dedicaban a confeccionar casullas y ornamentos para sacerdotes, las cuales se vendían a las otras casas del Opus Dei o a las familias de aquellos sacerdotes que se iban a ordenar próximamente. Con estos ingresos "Los Rosales" se sostenía, ya que la mayoría de las numerarias que hicimos este curso no trajimos la pensión estipulada para dos años, considerado el tiempo de formacion. Las familias de la mayor parte de las que hacíamos el curso, al no estar de acuerdo con la vocación, no nos entregaron ningún dinero. De una manera muy sutil, las directoras nos dejaron ver lo buena que había sido la Obra al dejarnos venir en estas condiciones.

Esta pensión generalmente se aporta a través de los padres o a través del trabajo profesional de la numeraria. No es una dote, la cual sólo se aporta al matrimonio o al estado religioso.

Equivale esta cantidad a la que cualquier residente paga en las residencias del Opus Dei. En mi caso, el punto contradictorio fue -y lo mismo le sucedió a varias de las que tuvieron que dejar de trabajar para hacer el curso- que nos dijeron los superiores que teníamos que dejar el trabajo totalmente y asistir a este curso de estudios.

La doctrina del Opus Dei predica por el contrario, hablando de las exigencias ascéticas, formativas y apostólicas de sus miembros, que "para los seglares es condición irrenunciable para poder corresponder a la propia vocación el ejercicio constante de un trabajo profesional civil de ciudadano corriente…". (Giancarlo Rocca, L'Opus Dei. Apunti e documenti per una storia). Pero esto no siempre sucede. Es una regla general no siempre aplicable, ya que aquellos miembros de las dos secciones que van a los colegios romanos de la Prelatura o aquellos otros que se dedican a los trabajos internos dentro del Opus Dei -sean de gobierno o de formación- dejan su trabajo profesional. A lo más que llegan, en algunos casos, es a escribir algo y publicarlo en aquellas revistas dirigidas por miembros del Opus Dei (obras "corporativas" o "comunes").

Tuvimos un total aislamiento con el exterior durante esos seis meses en el centro de estudios.

Y esto, curiosamente, es una característica de las sectas (El aislamiento consiste en reglas de conducta calculadas para proteger los valores de la secta, reduciendo la influencia del mundo exterior cuando necesariamente ocurre algún contacto. Por supuesto que el aislamiento es una función latente en las enseñanzas de la secta…'. Bryan R. Wilson, "Patterns of Sectarianism").

Sólo a través de la correspondencia, tanto yo como las demás, nos comunicábamos con la familia y amigos, a excepción de las hermanas Mouriz, a quienes venían a verlas su madre y sus hermanas casi todos los

domingos. Luego supe que aquellas visitas de sus hermanas se relacionaban con el proselitismo que en aquel entonces se hacía con dos de sus hermanas:

una médico, Angelita, y la otra, Carmen, que se preparaba para un taller de alta costura.

Angelita estuvo muchos años en la Universidad de Navarra, y Carmen acabó, después de pasar por Roma, de directora regional de Alemania. No se nos permitía tampoco hacer ni recibir llamadas telefónicas. Las cartas que escribíamos teníamos que entregarlas abiertas para que las censurase la directora, y aquellas que recibíamos nos llegaban igualmente abiertas y leídas por la directora. Esto se sigue haciendo hoy día en todas las casas del Opus Dei. Sólo a las numerarias mayores o que tienen hecha la "fidelidad" les entregan cartas sin abrir, con la recomendación de que "si hay algo importante en ellas", se lo haga "saber a la directora". A los sacerdotes y especialmente a los que por cualquier causa los tienen "vigilados", suelen también revisarles el correo. Se dan también casos en los que a uno le dicen que recibió una carta, pero no se la entregan, porque "no es conveniente para su alma". O simplemente no le dicen a uno nada y tampoco se la entregan. Ése es uno de los manoseos de conciencia que los miembros del Opus Dei sufren y aceptan para su mejor formación. Y, naturalmente, todo ello basado en la adquisición del "buen espíritu del Opus Dei".

Mi padre solía escribirme de vez en cuando, pero muy "telegráficamente". Yo le escribía tanto como me dejaban: dos veces al mes. En Cuaresma nos dijeron que no debíamos escribir a las familias; sólo en casos excepcionales. Y la misma política se sigue durante el Adviento. Las cartas que recibíamos durante estas dos épocas del año, sin embargo, solían entregárnoslas.

El género de vida llevado en "Los Rosales" era un caldo de cultivo perfecto para el adoctrinamiento que, poco a poco, nos iba convirtiendo en auténticas fanáticas del Opus Dei: 1) separación total de nuestro medio ambiente; 2) vida en grupo; 3) no disponer de un minuto libre; 4)

tener el horario organizado de tal manera que el trabajo excesivo, la vida de meditación y de mortificación ocuparan nuestro día y nuestra noche; 5) el Opus Dei y el Padre como temas y metas únicas de nuestra vida; 6) el decirnos a derecha e izquierda que nuestra familia "era la Obra"; nuestras hermanas "los miembros todos del Opus Dei" y, por supuesto el Padre era a quien "teníamos que llegar a querer más que a nuestros padres"; 7) no oíamos música ni teníamos distracciones de tipo alguno, excepto una película, la única que nos proyectaron en seis meses: "Botón de ancla". No había radio ni se tenía acceso al periódico ni a revista alguna. Por ejemplo: del Consejo de Investigaciones Científicas me mandaban como obsequio la revista "Arbor". No me dejaron leerla y me dijeron que no me la entregarían nunca porque para mí lo más importante no era pensar "en filosofías", sino aprender a llevar la administración de una casa. Recuerdo que esto me fastidió mucho. Tanto, que le dije a la directora que me estaban apartando de toda mi vida anterior. Ella me contestó diciendo que yo tenía mucha suerte al tener "una cosa más para ofrecerle a Dios".

El lavado de cerebro consiste precisamente en hacerles ver a los miembros, particularmente en la primera hora, que la Obra es perfecta porque es de Dios, y que cuanto diga el Fundador es divino también, porque es inspiración del mismo Dios. Cosa que se enseñaba desde el primer momento en los cursos de formación del centro de estudios. Y, a semejanza de un tema musical, lanzada la primera nota por el primer violín, el Padre; repetida inmediatamente por los segundos violines, los superiores; y seguida por los instrumentos de cuerda y de percusión, llamados charla fraterna, círculos de estudio, meditaciones, clases, retiros, ejercicios espirituales, corrección fraterna, etc.; es decir, a través de todos aquellos medios de adoctrinamiento que el Opus Dei tiene a su alcance y puede usar con sus miembros.

El adoctrinamiento que recibíamos no nos permitía analizar nada de aquello que intelectualmente pudiéramos no entender. Nuestra reacción como consecuencia tenía que ser la de rechazar violentamente cualquier pensamiento crítico como una falta de unidad y de "buen espíritu", y reportar aquella idea en la charla fraterna como un punto negativo de nuestra vida espiritual.

¿Es que las mujeres que entramos al Opus Dei éramos todas bobas o tan ingenuas que nos manejaban como marionetas? ¡No! Simplemente entramos a la Obra con una rectísima intención de cumplir la voluntad de Dios. Éramos cándidas y creímos a carta cabal que los superiores representaban la voz de Dios. Estábamos llenas de buenas intenciones y convencidas de que, para vivir aquella secularidad como forma nueva de apostolado y de apostolado intelectual, nuestra postura era la de abandonarnos en manos de Dios, dando por supuesto que toda aquella doctrina procedía también de Dios, y considerar que, si algunas cosas nos chocaban, se debía a nuestra ignorancia espiritual sobre la vida de santidad.

Lo que en la Obra no han debido de pensar aún seriamente es que el rechazo a la crítica y especialmente la falta de autocrítica de la Institución en cuanto se refiere a cosas dichas por monseñor Escrivá o a las costumbres instituidas por él como fundador, es lo que hace al Opus Dei caracterizarse como secta. (Bryan R. Wilson, "Patterns of Sectarianism", pp.23-36, donde entre otras pueden encontrarse las siguientes definiciones: "Típicamente una secta puede ser identificada por las siguientes características: es una asociación voluntaria, a la que se pertenece previa autorización exclusiva de las autoridades de la misma…'., '…se subraya la selección y se expulsa a quienes contravienen los preceptos doctrinales o morales de la organización…'.,…'las sectas dictan a sus miembros la orientación ideológica en la sociedad, así como los niveles de rectitud moral…')

¿Y qué quedó de mi manera de ser, optimista, decidida, independiente? ¿De aquella muchacha que se comía al mundo o se lo ponía por montera? Había muchas cosas que yo verdaderamente no entendía, pero siempre me salían al encuentro con que tenía que pedirle a Dios adquirir el "buen espíritu" que predicaba el Padre, y me recordaban el punto 684 de "Camino" ('.Tu talento, tu simpatía, tus condiciones…, se pierden; no te dejan aprovecharlas. Piensa bien estas palabras de un autor espiritual: No se pierde el incienso que se ofrece a Dios. Más honrado es el Señor con el abatimiento de tus talentos que con el vano uso de ellos.').

Lo que yo pensaba interiormente es que mis valores tenía que ponerlos a los pies de Cristo, y que este sacrificio mío, por la comunión de los santos, iría en beneficio de cuantas necesidades había en la Iglesia. Mi optimismo no lo perdí y mi alegría tampoco, lo que aprendí fue a sobrevivir en un ambiente que, como nos aseguraban, no era el ordinario en las casas del Opus Dei. Para mí, vivir rodeada de más de veinte mujeres se me hacía imposible. Nunca he tenido mentalidad de rebaño. En la confidencia me aseguraban que el centro de estudios era solamente una etapa de formación interior para adecuar nuestra alma al espíritu del Opus Dei y que, cuanto más fielmente asumiera la doctrina, más feliz sería y más eficaz sería mi apostolado.

Es decir, me hacían separar interiormente el espíritu del Opus Dei de la materialidad ambiental que me rodeaba. Por ello decidí asimilar todo y lo mejor que pude la doctrina del Opus Dei.

Fueron muy listas mis superioras: me adoctrinaron perfectamente bien, consiguiendo de mí que rindiera mi voluntad ante la supuesta voluntad de Dios y usando mi espíritu religioso sincero como base segura para sembrar la doctrina del Opus Dei. Y lo consiguieron: me hicieron una perfecta fanática, un instrumento eficaz dentro de la secta llamada Opus Dei.

Córdoba: "La Alcazaba"

El curso en el centro de estudios se terminó al cabo de seis meses. Llevábamos semanas especulando a dónde nos destinarían. Se notaba ya una especie de inquietud especial por salir de "Los Rosales" y llevar con nosotras ese "buen espíritu" que tan bien nos habían inculcado.

Teníamos la lección muy bien aprendida.

Rosario de Orbegozo vino de Madrid y nos leyó a todas juntas en el jardín los "destinos". A mí me mandaban, con otra que también hizo el mismo curso, Piedad García, a Córdoba, precisamente la ciudad donde mi madre había nacido y donde vivía y vive su familia entera. Ibamos a la administración de la residencia de varones llamada "La Alcazaba".

Yo conocía bien Córdoba porque había pasado temporadas con mis tíos y, precisamente la última vez que estuve allí fue porque esos tíos míos me invitaron a pasar las famosas ferias del mes de mayo. En esos días mi familia me trató a cuerpo de rey y me divertí de lo lindo.

Nadie en "Los Rosales" nos explicó cómo era la administración, ni la residencia en Córdoba, pero mentalmente pensé que la residencia sería estilo andaluz, como las casas de mis tíos.

La verdad del caso es que dejé "Los Rosales" sin la menor pena, porque yo había notado mucho el encerramiento durante los meses pasados en esa casa y, como decía al principio, la vida en grupo no me era fácil. Veía con alegría, por otra parte, el que por fin iba a empezar a poner en práctica las enseñanzas teóricas que recibimos y sobre todo a poder hacer apostolado.

Bien es cierto que, si por un lado estaba llena de deseos de imprimir el espíritu del Opus Dei en las almas, por el otro sentía también el temor de lo desconocido; es decir, de enfrentarme con la realidad de llevar un trabajo directo en la administración de una residencia de estudiantes, de la cual, por ser tan nueva, nadie nos había hablado en el curso; y no tenía la menor idea de cómo pudiera ser.

Curiosamente, tan pronto como me dieron la noticia de mi viaje a Córdoba, la directora central, Rosario de Orbegozo, me dijo que llamara a mi padre por teléfono, la única vez que esto sucedió desde mi llegada al centro de estudios, para que me enviara el billete de tren Madrid- Córdoba-Madrid, billete que mi padre me mandó a vuelta de correo a "Los Rosales". Por ser mi padre uno de los directores de la RENFE, yo tenía derecho a viajar gratis en el surexpreso de lujo y en coche-cama. El billete que mi padre me mandó a "Los Rosales" consideraba las dos posibilidades.

Los padres de Piedad, que vivían en Salamanca, le mandaron también suficiente dinero para poder comprar igualmente el billete de la clase que necesitara. Ella con su dinero y yo con mi billete llegamos a la calle de Juan Bravo, en Madrid, donde estaba entonces la Asesoría Central.

Rosario de Orbegozo, la directora central, nos echó la primera bronca llamándonos "finolis" y acusándonos de falta de espíritu de pobreza cuando supo que pensábamos hacer el viaje a Córdoba en primera clase o en clase de lujo. Me mandó ir inmediatamente a la RENFE a cambiar mi billete, cosa que no logré, porque al ser uno especial no se podía canjear por otro de mucho menor valor. Con el dinero que Piedad tenía para el suyo pudimos comprar dos billetes de tercera clase.

Rosario de Orbegozo no me dejó ver a mi padre ni a mis hermanos. Simplemente me dijo que le indicara a mi padre, si quería yerme, la hora en que el tren salía para Córdoba para que él fuera a la estación en todo caso. A mí aquello me dio tristeza y me pareció feo, por llamarlo de alguna manera, porque hacía seis meses que no veía a mi padre, pero rechacé el pensamiento como si fuera crítica a los superiores. Al recordar estos hechos hoy día, me parece no sólo una falta de caridad hacia la familia, en ese caso la mía, sino también una falta de táctica, ya que esta actitud originaba un encrispamiento mayor contra el Opus Dei en las familias.

Al llegar a la estación yo no veía a mi padre. Me preocupaba no poder encontrarlo, porque tenía muchos deseos de verlo. Incluso pensé ilusionada que, a lo mejor, lo acompañarían mis hermanos. En vista de que no lo encontraba y de que el tren estaba a punto de salir, subimos al compartimento y nos acomodamos en nuestros asientos de tercera -de madera en aquel entonces-, rodeadas de soldados y de personas con cestas, gallinas, etc. Desde la ventanilla del compartimiento yo buscaba a mi padre entre la muchedumbre del andén, y Piedad, de acuerdo con la descripción que yo le había hecho de él, me ayudaba.

De repente, vi al hijo de un amigo de mi padre, Antonio Mellado, que eran, también él y su hermana, amigos míos, gritándome:

–¿Pero qué diablos haces aquí en un vagón de tercera, cuando tu padre y yo no podíamos encontrarte en el coche-cama ni en primera? Tu padre está desesperado -me dijo mi amigo.

Efectivamente, mi padre llegó, angustiado al no encontrarme, justo un minuto antes de que el tren arrancara, y me dijo:

–¿Cómo es posible que dejen viajar a dos chicas jóvenes de noche y en semejante ambiente?

Estaba enfurecido. La idiota de mí, estrenando uno de los puntos de mi reciente adoctrinamiento, le dije:

–Papá, es que tenemos que vivir pobreza y ofrecer las incomodidades por las almas.

El tren arrancó, pero aún pude ver a mi padre, a quien se le saltaban las lágrimas, mientras hacía un gesto con las manos como diciendo, no tiene solución, y de oír a mi amigo que me gritaba enfurecido:

–¡Diles de mi parte a todas ellas que son unas fanáticas sin corazón!

Y así arranqué de Madrid camino a Córdoba. Tenía una tristeza infinita por mi padre y no acertaba a pensar cómo podría enmendar la plana con mi familia viviendo, al mismo tiempo, el espíritu del Opus Dei. Piedad fue buenísima conmigo durante el viaje y como pensando en voz alta dijo: "Menos mal que mis padres no vinieron." A las seis de la mañana, clareando el día, el tren llegó a Córdoba. En la estación nos esperaba Digna Margarit, una de las primeras numerarias del Opus Dei. Nos dijo que no necesitábamos tomar un taxi, porque la casa estaba muy cerca de la estación y nos hizo notar que, por desgracia, las cercanías de la estación era una zona de reputación dudosa. También nos explicó, camino de la casa, que ella se iba ese mismo día a hacer el Curso Anual de Estudios y que Sabina Alandes, la directora de la administración, estaba bastante enferma, porque se le había caído una sartén de aceite hirviendo en una pierna, hacía pocos días.

Así, pues, cargando nuestra maleta, llegamos a la administración de "La Alcazaba". Yo, que había soñado con que la casa de la Obra en Córdoba fuera como la de mis tíos, de estilo andaluz, me encontré con la realidad de que no era así, ni parecido: llegamos a un edificio de unos seis pisos, de

reciente construcción, y muy feo, por cierto. Subimos la escalera hasta el primer piso donde estaba la administración. Los demás pisos del edificio no pertenecían a la residencia: estaban ocupados por inquilinos corrientes.

Sabina Alandes, a quien yo conocía de "Zurbarán", nos esperaba en la puerta. Nos recibió con mucho cariño. Al entrar vimos cómo el vestíbulo, aunque era oscuro, estaba decorado con gusto. A mano izquierda estaba el cuarto para tres sirvientas y el baño para ellas. Junto a él, el planchero, que era un cuarto muy pequeño. Contigua al planchero, estaba la sala de visitas, más bien amplia para un piso tan pequeño y decorada con cierto estilo inglés; resultaba, en conjunto, agradable. Un pasillo, a la derecha del vestíbulo, conducía a la cocina y a una pequeña despensa. Al fondo del pasillo había un dormitorio para las tres numerarias asignadas a esa administración. El cuarto era muy pequeño: cabían exactamente dos camas con una mínima separación y, debajo de la ventana que tenía forma de mirador, un diván-cama. A Piedad y a mí nos asignaron las dos camas. La directora dormía en el diván-cama. Por supuesto, todas las camas eran de tabla. Un pequeñísimo cuarto de baño y una habitación, lugar de trabajo de la secretaria, que daba al oratorio, completaban el piso. La directora tenía un armario de luna, pequeño, al final del pasillo. A Piedad y a mí nos asignaron un closet, que compartíamos, en medio mismo del pasillo.

Administraciones

Sin deshacer las maletas, porque no había tiempo, ya que Digna salía en el tren de la tarde, nos explicaron que la administración correspondía a la Residencia de Estudiantes, en su mayoría de Veterinaria; no eran miembros del Opus Dei, excepto el consejo local que, lógicamente, estaba formado por numerarios del Opus Dei.

La residencia ocupaba los dos pisos de la primera planta del edificio contiguo y estaba al mismo nivel que el nuestro. El edificio de los varones hacía chaflán con el nuestro, pero prácticamente daba a la calle de al lado, donde, igualmente, los pisos restantes del mismo edificio estaban ocupados por inquilinos corrientes. O sea que, si la entrada a cada una de las casas, residencia y administración, correspondía a edificios diferentes, al estar al

mismo nivel, se comunicaban por dentro a efectos de administración y casa administrada.

Esta comunicación interna convergía en el comedor, donde la puerta que daba a la residencia tenía, como indica el "Reglamento interno de administraciones" del Opus Dei, "dos cerraduras distintas, una a cada lado de la puerta. Custodia el director una llave y la otra, diferente, la directora. La puerta de comunicación debe estar siempre cerrada con las dos llaves, desde la hora del examen de la noche hasta la hora de la oración de los residentes, por la mañana.

Durante el día, quedan las puertas cerradas por parte de la administración" ("Reglamento interno de administraciones", Grottaferratta). "La comunicación interna se hace, de ordinario, a través de la sacristía y del comedor, que, exceptuadas las horas en que deben ser empleados, quedan en la zona de la administración. Cuando el capellán deba entrar en la sacristía para revestirse y cuando los varones han de ir al comedor, la directora, después de hacer preparar cuanto sea necesario, abre la puerta con su llave y avisa por telefonillo interno al director." Quisiera hacer aquí el comentario de que este "Reglamento interno de administraciones" fue corregido y aumentado por monseñor Escrivá, hacia el año 1954. De hecho fue el primer trabajo que yo realicé como directora de la Imprenta. en Roma. Con ese motivo, veía con mucha frecuencia a monseñor Escrivá. Fue Álvaro del Portillo quien corrigió las galeradas de ese documento interno.

La segunda edición de ese documento no está, ni mucho menos, a disposición de quien quiera leerlo, como alguien pudiera pensar. Ello lo muestra el libro de G. Rocca, antes citado, que, publicado en 1985, sólo menciona la primera edición, muy breve, de este documento interno del Opus Dei.

Al entrar a la administración, fuimos al oratorio a saludar al Señor y vi, por primera vez en mi vida, que el oratorio de la administración, a semejanza de las monjas de clausura, tenía celosía que daba exactamente al altar. El "Reglamento interno de administraciones" del Opus Dei, dice que cuando el oratorio de la administración no puede ser diverso, "las asociadas asisten a

los actos de culto, detrás de una reja, como se usa para las monjas de clausura cuando sus iglesias están abiertas al público" Una cortina de terciopelo rojo cubría la celosía durante todo el día, a excepción de una mínima parte que quedaba descorrida para poder ver el sagrario desde nuestro lado. Nuestro oratorio no era mayor de dos metros cuadrados. Cabían exactamente cuatro reclinatorios. La verdad es que me impresionó mucho y a veces, con sentido del humor, solía decir que yo veía la misa "a punto de cruz".

Nada más irse Digna Margarit la misma tarde que llegamos, Sabina habló con Piedad García, quien salió del cuarto muerta de risa, diciéndome:

–¡Vaya faena que te acabo de hacer! Sabina me preguntó que quién cocinaba mejor de las dos y yo le dije que tú.

Y efectivamente, de la noche a la mañana me vi encargada de la cocina para unas veinticinco personas, sin más experiencia que lo que podía haber visto en casa de mi familia, la semana que estuve en cocina en el curso de estudios en "Los Rosales" y mi buena voluntad. Tenía también que ir a diario al mercado y además hacer los encargos de la casa, lo que me permitía salir a las horas que podía dejar la cocina. Y, naturalmente, por la mañana temprano era cuando iba al mercado, que, por cierto, estaba lejos de nuestra casa. Una cosa que me llamó la atención cuando hacía la compra en el mercado era la costumbre andaluza de las vendedoras:

si uno era la primera persona a quien le vendían algo, se hacían la señal de la cruz con el dinero recibido, para que Dios las bendijera el resto del día. Al cabo de varias semanas de estar en Córdoba, en el camino hacia el mercado empecé a encontrarme con el hermano de mi abuela materna, mi tío Ramón Giménez que, como procurador, iba al juzgado diariamente. Yo lo quería muchísimo y él era enormemente cariñoso conmigo. Siempre que me veía me repetía que no pasara apuro alguno, que, si necesitaba dinero o cualquier otra cosa, se lo dijera enseguida a él o a su mujer, mi tía Aurora. Sufría, y me lo decía, de verme ir al mercado y de saber que vivía en ese lugar de la ciudad. Hay que tener en cuenta que, en esa época, una señora

no iba al mercado nunca, menos en Andalucía y menos todavía sola, a no ser en caso excepcional y, entonces, iba acompañada por una sirvienta.

Piedad estaba encargada dc la limpieza de la residencia y de nuestra casa, además dcl planchero, o sea, de que se llevara a efecto el lavado y planchado de ropa de la residencia y, muy a menudo, si veía que a las sirvientas no les alcanzaba el tiempo, era ella quien también planchaba la ropa de los residentes, para ayudar. Llevaba igualmente el office y se ocupaba de la formación espiritual de las sirvientas.

De hecho, dos días después de llegar de "Los Rosales", Piedad y yo llevábamos la casa con total responsabilidad y, por supuesto, como Dios nos dio a entender, ya que evitábamos abrumar a la directora con preguntas, porque seguía enferma con la pierna quemada, se sentía muy mal y tenía grandes dolores. Yo le cambiaba a Sabina el vendaje cada día, pero me quedé aterrada cuando supe que, con semejante quemadura, no la había visto aún ningún médico, porque no conocían aún absolutamente a nadie en la ciudad. Pedí permiso para ir a ver a mi familia, saludarlos y preguntarles por un buen médico, pero Sabina no me permitió ir. Me dijo únicamente que los llamara por teléfono. Como tampoco teníamos teléfono en la casa, fui a llamar a una tienda de comestibles. Hablé con mi familia de Córdoba por primera vez desde mi llegada. No tenían la menor idea de que estaba allí. En ese entonces no había ocurrido el encuentro con mi tío, que antes narré. Naturalmente me invitaron a almorzar. Les dije que no podía ir porque estaba encargada de la cocina de la residencia y la directora estaba enferma.

Me dieron, pues, el nombre de un buen médico, a cuyo consultorio llevé a Sabina. El médico estaba asombrado de que hubieran dejado pasar tanto tiempo sin consultar a nadie. La recuperación de Sabina llevó unos tres meses.

Durante ese período, Piedad y yo nos lo pasamos estupendamente: nos consultábamos recíprocamente las dudas que teníamos en la casa, y las resolvíamos a nuestro buen aire. Nos reíamos mucho con motivo de nuestra gran inexperiencia. En realidad, tomamos este trabajo como una aventura

divertida. Sin embargo, bueno es decir que la residencia funcionó bien, ajena a las vicisitudes de las administradoras novatas. Piedad y yo animábamos a Sabina diciéndole que los residentes habían comido, que la casa estaba limpia, y la ropa lavada y planchada. Pero justicia es decir que, entre broma y broma, y con nuestro excelente humor, Sabina nos ayudaba también cuanto podía. Por supuesto ella era la que mantenía la relación con el director de la residencia, a través del telefonillo interno, ya que, según se lee en el "Reglamento interno de administraciones", entre la administración y la residencia no hay relación de ninguna clase entre las personas que habitan una y otra casa. Es decir, a las casas de la sección femenina no van nunca, ni de visita, los varones del Instituto. Ambas casas pueden comunicarse solamente a través de un telefonillo interno, ubicado uno "en el despacho del director, y otro en un lugar patente, como un pasillo o vestíbulo de la administración, nunca en la habitación de la directora". Ambos telefonillos son utilizados por el director y la directora cuando hay que hacer alguna comunicación. No se usa al empezar o terminar, otro saludo que no sea el de "Pax", al que se contesta "In aeternum". El telefonillo sólo lo contesta la directora o, en su ausencia, la persona del consejo local que haga sus veces.

Este saludo de "Pax" al que se responde "In aeternum" es la forma de salutación entre, absolutamente, todos los miembros del Opus Dei, cualquiera que sea su categoría o clase. Lleva consigo quinientos días de indulgencia, nos dijeron. Pero, naturalmente, este saludo no puede usarse delante de personas ajenas al Opus Dei. Incluso, cuando uno se arrodilla en el confesonario para confesarse, al sacerdote no se le dice:

"Padre, bendígame, porque he pecado" ni "Ave María purísima", que es la fórmula más habitual, sobre todo en los países de habla hispana. Hay que decirle siempre "Pax", a lo que el sacerdote responde "In aeternum".

Las conversaciones, pues, con el director, son brevísimas. Por ejemplo, por la noche, después de la cena generalmente, llamaba el director para dar el parte del número de comensales del día siguiente en el desayuno, almuerzo, merienda y cena. Mensaje que la directora transmitía a la encargada de cocina, para que pudiera calcular las cantidades de comida del día siguiente,

y a la encargada del office, para que las mesas aparecieran en el comedor de la residencia con el número indicado de puestos.

Si había que hacer alguna indicación sobre la limpieza, la ropa, etc., yo avisaba a la directora de que la comida tendría un retraso de unos minutos, la directora llamaba entonces al director para comunicárselo y evitar que los residentes, al ir a entrar al comedor a la hora marcada, se encontraran con la puerta de comunicación cerrada aún de nuestro lado.

Es notorio el verano en Córdoba por su calor. En las casas de tipo andaluz, con patio central, generalmente con una fuente, palmeras y geranios, y con el toldo que cubre el patio a las horas de sol, las casas no solamente son habitables, sino frescas. Pero, viviendo como nosotras, en un piso mínimo, de construcción moderna, de esos años en España en que el afán de lucro hacía que los constructores no considerasen para nada el clima del lugar, el calor del verano resultaba infernal. Y si además se lleva manga larga, como llevábamos nosotras, no puede ni expresarse lo que significaron esos meses de verano, máxime cuando no disponíamos de un ventilador ni de dinero para comprarlo. Las noches eran tan insufribles, que yo amanecía en el suelo, sin tener conciencia de cuándo me había tirado de la cama por el enorme calor.

Para mí el cambio era muy grande: de haber estado en la casa andaluza lindísima de mis tíos, con todo género de comodidades, a ser ahora la administradora de una residencia de varones del Opus Dei y encargada de la cocina. Sin embargo lo llevé con gran sentido sobrenatural.

Además, comparada esta vida con la vida del curso en "Los Rosales", prefería la administración a aquel encierro.

Si me preguntase alguien y ahora qué significó para mí el año pasado en Córdoba durante mi permanencia en el Opus Dei, tendría que decir que, vista retrospectivamente, esa época fue para mí la primera experiencia directa que tuve con las administraciones del Opus Dei. Por otro lado, he de decir con verdad, que para mi era como un reto espiritual y, por tanto,

cualquier dificultad que encontraba la ofrecía todo con alegría a Dios, por la labor de proselitismo especialmente y por mis padres.

A mí me gustaba mucho cantar y me costaba trabajo no hacerlo. Estaba convencida de lo que me habían dicho en el curso: que la labor de administración, llamada en el Opus Dei "oficios humildes", era una labor callada, porque, según literalmente repetía monseñor Escrivá: "La administración perfecta, ni se ve, ni se oye." También era cierto que me sentía viviendo aquella doctrina de monseñor Escrivá que nos trasmitían las superioras y que años más tarde se la oí decir directamente a él mismo: "Sin las administraciones, el Opus Dei sufriría un verdadero colapso, porque es el esqueleto en el que se apoyan todas las labores del Opus Dei." Es decir, sentía que realizaba algo importante.

Al mirar aquellos hechos ahora con visión retrospectiva, comprendo que, de hecho, la labor de administración que llevan las mujeres del Opus Dei son el exponente más claro del machismo existente en esta institución: por el hecho de ser mujeres, se ha de servir a los varones. Y aunque a las administraciones se encargó muy bien monseñor Escrivá de ensalzarlas delante de todos y todas, e incluso aseveraba que era el trabajo profesional de muchas de las asociadas numerarias y de todas las numerarias auxiliares, en el fondo no era sino un asegurar el que las casas todas del Opus Dei estuvieran cuidadas a semejanza de hoteles de cinco estrellas. Es, indiscutiblemente, un servicio barato que, además, llevado con "buen espíritu", implica santidad para muchas almas.

En el Opus Dei, el que muchas mujeres hayan dejado sus profesiones para dedicarse a la labor de administración, se considera "lógico". Pero visto retrospectivamente, como digo, no es lógico que mujeres de una cierta cultura se dediquen a esta labor para "servir" a los varones del Opus Dei o a las labores que ellos llevan, como ocurría en este caso de la residencia "La Alcazaba", en Córdoba.

Es un problema serio para muchas mujeres en el Opus Dei dejar su carrera profesional y dedicar años o el resto de su vida a la labor de administración, pero hay una faceta muy curiosa sobre este tema y es el considerar dentro

de la Obra como de "mal espíritu" a la numeraria que no ve con alegría dedicarse a las administraciones y abandonar el ejercicio de su profesión, cuanto tiempo sea necesario o quizá siempre.

Espiritualmente, yo cuidaba mucho mi vida interior. Es decir, el plan de vida – ración, lectura espiritual, etc.– que expliqué anteriormente, ahora lo vivíamos cada cual por nuestra cuenta y a horas independientes, para no dejar desatendidas las labores de la casa. Sólo la misa la oíamos juntas, si se celebraba en la casa, pero como habitualmente no había sacerdote del Opus Dei, teníamos que ir a misa a una iglesia pública. Para mí, la oración mental era mi mayor momento de unión con Dios y también de acercamiento a las almas, puesto que los nombres de muchas personas venían a mi cabeza para ponerlos ante Dios.

Mi mortificación, tanto la espiritual como la física de llevar el cilicio o usar las disciplinas, la ofrecía siempre como oración de los sentidos, por el proselitismo. Desde luego, usar las disciplinas siempre me supuso esfuerzo, pero era generosa. En Córdoba, además, irónicamente diría que era un "arte", ya que había que emplear el cuarto de baño como único lugar donde uno podía estar solo, y éste era tan pequeño que había que tener el tino de no darle los golpes a la puerta en lugar de a las nalgas. Mirado seriamente, azotarse era un esfuerzo enorme, fuera durante el trabajo del día o después de él.

Mi espíritu de pobreza estaba encauzado hacia la cocina, que era mi encargo preciso en la casa, y a tratar de hacer la mejor compra en el mercado, para ahorrar lo más posible.

Recuerdo mi "desespero" cuando siempre se me olvidaba algo y luego, más tarde, lo necesitaba en la cocina, llámese aquello ajos, cebollas o sal. Fue entonces cuando me indicó la directora que tenía que apuntar todo en la agenda, llevarla al mercado y revisar en ella lo que había escrito. La lista del mercado era como una especie de examen de conciencia. Creo que por ello llegué a aborrecer el hacer listas, tanto que jamás hoy día hago una lista cuando voy al mercado y, curiosamente, no se me olvida nada.

En la cocina no teníamos refrigerador y esto era una gran dificultad para conservar los alimentos.

La cantidad de lo que se compraba tenía que ser exacta para no desperdiciar nada. Para algunas cosas, era casi posible, pero para otras, como por ejemplo la leche, era imposible. Si después del desayuno, sobraba una jarrita de leche, a los pocos minutos estaba cuajada. Al hacer mi examen de conciencia, anotaba cuidadosamente, como forma de vivir la pobreza, las cosas que se habían perdido por no medir o pesar exactamente.

En "La Alcazaba" no había sacerdote fijo del Opus Dei, y decíamos de broma que el lema de la casa era "no pecar", porque sólo podíamos confesarnos cuando el sacerdote del Opus Dei pasaba por Córdoba cada mes o mes y medio. Mientras tanto, no podíamos confesarnos con nadie, a no ser en caso extremo, pero nunca con un jesuita.

Ocurrió el caso divertido de que en una de mis primeras confesiones, después de mes y medio dc estar en Córdoba, yo leía, en el confesonario mi lista de pecados, entre los que tenía, como faltas de pobreza, el haber malgastado unos cincuenta litros de leche. El sacerdote, don Juan Antonio G. Lobato, me preguntó con gran sentido del humor:

–Pero, hija mía, ¿qué haces?, ¿te bañas con leche como Popea?

Cuando le dije que no teníamos refrigerador, no se lo podía ni creer.

Sabina era una directora muy alegre y buena. Fue una excelente maestra de cocina. Sin embargo, era muy estricta en nuestras relaciones con la familia. Tanto así, que a mí sólo me permitió ir a casa de mis tíos un par de veces durante el año que pasé en Córdoba y una de ellas, precisamente, porque necesitaba un consejo legal para un asunto de su familia. Cuando visité a mi tía, me miró con una típica sonrisa burlona muy suya y me dijo: "Eso no es para ti, hija mía. Eso es muy raro." En la administración, la vida de familia era amable entre nosotras tres. La vida espiritual se hacía dura porque apenas teníamos sacerdote, y cualquier consulta espiritual tenía que hacerse a la directora. Sabina tenía un genio fuerte. Sus reprimendas se relacionaban con la idea de perfección en el trabajo. O sea, en mi caso, las comidas. Yo

recibía bien sus reprimendas, porque eran claras y directas y llenas de cariño. Más de una vez vino, después de haberme reprendido un poco fuerte, a pedirme perdón, porque había sido demasiado dura. Siempre se lo agradecí. En mi opinión Sabina era humilde.

Lo que no me gustaba de esta casa era el oratorio. O mejor dicho, la falta de oratorio, ya que el oratorio de celosía me hacía sentir realmente enclaustrada. Teníamos que estar siempre a oscuras para que no se nos viera desde el oratorio de la residencia de varones, mientras hacíamos la oración y, si queríamos hacer la lectura espiritual en el oratorio, teníamos que correr del todo la cortina de terciopelo para que no se viera la luz del pequeño flexo del reclinatorio.

Cuando teníamos misa en el oratorio, porque había un sacerdote de la Obra, la comunión nos la daban por una ventanilla que se abría en la celosía, cuya llave custodiaba la directora.

Labor de san Rafael

A los pocos días de llegar a Córdoba, nos habían dicho del gobierno central en Madrid que Piedad García sería la subdirectora del consejo local y yo la secretaria. Me encargaron también de la labor externa con las muchachas de san Rafael. Es decir, yo tenía que dar los círculos de estudio que previamente había recibido cuando iba por "Zurbarán". Estos círculos de estudio estaban basados en guiones de varias hojas que la directora nos dejaba para que nos ayudaran a preparar la charla. Guiones, todos ellos, preparados en serie para todas las casas de la Obra. Pero, para ello, había que buscar muchachas, que más tarde, serían las nuevas vocaciones.

Cuando yo llegué a Córdoba, en 1950, no había una sola vocación ni tampoco muchachas que frecuentaran la casa. Y de eso me encargaron especialmente. Me dijo la directora que había llegado la hora dc que el ofrecimiento de mi trabajo, el calor y cuanta incomodidad había en aquella casa -no teníamos radio, ni teléfono, ni gramófono, ni la menor posibilidad de distracción- la ofreciera para reclutar vocaciones entre las muchachas que había conocido a través de mi familia, antes de ser del Opus Dei.

Pensé que había llegado el momento del que tanto me hablaba mi director espiritual, el padre Panikkar, de poner en juego mis condiciones de líder, mi entusiasmo, mi amistad y todo mi encanto para, aprovechando las horas en que no tenía trabajo en la cocina, ir a ver a algunas de aquellas muchachas que yo conocía de antes y explicarles, no sólo mi cambio de vida, sino también lo que era el Opus Dei, a fin de animarlas a venir por nuestra casa y, en definitiva, prepararlas y animarlas para que pudieran confesarse con el sacerdote del Opus Dei en su siguiente visita a Córdoba.

Desde luego, he de decir con verdad que me convertí en una gran proselitista del Opus Dei, porque estaba convencida de que cuanto nos habían dicho era verdad: santidad en el mundo a base de vida interior, aunque para ella tuviéramos que estar escondidas en la última cocina del mundo. Me ayudaba pensar en cuantos consejos me había dado el padre Panikkar, aunque nunca más, y de acuerdo al espíritu del Opus Dei, había vuelto a saber de él.

Les explicaba con calor a estas muchachas la necesidad imperiosa de dejar todo lo bueno de que disfrutaban en la vida a los pies de la Virgen, y ser apóstoles de Cristo en este ejército llamado Opus Dci. El que muchas de estas chicas, lo mismo que sus familias, me conocieran antes de ser yo del Opus Dei, facilitó grandemente el conseguir las primeras vocaciones de numerarias en Córdoba. Cuando alguna de ellas ponía alguna objeción para ser miembro del Opus Dei, me había dicho la directora que yo podía usar una gran arma, cl ejemplo de mi propia vida: haber dejado novio y familia, para entrar al Opus Dei.

En las visitas a Córdoba de don Juan Antonio Lobato, sacerdote del Opus Dei, lo informaba, al ser yo la encargada de san Rafael, y en el confesonario por supuesto, acerca de las muchachas que estaban dispuestas a "pitar" (pedir la admisión en la Obra), muchachas que yo consideraba necesitaban el "empujón" final desde el confesonario. Por otra parte, el juicio del sacerdote era necesario para una opinión más objetiva sobre esas presuntas candidatas. Loli Serrano, cuyo hermano era también numerario del Opus Dei, fue la primera vocación de numeraria en Córdoba, seguida por Elena

Serrano, que tenía sólo dieciséis años, y por Falily Cuenca, amiga de Elena, y por muchas otras.

Se había logrado en Córdoba el plan previsto: formar un grupo selecto de numerarias entre las familias de la "elite" cordobesa. Sería faltar a la verdad si no dijera que fui yo, con todo mi celo proselitista y mi dedicación absoluta al Opus Dei, quien, basando mi acción en la oración, lo hizo posible. A algunas de aquellas muchachas, las había conocido previamente en Madrid, en casa de mis amigos María Asunción y Antonio Mellado Carbonell. Una de las muchachas a quien consideré muy amiga en Córdoba, fue Luchy Fernández de Mesa, quien nunca llegó a ser numeraria, y con quien el Opus Dei no me dejó tener mayor amistad cuando salí de esa ciudad, porque me dijeron que Luchy no "servía para numeraria". La verdad es que interrumpir esta y otras amistades me supuso gran esfuerzo.

Siempre, en la labor que hice de proselitismo en cualquiera de las ciudades donde estuve siendo miembro del Opus Dei, consideré a las muchachas que trataba como verdaderas amigas mías. Esta convicción es la que verdaderamente hacía que me lanzara a hablarles; a su vez ellas me creían y se decidían a consagrarse a Dios en el Opus Dei.

Por ello, nunca entendí que, en el Opus Dei, cuando una se iba destinada de una ciudad a otra, "nunca más" se podía, ni lo permitían las superioras, seguir en contacto con las muchachas a quienes se había conocido y quienes consideraban tener con uno una sincera amistad; ni tan siquiera estaba permitido tener correspondencia con ellas.

Aprobación del Opus Dei como Instituto Secular

Fue en Córdoba y el 15 de julio de 1950, cuando nos avisó el director de la residencia, por el telefonillo interior, de un acontecimiento extraordinario para la Obra: las Constituciones del Opus Dei habían sido aprobadas por la Iglesia de Roma definitivamente como "santas, perpetuas e inviolables". Esto era la primera vez que sucedía en la Iglesia en vida del propio fundador de una institución. Por ello, monseñor Escrivá había indicado que se celebrara este hecho, en familia y de modo extraordinario, cl día mismo

en que llegase a cada casa la noticia, aunque la aprobación oficial ya había tenido lugar el 16 de junio de 1950.

Lógicamente, la celebración sería un acto de acción de gracias en el oratorio y una comida extraordinaria. Como no teníamos sacerdote del Opus Dei en Córdoba, lo que hicimos fue cada una darle gracias a Dios en su oración personal y, por otro lado, preparamos en el comedor un menú extraordinario para la residencia y también, después, para nosotras.

Supimos que este hecho, esta noticia, era la célebre "intención del Padre" por la que nos habían recomendado pedir tan insistentemente en "Los Rosales".

Un acontecimiento muy importante en mi vida sucedió en Córdoba: cl 8 de diciembre de 1950 recibí permiso de las superioras para hacer la "oblación", o sea, mis primeros votos temporales hasta la próxima fiesta de san José. Como el sacerdote no llegaba hasta el 10, tuve que esperar hasta ese día para hacer mis primeros votos.

La ceremonia tuvo lugar en el pequeñísimo oratorio nuestro, con la puerta abierta del anteoratorio, donde se le puso al sacerdote la silla de rigor, y, arrodillada, seguí el diálogo con el sacerdote marcado por el ceremonial, como indiqué anteriormente. Sabina y Piedad estuvieron allí.

Y luego me permitieron que lo dijera a Loli y Elena, las dos primeras vocaciones del Opus Dei en Córdoba.

Mi vida transcurría, pues, llena de actividad entre mi ocupación dc la cocina, las salidas al mercado y, sobre todo, mis conversaciones con las chicas de san Rafael, a quienes, cuando venían a la casa, las metía en la cocina para que me ayudaran mientras hablábamos de todo lo divino y lo humano. Es decir, repetía el modelo que había visto en "Zurbarán" cuando empecé yo a ir por esa residencia. Cuando salía a la calle a alguna diligencia, procuraba llamar a alguna muchacha de san Rafael o a alguna de las vocaciones recientes para que me acompañase y pudiéramos seguir hablando de la Obra y del Padre especialmente.

Recuerdo que, en mis salidas, solía instintivamente entrar en alguna librería y leía títulos, ya que no podía leer libros, ansiosa y con fruición. No leer me suponía un gran sacrificio. También recuerdo que me dolía no poder visitar a mi familia. Un día, regresando a la casa, me encontré con mi primo Rafael en las Tendillas, una calle principal de la ciudad. Se acercó mi primo a darme un abrazo y me dio el pésame por mi tío.

–¿Por quién? – le pregunté acongojada.

–Por tu tío, el doctor Tapia -me respondió muy asombrado-. Pero ¿cómo no te has enterado de su muerte si ha venido en todos ios periódicos la noticia?

La verdad era que a mi tío Antonio García Tapia yo lo quería entrañablemente por muchísimas razones; entre otras, porque era mi padrino y porque por su edad y el trato íntimo con mi padre así como por lo mucho que él había querido a mi abuelo paterno -a quien yo no llegué a conocer- había sido como mi propio abuelo. Y él a mí me había querido preferentemente. Mi primo, que sabía todo esto, se quedó asombrado de que yo no supiera nada y fuera él quien, dc aquella manera y en plena calle, me enterase de la noticia.

Llegué a la casa y se lo dije a la directora. Quise llamar a mi familia, pero no me dejaron. Todo lo que me dijo Sabina fue que se lo ofreciera a Dios. Y nada mas.

Al día siguiente, me llamó Sabina para que hablase con ella y le explicara mi furia y mi disgusto.

Le dije muy claramente que, encima dcl dolor que sentía, estaba furiosa porque todo sucedía a espaldas nuestras: no leíamos periódico alguno y vivíamos ajenas a la realidad y encerradas en un pequeño mundo. Sabina se mostró comprensiva, pero me dijo, como siempre, que ofreciera a Dios este sacrificio por la labor de proselitismo y por el Padre.

La llegada desde Madrid de María Jesús Hereza, superiora entonces del Opus Dei, me devolvió la paz: me dijo que mi tío había sido profesor suyo en la Facultad de Medicina, que lo había querido mucho y comprendía mi

dolor. También me agregó que estábamos viviendo en el Opus Dei tiempos extraordinarios, fundacionales, de primera era, y que estos dolores y penas eran el cimiento profundo de un apostolado eficaz. Y, como cambiando de tema, me dijo que la acompañase a Sevilla, porque se proyectaba empezar la labor de la Obra allí, y quería que yo fuera y conociera a las muchachas de allá.

El viaje a Sevilla fue muy rápido, de un día, pero creo que conocimos a un grupo muy agradable de muchachas en las tres o cuatro visitas que hicimos. Recuerdo que llevábamos el dinero justo para almorzar y a María Jesús se le ocurrió que no comiéramos y que, en cambio, le compráramos unas yemas de san Leandro, típicos dulces de Sevilla, a la hermana de monseñor Escrivá, la tía Carmen. Yo había conocido a tía Carmen muy brevemente durante una visita que nos hizo a "Los Rosales". Ésta era una de las "devociones" que monseñor Escrivá inculcaba a los miembros del Opus Dei: la veneración por sus familiares.

Otro de mis trabajos en la administración de Córdoba, al ser secretaria del consejo local, era llevar las cuentas de la casa, lo que requería atención, ya que éramos una casa muy pobre y había que hacer equilibrios para poder preparar las comidas. Se suponía que la administración recibía un sueldo de la residencia, pero la verdad es que yo no recuerdo que en Córdoba se nos pagase sueldo alguno. A Piedad, su familia le mandaba dinero, que iba a la caja de la administración y también Sabina recibía algo. A mí, mi familia no me mandaba absolutamente nada.

Por las tardes, después de ayudar a la sirvienta a recoger la cocina, yo me iba a la habitación de paso, pomposamente llamada "secretaría", para hacer las cuentas.

Recuerdo que cuando las hacía, tenía abierta la ventana que daba a un patio y escuchaba, mientras trabajaba, la música de "El tercer hombre", entonces en boga, que alguien tocaba al piano en los pisos de arriba.

Era tan pegadiza que, por supuesto, acabé por aprendérmela, sin saber que era de esa película.

Si no recuerdo mal, ésa fue la única música que oí durante toda mi estancia en Córdoba.

María Casal: conversión

Pero para mí, el recuerdo apostólico más vivo que tengo en mi vida, sucedió en Córdoba, y ello fue la conversión al catolicismo de María Casal, quien fuera luego también la primera numeraria suiza del Opus Dei.

En una de las visitas del padre Juan Antonio Lobato, me dijo, al hablar de proselitismo, que él había conocido en Sevilla a una muchacha, estudiante de Medicina, llamada María Casal, cuyo novio, también estudiante de Medicina entonces (Don Diego Díaz. Por muchos años fue numerario del Opus Dei; y más tarde, ordenado sacerdote numerario. Vivió muchos años en Ecuador, donde yo lo conocí. Hace años que dejó el Opus Dei y está actualmente casado.), la había dejado para entrar al Opus Dei como numerario. Naturalmente, ella estaba enfurecida. Y ésta fue la razón por la que esta muchacha había ido a visitarlo. El padre Lobato me dijo que empezara a escribirle.

Recuerdo que me pensé la primera carta muchísimo, pero al final decidí escribirla con la mayor sinceridad, expresándole mi comprensión y entendiendo su dolor. Así empezó mi correspondencia con María Casal. Ella me dijo que era protestante y que no acababa de entender esa idea de "sacrificio o felicidad en la cruz" de que hablábamos los católicos.

Muchos temas siguieron y se sucedieron; se originó así una sincera y profunda amistad.

Finalmente, y después de meses de correspondencia, me dijo que quería venir a Córdoba para conocernos y hablar conmigo.

De acuerdo con Sabina, que se quedó con Piedad aquel domingo, encargada de mis obligaciones en la casa, fui a esperar a María Casal a la estación, ya que llegaba en el primer tren.

Curiosamente nos reconocimos de inmediato, aunque no nos habíamos visto nunca antes.

Recorrimos, mientras conversábamos, la bellísima ciudad de Córdoba. Entramos en la Mezquita, pasamos por el barrio de la Judería, cruzamos el puente de san Rafael y fuimos a la ermita de este santo, patrón de la juventud del Opus Dei, como expliqué al principio.

Me dijo María Casal que, a través de nuestra correspondencia y de las conversaciones que había tenido con el sacerdote del Opus Dei, se estaba interesando en la Obra. Yo la animé para que escribiera a monseñor Escrivá, diciéndoselo, aunque no fuera aún católica. Me acuerdo muy bien de su carta, que me dio a leer.

Luego hablamos seriamente del tema principal: su conversión al catolicismo. Pudimos hablar en profundidad. Yo fui muy consciente de estar fraguando en su alma el interés por el catolicismo, e indiscutiblemente por el Opus Dei.

Desde un punto de vista externo, María tenía que afrontar el informarles a sus padres su deseo de convertirse al catolicismo. Su padre, un ingeniero suizo directivo de la compañía de electricidad en Gauzín, Sevilla, no quería ni oír hablar de ello. La madre se mostraba más comprensiva, pero sin entusiasmos excesivos. Sus hermanos no querían ni hablar del tema.

Llegamos a la administración de "La Alcazaba" a la hora del almuerzo. María pudo conocer a Sabina y a Piedad, y yo le sugerí que, siendo Sabina la directora de la casa, sería una buena idea que hablase también con ella.

Cuando regresó a Sevilla, me escribió diciendo que estaba feliz de habernos conocido y que quería convertirse y bautizarse en la Iglesia Católica. Después de varios meses de requerida preparación, decidió bautizarse en una pequeña capilla de Gauzín, en la provincia de Sevilla, en el mes de mayo de 1951 y en la fiesta del Sagrado Corazón de María. Me pidió, por favor, que la acompañara en su bautismo. Ni que decir tiene que yo estaba deseando ir y acompañarla durante las ceremonias previas al bautismo y durante el bautismo, pero mis superioras no me permitieron en absoluto ir a

la ceremonia "porque nosotras no debíamos participar en esos actos", me dijeron. Nunca entendí aquello, máxime cuando la distancia por tren de Córdoba a Sevilla era de dos horas. La verdad es que sentí profundamente no ir. Me permitieron, sin embargo, que le mandara el crucifijo que yo tenía, como recuerdo de su bautismo.

Después de su bautismo, María Casal volvió a insistir en que quería ser numeraria del Opus Dei. Sin embargo, un acontecimiento imprevisto nos anonadó a todas las que vivíamos en Córdoba: las superioras de la Asesoría Central, aún en España, nos dijeron que María Casal no podía ser numeraria del Opus Dei porque había sido protestante. Nos hicieron recordar que en los formularios a rellenar por las muchachas de san Rafael, en la residencia de "Zurbarán", había una pregunta: "Antecedentes religiosos: ¿desde qué generación es usted católica?" Cuando se lo hicimos saber al sacerdote en la visita siguiente, no se lo podía ni creer. Estaba furioso y nos dijo que insistiéramos a las superioras, ya que ello no sucedía en la sección de varones del Opus Dei. Finalmente, y bajo una enorme insistencia por nuestra parte, nos dijeron que María Casal podía escribir oficialmente a monseñor Escrivá pidiéndole su admisión como numeraria al Opus Dei. Después de este hecho, primero en la historia de la sección de mujeres del Opus Dei, quedó claro el que una persona de antecedentes protestantes sí podía ser admitida como numeraria en el Opus Dei.

Ni qué decir tiene que desde el mismo momento que María Casal pidió su admisión en la Obra, nunca más pudimos volver a escribirnos ni tampoco hablar como amigas. Ahora, según la terminología del Opus Dei, éramos "hermanas"; toda su relación tenía que ser, pues, a través de la directora de la casa, no a través de otra numeraria en particular.

Ésta es un ejemplo muy claro de la falsedad existente en la tan ventilada "amistad" que los miembros del Opus Dei tienen con las muchachas que frecuentan las casas del Opus Dei: los superiores no dejan que exista. Y si existe, la suprimen; a mi juicio, debido a dos causas: una referente a la obsesión sexual, reflejada en el concepto de "amistades particulares". La segunda, por la semejanza con el espíritu de una secta.

María Casal terminó su carrera y fue una excelente doctora en Medicina. Trabajó unos años como tal en la Universidad de Navarra, del Opus Dei, en Pamplona, y puso gran energía cuando se fundó allí la Escuela de Enfermeras.

Hace pocos años, visitando Zürich, supe, a través de un sacerdote católico suizo amigo mío, Peter Bachman, que María Casal vivía precisamente en la casa de mujeres del Opus Dei en Zürich. Me contó mi amigo que María tenía fama de ser muy dura e intransigente, incluso en temas generales de la Iglesia. Decidí llamarla por teléfono. Me dijeron que estaba en otra casa en las afueras de Zürich. Telefoneé allá y acudió a la llamada. Percibí que estaba feliz de oírme. Tanto así, que me hizo pensar si sabría que yo no era ya del Opus Dei desde hacía bastante tiempo. Se lo dije y me contestó que sí lo sabía. El hecho de que ella estuviera fuera de Zürich y de que yo volaba a Londres al día siguiente hizo imposible que nos encontrásemos.

Empezamos a hablar de generalidades y en un momento dado, pregunté a María Casal si estaba ejerciendo su carrera como médica en Suiza. Me dijo que no; que la había abandonado por Dios y por el Opus Dei, aunque, a veces "veía a las nuestras que estaban enfermas".

Sabiendo lo mucho que amaba su carrera, de la manera más amable posible, le pregunté:

–¿Pero no es a través de la propia profesión como las personas se hacen santas en el Opus Dei?

Su respuesta fue:

–El Padre sabe mejor qué es lo más conveniente para mí.

No pude menos que ser transparente y decirle con todo mi cariño:

–Pero, María, ¿no te das cuenta de que el Opus Dei te está usando en Suiza para hacer proselitismo, porque eres la primera numeraria suiza, y que, para la Obra, reclutar gente es más importante que tu vocación profesional, aunque digan lo contrario?

Su respuesta, esperada, fue que probablemente nunca podríamos estar de acuerdo en ese punto, ya que ella estaba convencida de que tenía que seguir las sugerencias e indicaciones del Opus Dei por encima de todos y de todo.

Terminamos de hablar, pero pude percibir, por un lado, su cariño hacia mí; y por el otro, la estereotipada respuesta que yo misma hubiera dado, y de hecho di, años atrás en Córdoba: la Obra por encima de todo y de todos.

Al día siguiente, en mi vuelo, corto, a Londres, pensaba seriamente en el carácter sectario del Opus Dei y en la necesidad profunda de desvelar esta faceta, como el otro lado de la moneda, ante la Santa Madre Iglesia.

Siguiendo con Córdoba: para fin de año de 1950 vino María Jesús Hereza, como superiora mayor, a quedarse ella sola con las sirvientas en la administración y permitir así que, nosotras tres, fuéramos a la administración del "Albayzin", la residencia de varones del Opus Dei en Granada, para hacer los ejercicios espirituales anuales.

Con lo preciosa que es Granada, no pudimos ver nada. Sólo recuerdo de esos días un frío atroz y un tormento al tener que usar la ducha de agua helada. La administración me pareció espantosa. Sentí ganas de que acabasen aquellos días para regresar a Córdoba. Sabina, Piedad y yo pensamos lo mismo, aunque no se dijo abiertamente.

A finales de mayo de 1951, dijeron las superioras mayores que yo haría el curso anual en "Molinoviejo" situado en Ortigosa del Monte, en la provincia de Segovia, lo que implicaba dejar Córdoba para siempre. Honradamente, me daba pena dejar esa casa tan pequeña, y a las muchachas que había conocido, pero sobre todo, he de decir que me daba pena dejar a Sabina y a Piedad, que eran tan buenas. La vida de familia había sido pacífica en "La Alcazaba".

Por otra parte, tenía la sensación de un volver a empezar asistiendo a otro curso, al cabo del cual sólo Dios sabía a dónde me enviarían después. La verdad es que los cambios nunca me han gustado, porque significan un constante volver a empezar. Pero, en el Opus Dei, los cambios constantes

desarraigan a las personas, haciéndoles perder afectos y amistades y convirtiéndolas en piezas sueltas, disponibles para los fines de la Institución exclusivamente.

Mi estancia en Córdoba fue un paso más hacia mi "graduación" en el fanatismo del Opus Dei.

Mi vida fue feliz "al estilo del Opus Dei", porque acepté sin rechistar cuanto me dijeron, porque consideré lógico no tener distracción de tipo alguno: ni música ni lectura, ni tan siquiera la del periódico diario. Una "vida corriente", si por "corriente" se considera el trabajo de la administración y un "proselitismo fecundo", basado en mi propio sacrificio. La vida en familia fue pacífica, porque no hubo crítica por mi parte y sí aceptación de todo cuanto no entendía, aunque nada particularmente estridente perturbó mi paz interior. Mi oración interior había sido una donación total de mi vida a Dios, renovada cada día y cada minuto como holocausto por las nuevas vocaciones y por el proselitismo. Habíamos adquirido muchos hábitos en el curso de formación de "Los Rosales", hábitos que se acrisolaron en esta mi primera experiencia de administraciones en Córdoba. En el fondo me daba cuenta de que la vida para una mujer en los primeros tiempos del Opus Dei era como vivir en un "limbo", ajena a la existencia del mundo. No habíamos tenido trato con los pobres, sino con la "elite"; excepto el trato con las sirvientas. Por cierto, la sirvienta encargada de la cocina conmigo pidió su admisión al Opus Dei como numeraria sirvienta. Era una persona buenísima.

En Córdoba aprendí a aceptar ciegamente los hechos de la vida diaria. Mi felicidad bien podría coincidir con la definición que hace uno de los personajes dc Solzhenitsyn en su libro "El primer Círculo": "Después de todo, el verdadero concepto de felicidad es condicional, una ficción." Los superiores nos repetían que "externamente éramos como las demás, e internamente como los demás deberían ser", pero yo me sentía separada de los demás y diferente. A diferencia de las monjas, no llevar hábito nos confundía con la gente común, pero al cabo de los años comprendí que una carmelita descalza conoce mejor la vida que una mujer del Opus Dei.

A veces sentía en Córdoba un gran sentido de soledad interior, porque recibía noticias de mi familia únicamente a través de las cartas de mi padre; y porque a la familia que vivía en la ciudad, a la que yo quena profundamente, no me dejaban ir a visitarla. Respecto a la familia, comprendí en Córdoba que, para el Opus Dei, sólo servía para pedirle cosas que uno necesitase, sin dar nada a cambio.

Había tenido en Córdoba una buena maestra de administración con Sabina como directora: fue ella quien realmente me enseñó a trabajar en esta labor del Opus Dei. Por otra parte, Sabina, era espontáneamente una persona cálida.

¿Era yo la misma persona, me preguntaba a mí misma, ésta que iba hacia "Molinoviejo", que la que un año antes llegó a Córdoba? La respuesta fue "NO". En mi primer año de experiencia en el Opus Dei había aprendido muchas de las "reglas del juego" o de lo que para la Obra se consideraba "buen espíritu". Ahora me sentía una persona más seria, no espontánea, con una idea clara: lo único importante para mí era el Opus Dei. Mi única meta en la vida tenía que ser lo que monseñor Escrivá indicaba a través de las superioras.

Había aprendido en Córdoba a deshacerme de afectos, no ya de los familiares, sino de los apostólicos; a tener la prudencia de saber escuchar y la sabiduría de aceptar cuanto se me dijera. Es decir: el fanatismo del Opus Dei se estaba haciendo carne paulatinamente en mi persona y en mi alma.

Todas esas ideas, aunque jamás se me hubiera ocurrido entonces calificarlas como fanatismo, las iba acariciando, a la vez que el traqueteo del tren me adormilaba alejándome de Córdoba y acercándome a Madrid.

"Molinoviejo"

Nada más llegar a Madrid me dijeron las superioras que aquella misma tarde saldríamos para "Molinoviejo". Me dieron permiso, sin embargo, para llamar a mi familia. Cuando llamé me dijo la empleada que mis padres estaban en Inglaterra. Hablé con mi hermano Javier y le propuse con entusiasmo ir a almorzar a la casa. Con gran asombro y pena le oí decir que

mi madre le había pedido bajo palabra de honor que no me dejara entrar en la casa. Mi padre había dulcificado la situación diciéndole que me invitaran a un restaurante a almorzar para que pudiéramos estar los tres juntos.

La ansiedad de que mis padres entendieran mi vocación se estrelló una vez más con la oposición de mi madre. A pesar de todo, almorzamos los tres hermanos en un restaurante. Pero me dio una pena profunda que por la promesa hecha a mi madre por mi hermano no pudiera yo ni tan siquiera visitar mi casa.

Aquel atardecer salí hacia Ortigosa del Monte con varias numerarias que también acababan de llegar a Madrid para hacer el curso anual en "Molinoviejo". Casi todas nos conocíamos, unas porque habíamos hecho el curso de "Los Rosales" juntas y otras por haber coincidido en "Zurbarán", en Madrid.

La primera casa de retiros espirituales que tuvo el Opus Dei en el mundo fue "Molinoviejo".

Tenía la casa el carisma de haber sido monseñor Escnivá el promotor de su compra y reformas consiguientes, y, además, de haber pasado temporadas en ella. La administración estaba formada por varias numerarias que llevaban, además de esa labor, el centro de estudios de numerarias sirvientas. De esta forma, la casa de retiros contaba con un buen servicio. Por otra parte, en el terreno, había una pequeña granja que llevaban las sirvientas como labor secundaria, guiadas pon numerarias.

"Molinoviejo" era una casa agradable, bien construida, confortable, de estilo castellano moderno, y que reunía las condiciones para una casa de retiros.

En este curso anual era la primera vez que la sección femenina del Opus Dei íbamos a vivir en una casa como "residentes" sin ser parte de la administración en absoluto.

Las habitaciones, individuales, tenían todas una cama regular con somier y colchón, puesto que, de hecho, esta casa la ocupaba en los retiros gente de

fuera del Opus Dei. Las habitaciones eran cómodas: tenían un closet y un lavabo a más de una ventana. La parte de bienestar material ayudó a que hubiera un clima general de euforia. Sin embargo, a semejanza de los varones del Opus Dei que siempre duermen en camas regulares, teníamos cada semana el llamado "día de guardia". Ello significa que, espiritualmente, uno ha de estar alerta a que el horario en los actos comunes (oración, tertulia, etc.) se viva con puntualidad y a practicar con esmero la corrección fraterna aquel día. Por otra parte, en la vigilia de ese día de guardia, como los dormitorios tenían piso de baldosa, teníamos que dormir en el suelo del único lugar donde esta casa tenía parquet: una habitación-salita de paso. Teníamos que dormir además sin almohada o usando un libro a guisa de ella. Lo que significaba, en esencia, que se pasaba una noche fatal. Esto formaba parte de la mortificación del día de guardia. Ni qué decir tiene que la disciplina y el cilicio se practicaban, como estaba indicado, individual y regularmente.

Pero lo más importante de "Molinoviejo", aparte de que esta casa tenga dentro del Opus Dei un carisma especial, es debido a la ermita que existe en la finca, dedicada a Nuestra Señora, Madre del Amor Hermoso. Se nos dijo que, en esta ermita, monseñor Escrivá aseguró "la continuidad del espíritu de la Obra", es decir, que el Opus Dei sería siempre lo mismo que en el día de su fundación le había hecho Dios vislumbrar al Padre; que en el Opus Dei no habría jamás reformas, ni por supuesto reformadores o reformadoras; ello basado esencialmente en la corrección fraterna, en vivir el espíritu de unidad y en evitar cualquier murmuración del tipo que fuera. Esto implica claramente un freno a cualquier síntoma de autocrítica dentro de la Institución, equiparándola una vez más a una de las características sociológicas básicas de una secta.

Todas las cosas que de forma directa tenían que ver con el comienzo del Opus Dei o con monseñor Escrivá no se nos decían clara y abiertamente, sino que, generalmente, alguna de las primeras numerarias del Opus Dei que asistieron, como en este caso, a este curso anual, nos dejaban ver que algo "extraordinario" – sin concretar específicamente qué- había sucedido en la ermita. Nos dejaron entrever también que monseñor Escrivá, Alvaro del Portillo, José María Hernández Garnica y algún otro de los primeros

numerarios hicieron los juramentos promisorios, que, más tarde, formaron parte inseparable de "la fidelidad" (votos perpetuos) y del nombramiento de socios "inscritos" (aquellos socios con cargos de gobierno o de formación dentro del Opus Dei). Con estos juramentos todos los miembros quedan obligados bajo pena de perjurio a: 1) "evitar todos aquellos dichos o hechos que puedan atentar de cualquier modo a la unidad espiritual, moral o jurídica del Instituto; 2) evitar cualquier murmuración que pudiera disminuir la fama de los superiores o quitar eficacia a su autoridad; 3) vivir la corrección con el inmediato superior después de haber considerado en presencia de Dios que es para el bien del Instituto; 4) consultar con el superior mayor inmediato o con el supremo, cualesquiera cuestiones profesionales, sociales u otras, aun cuando no constituyan materia directa del voto de obediencia".

Como llegamos el 30 de mayo de 1951 a "Molinoviejo", nos dijeron que, al día siguiente, 31 de mayo, festividad de Nuestra Señora del Amor Hermoso y antes de las veinticuatro horas de haber llegado a la casa, podíamos hacer la romería en la ermita, ya que las numerarias, viviendo habitualmente en esa casa, no podían hacer la romería en la ermita; tenían que ir a otro santuario.

La romería del mes de mayo es una costumbre del Opus Dei, copiada de una antigua costumbre popular cristiana, de visitar en el mes de mayo un santuario de Nuestra Señora. Se reza una parte del Rosario al ir hacia allí; otra parte, dentro del santuario y, la tercera parte, al regresar del santuario. Por tanto, al día siguiente de llegar y antes de las veinticuatro horas de permanecer en "Molinoviejo", hicimos la romería a la ermita.

Yo la hice con devoción porque siempre tuve y tengo gran amor a la Virgen y, por otra parte, sentía una cierta emoción, como de que me fueran permitiendo entrar en la intimidad del Opus Dei.

El curso anual siempre suele durar un mes. Y es la duración que tuvo el nuestro. Teníamos la obligada clase del "Catecismo", del Opus Dei. La clase, a semejanza de la que se enseñaba en el curso de "Los Rosales", la impartía un sacerdote del Opus Dei, y teníamos que aprender igualmente de

memoria los puntos señalados por el sacerdote para repetirlos en la clase del siguiente día. Esta vez, el estilo de la clase fue algo diferente: nos indicaban estudiar, más que puntos, capítulos, porque se daba por supuesto que nos sabíamos el texto de memoria, y no nos llevaría tanto tiempo el repasarlos. La diferencia básica de esta clase en el curso anual comparada con la del curso de formación era que resultaba más abierta, puesto que podíamos hacer algunas preguntas directamente al sacerdote cuando no tuviéramos alguna cosa clara.

Recibíamos también, igualmente impartida por el sacerdote del Opus Dei, una clase diaria de dogma; es decir, algo parecido a una clase elemental de historia de los dogmas de la Iglesia, pero sin base filosófica o teológica: algo muy superficial, como un ligero barniz de los hechos y, por supuesto, sin el menor libro de consulta. Tampoco estaba permitido tomar notas en esta clase. Además, diariamente, teníamos una clase de "Praxis" (una explicación de la práctica de la vida ordinaria en las casas y labores del Opus Dei, es decir, en las administraciones), dada por una de las numerarias más antiguas. No estaba permitido preguntar en esta clase, pero sí podíamos entregar las preguntas, por escrito, a la directora del curso. Nos aconsejaron igualmente no tomar notas porque aparentemente nos iríamos encontrando, en las casas a donde fuéramos, las llamadas "fichas de experiencia". Estas fichas de tamaño 10 X 5 las hacíamos, cada una, en los trabajos que desempeñábamos, y las dejábamos en la casa para que la numeraria tras de nosotras hiciera ese mismo trabajo. Una copia de la misma se entregaba a la directora de la administración. Si ésta la aprobaba, aquella ficha quedaba como experiencia básica para quien nos siguiera en aquel trabajo. A veces, uno se encontraba con fichas curiosas, divertidas y, otras veces, muy útiles. Por ejemplo: "Las puertas deben abrirse y cerrarse por el manillar y sin dar portazo." Recuerdo una ficha que yo solía hacer antes de irme de cada casa: "Antes de cambiar nada, prueba por tres meses a hacer lo mismo que la que hacía este trabajo antes que tú, y si ves que algo no va, cámbialo entonces." En un ala independiente de la casa, en "Molinoviejo", estaban las habitaciones reservadas al sacerdote del Opus Dei que guiaba los ejercicios o, en este caso, el curso anual. Nos celebraba la misa diaria, nos daba una meditación y, además, la clase de "Catecismo" de la Obra y de dogma. El sacerdote era habitualmente don José María Hernández Garnica, dentro de

la sección femenina del Opus Dei, llamado "el Nuestro" porque era el sacerdote-secretario central para las mujeres del Opus Dei en el mundo, y quien, en definitiva, nos conocía a todas y a cada una de las numerarias del Opus Dei, que en aquel entonces no llegaríamos ni a cincuenta.

El padre Hernández Garnica era, como explicaba en capítulos anteriores, muy monótono, y hacía falta tener la tremenda buena voluntad que nos animaba a todas en aquel grupo para no dormimos en sus meditaciones. Pero he de reconocer, asimismo, que trataba de ser comprensivo con nosotras. Los fines de semana le relevaba otro sacerdote, también del Opus Dei, por supuesto; generalmente don José López Navarro, que en aquel entonces era el sacerdote encargado de la sección femenina del Opus Dei en España. Era, don José López Navarro, como igualmente detallaba en el apartado de "Los Rosales", mucho más ameno y más cálido.

Podría darse que fuera por el hecho de tener una hermana numeraria que hizo precisamente el curso de "Los Rosales" y que también hacía este anual de "Molinoviejo": Lolita López Navarro.

Los sábados sólo teníamos clase de "Catecismo". Y los domingos no teníamos clase alguna.

Se empleaba el domingo para dar algún largo paseo o hacer alguna excursión, escribir cartas a la familia y amistades y, mientras, si se quería, se podía poner algún disco en el gramófono.

Esto fue algo muy sorprendente en este curso: nos dijeron que podíamos oír música en la tertulia, los domingos mientras se hacían cosas personales y, por supuesto, en la tarde.

Comparada la vida de este curso con la llevada en el curso de "Los Rosales", todo parecía jauja. E incluso la vida en la administración de Córdoba, me dijeron años más tarde en la confidencia, que había sido heroica. De donde deduje que, efectivamente, conforme a lo que mi director espiritual, el padre Panikkar, me había vaticinado, en el Opus Dei se podía ser feliz, incluso humanamente, con esta serie de pequeñas cosas que le abren a uno el alma, si de pequeña calificamos a la música en nuestras

vidas. Nos repetían a menudo aquel adagio de santa Teresa: "Cuando perdiz, perdiz." Uno de los fines de semana, al regresar del paseo largo, vimos, con gran alegría por parte de todas, que don Antonio Pérez, secretario general del Opus Dei, cargo en jerarquía inmediato a monseñor Escrivá, que era el presidente general, había venido a suplir a don José María Hernández Garnica. Muy divertido nos dijo don Antonio que le había propuesto a don José María: "Te cambio mi visita a este obispo por "Molinoviejo", con lo cual don José María fue a visitar al obispo y él pasaba el fin de semana con nosotras en "Molinoviejo".

Como digo, al regresar de paseo oímos música clásica en el cuarto de estar. Todas, conforme íbamos llegando, fuimos haciendo una exclamación de alegría, sin saber de quién procedía aquella buena idea de recibirnos con música tan bonita. Al entrar al cuarto de estar y descubrir que era don Antonio quien tenía puesta música, nos íbamos quedando calladas. El nos recibió de muy buen humor y muy naturalmente nos dijo que "sin música, yo no sé trabajar". Fue don Antonio Pérez quien nos reafirmó que la música era un elemento muy importante en la vida espiritual e incluso material, reafirmando su argumento de que necesitaba la música para concentrarse.

En la vida práctica de la sección de mujeres del Opus Dei esto no era exactamente así. Música podía oírse, pero "controlada" diría; en tertulias, sí, por supuesto, pero individualmente no. Por unas razones o por otras, nadie disponía de un "hilo musical" que encendía o apagaba a su antojo. Dependía de las circunstancias.

Luego, don Antonio nos invitó a sentarnos en la sala de estar y nos preguntó cosas del curso, de nuestro trabajo en las casas donde habíamos vivido, etc. Fue un diálogo sencillo, pero muy humano que nos alegró a todas. En la sección de mujeres queríamos a don Antonio Pérez porque era muy delicado con nosotras; su delicadeza se mostraba en muchos detalles, por ejemplo, este que digo: traernos música, también en hacer las clases accesibles a diálogo, pero sobre todo en tratarnos como iguales; nunca se ponía su cargo como una plataforma para hablarnos, al contrario: tanto las sirvientas como nosotras nos encontrábamos muy a gusto con él, lo que resultaba muy relajado y agradable. Pero, por desgracia, fue la única vez

que vino a nuestro curso. Por otra parte, era un gran orador y sus meditaciones eran preciosas.

Para describir el tiempo pasado entre ese fin de semana en "Molinoviejo" y el momento actual, haría falta un libro entero que hablara de Antonio Pérez Tenessa. Pero bueno es decir aquí, a guisa de breve presentación, que lo más importante del Opus Dei lo hizo él, lo trabajó él, lo pensó él: desde la creación de la Universidad de Navarra en Pamplona -Estudio General de Navarra-, seguido por la preparación del discurso que él hizo y que se atribuyó luego a monseñor Escrivá cuando éste fue nombrado gran canciller, hasta el logro, traído por los pelos, y a buen precio, del título nobiliario que monseñor Escrivá tanto deseara de marqués de Peralta, pasando por la concepción del gabinete ministerial de Franco, llamado de "los tecnócratas", sin olvidar tampoco su parte en la preparación del retorno de la monarquía a España. Antonio Pérez dejó bastantes años más tarde el Opus Dei, porque su decencia personal y su buena voluntad e intención le impidieron soportar más aquel montón de mentiras bautizadas de modos diversos según la ocasión. Y, naturalmente, muchos de los entonces sus "hermanos" en el Opus Dei, la mayoría grandes "figurones" de la vida pública, le hicieron la vida bien amarga cuando regresó a España después de su larga estancia en México.

Personalmente el curso anual me resultó relajado; el hecho de conocer, por una u otra razón, a todas las numerarias que lo hacían era agradable pero, sobre todo, el palpar las ventajas de ser "residente" y no "administración".

Yo solía salir al jardín a hacer la lectura espiritual y me parecía mentira ver cielo abierto y tomar aire fresco. Esta lectura individual que, con arreglo al plan de vida que todas seguíamos, no había que hacerla necesariamente en el oratorio. Los libros de lectura espiritual en el Opus Dei eran escasos, es decir: la elección que se nos permitía era escasa. El "Libro de las fundaciones" de santa Teresa de Ávila era uno de los más frecuentemente leídos. San Francisco de Sales, como autor, así como libros de la colección RIALP dirigida por miembros del Opus Dei, eran los que circulaban en la microscópica biblioteca de "libros de lectura" y siempre, además, antes de

empezar un libro, había que consultarlo con la directora que recibía nuestra confidencia.

El libro que se leía con furor, casi como lectura obligada, era "El valor divino de lo humano", de Jesús Urteaga. Don Jesús, un sacerdote numerario del Opus Dei, de los últimos ordenados entonces, con las mujeres del Opus Dei no tenía trato alguno. Pero todas sabíamos que era vasco y que su carácter era sumamente seco. El Santo Evangelio se leía también, además del libro asignado a cada una, por unos 7 a 10 minutos.

Materialmente, todas teníamos algún pequeño encargo en la casa, como cerrar ventanas antes de encender las luces, hacer el diario del curso, avisar a quien le tocaba el día de guardia, bendecir la mesa, recoger los "Catecismos", etc., etc.

Un día nos dijeron que íbamos a pasar a la administración para ver a las numerarias sirvientas que hacían su curso de formación allí y para ver también la granja.

Efectivamente pasamos e hicimos una tertulia con las numerarias sirvientas. Luego nos llevaron a ver la granja. Una de las sirvientas me hizo notar que le habían dicho que las botas que ella usaba para ir al gallinero habían sido mis botas de esquiar. La verdad es que sentí un cosquilleo por dentro: aquellas botas, noruegas, las había comprado después de ahorrar en mi trabajo y ahora servían para ir al gallinero… Otra de las sirvientas me dijo que me fijara en una serie de visillos que habían hecho en la administración con uno de mis trajes de noche… La verdad es que aquella visita a la administración me puso en cierta forma rabiosa. No entendía cómo aquellas botas tan buenas de esquiar las usaban para los gallineros. Todavía lo del vestido de noche lo entendía mejor. Total: cuando hablé con la directora en mi confidencia, me dijo que aún estaba "apegada" a las cosas materiales. Y de hecho debería tener razón: aquellas cosas pequeñas no deberían hacerme mella. Este hecho se convirtió en anecdótico para mí, y no tuvo mayor trascendencia.

Lo que sí fue muy claro para mí entonces y más aún hoy día, a la distancia de los años, es que la meta de aquel curso fue el aprender a conocer -yo lo llamaría ahora adoctrinamiento- la personalidad de monseñor Escrivá, el Padre. En primer lugar nos explicaron muy claramente que a todos los sacerdotes del Opus Dei se les llamaba "don" delante del nombre de pila, porque "Padre" sólo se reservaba para monseñor Escrivá. Por activa y por pasiva se nos hablaba de él, de sus costumbres, de sus exigencias en las administraciones "basado en el amor a Dios que le movía". Muchas pedimos aclaraciones a este punto y nos dijeron que el Padre no aceptaba nada "chapucero" y que exigía siempre "perfección". Un olvido, un error, eran imperfecciones, por ende, faltas de amor a Dios. Nos hablaron de la responsabilidad de haber llegado al Opus Dei en su vida y de ser por ello "cofundadoras". Nos hablaron también de Roma, donde monseñor Escrivá vivía ya de modo habitual y de que todas las numerarias que vivían en la casa del Padre eran "edificantes".

En "Molinoviejo" existían las habitaciones reservadas exclusivamente para monseñor Escrivá, llamadas las "habitaciones del Padre".

Nos dijeron que en grupos de tres o cuatro nos enseñarían sus habitaciones durante nuestro curso. Efectivamente nos las fueron mostrando en grupos de tres o cuatro. Recuerdo muy bien que se hablaba en voz baja, como muestra de respeto. Nos explicaron que la limpieza de las habitaciones del Padre, formadas por el dormitorio, una salita-despacho y el baño, las hacía siempre la directora de la casa, acompañada por una numeraria y por dos sirvientas "antiguas" en el Opus Dei.

La directora del curso nos explicaba, conforme nos enseñaba las habitaciones del Padre, que, más adelante, en cada país e incluso en más de una ciudad en el mismo país, habría habitaciones dedicadas al Padre, incluso con oratorio, para que cuando visitara aquel lugar monseñor Escrivá pudiera encontrar perfecto reposo. En este curso anual la pregunta más frecuente era:

"¿Has visto ya las habitaciones del Padre?" Era el gran acontecimiento.

Yo había conocido a monseñor Escrivá en una meditación que dio en el pequeño oratorio de "Lagasca" para un grupo de nuevas vocaciones, cuando aún vivía yo en casa de mis padres.

Me impresionó su meditación, pero no sabría decir exactamente cómo. Sí recuerdo que su voz, tan atiplada, me pareció extraña en un hombre, así como el mover tanto las manos y gesticular con ellas, mientras hablaba. Su lenguaje era como si hablase a niños pequeños. Aquella primera impresión mía de monseñor Escrivá no me encajaba con la persona tan recia y viril que se nos pintaba de él en el curso. Por ello, y al ser el fundador del Opus Dei, le pedí a Dios de todo corazón que me hiciera calar la santidad de monseñor Escrivá, ya que quienes le conocían bien decían que era tan santo. Yo le admiraba por lo que me habían dicho que de sobrenatural -su trato directo con Dios- tenía su persona, pero tenía que apartar de mí la otra imagen de mi vivencia personal y especialmente de su voz, que era como femenina.

Al recordar todos estos hechos ahora, al cabo de los años, veo con dolor infinito que aquel adoctrinamiento primario que yo recibí sobre la santidad del fundador del Opus Dei se sigue impartiendo hoy día también a las nuevas vocaciones. Y es más: que en la época en que viví en Roma antes de ir a Venezuela, igualmente yo usé los mismos términos que emplearon conmigo.

Entonces yo era tan inocente, posiblemente, como las nuevas vocaciones del Opus Dei hoy día.

Es muy claro que desde que llegué al Opus Dei, el respeto al Fundador era un culto a su persona, hecho que especialmente en este curso anual se subrayó de modo doctrinal: el Padre por encima de todos los valores humanos. Es decir, nuestro amor al Padre estaba "lógicamente" por encima del amor al Papa, al menos al Papa entonces reinante, S.S. Pío XII, ni qué decir tiene que por encima al amor debido a nuestros propios padres. Pero lo que hoy día resulta un fenómeno digno de estudio es que precisamente se sigan estos mismos parámetros en el proceso de beatificación de monseñor Escrivá. Es un hecho que los procesos de beatificación incoados a

miembros del Opus Dei que fallecieron muchos años antes que monseñor Escrivá, como Isidoro Zorzano o Montserrat Grasses, han quedado totalmente relegados dejando paso al proceso del Padre.

Naturalmente que se nos hablaba en el curso anual de proselitismo especialmente porque todas conocíamos a las numerarias que acababan de abrir la fundación de la sección femenina del Opus Dei en México: Guadalupe Ortiz de Landázuri, María Esther Ciancas, Manolita Ortiz, Rosario Morán (Piquiqui), quien precisamente hacía el curso con nosotras, estaba terminando de arreglar sus documentos para ir también a México.

Por otra parte la salida para Chicago, en Estados Unidos, era inmediata. Allí iban: Nisa González Guzmán, Emilia Riesgo, Blanca Dorda, y esperaban la llegada de Marga Barturen. O sea que el tema obligado de conversación en tertulias, etc., eran estos dos países de reciente fundación. Como consiliarios estaban, en México, don Pedro Casciaro y, en Chicago, don José Luis Muzquiz.

Un tema nuevo de conversación en las tertulias era también el de la "disponibilidad" que monseñor Escrivá pedía a sus hijas numerarias para ir a nuevas fundaciones, nuevos países. Las siguientes fundaciones previstas se abrirían en América del Sur, siendo Chile, Colombia y Venezuela en unión de Argentina los nuevos países en el horizonte, además de Inglaterra que parecía inmediata debido a un grupo de numerarias que había ya en Irlanda, producto del espíritu proselitista de Teddy Burke, la primera numeraria irlandesa, hermana de un numerario, más tarde ordenado sacerdote.

La verdad es que a mí no me apetecía Sudamérica en absoluto, pero estaba abierta, sin embargo, a la posibilidad de ir a Francia.

Unos días antes de las cuatro semanas de duración del curso nos leyeron los nuevos destinos:

a mí me correspondía ir a Barcelona para formar parte de la administración de "Monterols", como se llamaba la residencia de estudiantes de varones en esa ciudad.

El curso pasó rápido porque de hecho cuatro semanas van a prisa. Barcelona aparecía ahora en mi horizonte y me apetecía ir. Tenía 10 años cuando mis padres, como premio de haber pasado el ingreso de bachillerato, me llevaron a conocer Barcelona. Había estado otra serie de veces con mis padres y le tenía simpatía. El hecho de ir a otra administración no me asustaba tanto, puesto que ya tenía la experiencia de Córdoba. Por otra parte, las numerarias que conocían la administración de "Monterols" me explicaban que la casa era muy agradable. Rosario de Orbegozo me dijo que me iba a dedicar allí muy principalmente a la labor de san Rafael porque había que "elevar el tono social de las numerarias que pidieran ahora la admisión en el Opus Dei".

Arriba Anterior – Siguiente Ir a la página principal Gracias a Dios, ¡nos fuimos!

Opus Dei: el CAMINO hacia ninguna parte y ahí huele a chamusquina © 2002 OPUS DEI:el CAMINO hacia ninguna parte AVISO: Si esta web desaparece MILAGROSAMENTE, se pierde MILAGROSAMENTE o deja de funcionar MILAGROSAMENTE, pensad en "la santa intransigencia" y en los santos tentáculos.

En tales MILAGROSOS supuestos, volveríamos en otro servidor (y os avisaríamos).

Nosotros estamos en Oreja de Guardia Personalmente albergaba un lejano temor, y ello era de que a alguna superiora mayor se le ocurriera enviarme a Roma. La figura de monseñor Escrivá, como me la habían mostrado, me daba temor. Por supuesto que rechazaba esta idea pensando que seguramente así es como serían los santos, pero no obstante no dejaba de sentir un cierto temor a la persona de monseñor Escrivá. Comprendí, sin embargo, que mi amor al Fundador tendría que basarse: en el terreno sobrenatural, de saber que había sido escogido por Dios para hacer el Opus Dei del cual yo era miembro; y, en el terreno práctico, de vivir la perfección en el trabajo ordinario, para poder vivir la vida de santidad que el Padre quería viviéramos para ser santas.

El curso anual en "Molinoviejo" marcó en mi vida un nuevo paso hacia el fanatismo del Opus Dei, porque fue el aceptar la persona del fundador del Opus Dei como un santo reconocido, y cuyo amor a él tendría que ser superior a cualquier amor humano, ya que monseñor Escrivá nos había "engendrado en el Señor". Muy curiosamente esta idea queda reflejada textualmente así para las generaciones futuras: "…Dios os pedirá cuenta de haber estado con aquel pobre sacerdote que estaba con vosotros y que os quería tanto, tanto, ¡más que vuestras madres!" "Yo pasaré, y los que vengan después os mirarán con envidia, como si fuerais una reliquia: no por mí, que soy -insisto- un pobre hombre, un pecador que ama a Jesucristo con locura; sino por haber aprendido el espíritu de la Obra de labios del Fundador." (Cuadernos-3. Vivir en Cristo, p. 86)

Barcelona: "Monterols"

Barcelona me recibió con un sol precioso, típico de sus mañanas del mes de junio. De la estación de Francia tomé un taxi y fui a la administración de la residencia "Monterols", ubicada en la parte alta de la calle de Balmes, hacia donde toda la ampliación de Barcelona estaba prevista.

Mi estancia en la administración de "Monterols" refleja una administración más del Opus Dei y también reacciones de una numeraria que ya no es tan novata en la Institución y que "habla desde dentro"; quiero decir con ello: el encontrarse con personas conocidas, con trabajos que se conocen. Son pocas las sorpresas, aunque las expectativas siguen enfocándose hacia el proselitismo. No quiero, sin embargo, saltarme este escalón de mi vida en el Opus Dei porque refleja facetas que pueden brindar al lector luces sobre la vida de una numeraria, de varios años ya, dentro del Opus Dei.

La directora de la administración de "Monterols" era Maruja Jiménez, una de las primeras numerarías del Opus Dei y con quien no había coincidido antes porque generalmente ella estaba en administraciones fuera de Madrid. Era Maruja una persona alta, morena, de Zaragoza.

Sin parecerse exactamente, tenía un aire físicamente a Guadalupe Ortiz de Landázuri. Era muy maternal y las numerarias todas la querían mucho. Al

llegar a "Monterols" me dio una gran alegría encontrarme con Anina Mouriz, que estaba allí destinada y a quien no veía desde que hicimos el curso de "Los Rosales". Contrariamente a lo que algunas personas opinaban, Anina era una persona de una delicadeza enorme y de un gran sentido de perfección en el trabajo. Tenía, eso sí, un humor muy madrileño y quizás esto, por lo que encierra de irónico, irritaba a algunas personas. Pero de hecho, era muy agradable vivir con ella. A las demás numerarias de esta casa no las conocía más que de nombre.

La administración de "Monterols" estaba formada entonces por unas ocho numerarias. La casa era muy grande, de varios pisos, y la misma administración era enorme; por supuesto había ascensores. Nuestras habitaciones, individuales, con armario, ducha y lavabo eran también de un soberano tamaño. La ventana, amplia, de nuestros cuartos, daba a la parte de atrás de la residencia y enfrentaba otra serie de edificios modernos cuyas ventanas alcanzaba a ver incluso desde mi cama en las noches de verano.

"Monterols" fue la primera residencia de planta hecha por el Opus Dei. Y se notaba. Sirvió para corregir muchos errores posteriormente en otras residencias edificadas de planta también, pero en sí y tras las administraciones conocidas, era una felicidad poder vivir en esa casa, que incluso tenía junto al cuarto de estar una terracita de buenas dimensiones.

La residencia, aunque externamente figuraba como tal, en realidad era un centro de estudios de los varones del Opus Dei. El hecho de ser verano y que la mayoría de los numerarios asistían a los cursos anuales, hacía que la casa administrada estuviera casi vacía, pero, sin embargo, había que limpiarla.

Efectivamente me encargaron de la labor de san Rafael y asimismo de la limpieza de la residencia a donde pasábamos tres de nosotras con una serie de sirvientas, un grupo muy grande, que no eran del Opus Dei.

La primera persona que me presentaron en Barcelona fue la señora Mercedes Roig, que tenía un hijo numerario, Barto Roig, quien precisamente acababa de irse a la residencia del Opus Dei en Bilbao. Barto

Roig, ingeniero industrial, estuvo viviendo más tarde muchos años en Caracas. Luego, el Opus Dei lo mandó de nuevo a Barcelona. Según tengo entendido dejó el Opus Dei porque parece ser que enfermó mentalmete. No sé si es esto verídico.

Mercedes Roig tenía otra hija, Merceditas, como se la conocía en la Obra; era numeraria y hacía el curso del centro de estudios aquel verano precisamente. Mercedes Roig era una mujer encantadora; viuda, más bien joven, venía todos los días a la administración y ayudaba en cualquier cosa que hiciera falta. Me dijo la directora de la casa que a Mercedes Roig la quería mucho monseñor Escrivá porque había sido siempre muy generosa con la Obra. Me sorprendí, por ejemplo, de que las "Preces", oración oficial de la Obra como dije anteriormente, las rezara ella también con nosotras. Maruja Jiménez me explicó que, así que el Padre lo permitiera, Mercedes Roig sería la primera supernumeraria del Opus Dei en Barcelona y, posiblemente, la primera de España.

Fue entonces cuando por primera vez uní la teoría aprendida en el "Catecismo" del Opus Dei sobre los miembros supernumerarios con una persona. Me explicó la directora que precisamente el caso de Mercedes Roig era muy único, ya que el ser viuda y tener dos hijos numerarios le daba mayor libertad para poder ayudar a la Obra.

En la casa, como era verano, no había charlas para las chicas de san Rafael, pero sí tertulias a las que acudían algunas universitarias que habían sido alumnas de don Francisco Botella, uno de los primeros sacerdotes numerarios del Opus Dei y catedrático de Matemáticas en la Universidad de Barcelona. Eran chicas simpáticas, aunque muy diferentes por carácter y estilo de las universitarias madrileñas. Roger Torrens, con sus 15 años flamantes, acababa de pedir la admisión como numeraria. Y sus padres estaban felices. Su padre solía traerla y llevarla a la residencia. Era una criatura encantadora. Y me asombraba que tan jovencita la hubieran dejado ya ser numeraria. Luego, al cabo de los años, la mandaron a Colombia donde coincidí con ella y tuve la alegría de ver también a sus padres en Caracas y poderles atender personalmente.

Concha Campá fue una de las numerarias que pidió la admisión también estando yo en Barcelona y precisamente también años más tarde la destinaron a Colombia, donde la volví a ver al cabo del tiempo.

Las superioras mayores de Madrid enviaron varios encargos para que los hiciera yo concretamente en Barcelona. Uno de ellos me fascinó: se trataba de ir a Montjuich y de copiar dibujos románicos de ese museo para algunas casullas que querían confeccionar en "Los Rosales".

Por dicho motivo tuve la ocasión de visitar este bellísimo museo varias veces.

Por otra parte, después de la limpieza solía salir frecuentemente con alguna de las chicas recién admitidas en el Opus Dei o con futuras vocaciones y recorríamos Barcelona. Quede claro que cuando digo recorrer Barcelona era eso: visitar la ciudad a pie. Como miembros numerarios del Opus Dei no podíamos almorzar en ningún restaurante o cafetería a excepción de las universitarias quienes por horario han de hacerlo hoy día algunas veces. Tampoco las numerarias del Opus Dei asistíamos nunca a espectáculos públicos de tipo alguno.

Una de las muchachas que venían casi a diario por la administración de "Monterols" era María Josefa Planell. Era una chica joven, muy linda y encantadora, con una enfermedad en la columna vertebral que la hacía tener grandes dolores y por lo mismo tener régimen especial de descanso. A mí me encantaba María Josefa como persona y congeniamos mucho. Tenía dos hermanos numerarios, uno de ellos, Quico, formaba parte entonces del consejo local de "Monterols" y fue años más tarde ordenado sacerdote del Opus Dei. María Josefa solía ir a San Quirico, un pueblecito pequeño en la montaña, y había conocido a monseñor Escrivá y su hermana Carmen en alguna ocasión.

Yo deseaba que María Josefa Planell fuera numeraria, pero la directora me dijo que, por cuestión de salud, no podría serlo, pero que seguramente, andando el tiempo, sería oblata del Opus Dei. El término de "oblato" lo había aprendido en el "Catecismo" del Opus Dei como una de las clases de

miembros de la Obra, pero no tenía ideas claras de cómo eran estos miembros en la vida práctica, diaria. Creo que finalmente pidió la admisión como oblata, pero no estoy segura de ello porque yo salí de Barcelona al poco tiempo. Sí sé, desgraciadamente, que hace pocos años, posiblemente producto de una depresión, se suicidó. La verdad es que la noticia me impresionó profundamente.

En aquella época de 1951, Barcelona y en realidad Cataluña, tenía la quemazón política de que Franco no permitía que el catalán se considerase como idioma oficial. Pero esto no era óbice para que se hablase catalán entre los miembros de la propia familia y especialmente en los pueblos o con el servicio. El punto era que el catalán no era idioma reconocido en España sino dialecto. Claro que, incluso hoy día que Franco murió hace tantos años y que el catalán está reconocido como idioma, es aún un punto que origina fácilmente querellas entre catalanes y no catalanes. Como a mí siempre me encantaron los idiomas, yo trataba de aprender cuanto podía de catalán. Me encantaba acompañar a las que iban a hacer la compra al mercado grande de Barcelona y volver a la casa con una serie de palabras más, aprendidas de las vendedoras, para enriquecer mi vocabulario. Roger Torrens era la que me corregía y se entusiasmaba de que me gustase el catalán.

Al hablar de los primeros tiempos del Opus Dei en Barcelona, hacia el año 1940, se hablaba del "Palau", nombre que a propósito dieron pomposamente a un pequeño piso que tenían los varones, los pocos que había entonces. Hasta oídos de la sección de mujeres llegaron las anécdotas sucedidas en aquel "Palau".

Pero hablando de estos primeros tiempos dejaban siempre ver, lo mismo las superioras que los sacerdotes del Opus Dei, que monseñor Escrivá sufrió mucho en Barcelona porque había habido ataques oficiales contra el entonces naciente Opus Dei y que uno de los más escépticos era el abad de Montserrat, en aquella época reverendo José María Escarré. Aunque en las biografías oficiales del Opus Dei sobre Escrivá no mencionan de modo claro que fueran los jesuitas también quienes más atacaron, dentro de las

casas de la Obra, de una manera u otra, nos lo dejaban saber que habían sido ellos.

Me enteré igualmente en Barcelona de que, por toda la "contradicción" sufrida en esta ciudad, había dicho monseñor Escrivá que no regresaría a Barcelona en muchos años hasta que esta ciudad lo recibiera como se merecía. Éste era una especie dc punto negro que nunca conseguí esclarecer durante mi estancia en Barcelona: qué era lo que exactamente había ocurrido.

Hablaban también, y esto muy casi en secreto, de que el Padre en su viaje a Roma embarcó en junio del 1946 en el "J. J. Sister" y que "el diablo casi lo hizo naufragar porque no quería que fuera a Roma". Pero como digo, todo esto muy en tono confidencial. Personalmente me llamó la atención el que monseñor Escrivá viajase a Génova en ese barco porque precisamente en él mi padre hizo el trayecto contrario, Génova-Barcelona a renglón seguido de que monseñor Escrivá llegase a Génova. Yo había ido a Barcelona con mi madre y mi hermano el pequeño a esperar a mi padre y precisamente había tomado una fotografía del barco. Cuando yo no era ya del Opus Dei le pregunté a mi padre sobre "la terrible borrasca" del "J.J Sister" en el viaje a Génova anterior a su regreso y mi padre me dijo que no se había mencionado como algo "extraordinario", sino como la cosa más ordinaria en esa época del año.

Y de hecho, oficialmente, monseñor Escrivá regresó a Barcelona en 1964 cuando el Ayuntamiento de Barcelona, cuyo alcalde era muy adicto al Opus Dei, lo nombró "hijo adoptivo de Barcelona".

En las tertulias se cantaban canciones catalanas, que suelen ser muy lindas y había muchas personas que se empeñaban en hacerme aprender la sardana, el baile regional, pero ahí se estrellaron conmigo porque los bailes folklóricos no han sido nunca mi pasión dominante.

Aunque en Barcelona la vida en la administración era amable, el plan de vida era tan rígido como en cualquier otra casa y esas costumbres de que no

teníamos tiempo para leer o de que la lectura del periódico no se hacía, eran idénticas a las casas anteriores donde había vivido.

Se hablaba de que en Barcelona como apostolado futuro del Opus Dei, abrirían las mujeres una Escuela de Arte y Hogar, donde se impartirían clases de cocina, artesanía, pintura, etc., a muchachas que no fueran universitarias pero, donde principalmente pudieran venirnos a visitar, también participando en muchas de esas clases, señoras. Había mucho interés en el Opus Dei por Barcelona, porque era una ciudad con medios económicos fuertes que podría contribuir al desarrollo de las futuras labores de la Obra.

Durante mi estancia en Barcelona pude comprobar una vez más que nuestra vida, la vida de una numeraria, nada tenía que ver con el apostolado entre la gente pobre, aunque se recomendaba a las muchachas de san Rafael que hicieran, generalmente los sábados, una visita a los pobres. Cuando alguna vez hablaba con la directora sobre este apostolado con personas pobres, dijeron que de eso se encargaban otras congregaciones religiosas, pero que "lo nuestro" era hacer el apostolado "entre los intelectuales", es decir, los dirigentes dc la sociedad. Y esto se lo oí decir años más tarde directamente a monseñor Escrivá, aunque recomendaba que las chicas que venían por nuestras casas hicieran, sin embargo, visitas a los pobres, acompañadas por alguna vocación joven de la Obra, para así acercarse al Opus Dei. Es decir, las visitas a los pobres era una ocasión más de hacer proselitismo con las muchachas que venían por nuestras casas, más que un genuino apostolado con estas personas necesitadas de nuestra sociedad.

Por otra parte en más de una ocasión repetí en mi confidencia a la directora que este no estar en verdadero contacto con las cosas que sucedían en la ciudad, en la nación, este no leer ni siquiera el periódico local, nos hacía estar, como hubiera dicho una amiga mía hoy, "dentro de una burbuja", aisladas, sin contacto real con la vida.

Hacia el mes de septiembre me dijeron que dejaría Barcelona porque me habían destinado de "modo permanente" a Bilbao, y a la administración de la residencia de varones "Abando", donde me quedaría definitivamente sin

mayores cambios futuros. Me dijeron igualmente que llevaría allí la labor de san Rafael. Concretamente me indicaron que había que "elevar el tono social de las vocaciones de numerarias en esa ciudad porque era muy bajo".

Y como de costumbre en el Opus Dei, cuando a uno le anuncian estos cambios, a los tres días va ya camino del nuevo destino.

Este nuevo cambio de destino, a los pocos meses de estar en Barcelona, fue una pincelada más en el carácter de mi vida en el Opus Dei: tenía que aceptar que nunca más habría ya nada permanente en mi vida. Una frase mía se quedó como un dicho en el Opus Dei y ella era que "uno sabía dónde se levantaba, pero nunca dónde se acostaba". Y era cierto. Desde que llegué a Barcelona, por ejemplo, empecé a preparar los planes para el nuevo curso y me quedé justo a la mitad. Mi estancia en Barcelona me hizo vislumbrar los nuevos miembros supernumerarios y oblatos del Opus Dei, pero sobre todo me hizo ver muy claro que como "definitivo" no habría ya nada en mi vida y me daba cuenta de que enseguida que me habituaba a un lugar, recibía una orden de cambio. Al ser tan diferente nuestra vida como Instituto Secular, de la vida de las religiosas, yo nunca pensé que en este punto de "cambios" era sin embargo casi idéntica a la de ellas. Y éste fue mi nuevo punto de entrega al Opus Dei y hacia el fanatismo de mi vida en la Institución: que estaría dispuesta a cambiar de lugar tantas veces como hiciera falta para el bien de la Obra y para el apostolado sin tener en cuenta mis propios sentimientos.

Estos cambios son un auténtico desapego de todas las personas a quienes se trataba y, repito, que en esto siempre consideré una incongruencia que "para hacer apostolado y proselitismo teníamos que ser amigas auténticas de las personas". No obstante, acepté ciegamente la incongruencia como forma de alcanzar ese "buen espíritu" del Opus Dei que tan "necesario" era para nuestra santidad en medio del mundo.

Me iba de Barcelona, pues, dejando un grupo pequeño, pero muy selecto, de nuevas vocaciones con las que, según la costumbre del Opus Dei, tampoco podría continuar la menor amistad.

La verdad es que las numerarias de Barcelona, excepto una, que era de Bilbao, no me envidiaron mi nuevo destino.

Bilbao: "Abando"

No hay hechos asombrosos durante mi estancia en Bilbao, sino la exposición de la vida de una numeraria del Opus Dei en la administración de una residencia de estudiantes. Relación de un trabajo constante en una vida rutinaria, oscura, escondida y, por supuesto, ajena a las vicisitudes de cualquier cristiano corriente, inmersa únicamente en la vida del Opus Dei y ajena al mundo que nos rodeaba; pendiente solamente de hacer proselitismo con la "elite" de esta ciudad, pero no apostolado con la gente pobre. Todo ello, pasos necesarios para formar en mí aquella numeraria "con buen espíritu", o sea, visto a la distancia, el punto final en la transformación de una mujer con carácter y personalidad como considero era yo, en una pieza más de ese "puzzle" llamado Opus Dei, una fanática que, a semejanza de un títere, se movía a los impulsos del hilo que tiraba de ella.

Cuando yo llegué a la estación de ferrocarril de Bilbao, tomé un taxi y llegué a la administración de la residencia "Abando", bastante cansada, por cierto, después del largo viaje desde Barcelona. No tenía mucha idea de la ciudad, pero me la imaginaba, por lo que me habían contado, muy gris, como efectivamente resultó ser, aunque, en el verano, los días de sol brillante eran angustiosos por la tremenda humedad.

Llegué a la casa y me recibió Dorita Calvo, la directora de la administración. Su sonrisa bondadosa fue una alentadora bienvenida. Luego, en el trato con ella, me llevé muy bien. Era una persona que no imponía su autoridad, pero su conocimiento y dominio como directora era tan claro que uno la seguía a ciegas. Mi trato con ella fue muy normal. Dorita era una persona que se hacía querer. En el trabajo que desempeñé en la administración, siempre me dio confianza, dentro, naturalmente, del espíritu del Opus Dei. Pero, por ejemplo, en la forma de arreglo personal de las numerarias, nos alentaba a que, si queríamos, nos cortásemos el pelo, cosa que Rosario Orbegozo, la directora central, cuando una vez me cortaron el pelo en "Los Rosales", me puso de vuelta y media.

Estaba de subdirectora Mercedes Morado y de secretaria, Tere Morán. Se esperaba mi llegada para que Dorita y Tere pudieran hacer el curso anual, curso que se celebraba ahí mismo, en la residencia "Abando" y en la parte dedicada a los varones, aprovechando que la casa estaba vacía, porque los estudiantes estaban de vacaciones y los numerarios del consejo local hacían su curso anual fuera de Bilbao.

O sea, que nos quedamos solamente en la administración por tres semanas: Mercedes Morado como directora, Loli Mouriz, hermana de Anina, que también hizo el curso de formación conmigo en "Los Rosales" y yo.

Este curso anual en "Abando" lo hacían las numerarias que formaban parte de la Asesoría Central y Regional y algunas directoras de las casas de mujeres del Opus Dei, las cuales, en esa época, septiembre de 1951, eran solamente administraciones, y de la residencia de "Zurbarán" en Madrid. En el Opus Dei hay un sentido jerárquico militar. Con ello quiero decir que un curso anual de formación, unos ejercicios espirituales, etc., están organizados de forma que las numerarias que participan sean homogéneas, es decir, curso de directoras, curso para superioras mayores, cursos para vocaciones recientes, etc., etc., y se evita la "mezcla" a toda costa.

Monseñor Escrivá, en los primeros tiempos del Opus Dei y en sus visitas a Bilbao, se quedó prendado de la casa, de las costumbres, del estilo y de la elegancia de la señora Carito Mac Mahon. Tanto así que procuró copiar para el Opus Dei ese estilo: desde los uniformes de las sirvientas, hasta la forma de servir la mesa.

En la administración, Loli Mouriz se ocupaba de la cocina y a mí me encargaron de la ropa, limpieza y office. Como digo, a Loli Mouriz la conocía porque hicimos el curso de "Los Rosales" juntas. Dentro del Opus Dei, las Mouriz -eran varias hermanas numerarias- tenían fama de ser muy peculiares, si por esta palabra se entiende tener una personalidad definida. Expliqué anteriormente mi impresión sobre Anina. Con Loli, que estaba en Bilbao, siempre me llevé bien.

Acepté su carácter fuerte, como ella sabía también que era el mío, pero ambas nos domeñábamos por adquirir el espíritu del Opus Dei. Con Loli, mis conversaciones eran sobre el trabajo, puesto que ella estaba en la cocina y yo en el office, y ambas éramos muy respetuosas en la forma que cada una desempeñaba su trabajo. Loli era más joven que yo, como su hermana Anina, muy bien educada y cultivada. Había leído bastante. Era muy sensible a los detalles.

Pero, sobre todo, tanto Anina como Loli eran francas y directas, y simplemente mirándolas a los ojos se sabía lo que pensaban, lo cual, para mi manera de ser, era muy agradable porque por carácter soy directa y todo lo que es esquivo me repele. En resumen, la convivencia con ella no me fue difícil en absoluto.

Por el contrario, Mercedes Morado, la subdirectora de la administración, que hacía las veces de directora esas semanas, no era una persona directa. Siempre parecía que estaba esperando el error de uno para corregírselo, no con cariño, sino con sentido disciplinario. Yo la conocía, no solamente de "Zurbarán", cuando hizo los mismos ejercicios espirituales que yo y pidió en ellos su admisión como numeraria, sino también de cuando yo trabajaba en el Consejo de Investigaciones Científicas con el doctor Panikkar, ya que ella iba a menudo a hablar con él cuando aún estudiaba la carrera de Filosofía, en la rama de Pedagogía. Y, yendo aún más allá, yo conocía también a Mercedes de Segovia, porque su familia conocía a la mía. Curiosamente, verla de directora me alegró, y pensé que todo iría bien, puesto que ambas estábamos dentro del mismo "espíritu". Mercedes había hecho el curso de formación de "Los Rosales", el último que, como centro de estudios, se celebró en el verano. Durante las semanas que Mercedes Morado hizo las veces de directora en la administración de "Abando", me di cuenta de que era muy rígida. Por ejemplo, si pasaba yo un día sin hacer una corrección fraterna a Loli o a ella, ella misma me hacía la corrección fraterna a mí por mi falta de sensibilidad en no haberme dado cuenta de tal o cual pequeño detalle. Resultaba agobiante, puesto que siempre se nos dijo en las clases que la corrección fraterna había que hacerla para corregir algún error en la conducta o en el espíritu, que nos llamara la atención, pero que no consistía en tener espíritu policíaco y "buscar" los motivos más

nimios para ser corregidos. Siempre me dio la impresión, y quizá sea esto una acepción personal mía, de que Mercedes Morado sentía frente a mí una especie de complejo social, quizá motivado por niveles sociales diferentes. Elia sabía que mi familia era socialmente conocida en España, como yo conocía que la suya no lo era. Y esto, que no tiene en sí la menor importancia, le creaba, indiscutiblemente, una tensión sutil en este campo. Y siempre me dio la impresión de que usaba la jerarquía como directora para evitar que yo me saltara ningún escalón. Mi trato con Mercedes era estrictamente protocolario, ya que ella no daba pie para otra cosa: se mostraba habitualmente con una cierta reserva que uno no sabía exactamente qué era lo que pensaba por dentro. Por otra parte su trato hacia mí era correcto, pero siempre estableciendo, como dije, la distancia jerárquica de que ella era la directora.

Al cabo de los años y según relataré a su debido tiempo, Mercedes Morado fue nombrada directora de la Asesoría Central, y me encontré con ella en Roma, durante mi última etapa en el Opus Dei.

El horario en la casa se vivía a rajatabla. Entre nosotras tres no había conversación de tipo alguno durante el día, a excepción de la media hora que duraba el almuerzo o la cena y la media hora de tertulia. Del resto, cada una tenía su pequeña parcela que atender en la administración e incluso, físicamente, trabajábamos en lugares diferentes.

Actuábamos totalmente como administración considerando a la residencia o casa administrada como independiente. Sin embargo, recuerdo un detalle muy cariñoso de María Jesús Hereza, superiora mayor en aquella época, de la que también hablé cuando narré mi estancia en Córdoba. Hacía María Jesús este curso anual y un buen día pasó a la administración para que yo la enseñara a hacer "suizos", esos bollos típicos de la merienda en España. Y, con este motivo, pretexto justificado, indiscutiblemente, estuvo con Loli y conmigo en la cocina, hablándonos y haciéndonos pasar unas horas muy agradables.

Recuerdo, por el contrario, un detalle, negativo a mi entender, de María Teresa Arnau, directora regional de la Asesoría de España: un día, mientras

yo hacía la limpieza en la casa administrada con las sirvientas, me mandó llamar a su despacho y me dijo que escribiera a "Arbor", la revista del Consejo de Investigaciones Científicas, donde yo había trabajado, para decirles que no me volvieran a mandar más ningún ejemplar de dicha revista, porque mi vida estaba envuelta ahora en otras cosas y no tenía tiempo para leerla. La verdad es que, desde que yo dejé de trabajar en el Consejo de Investigaciones para entrar al Opus Dei, la revista "Arbor" llegaba a la casa donde yo viviera, pero la directora no me la entregaba nunca, simplemente en mi confidencia, me decía que había llegado y me solía enseñar la portada.

Desde que llegué a Bilbao, estuve totalmente concentrada en la limpieza de la casa y en el planchero, como encargada de la ropa, además de atender el office. Como éramos solamente tres en la administración, materialmente no teníamos tiempo ni de respirar. La única salida que hice en varias semanas fue para unirme con las del curso anual e ir con ellas al santuario de la Virgen de Begoña, en las afueras de Bilbao. Por el camino pude echar un vistazo a la ciudad, que personalmente no me gustó: era una ciudad muy gris, con razón llamada "el bocho", porque es un auténtico hoyo. Cubierta de humo de los altos hornos y con un calor húmedo en verano, muy desagradable. Además, en aquella época, no existía aún el DDT y las pulgas eran frecuentes por limpias que se tuvieran las casas.

Cuando terminó el curso anual de estas numerarias, Dorita regresó a la administración como directora, Mercedes como subdirectora y Tere de secretaria. Tere era una persona muy delicada.

Tratar con ella era de lo más agradable y siempre procuraba, con su ayuda, hacerle a uno la vida fácil.

Nuestra rutina en la administración de "Abando" seguía el ritmo del ascetismo clásico en el Opus Dei. No teníamos distracción de tipo alguno y, por supuesto, tampoco se leía el periódico ni ningún libro ajeno al de la lectura espiritual, que cada una tenía designado. Se solía salir muy poco. Exclusivamente, Tere, que estaba encargada de hacer las compras, era quien salía a diario, pero las demás sólo salíamos algunas veces con las sirvientas

a dar un paseo hasta Las Arenas o Algorta; más que un paseo, era una excursión por la distancia a recorrer a pie y esto sucedía cada mes o mes y medio; pero, naturalmente, servía para tomar el aire.

Las sirvientas que teníamos no eran del Opus Dei y ellas sí salían los domingos por la tarde y también, algunas veces, un día entre semana, si es que tenían que comprarse algo.

La casa de la administración de "Abando" era bonita y agradable. Estaba puesta con gusto.

Nos dijeron que la había decorado don Pedro Casciaro, el sacerdote numerario del Opus Dei que, en esa época, estaba ya de consiliario en México. En la primera planta estaba la salita de visitas y en la segunda el dormitorio-despacho de la directora y las habitaciones de las numerarias, todas individuales, con armario y lavabo. Había solamente un cuarto de baño, lo que hacía que muchas veces, bien Tere o yo, nos alternásemos y usáramos la ducha de las sirvientas para no dedicar más de media hora al arreglo personal y poder llegar puntuales a la oración de la mañana en el oratorio.

Las ventanas de los dormitorios de la administración estaban medio condenadas, porque daban a un patio común, donde también daban las ventanas de los residentes.

El oratorio, al ser una administración, era de celosía. El tamaño era bueno, pero, por supuesto, se guardaban todas las reglas que a este respecto expliqué hablando de Córdoba: la cortina de terciopelo rojo corrida durante el día, excepto la parte justa para ver el sagrario. Durante la misa se descorría la cortina, pero teníamos las luces en los reclinatorios para poder leer el misal sin ser vistas por la residencia. La comunión la recibíamos por la ventanita que abría la directora en ese momento, cuya llave guardaba ella celosamente en su despacho.

Una de nosotras, con algunas sirvientas, solíamos alternarnos para ir a misa fuera, a una iglesia pública. De esta forma, mientras los residentes estaban en el oratorio, se podían preparar los desayunos y se permitía el que las

otras numerarias oyeran la misa en la casa. Había unas ocho o diez sirvientas, no recuerdo el número exacto. Cada una tenía su habitación ("camarilla" se llaman en el Opus Dei a sus cuartos) individual, con lavabo y armario. Había un cuarto de baño con varias duchas. Estas camarillas estaban en el sótano de la casa.

La cocina, también en el sótano, tenía muy mala ventilación. Era grande, antigua de estilo. Un recodo de la misma es lo que se llamaba el office, desde donde se daban las bandejas a las doncellas que servían el comedor de los residentes. Por supuesto, durante las comidas, el silencio en la administración era total. Se hablaba exactamente lo imprescindible y esto en tono muy bajo.

El planchero estaba formado por dos habitaciones grandes; en la interior había una máquina ancestral de lavar ropa y dos pilas de piedra donde las sirvientas lavaban la ropa a mano. En la habitación de fuera, había dos grandes mesas de plancha, y en ellas, habitualmente planchaban cuatro sirvientas. Aunque las planchas eran de hierro, generalmente, y teníamos allí mismo un hornillo para ellas, había también un par de planchas eléctricas para los lienzos de oratorio y para los trajes de los residentes. Estaban además los casilleros con los números de los residentes.

El planchero daba la impresión de claustrofobia. No ya el hecho de que estuviera en el sótano, sino el que los ventanales por donde entraba la única luz directa estaban cerrados casi hasta el techo y además los cristales eran esmerilados. Este ventanal, que daba a un patio rectangular con cuerdas para tender la ropa, sólo se abría parcialmente, cuando dos sirvientas salían a tenderla. Como la mayoría de los días llovía o había un grado de humedad altísimo, teníamos también cuerdas dentro de las dos habitaciones del planchero, donde siempre por la noche, y muchísimas veces durante el día, se dejaba la ropa tendida para que se secara; lo que ambientalmente no daba ningún grado de belleza al lugar.

Mi misión, como encargada de la ropa, consistía en lo siguiente: los lunes, al final de la limpieza, recogíamos las bolsas de ropa sucia de los residentes y se ponían todas en un montón en el planchero. Yo era la única persona

que podía abrir cada bolsa y comprobar que cada pieza de ropa sucia coincidiera con el número de la hoja que estaba dentro de la bolsa. A semejanza de lo que narraba en "Los Rosales", había igualmente que marcar cada pieza que no estaba marcada, con el número de la bolsa. El número de residentes no bajaba de sesenta.

Habitualmente había unas seis sirvientas en el planchero: dos lavando y cuatro planchando.

Las que planchaban eran las doncellas que servían al comedor y las que también pasaban a la limpieza de la residencia. Mi misión como encargada de la ropa, implicaba, además, el estar a cargo de las sirvientas, tanto en lo material (cuidar que los uniformes fueran impecables, de su aseo personal, etc., etc.) como en su vida espiritual. Como la mayoría de las sirvientas pasaban muchas horas en el planchero, especialmente por las tardes, mi tarea era entretenerlas para hacerles ameno el trabajo. Para ello solíamos cantar unas veces, otras, les contaba cosas de algún país, costumbres de alguna región y también cosas del espíritu de la Obra, como, por ejemplo, el amor a las cosas pequeñas. Diariamente rezaba el Rosario con ellas en el planchero y les hacía también algún comentario del Evangelio o de algún tema espiritual, etc., mientras merendaban. Y, desde luego, mi principal misión era ganarme su confianza, ayudarlas y, especialmente, ver si alguna podía llegar a ser numeraria sirvienta del Opus Dei, ya que estas sirvientas, como dije, no eran de la Obra.

En general, las sirvientas en las casas del Opus Dei llevan para las faenas una bata de color, ordinariamente azul, y un delantal blanco. En aquella época también llevaban unos gorros blancos, cubriéndoles el pelo. Las doncellas que servían la mesa, llevaban uniformes negros con delantales pequeños blancos y cofia blanca, y los días festivos, servían la mesa con guantes blancos. En el planchero iban todas con batas azules y delantales blancos, excepto una que se quedaba con el uniforme negro y era la encargada de abrir la puerta.

Teníamos en el planchero el cuadro de timbres y según el número sabíamos si era la puerta o la directora quien llamaba. Había también telefonillos

internos en el cuarto de la directora, en la cocina, en el planchero y en el cuarto de la secretaria.

Mi responsabilidad en el planchero no era planchar, sino hacer que todo funcionara en punto y también repasar la ropa para que no se entregara algo, por ejemplo, faltándole un botón.

Muchísimas horas de mi vida fueron las que pasé en este planchero de "Abando". Los viernes era un día especialmente atareado, ya que tenía yo que distribuir la ropa en los casilleros y comprobar que cada pieza planchada correspondiera al número del respectivo casillero. Si una pieza de ropa no aparecía, era un problema serio, porque había que recontar de nuevo cada pieza en cada casillero hasta que la pieza perdida apareciera. Generalmente, la directora bajaba al planchero los viernes para saber cómo iban las cosas, ya que la lluvia en Bilbao era un soberano azote en lo que a secar la ropa se trataba.

Los sábados por la noche, y mientras los residentes cenaban, entraba yo con dos sirvientas a la residencia y se distribuían las bolsas con la ropa limpia encima de la cama de cada residente, ya que en la hoja que entregaban con la ropa sucia indicaban también la habitación.

Personalmente, me dediqué en cuerpo y alma a esta labor y ofrecía todo mi esfuerzo y repugnancia muchas veces a Dios.

Un detalle curioso que me costaba en Bilbao era el dar cera a los pisos. Todos los suelos de la residencia y de la casa administrada eran de parquet, y, además de la cera ordinaria, había que dar la cera llamada "de palo". Esto era un palo terminado en forma de horquilla, que aprisionaba un pedazo de cera dura. Este palo había que moverlo en la dirección de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, siguiendo la raya de la madera. No había máquinas eléctricas de sacar brillo al piso y con unos cepillos que se ataban con correas a los pies y luego con bayetas de fieltro en cada pie, había que "brochar" y "bailar" la cera. Era un trabajo brutal del que acababa uno medio muerto. Esta forma de sacar brillo al suelo, trajo, al cabo de los años, el que muchas numerarias desarrollaran problemas de matriz que acababan

en operación, generalmente, como fue mi caso también. Se tuviera o no el período había que brochar igual y, por supuesto, había que ir a la cabeza de las sirvientas para darles ejemplo.

Al poco tiempo de estar en Bilbao nos dijeron que se abriría un colegio para niños en Las Arenas, llamado "Gaztelueta", pero que esto "sería una excepción en el Opus Dei porque nuestra misión no era llevar colegios a la manera de los religiosos", había dicho monseñor Escrivá.

Sabíamos que don Antonio Pérez, como secretario general del Opus Dei, era la persona que más se había ocupado de esta labor.

"Gaztelueta"

Como la apertura del colegio parecía inmediata y los numerarios del consejo local de "Gaztelueta" vivirían en la casa antes de Navidad, nos dijeron las superioras en Madrid que se abriría también una administración en "Gaztelueta", desde la que no se haría absolutamente ninguna labor externa. Nombraron de directora a Mercedes Morado, de subdirectora a María Ampuero, con cuya hermana María Paz, yo había estudiado en la Escuela de Comercio, y de secretaria iba Pina Revilla. Tanto María Ampuero como Pina habían venido a vivir a "Abando" unas semanas antes. Con este motivo, se rehizo el consejo local de la administración de "Abando". Dorita Calvo siguió de directora, Tere de subdirectora y a mí me nombraron secretaria de ese consejo local. Loli Mouriz siguió también viviendo en "Abando".

Este cambio trajo consigo un cambio también de habitación: la secretaria tenía un cuarto algo mayor que las demás y un "bureau" donde se guardaban todos los libros de contabilidad y también el dinero de la casa. Esta habitación era muy agradable y además estaba junto al oratorio precisamente.

Me dijeron también, sería ya noviembre de 1951, que me haría cargo de lleno de la labor de san Rafael, que temporalmente había llevado María Ampuero. Esto trajo consigo el que las tardes que yo tenía que dar el círculo

de san Rafael y quedarme hablando con las muchachas que venían a él, unas veces Pina al principio y luego Tere, me suplían en el planchero.

La labor de san Rafael estaba bien organizada. Existía un fichero con nombres de las chicas que habían venido por la casa y con detalles acerca de su vida, su carácter, etc., además de su dirección y teléfono.

En la administración teníamos teléfono, lo que facilitaba el estar en contacto con estas muchachas.

Y de nuevo me vi entre un grupo de chicas muy buenas.

Estando yo en Bilbao, pidió su admisión como numeraria, Begoña Elejalde, que era muy jovencita entonces. Begoña fue, años más tarde, una de las fundadoras de la sección de mujeres del Opus Dei en Venezuela. Estuve precisamente en ese país con ella y además dio la coincidencia de que siempre estuvimos viviendo en la misma casa. Como Begoña era tan joven, yo siempre la animaba mucho a que fuera generosa hasta el final y que procurase hacer proselitismo con sus hermanas. Prácticamente repetía yo a Begoña lo que me dijeron a mí, pero es cierto que procuraba ser muy cariñosa con ella y muy comprensiva, haciéndole su vida interior cuesta abajo para que las cosas no le resultaran tan duras como lo fueron para mí. Begoña era una persona inteligente y muy buena artista. Tenía muy buen gusto y un sentido innato de la decoración. De hecho, en Venezuela llevaba en la Escuela de Arte y Hogar "Etame" las clases de decoración y en las casas del Opus Dei en Caracas dejó huellas de su arte.

Cuando estas muchachas venían a la casa, hablaban conmigo con gran confianza. Me explicaban lo que habían hecho aquellos días y también el ambiente familiar de sus casas que ellas procuraban ir preparando para decirles cuanto antes que querían venirse a vivir al Opus Dei.

Está claro que cuando una muchacha escribía la carta a monseñor Escrivá empezaba a vivir, en la medida de lo posible, absolutamente todo el plan de vida de cualquiera de las numerarias que estábamos ya viviendo permanentemente en las casas de la Obra. Por ejemplo, para usar el cilicio y la disciplina, mortificación corporal, aprovechaban el rato que estaban en

nuestra casa, ya que hubiera sido una imprudencia que sus familias descubrieran que usaban dicha mortificacion corporal. Otras veces, antes de venir a vivir fijas a la Obra, tenían que dejar resuelto el problema financiero, el cómo iban a aportar a la Obra la cantidad estipulada para los dos primeros años, llamados de formación.

También pidió su admisión como numeraria Mirufa Zuloaga. Con Mirufa se estableció una gran corriente de simpatía recíproca. Tenía mi edad y hablábamos un lenguaje muy común entre las dos. Su forma de vivir, de haber salido, de divertirse era común con la mía. En cierta forma con Mirufa fui más exigente, pero siempre fui cariñosa con todas las que pedían la admisión, porque por experiencia propia sabía lo mucho que se sufría en dejar cosas que, si bien parecen comunes, han formado la trama de la vida de una muchacha joven. La familia de Mirufa eran artistas en su gran mayoría y curiosamente yo conocía a un tío suyo, pintor, porque era muy amigo de mi propia familia. Estas coincidencias parecen tontas, pero en un ambiente de proselitismo en el Opus Dei son muy importantes. Años más tarde Mirufa estuvo en Roma cuando yo vivía allí. Cuando regresó a España se hizo periodista y aún sigue ejerciendo como tal.

Colaboró y supongo que sigue haciéndolo aún en la revista "Telva", cuya dirección está confiada a las mujeres del Opus Dei. Tere González fue otra de las muchachas que también pidió la admisión como numeraria en esa época. Tere era el colmo de la bondad: aceptaba todo con gran docilidad y consideraba que cuanto yo le decía era como venido de Dios.

Indiscutiblemente tanto Mirufa Zuloaga, como Begoña Elejalde y Tere me preguntaban cosas de la Obra y del Padre. Yo había asumido ya de tal manera el adoctrinamiento del Opus Dei que les hablaba a estas nuevas vocaciones con la mayor naturalidad de "las primeras", de la "misión que Dios había dado al Padre", de "Molinoviejo", de "la felicidad de entregarlo todo sin recibir nada a cambio", con tal fuerza y entusiasmo que iba prendiendo la llama de este amor al Opus Dei por encima a todos los otros amores, incluidos el debido a los propios padres, con la misma manipulación que hicieron conmigo. Lo curioso del cuento es que cuando uno se ha convertido en un fanático total, ejerce un cierto magnetismo que

puede arrastrar incluso a aquellas personas que se consideran con mayor personalidad. Ésta es la terrible fuerza del fanatismo existente en las sectas: la gente de fuera no se explica que una persona pueda "cambiar tanto" en tan poco tiempo. La fe que estas muchachas, y pongo por ejemplo a estas tres, tenían en mí era infinita. Yo me daba cuenta, por otra parte, de mi responsabilidad de ser este "instrumento en manos de Dios a través de su Obra". Así me lo decían las superioras y así lo consideraba yo plenamente.

Las muchachas de Bilbao eran muy diferentes a las de Córdoba. Tan diferentes como las mismas ciudades lo son. Cada una con sus características especiales. La gente de Bilbao tiene fama en España entera de ser personas muy exquisitas. Efectivamente no es que fueran mejores que las muchachas andaluzas, pero sí tenían un sello muy especial. La sociedad bilbaína y la andaluza son dos tipos muy diferentes de sociedades en España, y difícilmente se podría señalar a la una como mejor que la otra. Sencillamente son distintas.

Yo apenas salía a la calle, pero estas muchachas venían casi todos los días por la tarde y un rato más el día del círculo. Cuando ellas llegaban, me avisaban y yo subía a la salita para hablar con unas u otras, como explicaba antes, sobre la vida que hacían, espiritual y material, y los problemas que en aquel entonces pudieran enfrentar. Mi misión era alentarlas para que sobrepasaran esa época de separación de las familias y de cuánto hasta ese momento había sido parte esencial de sus vidas, y se lanzaran dentro del Opus Dei sin la menor duda: con todas las fuerzas de su alma y entusiasmo de sus años jóvenes.

Mi vida en la administración de "Abando", diría en general, fue muy profesional. Por una parte, la directora, Dorita Calvo, era una mujer muy comprensiva, muy educada y muy sencilla. Tenía el carisma de haber pasado los primerísimos años de la Obra en Roma en la casa de monseñor Escrivá. Siempre le pedíamos que nos contara cosas de él y me doy cuenta ahora, al cabo de los años, de que las cosas que Dorita contaba eran más bien anécdotas amenas de la vida de familia en la casa del Opus Dei, pero nada esencialmente relativo a la manera de ser de monseñor Escrivá. Únicamente nos repetía el que "al Padre le gustaban las cosas bien hechas".

Mis confidencias con Dorita Calvo eran muy sinceras, y ella trataba de ayudarme mucho en todo aquello que podría acercarme a Dios. Indiscutiblemente los tres puntos básicos de la confidencia, como apunté en algún lugar anteriormente, eran los de fe, pureza y camino. En mi caso, gracias a Dios, nunca tuve dudas de fe y mi confianza en Dios siempre fue y es infinita; respecto a pureza había que detallar si uno había sentido cualquier impulso sexual del tipo que fuera, detallarlo y explicar cómo se venció; respecto al "camino" o sea la vocación, yo tampoco tuve dudas.

A grandes rasgos, y a título de ejemplo de confidencia, pienso en una de las mías cuando estuve en Bilbao, podría ser ésta:

Usando la agenda -la típica "Luxindex" española que pertenece a una de tantas empresas llevadas por gente del Opus Dei y que en definitiva es el Opus Dei- donde se anotaban celosamente los puntos/fallos para hablar de ellos en la confidencia, yo empezaba a hablarle del cumplimiento de las normas del plan de vida. Por ejemplo, si había sentido pereza al levantarme o me había detenido un instante antes de pegar un brinco de la cama y besar el suelo diciendo "Serviam!"; si la lectura espiritual me servía después como puntos para llevar a mi meditación personal y en qué forma había aplicado esos puntos a mi propia vida; si me había distraído o adormilado en la oración; si había practicado o no la corrección fraterna si había rezado rutinariamente o con sentido las tres partes del Santo Rosario; si en mi mortificación corporal había sido "generosa" (esto quería decir si el cilicio lo había llevado apretado al máximo o no, o si había usado las disciplinas con fuerza o con indulgencia).

A todos estos puntos la directora me hacía ver cómo el "sentir" no era importante, sino el "rechazar" o en caso contrario el "consentir". Los consejos ascéticamente eran sanos y encauzados a formar una voluntad férrea, como una coraza, que alejase sentimientos -"sensiblerías" es la palabra que el Opus Dei usa a mansalva- Hasta aquí y desde un punto de vista estricto, todo es correcto según un espíritu ascético cristiano. Hasta aquí lo llamaría la parte "A" de la confidencia que, en cierto sentido, era un detallar con mayor amplitud la confesión semanal. La parte "B" que yo

llamaría "manipulación" es cuando en la confidencia, y haciendo uso de ella, la directora agregaba que "eso" (relativo a lo ascético) no tenía en sí tanta importancia como lo tenía la forma en la que yo había vivido mi "filiación al Padre". Es decir, cuanto trabajo hubiera hecho, cuanto en mi vida interior hubiera desarrollado, todo, tenía que estar encauzado en función dc monseñor Escrivá. Entre el Opus Dei y monseñor Escrivá no había fronteras, eran lo mismo, puesto que el Padre "engendraba" al Opus Dei. No se nos preguntaba en la confidencia por nuestro amor al Papa, a la Iglesia, a los pobres, sino por nuestro "amor al Padre".

Se nos hacía sentir por él una veneración rayana en el culto puesto que se suponía que desde cuánto uno había rezado hasta cuánto uno se había mortificado, todo, absolutamente todo, tenía que estar orientado hacia "las cosas que llevaba el Padre en la cabeza por encima de cualquier pensamiento personal o de la Iglesia". La frase del Opus Dei de que "nosotros no nos preocupamos, sino que nos ocupamos de las cosas" tenía todo el sentido de que nada, absolutamente nada en nuestras vidas tenía la menor importancia. Sólo el Padre era importante y por consecuencia teníamos que considerar las cosas del Padre por encima de cualquier otra cosa.

Debe tenerse en cuenta también el que todas las numerarias debíamos escribir a monseñor Escrivá, al Padre, "al menos" una vez al mes, no hacerlo reflejaba "mal espíritu" o "falta de espíritu de filiación›. Sin embargo, no escribir a nuestras familias en un mes no tenía la menor importancia… La directora -el Opus Dei en esencia- usa el gran instrumento de la confidencia para adoctrinar, aseverar, insistir en tales y tales puntos de la vida de una numeraria, con el objeto de hacerle asumir la doctrina dcl Opus Dei primero, y luego, todo lo que ello lleva consigo.

La confidencia, en el Opus Dei, es la forma de control más absoluto de la libertad humana de sus miembros y una forma también muy clara de lavado de cerebro, que, aun sin llamarlo tal y bajo capa de "buen espíritu" o de "formación", se lleva a cabo con todos los miembros del Opus Dei.

En esa época también había que hacer fichas con nombres de personas que pudieran ayudar económicamente a la construcción de las obras de Roma, el Colegio Romano de la Santa Cruz. Esto también era tema de confidencia. Y por supuesto el cómo llevaba uno el proselitismo.

En este punto yo le hacía una relación detallada de todas y cuantas muchachas de san Rafael habían hablado conmigo, de sus problemas, de sus confidencias. Y muchas veces la directora me indicaba aquí y allí lo que debía decirles o si tenía que corregir algo que no era correcto sobre el espíritu dc la Obra. Comprendo hoy día que, en estas confidencias, se manoseaban las almas de otras personas, puesto que cosas íntimas que estas muchachas de san Rafael, por ejemplo, me habían dicho en función de que creían en mi amistad, yo, en este caso, las repetía a la directora, a una superiora mayor si preguntaba o a cualquier otra persona que "por cargo" quisiera saber algo acerca de tal o cual muchacha. Y aquí tendría yo que entonar un "mea culpa", puesto que también yo repetí la historia cuando ocupé cargos de gobierno y específicamente en Roma. Es decir, lo más importante en la confidencia era relatar cómo se había vivido el espíritu del Opus Dei y específicamente "el amor al Padre".

He de confesar que cuando yo llegué a manos de Dorita muchas otras personas habían manipulado ya mi conciencia y mi alma. Es decir, estas confidencias en el Opus Dei son el mejor medio de aherrojar la libertad de la conciencia humana y de manipular, como digo, las fibras más íntimas de las personas.

Es interesante recordar aquí que según el derecho canónico los miembros de las instituciones religiosas tienen libertad para abrir su alma confiadamente a sus superiores (Código de Derecho Canónico), pero no hay punto en el código de Derecho Canónico que "obligue y considere un deber", una regla de vida básica, el hablar con el superior. En cambio, en el Opus Dei, el hablar con la directora semanalmente, "la charla fraterna", llamada anteriormente "confidencia", es una norma obligatoria y está marcado -por monseñor Escrivá- que hay que hablar en ella incluso con mayor claridad que con la que pudiera hablarse con el mismo sacerdote en el confesonario.

Para monseñor Escrivá la "confidencia" era mas importante esencialmente que la confesión ("La charla fraterna", Cuadernos-3, 17,, pp. 142).

Mis normas, mi plan de vida, los cumplía lo mejor que sabía. Interiormente en mi oración ofrecía mi trabajo por aquellas almas que trataba, y fue, en resumen, como si mi vida interior se hubiera profundizado, ya que hacer cuanto en el Opus Dei se me indicaba era prueba -según el espíritu de esta institución- de que estaba cumpliendo la voluntad de Dios y, por tanto, Dios estaba contento con uno. En el Opus Dei se cultiva la fe a través de la piedad.

Quiero decir con ello que se cultiva la piedad para que las personas no se formen interrogantes de clase alguna, cuya resolución las llevaría a la fe verdadera. En dos planos: en el Opus Dei se infantiliza a las personas, no se las hace madurar.

Este crear el espíritu infantil, de abandono en manos de los superiores, no es sino un evadir los hechos reales de la vida cotidiana que afronta cualquier fiel cristiano corriente. Me daba cuenta de que le había dado a Dios cuanto me pidió a través del Opus Dei, y que mi entrega al Opus Dei era absoluta, total. Había llegado ese momento en mi vida en que de una manera fría aceptaba lo que fuera sin que ello despertara ningún oleaje en mi vida espiritual. Era un fiel instrumento en las manos de los superiores: era una fanática perfecta y, por tanto, una numeraria sin problemas, dentro del Opus Dei. Por ello tenía la felicidad que puede tenerse en una vida de entrega en la Obra: la persona del Padre, el proselitismo eran lo primero para mí, después del trabajo, naturalmente.

Durante un tiempo las numerarias que iban a "Gaztelueta" vivieron en "Abando", pero las Navidades del año 1951 ya las pasaron en la nueva casa.

Era complicado llegar a la casa de la administración de "Gaztelueta", porque había que dar mucha vuelta y para complemento tenían un timbre que no se oía en parte alguna de la casa.

El día de Navidad me dijo Dorita que, para que no estuvieran tan solas las de "Gaztelueta", fuera yo allá a almorzar con ellas.

Fui y creo que por primera vez saqué, desde hacía mucho tiempo, mi genio fuerte: caminando desde Las Arenas me costó trabajo encontrar la entrada a la administración lo primero, y, lo segundo, estuve más de cuarenta minutos llamando al timbre, bajo la lluvia, sin que me oyeran, con lo cual tuve que bajar de nuevo al pueblo y llamarlas por teléfono para que me abrieran la puerta.

Por la tarde, pasaban en esa administración a hacer la limpieza de la casa administrada, del colegio. Aunque no había clases en Navidad, la administración pasaba igualmente a dar una vuelta. La directora de la administración de "Gaztelueta", Mercedes Morado, me dijo que me pusiera una bata blanca y que las acompañara y así podría conocer el colegio de niños, el primero y el "único que el Opus Dei tendría en el mundo", según palabras de monseñor Escrivá.

"Gaztelueta" como colegio empezó a funcionar, como digo, en 1951 y fue el resultado de los esfuerzos hechos por Antonio Pérez Tenessa, en aquella época secretario general del Opus Dei. Le ayudó en la empresa Tomás Alvira, miembro del Opus Dei que había participado activamente en el Instituto Escuela, la proyección educativa de mayor importancia de la Institución Libre de Enseñanza.

Habiendo sido mi primer colegio el Instituto Escuela y yo precisamente de las alumnas que inauguraron el edificio recién construido en la calle de Serrano de Madrid y en el año 1931, no puedo describir apropiadamente mi asombro al visitar aquella tarde con la administración, siendo como era numeraria del Opus Dei, "Gaztelueta". Ante mis ojos veía la copia -una mala copia- incluso en detalles ínfimos, como podría ser la forma de los casilleros de los alumnos en la clase, las mesitas, en vez de pupitres, el número de alumnos en cada clase, etc. A mí me disgustó que se hubieran copiado las cosas materiales del Instituto Escuela para "Gaztelueta", haciendo creer a la gente, por supuesto la esfera social alta de Las Arenas, la "originalidad" del colegio del Opus Dei. Me daba cuenta de que la copia era mala porque se habían omitido cosas esenciales.

De regreso a Bilbao, aquella noche pensaba en el porqué de ese enfado mío al ver "Gaztelueta" como una copia del Instituto Escuela. Y creo ahora, a la distancia de los años, que mi desagrado tan grande era porque para mí el Instituto Escuela tenía un carisma especial:

había sido mi primer colegio y todo su sistema era precioso. Cualquier alumna del "Insti", como lo llamábamos, se sentía orgullosa de pertenecer a él. Fue como si una ráfaga de luz me trajera de repente un fantasma de un pasado feliz, muy feliz, de mi niñez. Ante mis ojos veía "Gaztelueta" como algo degradado, sin indicación alguna dcl espíritu que animaba al Instituto Escuela. Era eso: se habían copiado el cascarón, pero no podían captar el espíritu: la libertad que se disfrutaba en el Instituto Escuela, el hecho de que era un colegio mixto, los deportes a gran escala, nada de eso podía vivirse en "Gaztelueta", que en sí era sólo un colegio para niños ricos de Las Arenas, ubicado en un hotelito de una familia conocida, donde incluso en el vestíbulo como decoración había una silla de manos. En la pared y sobre la escalinata de mármol había un gran repostero con el lema del colegio: "Sea vuestro sí, sí; sea vuestro no, no." En el Instituto Escuela, pensé, el decir la verdad estaba tan imbuido en cualquier alumno que no necesitábamos de reposteros para recordarnos que la verdad era preciosa.

Creo que mi enfado me vino al ver una mala copia, una falsa copia, de algo muy bueno que viví y recordaba siempre.

Al hablar con dedicación especial sobre monseñor Escrivá explicaré con sumo detalle su gran sueño de "transformar para Cristo", haciéndolas suyas las ideas e ideales de la Institución Libre de Enseñanza. Ahora veo, sin lugar a dudas, que ésta ha sido siempre la táctica del Opus Dei bajo la dirección de monseñor Escrivá: copiar y adaptar. Si se ahonda en el pensamiento de monseñor Escrivá, no se encuentran muchas ni grandes ideas originales y, materialmente, su afán de copiarlo todo era notorio. Por ejemplo, en la decoración de las casas del Opus Dei, en la arquitectura de muchas de ellas, incluso en los oratorios, galerías, salas, etc., de la casa central del Opus Dei en Roma, el 99,99 % han sido copias de capillas, palacios, pueblos, muebles de cualquier sitio de Italia que visitaba monseñor Escrivá y se lo hacía copiar a uno de los arquitectos. Incluso

cuando veía alguna película en el aula magna, si había algún detalle de decoración o de cualquier cosa que le interesara, no tenía el menor reparo en mandar cortar aquella parte de la película para luego, como negativo, ampliar aquella foto y copiar lo que fuera.

Tras mi visita a "Gaztelueta", hablé con mi directora contándole mi indignado asombro. Dorita no conocía el Instituto Escuela ni tenía la menor idea sobre ese colegio en cuestión. Me dijo por tanto, lo de siempre: que si monseñor Escrivá hacía una cosa era por inspiración divina. Y me dejó muy claro que yo no podía dudar nunca de esta inspiración, ni era quién para juzgar.

Como el aceptar este hecho me era casi imposible, lo que hice fue rechazarlo, borrarlo de mi mente, no pensar más en ello.

El sacerdote que teníamos en Bilbao, don Alvaro Calleja, era muy bueno pero muy recién ordenado, y daba la impresión de que nos tenía un poco de miedo a las mujeres, impresión que, por otro lado, es común en los sacerdotes jóvenes recién ordenados del Opus Dei. No obstante, yo hablaba en el confesonario algunas veces, tras mi confesión, de las muchachas de san Rafael, pero en realidad más que una conversación era un monólogo porque él hablaba muy poco. Parecía muy enfermizo y en realidad lo debía de estar porque me enteré de que murió pocos años después.

Hicimos los ejercicios espirituales con don Alvaro Calleja todas las numerarias de "Abando" a primeros del año 1952 y aprovechando las vacaciones de Navidad de los residentes.

Las relaciones con mi familia seguían igual. No había discusiones, pero tampoco mejoras.

En el mes de marzo cumplí mis 27 años, en la administración de "Abando". Pocos días después, a primeros de abril, Rosario de Orbegozo, la directora central, anunció su visita a Bilbao.

Todas la esperábamos con gran emoción porque regresaba de Roma y dijo que nos contaría "muchas cosas del Padre".

Efectivamente llegó y antes de la tertulia me mandó llamar a mí, estando Dorita delante.

Parecía muy contenta cuando me empezó a hablar y me dijo que una de las cosas que le había dicho monseñor Escrivá era que quería que yo fuera a Roma como secretaria personal suya para los asuntos de la sección femenina en el mundo. Conmigo iría también María Luisa Moreno de Vega, una numeraria que era superiora mayor y que precisamente había trabajado también en el Consejo de Investigaciones Científicas con el secretario general de dicho Consejo, don José María Albareda.

Yo me quedé impresionada, sin reaccionar, tanto así que Rosario me dijo muy seria si es que no quería ir o no me daba cuenta del privilegio que la llamada del Padre suponía.

Le dije que sí, que comprendía el enorme privilegio de ir a trabajar directamente con el Padre a Roma, pero que tenía cierto temor al no saber exactamente cómo era el Padre. A Rosario no le gustó mi reacción y me dijo que parecía boba si no captaba plenamente lo que ir a Roma a trabajar directamente con el Padre significaba.

Rosario me dijo también que, aunque era Cuaresma, época en que no escribíamos ni teníamos relación alguna con nuestras familias, que llamase a mi padre por teléfono para anunciarle mi viaje a Roma y pedirle que me diera un billete Madrid-Barcelona-Roma.

Como puede verse nosotras no dábamos puntada sin hilo. Es decir, no había jamás contacto con nuestras familias que no fuera para pedirles algo: desde un billete a un abrigo, a un vestido, dinero o lo que fuera. Nos decían en el Opus Dei que siempre teníamos que hacer que nuestros padres nos dieran cosas, porque de esta forma se unirían a la Obra. Lo que puede darse uno cuenta clara es que a nuestras familias no se les brindaba ninguna atención, sino que se las usaba, se les manipulaba para "sacarles" algo. Y es curioso, que hoy día he oído también decir a algunas familias con hijos en el Opus Dei, que si les dan cosas a sus hijos, la Obra las consideraría mejor.

Rosario Orbegozo me dijo que María Luisa Moreno de Vega iría por avión, porque era superiora mayor, pero que yo iría por tren con una sirvienta y el baúl que había que llevar a la casa de Roma, con ropas y una serie de cosas que necesitaban.

Me fui al oratorio a darle gracias a Dios por la elección que el Padre había hecho al pedir que fuera yo a Roma para semejante encargo y también le pedí a Dios con toda mi alma que me ayudara porque tenia temor, quizá temor de lo desconocido.

Al día siguiente que Rosario se fue a "Gaztelueta", yo hablé con Dorita y aún recuerdo la pregunta que le hice:

–Dime, Dorita, ¿cómo es el Padre realmente, tú que le conoces?

Ella se echó a reír y me dijo:

–Vivir cerca del Padre es duro porque es muy exigente. – Y siguió-: La que le conoce muy bien es Encarnita Ortega, que es la directora de la casa allí. Por ejemplo: yo vi un día que Encarnita le dijo: "Padre, le ha llegado esta carta." Y junto con la carta Encarnita le entregó unas tijeras y un abridor de cartas para que el Padre pudiera escoger lo que prefiriera para abrir aquel correo.

Aquello nunca se me olvidó.

Debí de dejar Bilbao hacia el 8 o 9 de abril, no recuerdo bien, llegando a Madrid al día siguiente a fin de preparar mi visado italiano, ya que mi pasaporte lo tenía al día.

Viendo con la perspectiva de los años aquel momento en que me anunciaron mi marcha a Roma, comprendo que yo era más una numeraria del Opus Dei que una persona corriente.

Con esto quiero decir que yo estaba dispuesta a lo que fuera con tal de no ya cumplir la voluntad de Dios, sino "la voluntad del Padre". Esto es una de las cosas que cuando uno se convierte en una fanática del Opus Dei sucede:

la voluntad de Dios no cuenta tanto porque lo que cuenta es "la voluntad del Padre", lo que "el Padre dice", lo que al Padre "le da alegría". Es decir, es como si la adoración debida a Dios, al adquirir el "buen espíritu del Opus Dei", se cambiara por "la voluntad de monseñor Escrivá". Es un identificar al Padre como a alguien semejante a Dios. La forma de culto al fundador se imprime de tal manera en las numerarias "con buen espíritu" que sus almas llegan a moldearse y por tanto a formar la esencia de su vida interior de esta manera: lo importante es agradar al Padre porque así se agrada a Dios y no a la inversa. Esta faceta es idéntica en cualquier secta que podamos analizar actualmente, desde la triste tragedia de Guayana, con Jim Jones a la cabeza, hasta la tan discutida de Rajnesh, cuyo líder murió hace algunos años, o la secta del reverendo Moon, por enunciar tres ejemplos extremos.

Y ésta es la tragedia del Opus Dei: que si bien esas sectas, que a modo de ejemplo enuncio, se consideran como islotes en el mundo de las religiones, sin pertenecer a ninguna en panicular, el Opus Dei es, ni más ni menos, tenemos que admitirlo, una secta también, pero nada menos que en el seno de Nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica. El hecho de que el Opus Dei haya recibido todas las aprobaciones de la Iglesia: primero como Instituto Secular (2 de febrero de 1947); luego la aprobación a perpetuidad de sus Constituciones como tal Instituto Secular (16 de junio de 1950); y el 29 de noviembre de 1981 el cambio jurídico de Instituto Secular a Prelatura Personal, nada de ello excluye su carácter netamente sectario.

OceanofPDF.com

CAPITULO V: VIAJE A ROMA

OceanofPDF.com

Al llegar de Bilbao a Madrid fui a vivir a Juan Bravo, 20, la casa de la Asesoría Central que aún estaba en Madrid. A diario iba a la administración de Lagasca tratando de ayudar a preparar el equipaje que tenía que llevarme a la casa de Roma. Ambas casas, Juan Bravo y Lagasca, están muy cerca y equidistantes de la casa de mis padres. O sea, que, para mí, ese corto recorrido tenía el color de infinitos recuerdos de los años de mi vida anterior. Madrid es una ciudad que siempre he querido mucho; ha tenido siempre para mí un encanto especial. Era la ciudad donde había pasado los primeros veinte años de mi vida y ahora, al haber estado fuera de ella varios años, primero en Villaviciosa de Odón haciendo el curso de formación, luego en las administraciones de las residencias del Opus Dei en Córdoba, Barcelona y Bilbao, el volver a Madrid era un revivir mi vida entera. Especialmente el barrio de Salamanca, que me lo conocía palmo a palmo: desde mi niñez y mi vida de colegio y estudiante, a mi juventud, con sus recuerdos sentimentales y emotivos. Todo se me venía a la cabeza caminando por esas calles.

Pensamientos todos que, por otro lado, tenía que alejar de mi mente porque esos recuerdos cargados de una cierta nostalgia contrariaban mi vida de entrega según el espíritu del Opus Dei. Me daba cuenta de que tenía que "despegarme" de todo aquello que despertara en mí memorias pasadas que, en cierta forma, levantaban en mi mente y mi corazón un oleaje emotivo, lujo que una numeraria con buen espíritu no se podía permitir. O sea, que tuve que cortar el hilo de mi discurso mental más de una vez y ajustarme a la realidad de que estaba en Madrid "solamente" de paso para ir a Roma, nada menos que a trabajar de cerca con el Padre. Por ello, materialmente mi cabeza debía estar concentrada en preparar el equipaje que debía llevarme a Italia.

Cuando una numeraria iba a Villa Sacchetti, llevaba todo lo que esa casa había pedido: desde sábanas hasta estropajos para fregar los cacharros de la cocina. Aparte de ello, naturalmente, cada quién preparaba, en maletas aparte, la ropa personal que podía necesitar en Roma.

Un día de los que fui a "Lagasca", conocí a María Luisa Moreno de Vega, que era superiora de la Asesoría Central y que iba a trabajar conmigo, ambas como secretarias personales de monseñor Escrivá en los asuntos relacionados con la sección de mujeres del Opus Dei en el mundo entero. María Luisa había trabajado también en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas como secretaria de don José María Albareda, cuando yo trabajaba en el mismo Consejo como secretaria del doctor Panikkar.

Estaba previsto que, aquella semana, primeros de abril, María Luisa Moreno de Vega, que era superiora mayor, como digo, viajaría en avión a Roma. Yo, en cambio, como no tenía entonces ningún cargo de gobierno en el Opus Dei, iría en tren con Tasia, una numeraria sirvienta que iba a quedarse en Villa Sacchetti. Me llevaría también el equipaje pesado, es decir, el baúl, más las maletas de María Luisa, de Tasia y las mías.

El día que María Luisa Moreno de Vega salía para Roma me dijeron que fuera con Rosario Orbegozo, la directora central, a despedirla. Recuerdo que María Luisa iba vestida con elegancia para el viaje. Como complemento de su atavío, llevaba un sombrero muy bonito y gracioso.

En aquellos años la sección femenina no tenía automóvil alguno y por ello don José María Hernández Garnica arregló que, en uno de los automóviles de ellos, un numerario nos condujera al aeropuerto. Pero, hete aquí que, con la prisa, María Luisa se olvidó nada menos que del pasaporte y solamente se dio cuenta de ello cuando estábamos cerca del aeropuerto. Cuando Rosario oyó decir a María Luisa

que se había olvidado el pasaporte, le entró un ataque de desesperación, ya que por esa causa perdería el vuelo a Roma, e indignada y furiosa, le pegaba golpes en el sombrero a María Luisa, abollándoselo, claro, mientras le repetía que, en vez de preocuparse tanto del sombrero, se hubiera tenido que ocupar más de no olvidarse el pasaporte.

La escena, dentro de lo dramática, era comiquísima: el numerario del Opus Dei manejando el automóvil, nosotras tres en los asientos de atrás y, mientras, Rosario abollando, de la rabia, el sombrero de María Luisa. Ésta estaba angustiada por lo ocurrido, pero, por reacción nerviosa, le dio por reír también. Yo, por mi parte, apenas podía contener la risa igualmente.

Total, que el numerario-chauffeur que hasta ahora había manejado en el más absoluto de los silencios, pero que, inevitablemente, había oído el problema, se atrevió a preguntar:

–Volvemos, ¿no?

A lo que todas asentimos a la vez. Regresó, pues, a "Lagasca", con la consabida bronca, al llegar a la casa de Rosario, a María Luisa por haber perdido el avión de esa semana, ya que en esa época, el servicio aéreo con Italia, desde Madrid, era semanal. Yo me daba cuenta de que Rosario tenía razón, pero la verdad era que, en su conjunto, la parte cómica vencía a la trágica.

La semana siguiente, la partida de María Luisa fue muy distinta: la acompañé yo simplemente como me dijeron: en un taxi y solamente a la terminal de autobuses de Iberia, que llevaba los pasajeros al aeropuerto.

Con respecto a mi familia, desde que yo llegué de Bilbao y, dado que me iba de España, lo más probable "para siempre", me dijeron las directoras que podía ver a mi padre todos los días. Como el ir a casa de mis padres era impensable, ya que mi madre seguía totalmente opuesta a mi vocación y no quería ni verme mientras estuviera en el Opus Dei, acordé con mi padre el vernos a la hora del café. Solíamos encontrarnos a diario, alrededor de una hora, en la cafetería del hotel Emperatriz, que estaba prácticamente junto a la casa de mi familia. Sin embargo, un buen día, me dijo la directora de Juan Bravo que, como estábamos en Cuaresma, sería mejor que no me reuniera con mi padre a diario, sino cada tres o cuatro días solamente.

A mis hermanos pude verlos apenas, por la incompatibilidad de sus horarios de estudios con el rato de que yo disponía por la tarde y porque, por otra parte, mi madre no les dejaba que me visitaran. La situación familiar respecto a mi vocación no solamente no había cambiado, sino que ahora, con mi marcha a Roma, había empeorado.

Las conversaciones con mi padre eran dolorosas por ambas partes: yo lo veía sufrir, primero porque él veía a mi madre sufrir y segundo porque se daba cuenta de que yo también sufría por la reacción de mi madre. Él estaba en el medio. Mi padre me quería entrañablemente y siempre congeniamos mucho, además de ser yo la única hija y la mayor.

Cada vez que nos encontrábamos, me repetía mi padre que si tenía cualquier problema en Roma, acudiera al embajador de España en el Vaticano, a quien él conocía bastante, y que cualquier cosa que necesitara que no dejara de escribirle a casa. Por supuesto, me repetía también que si no era feliz, regresara a casa, donde tanto él como mi madre me recibirían con los brazos abiertos.

Otro de los días me recordó mi padre el temor que él tenía de que Pío XII, siendo como era el Pontífice entonces, tuviera "en cuarentena" al Opus Dei, y me volvió a relatar la entrevista que tuvieron, él y mi madre, con este Papa, en octubre de 1950. Ambos tenían la impresión clara de que Pío XII no tenía la menor simpatía al Opus Dei. Esto basado en la experiencia vivida cuando mi padre, acompañado por mi madre, y yendo en visita oficial al Vaticano, tuvieron una audiencia privada con Su Santidad Pío XII: mis padres y otro matrimonio que acompañaba también a mi padre. Este matrimonio, muy felizmente, le contó al Santo Padre que tenían un hijo en la Compañía de Jesús. Pío XII les habló con entusiasmo de la Compañía de Jesús y les dio expresamente una bendición especial para ese hijo jesuita. Mi madre, que estaba muy emocionada durante la audiencia, al oír aquello, se echó a llorar. Pío XII, dirigiéndose a mi padre, le preguntó si tenían hijos y si tenían algún problema con ellos, a lo que mi padre le respondió que no tenían problema con mis hermanos porque eran muy buenos. "El problema-balbuceó mi madre entre sollozos- es mi hija." A lo que Pío XII le volvió a preguntar a mi padre cuál era el problema con su hija. Mi madre le dijo: "Se fue al Opus Dei." Pío XII respondió con cierta frialdad diciéndoles a mis padres escuetamente: "Sí. Es un Instituto Secular recientemente aprobado." Y no dijo nada más. Sin embargo se mostró sumamente cariñoso con mi madre y le dio su bendición mientras suavemente le acariciaba la cabeza. Mis padres se quedaron convencidos de que Pío XII no tenía afecto especial alguno al Opus Dei. Y esto mi padre me lo recordó en una de esas tardes.

Mi madre aparentemente mantenía que una orden o congregación religiosa era clara en su manera de actuar, pero que el Opus Dei, dicho en forma coloquial, "no era carne ni pescado".

Yo oía estas cosas, pero pensaba que mis padres estaban obcecados y que, en su afán de hacerme volver a la casa, deformaban las cosas. Tenía esculpido en mi mente lo que el Opus Dei repetía: "Que los padres podrían ser a veces los mayores enemigos de nuestra vocación." Años más tarde comprendí cuánta razón tenían mis padres en sus apreciaciones instintivas sobre el Opus Dei.

Respecto a mis amigas, como la mayoría estaban casadas, me dijo la directora de la casa que no valía la pena verlas porque disponía de muy pocos días en Madrid, y era mejor que simplemente dejara las fichas con sus nombres para que alguna otra numeraria las llamase por teléfono, más adelante, para invitarlas a retiros.

Me desaconsejaron igualmente que las llamara por teléfono, cosa que, lógicamente, me costó mucho esfuerzo, pero que igualmente acepté.

Estuve en Madrid cerca de tres semanas, ya que mi viaje se concretó para el 22 de abril. El itinerario era Madrid-Barcelona-Roma sin parada en parte alguna. Mi padre, por supuesto, me dio el billete de tren en tercera clase, porque ya estaba resignado al entonces criterio sobre viajes del Opus Dei. Esta vez mi padre no pudo ir a la estación: por asuntos de trabajo tenía que salir para Londres antes de que yo lo hiciera para Roma. Se llevó a mi madre con él, en parte también para evitarle la tensión de mi marcha a Italia.

Ni qué decir tiene que en las casas del Opus Dei en Madrid me repetían a derecha e izquierda la mucha suerte que tenía -lo "enchufada" que era- de poder ir a Roma a la casa del Padre y nada menos que de secretaria suya.

Don José María Hernández Garnica nos dio a Tasia, la sirvienta, y a mí la bendición de viaje, una costumbre que se vive en el Opus Dei, cada vez que alguien viaja. También me dio don José María

un correo personal para monseñor Escrivá con la indicación de que se lo entregara a don Alvaro, nada más llegar.

Estábamos a punto de salir para la estación cuando Rosario Orbegozo, que como dije era la directora central de la sección de mujeres del Opus Dei, me llamó aparte y me dijo, ante mi asombro, que me subiera la ropa porque me tenía que poner una faltriquera debajo de la falda.

Me dijo que no preguntase nada y tampoco me explicó de cerca ni de lejos el contenido de aquella especie de manga larga, llena de lo que fuera, que ella misma me ató alrededor de la cintura. Solamente me indicó muy seriamente, que bajo ningún concepto me la quitara, ni hablase sobre ello tampoco a la sirvienta que venía conmigo ni a nadie, sino que al llegar a Roma, se lo entregara personalmente a don Alvaro del Portillo. Me recomendó especial cuidado al cruzar la frontera, tanto la hispano-francesa, como la franco-italiana, y me indicó expresamente también que, caso de que me quisieran registrar en alguna aduana, debería exigir que la oficial de aduanas fuera con uniforme y guantes blancos, porque de otra forma no podían, por ley internacional, registrarme. Me insistió una y otra vez en el tremendo cuidado de la faltriquera pero, como digo, no me explicó en absoluto cuál era el contenido.

En el primer momento pensé que el contenido de aquella faltriquera sería seguramente algún documento muy importante de la Obra, pero la verdad es que, con la tensión de la marcha y luego en la estación con el cuidado de facturar el baúl y parte de las maletas directamente a Roma, no me volví a preocupar demasiado de la faltriquera.

Subir al tren fue en cierta forma un descanso, después de los preparativos y emociones de última hora. En el compartimento venía una señora muy mayor, francesa, que apenas nos dirigió la palabra y que se bajó a mitad de camino. La otra persona que venía en el compartimento era un señor, joven más bien, italiano, de aspecto elegante, que hablaba correctamente español porque había vivido varios años en España, nos dijo.

El trayecto Madrid-Barcelona, como lo hicimos de noche, Tasia y yo tratamos de dormir lo más posible. Yo no lo hice muy bien, porque pensaba que, probablemente, dejaba mi país para siempre. Aunque en mi familia había un gran ambiente internacional, como dije anteriormente, España era el país donde yo había nacido y vivido, y lógicamente no sabía cuándo podría regresar, ni si regresaría. Dejaba atrás, una vez más, mi vida entera, pero esta vez con la base sólida del país que me había visto crecer y al que quería mucho. Por otra parte, pensaba igualmente que Dios también me pedía aquello y procuré, mentalmente, hacer un nuevo ofrecimiento de mi vida y futuro a Dios. Era como cortar el cordón umbilical.

Frente a mí tenía el panorama de empezar a trabajar con el Padre y además el carisma de haber sido escogida por él para esta labor delicada de ser su secretaria junto con María Luisa Moreno de Vega.

Cruzamos a Francia en el mismo tren sin problemas de policía ni aduana, porque nuestros documentos estaban en regla. Yo recordé la faltriquera, pero a nadie se le ocurrió registrarnos.

El trayecto, de la frontera hispano-francesa a la frontera italiana es tan lindo que estuvimos embebidas contemplando el paisaje de la Costa Azul y Mónaco. En mi interior, siempre acaricié la idea, mientras estaba en la Obra, de que, algún día, si dejaba España, me enviarían a Francia. Así le había expresado este deseo a monseñor Escrivá en más de una de mis cartas personales, ya que

Francia es un país que me entusiasma.

En Madrid, nos habían preparado para el viaje unos sándwiches y alguna fruta, pero no agua, porque nos dijeron que podríamos beber en alguna fuente de las estaciones donde parase el tren. La verdad es que el tren paraba solamente unos minutos en las pocas estaciones que lo hizo y no daba tiempo a bajarse y empezar a buscar fuente alguna. Yo, que siempre bebo mucha agua, tenía muchísima sed, pero como no nos habían dado dinero para el viaje, tampoco podíamos comprar ningún refresco a quienes los vendían acercándose a las ventanillas en los pocos minutos que el tren paraba en alguna estación de paso.

Nuestro compañero de tren, al ver dos mujeres jóvenes, de aspecto agradable, debió de pensar que se iba a pasar un viaje muy bueno en nuestra compañía, pero lo que él no sabía era que las numerarias del Opus Dei nunca alternan con hombres y que, cuando viajan, o en situaciones similares, tampoco revelan su pertenencia al Opus Dei, lo que crea muchas veces, como en este viaje, por ejemplo, una situación confusa y embarazosa. La forma corriente con que yo vestía y mis 27 años recién cumplidos me hacían aparecer en aquel tren con el aspecto de una muchacha estudiante que va al extranjero. En cuanto a Tasia, al ir también corrientemente vestida, no tenía aspecto monjil. Lo único que se le notaba era que, a pesar del vestido, sus modales y aspecto físico eran más bien toscos. El señor italiano quería a toda costa entablar una conversación, pero las preguntas que nos hacía se las respondía yo, educada pero lacónicamente, para evitar una conversación larga. El hombre no sabía qué hacer para pegar la hebra. Su afán de hablar nos hizo a Tasia y a mí pasarnos muy largos ratos en el pasillo del tren en el trayecto Barcelona-Ventimiglia, frontera por la que entramos a Italia.

De más está decir que cumplimos todas las normas del plan de vida, para lo cual y a fin de no llamar la atención ni ser interrumpidas por el señor italiano, nos hacíamos las dormidas.

Al llegar a Ventimiglia, la policía y la aduana italiana subieron igualmente al tren para revisar los pasaportes y los equipajes. Yo estaba tan tranquila porque en Madrid había facturado hasta Roma el baúl y un par de maletas, con lo cual no teníamos gran equipaje en el compartimento.

Una vez que la policía y la aduana italiana se bajó del tren, Tasia y yo nos quedamos en el pasillo mirando por la ventanilla todo el trasiego de aquella estación fronteriza. Vimos también cómo las otras maletas nuestras entraban en el vagón de equipajes con destino a Roma, pero de repente y con enorme asombro nos dimos cuenta de que a nuestro baúl lo habían dejado atrás, apartado, en medio del andén donde la aduana revisaba los equipajes, sin el menor aire de subirlo también al vagón, con destino a Roma. Faltarían como unos diez minutos para que arrancara el tren, cuando nos dimos cuenta de ello. No lo pensé dos veces: le di a Tasia su billete y su pasaporte y le dije al señor italiano que por favor la cuidara durante el viaje y especialmente al llegar a Roma, donde nuestras amigas nos esperaban.

Con las mismas, bajé del tren y volé a la aduana. Durante unos tres minutos iba y venía, brincando entre los mostradores de la aduana francesa y la italiana, tratando de averiguar la razón por la que no habían subido el baúl en el tren que iba a Roma. La respuesta fue que tendría que dejar el baúl en la frontera y que luego podría reclamarlo a través de un agente de aduanas, a menos que pagase de inmediato, bien en liras o en francos franceses, una cantidad equivalente a unos treinta dólares norteamericanos y que, por otra parte, dudaban de que hubiera tiempo ya para subir el baúl al tren.

Me di cuenta, con horror esta vez, de que, al no tener dinero en moneda extranjera, el baúl se perdería

probablemente o sería complicadísimo reclamarlo desde Roma, y además que era el encargo específico que me habían dado las superioras en Madrid de que el baúl tenía que llegar conmigo a Roma. De repente, se me ocurrió pensar si el contenido de la faltriquera que yo cargaba podría ser dinero. Cruzó también por mi mente el mandato severo de Rosario Orbegozo de que bajo ningún motivo me deshiciera ni tocara aquella faltriquera, pero, al mismo tiempo y como un rayo de luz se me vino a la cabeza el pasaje bíblico de los panes de la proposición y sin más, me metí en un inmundo servicio que había allí mismo, rasgué la tela de la faltriquera y vi con estupor ante mis ojos que contenía miles y miles de dólares norteamericanos.

Temblorosa, saqué solamente cincuenta dólares sin querer indagar la enorme cantidad de dinero que llevaba encima y pagué así a la aduana franco-italiana. Después de lo cual insistí a los aduaneros de tal forma que logré que subieran el baúl al vagón de equipajes, justo un instante antes de que el tren arrancara.

Por mi parte, volando más que corriendo, crucé las vías y me fui hacia el tren que empezaba a moverse. Tasia, la sirvienta, lloraba pensando que se quedaba sola porque con el tren en marcha no lo podría alcanzar. La verdad es que llegué a los escalones de la portezuela de uno de los últimos vagones. Mientras tanto, el señor italiano, al ver la escena, corrió por el pasillo del tren hacia la portezuela que yo intentaba alcanzar y con todas sus fuerzas me ayudó a subir al tren, ya en franca marcha. Naturalmente tuve que darle amablemente las gracias a aquel señor y fue ya inevitable el entablar una conversación amable con él.

La verdad es que, a más de jadeante por la carrera hacia el tren, interiormente estaba angustiada por haber roto la faltriquera y pensar qué diría don Alvaro al darse cuenta de que yo me había enterado de esa manera de que llevaba dólares encima. En ese momento no pensé que los superiores del Opus Dei -empezando por el Padre, siguiendo por Alvaro del Portillo, continuando con don José María Hernández Garnica y, acabando por Rosario Orbegozo- me habían usado, sin decirme nada, sin advertirme nada y sin preguntarme, en primer lugar, si estaría dispuesta a correr ese riesgo por la Obra.

Cuando pienso en ello hoy día y me doy cuenta de que crucé las fronteras de tres países con aquel puñado de dinero sin saberlo, no es que me irrite solamente, es que me espanta el que el Opus Dei utilice a sus miembros como marionetas haciéndoles violar leyes internacionales.

Si dichas leyes son justas o injustas, no me toca a mí juzgarlo. Lo que espanta, como digo, es que el Opus Dei exponga de esta manera a sus miembros. ¿Cómo iba a creerme la policía de país alguno que "yo no sabía" que llevaba divisas, máxime siendo mayor de edad, como era?

Es decir, por ser mayor de edad, yo hubiera pagado en mi persona cualquier pena que me hubieran impuesto tanto España por sacar dinero sin permiso, como Francia o Italia, por no declararlo, si me lo hubieran llegado a encontrar.

Parece ser que monseñor Escrivá con alguien de las altas esferas del Opus Dei, o alguien importante del Opus Dei -no estoy totalmente segura- fueron a visitar a Franco en esa época y en el transcurso de la conversación le dejaron caer que se estaban construyendo en Roma los edificios que albergarían al Colegio Romano de la Santa Cruz y que para ello necesitarían canalizar desde España fondos para esta empresa. Franco, con su bien conocida "diplomacia gallega", no prestó mayor atención a la insinuación. Indiscutiblemente monseñor Escrivá por aquello de que "quien avisa no es traidor" pidió

a los superiores mayores del Opus Dei en España el que pudieran enviar con la periodicidad necesaria, para poder cumplir los compromisos financieros frente a terceros, ayuda económica en gran escala. El Opus Dei en España sufrió una verdadera sangría financiera para poder ayudar a Roma. Al no haber canales oficiales para hacerlo abiertamente, dado el control monetario español de la política franquista, se utilizaron medios diplomáticos "discretos" para verificar dichos envíos, bien fueran valijas diplomáticas o similares. Estando en Roma, todas sabíamos que semanalmente llegaba un correo de España, es decir, alguien que traía papeles confidenciales y -no me cabe la menor duda hoy día- que, posiblemente también, como en mi caso, esa persona transportara igualmente sumas menores en divisas.

Pero siguiendo con el viaje, el señor italiano preguntaba cosas lógicas como:

–¿Qué piensa hacer usted en Italia?

Mi respuesta, lógica también:

–Estudiar italiano.

Yo trataba de ser lo más evasiva posible, pero las preguntas se sucedieron:

–¿Dónde en Italia?

–En Roma.

–¿Dónde vivirá usted en Roma?

–En una residencia de estudiantes.

–¿Cómo se llama?

–No lo sé -fue mi respuesta-. Mis amigas me lo dirán cuando me vengan a buscar esta noche a la estación.

Siguieron sus preguntas y mis evasivas. Yo no le di dirección alguna, por supuesto, simplemente me limité a decirle, para que todo pareciera normal, que creía que la residencia estaba en el "Panoli", pero que como no conocía Roma, podía estar confundida.

Como este señor vio que no era muy fácil seguir hablando conmigo, me brindó amablemente unas revistas italianas que llevaba él, ya que nosotras tampoco llevábamos material alguno de lectura. Las acepté cortésmente para verlas.

Lo que este señor no podía ni vislumbrar era que aquellas revistas eran las primeras que caían en mis manos desde el año 1950. Sentía gran curiosidad e interés por hojearlas, máxime porque eran italianas. Pero sobre todo porque hacía, como digo, años que no hojeaba una revista.

Eran sencillamente unas revistas gráficas, pero no pornográficas ni mucho menos, lo que no significa que no hubiera por otra parte, alguna que otra fotografía más o menos sugestiva. Yo procuré que la sirvienta no viera esas páginas y me dediqué por unos minutos a ver si podía entender el italiano

escrito. Pretextando las salidas al pasillo del tren, dejé las revistas en el asiento. Y así, entre salidas al pasillo, cumplimiento del plan de vida con apariencia de sueño, transcurrieron las horas hasta que llegamos a la Stazione Termini en Roma: eran las once de la noche del 23 de abril de 1952.

Nos esperaban en el andén Iciar Zumalde, quien había hecho conmigo el curso de formación en "Los Rosales" y Mary Carmen Sánchez Merino, de Granada, a quien no conocía. Me llamó la atención que la Stazione Termini no fuera tan ruidosa como las españolas y me hicieron notar que dependía del material que habían empleado en la construcción del pavimento.

Tomamos un taxi con todo el equipaje, maletas y baúl incluidos. Me pareció en el camino que Roma tenía una bonita iluminación, pero estaba tan cansada y sedienta que lo único que deseaba era llegar a la casa y beber agua. Por fin, tras unos veinte minutos, llegamos a Via di Villa Sacchetti, 36, la casa central de la sección femenina del Opus Dei en Roma.

Al bajarme del taxi, mi primera impresión fue que la casa del Opus Dei era pequeña, porque desde el umbral sólo se veían tres ventanas y una especie de tejadillo.

ROMA, LA JAULA DE ORO

Via di Villa Sacchetti

Nos abrió la puerta Antonina, una numeraria sirvienta de las primeras de la Obra, que hacía muchos años que estaba en Roma. Con ella nos esperaba Encarnita Ortega, entonces directora de la administración de Villa Sacchetti y también Mary Altozano, una numeraria de Jaén, que era la subdirectora de la casa. María Luisa Moreno de Vega también estaba con ellas esperándonos.

Tras los saludos calurosos de todas y cada una, subimos por unos escalones de granito a la Galleria della Madonna y desde allí bajamos, por otra escalerilla, al oratorio del Inmaculado Corazón de María a saludar al Señor.

Yo le pregunté a Encarnita Ortega si podría beber un vaso de agua, porque hacía casi cuarenta y ocho horas que no bebía una gota. Siempre me acordaré de que miró el reloj y me dijo: "Son pasadas las doce. Si bebes agua ahora, mañana no podrás comulgar. ¡Mira qué bien! – agregó-, la primera cosa que vas a ofrecer en Roma por el Padre." Y, naturalmente, no bebí agua.

Me prendieron, para que la pudiera ver bien, las luces de la Galleria della Madonna, llamada así, porque hay un vitral de la Anunciación al final de la misma, el cual, por el otro lado, da al planchero de la casa, y cuando éste está iluminado da luz también a la Galleria. Esta galería es muy bonita. Curiosamente y debido a la serie de desniveles que existen en estos edificios de la casa central del Opus Dei, la Galleria della Madonna es un sótano que recibe muy buena luz natural por claraboyas en el techo. Tiene esta galería un piso de baldosa roja zigzagueante enmarcado por una piedra caliza blanca, y el zócalo de granito gris. Y una fuente adosada a una de las paredes de la galería hecha con

el típico sarcófago romano – uténtico en este caso-. En esta fuente hay un chorro de agua cuyo hipogrifo gotea siempre y ello procura un ambiente recogido y silencioso. Está indicado además, en la casa de Roma, que en esta galería se debe vivir el "silencio menor" ("El silencio menor" se vive en todas las casas del Opus Dei desde después de la tertulia de mediodía hasta después de las 17.00. En muchos países, la hora de la merienda o "tea time".), lo que significa que sólo se debe hablar lo estrictamente necesario, pero en voz muy baja por la cercanía a los oratorios. Cuando yo llegué sólo había un oratorio en la administración: el del Inmaculado Corazón de María.

A Tasia, la sirvienta que venía conmigo, la acompañaron a su camarilla (nombre que se les da en las casas del Opus Dei a los dormitorios de las sirvientas, que siempre son individuales)

Antonina, con Mary Carmen Sánchez Merino e Iciar. A mí me acompañaron a mi cuarto Encarnita Ortega y María Luisa Moreno de Vega.

Naturalmente Encarnita me dijo también lo mismo que en Madrid: que era una "enchufada" por venir a la casa del Padre y la mucha responsabilidad que tenía ante Dios por haber sido escogida a trabajar directamente con él como una de las dos secretarias personales.

Me preguntó Encarnita si traía algo para el Padre y le dije que sí. Le entregué el correo que me dio don José María Hernández Garnica y también la faltriquera, explicándole lo que me había sucedido en Ventimigua. Ella me dijo que se lo explicara yo misma a don Álvaro del Portillo cuando le viera al día siguiente.

Mi primera impresión, al cruzar el umbral, fue como la de entrar en un castillo medieval: noté que había mucha piedra, baldosa roja y hierro en la construcción. Apenas se veían muebles, pero sí contraventanas pesadas.

Nuestras habitaciones formaban un bloque de dos pisos, cuyas ventanas daban a una terraza donde habían plantado varios cipreses y cuya verja, que daba a la calle de Villa Sacchetti frente a un edificio más bien moderno de esa misma calle, estaba empezando a tupirse débilmente con una especie de jazmín.

Al subir la escalera -escalones de baldosa roja ribeteados de madera- hacia el primer piso de habitaciones, nos detuvimos en un descansillo grande donde está ubicado el "soggiorno" (cuarto de estar), cuya cancela de hierro y cristal permite ver la habitación entera desde fuera. La habitación era grande, con varios ambientes, muy agradable de aspecto. Bien amueblada, me pareció. Me hizo notar Encarnita una serie de dibujos decorativos de las paredes: varios "trompe l'oeil". Tenía tres ventanas que daban a la calle (las cuales yo acababa de ver desde abajo).

De ahí, rápidamente, me llevaron a mi cuarto que estaba en el primer piso, explicándome dónde estaban las duchas y los retretes. María Luisa Moreno de Vega tenía su habitación casi al lado de la mía.

Cuando cerré la puerta del cuarto le eché un vistazo: era una habitación de mediano tamaño con una cama de hierro verdinegro y una colcha floreada muy agradable que cubría las tablas.

En los días siguientes me di cuenta de que todos los dormitorios tenían el mismo plano y la misma clase y número de muebles. Había en el cuarto dos puertas: una que daba al lavabo, con un espejo

grande, luz, etc., y otra, la del closet. Una ventana, que estaba cerrada, no sabía en aquel momento a dónde daba, pero al día siguiente, al abrirla, comprobé que daba a aquella terraza de los cipreses que a mí siempre me gustó. En la pared había una hornacina para libros, pero sin libros, y una imagen de la Virgen pintada en el muro. Una mesa de trabajo muy sencilla y una silla completaban la decoración de aquel cuarto. El suelo era de mosaico rojo. La habitación, aunque era agradable, me sobrecogió por lo austera. Me parecía una habitación muy desnuda. En ella, desde luego, no había nada superfluo. Organicé mi ropa en el closet y me acosté rendida.

Me levanté al sonar el timbre y siguiendo las reglas de cualquier casa del Opus Dei, a la media hora estaba arreglada y con la cama tendida. La luz romana entro por aquella ventana al abrirla y fue como si me inundara de optimismo con aquel sol. Me vino a buscar Encarnita para acompañarme al oratorio, porque la casa era tan grande que fácilmente se perdía uno en ella, sobre todo al llegar.

Primero la meditación, como en cualquier otra casa de la Obra, y luego la misa. El oratorio del Inmaculado Corazón de María era muy distinto de los que yo conocía en las casas de la Obra.

Me pareció bastante grande. Tenía una sillería de coro, a la que se subía por dos escalones, donde nos sentábamos las numerarias y, en el centro del oratorio, flanqueando el pasillo central, estaban los bancos donde se sentaban las numerarias sirvientas. En el centro de ese pasillo había un pequeño órgano.

Al terminar la misa fui a saludar a las numerarias y sirvientas de la casa, unas conocidas y otras no, que nos esperaban en la Galleria della Madonna. Estos saludos suelen ser muy bulliciosos, con grandes abrazos, pero nunca besos: las numerarias del Opus Dei no se besan nunca. Inmediatamente fuimos a desayunar. Entonces, las numerarias, debido a horarios conflictivos con la casa administrada, ya que los numerarios, al no tener su comedor terminado, usaban el nuestro y a fin de vivir el reglamento de administraciones que expliqué al hablar de Córdoba, desayunábamos en el planchero, en una mesa que se improvisaba en la parte donde habitualmente se cosía. A la hora del almuerzo y cena sí usábamos nuestro comedor, porque se hacían varios turnos de comidas en la casa. Y esto duró por casi dos años: hasta que se terminó parte de las obras y pudimos desayunar también en los comedores que eran para la administración.

Cuando yo llegué a Villa Sacchetti, éramos muy pocas numerarias: el consejo local estaba formado por Encarnita Ortega como directora, Mary Altozano como subdirectora y Mary Carmen Sánchez Merino como secretaria. Iciar Zumalde se ocupaba especialmente de las sirvientas y del planchero, Mary Carmen Sánchez Merino de las compras y también de las sirvientas.

Manta Verdú, de la cocina, y Mercedes Anglés, del oratorio, la costura y de labores especiales como bordar alguna cosa que el Padre necesitaba como decoración en algún lugar de la casa, hacer arreglos especiales de oratorio, etc. También estaba Julia Vázquez en Roma, una numeraria de Madrid, a quien no había conocido anteriormente. Julia era la persona más deliciosa de trato que he conocido en mi vida. Tenía una gran sensibilidad y era de mentalidad muy abierta. Se ocupaba también del planchero y la limpieza. Curiosamente tanto Iciar Zumalde como Mercedes Anglés y Manta Verdú habían hecho mi curso de formación en "Los Rosales", o sea, que nos conocíamos muy bien. A María Luisa Moreno de Vega y a mí nos dijeron que nos ocuparíamos de la limpieza de la administración principalmente y, luego, del trabajo de secretaría con el Padre.

Me contaron en el desayuno que antes también vivían en Villa Sacchetti más numerarias, pero que el

Padre acababa de formar la región de Italia, con sede en Roma, en una casa llamada Marcello Prestinari por el nombre de la calle donde estaba ubicado ese piso. La-secretaria regional era Pilarín Navarro Rubio, una de las primeras de la Obra, paisana de Encarnita Ortega. Habían sido destinadas también a la región. de Italia: Enrica Botella, Victoria López Amo, Consi Pérez, Chelo Salafranca y María Teresa Longo, la primera numeraria italiana.

Excepto a Chelo, a quien yo conocía de la época de "Zurbarán", no conocía a ninguna de las otras.

Secretaria del Padre

Nada más desayunar, Encarnita acomodó en una bandeja de plata las cosas que yo había traído para el Padre y nos dijo a Tasia y a mí que estuviéramos preparadas porque el Padre iba a venir a la Gallenia della Madonna a saludarnos. Preguntamos cómo había que saludarle y nos dijeron que se le besaba la mano si él nos la tendía. Tasia y yo con Encarnita estábamos en dicha galería cuando oímos la voz del Padre que venía acercándose por la Galleria degli Uccelli (llamada así porque está decorada en las paredes y techos con pájaros). Se detuvieron él y don Alvaro del Portillo de espaldas al vitral de la Gallenia della Madonna y muy sonrientemente el Padre nos dijo:

–¡"Pax", hijas mías!

A lo que le contestamos llenas de emoción:

–¡In aeternum, Padre!

Le besamos la mano cuando nos la tendió. Don Alvaro también muy sonriente nos dijo igualmente "Pax!" a lo que le contestamos también "In aeternum!".

Yo no había visto a don Alvaro desde la tarde en que me dijeron fuera a visitarle a Diego de León en Madrid, a finales de 1949. Y, en cuanto a monseñor Escrivá, aunque la primera vez lo vi dando una meditación a las numerarias recientes, a primeros de 1949 en la administración de "Lagasca", también en Madrid, era ahora la primera vez que me hablaba directa y personalmente.

El Padre muy cariñosamente nos preguntó cómo habíamos hecho el viaje y si habíamos descansado bien. Le dijimos que sí. Luego dirigiéndose a la sirvienta, le dijo que había mucho trabajo que hacer en la casa y que esperaba que siempre estuviera alegre. Con un "¡Dios te bendiga, hija mía!", despidió a la sirvienta. Inmediatamente mirándome a los ojos me dijo:

–¡Qué ajena estabas tú, hija mía, Carmen, de que ibas a venir a Roma!

A lo que le respondí:

–Es verdad, Padre.

Y monseñor Escrivá continuó:

–¿Ves los designios del Señor, hija mía?

–Sí, Padre -fue mi respuesta.

Luego me empezó a decir que había mucho trabajo para hacer y que ya hablaríamos. Me preguntó si conocía Roma y le dije que no. Entonces le dijo a Encarnita que me acompañaran a San Pedro y que me dieran una vuelta. Agregó: "¡Hay que aprender italiano!" -Claro, Padre -fue mi respuesta.

Preguntó el Padre si había traído correo para don Alvaro y le dije que sí. Encarnita abrió la puerta del planchero y Rosalía López, una numeraria sirvienta de las primeras, salió con la bandeja. El Padre indicó que la dejaran en el comedor de él en la Villa Vecchia. Aproveché un silencio del Padre para intentar decir a don Alvaro la razón por la que tuve que abrir la faltriquera, pero no me dejó seguir. Me hizo un gesto con la mano como diciendo que no me preocupara.

Y eso fue todo.

Dijo el Padre que avisaran a María Luisa. Ésta, a quien Encarnita le había dicho que se quedase en el planchero por si acaso el Padre la llamaba, salió inmediatamente.

El Padre, muy amablemente, nos dijo a las dos que tendríamos que trabajar "muy cerquica" de él en las cuestiones de secretariado relativas a la sección femenina del Opus Dei en el mundo, pero que nos quedara muy claro que nuestro trabajo de secretarias no era labor de gobierno "aunque", agregó, "María Luisa tiene función de gobierno, por ser superiora mayor, pero tú, no", dijo dirigiéndose a mí. En días sucesivos nos repitió esto tan a menudo, que yo le solía decir a María Luisa, bromista: "El Padre me volverá a decir cuando venga que tú tienes función de gobierno y yo no." Quedamos en que al día siguiente, después de la limpieza, nos reuniríamos en la secretaría con él. El cuarto que llamábamos secretaría era el de la secretaria de la casa. Un cuarto muy chiquito, de forma triangular, en el primer piso de Villa Sacchetti. Esta habitación era el lugar de trabajo de la secretaría de la casa y nos la dejaron a María Luisa y a mí como lugar más apropiado que había entonces en esa casa. Tenía el cuarto una mesa-escritorio, tipo italiano, un closet y no mucho más espacio, que para poner un par de sillas extra. Era una habitación llena de luz que daba casi a la misma terraza de nuestras habitaciones personales. Era alegre, con muebles claros. Tenía un armario pequeño -a semejanza de caja fuerte- empotrado en la pared, donde guardábamos los documentos confidenciales, los duplicados de las llaves de la casa, y especialmente el duplicado de la llave del buzón de correos. Este buzón, que permitía al cartero desde la calle echar cartas en él, está localizado en la entrada de proveedores, tiene una portezuela metálica por dentro, que sólo puede abrirse con la llave que se guarda en la mesa de la secretaria de la casa, cuyo duplicado, como digo, se conservaba en este armarito empotrado en la pared. Por toda maquinaria, teníamos una máquina de escribir portátil.

La verdad es que yo estaba emocionadísima. Me parecía todo como un sueño, algo así como haber subido al cielo. Con el debido respeto a los musulmanes, me sentía como haber llegado a la Meca. No podía creer que hubiera mayor felicidad en la tierra para una persona del Opus Dei: el Padre, hablándome directamente, sabiendo quién era yo, diciéndome que iba a trabajar con él. ¿No es esto lo máximo a que puede aspirar una persona del Opus Dei totalmente fanatizada, como lo estaba yo, para la cual su Norte y su guía no era otro que el Opus Dei y monseñor Escrivá? Lo que yo no podía ni vislumbrar era el mar de fondo que existía entre las personas de la casa y el Padre, y entre el Padre y la Santa Sede.

Si no recuerdo mal, creo que quien me acompañó a San Pedro fue Mary Altozano, la subdirectora de la casa. Hacía más de un año que estaba en Roma y hablaba italiano. Era muy joven y había entrado al Opus Dei jovencísima. Tenía un hermano marino que era numerario.

Casualmente yo había sido muy amiga de un primo suyo que era médico de la Armada y a quien había conocido en Cartagena.

Fuimos en la circolare a la parada más cercana a San Pedro y me enseñaron el edificio en Cittá Leonina donde había vivido el Padre al llegar a Roma. De allí cruzamos a la Colonnata y por primera vez en mi vida tuve ante mí la impresionante Basílica de San Pedro. Su grandiosidad mc hizo sentirme pequeñísima. Tenía conciencia, como católica, que estaba en el corazón de la Iglesia de Roma. Al llegar al altar de la confesión, me dijeron que al Padre le gustaba que rezásemos el Credo allí, cosa que, naturalmente, hice. Yo estaba bebiendo cuanto me decían y aquella grandiosidad me impuso mucho. Me dijeron que a las doce del mediodía Pío XII solía dar la bendición después del Angelus. Sin embargo, me indicaron que teníamos que regresar antes para no llegar tarde a la hora del almuerzo del Padre, porque a lo mejor me quería llamar para darme algún encargo, con lo cual no pudimos quedarnos a la bendición del Papa. Un detalle muy curioso de hacer notar es que tanto con Pío XII, como con Juan XXIII y Pablo VI, para la numeraria que llegaba a Roma, no insistir en quedarse a recibir la bendición del Papa y preferir regresar a la casa a tiempo de que el Padre "si la llamaba estuviera allí", era una manifestación de "buen espíritu…".

En la circolare, pude darme cuenta de la gran ciudad que era Roma, así como de que no lograba entender ninguna de las conversaciones que oía a mi alrededor, o sea, que el italiano, idioma que los españoles consideran tan fácil, no me lo empezaba a parecer, ni mucho menos, en esta mi primera salida en Roma.

En la casa, durante el almuerzo, Encarnita me preguntó qué me había parecido San Pedro.

Encarnita tenía mucho empeño en que se hablara italiano en la mesa, me di cuenta.

Aquel primer día en Roma estuvo cargado de diferentes impresiones. Pude apreciar que Encarnita estaba tan pendiente del Padre que preveía hasta la menor cosa, como lo indican los ejemplos que señalé de preparar la bandeja ella misma con las cosas traídas de España, hasta hacer que la sirvienta estuviera con ella esperando para cuando la pidieran o que María Luisa estuviera también cerca por si la llamaba el Padre. Otro recuerdo de ese primer día es el de que me encontraba siempre perdida en la casa y tenía que esperar a que alguna cruzase aquella galería para preguntarle cómo ir al oratorio, a mi cuarto o al comedor.

Al segundo día de mi estancia en Roma empezó la vida normal, diríamos. Encarnita me mostraba la cocina cuando Antonina, la sirvienta, que solía contestar al teléfono, se acercó a Encarnita y le dijo algo en voz baja. Encarnita, con aire poco amistoso, me preguntó:

–¿A quién le has dado este número de teléfono?

–A nadie -le respondí en verdad.

–Pues mira a ver quién es el señor que te llama.

No acertaba quién pudiera ser, porque ni a mi padre ni al bendito señor del tren le había dado teléfono alguno y yo no conocía a nadie en Roma.

El teléfono estaba entonces en el planchero. Así que contesté desde allí. Y cuál no sería mi sorpresa cuando oigo la voz del señor italiano del tren, muy contento, porque había localizado mi teléfono y la dirección de la casa y quería venir a buscarme para enseñarme Roma. Mi respuesta fue brusca, maleducada y cortante. Le dije simplemente que no volviera a molestarme y que no se le ocurriera volver a llamar, y le colgué. Volví donde estaba Encarnita y le dije simplemente que era un señor que venía con nosotras en el compartimiento del tren desde Madrid y que le explicaría todo más tarde. Por la cara que puso me figuré que me iba a echar una bronca.

Como directora de la casa, Encarnita recibía entonces todas las confidencias de las numerarias y de las numerarias sirvientas, así que llevaba el control más absoluto de todas y cada una de nosotras.

En una parte del planchero que quedaba como en un altico, Encarnita, mientras cosía, recibía la confidencia de la sirvienta de turno. Estando yo en el mismo planchero, vi que Tasia, la numeraria sirvienta que había venido conmigo en el viaje, hablaba con ella. O sea, que comprendí que la libre interpretación de aquella sirvienta sería la razón en la que Encarnita se apoyaría para decirme lo que fuera.

La cosa no se hizo tardar demasiado: al día siguiente, sin esperar ni tan siquiera a oírme, Encarnita me lanzó una gran filípica, marcando como grave el mal ejemplo que le había dado a la sirvienta durante el viaje, porque no sólo no había dejado de coquetear con el italiano del tren, sino que había permitido que me agarrara por el brazo para subirme al tren y había leído las revistas pornográficas que me había prestado cuando yo sabía que nosotras no podíamos ver ninguna revista sin permiso. El punto grave fue que, como me dijo todo esto como corrección fraterna, no pude defenderme y tuve que aceptar todo sin rechistar. Hubiera abofeteado a la sirvienta por su estúpido escándalo y por sus falsas interpretaciones.

Lo que yo no sabía al llegar a Villa Sacchetti era que el termómetro del "buen espíritu de la Obra" era Encarnita y que todo, absolutamente todo, lo reportaba al Padre o a don Álvaro. Por otra parte, como Encarnita compartía plenamente con el Padre la idea de que las numerarias sirvientas eran como niñas pequeñas, cualquier cosa dicha por una numeraria sirvienta, tenía mayor peso de lo que pudiéramos decir nosotras. Naturalmente, en la bronca-corrección, Encarnita me dijo que yo no acababa de llegar a Roma cuando ya estaba defraudando al Padre y que no quería ni pensar el disgusto espantoso que el Padre se llevaría si supiera mi conducta durante el viaje.

El día que me correspondió hacer mi confidencia, le expliqué mi versión de los hechos del viaje, pero me quedé convencida de que mi verdad no cambió nada su opinión sobre mi conducta.

Instintivamente me di cuenta de que Encarnita no se fiaba de mí a cabalidad, aunque, no obstante, yo hice todo lo posible por ganarme su confianza, cosa que mejoró bastante con los años.

Respecto a Encarnita, había un hecho que yo deconocía: su tendencia a celarse de quien pudiera hacerle sombra frente al Padre. Primero consiguió que Pilarín Navarro fuera a la región de Italia de directora, con lo cual ella era la más antigua y la que conocía mejor al Padre en Villa Sacchetti, cosas reales. Pero la llegada de María Luisa y mía la habían relegado de nuevo; es decir, ahora ella no era la única que veía al Padre en confidencia. Ella era la directora de la casa y nada más, y en los asuntos de secretaría no entraba para nada, lo que claramente no le gustaba, por supuesto.

El día indicado por el Padre, María Luisa y yo esperábamos en secretaría. Habíamos preparado dos

sillas para él y don Álvaro. Los oímos llegar, nos pusimos de pie para esperarlos y el Padre nos dijo que nos sentáramos.

A grandes rasgos, nos dijo que nos encargaríamos de escribir cartas familiares a las directoras regionales de los países donde estaban abiertas las fundaciones. Cartas donde no se entraba en temas de gobierno, ya que éstos le llegarían al Padre a través de los respectivos consiliarios, pero que si en alguna de las cartas que llegaban, hablaban algo de gobierno, se lo hiciéramos saber a él para poder dar una respuesta adecuada. A mí me tocó escribir a Nisa, que estaba en la casa de Chicago, en Estados Unidos; y a Guadalupe, que estaba en México. A María Luisa le tocó escribir a Inglaterra, donde Carmen Ríos estaba de directora regional, y a España. Nos alternábamos María Luisa y yo para escribir a Chile, Argentina, Colombia y Venezuela. Además María Luisa escribía a Alemania, donde no había casa del Opus Dei, pero vivía, en Bonn, Mananne Isenberg, la primera numeraria alemana, y Valenie Jung. Ambas dejaron de pertenecer al Opus Dei bastantes años más tarde, debido en gran parte, a la falta de tacto de los superiores del Opus Dei, como explicaré en otro momento. Yo solía escribir a Teddy Burke, la primera numeraria irlandesa en Dublín, que junto a ella había reunido a varias numerarias más. Estas cartas eran semanales. En la primera de ellas tuvimos que explicarles nuestra misión en Roma. La reacción de todas las directoras regionales de los países fue de mucha alegría, dado que nos conocían a María Luisa y a mí personalmente.

Nos advirtió el Padre que nuestra misión requería "silencio de oficio", lo que significaba que fuera del cuarto de secretaría no podíamos hablar de ningún asunto que hubiéramos tratado en él y que, por tanto, nuestro trabajo no era tema que debería hablarse tampoco en la confidencia semanal.

El Padre nos dijo que de todas las cosas de secretaría teníamos que estar enteradas las dos, tanto María Luisa como yo, y que el correo que llegase lo teníamos que leer igualmente las dos, incluso las cartas personales de las numerarias que iban dirigidas a él, y que solamente cuando hubiera algo fuera de lo corriente, le entregásemos aquella carta, pero que de otra forma las archiváramos.

Cartas al Padre

Con respecto a las cartas al Padre, quiero hacer un apartado especial. Desde que escribimos la carta de "admisión" al Opus Dei, al presidente general, monseñor Escrivá, nos dijeron las superioras que era de "buen espíritu" y que "el Padre veía con agrado como manifestación de espíritu de filiación" el que se le escribiera por lo menos, una vez al mes. Dicha carta se le entregaba a la directora de la casa, quien estaba obligada a no leerlas. También se nos dijo que además podíamos escribir al Padre en sobre cerrado siempre que quisiéramos.

Cuando María Luisa Moreno de Vega y yo empezamos a recibir las cartas que iban dirigidas al Padre, y que por indicación suya deberíamos leer, recuerdo perfectamente que lo hicimos con el mayor de los respetos y nunca nos permitimos el menor de los comentarios sobre ninguna de ellas. Cuando alguna cosa no la veíamos muy clara, nos la consultábamos recíprocamente y, ni qué decir tiene que las cartas que llegaban en sobre cerrado -llegaba alguna que otra- se las entregábamos directa e inmediatamente al Padre, quien muchas veces nos decía que las leyéramos nosotras después.

Las cartas de las numerarias al Padre eran de ordinario breves. Variaba su contenido según la numeraria que la escribía, por supuesto, pero de ordinario eran cartas sinceras, bien hablando del trabajo en el nuevo país donde se había llegado, si eran nuevas fundaciones; de la vida interior muchas veces; del proselitismo. Generalmente aquellas numerarias que hacían cabeza hablaban de

los problemas financieros de primera hora, de algún roce o malentendido que hubiera podido haber con el consiliario de aquel país o también de algún problema de perseverancia o de dificultad en llegar las primeras vocaciones. Todo ello eran temas casi constantes en las cartas al Padre.

Lo que sí detectaban estas cartas era el grado de madurez de la numeraria que las escribía.

Por ejemplo, cuando la directora de Estados Unidos escribía al Padre nos abría horizontes a nosotras, viviendo en Roma junto al Padre, porque se notaba que estaba enfrentando un panorama totalmente nuevo en forma, costumbres y género de vida; teniendo que enfrentar el problema de numerarias españolas que al llegar a Estados Unidos querían estudiar y seguir el ritmo de vida de una muchacha corriente en ese país; incluso el problema del idioma y las distancias para hacer apostolado. Recuerdo el caso de una numeraria que se enfermó seriamente y a la directora le costaba horas de tren para poderla visitar con la mayor frecuencia y atenderla lo mejor posible.

Se notaba mucho en las cartas la diferencia entre las numerarias que eran fanáticas y las que trataban de adaptarse rápidamente al nuevo país, y cómo éstas iban "cambiando de piel", diría, cambio que como tal implicaba su adaptación frente al mundo real que vivían ahora.

Mis cartas personales al Padre, años después, cuando estuve en Venezuela, fueron casi siempre hablando de las labores de aquel país, del progreso en el apostolado, de las nuevas vocaciones que nos iban llegando. Otras veces, de la posibilidad y deseo de tener cuanto antes un centro de estudios en el país y, en la última época de mi estancia en Venezuela, de la falta de asistencia del consiliario cuando se trataba del tema de las administraciones. Como yo creía en el Padre y tenía una gran confianza con él, siempre que tocaba estos temas le solía escribir en sobre cerrado, para evitar que fuera interpretada mi carta como "falta de unidad". Mi idea de contarle las cosas al Padre era para que él pudiera ayudarme a solucionar el problema que fuera.

Cuando el número de vocaciones empezó a aumentar en el Opus Dei, se les aseguraba absolutamente a todos los miembros que el Padre, como su trabajo principal, leía absolutamente todas las cartas. A muchas personas les costaba trabajo creérselo, pero era nuestra obligación asegurárselo así. Cuando el gobierno central de la sección de mujeres empezó a funcionar en Roma, cada una de las asesoras leía las cartas al Padre de las numerarias de la región que tuviera asignada, pero primero dichas cartas eran leídas por la directora central y por la secretaria de la asesoría, y quedaba a su criterio y discreción el darle o no una carta al Padre. En este primer gobierno del Opus Dei en Roma, hubo numerarias muy jóvenes e inmaduras que, a veces, tomaban a chacota muchas de las cosas que alguna numeraria escribía al Padre, cosa que a mí, personalmente, me sublevaba.

Era difícil, no obstante, cuando uno no estaba ya en Roma el escribir con espontaneidad y confidencialidad al Padre. Yo escribí bastantes veces en sobre cerrado, como he dicho anteriormente, cuando no quería que las cosas que yo le contaba al Padre pudieran quedar libradas a la interpretación de la asesora que la leyera.

De hecho, el decir que las cartas de las asociadas las leía el Padre era una mentira establecida que se mantenía. Monseñor Escrivá y Alvaro del Portillo lo sabían perfectamente, al igual que todas las numerarias que habíamos estado en Roma en el gobierno central, yo incluida.

Siguiendo con el trabajo de María Luisa Moreno de Vega y mío como secretarias del Padre, puedo decir con verdad que pusimos toda nuestra responsabilidad en cuanta indicación suya recibimos.

Dedicábamos a esta labor todo el día, excepto las horas en que por la mañana nos ocupábamos de la limpieza de la administración de Villa Sacchetti y luego, a última hora de la tarde, cuando se iban los obreros, que pasábamos casi todas las numerarias de la casa a limpiar en la Villa Vecchia las habitaciones del Padre, de don Alvaro y el vestíbulo, que era tan grande como una plaza de toros pequeña. Estábamos generalmente en este trabajo hasta la hora en que el Padre iba a cenar.

María Luisa y yo nos llevábamos estupendamente. El hecho de que ambas hubiéramos trabajado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas ayudaba mucho a la compenetración en la forma de trabajar. Por otra parte, María Luisa era una persona muy buena, muy fina, inteligente. Hubiera sido difícil chocar con ella, lo que no quiere decir que no tuviera carácter.

Se había educado en el Colegio Alemán y su dominio de este idioma era perfecto. El haberme yo educado en un colegio francés hacía igualmente que el dominio de este idioma fuera bueno, y el que ambas supiéramos un poco de inglés para defendernos y poder escribir eran hechos que para monseñor Escrivá tenían valor. Ambas nos tomamos también muy en serio el aprender italiano, cosa que por nuestra facilidad para los idiomas logramos a puños y en pocos meses sin recibir la menor clase de gramática. Solamente podíamos hablar italiano con Encarnita Ortega, Mary Altozano y Mary Carmen Sánchez Merino, ya que las demás ni lo sabían ni tenían demasiado interés en aprenderlo. Y luego, naturalmente, con los proveedores.

Tanto María Luisa como yo salíamos a muchos encargos y el contacto con la gente italiana nos ayudó grandemente.

El hecho de que María Luisa fuera superiora mayor y yo no, no interfería para nada en nuestro trato ni en el trabajo. Ella tenía mucho tino y jamás dijo nada que pudiera, ni de lejos, hacer prevalecer frente a mí su posición de superiora mayor.

Durante estos meses, raro era el día que no veíamos al Padre y a don Alvaro, bien porque ellos venían a secretaría o porque nos llamaban, después del almuerzo, para que subiéramos al comedor de la Villa a despachar alguna cosa o a recibir alguna indicación, de tal manera que se estableció la costumbre de que mientras el Padre y don Alvaro almorzaban, María Luisa y yo íbamos a la cocina para evitar hacer esperar al Padre, caso de que nos llamase. En la cocina y a las horas de almuerzo y cena estaba también Encarnita, ya que como directora de la casa debía estar pendiente de las comidas del Padre.

Estar pendiente de las comidas del Padre significaba no solamente probar la comida antes de que se la subieran a su comedor, sino medir y pesar todo conforme a las indicaciones recibidas por el médico a través de don Alvaro. Sabíamos que el Padre tenía un régimen especial, pero abiertamente no se decía qué tenía. Indiscutiblemente tenía diabetes, como después de su muerte ha confirmado uno de los historiadores oficiales de monseñor Escrivá, (Andrés Vázquez de Prada, "El fundador del Opus Dei", Madrid (Rialp), 1983, pp. 253-254) y por ello, debía bajar de peso, lo que implicaba no poder tomar una serie de alimentos.

Mientras esperábamos por si el Padre llamaba, tanto Encarnita como nosotras dos ayudábamos a la numeraria encargada de cocina a preparar las meriendas de la casa entera, para la residencia y para la administración.

Muchas mañanas, cuando el Padre llegaba a secretaría, nos hablaba de los planes futuros de la Obra,

respecto a la sección de mujeres y también dejaba ver su malestar, en más de una ocasión, con respecto a la Iglesia, a Pío XII en aquel entonces. Recuerdo muy bien que un día nos dijo: "Hijas mías, no os dais cuenta de lo que está pasando a vuestro alrededor: estoy atado de pies y manos. Este hombre [por Pío XII] no nos entiende, no me deja moverme y aquí estoy encerrado." Y gesticulaba con las manos, como diciendo: es incomprensible. A mí me quedó muy claro que el Papa no le dejaba salir de Roma. Esto, con diferentes palabras, se lo oí decir más de una vez.

Otro día me dijo que, andando el tiempo, me enviaría a Francia porque sabía que yo quería a ese país. Y de hecho, en el comedor de la Villa, nos presentó a don Fernando Maicas, que iba de consiliario a Francia, y a don Alfonso Par, que iba de consiliario a Alemania, diciéndoles que muy posiblemente yo iría a hacer cabeza a Francia y María Luisa, con alguna capacidad de gobierno, a Alemania.

Me dijo el Padre otro día que yo me encargaría específicamente de tener al día los pasaportes de todas las numerarias que vivían en Villá Sacchetti, tanto su vigencia como el tener al día los permisos especiales de soggiorno italiano y que para ello don Alvaro me diría lo que tenía que hacer. Ésta fue, durante todos mis años romanos, una de mis ocupaciones regulares por la que tenía que salir bastantes veces a organizar todo en la Questura Romana. Recuerdo que nuestros permisos de estancia en Italia eran muy peculiares porque, siendo nosotras miembros de un Instituto Secular, estábamos acogidas a una ley de religiosos para lo que se refería a la permanencia en Italia y de hecho había que presentar, para el visto bueno de un organismo del Vaticano, pero ubicado fuera del mismo y previa la firma de don Alvaro en cada caso, las instancias que yo preparaba conforme al modelo que me dio el mismo don Alvaro. Instancias que llevaba yo luego a la Questura Romana con los pasaportes para evitar pérdidas de tiempo a cada numeraria que llegaba a Roma. Subrayaba el Padre la suerte que teníamos de que no fuésemos como "esas monjitas" que cada una que llegaba a Roma tenía que ir por su cuenta a todo, desorientada, a arreglarse el permiso de permanencia en Italia. Al cabo de los años me conocía bien a los empleados de la Questura y ellos a mí. Incluso una de las veces me dijeron que dado el tiempo que estaba en Italia, ellos podían arreglarme fácilmente que adquiriese la nacionalidad italiana. Yo no lo acepté, porque ¿para qué quería yo ser italiana, si donde vivía era en Villa Sacchetti, la casa del Padre…?

Lo que sí recuerdo muy bien, ahora que hablo de pasaportes, son dos cosas: una, que nada más llegar las numerarias a la casa de Roma, se les pedían los pasaportes que no volvían a ver hasta el día en que salieran de Roma o cuando había que renovarlos, y entonces iban conmigo al consulado correspondiente. El segundo punto es que había un policía, un hombre más bien joven, el cual periódicamente venía a Villa Sacchetti para revisar los pasaportes y los soggiornos.

Éramos una casa con cientos de extranjeros y era lógico que comprobaran estos datos. Yo era quien lo recibía y hablaba con él. Cuando se lo dijimos al Padre, nos recomendó que tuviéramos siempre preparada una botella de coñac español para dársela a aquel policía…

Monseñor Escrivá nos indicó también otro día en secretaría que fuéramos apuntando las cosas que él dijera "porque servirían para la posteridad". Y de hecho fue algo que siempre hice durante todos los años que estuve en Roma, pero especialmente hasta que se formó el gobierno central en Villa Sacchetti.

Esto que lo consideraba yo como una prueba de confianza, no se me pasaba por la cabeza que era la preparación personal que monseñor Escrivá empezaba a hacer para ir construyendo su propio altar. Y aquello eran solamente barruntos de lo que le oí decir más adelante, como "vengo de estar sentado en

mi tumba, hijas mías. Pocas personas tienen ese privilegio".

Cuando llegamos a Roma María Luisa y yo, Encamita Ortega escribía el diario de la casa, encargo que me lo pasó a mí al poco de llegar. Es costumbre en todas las casas del Opus Dei el escribir un diario, pero el diario de la casa de Roma ofrecía el mayor interés dentro del Opus Dei, porque reflejaba muchas cosas de la vida de su fundador. Así me lo dijo Encarnita, con la indicación de que cuando notase que el Padre se disgustaba (enfadaba) por algo, tenía que escribir más o menos la expresión de "hoy el Padre se disgustó porque pusimos poco amor de Dios en esto o aquello". Este diario lo escribí durante bastantes años y si por cualquier causa no iba a poder hacerlo un día, tenía que notificárselo a la directora, para que lo escribiera ella o se lo diera a escribir a alguien.

Esta primera época de mi llegada a Roma fue una de las más interesantes de mi vida en el Opus Dei. Por una parte, por mi ceguera o fanatismo, como quiera llamársele: era tal el autómata en que estaba convertida que nada ni nadie tenía importancia para mí en la vida, más que aquella casa, el Padre, Encarnita: absolutamente todo girando alrededor de monseñor Escrivá, a quien solíamos ver a diario y, en el caso de María Luisa y mío, más de una vez al día. Y hoy, que me asombro de esto, por una parte, comprendo a cabalidad por la otra, la esencia del Opus Dei como secta: estábamos sobresaturadas de trabajo físico de diversas clases; si había algún momento libre era el de las normas del plan de vida y todo ello salpicado por la presencia y adoctrinamiento del Fundador. No había el menor tipo de diversión más que la media hora al día de tertulia con las sirvientas jugando a la pelota en el Cortile del Cipresso, un patiecito muy pequeño con un ciprés en el centro. Eso en verano. En el invierno, en el planchero, o sea, en el mismo sitio donde pasábamos la mayor parte de nuestro día. No teníamos música de clase alguna y por supuesto no se oía tampoco la radio -no había radio en la casani se leía el periódico. Es decir, Villa Sacchetti éramos y sigue siendo un islote en medio de la gran ciudad de Roma con vida únicamente para la Obra y para su fundador. Lo demás carecía de importancia real. Si salíamos a la calle, claro que veíamos a la gente y a la ciudad, pero como los motivos para salir eran exclusivamente compras necesarias para la casa, para el trabajo o bien compras de unos zapatos o cosas por el estilo, era como si fuéramos dentro de nuestro propio mundo, pasando junto a, pero sin mezclarnos con.

Yo me creía entonces libre porque teníamos la libertad permitida por unos parámetros bien definidos, no la auténtica libertad cristiana que, con absoluto conocimiento de la situación y sin cortapisas de "buen" o "mal espíritu", permite a los cristianos corrientes emplear su libre albedrío.

Los miembros del Opus Dei no tienen más libertad que la que les permite "el buen espíritu de la Obra" previa consulta a los superiores, incluso en las cuestiones profesionales, sociales y políticas, como dije al principio de este libro. Buena prueba de ello son los llamados "juramentos promisorios", que también expliqué al principio al hablar de los votos perpetuos o "fidelidad".

Dichos juramentos van intrínsecamente unidos a esos votos perpetuos o compromisos a la Prelatura como los llama ahora el Opus Dei, así como a la calidad de "asociada inscrita" (Se llaman asociadas inscritas en el Opus Dei aquellas numerarias que son escogidas por el presidente general previa la opinión secreta de tres miembros de la Asesoría Regional y de la Asesoría Central. Estos miembros tienen que tener la "fidelidad" y se ocupan de las tareas de dirección y gobierno en las casas del Instituto. Los sacerdotes numerarios del Opus Dei, por ejemplo, han de ser todos inscritos). Y aquí, se me viene de nuevo a la mente la obra de Solzhenitsyn, "The First Circle" por una parte, y, por otra, la opinión que sobre la libertad en el Opus Dei se formaría alguna asociación internacional, como Amnistía Internacional, por ejemplo, si tuvieran los medios precisos para poder hacer objetivamente

este análisis.

No hacíamos tampoco apostolado directo. Esto estaba encomendado a la región de Italia.

Nuestra labor era totalmente interna: por una parte, la administración de la casa del Padre, la Villa Vecchia, y del incipiente Colegio Romano de la Santa Cruz, cuyas obras se habían empezado recientemente. Cuando yo llegué a Roma, los numerarios varones, alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz, aún vivían en el llamado Pensionato (Pabellón dedicado al servicio cuando se adquirió en 1947 Villa Tevere, mansión que había servido previamente como embajada de Hungría ante la Santa Sede). Sólo las comidas las hacían en el comedor de la administración, como dije anteriormente.

Un día en que estábamos en el planchero oímos grandes gritos del Padre, chillidos. Yo me sobrecogí y pensé que pasaba algo muy serio y nos llamaba. Me levanté rápidamente y, cuando fui a abrir la puerta del planchero que daba a la Galleria della Madonna, una de las numerarias más antiguas en la casa se me acercó advirtiéndome en voz baja: "No salgas. Debe de ser el Padre que le está corrigiendo al arquitecto." Efectivamente, fueron muchas las veces que le oí a monseñor Escrivá gritarle al arquitecto. Primero Fernando de la Puente y luego, cuando se lo llevaron a éste a España, porque se puso muy enfermo, a un muchacho bastante joven que dejaron en su lugar. Otra de tantas veces contemplé la escena, muy amarga, del Padre echándole una bronca a Encarnita porque ésta era corta de vista y no quería ponerse anteojos.

Encarnita enrojecía hasta la raíz del pelo y sus jaquecas habituales se acrecentaban aquel día.

Era fácil detectar en la casa a quienes, por el motivo que fuese, el Padre reñía. No se podía llorar, pero la gente se quedaba muy seria. Uno de los puntos álgidos de los enfados de monseñor Escrivá era por la cocina: cuando alguna numeraria de las que trabajaban en ella abría las ventanas y los olores subían a la Villa Vecchia. La cocina de Villa Sacchetti está como en el corazón de la casa, y aunque hicieron los arquitectos varios ensayos con diferentes extractores de humo, siempre había olor a comida. Esto lo exasperaba de tal forma a monseñor Escrivá que es difícil expresarlo. Yo le he visto alguna vez entrar en la cocina, ir derecho a la ventana abierta y cerrarla dando un gran portazo. Curiosamente él no se apercibía del dolor que su actitud causaba a las numerarias y sirvientas trabajando en ese lugar, ni del calor que pasaban igualmente, dado el enorme trajín de la cocina, al no poder abrir las ventanas.

Encarnita era la numeraria a quien, como directora de la casa, más reñía, bien porque alguna de las sirvientas o nosotras nos habíamos dejado olvidado en la casa administrada un trapo de quitar el polvo o una bayeta de sacar brillo al piso. Por el motivo que fuera, el blanco de las broncas del Padre solía ser ordinariamente Encarnita. Siempre consideré de "buen espíritu" la forma tan admirable en que Encarnita recibía aquellas broncas de monseñor Escrivá, pero me doy cuenta hoy día de que en realidad más que "buen espíritu" lo que Encarnita tenía era un amor morboso hacia el Padre. Se gozaba en recibir aquellas broncas. Le parecía que era signo de predilección el recibir directamente las riñas del Fundador. De hecho, había una frase que se repetía en muchos países entre las numerarias: "Bienaventuradas las que reciben las broncas del Padre", porque era señal de que se estaba cerca de él. No tenía monseñor Escrivá ciertamente un carácter moderado.

Con don Alvaro del Portillo, Encarnita tenía una relación muy diferente. Alvaro era la persona con la cual Encarnita podía hablar de todo, y de hecho lo hacía aprovechando cualquier coyuntura, bien

fuera para decirle que necesitábamos dinero o cualquier cosa relativa a las comidas o salud del Padre, así como también para informarle de algún problema serio de alguna numeraria o sirvienta. ¿ Cuándo podía hablar Encarnita con don Alvaro si la separación entre las dos secciones del Opus Dei - hombres y mujeres- es total? Por ejemplo, si bajaba solo al comedor a cenar mientras nosotras limpiábamos el vestíbulo de la Villa Vecchia, Encarnita podía hablar con él unos minutos. Otras veces por el telefonillo de dirección y, alguna vez, cuando el Padre salía del comedor de la Villa, si don Alvaro se quedaba un poco rezagado, Encarnita aprovechaba unos minutos para preguntarle o consultarle algo.

Encarnita tenía el privilegio, entre las numerarias, de poderle llamar de "tú" a todos los sacerdotes de la Obra.

Las broncas eran una faceta que yo desconocía del Padre, pero realmente me causaban temor porque no sabía cómo podía reaccionar yo el día que me lanzara la primera. Hasta ahora era oír todo lo que les decía a las demás, pero no a mí directamente. Y la verdad es que cuando le oía reñir, yo temblaba. No eran regaños; eran broncas gritadas, que, por su fondo y forma, herían hondo por el mucho cariño que se le tenía. Yo no recordaba jamás a mi padre regañando de esa forma tan brusca y tan hiriente.

En aquella época monseñor Escrivá y don Alvaro del Portillo solían pasar al planchero después de su cena. Como era casi a diario, les solíamos tener preparadas dos sillas. Las numerarias que trabajábamos en la parte donde se solía coser, estábamos en primer plano. Unas veces las sirvientas que planchaban en la parte que daba hacia el Cortile dcl Cipresso o las que estaban en cl lavadero seguían allí planchando y lavando a no ser que el Padre específicamente les dijera que se acercaran al grupo.

Al entrar en cl planchero, solía decir siempre "Pax!" bastante alto para que lo oyéramos todas y no dejaba de ser corriente el que repitiera varias veces "Pax!" mientras se sentaba. Solía entrar con un gesto muy típico de sus manos: un poco avanzadas y como colgantes.

Cuando se sentaba solía cruzar las manos y descansarlas en su regazo. No solía cruzar nunca las piernas al sentarse, al menos frente a nosotras. Si llevaba el manteo puesto se lo arrebujaba mientras nos recorría a todas con su mirada diciéndonos:

–A ver, ¿qué me contáis hoy, hijas mías?

Muchas veces se hacía un gran silencio. Nadie osaba hablar. Y entonces solía decir:

–Bueno, si no me contáis nada, me voy.

A lo que seguía un murmullo de protesta:

–No, Padre, no.

A no ser que Encarnita lanzara algo para contarle al Padre o indicase a alguna sirvienta alguna cosa, el Padre solía dirigirse a Julia, una de las primeras numerarias sirvientas, vasca, ya bastante mayor y le decía:

–Bueno, Julia, dime tú algo, hija mía.

Julia era discreta e inteligente y tenía bastante acierto a decir algo por donde monseñor Escrivá pudiera pegar la hebra.

Fue en una de estas ocasiones, cuando monseñor Escrivá anunció que iban a venir a Roma, por primera vez en la Obra, numerarias sirvientas mexicanas. Entonces, dirigiéndose a María Luisa Moreno de Vega y a mí, nos preguntó en tono bromista:

–¿Cómo no le habéis dicho a vuestras hermanas quiénes van a venir de México?

Nosotras nos sonreíamos calladas y monseñor Escrivá agregaba, dando criterio a la concurrencia:

–Hijas mías, no os han podido decir nada vuestras hermanas porque lo saben solamente por silencio de oficio. Pero, ¡a ver, decidlo!, ¿quién viene?

María Luisa y yo respondimos:

–Constantina, Chabela y [otra sirvienta más, cuyo nombre no logro acordarme ahora, aunque a ella la recuerdo perfectamente], tres numerarias sirvientas.

–A ver, ¿ quién más Viene? – nos animaba el Padre.

–Gabriela Duclos, Mago y Marta, arquitecto mexicana, todas numerarias.

A cuenta de esto, monseñor Escrivá hablaba de México, de la labor que la Obra estaba haciendo allá y de que acababan de regalar al Opus Dei una hacienda en Montefalco donde, "si éramos fieles", se abriría una granja-escuela para campesinas.

Otras veces nos hablaba monseñor Escrivá de la marcha de las obras del Colegio Romano de la Santa Cruz y de que encomendásemos a don Alvaro que llevaba un peso enorme con los problemas económicos, ya que cada sábado tenía que pagar a los obreros.

Muchas otras veces los temas giraban a lo "listas que teníamos que ser en la vida", que él "no quería hijas tontas" y agregaba: "Hijas mías, no me seáis bobicas como las monjas", y al decir esto remedaba con la voz y hacía la mímica con las manos pegadas a la cara de una persona bobalicona, lo que originaba grandes risas entre las numerarias sirvientas y entre muchas numerarias igualmente.

En otra ocasión, alguna de las que estábamos allí le contó al Padre que había ido al Ciampino, el entonces aeropuerto internacional de Roma, y que había visto a un montón de monjas esperando a la madre general, las cuales al ver a ésta bajar del avión prorrumpieron en gritos y brincos diciendo: " ¡Nuestra Madre, nuestra Madre! ¡Ahí viene nuestra Madre!" Monseñor Escrivá al oír esto se reía a carcajadas, diciendo: "¡Qué gracioso, pero qué gracioso!" Al paso de los años curiosamente no era nada diferente lo que hacían los miembros del Opus Dei a la llegada de monseñor Escrivá a algún lugar.

A propósito de esto, monseñor Escrivá nos dijo que "las monjas eran tontas", agregando que a la única monja que él visitaba era a sor Lucía de Portugal, "no porque haya visto a la Virgen, sino porque nos quiere mucho". Y generalmente, añadía: "Es un poco tontucia, pero una buena mujer."

También contó monseñor Escrivá, una de esas tardes, que sor Lucía de Portugal le había dicho en una ocasión: "Don José María, usted con lo suyo y yo con lo mío también nos podemos ir al infierno." Como dije, nosotras no hacíamos apostolado directo en Villa Sacchctti, sin embargo Encarnita Ortega solía ir una vez por semana a la región dc Italia para hablar con señoras y hacer apostolado con ellas. También les daba ocasión a las numerarias de allí de hablar con ella, y a ella de ver y enterarse de lo que ocurría en la región de Italia. Cosas todas que, una vez pasadas por su tamiz, se les refería al Padre o a don Alvaro.

A propósito de la región de Italia recuerdo que, un día que salí por Roma con Encarnita, le preguntaba yo por las numerarias de la región de Italia, especialmente por Pilarín Navarro, quien era la directora regional de ese país e igualmente una de las primeras de la Obra. Encarnita no me habló positivamente de ninguna de ellas, empezando por Enrica y Fina Botella, de quienes dijo que eran de las primeras de la Obra, hermanas de don Francisco Botella, pero "tonticas", siguiendo por Victoria López Amo, muy de las primeras, con un hermano igualmente numerario, sobre quien hizo un gesto enigmático difícil de descifrar. De Consi Pérez no dijo nada ese día.

De Pilarín Navarro Rubio me habló francamente mal. Eran paisanas, me dijo, tenía mucha familia en el Opus Dci, especialmente su hermano Mariano, uno de los primeros supernumerarios (que años más tarde llegaría a ser ministro con Franco). Me dejaba ver Encarnita que Pilarín era muy orgullosa y que había tenido diferencias con el Padre porque no tenía cariño por él. Claramente me agregó que el Padre no se fiaba de Pilarín porque había "algo" que no le gustaba y me dio a entender una cosa muy seria: que el Padre tenía aprensión a las comidas que Pilarín le preparaba cuando estuvo en cocina porque no se sentía seguro de ella. Ésta fue la presentación personal que Encarnita Ortega me hizo de la región de Italia, agregando además que el problema económico que tenían era muy serio porque "no se les ocurría hacer nada apostólico" y que María Teresa Longo, la primera vocación italiana, cuyo hermano también era numerario, no parecía una vocación muy segura. Defendía, sin embargo, a Chelo Salafranca. Dijo que era una numeraria que quería mucho al Padre y que era gran proselitista.

Cosa muy curiosa porque al cabo de los años, Chelo Salafranca se escapó del Opus Dei de forma bastante aparatosa.

A Villa Sacchetti solían venir algunas tardes, de visita y por excepción, las dos primeras supernumerarias italianas, la señora Lantini y la señora Marchesini. Se las pasaba al planchero donde nos ayudaban a coser. Ambas tenían hijos numerarios. La señora Lantini era un encanto:

menuda, delgada, con una gran sordera. Debía de haber sido una mujer muy linda. La señora Marchesini era muy alegre, simpatiquísima, bajita, dicharachera y con una voz un tanto chillona, que cuando venía un sábado y cantaba la Salve con gorgoritos nos sumía a todas en tal ataque de risa, que, a pesar de los esfuerzos que hacíamos por contenemos, más de una tuvimos que salir del oratorio para no soltar la carcajada dentro.

Uno de los días que vino la señora Marchesini nos comentó la muerte del rey Jorge VI de Inglaterra. La que más y la que menos pegamos un brinco al oír la noticia y dijimos:

–¿Cómo, que se ha muerto el rey de Inglaterra?

Esta señora se quedó tan asombrada de que no lo supiéramos, que nos preguntó a su vez:

–¿Pero no están enteradas? Si falleció hace varios días.

A lo que Encarnita vivamente contestó:

–Sí, yo sí lo sabía, pero no quise decírselo a ellas para no impresionarlas.

Nos contuvimos la risa que dicha respuesta nos produjo, hasta que esta señora se fue.

Naturalmente, Encarnita nos dijo al irse la señora Marchesini, que ella no tenía ni idea de que se había muerto el rey de Inglaterra.

Aquella tarde, pues, cuando monseñor Escrivá y don Álvaro llegaron al planchero, faltaron bocas para decirle lo ocurrido con la señora Marchesini y la respuesta de Encarnita sobre la muerte del rey de Inglaterra.

En aquel momento alguna numeraria, no puedo recordar quién, dijo:

–Entonces, Padre, ahora la princesa Isabel, que es tan joven, será la reina de Inglaterra.

No había terminado esta persona de pronunciar estas palabras cuando monseñor Escrivá, violentamente, se alzó de su silla, con un gesto brusco se enrolló el manteo mientras iba hacia el centro del planchero jadeante, furibundo y gritando a todo pulmón:

–¡¡¡No me habléis de esa mujer!!! ¡¡¡¡No quiero oír hablar de ella!!! ¡¡¡Es el demonio!!! ¡¡¡El demonio!!! ¡¡¡No me volváis a hablar de ella!!! ¿Entendido? ¡¡¡Pues ya lo sabéis!!!

Y dando un tremendo portazo a la puerta del planchero, salió hacia la Galleria della Madonna.

Estábamos aún todas estupefactas, cuando volviendo a asomar su cabeza por la puerta, sin entrar, volvió a repetirnos:

–¿Entendido? ¡¡¡No me habléis nunca más de esa mujer!!!

Antes de que diera el segundo portazo, don Álvaro con su flema y sonrisa característica, nos miró y dijo "Pax!", saliendo también hacia la Galleria della Madonna con aire pacífico.

Inmediatamente Encarnita Ortega nos dijo que volviéramos a nuestro trabajo y que no se comentara el asunto. A mí personalmente me dijo que no escribiera nada de esto en el diario de la casa.

Yo me quedé espantada, pensando por qué la princesa Isabel sería el demonio. Aquello que no acertaba a entender y que nos dejó frías entonces a todas, apareció clarísimo ante mí cuando salí del Opus Dei: monseñor Escrivá desconocía el espíritu ecuménico, contrariamente a como trata de demostrar uno de sus biógrafos oficiales cuando transcribe (Peter Berglar, Opus Dei.

Vida y obra del fundador José María Escrivá de Balaguer, Madrid (Rialp), 1987, p. 246:

'Monseñor Escrivá comentó que con ocasión de una audiencia, había dicho al papa Juan XXIII:

"En nuestra Obra siempre han encontrado todos los hombres, católicos o no, un lugar amable; no he aprendido el ecumenismo de Su Santidad…") lo que relataron dos periódicos: "Le Figaro" (París, 16 de mayo de 1966), y "Palabra" (Madrid, octubre de 1967). Dicho comentario de monseñor Escrivá a Su Santidad Juan XXIII es, a mi juicio, si no quiere calificárselo de soberbia, al menos irrespetuoso. La opinión de este mismo supernumerario del Opus Dei y biógrafo alemán de monseñor Escrivá, refleja la falta latente de espíritu ecuménico en el Opus Dei, cuando opina que sólo quien acepta el ministerio de Pedro puede ser verdaderamente ecuménico. El que un monarca, y más una mujer, fuera la cabeza de la Iglesia de Inglaterra, lo tenía que sublevar a monseñor Escrivá hasta las entrañas. Lo incongruente es, que, pensando de esa forma, al cabo de los años y exclusivamente por mera conveniencia humana, tuviera el Opus Dei la desfachatez de invitar a la reina madre de Inglaterra a inaugurar Netherhall House, la residencia del Opus Dei en Londres. Al enterarme de ello, pensé que sería interesante conocer la reacción de la reina madre y de la corte inglesa si hubieran sabido que el fundador del grupo llamado Opus Dei, del que había sido invitada a inaugurar una residencia, había llamado "demonio" a su hija y a su reina con tal énfasis y convicción.

La verdad es que esta reacción de monseñor Escrivá no se me olvidará en la vida y por ello me asombra cuando el Opus Dei asegura que su fundador tenía espíritu ecuménico. No lo tuvo nunca, como puede verse en la primera edición de su libro Camino, donde este espíritu no aparece básicamente como tal (José María Escrivá, Camino, N.o 115, "Minutos de silencio.

"Quédese esto para ateos, masones y protestantes que tienen el corazón seco. Los católicos, hijos de Dios, hablamos con el Padre nuestro que está en los cielos." El Padre ordenó quemar todos los ejemplares de la primera edición de Camino existentes en la casas del Opus Dei, porque en las ediciones posteriores modificó este punto 115 y el punto 145).

En páginas anteriores expliqué también esta versión preconciliar del Opus Dei en lo que respecta a los cooperadores.

Limpiezas y trabajos varios

Un capítulo importante en esta época de Roma eran las limpiezas. Siempre ha sido éste un tema muy a tener en cuenta en las casas todas del Opus Dei, ya que, a la par de la cocina, era el complemento imprescindible en las labores de administración. Monseñor llamaba a la labor de administración "el apostolado de los apostolados". También solía agregar que era como el esqueleto sobre el cual descansaban absolutamente todas las casas de mujeres y de varones y que, "sin ellas, la Obra sufriría un verdadero colapso".

Cuando yo llegué a Roma las limpiezas eran matadoras. Primero, por las mañanas, un grupo de numerarias y de sirvientas iba al Pensionato. En el mismo vivían aproximadamente unos sesenta numerarios del Opus Dei, aunque no recuerdo exactamente la cifra. Lo que sí sé es que unos numerarios iban al Laterano y otros al Angellicum para terminar sus tesis de filosofía o de teología y unos cuantos se quedaban en la casa "vigilando a los obreros", ya que, por indicación expresa de monseñor Escrivá, a los obreros "no había que dejarlos nunca solos".

Como la situación económica de aquellos años era muy difícil, muchos de los numerarios iban andando para no gastar en transporte y nos solía contar el Padre que los que fumaban solían dividir los cigarrillos para que les rindieran mas.

Para la limpieza del Pensionato teníamos un tiempo mínimo. Se hacía prácticamente en plan de despliegue militar: mientras las numerarias tendíamos las camas, las sirvientas hacían los baños. Aunque eran pocos dormitorios, había muchas literas de tres pisos en cada uno, con lo cual, el hacer las camas era toda una operación, no sólo por el poco tiempo que teníamos, sino por lo difícil de hacer aquellas camas, encaramándose a los pisos altos. Creo que llegamos a tender camas en menos de un minuto. Era realmente volar. Mary Altozano era la que más aprisa iba. Muchas veces se veía al Padre y a don Álvaro que entraban o salían y al chaufferr de monseñor Escrivá, que era el primer numerario portugués, que limpiaba el automóvil si es que el Padre iba a salir. Lo cierto era que desde las ventanas era inevitable ver, sin proponérselo, el ir y venir de los numerarios en el jardín, mientras esperaban que terminásemos la limpieza de su cuarto de estar, así como a monseñor Escrivá y a don Álvaro.

Estaba también en el Pensionato la imprenta, que entonces la llevaban los numerarios del Opus Dei. Estaba ubicada en las dos habitaciones más pequeñas y teníamos la indicación concreta de que no podíamos tocar nada, solamente vaciar las papeleras. La limpieza del Pensionato era la primera de la mañana y la más veloz.

Luego estaba la limpieza de nuestra casa distribuida en diferentes sectores. Al llegar a Roma, a María Luisa y a mí nos encargaron de limpiar los dormitorios y los baños de todas las numerarias.

Luego nos cambiaron a otra parte y a mí me tocó ir al Pensionato. Otras limpiaban las escaleras, el soggiorno y las galerías. Y, generalmente, la sirvienta que oficialmente estaba a cargo de la portería hacía esta parte de la casa, el oratorio, la sacristía y la sala de visitas.

Otras numerarias limpiaban con las sirvientas las camarillas de éstas y el planchero y lavadero.

Julia, la sirvienta mayor, era la encargada de los jardines con Chabela, la mexicana.

Había otras limpiezas que nos tocaban a todas: la de dar cera roja a las baldosas de la Galleria della Madonna, a los pisos de Villa Sacchetti, a las escaleras, a las camarillas de las sirvientas.

El dar cera roja era un trabajo común de la que estuviera libre en aquel momento. Lo difícil no era dar cera roja evitando manchar la piedra caliza, porosa y blanca, sino el sacar brillo a esas baldosas a puro pie o de rodillas, sin máquina de tipo alguno.

Por las tardes, tan pronto como se iban los obreros, pasábamos a la Villa Vecchia, donde monseñor Escrivá tenía sus habitaciones provisionales, su oratorio y su lugar de trabajo. Encarnita o en su ausencia Mary Altozano, con otra numeraria y dos sirvientas, hacían las camas a monseñor Escrivá y a don Alvaro, y se ocupaban de la limpieza de sus habitaciones específicamente.

El resto de las numerarias nos quedábamos en el vestíbulo de la Villa, todo de parquet, que acababan de terminar los obreros. La madera, pues, estaba totalmente seca y bastante sucia.

El proceso a seguir era: primero, unas dábamos aguarrás con cepillo de raíces y con todas nuestras fuerzas para arrancar lo sucio. Inmediatamente recoger aquel líquido, mientras otras daban cera para que aquel suelo fuera cogiendo grasa. Como eran tantos y tantos metros cuadrados, aquello parecía infinito. Al final, todas, a puro pie, tratábamos con optimismo de sacar algo de brillo a aquel suelo.

Pero ni brillo ni nada. Dora, la primera numeraria sirvienta del Opus Dei, cuando al terminar la limpieza de las habitaciones de monseñor Escrivá bajaba por aquella escalera de piedra, nos miraba lastimosamente y decía: "No se nota nada de nada." Era tal el esfuerzo que poníamos, que sudábamos a chorros, tanto que se solía oír con cierta frecuencia:

"Por favor, no me mojes el suelo." Y era que a la que iba delante se le caían las gotas de sudor. Y así, tarde tras tarde, mes tras mes, como el mito de Sísifo, volvíamos a empezar con el mismo arranque por el cepillo de raíces, el aguarrás, la cera y venga de brochar. La hazaña de la limpieza del vestíbulo de la Villa hizo historia entre las numerarias del Opus Dei.

Los domingos teníamos además las llamadas "limpiezas extraordinarias", correspondientes a aquella parte de la casa de ejercicios que los obreros iban terminando y donde había que limpiar desde los baños a los suelos, sin olvidar los vidrios. Esta limpieza era de otro tipo. Lo principal era quitar cuantas gotas de pintura o cemento hubiera, a base de usar las cuchillas de afeitar que desechaban los numerarios. Cuchillas que, para aprovecharlas mejor, dividíamos en dos para hacer este trabajo. Teníamos las manos muy heridas porque todo ello se hacía sin guantes ni protección alguna. Meses más tarde, alguna tuvo la feliz idea de poner un esparadrapo en la parte por donde se agarraba la media cuchilla, lo cual evitaba parcialmente los cortes.

La Procura Generalizia ya estaba terminada en esos años y era otra de las limpiezas que también se solía hacer con frecuencia, aunque no diariamente. La entrada principal de esta Procura Generalizia está en Via di Villa Sacchetti, 30. Se construyó como un núcleo de recepción del presidente general del Opus Dei. Constaba la Procura de un vestíbulo, una salita pequeña de visitas donde recuerdo que se solían poner casi siempre anémonas en un cacharrillo encima de la mesa baja, un baño pequeño, oratorio y un comedor como para doce personas o incluso alguna más, decorado en blanco, gris y dorado, muy afrancesado. Los muebles eran tan delicados que para hacer la limpieza de ese cuarto teníamos que usar guantes blancos de algodón.

Monseñor Escrivá solía invitar a almorzar en este comedor a alguna persona que, por el motivo que fuera, valoraba especialmente. Recuerdo que lo hizo varias veces con su médico, el doctor Carlo Faelli, y su señora, a quien Encarnita solía visitar. Otras veces era un cardenal o un obispo.

Las indicaciones que teníamos sobre los invitados eran muy claras y concretas, como clara era la indicación de que a nadie se le serviría antes que al Padre. Para ello atendían el comedor dos doncellas, quienes al mismo tiempo acercaban las fuentes al Padre y al invitado de honor.

Cuando había almuerzo de invitados, bien fuera en este comedor o en otro, yo solía ser quien ayudaba casi siempre a Encarnita a preparar la mesa, el adorno floral del centro y quien estaba con ella en el office mientras duraba la comida.

Como puede notarse, yo estaba bastante en el candelero en múltiples ocasiones. Parece ser que yo era muy eficaz en estos asuntos relativos a invitados y en resolver gestiones de etiqueta, especialmente con embajadas y consulados.

Incomprensible como me parece ahora, todo eso me hacía pensar en la gran confianza que monseñor Escrivá y Encarnita depositaban en mí y me ponía muy feliz. De lo que no me daba cuenta entonces era de que me estaban usando como una necia. Tuve que salirme del Opus Dei para advertir cómo, bajo capa y color de "buen espíritu", "amor al Padre y a la Obra", el Opus Dei exprime a sus

miembros todos.

En nuestras vidas nos importaba más la opinión del Padre, el contentar al Padre, que el contentar a Dios. Es decir, estábamos convencidas de que contentando al Padre primero, Dios estaría contento. ¡Una curiosa forma de vida interior!

Los domingos no solíamos hacer limpieza en la administración a fin de engrosar el número de las que podíamos pasar a la casa de ejercicios o a la parte que los obreros fueran dejando libre. Puedo decir que todas emprendíamos esa labor de los domingos con gran espíritu deportivo, pero a las dos de la tarde, cuando la encargada de cocina generalmente nos subía un tentempié con las sobras de la nevera, lo devorábamos todo como fieras. Igual daba que fueran sardinas frías dentro de pan o trozos de lo que fuera. Hay que tener en cuenta el que muchas de estas limpiezas eran en invierno, en lugares donde teníamos las ventanas abiertas de par en par y el frío era atroz; se quedaba una aterida. La encargada de cocina, recuerdo cuando era Iciar Zumalde, solía decirnos que le encantaban las limpiezas de los domingos, porque le limpiábamos de sobras la nevera. Y de estas limpiezas no se escapaba nadie.

Por supuesto que la ruta de estas limpiezas venía indicada por don Álvaro, pero lo que también es verdad que ni el Padre ni don Álvaro asomaban por donde estábamos limpiando. Justicia es decir que Encarnita, hasta la hora de la comida del Padre, arrimaba el hombro con nosotras, como la que más.

Con este ejercicio, las que vivíamos en Villa Saechetti estábamos flacas como palillos, aunque la verdad es que comíamos bien. No así Encarnita, que apenas probaba bocado.

Por esta razón de las limpiezas y de que no dábamos abasto para llegar a todas ellas, monseñor Escrivá indicó que tendrían que venir más numerarias de España a esta administración.

Ello coincidió con una especie de "limpieza" que el Padre quería hacer entre las superioras mayores de la Asesoría Central y pidió que vinieran algunas de las que tenían cargos de gobierno en esa Asesoría, pero sin ser superioras mayores en Roma, sino simplemente numerarias, para ayudar en la administración. Las primeras que llegaron fueron Marisa Sánchez de Movellán, Lourdes Toranzo, Pilar Salcedo y otras como Catherine Bardinet, María José Monterde, Begoña Mújica, etc.

Peter Berglar, en su obra ya mencionada y con referencia a la conversación que monseñor Escrivá tuvo con Pilar Salcedo en 1968 cuando aún era numeraria del Opus Dei, cita a monseñor Escrivá como sigue: "Para mí igualmente importante es el trabajo de una hija mía que es empleada del hogar, que el trabajo de una hija mía que tiene un título nobiliario." Esto no es cierto. Pongamos un ejemplo sin llegar a la aristocracia, que alguno saldrá después, sino a lo económico: cuando a Catherine Bardinet, primera numeraria francesa, se la hizo venir a Roma, no había ninguna otra numeraria en ese país. Catherine pidió la admisión muy jovencita y sus padres, los dueños de los licores Bardinet en Francia, no estaban demasiado entusiasmados con la vocación de su hija. Las relaciones con ella eran a través de la madre principalmente. El padre, sin querer romper, se mantenía un poco tirante. Escribieron estos señores a su hija Catherine diciéndole que iban a hacer un crucero por el Mediterráneo y que les gustaría que los acompañara. Cuando Catherine nos lo dijo, la empezamos a embromar y cada vez que teníamos una limpieza fuerte le decíamos que íbamos de crucero. El caso fue que Encarnita le explicó la situación al Padre, así como el que los señores Bardinet habían dicho que al venir a visitar a su hija, querían saludarlo.

Un día anunciaron que los padres de Catherine habían llegado, pero ante nuestro asombro dijeron también que el Padre bajaría a nuestra salita a saludarlos. Indiscutiblemente "convenía ganárseles" a estos señores, dada la situación económica que se les suponía.

El Padre bajó con don Álvaro a la sala de visitas y, sin previa presentación de tipo alguno, avanzó hacia el señor Bardinet, diciéndole por todo saludo:

–¡Otro gordo como yo! ¿Cómo no nos vamos a llevar bien?

Y le dio un gran abrazo. Por supuesto, ni qué decir tiene que Catherine Bardinet fue al crucero por el Mediterráneo con sus padres…

Este sucedido es inaudito (Catherine Bardinet y Encarnita Ortega, presentes ambas en la entrevista, nos lo contaron.), dadas las restricciones que teníamos de trato con nuestras familias.

No solamente verles, sino irse de crucero…

O sea que, lamentando, con todos mis respetos, contradecir al doctor Peter Berglar, quien por otra parte y por su condición de varón, nunca vivio en ninguna casa de mujeres del Opus Dei ni, según parece en su libro, habló con numeraria alguna, sino que se atuvo a recoger solamente las informaciones sobre la sección femenina y monseñor Escrivá que presentó Encarnita Ortega en el Proceso de monseñor Escrivá, he de reafirmar que para monseñor Escrivá no eran lo mismo todas las numerarias.

Tras la jornada de limpieza aterrizábamos en el planchero, donde además de planchar o repasar la ropa las sirvientas, las numerarias hacíamos otras muchas cosas.

Tapices y alfombras

Durante bastantes meses, del año 1952 al 1953, se reparó un tapiz que, bien fuera el arquitecto o algún numerario, encontraron en un anticuario. Dicho tapiz nos lo pasaron para lavar. Era un montón de basura, todo roto, enorme, no se acertaba a saber ni qué era aquello. Nos dijeron que lo lavásemos bien con agua y jabón y, entre varias de nosotras, ayudadas por algunas sirvientas, así lo hicimos. Lo primero que se nos ocurrió fue sacarle el forro rojo que estaba pegado al tapiz, a fin de que no destiñera. Pero al quitar el forro nos encontramos nada menos que con el sello de autenticidad del tapiz. Se atribuía a Miguel Angel, nos dijeron cuando nos lo entregaron. Gran júbilo por el hallazgo que habíamos hecho. Una vez lavado, cargándolo entre varias, lo colgamos del muro del Cortile del Cipresso, porque al ser tan enorme no cabía para tenderse en el lavadero. Por varios días estuvo secándose el tapiz y, en las tertulias, solíamos pasar el tiempo elucubrando cuál sería el dibujo. Estaba tan destrozado que no se veía nada.

Alguna, con gran imaginación, dijo que en la parte baja del tapiz se veía como una niña. La verdad es que yo no veía más que un brazo. Una vez seco, indicó el Padre a Mercedes Anglés, que era una maravilla con la aguja, que se dedicara plenamente a la restauración del tapiz y que dijera cuándo pensaba que podía estar terminado.

Cuando Mercedes empezó con el trabajo, anunció que tardaría varios meses en terminarlo. A todas nos pareció el anuncio de una eternidad. Pero lo cierto fue que tuvo razón. Casi de inmediato la

empezó a ayudar Mary Carmen Sánchez Merino y, al final, acabamos todas reparando el tapiz. Se había instalado en el planchero un bastidor enorme y por ambos lados del mismo nos poníamos unas ocho a reparar el tapiz. Recuerdo un día en que, cuando pasó monseñor Escrivá al planchero, le preguntó a Mary Carmen cómo iba con el tapiz. Con su gracejo andaluz le respondió:

–Padre, aún estoy con los "panesillos".

Al final se terminó el tapiz y quedó colgado para la posteridad en la escalera de la Villa Vecchia. Luego un pintor lo retocó y efectivamente aquel profeta, que resultó ser la figura central del tapiz, daba unos panes a un joven. Posiblemente estuviera basado en algún pasaje bíblico, pero lo que sí resultó ser cierto era que el dibujo se le atribuía a Miguel Angel.

Como durante el día no teníamos materialmente tiempo para hacer estas cosas, trabajábamos por la noche quedándonos hasta pasadas las dos de la mañana casi a diario. Para espantar el sueño se contaban chistes, historietas, se agotaron todos los repertorios dc canciones. Y así, entre bromas y veras, entre canto y canto, y a costa de nuestras horas de sueño y de descanso, se acabaron igualmente todas las alfombras de nudo que hay en esos edificios. Recuerdo como la manifestación del infinito la alfombra gris pálido que hicimos para el comedor de la Procura Gcneralizia. Fueron metros y metros cuadrados. Era una alfombra que cubría materialmente la habitación.

Como consecuencia de esta falta de descanso, sucedía que, por meses y meses, todas íbamos a la confesión con la misma falta: "Me duermo durante la meditación del sacerdote." En esa época, como había tantos sacerdotes en Roma, cada tarde nos daba la meditación uno diferente, y que nos dormíamos era obvio. Recuerdo a María Luisa Moreno de Vega que nos decía:

"Por Dios, despertémonos unas a otras porque, si no, uno de estos días va a salir el sacerdote del oratorio de puntillas para no despertarnos… " Al cabo de más de un año llegó esta noticia de que nos dormíamos a monseñor Escrivá, quien, muy sorprendido, indicó que teníamos que dormir ocho horas. No entiendo que ignorase ese hecho porque en un horario normal no podíamos dar abasto para hacer cuanto hicimos. Era sencillamente imposible.

Tertulias

Como tertulia o rato de descanso sólo teníamos media hora diaria y una hora los domingos.

Entonces las numerarias teníamos una única tertulia al día mientras que los numerarios tenían dos. Como siempre, las diferencias eran claras.

Nuestras tertulias eran con las numerarias sirvientas. Algunos domingos venía también a Villa Sacchetti alguna numeraria de la región de Italia con dos o tres de las numerarias sirvientas que estaban en esa región. Como ya dije, en verano se solía jugar a la pelota con las sirvientas.

Una especie de baloncesto, sin cesto. Otras veces era conversar y contarles anécdotas, sucedidas en una casa u otra, pero como temas eran bien cosas de los primeros tiempos de la Obra, cosas que había dicho el Padre o anécdotas que habían sucedido yendo de compras, por ejemplo. Nunca se hablaba de temas de actualidad política, mundial o lo que fuera. "El mundo" estaba basado para nosotras en los países donde había fundaciones del Opus Dei y, de hecho, se leían, como cosa extraordinaria, en las tertulias de los domingos, alguna carta seleccionada de las numerarias o numerarias sirvientas de

México o de Chicago. Ese era "el mundo de las numerarias del Opus Dei" en la casa central de Roma.

Temas relativos a la pobreza o el hambre en el mundo, a los problemas sociales de la humanidad en una palabra, ni se esbozaban. Más de una vez nos dijeron los superiores que "eso no era lo nuestro, que para ello estaban las congregaciones religiosas".

No se veía revista de clase alguna en la tertulia. Nisa Guzmán empezó a enviar periódicamente desde Chicago números de "Vogue", de "Bazar" y alguna otra revista de este tipo, pero alguna numeraria puritana le dijo a Encarnita que muchas de las modelos de esas revistas tenían cara de "malas" (tradúzcase por putas) y aquellas revistas también dejaron de circular en las tertulias.

Excepcionalmente, se nos permitía buscar algún modelo, si es que nos iban a hacer un vestido, en dichas revistas, a las cuales, por primera providencia, ya les habían arrancado una serie de páginas.

Aunque trataba de colaborar activamente en las tertulias, yo me aburría mucho porque, objetivamente hablando, eran un tostón; cuando decía esto en la confidencia, siempre me apuntaban que era mal espíritu mío si me aburría con las sirvientas. Yo las quería de verdad, pero ese tipo de tertulia no me distraía absolutamente nada ni me descansaba tampoco. También me decían que las tertulias no era un momento de descanso, sino de vivir activamente la caridad. Otras veces, si estábamos en el planchero, generalmente en invierno, se cantaban las canciones de la Obra y era casi como un rito el que bailaran algún tipo de jota aquellas personas que querían.

Hasta tal punto, que cuando María José Monterde, que era de Zaragoza, llegó a Roma, y que por cierto bailaba muy bien la jota aragonesa, recuerdo que un par de veces la bailó en el planchero delante del Padre, una de las tardes que vino. Por fortuna, con la llegada de las sirvientas mexicanas empezaron a bailarse también las chapanecas y la bamba, lo que al menos era más distraído por lo novedoso del ritmo.

La llegada de las mexicanas amplió también el horizonte tan limitado de aquella casa, ya que empezaron a oírse nuevas costumbres, diferentes nombres, sucedidos no conocidos previamente.

También es cierto que alguno de estos sucedidos trajeron como consecuencia correcciones para las numerarias de aquella región o, al menos, un pedir aclaraciones a cosas que habían contado, especialmente, las sirvientas que llegaron.

Numerarias sirvientas

Así empezó a llamarse en el Opus Dei a aquella clase de miembros que se dedican a los trabajos manuales o al servicio doméstico en las casas de la Obra. (Constituciones. Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei, Roma, 1950). En el año 1965 recibimos en todas las regiones un rescripto de Roma diciendo que el Padre había indicado que de ahora en adelante no se usara el término "numerarias sirvientas" sino el de "numerarias auxiliares" para designar a las sirvientas del Opus Dei. Por tanto, desde esta fecha, el término "sirvienta" quedó relegado, y la denominación ordinaria, dentro de las casas del Opus Dei, es la de "auxiliares", término que usaré más de una vez cuando me refiera a las sirvientas del Opus Dei.

Las auxiliares o sirvientas del Opus Dei tienen, en su vida espiritual, las mismas obligaciones que las

numerarias respecto a las normas del plan de vida, a la mortificación corporal y a la forma de vivir la pobreza, castidad y obediencia. En aquellos años vivían igualmente la práctica de la ducha fría por la mañana. Además estaba indicado que las sirvientas que sirvieran la mesa tenían que ducharse antes de vestirse el uniforme negro.

Hay, sin embargo, diferencias de fondo: las sirvientas no pueden ocupar nunca cargos de gobierno, ni pertenecer a la categoría de "inscritas", así como tampoco ejercer el trabajo fuera de las casas del Opus Dei. Por otra parte, existe la diferencia con las numerarias de que ellas, a semejanza de los varones del Instituto, duermen siempre en camas regulares con somier y colchón.

En la vida práctica, las sirvientas del Opus Dei llevan siempre el uniforme usual para las sirvientas en el país donde estén, que suele ser una bata de color con un delantal blanco y, para servir la mesa, uniforme negro con puños y cuello blanco, un delantal pequeño blanco y cofia.

En algunos países, por ejemplo Venezuela, hubo modificaciones: las batas en vez dc ser de manga larga eran de manga corta y el uniforme para servir la mesa, aunque era de manga larga, solía ser de color verde oscuro. Los días de fiesta, o cuando había invitados, solían servir la mesa -sigo ahora hablando de Roma especialmente- de guante blanco. Por la tarde, la sirvienta que hace de portera lleva el mismo uniforme negro con puños y cuello blanco, y un delantal pequeño de satén negro. Durante muchos años las sirvientas solían llevar con el uniforme de color y el delantal blanco, un gorro también blanco recogiéndoles el pelo. Esta costumbre del gorro blanco se fue desechando porque en muchos países resultaba chocante.

Cuando salen a la calle las sirvientas no van de uniforme; visten como cualquier mujer de su nivel social, suelen ir bien y pueden pintarse. También pueden teñirse el pelo. Sin embargo, cuando hacen la limpieza de las casas no se pintan y solamente van ligeramente retocadas cuando sirven las mesas de los comedores.

Las sirvientas del Opus Dei duermen en camarillas, es decir, son cuartos mínimos en los que caben una cama, un closet, un lavamanos y, en alguna de ellas, no en todas, una silla. Suele haber también una ventana o media ventana y una imagen de la Virgen. La idea es que puedan dormir independientes. En casas de construcción reciente estas camarillas suelen ser más amplias. En Roma, por ejemplo, las camarillas de las sirvientas formaban un núcleo especial.

Luego, conforme se fueron haciendo ampliaciones a la casa de la sección de mujeres, fue igualmente aumentando el número de camarillas. Pero una cosa que quiero aclarar es que las camarillas nunca están mezcladas con los cuartos de las numerarias. Todo es más pequeño en dimensiones y aparte.

Tienen también las auxiliares diferentes comedores de los de las numerarias. Son servidas, por turnos, por algunas de ellas. La clase de comida es idéntica a la del resto de la casa.

En Roma y en algunas casas del Opus Dei la ropa de cama, mesa y toallas estaba siempre diferenciada y marcada con la palabra "servicio".

Las sirvientas del Opus Dei, lo mismo que los proveedores, entran habitualmente a las casas de la Obra por la puerta de servicio. En muy raras ocasiones entran por la puerta principal. Por ello, en todas las casas del Opus Dei hay una entrada especial llamada "servicio" y, en algunas casas grandes, como por ejemplo la de Roma, hay otra entrada especial para los proveedores.

No es que los proveedores entren a las casas del Opus Dei, diría mejor que su entrada consiste en tener acceso a un pequeño recibidor o mostrador donde dejan la mercancía y por donde habitualmente reciben los pagos, pero nunca un proveedor entra a la cocina, por ejemplo, de ninguna casa del Opus Dei.

Las sirvientas no están nunca solas. "No pueden estar nunca solas", según frase del Fundador.

"Son como niñas pequeñas", nos repetía más de una vez el Fundador y de hecho él las llamaba "sus hijas pequeñas". "¡¡¡No me las dejéis nunca solas!!!", nos gritaba otras veces. "Tienen su mentalidad y es la única que pueden tener." Sin embargo, afirmaba el Fundador que muchas de las sirvientas del Opus Dei tenían mejor formación teológica que muchos sacerdotes y que la mayoría de las monjas, por supuesto.

Las sirvientas del Opus Dei NUNCA salen solas, siempre van acompañadas de una numeraria.

Cuando son mayores y llevan muchos años en la Obra, a veces, pueden salir de dos en dos.

Era tal la obsesión que tenía monseñor Escrivá con este "no dejar nunca solas a las sirvientas" que a veces era un martirio para nosotras. No podían estar ni cinco minutos solas en el planchero.

Siempre tenía que estar una de nosotras con ellas. Hasta el punto de que, si una numeraria estaba en el planchero con ellas y se tenía que ir al oratorio para hacer la oración, avisaba a la directora para que otra numeraria o en su defecto la misma directora viniera al planchero mientras la otra hacía la oración. En los trabajos de la casa siempre estábamos con ellas, y en las excursiones y en todo momento.

Incluso cuando hacían la media hora de oración por la tarde, había siempre una numeraria con ellas, no podían ir solas al oratorio como nosotras. La lectura espiritual se la hacíamos nosotras mientras seguían trabajando. Es decir, absolutamente todo lo hacían con nosotras. Era motivo de reportar en la confidencia el que, por la circunstancia que fuera, hubiéramos dejado a las sirvientas solas cinco minutos.

No había meditaciones especiales para las sirvientas. Ellas y nosotras teníamos las mismas meditaciones y en esa época también los mismos ejercicios espirituales.

Nosotras estábamos todo el día con ellas y hacíamos los mismos trabajos, excepto lavar y planchar la ropa de la residencia que solamente lo hacían ellas. La única diferencia esencial era la que había en el trato. Siempre por ambas partes se las llamaba y nos llamaban de usted y ellas a nosotras además anteponían al nombre el tratamiento de "señorita".

La educación humana de las sirvientas era muy básica: sabían leer y escribir, pero no mucho más, a excepción de Dora y Julia, las dos primeras numerarias sirvientas del Opus Dei, que eran muy inteligentes, y el hecho de haber trabajado en familias de cierta posición social les había dado un "roce" que las hacía diferenciarse de las demás.

Curiosamente y frente a la secularidad de que el Opus Dei siempre se dijo ser pionero, no proporcionaba entonces la menor cultura general a sus asociados, bien fueran numerarias o

numerarias sirvientas. Las sirvientas en Roma no recibían clase alguna de nada. Muchas tenían deseos de aprender italiano y habían de contentarse con lo poco que les podíamos enseñar, pero sin clase oficial alguna. Muchos años más tarde, existieron en algunos países "escuelas para empleadas del hogar".

Monseñor Escrivá las trataba como a niñas pequeñas y les fomentaba tal infantilidad que rayaba en lo necio. Ellas sabían que eran "las hijas pequeñas del Padre" y como tal se comportaban.

Hasta el punto de que en la casa de Roma la mentalidad infantil de las sirvientas era deplorable. Era un espectáculo tristísimo comprobar que mujeres mayores actuaran, producto del adoctrinamiento recibido, como criaturas de trece años.

Ni qué decir tiene que para ir al dentista o a cualquier médico, si las numerarias iban siempre acompañadas de otra numeraria, mucho más las sirvientas. Y esta doctrina se extendió a todos los países donde el Opus Dei tiene fundaciones. Nosotras no podíamos regañar nunca a las auxiliares y tampoco les hacíamos la corrección fraterna. Si veíamos que alguna había hecho algo incorrecto se le decía a la directora para que otra sirvienta o ella misma en su confidencia pudiera reprenderla. Tampoco ellas podían hacernos la corrección fraterna. Si hacíamos algo mal, iban a la directora, quien se ocupaba de hacernos llegar la corrección correspondiente.

Las sirvientas del Opus Dei en Roma entonces eran todas españolas y tenían la mentalidad típica del pueblo español de entonces. Algunas, por aspecto, podrían ser las doncellas o niñeras de alguna casa de clase media alta.

Las auxiliares también ayudan en las labores de granja o imprenta, pero nunca dejan su trabajo doméstico. En esto el fundador del Opus Dei era inflexible. Es decir, una sirvienta nunca podía aspirar más que a ser una buena sirvienta, santa como tal, pero dentro del Opus Dei. Eso era todo.

La mentalidad de las auxiliares españolas en aquellos años tendía al servilismo, y esto en Roma era muy peculiar con respecto al fanatismo infantil que ellas tenían. Si para las numerarias toda la vida giraba alrededor de monseñor Escrivá, para las sirvientas era ya el colmo. No había otra meta ni otro Dios que el Padre.

Por ejemplo, una de las sirvientas, a la que no puedo por menos de dedicarle unas líneas, es Rosalía López. Rosalía era de un pueblo de Castilla. Flaca, más bien alta, morena, de facciones angulosas, no agraciada ciertamente, pero de aspecto limpio. Su mentalidad, a más de infantil, era muy estrecha y lo único que era capaz de asimilar eran las cosas que materialmente se relacionaban con el Padre. Para otras cosas no tenía capacidad. Tenía una voz poco cadenciosa, más bien chillona y actuaba siempre como un niño pequeño: si quería algo rogaba al estilo de los niños, cambiando de voz y poco menos que mendigando; pero si algo no le gustaba solía poner una cara bastante amarrada y se sumía en un silencio notorio. Se consideraba, en muchos aspectos, como la "defensora" del Padre. Por ejemplo, ella sabía que era la única sirvienta que monseñor Escrivá aceptaba para que le sirviera la mesa a él y a don Álvaro, mesa a la que también era invitado con cierta frecuencia Salvador Canals Navarrete, sacerdote numerario del Opus Dei, porque trabajaba dentro del Vaticano.

Rosalía tenía tal convencimiento de que era imprescindible para el Padre, que se atrevía a enfrentar a la numeraria que fuera, bien la directora central o la directora de la administración de la casa.

Todas sabíamos en la casa -aunque sólo se decía alguna que otra vez entre las numerarias del gobierno central- que Rosalía le reportaba a monseñor Escrivá cualquier cosa que hubiera pasado o se hubiera dicho, aunque obviamente era monseñor Escrivá el que se valía de esta sirvienta para indagar en el terreno que fuera: visitas que venían, salidas que se hacían, etc.

Recuerdo mi asombro un día que monseñor Escrivá me preguntó quién era el sacerdote que había venido a visitarme. En efecto, el padre Rambla había venido a ver qué se podría hacer para acercar a mi madre. Aunque la directora por supuesto sabía que yo había tenido esta visita, no se le había dicho nada a monseñor Escrivá porque no había razón para ello. A esta altura no puedo decir otra cosa más que era un auténtico cotilleo el que se traía Rosalía con monseñor Escrivá. Cotilleo que, por otra parte, como digo, era bien recibido y fomentado por el mismo monseñor Escrivá.

El juego era increíble: había numerarias que le bailaban el agua a Rosalía con la esperanza de que su nombre apareciera frente al Padre. Por otra parte, son muchas las veces que he visto a Rosalía bajar a la cocina mientras servía a monseñor Escrivá con lágrimas de cocodrilo enfrentándose con la directora e incluso con Encarnita mientras les decía: "Ustedes van a matar al Padre. Le han puesto la comida aceitosa y no ha podido comer hoy." Y con un gesto displicente mostraba, dejándola sobre la mesa, la bandeja pequeña que se había preparado para monseñor Escrivá. Esto, después de haber estado contando con cuenta- otas, la directora o la encargada de la cocina, incluso las dos, la cantidad de aceite que se utilizaba para la comida del Padre.

Otras veces, bajaba Rosalía a la cocina transmitiendo órdenes:

–El Padre dice que se sirva café hoy en el comedor del Colegio Romano.

Y si alguien osaba preguntar "¿Por qué?", ella respondía toda escandalizada:

–Señorita, lo ha dicho el Padre.

Monseñor Escrivá, muchas veces, le decía que se sentara en su comedor y que le contara cosas. De más está añadir que "las cosas" eran siempre comadreos de la administración.

Rosalía gozaba humillando a las numerarias a base de dar a entender "sus fuentes de información".

Por ejemplo, en la última vez que yo estuve en Roma en los años 1965 y 1966, Rosalía me dijo una noche:

–Usted, señorita, olvídese de volver a su tierra. La guste o no la guste se va a quedar en Roma.

Como yo la conocía de años y sabía que mi reacción iba a ser reportada a monseñor Escrivá, me limité a darle una clase de "buen espíritu" diciéndole:

–Rosalía, si usted sabe eso por habérselo oído decir al Padre, no se olvide nunca de que lo que oye mientras sirve no lo debe repetir en la administración.

Cuando anualmente se hacían los cursos de formación, el problema de la directora de la administración y de la directora central era ver qué sirvienta "que le gustase al Padre" podría servirle la mesa. Generalmente, durante esas tres semanas que solía durar el curso anual, Tasia, la sirvienta

que vino conmigo de España, era quien le servía la mesa.

Servir la mesa al Padre era el privilegio de los privilegios entre las auxiliares.

Cuando se abrieron las fundaciones de Estados Unidos e Inglaterra, se llevaron a sirvientas españolas. Naturalmente en Estados Unidos pronto se dieron cuenta de que el régimen no podía ser el español y las señoras que iban por la casa les hacían regalos a Pilar y Francisca, pensando que les hacían un favor a estas dos sirvientas. El punto fue que se originó una crisis en estas auxiliares, en vista de lo cual fueron enviadas a Roma. Pilar se quedó en Villa Sacchetti, pero Francisca tuvo que irse a la región de Italia porque era hermana de Rosalía y dos hermanas nunca pueden estar viviendo en la misma casa del Opus Dei.

Monseñor Escrivá envió más tarde, a los países donde el servicio doméstico no era costumbre tenerlo al estilo español, una nota diciendo: "En aquellos países donde no sea costumbre tener servicio doméstico, téngase, pero sin exhibirlo." Lo que equivalía a que las sirvientas no podían ir siempre de uniforme, etc, etc. Y que tampoco podían hacer de porteras. Es decir: estaban relegadas al interior. A Estados Unidos se enviaron numerarias sirvientas mexicanas.

En otros países donde las numerarias y las sirvientas realizan esa labor en las casas de los varones de la Prelatura, reciben un sueldo, pero bajísimo, y por supuesto ningún seguro social de clase alguna. En virtud de la pobreza, estos sueldos van directamente a la caja de la casa donde viven y a las sirvientas no se les entrega dinero alguno porque se supone que, al salir con las numerarias, son éstas las que pagan los gastos que sea. Naturalmente cuando necesitan ropa o zapatos también se les compra, pero ellas no manejan dinero alguno.

En algunas ocasiones, muy pocas, si alguna familia necesitaba ayuda financiera, la Obra les enviaba un cheque por una cantidad irrisoria, pero no ellas, quienes en virtud del voto de pobreza no pueden disponer de dinero alguno.

En casi todos los países hay sirvientas, auxiliares, del Opus Dei, indígenas, aunque lo mismo que España ha suplido de servicio doméstico a las casas Opus Dei en Europa, México ha servido a las regiones del continente americano. Cuesta mucho trabajo conseguir estas vocaciones y especialmente mantener su perseverancia.

La estructura social del mundo cambia a pasos agigantados y el servicio doméstico como tal no resulta atractivo más que por horas y bien retribuido. En este punto el Opus Dei no quiere entender el mensaje del siglo en que vivimos y se empeña en mantener modelos que lo favorecen, pero que no responden a una realidad cristiana y social.

Las sirvientas del Opus Dei de la casa central de Roma y las numerarias no cobrábamos sueldo alguno por el trabajo: nos pagaban la comida. Era todo. Tampoco existen servicios sociales de clase alguna en el Opus Dei, lo que acarrea serios conflictos cuando alguna numeraria auxiliar abandona, por las causas que sea, el Opus Dei.

Cursos anuales. Castelgandolfo: "Villa delle Rose"

Los cursos anuales son períodos de formación que el Opus Dei requiere que han de hacer todos los miembros de la Prelatura. La duración es de tres semanas a un mes, como indicaba hablando de

"Molinoviejo".

Cuando yo llegué a Roma, los cursos anuales se hacían en Castelgandolfo con la región de Italia.

En Castelgandolfo había una villa pequeña, pero con un buen terreno que Su Santidad Pío XII regaló al Opus Dei. Siempre se hablaba de que ahí se construiría la sede de formación de la sección de mujeres del Opus Dei, sede que, en los años en que yo llegué a Roma, no tenía forma ni color, pero que trece años después era una realidad. "Villa delle Rose" alberga hoy el Colegio Romano de Santa María donde suelen venir las vocaciones de los varios países a terminar los estudios internos de Filosofía y Teología, e incluso algunas a hacer estudios especiales de Pedagogía.

A la casa de Castelgandolfo se la llamó desde el principio "Villa delle Rose". Era una casa vieja, fea e incómoda. Teníamos que dormir las numerarias en el suelo del comedor y aún recuerdo que había un tranvía que cuando pasaba nos retemblaba todo el suelo. La parte más habitable y mejor de aquella casa era la dedicada a la sección de varones. Solía haber un sacerdote con varios numerarios y algunas veces venía monseñor Escrivá de visita.

Nos habían dicho en Villa Sacchetti que iríamos en turnos a Castelgandolfo para hacer nuestro curso anual. Faltaban aún unas dos semanas para empezar, cuando un día, después de comer, me dijo Encarnita que tenía que irme a Castelgandolfo inmediatamente, que Pilarín Navarro ya lo sabía y me estaba esperando. No me dio razón alguna de aquella prisa, sino la advertencia de que procurase no perder el autobús y que luego irían las demás a hacer el curso.

Yo me fui sola y, al llegar, Pilarín Navarro, la directora de la región de Italia y del curso especial que hacían las nuevas vocaciones italianas, se sorprendió al yerme y me preguntó:

–¿A qué vienes?

La verdad es que yo no lo sabía. Y así se lo dije.

Me quedé analizando, sin embargo, que Encarnita no me había dicho la verdad, porque Pilarín Navarro no tenía ni idea de que yo iba. Esto, unido a que el enorme trabajo que teníamos en Villa Sacchetti, hacía incomprensible el prescindir de una persona, me hizo pensar en el por qué me habrían enviado a Castelgandolfo tantos días antes de empezar el curso anual. Y por qué la salida tan precipitada.

Por mi manera de ser, la cosa que más me ha enfurecido siempre es hacer las cosas porque sí, sin darle a una persona razones. Por ello, queriendo encontrar una razón, pensaba si sería que había hecho algo mal y me mandaban así para que me diera cuenta, pero, por otra parte, recordaba a Encarnita toda sonreída cuando me lo dijo. Creo que toda la gama de posibilidades se me pasaron por la mente y al final, como no encontraba ninguna razonable, decidí sumirme en un profundo silencio hasta que Encarnita, que me dijeron iba a venir al curso de las italianas dos días después, me explicara las cosas.

El hecho fue que Encarnita vino y salió volada después de la clase. Yo logré alcanzarla y preguntarle, ¿pero qué pasa?, ¿por qué me mandaste aquí?

No sólo no me contestó sino que me dijo que iba a todo correr porque perdía el autobús para llegar a

la cena del Padre.

Yo me irrité aún más al ver su sonrisa. Era como si se estuviera burlando de mí.

No sé si es necesario aclarar a esta altura que dado mi carácter fuerte aquello me irritó sobremanera, tanto que incluso se me pasó por la cabeza, viendo el proceder del Opus Dei, el mandar todo a paseo e irme del Opus Dei.

Al día siguiente, cuando vino don Salvador Canals, pasamos todas por el confesonario y yo le conté lo ocurrido. Don Salvador, que era un hombre muy bueno y pacífico, me calmó los ánimos y me dijo que no me preocupara.

Por otra parte, la vida toda era en italiano, lógicamente, y a mí me suponía aún un gran esfuerzo el hablar en italiano todo el día, o sea que la cosa tampoco se me hacía fácil por ese lado.

Como resultado de mi enfado, me encerré en un silencio casi absoluto, sin ser por ello incorrecta, hasta que terminó aquel bendito curso y regresé a Roma.

Yo pensaba hablar con monseñor Escrivá preguntándole las razones que impulsaron a Encarnita a actuar de tal modo conmigo, pero no tuve tiempo a ello. En una ocasión que me crucé con don Alvaro en la casa, yendo con Encarnita, me dijo éste de buenas a primeras:

–Te has portado como un animal en Castelgandolfo dando tan mal ejemplo.

Tras de esto, y dos días después, me llamó el Padre delante de don Alvaro y de María Luisa Moreno de Vega y me echó la bronca mayor que recuerdo.

Como siempre, gritando. Me dijo que se había enterado por Encarnita de lo mal que me había portado en el viaje cuando vine de España coqueteando con el señor italiano (el pobre hombre que me ayudó a subir al tren en Veintemiglia cuando venía a Roma hacía varios meses). Que yo le había dado el número de teléfono de la casa. Que había escandalizado, " ¡escandalizado!", me gritaba, a esa "pobre sirvienta" que venía conmigo en el tren leyendo esa porquería de revistas, y que encima de todo en Castelgandolfo no había podido dar peor ejemplo, siendo una de sus secretarias, con el mutismo en que me había sumido.

A todas éstas, María Luisa Moreno de Vega no tenía ni idea del asunto de mi viaje, ni de lo que la sirvienta dijo, ni de nada. La pobre estaba compungida y seria. Se la veía sufrir.

Cuando me gritaba enfurecido, don Alvaro, para calmarle, le dijo a fin de terminar la bronca:

–Padre, yo ya le he dicho que se ha portado como un animal.

–Peor que un animal -gritaba el Padre-. Dando mal ejemplo a todas las nuevas vocaciones, siendo una de mis secretarias.

Y cuando don Alvaro trataba otra vez de mitigar la bronca diciendo:

–Padre, son ya cosas de antes de ayer -tratando de decir el mucho tiempo que había transcurrido,

monseñor Escrivá respondió:

–¡Nada de antes de ayer! – gritaba-. ¡Son cosas de ayer!

Y para que me enterase de lo mal que me había portado me dijo como colofón:

–Y ya lo sabes: no pienso hablarte en dos meses.

De ahí, en total silencio, nos fuimos a secretaría, no sin haber pasado un momento por el oratorio.

Acogiéndome a que María Luisa Moreno de Vega era superiora mayor, a quien una numeraria comente como yo podía hablarle en ocasiones confidencialmente, le expliqué lo sucedido en el tren. Ella me escuchó muy sentidamente, me creyó, estoy segura, y me dijo que debería volver a hablar con Encarnita para asegurarle que cuanto yo le había dicho anteriormente era verdad.

Aunque no me apetecía hablar con Encarnita por su forma de acusarme ante el Padre, al cabo de tantos meses de estar en Roma, lo hice porque estaba realmente angustiada al saber que el Padre no me hablaría en dos meses, cosa que cumplió a cabalidad.

Aquellos dos meses me parecieron una eternidad. Monseñor Escrivá, ostensiblemente delante de todas, hacía notar que no me dirigía la palabra. La verdad es que aquel castigo me costó más de una lágrima en mi oración.

Pasaron más de dos meses cuando un buen día me empezó a hablar con la mayor naturalidad, como si nada hubiera pasado. Al recordar hoy día hechos semejantes, confieso que me asombra ver la capacidad de aguante que tiene el ser humano cuando sigue ciegamente a un líder. Y pienso también qué clase de sentimientos podría albergar el corazón de monseñor Escrivá cuando se permitía jugar con los sentimientos de todos nosotros con esa insensibilidad.

No me parece que sus actuaciones, poniendo la anterior como un ejemplo entre muchos, estuvieran cerca del espíritu evangélico respecto al perdón de las ofensas "antes de que se pusiera el sol", si es que tan ofendido se sentía.

El 15 de agosto de 1952 supimos que monseñor Escrivá había hecho en el santuario de Loreto la consagración del Opus Dei al Inmaculado Corazón de María. En todas las casas se hizo ese año y por primera vez esta consagración, costumbre que se renueva anualmente y en ese día.

Las palabras de dicha consagración las lee siempre en el oratorio la directora de cada casa.

"Terracina": Salto di Fondi

Un día nos llamó monseñor Escrivá diciendo que había una casa en Terracina. Que era una casa que venía a cubrir una necesidad de primera hora: el que los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz pasaran allí el verano, puesto que podían ir a la playa. Nos dijo que había una pequeña administración, pero que desgraciadamente no convenía que nosotras nos bañásemos en la playa, aunque podríamos ir de paseo a ella y "mojarnos los pies". Que lo ofreciéramos a Dios por la Obra y por nuestros hermanos para que fueran muy santos.

A cuenta de "Terracina" nos dijo que de momento no habría propiamente administración. Que por ello había pensado que su hermana Carmen, que iba a venir a Roma, podría estar en "Terracina" con una de nosotras, por ejemplo Enrica Botella, hasta que tuviera preparada una casa que se había adquirido para Carmen y su hermano Santiago. Agregó que esta casa sería después para la Obra. Nos dijo que hacía falta empezar a limpiar esa casa, antes incluso de que los obreros entraran, porque estaba muy sucia; y que había pensado que fuéramos Encarnita y yo acompañadas por Dora y Rosalía, pero que absolutamente nadie en la casa tenía que saber esto.

Tía Carmen

No creo que tenga que esforzarme demasiado a esta altura para expresar nuestro -mi- gozo ante esta prueba de confianza de monseñor Escrivá: nadie sabía que tía Carmen (Monseñor Escrivá estableció la costumbre, desde la primera hora de que a su madre se la llamase "la Abuela" y a sus hermanos, Carmen y Santiago, "tíos"; aunque, por ser tan joven, era poco frecuente que a Santiago lo llamáramos "tío"), iba a venir a vivir a Roma por el momento y absolutamente nadie que se estaba preparando una casa en Roma para ella y Santiago. La casa estaba en Via degli Scipioni.

Al mediodía, don Alvaro y el Padre nos llamaban para decirnos las tardes que podíamos ir. La casa era un villino en un sitio precioso, y todas pensamos que una vez que estuviera limpia sería muy bonita. Nos organizamos de forma que cada una de las cuatro "atacase" un sector; porque era realmente un ataque. La casa estaba tan sucia que recuerdo perfectamente cómo para limpiar las baldosas de las paredes de un baño tuve que emplear un cuchillo de cocina con las dos manos: la capa de porquería se venía como una lámina. Era increíble. Pasamos varios meses en esta limpieza dura de primera hora, hasta que empezaron a ir los obreros.

Entonces fuimos algunos domingos por la mañana. Recuerdo que uno de ellos llegó a vernos monseñor Escrivá con don Alvaro y nos trajeron pastelillos salados y dulces. Se veía claramente que los habían comprado en una pastelería. Ni qué decir tiene que el júbilo era máximo.

Veíamos de vez en cuando, dorando los techos, a Javi, un numerario sumamente joven que solía pasar con los obreros a nuestra casa y que se caracterizaba por su antipatía. Al cabo de los años este jovencito pasó a ser secretario del Padre y "custode" (El Padre tiene dos "custos" (custodios o guardianes) "para mirar por el bien espiritual y material del Padre, los cuales por razón de este cargo no pertenecen al Consejo General del Opus Dei. Son designados por un quinquenio por el Padre mismo entre nueve socios inscritos presentados al Padre por este Consejo General. Conviven en una misma familia con el Padre". Lo que significa que acompañan al Padre vaya donde vaya. Ambos están encargados de hacer la corrección fraterna al Padre. Uno respecto a las cuestiones de tipo espiritual y el Otro respecto a las cuestiones de tipo material. Cf. Constituciones del Opus Dei, Roma 1, noviembre de 1950). Hacia el año 1956 le ordenaron sacerdote. Cuando monseñor Escrivá nos lo dijo, recuerdo que todas hicimos un gesto casi de desagrado. Monseñor Escrivá sabía por Rosalía que el tal Javi no nos caía bien a ninguna numeraria y, recientemente ordenado, nos comunicó a través de esta sirvienta que aquella tarde vendría "don Javier" a dirigirnos la meditación. Este sacerdote es don Javier Echevarría, el actual vicario general de la Prelatura del Opus Dei.

Tía Carmen estuvo en "Terracina" varios meses, durante los cuales una serie de numerarias estuvieron con ella. Encarnita pasó allá más de un mes. Cuando terminaron de remodelar y de decorar su casa, a tía Carmen le trajeron a Roma e igualmente a Santiago. Vivían los dos en el villino. En la casa tenían dos sirvientas que la región de Italia les había procurado y, además, un perro, un

boxer, llamado "El Chato".

Una vez que tía Carmen estuvo instalada en Roma, el Padre designó a unas pocas numerarias para que fueran a visitarla, de forma que siempre estuviera acompañada por las tardes. De Villa Sacchetti sólo podían ir Encarnita Ortega y María José Monterde. De la región de Italia solían ir Mary Altozano, Mary Carmen Sánchez Merino y alguna otra que no recuerdo ahora. A mí me sorprendió que yo no fuera a su casa después de haberme tragado todas las limpiezas.

Y también le sorprendió a ella. Un día me dijo:

–Dime por qué no puedes venir a mi casa.

Y sinceramente le contesté:

–Tía Carmen, no me han dicho que vaya. Y cuando dije si podría ir, me indicaron que el Padre no había dicho nada.

Me acuerdo que ella hizo un gesto, como diciendo ¡qué fastidio!, y me agregó:

–No lo entiendo, después de haberte tragado las limpiezas.

Yo me reí y dejé morir la cosa.

Con tía Carmen yo me llevaba bien. Cuando venía a nuestra casa a almorzar, de vez en cuando, verdaderamente le agobiaba que la gente le besuquease y se le colgase de los brazos. Yo siempre creía que le molestaba esa obsequiosidad falsa. Con ella solía tener un diálogo sencillo, pero breve. Se sentía muy incómoda en Italia. No le gustaba vivir fuera de España y aunque la casa que tenía era muy bonita, en el fondo era como estar en jaula dorada. Elia no podía hacer lo que quería porque todo le venía marcado indirecta o directamente por el Padre.

Por otra parte, monseñor Escrivá no la iba a ver con demasiada frecuencia y cuando iba no había una conversación fácil. Encarnita, que estuvo presente en más de una de estas visitas, contaba que era muy incómodo ver los silencios de tía Carmen y los silencios del Padre.

Comentando una de estas visitas, monseñor Escrivá nos contó que un día de los que fue a visitarla, Carmen estaba bastante antipática y que él le dijo:

–Bueno, para todo el mundo yo soy el fundador y presidente general del Opus Dei, y para ti, ¿qué soy?, ¿un cuerno?

Tía Carmen le respondió muy brava:

–Eso, sí. Un cuerno.

Monseñor Escrivá relataba esto muy divertido, incluso riéndose.

No había conocido yo a tía Carmen en los primeros tiempos de "Lagasca", sólo la conocí después de hacer mi "admisión". Pero hay antiguos numerarios del Opus Dei que no guardan buen recuerdo de la

estancia de Carmen en "Lagasca", en el sentido de que todos tenían, en cierta forma, que rendirle pleitesía.

A Santiago lo vi un par de veces que fue a Villa Sacchetti a almorzar, porque debía de ser algún cumpleaños del Padre o con motivo de alguna fiesta, no estoy segura, pero sí lo recuerdo, en los breves minutos que hablé con él, como una persona muy distinta a monseñor Escrivá en el sentido de que me pareció mucho más sencillo.

Personalmente siempre compadecí a Carmen y a Santiago porque me parecía que eran peces en una pecera. No eran del Opus Dei y sin embargo sus vidas dependían de la Obra. Por otra parte, monseñor Escrivá hacía alarde de que se mantenía distante de sus hermanos, pero basándose en que ellos le dejaron su fortuna -cosa que nunca pude saber hasta qué punto era cierto- les atendía a cuerpo de rey, no sólo en la vivienda que les procuraba, bajo pretexto de que el día que ellos se fueran de Roma o se murieran, esa casa pasara a la Obra, sino en el haber marcado la tradición de que el día del santo de tía Carmen y de Santiago, de su cumpleaños, por Navidad, etc., de todas las regiones se les mandara un regalo, que no solía ser una tontería. Se hacía con mucho gusto, por otra parte, pero eran excepciones por el mero hecho de ser hermanos del Fundador. Tanto así, que estando en Venezuela nos sorprendimos mucho cuando -ya había fallecido tía Carmen- nos mandaron una nota diciendo que de ahora en adelante no se le mandaran más regalos a Santiago. Luego nos vinimos a enterar de que Santiago iba a casarse.

Lo que no es cierto sobre tía Carmen es lo que Andrés Vázquez de Prada narra en su libro sobre ella, cuando dice que los hermanos del Padre se fueron a vivir a Roma: "Santiago hacía tiempo que venía trabajando en temas de su profesión de abogado; y tampoco Carmen cambió de ocupaciones, de nuevo al pie del cañón. La excelente disponibilidad de ayuda de esta mujer se empleaba, a veces, en asuntos nada gratos. De presentarse una gestión bancaria, la hermana del Fundador se armaba de arrojo. Vestía sus mejores atavíos e iba a obtener créditos; sin mucho respaldo que ofrecer, la verdad. La saludaban cortésmente, eso sí, con un: "Avanti, contessa". Y franqueaba las barreras." (Si tía Carmen viviera le diría a Andrés Vázquez de Prada, con toda la franqueza con que ella podía hacerlo, que estaba contando un cuento, y se le reiría en la cara. Esto no es verdad, primero porque ni Carmen ni Santiago intervenían en asuntos financieros de la Obra; segundo, porque Carmen no hablaba italiano ni conocía a banquero alguno; y, tercero, porque aunque yo la quería de verdad, no puedo decir que tenía aspecto de "contessa"'. Andrés Vázquez de Prada, op. cit., p. 262).

Lo que Carmen sí nos hacía era bordarnos blusas para algunas de nosotras. Bordaba muy bien y le gustaba hacerlo.

También le gustaba, como a cualquier señora de esa edad, conversar y no estar sola. Le gustaba mucho cuidar de las plantas y tenía buena mano. Yo la solía embromar diciéndole que de un palo seco le saldría un día alguna flor, porque a veces, al ir por la calle, cortaba una ramita que asomaba a una verja cualquiera, la plantaba en su casa y le brotaba una mata.

Más de una vez hemos ido algunas de nosotras con tía Carmen a tomar una "granita di café".

Le encantaba invitarnos o acceder a nuestro ruego de que nos invitase a una cafetería.

Lo que no le gustaban eran los cambios. Odiaba el ver caras nuevas.

Cuando le dije que me había dicho el Padre que me iba a Venezuela, vino a almorzar y agarrándome del brazo me dijo en tono bajo:

–Pero ¿dónde tiene mi hermano la cabeza? Ahora que llevas todo lo de la imprenta y que todo va bien, ahora te manda a Venezuela. Está loco.

Yo le decía: "No digas eso, tía Carmen. A mí me cuesta irme, pero el Padre tiene sus razones." Ella movía la cabeza sin estar convencida.

Era costumbre, cuando una numeraria del gobierno central se iba a otro país, que se hiciera una foto buena y la dejara en la casa.

Cuando yo fui a hacerme la foto, le dije a tía Carmen que me acompañase porque odiaba ir al fotógrafo. Ella lo entendió muy bien y me dijo que sí. Me acuerdo de que caminando por el Tritone me preguntó qué quería que me diera, y yo le dije que dos cosas: "Una, el rosario con el que rezas a diario; y la segunda, que te hagas una foto tú también y me la des." Me miró con una sonrisa muy peculiar y me dijo:

–Pero tal cual estoy, porque otro día no vengo.

Recuerdo que me habían dado la dirección de un fotógrafo en esa misma calle, pero al llegar me pareció que ahí no podía yo entrar a tía Carmen y sin más me fui a Luxardo, uno muy bueno, ahí mismo en el Tritone. Y efectivamente nos hizo unas fotos muy buenas a cada una.

Una foto mía se quedó en Roma y me dijeron que me llevase dos copias a Venezuela.

Curiosamente las fotos que se hizo tía Carmen son las que han quedado en el Opus Dei para la posteridad, ya que ella falleció el 20 de junio de 1957 y lo que estoy hablando sucedía a finales de septiembre de 1956.

Se olvidó de darme el rosario y así me lo dijo por teléfono, pero me aseguró que me lo mandada antes de irme de Roma. Y así lo hizo: era un rosario muy bonito de filigrana de plata que Mercedes Morado me quitó en mayo de 1966 y nunca me devolvió.

La muerte de tía Carmen me dolió de verdad. Sabíamos que estaba muy grave, porque nos lo comunicaron a todas las regiones que, tenía cáncer. Cuando regresé a Roma en octubre de 1965 fui a visitar su tumba que, por cierto, no puede estar en lugar más incómodo. Le pregunté a Lourdes Toranzo, quien había estado con ella en la época de su gravedad y muerte, y me contó Lourdes que tía Carmen pedía una y otra vez que se quería morir en España, pero que monseñor Escrivá no lo permitió y que -seguía contando Lourdes Toranzo- le repetían sin cesar "que se quedara en Roma y que lo ofreciera por el Padre y por la Obra", y que después de mucho y mucho insistirle, accedió finalmente. Recuerdo que Lourdes me dijo:

–Fue horrible, porque no quería quedarse de ninguna manera y nos costó horrores el convencerla.

Se me quedaron grabadas estas palabras de Lourdes Toranzo cuando me lo contó en Roma, de la manera más natural, y me hizo pensar tanto el por qué esta testarudez de monseñor Escrivá. ¿Por qué no la dejó ir a morir en paz a su país y donde ella quería? ¿ Por qué querer gobernar hasta la vida de

su familia y contradecir los deseos de un moribundo? Esta crueldad nunca la pude entender desde que lo supe y, a través de los años, sigo sin entender. ¿No contradice esto lo que también asegura Vázquez de Prada que monseñor repetía y que yo, a mi vez, le he oído decir reiteradamente: "Soy amigo de la libertad, porque es un don de Dios, porque es un derecho de la persona humana…"? Carmen no se merecía que no la dejaran morirse como ella quena.

Asesoría Central

Así se llama al gobierno central de mujeres del Opus Dei. Como mencioné anteriormente y en diversas partes, este gobierno central estaba en España y tenía por domicilio un piso en la calle de Juan Bravo, 20, en Madrid.

Monseñor Escrivá estaba muy alarmado porque pensaba que Rosario de Orbegozo, secretaria central, estaba deformando el espíritu del Opus Dei y que las numerarias jóvenes en la Obra que componían el gobierno central, al girar alrededor de ella, iban adquiriendo un espíritu deformado, con respecto especialmente a la "unidad" en el Opus Dei. Y esto, tanto en materias de gobierno donde había que tratar con los asistentes eclesiásticos para la sección de mujeres, el secretario general y el sacerdote secretario central, como con el gobierno de la región de España en sí, cuya directora en aquel tiempo era María Teresa Arnau.

Hay que notar que la "unidad", como monseñor Escrivá la concebía, era de carácter monolítico.

No se aceptaban discrepancias con sus opiniones. El diálogo no existe en el Opus Dei, porque las cosas hay que hacerlas "así". Y por "así" quiero decir que todo hay que hacerlo de acuerdo a los rescriptos, notas e indicaciones hechas por el Padre y nadie, si tiene "buen espíritu", puede tener la osadía de apartarse un ápice de ello cuando él indica algo. Y no porque hubiera supuesto una falta de obediencia precisamente, sino de "unidad". Todo ello siempre basado en que "Dios lo quiere así". Este espíritu monolítico, como digo, estaba tan imbuido en todos los miembros que no vivir una cosa de la Obra en la forma indicada por el Padre, hubiera sido una falta grave de "unidad".

Por ello, y a fin de adoctrinar a un grupo en el verdadero espíritu de "unidad" en el Opus Dei, monseñor Escrivá decidió que, poco a poco, fueran viniendo a Roma, en calidad de simples numerarias, algunas de las que componían esos gobiernos, como por ejemplo Marisa Sánchez de Movellán, María Teresa Arnau, Lourdes Toranzo, Pilar Salcedo y otras. Es decir, al traerse esas numerarias que ocupaban cargos, necesariamente esas vacantes tenían que llenarse con otras personas que el Padre iba a seleccionar cuidadosamente.

Cada vez que llegaba una de estas numerarias, tenía, no cabe duda que indicado por monseñor Escrivá, una larguísima sesión conversando en privado con Encarnita Ortega; sesión que duraba horas y, a veces, hasta días. Hubiéramos debido ser sordas y ciegas para no oír a la persona que había llegado sollozar y verla luego con los ojos rojos. En muchos casos se le pedía que escribiera aquellos hechos que se apartaban de la "unidad" de la Obra.

Aunque entonces no supimos el tema de aquellas conversaciones, meses más tarde nos enteramos, porque la misma Encarnita nos lo comentó a las que formábamos el gobierno central, indicando que "había sido providencial" el que aquellas numerarias vinieran a Roma y que las broncas fueron necesarias para "cortar el mal de raíz". Léase "falta de unidad".

Se me ocurre pensar que "este confesar los errores" de no haber vivido bien la "unidad" del Opus Dei, haciéndolas sentir culpables, tiene cierta semejanza con las tácticas de Stalin cuando exigía a la gente que confesara los errores de sus "desviadas interpretaciones" del dogma comunista. Y, por otra parte, el hacer sentir culpables a las personas crea una especie de dependencia de aquella "fuente" de donde proviene la verdad. En este caso Encarnita y monseñor Escrivá.

Sobre el tema "unidad" en el Opus Dei se podrían llenar libros. Bajo cualquier enunciado es siempre oportuno en el Opus Dei hablar de "unidad". Y se habla tanto de ella porque se considera como el tesoro de la Obra. El capítulo titulado "Amar la unidad" del libro del Opus Dei "Cuaderno" insiste en eso de manera machacona en cada uno de sus párrafos. "Hemos de querer con pasión a la Obra. Y una de las manifestaciones más claras de ese cariño es amar su unidad, que es su propia vida, porque donde no hay unidad hay descomposición y muerte." Y sigue el párrafo siguiente hablando de que hay que "cuidar, velar por la unidad de la Obra, lo que supone estar dispuesto a defenderla, si llegara el caso, de cualquier ataque". La forma que el Opus Dei recomienda para vivir la "unidad" es vivir la filiación al Padre. Y cualquier cosa que no sea acatar cuanto diga el Padre es faltar a la "unidad". A monseñor Escrivá no se le podía replicar nunca y mucho menos contradecir, porque ello hubiera supuesto una falta de "unidad".

La misma doctrina se aplica para los consiliarios de los diferentes países: la directora regional no debe, en principio, dejar de aceptar la opinión expresada por alguno de los dos. asistentes eclesiásticos, tanto el consiliario, como el sacerdote secretario regional, so pena de estar al borde de una falta de "unidad".

No cabe duda de que había una aureola entorno a Encarnita como la numeraria "con mejor espíritu" de la Obra, por una parte, y la de quien tiene "toda la confianza del Padre", por otra parte. Así como había una aureola de "santidad" alrededor de monseñor Escrivá. Se guardaban todas las prendas de ropa que desechaba, desde pañuelos a ropa interior, y era una "suerte enorme" el que alguna de nosotras consiguiera alguna cosa que el Fundador hubiera dejado de usar. Por ejemplo, yo aún conservo unas tijeras de mesa, parecidas a una tijeras de uñas, muy peculiares, que él ousaba, pero que dejó de hacerlo porque se le había roto una de las puntas.

Curiosamente y por costumbre, las tenía en mi estudio hasta que un día, a un dominico amigo mío, José Ramón López de la Osa, que estaba pasando una temporada en Santa Bárbara y criticó aquellas tijeras, le dije con tono de reproche: "No te metas con las tijeras que eran de monseñor Escrivá." No habían pasado ni tres días, cuando al llegar a mi casa me dejó unas auténticas tijeras de cortar papel sobre mi mesa diciendo: "Para que eches a la basura "las benditas" [usó otro calificativo] tijeras del Fundador." Hacia finales de verano de 1953, monseñor Escrivá nos llamó a todas las numerarias, incluidas las auxiliares, a la cocina de Villa Sacchetti. Estaba con él don Álvaro del Portillo. Cuando se cercioró de que estábamos allí absolutamente todas las que vivíamos en la casa, nos dijo que tenía un anuncio muy importante que hacernos. No se oía a la gente ni respirar.

Nos dijo monseñor Escrivá que hacía mucho tiempo que estaba pensando en tener "cerquica de él" al gobierno central de la sección femenina de la Obra para poder gobernar de una manera aunada. Y que por tanto, de acuerdo con don Álvaro, habían decidido que la Asesoría Central funcionara desde ese día en Roma. Y que nos iba a decir quiénes eran nuestras nuevas superioras. El cuadro era el siguiente:

Directora o secretaria central: Encarnita Ortega Secretaria de la Asesoría Central: Marisa Sánchez de

Movellán Vicesecretaria de san Miguel: María del Carmen Tapia Vicesecretaria de san Gabriel: María José Monterde Vicesecretaria de san Rafael: Lourdes Toranzo Prefecta de estudios: Pilar Salcedo Prefecta de sirvientas: Gabriela Duclos Delegada de España: María Luisa Moreno de Vega Delegada de Italia: María del Carmen Tapia Procuradora: Catherine Bardinet La sorpresa fue indescriptible. Nadie nos lo esperábamos. A mí concretamente me dijo:

–A ti te damos dos cargos para que lleves mejor el peso como una buena borriquita.

También nos informó que, como Encarnita ahora sería la directora central, Begoña Mújica, una numeraria de Bilbao que habiendo estado en el gobierno central en España había llegado hacía pocos meses para la administración de Villa Sacchetti, sería ahora la directora de esta administración. Y que en España la directora de aquella región sería Crucita Taberner.

Esta Asesoría Central junto con el Padre, monseñor Escrivá; el sacerdote secretario general, don Antonio Pérez Tenessa; el procurador general, don Alvaro del Portillo; el sacerdote secretario central, don José María Hernández Garnica, formaba el gobierno central para las mujeres del Opus Dei en el mundo entero.

Tanto monseñor Escrivá como los otros sacerdotes que formaban parte de este gobierno de mujeres -y que es también común al gobierno central de varones llamado Consejo General- tienen todos voto -y algunos veto- deliberativo en esta Asesoría Central. Sin embargo, de esos sacerdotes, el único que estaba en Roma era don Alvaro del Portillo. Los otros seguían en España, donde aún continuaba estando la sede del Consejo General-gobierno central- para la sección de varones del Opus Dei.

Las responsabilidades, según las Constituciones del Opus Dei, son las siguientes: la directora de la Asesoría Central, bajo la guía del presidente general y del sacerdote secretario central, consagra sus esfuerzos a todo aquello que mira a la dirección y actividad de la sección de mujeres.

La secretaria de la Asesoría Central distribuye los trabajos entre las vicesecretarias y los demás miembros de la Asesoría y les exige un fiel cumplimiento de sus cargos. Además suple a la secretaria central en caso de ausencia o de impedimento y redacta las actas de las reuniones de la Asesoría Central.

La vicesecretaria de san Miguel tiene como responsabilidad la formación de todas las numerarias y oblatas del Opus Dei en todos los países donde haya miembros de la Obra, así como el fomento de cualquier actividad relativa a estos miembros.

La vicesecretaria de san Gabriel tiene como responsabilidad todo cuanto se relacione con las supernumerarias y cooperadoras del mundo entero, tanto su formación como actividades.

La vicesecretaria de san Rafael tiene como actividad el apostolado y proselitismo con la juventud en todas las casas de la Obra del mundo entero, así como fomentar cualquier clase de actividad que conduzca a un aumento de vocaciones o trabajo con la juventud.

A la prefecta de Estudios competen todos aquellos asuntos que se refieren a la instrucción, sea espiritual, sea intelectual, de las asociadas numerarias.

A la prefecta de sirvientas corresponde gobernar la formación religiosa y específica de las numerarias

sirvientas.

Las delegadas tienen como misión estudiar los asuntos de la respectiva región. Representan al país dentro de la Asesoría Central y en los gobiernos regionales ocupan el cargo inmediato a la directora de la región y tienen voz y veto en dicha Asesoría Regional.

La procuradora central, cada quinquenio, debe inspeccionar por sí misma o por otras los libros de la administración de todas las regiones, de tal modo que se corrijan los defectos y se lleven fielmente a la práctica las normas transmitidas por la Administración General del Instituto; y, cada trimestre, recibirá de las procuradoras de las regiones los estados de cuentas que han de ser sometidos al examen de la directora central con la Asesoría. La duración de estos cargos es de cinco años.

A fin de presentar de una forma más comprensible el gobierno del Opus Dei, incluyo en la página siguiente un cuadro esquemático del mismo.

La forma de gobierno en el Opus Dei en todos los años que estuve en él era oficialmente colegiada, pero, en la práctica, a dedo del Fundador. O para ponerlo de una forma más suave: la forma de gobierno era la de una "democracia dirigida". Pongo un ejemplo real: monseñor Escrivá pensó que había que dar un impulso grande a la región de Colombia y que para ello convendría enviar a una de las numerarias que estábamos entonces en la Asesoría Central.

Nos llamó a Encarnita y a mí, y nos preguntó qué nos parecería si a Pilar Salcedo se la enviase a Colombia de directora de aquella región para reemplazar a Josefina de Miguel, quien había abierto la fundación de mujeres del Opus Dei en aquel país. Aunque Pilar Salcedo ocupaba entonces el cargo de prefecta de Estudios en la Asesoría Central, respondimos de inmediato que nos parecía una buenísima idea.

Ahí mismo nos dijo monseñor Escrivá que llamásemos a Pilar para que subiera al comedor de la Villa. Cuando Pilar apareció, el Padre, todo cariñoso, le dijo que tenía que encomendarle un trabajo muy importante, pero que ella tenía que decidir. La rodeó de toda clase de palabras halagüeñas, como "Ya sabes, hija mía, la confianza que te tengo", "Sé que harás una buena labor porque has pasado aquí un tiempo cerca de mí y sabes con cuánto amor el Padre quieres a sus hijas". Pilar estaba roja por la noticia, pero emocionada por "la confianza que el Padre depositaba en ella". Y, naturalmente, dijo que iría a Colombia. A renglón seguido nos dijo monseñor Escrivá que aquella tarde nos reuniríamos la Asesoría Central con él "para decírselo a las demás". Y así fue: nos reunimos todo el gobierno central con monseñor Escrivá y don Alvaro del Portillo en el comedor de la Villa Vecchia. Cuando nos sentamos, nos dijo el Padre que nos llamaba para comunicarnos a todas que Pilar Salcedo se iría a Colombia en pocos días. Y empezó a elogiar a aquel país. Pronunció monseñor Escrivá una frase que se hizo célebre con el transcurso de los años: "Colombia, hija mía, es el país de las esmeraldas. Pero las mejores esmeraldas son mis hijas, si me son fieles." Hay que señalar que monseñor Escrivá cuando hablaba de "fidelidad" repetía muy a menudo "Si me sois fieles", "sedme fieles". Es decir, marcaba la fidelidad hacia él antes que la debida a Dios o a la Iglesia. Nunca le oí decir:

"Sed fieles a la Iglesia." Nunca.

Siguiendo con el relato de la marcha de Pilar Salcedo a Colombia, monseñor Escrivá agregó, bromista, que tenía ganas de tener una esmeralda para "usarla de pisapapeles", mientras con la mano

marcaba el volumen de la piedra que le gustaría tener. Y, si mi memoria no me falla, creo haber oído que años después le mandaron de Colombia la piedra por él deseada.

Lo que he narrado anteriormente muestra que la forma de gobernar no era colegiada. De haberlo sido, monseñor Escrivá tendría que haber expuesto su idea a todo el gobierno central reunido, como una sugerencia para ser considerada, pensando los pros y contras de que una numeraria de un gobierno central recientemente formado se fuera a otro país. Y haberle dado a la interesada al menos una semana para que se lo pensara, puesto que en el Opus Dei está dicho que los miembros tienen libertad para aceptar o no el ir a un país que no es el suyo.

Después, en otra reunión plenaria y por voto consultivo, al menos, de la Asesoría, haber decidido lo que fuera. Pero como digo no sucedió así, ni en ese caso ni cuando mandó a María José Monterde de directora de México, a Gabriela Duclos de directora de Estados Unidos, a Lourdes Toranzo de directora de Italia o a mí de directora de Venezuela.

Esta forma de gobernar "a dedo" está basada en el número 320 de las Constituciones del Opus Dei donde dice claramente: "El Padre tiene potestad sobre todas las regiones, los centros y cada uno de los miembros y los bienes del Instituto, la cual ha de ejercer con arreglo a estas Constituciones." Nunca presencié en la Asesoría Central caso alguno en que alguien estuviera en desacuerdo con el Padre y me pregunto qué hubiera ocurrido si alguien hubiera dicho que no a alguna sugerencia o indicación suya. Las reuniones de la Asesoría Central, como insisto, eran "una democracia dirigida": se sensibilizaba a la gente, antes de tener lugar la reunión, sobre aquellos asuntos que monseñor Escrivá indicaba de una determinada manera.

Había votaciones, por supuesto, en este gobierno, pero principalmente cuando se trataba de la incorporación a perpetuidad de alguna asociada, tanto numeraria como auxiliar. Y en muy pocas cosas más. Estaba claro que en ninguna reunión de la Asesoría jamás se oía una voz disonante de la del Fundador. De más está decir que una objeción hubiera sido falta de "unidad".

Como la casa de la Asesoría no estaba aún terminada, estas reuniones de gobierno tenían lugar en el comedor de la Villa Vecchia. Este comedor de la Villa Vecchia, llamado familiarmente en la casa de Roma el "comedor del Padre", era una de las habitaciones que no sufrieron reforma en esta casa. Guardaba el estilo de la villa original. Tenía dos grandes ventanales que daban al jardín llamado de la Villa Vecchia y dos puertas, una de madera negra que daba al vestíbulo de la villa, y la otra, tapizada para aislar los ruidos, al office de la administración. Una mesa frailuna que podría sentar a unas catorce o quince personas en el centro, dos sillones y una serie de sillas todas de respaldo alto y tapizadas como los sillones, en un terciopelo color cardenal.

No había visillos ni cortinas en las ventanas de la Villa Vecchia. Los vidrios de las ventanas eran, en su mayoría, emplomados: cuarterones pequeños que daban unas irisaciones bonitas a las habitaciones.

Hasta que la casa de la Asesoría Central, llamada "La Montagnola", no estuvo terminada, todas seguimos viviendo en los mismos cuartos en Villa Sacchetti. Nuestras obligaciones respecto a las limpiezas seguían siendo exactamente las mismas. La única diferencia es que pasábamos menos horas en el planchero, tiempo que dedicábamos a lo que antes hacíamos María Luisa Moreno de Vega y yo, y que ahora quedaba repartido entre todas y como función de gobierno puesto que todas éramos superioras mayores.

Dispusimos por muchos meses para el trabajo de la Asesoría Central de dos habitaciones en Villa Sacchetti: una, la misma secretaría que habíamos usado María Luisa Moreno de Vega y yo -y que ahora usaban Encamita Ortega y Marisa Sánchez de Movellán- y otra, frente a ésta, que había sido dormitorio de una numeraria de la casa. En la habitación donde trabajábamos la mayoría, teníamos dos mesas: una de altura regular y otra muy baja. Unas cuantas sillas completaban el mobiliario. Era incómodo trabajar en esas mesas, porque las teníamos que compartir entre todas, pero no le dábamos la menor importancia a esa molestia.

Por las mañanas, una vez que Encarnita y Marisa habían leído el correo, nos daban a cada una las cartas del país que nos correspondiera, con alguna nota indicativa para la respuesta.

Incluyendo, naturalmente, las cartas dirigidas personalmente al Padre.

Muchas veces Encarnita venía a nuestro cuarto cuando necesitaba comentar algo, pedirnos opinión o darnos algunas indicaciones.

Monseñor Escrivá solía venir frecuentemente a esta habitación de trabajo con don Alvaro y nos iba contando cosas respecto al espíritu del Opus Dei. Su insistencia máxima era el inculcarnos el espíritu de "unidad" como base imprescindible para ser portadoras de este "buen espíritu".

Esto que puede resultarle cansón al lector, era la base de la doctrina de monseñor Escrivá respecto al funcionamiento interno del Opus Dei. Y en cierta manera era lógico, desde su punto de vista, si quería tener la fuerza de una masa no pensante, y totalmente acrítica, a su disposición en cuerpo y alma. Hablaba de apostolado de una manera muy general: "Tenemos que llevar nuestra sal y nuestra luz a todas las almas." Mencionaba a Jesucristo, sí, pero como consecuencia de haber hablado del Opus Dei, o para hablar de él. Las pocas veces que hablaba de la Iglesia era para decir el trabajo que Alvaro del Portillo o Salvador Canals hacían dentro de ella, pero siempre dejaba sugerida la incomprensión que el Opus Dei había encontrado tantas veces.

Si hablaba de la Compañía de Jesús por algún motivo, siempre se refería a los jesuitas como "los de siempre". Recuerdo que cuando a monseñor Escrivá le hicieron una fotografía con el padre Arrupe, que fue publicada en "ABC" y en la que se veía la cúpula de San Pedro en el medio, no estaba abiertamente contento, sino con ánimo de demostrar que los jesuitas tenían en cuenta al Opus Dei. No fueron éstas sus palabras, pero todo el entorno lo daba a entender así.

Fue en una de estas visitas y refiriéndose a los jesuitas cuando nos dijo aquello de: "Prefiero mil veces que una hija mía muera sin recibir los sacramentos, antes de que le sean administrados por un jesuita." Frecuentemente nos hablaba de las limpiezas y especialmente de las limpiezas de su cuarto.

Nos repetía que su cuarto era "un cuarto de paso", lo que era cierto. Pero no era cierto que su despacho lo fuera, ni el cuarto donde mandó a hacer especialmente vitrinas para guardar todos los burros que le mandaban como obsequio los numerarios y numerarias del mundo entero.

Una colección muy pintoresca y variada. Ello basado en el hecho de que, cuando una vez en su oración le decía al Señor: "Soy un pobre burro sarnoso", oyó una respuesta del cielo diciéndole:

"Un burro fue mi trono en Jerusalén." De ahí viene el que, cuando algunas veces le daba una foto

suya a alguien, solía poner " Ut iumentum!" (como un asno). Hecho que curiosamente repite el actual prelado del Opus Dei, Alvaro del Portillo.

Nos dejaba ver muy claramente, con unas palabras o con otras, su visión de cómo la Iglesia era un organismo del que no se puede prescindir, pero ineficaz. Su convencimiento más absoluto era de que el Opus Dei estaba muy por encima de la Iglesia en santidad, en formación doctrinal y en todo. Cuando nos hablaba de los sacerdotes del Opus Dei nos decía que eran "su corona" (la de él).

En estas visitas suyas nos dejaba los puntos esenciales de la doctrina del Opus Dei y nos repetía muchas veces que "las que vengan detrás os tendrán envidia de haberme conocido".

Estaba claro que las mujeres no podíamos conservar la amistad con sacerdote alguno; sin embargo, porque convenía a efectos de una reputación externa, hacía las excepciones que le acomodaban. Por ejemplo: mandaba a María José Monterde, que era de Zaragoza, con una relativa frecuencia, a visitar a don Pedro Altabella, un monseñor español y de Zaragoza también, que vivía en Roma y tenía algún cargo en el Vaticano, no sé cuál. Y no solamente que lo fuera a ver, sino que le llevara cada mes una copia de la revista interna de la sección de mujeres, llamada "Noticias". Lo curioso era que estas inconsistencias nos parecían naturales porque venían del Padre, ¿y quién se atrevía a decir lo contrario?

No era fácil vivir en la casa de monseñor Escrivá por sus múltiples exigencias, incongruentes muchas de ellas. Por una parte, nos pedía, por ejemplo, un trato especial con nuestras "hermanas pequeñas, las sirvientas" y que nunca las dejáramos solas pero, por otro lado, jamás les dedicaba él más que unos minutos de su tiempo cuando pasaba al planchero o cosa semejante, siempre en plan de dar doctrina. Así como le encantaba hacer la tertulia con los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz, no recuerdo nunca a monseñor Escrivá venir de forma periódica a hacer la tertulia con las sirvientas, muy posiblemente porque se aburría y no sabía cómo dialogar con ellas, y por tanto su trato se limitaba a dar doctrina del Opus Dei. Por ello me asombra ahora cuando, en biografías dedicadas mayormente a ensalzar el trato con las clases humildes que tenía monseñor Escrivá, se marcan las visitas, esporádicas, que él hizo a personas humildes que había conocido en sus viajes a algunos países de Latinoamérica, pero no pueden relatar en verdad estos biógrafos que dedicara lo mejor de su tiempo, periódicamente y en su casa de Roma, a conversar en tertulias, por ejemplo, con sus propias numerarias sirvientas del Opus Dei. Lo único que pueden narrar son hechos esporádicos.

Cuando venía de visita algún obispo a la casa de Roma, indicaba, como expliqué anteriormente, el protocolo que debía dársele respecto a las comidas, etc. Su afán era deslumbrarles y de paso ir sensibilizándolos para la futura labor del Opus Dei en aquel país, el que fuera.

Con motivo de que iba a venir uno de estos obispos, nos dijo a Encarnita y a mí que preparásemos una buena comida porque era aquel obispo alguien a quien le gustaba comer mucho.

Su expresión fue: "Hijas mías, darle de comer hasta que se pueda tocar la comida con los dedos", y al decirnos esto abría la boca metiéndose los dedos.

Indiscutiblemente monseñor Escrivá quería que se viera que el Opus Dei era universal, pero sucedía que en aquel entonces todas las vocaciones eran españolas, excepto en México y un grupito pequeño en Irlanda, a más de una francesa que estaba en Roma y una japonesa que vino una temporada corta a Villa Sacchetti, pero que, después de haber pasado por una administración del Opus Dei en España,

se fue del Opus Dei.

Para poder demostrar a algún obispo que visitaba la casa esta universalidad de la Obra, avisaban a la administración que no hubiera ninguna española por la Galleria della Madonna por donde aquel obispo visitante iba a pasar con monseñor Escrivá, y hacían poner en lugares claves a las pocas extranjeras que había para que, cuando pasara el Padre con aquella autoridad, monseñor Escrivá la presentase diciendo: "Esta hija mía es francesa. Catherine, hija mía, Dios te bendiga." O esta otra hija mía es mexicana: "Gabriela, Dios te bendiga…", y así sucesivamente.

Monseñor Escrivá quiso que hubiera una mexicana, Gabriela Duclos, y una francesa, Catherine Bardinet, en la Asesoría Central, simplemente para darle "colorido", pero nunca les daba trabajo de responsabilidad ni les solía consultar cosas. Tenía una desconfianza innata a todo lo que no fuera español y por ello se rodeaba de gente española en los puestos claves de confianza.

Esto era claro.

Encarnita tuvo que ir a visitar los países donde la Obra estaba en Europa y por supuesto se llevó a Gabriela Duclos, mexicana, para demostrar en Europa, igualmente, la universalidad de la Obra y, por otra parte, porque Gabriela era muy dócil con ella y no le iba a presentar problema alguno en el viaje.

En esos años se solucionó el problema financiero de las obras de Villa Tevere gracias al constructor Castelli, amigo de don Alvaro, quien, de manera que nunca nos dijeron, arregló las cosas para que financieramente don Alvaro no tuviera que estar pendiente de estos problemas.

Y de hecho, fue gracias a este señor que se terminaron dichas obras. Naturalmente el que esa persona se portara así de bien con don Alvaro trajo consigo una reciprocidad. Nosotras sólo conocimos el hecho de que cuando el hijo de esta familia Castelli hizo la primera comunión, la misa, oficiada por don Alvaro dcl Portillo, se celebró en la casa central del Opus Dei y a nosotras, monseñor Escrivá nos pidió que, en el nuevo comedor para los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz se preparase un desayuno por todo lo alto: desde doncellas de uniforme y guante blanco, hasta usar todo el servicio de plata y, por supuesto, hasta el último detalle supervisado por nosotras. "Se lo merece todo ese hombre", nos repitió el Padre, refiriéndose a Castelli el constructor.

Mi estancia en Roma coincidió, como puede verse por las cosas que narro, con la época fundacional del Opus Dei. Viví toda esta reorganización de gobierno, presencié el crecimiento de los edificios día a día y escuché al fundador del Opus Dei adoctrinamos a nosotras, las primeras numerarias que se estaban formando bajo su sombra.

La labor de gobierno, como consecuencia, no era solamente legislar, sino aplanar materialmente el terreno que iban a pisar las numerarias que nos sucedieran en estos cargos. De aquí que muchas de las cosas que digo puedan resultar sorprendentes porque no tienen una secuencia todo lo ordenada que un estudio metodológico exigiría. Son fragmentos de las primeras horas romanas del Opus Dei que yo viví y que no puedo acomodarlos de otro modo porque sería falsear la realidad vivida.

Solía llamarnos monseñor Escrivá muchos domingos por la mañana, cuando no había obreros, para que visitáramos con él y don Álvaro las obras de la Casa de Ejercicios donde se hospedaría provisionalmente el Colegio Romano de la Santa Cruz. Y recuerdo que algún domingo fuimos sólo con él. Como generalmente a esas horas estábamos limpiando y llevábamos la bata blanca de rigor,

nos dijo que nos la quitáramos, por discreción, para no llamar la atención de los vecinos que pudieran vernos.

En estas visitas pudimos recorrer los nuevos edificios, que luego conoceríamos más a fondo cuando nos tocase limpiarlos, claro.

Sobre la época que visitábamos las obras hay cantidades de detalles. Pero mc limitaré a contar solamente algunos. Uno de ellos fue el que nos contaba monseñor Escrivá sobre el problema que existía con el agua. Parece ser que los vecinos se quejaron oficialmente a las autoridades de la ciudad porque nuestra casa, con tan tísima gente, hacía un consumo de agua superior al asignado por vivienda en esa zona.

No sé detalles de cómo arreglarían este asunto, pero más tarde supe que el Colegio Romano de la Santa Cruz o, mejor dicho, la Casa de Ejercicios donde vivían los alumnos del Colegio Romano de la Santa Cruz, tenía un pozo de agua, no autorizado.

En otra ocasión y con motivo de estas mismas obras, nos contó monseñor Escrivá muy confidencialmente que habían conseguido o estaban a punto de recuperar una fianza depositada cuando la compra de Villa Tevere. El Padre nos dijo que junto con el único dinero que tenía le habían dado a los dueños "un puñaíco de monedas" que provenían de su madre, con el ruego de que no se deshicieran de ellas. Como complemento a esta información y de fuente fidedigna sé que "un día monseñor Escrivá, en el Colegio Romano de la Santa Cruz, sacó una serie de monedas de oro de diez dólares, llamadas "eagles" (águilas) que tienen el tamaño de los diez céntimos americanos ("dime"). Naturalmente ahora valen mucho más de diez dólares. Estaban dentro de una bolsa de tela y no hay duda de su existencia porque las tocamos, bajo la mirada de alguno de los sacerdotes que estaban con monseñor Escrivá. Dijo monseñor Escrivá que había diez mil dólares o sea mil "eagles" (aunque él no mencionó el nombre de la moneda).

Explicó que habían servido como una especie de fianza para el préstamo de la compra de la villa y del terreno. Dijo también que eran la dote de su madre. Habían conseguido pagar las deudas y recuperar estas monedas". Nunca entendí por qué llevaron estas cosas con tanto sigilo.

Otras veces aprovechaba monseñor Escrivá estas visitas para contarnos cosas de la Obra.

Concretamente más de una vez nos repitió respecto a las mujeres: "Sois como las cebollas, por muchas capas que se os quiten, siempre queda otra." También refiriéndose a la fundación de la sección de mujeres solía decirnos que él no quería mujeres en el Opus Dei y que en algún documento de primera hora del Opus Dei él escribió que "una diferencia del Opus Dei con otras formas de vida de entrega es que no tendrá mujeres". A lo que solía añadir: "Yo no os quería. No quería mujeres en la Obra. Bien podéis decir que fue de Dios." Y seguía contando:

"Empecé la misa sin saber nada y acabé sabiéndolo todo." Tengo que decir con toda verdad que el colofón de mi fanatismo en el Opus Dei fue mi ida a Roma y el pertenecer al gobierno central de la sección de mujeres.

Si por una parte me tomé con toda responsabilidad los cargos que me habían encomendado, por la otra parte fui muy drástica en los primeros años de pertenecer a este gobierno, especialmente con las numerarias y superioras de la región de Italia.

Región de Italia

Aquí tengo que entonar un público "mea culpa" por lo dura que fui con las superioras de la Asesoría Regional, especialmente con Pilarín Navarro Rubio, que era en aquel tiempo la directora de la región. Llegué con la espada de la "unidad" desenvainada y con la letra del "buen espíritu" y "del amor al Padre" en mi boca.

Consideré que había un mal espíritu ambiental y así lo reporté a la Asesoría Central, que naturalmente le echó las broncas consiguientes a las superioras de esa región. Estaba Pilarín Navarro como directora regional y, como secretaria de esa Asesoría Regional, María Teresa Arnau, que había llegado recientemente de España. María Teresa era de las personas que monseñor Escrivá no quería tener cerca. Era una mujer inteligente y dedicada, pero cayó en desgracia de monseñor Escrivá y, después de varios años de estar en Italia y teniendo un cargo en la Asesoría Regional de ese país, le ordenaron, sin darle la menor explicación, que regresara a España, indicando a las superioras del Opus Dei que la enviasen a casa de su familia. Era huérfana y económicamente su familia pasaba por una situación difícil.

Fue un problema complicado: ella pidió regresar a las casas de la Obra y, aunque las superioras en España le dijeron que volviera, monseñor Escrivá, al enterarse de ello, dijo que no podía hacerlo. Pero, por contraste -y ésta es otra incongruencia típica de monseñor Escrivá-, en uno de sus viajes a España la vio y estuvo afectuoso con ella. Nunca se pudo saber la razón de estas actitudes.

Los dos asistentes eclesiásticos para la región de Italia eran don Salvador Moret como consiliario y don Salvador Canals como sacerdote secretario.

La región de Italia era muy difícil y muy dura. Financieramente no tenían dinero, apostolados externos no había ninguno sólidamente establecido. Había una casa en Milán y otra en Nápoles.

Una vez fui a ver a las numerarias de esta ciudad. De directora estaba Victoria López Amo, una de las personas de quien guardo un excelente recuerdo por su bondad. En Roma estaba solamente el piso de Marcello Prestinari, donde vivía la Asesoría Regional. La sección femenina llevaba también la administración de la Comisión Regional y, en Castelgandolfo, de "Villa delle Rose".

Iban, sin embargo, muchas señoras italianas a Marcello Prestinari y el apostolado con ellas iba muy bien. La labor de san Rafael era muy difícil. Tuvieron una vocación, Gabriella Filippone, que pertenecía a una familia muy buena de los Abbruzzi, aunque vivían en Roma. Era además una familia muy rica.

A Encarnita Ortega le encantaba Gabriella, tanto que hasta que no se la llevó a la casa central no paró. Curiosamente a mí me tocó hacer muchas gestiones en Roma con Gabriella y desde luego era una delicia de persona.

Se pensaba en la posibilidad de una residencia de estudiantes que se acrisoló más tarde con gran éxito, "Villa delle Palme", pero en esta primera época de que hablo el horizonte era muy negro en plan de apostolado.

Había también una vocación alemana, Marga, que organizó una especie de jardín de infancia.

Esto supuso un permiso especial del Padre, ya que las numerarias no podíamos tomar un niño en brazos, ni hacerle una caricia, ¡no se diga ya besarles!, porque iba en detrimento de nuestra castidad. En nosotras, el tener un sentimiento maternal iba contra la castidad. Sin embargo, los boletines que publica el Opus Dei sobre la vida de monseñor Escrivá, lo muestran con niños en brazos y hasta besándolos.

A mí, en esa época de fanatismo en grado superlativo, cuanto hacía el Padre me parecía perfecto.

Lo que hacía Encarnita no lo veía tan claro y me costaba rendir el juicio, pero lo rendía.

La disposición del gobierno central era en esencia girar alrededor del Fundador. Entre nosotras, las que formábamos la Asesoría, la relación era buena. Teníamos la mayoría bastante genio, pero lo dominábamos. Tanto María José Monterde como Lourdes Toranzo eran, a mi juicio, irritantes con sus bromas pesadas. Pero María José era clara, cosa que Lourdes no lo era tanto.

Sí era claro que Encarnita llevaba el cotarro. Ella y Marisa nos daban las cosas de gobierno "medio comidas". Es decir, dejaban ver que lo que ellas sugerían era mejor que lo que nosotras pensábamos, lo cual implicaba que el resto estábamos muy mediatizadas. Encarnita tenía puntos fijos y uno de ellos era Pilarín Navarro: no omitía ocasión en la que de una manera u otra, muy sutilmente o no tanto algunas veces, la censurase por su falta de "amor al Padre".

Igualmente nos dejaba ver que monseñor Escrivá no tenía confianza en Pilarín.

El "reinado" de Encarnita Ortega en Roma se terminó hacia el año 1965 y a consecuencia del escándalo de su hermano Gregorio Ortega (Goyo), como taba en la "Introducción" de este libro. Gregorio Ortega llegó a Venezuela el 16 de octubre de 1965 y lo deportaron de ese país el 12 de noviembre del mismo año, después de haber estado detenido en la suite que ocupaba en el hotel Tamanaco de Caracas. Indiscutiblemente a monseñor Escrivá no le interesaba tener cerca de él nada menos que a la hermana de este numerario que tantos problemas les había traído.

Precisamente a Encarnita la dijeron que fuera a España para hablar con su hermano. Una vez allí la hicieron quedarse en Barcelona por varios años. Luego la relegaron a Oviedo, a casas de menor importancia y, por último a Valladolid, donde reside actualmente.

De estos tiempos son también los viajes del Padre. No sabíamos a dónde, pero nos dejaban ver que estaría a lo mejor un mes fuera. Solía ir de vacaciones durante los meses de verano en Roma. Muchas veces se llevaba a dos numerarias y a dos sirvientas para que pudieran atenderle la casa donde él descansaba. Mientras, los varones estaban en "Terracina", la casa del Opus Dei en Salto di Fondi, y las numerarias empleábamos las "vacaciones" para hacer las limpiezas extraordinarias, especialmente en el cuarto de monseñor Escrivá.

Colegio Romano de Santa María

Dos acontecimientos cambiaron el ritmo establecido en la Asesoría Central: uno, el comienzo del Colegio Romano de Santa María, erigido por monseñor Escrivá el 12 de diciembre de 1953.

Y el segundo, el que la sección de mujeres llevase la dirección de la imprenta en Roma. En 1953 y el

8 de septiembre, monseñor Escrivá escribió desde Roma una carta a todos los miembros, hombres y mujeres, con motivo de las Bodas de Plata de la fundación del Opus Dei. Él las celebró en "Molinoviejo".

Al Colegio Romano de Santa María vinieron algunas de las primeras vocaciones de casi todos los países: Teddy Burke de Irlanda y Pat Lind de Estados Unidos fueron el gran acontecimiento.

Pat llegó con Theresa Wilson, quien también vino al Colegio Romano.

En el año 1954 nos entregaron la casa de la Asesoría Central y esto hizo que fuéramos a vivir a ella y a trabajar en las oficinas de la Asesoría que estaban en el cuarto piso de esa casa. Yo diseñé los archivos de casi todas las oficinas y empecé a trabajar muy a gusto en estos cuartos.

Teníamos una luz espléndida y no cabe duda de que el bienestar material procuró un clima relajado.

En el primer piso estaba la salita llamada de visitas y el oratorio, que aún no estaba terminado.

En el segundo piso estaba el soggiorno (cuarto de estar) y un grupo de habitaciones para las asesoras. En el tercer piso, la suite de la directora central y varios cuartos más para las asesoras; y, en el cuarto piso, como digo, las oficinas de la Asesoría Central. Todos los cuartos tenían ducha independiente además del lavabo, menos la suite de la directora central que tenía su dormitorio, una sala bastante grande y un cuarto de baño completo. En el cuarto de la directora central había telefonillo interno y en los otros pisos el telefonillo interno estaba en el pasillo.

Las clases del Colegio Romano se daban en el soggiorno de "La Montagnola". Venía un sacerdote después de comer a dar clases de teología dogmática y de moral. No había libro alguno, pero sí permitían que se tomara apuntes. Nos recomendaron que las asesoras que tuvieran tiempo disponible asistieran también a esas clases. Luego estaban las clases de espíritu de la Obra, de "Catecismo" de la Obra y de cuestiones administrativas, que, por turnos, dábamos los miembros de la Asesoría; pero el mayor peso correspondía a Pilar Salcedo y a Lourdes Toranzo.

Cuando el número de alumnas del Colegio Romano fue en aumento, se hizo necesario construir los edificios que funcionaron en Castelgandolfo, en "Villa delle Rose".

Monseñor Escrivá hablaba con mucha deferencia a estas alumnas del Colegio Romano. Solía, algunas veces, pasar al soggiorno de "La Montagnola" y hablar con ellas. En una de estas reuniones y dirigiéndose a la primera norteamericana, Pat Lind, que se defendía bastante bien en español, le dijo:

–Pat, vengo de hablar con tu primo Dick.

Aquí monseñor Escrivá nos explicó que Dick era un primo de Pat que se había criado con ella como hermano, que era igualmente el primer numerario de Estados Unidos y que Dios mediante sería sacerdote. Y continuando dijo:

–Y dice [Dick] que él no ha leído nunca que santo Tomás diga que los negros tengan alma. ¿Tú qué crees?

Pat, con una sonrisa un tanto burlona, respondió:

–Si lo dice mi primo…

Respuesta que monseñor Escrivá acogió con grandes carcajadas mientras repetía:

–¡Qué divertido! ¡Pero qué divertido!

La verdad es que, a pesar de ser yo tan fanática entonces, lo acusé en mi confidencia como una gran falta de caridad y de universalidad.

Estaba bastante indignada por este comentario. Naturalmente me dijeron que la culpa era de Pat, no del Padre…

Las alumnas del Colegio Romano de Santa María participaban parcialmente de las limpiezas de la casa, según les permitía su tiempo libre de clases, y tenían la tertulia aparte con la Asesoría Central, cuyos miembros, desde que empezó a funcionar este Colegio Romano, dejamos de tener las tertulias con la administración de la casa, incluidas las sirvientas.

La imprenta I: comienzos

Como dije anteriormente, la.imprenta, al igual que el Colegio Romano de Santa María, fue uno de los dos factores que más contribuyeron a un cambio de horizonte en el gobierno de la Asesoría Central.

Hacia 1954 monseñor Escrivá nos indicó que, a semejanza de lo que estaban haciendo "nuestros hermanos" con la edición de una revista de régimen interno llamada "Crónica", nosotras teníamos que hacer lo mismo preparando una revista para el régimen interno de la sección de mujeres. Y apuntó como título el de "Noticias". Parece ser que éste era el nombre de un folleto que editaron los primeros miembros del Opus Dei para informar de la marcha de las cosas a aquellos otros miembros que no estaban en la misma ciudad que el Padre.

Nos habló mucho monseñor Escrivá de la labor de prensa en el mundo entero y concretamente nos dijo: "Tenemos que envolver al mundo con papel impreso." Explicó cómo era de importante que hubiera muchos periodistas del Opus Dei (varones y mujeres) para evitar informaciones erróneas emitidas por aquellos que no eran del Opus Dei. Igualmente nos habló de las escuelas de periodismo en el mundo entero y de cómo en la Universidad de Navarra habría una con el tiempo, donde pudieran formarse "los nuestros" en este arte. A continuación nos explicó que la imprenta que ya existía en miniatura en Roma, llevada por los varones numerarios del Opus Dei, la tendríamos que llevar nosotras muy pronto, y que no sólo saldrían las revistas internas, sino toda clase de documentos y material de información que "no había por qué dar a los de fuera". Aquí explicó que también estaban preparando los varones otra revista que podría darse a muchas personas que no pertenecieran a la Obra, llamada "Obras". Nos dijo que prácticamente ya estaba fraguada.

Como consecuencia de todo lo anterior, nos indicó que empezáramos a escribir a las regiones pidiéndoles colaboraciones para empezar a editar en Roma este material y empezar así a preparar el primer número de "Noticias".

También nos dijo que nos pasarían una "Vary-Typer" para que aprendiéramos a usarla. A renglón seguido preguntó que quién podría encargarse de buscar una máquina para nuestra imprenta, y casi a

coro respondieron todas que yo. Nunca supe por qué, pero siempre tuve en el Opus Dei la fama de que yo era muy buena manejando máquinas. María Luisa Moreno de Vega me embromaba siempre diciendo que debía ser porque mi padre era ingeniero industrial en Inglaterra y en España. La verdad es que por mi curiosidad innata de averiguar el porqué de las cosas -yo más bien diría filosófica que mecánica- procuraba saber a fondo el funcionamiento de cuanto instrumento caía en nuestras manos.

Pero, en conclusión, el hecho fue que el día siguiente salí con Gabriella Filippone a buscar "una maquina para la imprenta".

¿Cómo era la máquina? ¡Ah! Eso no se sabía. Humildemente empezamos a buscar multicopistas buenas y a mí, sinceramente, todas me parecían carísimas. Hicimos un resumen de las que nos parecían mejor y, aquella noche, cuando el Padre me llamó después de su cena, subí con Encarnita al comedor de la Villa. Monseñor Escrivá me empezó a preguntar acerca de las máquinas que habíamos visto. Toda mi vida recordaré que le di la respuesta más estúpida que ser humano puede dar a alguien. A su pregunta de:

–Has visto algo que pueda servir y te guste?

Yo respondí:

–Sí, Padre, he visto una multicopista que es verde.

Y me quedé tan fresca.

La cara que monseñor Escrivá puso es inenarrable. Cuando pudo reaccionar me gritó:

–¡Verde! ¡Verde! Pues cómprala, si es que sirve.

Y la compré. Y la máquina verde llegó a las oficinas de la Asesoría cuando ésta aún estaba en Villa Sacchetti. Y al empezar a usarla, por semanas, se podía oír en los pasillos de Villa Sacchetti nuestras voces, mientras contemplábamos a la maquinita:

–Mala, mala, mala, mala, ¡¡¡buena!!!

Cuando llegó monseñor Escrivá y contempló "nuestra obra de arte" nos preguntó:

–¿Cuántas copias hace por minuto?

Todas nos miramos con espíritu de derrota. Yo me atreví a decirle:

–Padre, yo creo que no es esto lo que usted quiere -mostrándole el montón de "malas" y el montoncito de "buenas".

Ante nuestra mirada expectante, monseñor Escrivá, mirando a don Alvaro, nos dijo:

–Vamos a poner la sotana a uno de vuestros hermanos para que os enseñe cómo funciona la imprenta.

Y, dirigiéndose a mí, me indicó, no sin cierto enfado comprensible, que mandara devolver la máquina

"verde" y que, en muy breves días, nos pasarían toda la maquinaria existente en el Pensionato para que la manejáramos nosotras.

Concretamente me dijo que yo me haría cargo de esas máquinas y que fuera buscando a otras numerarias que me pudieran ayudar. Nos dejó también, para que lo leyéramos, un número de Crónica.

Empezamos a preguntarnos qué numerarias podrían colaborar en la imprenta. Ninguna de las asesoras querían meterse en semejante zaperoco. Preferían dedicarse a editar los artículos.

Total, me dijeron que propusiera a las numerarias que me parecieran mejor para esta clase de trabajo. Pensé en dos que eran sumamente cuidadosas, una muy buena en fotografía, Elena Serrano, a quien conocía mucho de Córdoba, y otra, Blanca Nieto, que había aprendido encuadernación en España. Había otra numeraria, María, un alma de Dios, catalana, de Vic, muy entusiasta y buena y me dijo Encamita que la uniéramos al grupo, cosa que hicimos.

Centralillas telefónicas

Paralelamente a esto, don Alvaro del Portillo nos había dicho, en días anteriores, que nos íbamos a encargar nosotras de atender las centralillas telefónicas de la Procura Generalizia del Opus Dei y del Colegio Romano de la Santa Cruz. Estaban situadas al final de la "gallería delle Anfore" que daba a la Galleria degli Uccelli. Eran dos cabinas telefónicas situadas en una zona amplia, una especie de vestíbulo muy grande, donde había una pequeña habitación con una ventana condenada, porque parece ser que daba a la casa de varones, y una pila de fregar, donde como una reina se puso a "Catalina", la máquina impresora. Había una escalera que conducía a un comedor de invitados junto a la portería de los varones de Viale Bruno Buozzi, 73. Esta puerta, al final de las escaleras, era una de las "puertas de comunicación" regidas por el reglamento interno de administraciones, del que hablé previamene. Los cargamentos de papel nos los dejaban en este comedor y teníamos que subirlos hasta la imprenta. Serían unos veinticinco escalones, pero los suficientes para que a mí se me doblara la espalda por cargar papel en cantidades. Y este dolor de espalda esporádico, ahora, al menor esfuerzo, se me ha quedado de recuerdo.

Las ventanas de este espacio amplio eran de cristal esmerilado, daban a Viale Bruno Buozzi y, como correspondían a la fachada de la mezzanina de la casa de los varones, sólo se podían abrir en ángulo de unos quince grados para evitar ser vistas desde la calle.

Don Alvaro y el Padre me dieron las instrucciones de cómo responder a los teléfonos exteriores y de cómo hacer las conexiones a los teléfonos de las personas a quienes llamaran. Excepto a aquellas personas que nos indicara precisamente monseñor Escrivá o don Al varo del Portillo, había que decir, siempre que preguntaran por el Padre, que estaba fuera de Roma.

Igualmente nos pasaron una serie de hojas impresas para apuntar en ellas absolutamente todas las llamadas que recibiéramos, hojas que, guardadas en una carpeta que especialmente hicimos, se le pasaban a don Alvaro del Portillo después del almuerzo y cena a través de la doncella, Rosalía López, y al rector del Colegio Romano de la Santa Cruz, en aquel entonces don José Luis Massot, igualmente a través de la doncella que sirviera a su mesa, a la hora de su cena. Es decir, el rector controlaba así absolutamente todas las llamadas que hubiera recibido cualquier persona de su casa, se le hubiera o no pasado la comunicación.

Me entregaron los nombres de todos los varones que vivían en la casa de Ejercicios, para que hiciera yo, por orden alfabético, una lista que tenía que estar permanentemente en las cabinas telefónicas. Yo preparé en las Vary-Typer del sistema offset de la imprenta estas listas. En consecuencia, tanto Julia Vázquez como yo estábamos enteradas, en primer lugar, de los nombres y apellidos de todos los varones del Colegio Romano de la Santa Cruz y, en segundo lugar, de quiénes llamaban a don Alvaro o a monseñor Escrivá. Por supuesto, nos obligaba el silencio de oficio y no podíamos hablar de nada que sucediera en "Cabinas", como se llamó a esa parte de la casa, ni tan siquiera en nuestra confidencia semanal. Es más, a "Cabinas" no podía pasar nadie de la casa, a no ser las personas que hacían la charla fraterna con Julia o conmigo.

Teníamos que ser dos personas las que nos ocupáramos de este trabajo y, de acuerdo con Encarnita, propusimos a Julia Vázquez, que era una de las subdirectoras de la administración de Via di Villa Sacchetti. Julia y yo hablábamos italiano y la indicación absoluta que recibimos tanto de monseñor Escrivá como de don Al varo del Portillo era que "bajo ninguna circunstancia" se podía responder o hablar en castellano. Cosa que cumplimos a rajatabla.

Yo empezaba este trabajo a las ocho de la mañana y Julia me relevaba después de almorzar, hacia las dos o dos y media de la tarde. Mientras tanto, yo atendía ahí mismo toda la labor de la imprenta. Y Julia, por las tardes, recibía las confidencias de las sirvientas que tenía a su cargo.

Muchas veces hablábamos con el Padre o con don Alvaro por diversas razones, y recuerdo un día en que llamó monseñor Escrivá a la hora del Angelus. Lo empezó a rezar conmigo por teléfono y al final, cuando le correspondía decir la jaculatoria "Sancta Maria, Sedes Sapientiae" – estaba con los varones- se detuvo y dijo: "Sancta Maria, Spes Nostra Ancilla Domine." Cuando yo dije "Ora pro nobis", él agregó, riéndose, "que se aguanten". Se conoce que fue un gesto de preferencia que hizo hacia las mujeres frente a ellos.

En este trabajo de "Cabinas" no existían sábados, domingos, días festivos ni meditaciones extraordinarias. Funcionaban siempre hasta más de las ocho de la noche y no se podía dejar solas las cabinas. Julia y yo nos alternábamos de total acuerdo.

La verdad es que una de mis épocas más felices en Roma fue ésta del trabajo en "Cabinas" y en la imprenta. Julia Vázquez, como ya dije, era una persona no solamente buena, sino comprensiva, humana e inteligente. Y se podía hablar con ella sin temores a que "reportase" nada más tarde. Era un mujer de una pieza, que pisaba la tierra. Por otra parte, el trabajar en "Cabinas" era como concentrarse en algo diferente y más interesante. Era un alejarse del resto de la casa, de las tensiones del Padre respecto a si llama o no llama, de la opinión de cualquier asesora. No es que yo no fuera feliz en Villa Sacchetti, pero había ya tal cantidad de gente que yo me sentía agobiada. No soy persona de multitudes, ni nunca lo fui. Entrar en "Cabinas" era como un remanso de paz. Yo me sentía feliz cada vez que cerraba la puerta y dejaba atrás el ruido.

En este año de 1954 ocurrió algo muy importante en mi vida personal. Le pedimos al Padre, las que no teníamos hecha la "fidelidad" (votos perpetuos), que nos dispensara del tiempo que nos faltaba hasta los cinco años requeridos y que además celebrase él nuestra ceremonia. Por Constituciones, todas las numerarias que forman parte del gobierno central no sólo tienen que tener la "fidelidad", sino que, además, han de ser asociadas inscritas (Son asociadas inscritas aquéllas que designadas directamente por el Padre ocupan cargos de dirección y formación dentro del Opus Dei. Ello conlleva

los llamados juramentos promisorios, los cuales se hacen "tocando los Santos Evangelios e invocando el nombre de Cristo, jurando solemnemente: 1)

mantener firmemente la práctica de la corrección fraterna; 2) no ambicionar cargos ni desear retenerlos; 3) vivir la virtud de la pobreza como en época fundacional". Cf. Constituciones. Op.

cit., n° 20, p. 27). Con gran alegría por nuestra parte monseñor Escrivá nos autorizó a ello.

Pero nos advirtió que así como la ceremonia de la "fidelidad" de unas sirvientas que la iban a hacer en esos días él "iría vestido de colorao", es decir, con toda la prosopopeya de prelado doméstico de Su Santidad, a nosotras nos dirigiría la ceremonia "con sus zapatos viejos". Y efectivamente, el 24 de noviembre de 1954, santo de Catherine Bardinet, hicimos la "fidelidad" en Villa Sacchetti con monseñor Escrivá y en el oratorio del Inmaculado Corazón de María. Los anillos son los que uno ha usado o cualquier otro anillo bueno. El mío fue uno que siempre tuve y que fue la primera alhaja que recibí a mis quince años: me hicieron el regalo mis tíos de Córdoba. Era un anillo que yo quería mucho porque me contaron que fue el primer regalo que mi tío le hizo a mi tía cuando eran novios. Y aún lo conservo.

La ceremonia de la "fidelidad" implica el hacer los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia para toda la vida, según el espíritu del Opus Dei. Además de besar la cruz de palo y de responder a las oraciones indicadas en el ceremonial, conlleva también la bendición de los anillos, que el sacerdote bendice y entrega a la persona. Esta bendición, nos dijo monseñor Escrivá, la había hecho casi calcada de la bendición nupcial de los anillos. Una vez bendecido el anillo, el sacerdote lo entrega, no lo pone, a la persona. Y se termina la ceremonia rezando las "Preces", oración oficial del Opus Dei.

Monseñor Escrivá nos dijo al final: "No quiero terminar esta ceremonia sin deciros unas palabricas", y tras esto agregó que le emocionaba pensar que habíamos llegado al Opus Dei a "esta primera hora fundacional". Luego nos insistió en nuestra fidelidad al Opus Dei y en que conserváramos el espíritu de "unidad", básico para nuestra perseverancia en la Obra de Dios. Y nos bendijo.

El siguiente paso fue el hacer los juramentos promisorios. Nos preparó para ellos, días antes, don Manuel Moreno, que era el director espiritual del Colegio Romano de la Santa Cruz. Estos juramentos se hacen aparte y después de la ceremonia. Nosotras los hicimos en el soggiorno de Villa Sacchetti. Como consecuencia de este compromiso hecho a perpetuidad, los juramentos implican: 1) en cuanto al Instituto: evitar sinceramente todos aquellos dichos o hechos que vayan contra la unidad espiritual, moral o jurídica del mismo, y para ello ejercitar la corrección fraterna cuando fuera necesaria; 2) en cuanto a todos y cada uno de los superiores del Instituto: a) evitar las murmuraciones que pudieran disminuir la fama de éstos o quitar eficacia a su autoridad, e igualmente reprimir las murmuraciones de otros miembros; b) ejercer la corrección fraterna con el superior inmediato. Si después de un espacio de tiempo prudente se viera que la corrección fuera vana, se comunicará el asunto totalmente al superior mayor inmediato o al Padre, y se dejará plenamente en sus manos; 3) en cuanto a uno mismo: consultar siempre con el superior mayor inmediato o con el supremo, según la gravedad del caso o la seguridad o eficacia de la decisión, cualesquiera cuestiones profesionales, sociales u otras, aun cuando no constituyan materia directa del voto de obediencia, sin pretender transferir a dicho superior la obligación de responder de ello.

Es decir, que la llamada "libertad" en el Opus Dei está "siempre mediatizada" por este juramento, so

pena de perjurio. Aunque ahora el Opus Dei como Prelatura dice que no tiene votos, sino compromisos o contratos con la Prelatura, la esencia es la misma: son diferentes los nombres, pero no el contenido.

Días después monseñor Escrivá hizo el anuncio de que había nombrado electoras a todas las numerarias de la Asesoría Central, excepto a María Luisa Moreno de Vega y a mí. (Son electoras aquellas asociadas que tienen voz pasiva en la elección del presidente general. Deben ser previamente inscritas, tener como mínimo 30 años de edad, estar en la Obra al menos nueve años con la fidelidad, ser asociada probada, tener una sólida piedad a más de haber prestado servicios al Instituto, tener sólida cultura religiosa y profesional, y todo ello precedido de informaciones secretas confirmadas con juramento de verdad y sinceridad por el consiliario de la región y la directora local. Naturalmente, todas estas reglas se las saltaba monseñor Escrivá cuando le parecía, lo que hizo también en esta ocasión.)

La verdad es que no me importó nada no ser nombrada electora, lo que no quitó que me sorprendiera no serlo. Y en ello estoy segura de que Encarnita tuvo su buena parte, porque como dije en otro lado, siempre estuve convencida de que no se fiaba de mí plenamente.

La imprenta II: trabajos

Pero regresando a la imprenta: el paso siguiente fue cuando monseñor Escrivá nos anunció que "ya habían ordenado de diácono a Fernando Bayo", el pintor. Y ahora ya "don Fernando", que "le habían puesto la sotana" para que pudiera pasar a estar con nosotras enseñándonos todo el trabajo de imprenta. Que además pasaría un alumno del Colegio Romano "a quien pronto pondremos la sotana", Remigio, quien enseñará todo el trabajo de encuadernación, tanto a Blanca Nieto como a dos sirvientas que vendrían unas horas a diario a colaborar en este trabajo. Escogimos a Carmen, una sirvienta gallega y a Constantina, una de las numerarias sirvientas mexicanas, que eran extraordinariamente mañosas.

Llegaron las máquinas. Las metieron cuando nosotras no estábamos. Al llegar por la mañana estábamos como niños con juguetes nuevos.

Monseñor Escrivá vino con don Fernando Bayo, que nos repitió que "le habían ordenado diácono para que pudiera enseñarnos, pero que esto era una excepción en la Obra porque no habría diáconos". Naturalmente nos dijo que prestáramos mucha atención y que aprendiéramos pronto.

Cuando nos quedamos a solas con don Fernando, éste, que es vasco, nos miró entre divertido y con cara de asco, agarrándose la sotana, nos dijo:

¡Me acaban de poner estas faldas para que os enseñe, o sea que ¡hala!, aprender rápido porque es lo que me faltaba en mi vida: ¡dejar mi estudio de pintura en Madrid a uno que no sabe ni agarrar un pincel, y vestirme de sotana para trabajar en la imprenta con mujeres!

Yo, por toda respuesta, solté la carcajada y le dije:

–No piense que somos tan malas, aunque seamos mujeres, porque no lo somos, y le advierto que a mí me hubiera traído al fresco que usted viniera sin sotana a enseñarnos el funcionamiento de la imprenta.

La verdad es que don Fernando Bayo fue como un hermano mayor para nosotras. Encantador, simpático, de buen humor y con un sentido práctico docente admirable. Nos llevábamos todas muy bien con él y no solamente nos enseñó a dominar las máquinas impresoras con gran tacto y eficacia, sino a querer la labor de imprenta en sí y hacernos interesar en ella.

A mí me encantaba trabajar en la imprenta. Sucedía, sin embargo, que cuando recibíamos el material de los varones para imprimir, "Crónica" u "Obras" fuera de unas indicaciones básicas y de rigor, dejaban a nuestra discreción dónde o cómo deberíamos editar la revista respecto a su diagramación. Sin embargo, cuando editábamos "Noticias", la revista de las mujeres, andábamos como locas tratando de ajustar al gusto de la directora central los materiales, los títulos, los tipos de letra, la disposición de páginas y fotos. Encarnita venía a la imprenta y nos daba órdenes. Todas sus indicaciones eran fruto de una revista que yo recibía, "Plaisir de France". Y quería imitar para "Noticias" diferentes diagramaciones de esa revista. La cosa no era fácil y don Fernando Bayo se hartó de tal manera que, un buen día, se puso serísimo y le dijo a Encarnita, delante de nosotras, que perdonara, pero que las órdenes en la imprenta las daba él de acuerdo con el Padre y nadie más. Cuando Encarnita se fue, todas le dijimos:

–Don Fernando, nos va a costar caro a nosotras.

Pero estábamos equivocadas. Don Fernando Bayo le dijo al Padre que él no seguía trabajando en la imprenta, si nosotras no podíamos ser autónomas. A lo cual, monseñor Escrivá puso atención. Un día nos llamó y entre bromas y veras le dijo a Encarnita que ya sabía que don Fernando la había regañado. Pero igualmente dijo que había que nombrar un consejo local independiente para la imprenta. Quedó constituido así: yo fui la directora, Blanca Nieto la subdirectora y Elena Serrano la secretaria.

Aunque yo peleaba con Elena en el laboratorio de fotografía, la quería mucho porque tenía la paciencia del mundo y aguantaba todo. Ella sabía que yo la quería y además la admiraba y me llevaba bien con ella. Las tres teníamos un gran cariño a este trabajo y poníamos en él todo nuestro esfuerzo.

Hubo cosas, que hoy día, con la distancia, recuerdo porque entonces ya me sorprendieron: una de ellas, cuando un día vino don Alvaro y nos dijo, por indicación del Padre, que había que variar algunas palabras y puntuaciones en una hoja del volumen de las Constituciones, aprobadas a perpetuidad por la Santa Sede e impresas en Grottaferratta. Tuvimos que buscar la misma clase de papel, color de tinta y volver a encuadernar el volumen idénticamente sin que se notase el cambio de hoja, ni de los cambios, por supuesto. Me preguntaba a mí misma entonces e interiormente: ¿sabrá la Santa Sede esto? Pero siempre pensaba que lo tendría que saber. Hoy día, a la distancia de los años, estoy convencida que la Santa Sede ignoraba totalmente este hecho de que las Constituciones aprobadas a perpetuidad, como santas e inviolables, sufrían cambios gráficos. Lo que no logro acordarme cuáles fueron esos cambios pequeños.

Otra cosa que se hacía con relativa frecuencia era el repetir algunas hojas de números de "Noticias" ya enviados a todos los países. Generalmente la razón para repetir estas hojas era que, mediante procedimientos conocidos en laboratorios fotográficos, teníamos que componer la misma foto, pero borrando una de las personas que aparecían en ella. Y luego, si el nombre de la persona que teníamos que borrar aparecía en el texto del artículo, se repetían aquellas líneas sin el nombre de aquella

persona y se volvía a imprimir la hoja. Estas hojas "corregidas" se volvían a enviar a los países, acompañadas de una breve nota de Asesoría Central diciendo simplemente: "Por favor, destruid las páginas tales y tales y reemplazadlas por las páginas adjuntas. Informadnos cuando lo hayáis cumplimentado." De esta forma el Opus Dei borra de sus archivos a toda persona "non grata", la que ya no pertenece a la Obra y por ello pueden decir más tarde que "no tienen "records" de esa persona en sus archivos".

Esta forma de actuar, usando el medio a su disposición de la imprenta, repite el sistema de seguridad policíaco de gobiernos totalitarios. Con la diferencia de que se supone que el Opus Dei es una institución dentro de la Iglesia.

Estando yo en la imprenta, se hicieron muchas de las instrucciones "ad usum nostrorum" (para uso interno) del Opus Dei, así como los primeros volúmenes de "Construcciones", las instrucciones que se mandaban desde los gobiernos centrales de Roma para tener en cuenta en las construcciones o modificaciones de inmuebles en las casas del Opus Dei. Instrucciones que deberían seguirse o explicar, caso contrario, por qué no podían seguirse.

Igualmente se hicieron documentos que había que presentar al Santo Padre, como cartas especiales, etc.

Las sirvientas que trabajaban en la encuadernación estaban encantadas. Por primera vez en sus vidas hacían otras cosas diferentes a limpiar. La verdad era que el grupo de gente dedicada a la imprenta era encantador.

Como estábamos todo el día metidas en tinta hasta las orejas, nos hicieron unas batas azules de mecánico que nos divertían mucho, porque era salir de la conocida bata blanca de trabajo.

Don Fernando nos pintó una imagen de la Virgen, copia del Ghirlandaio. Recuerdo que empezamos a criticársela un día. Se enfadó y por más que le insistimos no nos la terminó. Nos trataba muy bien a todas y estaba feliz porque le habían dicho que, así que pasara unas asignaturas que le faltaban de Teología, le ordenarían sacerdote y dejaría la imprenta para siempre.

Nosotras le embromábamos diciéndole que, si él se iba, a quién le íbamos a preguntar, y él siempre me apuntaba con el dedo.

Mientras tanto en Villa Sacchetti y en la Asesoría Central, hablo del verano de 1956, se sucedieron una serie de cursos anuales de formación en gran escala, viniendo numerarias incluso de muchos países. Cursos a los que yo también contribuía, como vicesecretaria de san Miguel, dando las clases de espíritu de la Obra que me asignaba la directora central.

Una de las numerarias que vino de Argentina a estos cursos fue Sabina Alandes, directora regional de ese país y antigua directora mía en Córdoba. Un día que salía yo de la imprenta, me la encontré en una galería y me dijo que quería hablar conmigo. Yo me detuve para hablar con ella y, con todo el énfasis propio de su caracter apasionado, me dijo:

–Mira, le pido a Dios que te manden fuera de aquí. Estás "emborregada" en esta casa. No sabes lo que pasa en el mundo. Necesitas ventilarte, vivir en el mundo real. Estás seca. Yo te quiero mucho y me importa un bledo que seas superiora mayor y me llenes de correcciones.

Necesitas ver lo que es un país de cerca y no tanta pamplina de rescriptos y notas.

Yo la escuché muy en serio y nunca le dije esto a nadie porque la quería mucho a Sabina y no me hubiera gustado que la riñeran. Lo tomé como una corrección seria. Y nunca lo olvidé.

Una noche me llamó monseñor Escrivá, después de su cena, al comedor de la Villa. Subí con Encarnita. Se le notaba cansado. Me dijo que estaba muy contento de la imprenta y agregó:

–Carmen, te dejaremos aquí siete años más. Pero no te detendremos más tiempo. Luego te mandaremos por ahí a trabajar.

Ni qué decir tiene que yo salí rebosante de felicidad y se lo conté a todas las de la imprenta.

Es difícil hacer entender lo que significaba para una persona como yo, totalmente fanática del Opus Dei, con un amor extraordinario a monseñor Escrivá y feliz del trabajo que realizaba, el saber que el propio Padre me había dicho que durante siete años más estaría en Roma.

Pero como no hay bien ni mal que cien años dure, como dice el refrán, mi felicidad duró escasamente veinticuatro horas. En el correo del día siguiente llegaron noticias de la región de Venezuela diciendo que seguían con una única vocación desde hacía largo tiempo y que económicamente las cosas no estaban demasiado bien. Por otra parte, Marichu Arellano, una de las primeras de la Obra, que era la directora regional de Venezuela, pertenecía un poco a la "camarilla" de Rosario de Orbegozo, la antigua directora central que monseñor Escrivá dijo que deformaba a las numerarias jóvenes, porque no vivía bien el espíritu de "unidad".

Por aquel entonces monseñor Escrivá ya había enviado, a fin de que fueran numerarias formadas por él: a Pilar Salcedo, a Colombia, reemplazando a Josefina de Miguel; a María José Monterde, a México, reemplazando a Guadalupe Ortiz de Landázuri; a Gabriela Duclos, a Estados Unidos, reemplazando a Nisa Guzmán; a Marina Sánchez de Movellán, de delegada de España; y a Lourdes Toranzo, de secretaria regional de Italia. Prácticamente la Asesoría Central se había quedado en cuadro, tanto que monseñor Escrivá nos preguntó a quién podría traerse de España con cierto peso como secretaria de la Asesoría Central. Yo, como vicesecretaria de san Miguel, recomendé fuertemente a Mercedes Morado, que era la vicesecretaria de san Gabriel en España. Me hicieron caso y Mercedes Morado vino a Roma, pero sin saber aún que venía para ser la secretaria de la Asesoría Central. La noticia se la tendría que dar el Padre en persona.

La verdad es que yo a Mercedes la acogí muy bien. Incluso le dije a Encarnita que le podía dejar mi habitación, que tenía ducha, mientras duraba aquel curso anual que nos había inundado la casa. No fue así ciertamente como me trató ella cuando yo regresé a Roma años después.

Como iba diciendo, aquella mañana, cuando leí el correo de Venezuela, pensé: la única que queda soy yo; pero luego me dije a mí misma que eran tonterías mías, ya que monseñor Escrivá me había dicho la noche anterior que me dejaría siete años más en Roma. Pues bien, aquel mismo día y a la hora del almuerzo, me mandó llamar monseñor Escrivá (le habíamos enviado a su comedor la carta de Venezuela). Subí yo con Encamita y me dijo:

–Mira, hija mía, ¡qué ajeno estaba yo anoche a que esta carta iba a llegar hoy en el correo!

Pero, hija mía, no tengo otro remedio que pensar en ti para ir a Venezuela. Tú bien sabes que yo quería dejarte aquí y que nos hace un trastorno enorme el que te vayas. Piénsatelo, hija mía, y me lo dices mañana.

Yo me quedé muy seria y dije que me lo pensaría. Al llegar a la cocina le dije a Encarnita: "No me voy a ningún Venezuela. No quiero ir a Sudamérica. Me espanta ir a Venezuela. En todo caso Francia, pero no Venezuela." Recuerdo muy bien que anduve todo el día sin poder concentrarme en nada. Por la noche soñé con que el mapa entero, desde Canadá hasta la Patagonia, se me caía encima. Y con el susto me desperté. En la misa y la comunión me lo pensé seriamente y me hice la composición de lugar de que si estuviera casada y mi marido se fuera a cualquier país del mundo, yo me hubiera ido con él. Naturalmente que Encarnita venía como una sombra diciéndome que no lo defraudara al Padre por la confianza que me daba; que me diera cuenta de que era Dios quien me pedía de nuevo otra cosa en mi vida. Total: que después del almuerzo subí al comedor de la Villa y le dije al Padre que sí iría a Venezuela. Ahí mismo le dijo el Padre a Encarnita que aquella misma tarde pasaría el doctor Odón Moles, consiliario de Venezuela, con don Severino Monzón, el sacerdote secretario central, al comedor de la Villa para conocernos y hablar conmigo.

Antes de nada fui a la imprenta y se lo dije a las del consejo local. Nunca en la vida había visto a la gente más triste. Me querían mucho. Especialmente Elena Serrano estaba desconsolada.

Pero el punto fuerte fue decírselo a don Fernando Bayo. Aquella tarde, que vino a revisar unas cosas pendientes, se lo dije, mientras miraba caer las hojas de la máquina llamada "Catalina".

Paró la máquina en seco y me dijo:

–No te vas, porque lo digo yo y basta.

–Don Fernando -le dije-, no es Encarnita, es el Padre quien me lo ha pedido.

–¡Pues se le dice que no! ¿Cómo te vas a ir ahora que dominas las cosas y yo me voy a ordenar dentro de unos meses? ¡Están todos locos! ¡No puedes irte!

Estaba tan furioso que nos dijo que iba a hablar con el Padre inmediatamente.

Tardó dos días en aparecer por la imprenta. Y cuando yo le llamé por el telefonillo diciéndole que necesitábamos que nos ayudara en unas cuestiones, me dijo:

–Llama a tu directora y que arregle ella los entuertos.

Por fin un día vino, pero con cara de funeral y enfadado conmigo. Yo le dije:

–Mire, no la pague conmigo porque yo no tengo la culpa. ¡Bastante me cuesta a mí irme! ¿O es que usted cree que soy de hierro? Por favor, ayude a las que se quedan.

Yo estaba a punto de llorar y él lo notó. Pero fue el último día que lo vi. Llamé al director del Colegio Romano unos pocos días después para decirle que me iba a Venezuela y que quería despedirme de don Fernando, y él me replicó que ya sabía que me iba y que don Fernando estaba tan furioso que se

lo habían llevado a "Terracina" para que no siguiera despotricando.

Conocí al doctor Moles en el comedor de la Villa y me hizo una impresión maravillosa. Me di cuenta de que quería a Venezuela con toda su alma. Sin decirme nada de modo expreso, su actitud entonces me ayudó profundamente. ¡No en balde era un buen psiquiatra!

Monseñor Escrivá me dijo que no me fuera sola a Venezuela y que me llevase a la numeraria que quisiera para que me ayudara en todo. Escogí a Lola de la Rica, una numeraria española, de Las Arenas. Era una mujer joven, muy seria y muy madura. Su educación era tan exquisita como su sentido del humor. Arreglamos juntas todos nuestros visados en Roma, y el 23 de septiembre de 1956 dejamos la casa central con todas las bendiciones del Padre y de don Alvaro, con mi corazón lleno de cariño, confianza y fidelidad hacia el Padre en primer lugar y hacia la Obra en general. Salía de Roma con todas las tablas de la ley aprendidas, dispuesta a combatir por la "unidad" de la Obra con todas mis fuerzas. Pero aparte de esto llevaba, como la gran fuerza de mi alma y baluarte de mi esperanza, la seguridad de que pasara lo que pasara ci Padre siempre me creería.

OceanofPDF.com

VII: VENEZUELA

De Roma salimos Lola de la Rica y yo con Carmen Berrio que iba a Colombia. El 23 de septiembre de 1956, pues, dejamos Roma, no sin antes haber escrito a nuestras familias en España comunicándoles nuestro nuevo destino en Venezuela; y Carmen el suyo, en Colombia.

Llegamos a Barcelona las tres, justo el 24 de septiembre, festividad de Nuestra Señora de la Merced, patrona de Barcelona. Era por tanto fiesta. Fuimos a "Monterols", la administración donde yo había vivido por varios meses hacía años, y la primera impresión que tuve esta vez fue que la casa parecía vieja. Posiblemente por contraste con el estilo romano a que me había acostumbrado.

Conocía a algunas numerarias de las que vivían allí, pero había otro grupo nuevo para mí, muchas de ellas vocaciones recientes. Me dio alegría volver a encontrarme con Mercedes Roig, quien me dijo que su hijo numerario, Barto Roig, estaba también viviendo en Caracas y trabajando como ingeniero en una fábrica de textiles, "Textilana", que era de la familia de otro numerario catalán que también estaba destinado en Caracas.

Como llegamos por tren a mitad de tarde, nos acompañaron a oír misa a una iglesia pública.

Todas las numerarias, al regresar a la casa, querían que les contásemos cosas del Padre y de Roma. Había que comprender que para ellas era como si Lola, Carmen y yo regresáramos de la Meca, pero estábamos tan rendidas que hablamos muy poco y pedimos, en cambio, que nos dejaran por favor ir a dormir.

Al día siguiente, Lola de la Rica y Carmen Berrio se fueron bastante temprano hacia Bilbao, ya que en Las Arenas vivía la familia de Lola y la de Carmen en Bilbao, y tenían que despedirse de todos ellos. Como mi tren no salía hasta la noche, antes de salir hacia Madrid, fui al santuario de Nuestra Señora de la Merced. Personalmente siempre me gustó esa advocación de la Virgen.

Recuerdo que le pedí ayuda a la Virgen porque estaba asustada de ir nada menos que de directora regional a un país que no conocía. Sólo tenía ideas acerca del funcionamiento en sí de la Escuela Hogar "Etame" por la información que el doctor Moles nos entregó en Roma.

Información que me leí a fondo. El nombre de las alumnas me llamaba la atención: frente a la costumbre española de poner el nombre de la Virgen ante otro cualquiera: María Lourdes, María Pilar, por ejemplo, había leído en las listas de esa Escuela Hogar nombres como Eva Josefina, Julia Josefina, etc. Por otra parte me había dado cuenta de que las preguntas que les hacían a las alumnas en los exámenes de la clase de religión eran curiosísimas y denotaban muy escasa formación religiosa. Por ejemplo: "Si alguien se muere, ¿qué es mejor, poner dos velas a un santo u ofrecer una misa por su alma?" Tenía gran confusión de ideas. Lo mismo con el clima. Respecto a la geografía del país sabía lo básico, pero respecto a la historia muy poco. Le pedí a la Virgen que de verdad me ayudara y me guiara.

Al llegar a Madrid fui a vivir a la casa de la Asesoría Regional de España, que estaba ubicada en una

parte del edificio de la Escuela de Arte y Hogar "Montelar", en la calle de Serrano y a media cuadra de la casa donde vive mi familia.

Tanto Crucita como Marisa Sánchez de Movellán y especialmente María Ampuero estuvieron muy cariñosas conmigo. Se ocuparon desde revisarme el ropero y suplirme de lo que ellas pensaban podía necesitar, hasta de darme permiso especial para que pudiera visitar a mi familia en la forma que mejor creyera. Me dijeron que hacía muchos años que no los veía y que tanto a ellos como a algunas de mis amigas les tenía que dejar el mejor recuerdo antes de irme de España para siempre. Me indicaron que me pusiera de acuerdo con las superioras para explicarles dónde pensaba ir cada día. Esto no pasaba frecuentemente ni mucho menos en el Opus Dei y se lo agradecí de verdad.

A las pocas horas de haber llegado, me dijo Crucita, la directora regional de España, que don Antonio Pérez Tenessa quería hablar conmigo. Don Antonio Pérez era entonces el sacerdote secretario general, es decir, el superior inmediato a monseñor Escrivá. Me dijeron Crucita y Marisa que María Ampuero me acompañaría a esa visita. La verdad es que ninguna sabía la razón por la cual don Antonio quería yerme.

Quedaron de acuerdo en que aquella tarde iríamos a "Lagasca", desde donde subimos al comedor de Diego de León, 14, María Ampuero y yo.

Yo siempre había tenido por don Antonio, como dije al hablar de "Molinoviejo", no sólo un gran respeto y admiración, sino un auténtico cariño. Me parecía una persona muy veraz y muy de fiar. También pensé que, por el motivo que fuera, monseñor Escrivá le esquivaba.

Subimos a dicho comedor de Diego de León y llegó don Antonio. Nos hizo sentar. Él estaba a un lado de la mesa grande de aquel comedor y nosotras dos estábamos en el extremo, cerca de las ventanas. Después de preguntarme cómo había hecho el viaje y cómo había dejado al Padre en Roma, pasó directamente a hablarme del tema que le ocupaba. Su tono era serio, pero no enfadado. Recuerdo sus palabras con toda claridad:

–María del Carmen, hace unos días vino a verme tu padre. Me dijo que le habías escrito desde Roma diciéndole que te ibas a Venezuela y que, naturalmente, siendo tú la única hija y la mayor, le entristecía sobremanera la noticia, máxime por la situación de tu madre, quien al saberlo se puso enferma. Tu padre me preguntó si no habría forma de que te quedases en España.

–Y siguió don Antonio-: Y yo le dije directamente que, si él no quería, tú no te ibas a Venezuela.

Que él era tu padre y tenía derecho sobre ti y a tenerte cerca. Es más, le dije – gregó don Antonio- que podía, siempre que te lo merecieras, darte dos bofetadas.

Yo escuché todo esto en completo silencio y comprendí, conociendo a mi padre, que las palabras de don Antonio eran auténticas. Aquí don Antonio metió el inciso, justo también, de que yo no había sido cariñosa con mis padres, que les había escrito poco y que nunca daba noticias de esas que les gusta a las familias saber.

Continuó don Antonio diciéndome:

–Pero tu padre, que es todo un caballero, vino a verme otra vez y me dijo que "él no quería hacer

nada que tú no quisieras y mucho menos estropearte tu carrera…".

Aquí yo me sonreí porque comprendí que mi padre había hablado del Opus Dei en términos profesionales. Don Antonio me marcó lo muchísimo que mi padre me quería y lo poco que yo le había correspondido. La verdad es que tuve que esforzarme para no echarme a llorar allí mismo, porque yo a mi padre siempre le quise de modo extraordinariamente profundo y a mí también me costaba, una vez más, dejarlo y dejar España.

Don Antonio me indicó que quería decirme todo eso antes de que yo viera a mi padre. Esto debió de ser el 26 de septiembre de 1956 y, una semana después, el 4 de octubre, estaba previsto que yo saldría para Venezuela.

Regresamos a "Montelar". Yo, muy compungida, la verdad. Tengo que decir que todas las asesoras se volcaron conmigo porque comprendían que, por una parte, yo tenía que obedecer a monseñor Escrivá, pero por la otra a don Antonio, que había sido muy humano con mi padre, y no le faltaba razón por lo poco humana que había sido yo con mi familia, cosa por otra parte cierta.

Al conversar yo con una de las asesoras, le preguntaba si don Antonio sabría la serie de restricciones que teníamos respecto al trato con nuestras familias. Y pensamos que no debía de saberlo, aunque parezca increíble. La cuestión fue que, para animar la situación, Crucita y Marisa dijeron que aquella noche íbamos a tener una cena extraordinaria y una tertulia, solamente con las de Asesoría. Me preguntaron cuánto hacía que no veía una película y se llevaron las manos a la cabeza cuando les dije que desde el año 1950, cuando en "Los Rosales" proyectaron la famosa "Botón de ancla". Me prometieron que esa noche proyectarían una película buena para ponerme al día. Alquilaron "Ana", la espléndida película de Silvana Mangano, muy en boga entonces no sólo desde el punto de vista de la actuación o de la música y baile del "bayón", sino también por el tema central de la perseverancia de una monja. La cena, la tertulia, la película fueron muestras de cariño y del deseo de hacerme olvidar un poco los ratos fuertes del día y los que aún me esperaban.

La verdad es que me fui a la cama con una serie de ideas encontradas: por una parte, lo que me había dicho don Antonio, todo humano, considerado y con gran sentido de caridad hacia mi familia y, por otro lado, la actitud de monseñor Escrivá, absolutamente ajeno al sentir y pensar familiar. Luego, la acogida tan cariñosa y natural de todas las numerarias de la Asesoría, la forma de vivir tan alegre, sencilla y, al mismo tiempo, ese notable y sereno ambiente apostólico.

No se veía a las asesoras tensas, sino responsables y sencillas. Y como final, la idea de la película, que me encantó y pude saber lo que estaba sucediendo en el mundo de esa época.

Recuerdo que me decían, bromistas, en "Montelar": "Así cuando llegues a Venezuela sabes ya lo que es el bayón, cuando hables con las chicas de san Rafael." Naturalmente que esta visión mia era totalmente subjetiva puesto que yo no vivía en la casa, estaba de paso y bien podría haber otro mar de fondo desconocido totalmente para mi.

Para mí fue un ejemplo de cómo, dentro de un marco del Opus Dei, se podía vivir la vida de familia y de gobierno. Este cuadro encajaba mejor con la idea interna que yo tenía del Opus Dei que con el ascetismo frío de una Encarnita y la casa de Roma.

Al día siguiente vi a mi padre, también a la hora del café, y en el mismo sitio donde otras veces. La

última vez que lo había visto había sido en un viaje muy corto de dos días que hizo por motivos profesionales a Roma. Entonces me atreví a subir a su habitación del hotel y vi a mi madre una hora escasa, pero fue una situación tensísima y tan dura que me apena recordarla, porque mi madre no quiso hablar conmigo. Hacía, pues, más de tres años desde esa vez en Roma que no veía a mi padre.

Ahora en Madrid, y con el permiso que me había dado la Asesoría de España, me podía mover con mayor libertad en cuanto al horario y duración de las visitas a mi familia. La verdad es que procuré estar de lo más comprensiva y cariñosa con mi familia; pero, al mismo tiempo, aunque me costaba dejarlos, era muy diferente mi sentimiento al de ellos. Para ellos, me alejaba por una serie de años imprevistos, pero muchos. Para mí, era el precio que debía pagar en mi cumplimiento de la voluntad de Dios, a través de la misión que me había encomendado monseñor Escrivá.

Hoy día, comprendo la tristeza de mi padre más a cabalidad porque me he quitado la venda del fanatismo. Y creo que el Opus Dei hubiera tenido que tratar a las familias de un modo muy diferente: con corazón de carne, simplemente, y no con frases estereotipadas.

A mis hermanos también los vi. Incluso fui con mi hermano Javier a casa de la familia Ybarra, a conocer a la que era entonces su novia porque se le acababa de morir su madre. Era una muchacha encantadora, bonita y fina, que ayudó a mi hermano enormemente durante su carrera de medicina.

Pude también visitar y despedirme de mi amiga de toda la vida, Mary Mely Zoppetti, y de su marido Santiago Terrer. Es decir, fue una semana que la dediqué a ver a mi padre todo el tiempo que él tuvo disponible, así como a mis hermanos. Sin embargo, la pena grande que me llevé fue que no vi a mi madre y no sabía por cuántos años más no la vería. Mi padre y mis hermanos me recomendaron que era mejor que no fuera a casa para evitar cualquier tipo de reacción de mi madre. La verdad es que se sentía mal esa temporada.

Lola de la Rica y Carmen Berrio llegaron a Madrid dos días antes de irnos. Y el 4 de octubre salíamos para Caracas con los billetes comprados por la Asesoría Regional de Venezuela, y por la de Colombia a Carmen.

Recuerdo muy bien que subiendo la escalerilla del trimotor de Iberia le dije a Lola: "Hoy es 4 de octubre, día en que tenemos que hacer el "expolio" y con esto del viaje me olvidé completamente".

Lola de la Rica me miró y me dijo muy seria:

–¿Te parece poco "expolio" dejar la patria?

A lo que me tuve que callar porque tenía razón. (El "expolio" es una costumbre que existe en el Opus Dei como una forma más de vivir la pobreza. El 4 de octubre se dejan encima de la mesa de la directora de la casa aquellas cosas de uso personal como el reloj, collar, pluma, etc. La directora es quien decide si ha de de volver a la persona todas las cosas o solamente algunas).

Iba en el avión de azafata una chica que yo conocía bastante, Cole Peña, quien trató de atendernos lo mejor posible.

Y tanto para Lola como para Carmen y para mi aquel viaje además fue nuestro bautismo de aire, atravesando el Atlántico en un trimotor. El avión tuvo la primera parada en la isla de Santa María a

media noche. La siguiente parada fue San Juan de Puerto Rico. Nos quedamos totalmente maravilladas de la belleza de la isla de Puerto Rico desde el aire: una mancha de verde oscuro sobre un mar pronunciadamente azul. Nos sirvieron el desayuno a todos los pasajeros en la cafetería del aeropuerto de San Juan. Yo me senté en un sitio que encontré libre y cuando miré a la señora que tenía enfrente resultó ser nada menos que Viruchy Bergamín, que vivía en Caracas y regresaba de visitar a un hijo suyo que tenía enfermo en España. Viruchy era aquella muchacha cuya familia alojó a la mía en su casa en Madrid durante la guerra civil.

Su padre era un arquitecto español muy famoso que construyó la zona residencial de El Viso y la Colonia de la Residencia en Madrid. Me habló Viruchy de Caracas con gran entusiasmo y me contó sobre una serie de edificios que su padre había construido allí. Naturalmente llegó el momento en que me preguntó qué venía a hacer yo en Caracas. Le dije abiertamente que era del Opus Dei. Muy educadamente me dijo que seguramente no coincidiríamos en la ciudad porque ella no compartía "esas ideas". Y es cierto. No la volví a encontrar nunca. Cosa que sentí.

Seguimos vuelo a Caracas, donde llegamos al mediodía del 5 de octubre de 1956. El calor húmedo del aeropuerto de Maiquetía lo sentimos fuerte, tanto que para protegerme del sol en plena pista no se me ocurrió cosa mejor que ponerme debajo de un ala del avión y me cayeron unos goterones de grasa negra que destrozaron el vestido rojo que llevaba puesto.

Cruzamos la aduana y recogimos nuestro equipaje sin problemas. Vimos que no había nadie en el aeropuerto esperándonos, cosa que no nos extrañó demasiado porque el correo entonces en Venezuela iba muy mal y pensamos que no les habría llegado nuestra carta, como así había sido. O sea que tomamos un taxi, o "carro libre", como se llama allí, y subimos por la recién inaugurada autopista hacia Caracas.

La primera impresión que tuvimos de Venezuela fue que debía de haber algún golpe militar. La autopista estaba llena de soldados con fusiles. No nos atrevimos a preguntarle nada al chauffeur.

Tampoco teníamos idea de las distancias y, a la media hora de ir en automóvil, el camino se nos hizo largo. Por fin entramos en la ciudad, y cruzándola llegamos a la Urbanización Altamira. La dirección que llevábamos era exacta e inmediatamente reconocimos la casa por las fotografías que habíamos visto en Roma: "Etame" aparecía con letras bonitas de hierro forjado en el muro. Éste era el nombre de la Escuela de Arte y Hogar.

Salió a abrir la puerta una sirvienta, pero al oírnos llegar se levantaron todas de la mesa -estaban almorzando- y vinieron a recibirnos. A Marichu, la directora regional, la conocía poco, pero la había visto algunas veces. A Begoña Elejalde por supuesto la conocía de Bilbao y el volverla a encontrar me dio una alegría enorme. Estaba también María Teresa Santamaría a quien había conocido en Roma. No conocía a Ana María Gibert más que de referencias, porque su cuñado Alfredo Alaiz era compañero de mi padre. Tampoco conocía a Carmen Gómez del Moral ni a Marta Sepúlveda, una numeraria mexicana que había llegado hacía unos meses para ayudar en el proselitismo.

Nos abrieron la puerta del oratorio para saludar al Señor. Me pude dar cuenta de que era de estilo barroco. Y pasamos al patio central. Al ver la casa, me quedé entusiasmada. Era preciosa.

Si valiera decir que mi amor por Venezuela fue un "flechazo", diría que sí. Me pareció que conocía de toda mi vida aquella casa, con su patio central, la palmera en el medio, los corredores donde daban

todas las puertas de cada habitación. Era una casa que respiraba claridad. El comedor estaba en un rincón del mismo corredor. La casa me recordaba enormemente a las de Andalucía. Pronto me enteré de que a Caracas se la llama "la ciudad de los tejados rojos", y es así. Desde el patio central se distinguían las montañas. Un jardín de grama rodeaba la casa; y un muro blanco con un tejadillo rojo, toda la propiedad. El clima era ideal. Recuerdo que Carmen Berrio repasaba las puertas con la vista y con las manos y me repetía: "Es caoba.

¡Todas las puertas son de caoba!" Me llevaron al cuarto de la secretaria regional, donde dejé mi equipaje. A Lola y a Carmen las acomodaron en otras habitaciones. Por la tarde, me presentaron a la primera y única vocación de Venezuela: Julia Josefina Martínez Salazar. Estaba terminando Económicas en la Universidad Central. Julia era una muchacha de veintisiete años, de risa fácil, alta, morena, bonita, con unos ojos negros preciosos. Por su manera de tratar a Marichu Arellano me di cuenta de que estaba muy consentida y que tendía al infantilismo. También es cierto que por ser la pequeña de varias hermanas, al quedarse huérfanas, sus hermanas mayores la mimaron mucho.

Sería injusta aquí si no dijera que el cambio y madurez que adquirió Julia Martínez en los años en que yo estuve en Venezuela fue asombroso. No sólo terminó su carrera, sino que la ejerció brillantemente. Pero para mí el mayor valor de Julia era su humildad. Era bondadosa con las personas que trataba. Las señoras la querían muchísimo y también profesionalmente se hizo respetar mucho. Julia vino conmigo a una serie de viajes de apostolado a Valencia y Maracaibo. Su entusiasmo era contagioso. Pero sobre todo su lealtad. Yo la quise mucho y llegué a admirarla. Desde que salí de Venezuela no la volví a ver ni a saber de ella directamente.

Me enteré, con profunda tristeza, de que había fallecido de cáncer el 28 de agosto de 1987.

Nada más llegar a Caracas llamé por teléfono al consiliario, el doctor Moles, para saludarlo. Le dije que me encantaba la casa. Recuerdo que me contestó: "Es bueno que te guste el lugar de trabajo." Me dijo que ya nos veríamos, pero sin la menor prisa. Me di cuenta durante esta breve conversación de que el doctor Moles no pronunciaba las zetas al estilo español, sino que las convertía en eses como hacían los andaluces. Y también que solía decir con mucha frecuencia "¡Ajá! ¡Ajá!", equivalente a "sí, sí". Ambas expresiones, comprendí más tarde, manifestaban una sincera voluntad de adaptarse al país adoptando la forma de hablar de Venezuela.

Aquella tarde vino a confesar don José María Peña, que era el sacerdote secretario regional.

Antes de entrar al confesonario, Marichu me presentó a él.

Vinieron varias señoras a confesarse con él, entre ellas dos supernumerarias venezolanas ya mayores y cuando Marichu me las presentó, exclamaron casi al unísono: " ¡Tan jovencita! Mi hijita, pero si eres una criaturita." Con una gran sonrisa, les contesté: "Eso, por desgracia, se cura antes de lo que pensamos." La verdad es que tenía solamente 31 años y aquellas señoras me doblaban la edad fácilmente.

Lo primero de que me di cuenta era de que las señoras estaban muy disgustadas de que Marichu se fuera y de que yo, tan joven, me quedara de directora del país. Comprendí que no se me cernía un horizonte demasiado fácil, pero no me asusté tampoco.

En realidad quien iba a llevar la labor de san Gabriel, o sea con las supernumerarias, iba a ser María

Teresa Santamaría. O sea que yo me sentía tranquila porque María Teresa tenía costumbre de tratar a las señoras, era muy inteligente y había estado en Roma. Todo ello para mí, y más a primera hora, era una tranquilidad. María Teresa era una persona eficacísima. Era la secretaria de la Asesoría Regional. Estuvo pocos años en Venezuela. Teníamos puntos de vista diferentes, quizá porque yo era más fanática, pero yo siempre la admiraba y quería mucho.

Después de una visita a Venezuela de don José Luis Múzquiz, un visitador enviado por el Padre, decidieron que era mejor que María Teresa se fuera a la región de Canadá. Al irse ella se quedó de secretaria regional Lola de la Rica.

Mi primera experiencia en el trópico fue el frío que pasé la primera noche. Había rechazado olímpicamente una cobija que me ofrecieron antes de irme a la cama, pero cuando a media noche, aterida de frío, prendí la luz y fui a echar mano de la gabardina que traía en el avión, vi con asco inenarrable que en el camisón tenía posada una cucaracha voladora de unos cuatro o cinco centímetros de largo. Conteniendo la respiración fui al cuarto de baño y la agarré con un papel "toilette" echándola por el excusado.

Cuando al día siguiente supe que las cucarachas voladoras no eran algo excepcional y noté que los zancudos y los mosquitos me empezaban a comer las piernas, di como mi primera orden en Venezuela poner telas metálicas en todas las ventanas de la casa, cosa que me enteré hacía la mayoría de la gente.

Al día siguiente vi al doctor Moles que vino a celebrar la misa. Después de misa hablamos un momento Marichu y yo con él. Marichu se iba a Roma esa misma semana y tenía que llevarse correo y dinero para el Padre.

Preparamos en dos o tres días el viaje para Carmen Berrio a Colombia y organizamos todo el viaje de Marichu a Roma.

Marichu no habló mucho conmigo. Sólo las cosas de rigor. Me puso al tanto de la parte económica de la casa. La casa no era nuestra sino de una sociedad auxiliar cultural de los varones a la que nosotras le pagábamos mensualmente el alquiler.

Las primeras salidas que hicimos Lola y yo fue al centro de la ciudad, a una parte llamada "El Silencio", que es justamente lo contrario de lo que el nombre indica: la parte más ruidosa de la ciudad. Tuvimos que ir a Inmigración para arreglar nuestra residencia por un año, según el visado que nos habían concedido en el consulado de Venezuela en Roma, ya que ambas veníamos con contrato de trabajo dado por la Escuela de Arte y Hogar "Etame". Lola daría clase de primeros auxilios y yo de italiano.

Hablé con Marichu sobre Roma, sobre el Padre, sobre "unidad". Indiscutiblemente llegué con el modelo "romano" y apliqué duramente la doctrina sin tener en cuenta que yo no era monseñor Escrivá y que Venezuela no era Roma. Como colofón, estrenando mi mentalidad de "portadora de buen espíritu", y, con la creencia de una fanática convencida como era yo, envié a Roma una carta hablando del "mal espíritu" de Marichu respecto a la "deformación" que estaba causando en la primera vocación venezolana, malcriándola y mimándola. Y por supuesto debí marcar que no se vivía a la perfección el espíritu de "unidad", porque había comentarios de que "el Padre se parecía a Bolívar". A mí me resultó horrible que comparasen a monseñor Escrivá con Bolívar, que, a fin de

cuentas, era un líder político, y monseñor Escrivá, en cambio, era un "santo"… ¡Así pensaba yo en mis años de fanática en el Opus Dei! Sin embargo, si hipotéticamente se hiciera hoy día una encuesta en Venezuela, pongo por caso, de quién debería subir a los altares, si Bolívar o monseñor Escrivá…, ¡habría un grave problema…!

También me sorprendí -y esto lo incluyo como detalle necio, pero gráfico- de que se tomara café después del almuerzo a diario, costumbre que en "Roma" y en "España" estaba relegada solamente a los domingos o días de fiestas grandes. Naturalmente, cuando días después arrastré una jaqueca permanente que me hacía vomitar diariamente varías veces, comprendí que el café en un clima tropical es una necesidad, no un lujo.

Marichu se fue a Roma y sé que la baldaron a broncas. Noventa por ciento de ello por mi culpa. Cosa que siempre lamenté en mi vida y nunca me pude disculpar con ella, porque nadie puede hacer lo que hice yo: juzgar sin conocer a fondo el contexto de las cosas, esgrimiendo el criterio aconsejado por Roma basado en la "defensa de la unidad" y del "buen espíritu". Este fue el primer y el único informe peyorativo que mandé a Roma de una persona de la Obra.

A distancia de años comprendo que monseñor Escrivá se permitía dar criterios sobre cosas que desconocía plenamente; países, costumbres, etc. Y juzgaba a hijos e hijas suyas sin conocimiento pleno de causa, lo cual, a mi juicio, era reflejo de una notoria ignorancia humana y una soberbia muy a tener en cuenta. Y nosotras, las que él mandaba a otros países, como títeres suyos, bailábamos al ritmo de la cuerda que desde Roma nos movía.

Al segundo día de mi llegada a Venezuela vino a confesar otro sacerdote del Opus Dei que pasó muchos años en Caracas: don Rodrigo. Era un sacerdote que había estado en el Colegio Romano de la Santa Cruz. Era muy proselitista y dirigía espiritualmente a un grupo escogido de muchachas caraqueñas, muchas de ellas pertenecientes a una asociación muy bien organizada que se dedicaba a labores sociales, llamada "El Comité de Santa Teresita" y, abreviadamente, "el Comité". En su dirección estaban María Evita y María Teresa Vegas Sarmiento, María Elena Benzo, María Margarita del Corral, Eva Josefina Uzcátegui, entre otras. Pero el alma y la cabeza del Comité eran las dos primeras. El Comité se deshizo porque todas ellas entraron al Opus Dei. Pertenecían estas muchachas a familias de un estrato social alto, se habían confesado primero con el doctor Moles, habían asistido a clases en "Etame" y ahora que el doctor Moles confesaba y dirigía sobre todo a señoras, don Rodrigo era quien llevaba la dirección espiritual de la mayoría de ellas.

Salvo el doctor Moles que se había hecho ciudadano venezolano, los otros sacerdotes eran aún españoles. Años más tarde, don José María Peña se hizo también ciudadano venezolano.

Las mujeres del Opus Dei llegadas a Venezuela eran todas españolas. Solamente Lola de la Rica y yo nos hicimos ciudadanas venezolanas cuatro años después, tan pronto como legalmente nos lo permitió la ley venezolana.

Cuando en días sucesivos fui conociendo a estas muchachas, me hicieron una impresión excelente y me di cuenta de que yo tampoco les había caído mal, precisamente por lo que aquellas señoras del primer día encontraron censurable en mí: la edad.

Pude comprobar que las mujeres venezolanas, a más de muy lindas, eran extraordinariamente elegantes. Tenían un gusto muy refinado. Y contrastaba esta impresión con la opinión un tanto

generalizada que existía en España en aquella época de que los sudamericanos eran "inferiores" a los españoles y las mujeres "cursis". Pues ni lo uno ni lo otro; me convencí muy pronto de ello. Me sorprendió también, hablando con estas muchachas, de la confianza enorme que tenían con sus padres.

A sus madres, por ejemplo, les contaban con pelos y señales su trato con cualquier muchacho que las acompañara o les gustase, cosa totalmente impensable para una mujer joven española, al menos entonces. El temperamento abierto y sincero las convertía en personas muy atrayentes.

Esta primera impresión mía la confirmé a través de los años: la mujer venezolana es muy sincera, muy audaz, muy capaz de enfrentar cualquier situación en la gran mayoría de los casos.

Me di cuenta al hablar con ellas de que nuestro modo peninsular de hablar el español resultaba allí chocante por lo duro y por lo fuerte. En el continente sudamericano la forma de hablar el español, como se sabe, es suave y mucho más cadenciosa. Por eso decidí que lo mismo que cuando uno va a un país se aprende el idioma que allí se habla, en Venezuela habría que hablar "venezolano": dejar las zetas de lado e incorporar las eses en su lugar, desterrar el "vosotros" sustituyéndolo por el "ustedes" e ir adoptando los términos, giros y expresiones venezolanas. Ciertamente la gente se dio cuenta de nuestro cambio y a nadie le pareció mal, por el contrario.

Caracas: "Etame". Escuelas de Arte y Hogar

Las escuelas de Arte y Hogar fueron durante muchos años el apostolado por excelencia de las mujeres del Opus Dei en muchos países. En Costa Rica, Venezuela, Colombia, Ecuador, Chile y Perú las fundaciones de las mujeres del Opus Dei empezaron por una Escuela de Arte y Hogar.

Al llegar a Venezuela, como dije, yo estuve viviendo en Caracas en "Etame", una de estas escuelas. La Asesoría Regional del Opus Dei vivió en esta casa, donde al mismo tiempo las asesoras dábamos clase en la escuela.

Como indicaba al principio, "Etame" era muy linda, con todo el encanto de una casa colonial.

Estaba bien decorada. Y aquí hay que darle mucho crédito al doctor Odón Moles, entonces consiliario, quien hizo muchas recomendaciones al respecto. Las habitaciones de la casa que eran aulas por el día, se convertían por la noche en dormitorios de las numerarias. Yo viví en esta casa todos los años que pasé en Venezuela. Al trasladarse la Escuela Hogar a otra casa, ésta quedó para vivienda y lugar de trabajo de la Asesoría Regional del país. La llamamos "Casavieja". Para "Etame", la Escuela de Arte y Hogar, se consiguió, como digo, una casa más adecuada que compramos. Y éste fue el primer bien inmueble que adquirimos las mujeres del Opus Dei por nuestra cuenta, como explicaré más adelante, al hablar de la cuestión económica.

Todo el mobiliario de "Etame" se llevó a la nueva casa. Quedó muy bonita. Aprovechando uno de los viajes que hizo Luis Borobio, el pintor numerario del Opus Dei que vivía en Bogotá, le pedimos, a través del consiliario, que nos diseñara la portada del folleto de "Etame", que yo, con mi experiencia de la imprenta en Roma, tenía ya diagramado. Y nos lo hizo. Este folleto fue la primera propaganda que se hizo de una labor corporativa de mujeres en el Opus Dei y sirvió de modelo para muchos folletos posteriores de la Obra.

"Casavieja" conservó por muchos años la solera y la historia de la fundación de la sección femenina del Opus Dei en Venezuela. Hace sólo pocos meses que el Opus Dei ha derrumbado esta casa hasta los cimientos para poder vender el terreno y hacer "un buen negocio".

Es curioso que siendo el Opus Dei tan amigo de "conservar" y de archivar cuanto se refiere a "los primeros tiempos" de la Institución o Prelatura, y de inculcar a sus miembros que "la pobreza debe vivirse como en época fundacional", haya derruido, por afán de lucro y porque la zona empezaba a ser más comercial que residencial, la casa donde tuvo origen en Venezuela el comienzo de la labor de mujeres, con una historia irrepetible: desde las primeras vocaciones hasta los últimos días de las numerarias que murieron en esa casa.

El "pensum" (programa) de las escuelas de Arte y Hogar se apoyaba en la idea de dar un barniz de cultura general a las muchachas que no se interesaban en ir a la universidad.

Hasta los años sesenta, en España y en Sudamérica, generalmente hablando, se prefería, en ciertos círculos sociales, que una muchacha recibiera una cultura superficial a que estudiase en la universidad.

Por esta razón, monseñor Escrivá pensó que sería una gran idea, a fin de reclutar muchachas de esferas socialmente altas, el empezar con estas escuelas de Arte y Hogar.

Más de una vez entre los superiores del Opus Dei, sacerdotes incluidos, se expresó la idea de que los profesionales, la mayoría de las veces, solían prestar más atención a las muchachas por su belleza que por su preparación intelectual, y que en consecuencia, a través de este apostolado de las escuelas de Arte y Hogar, podría prepararse a mujeres que más tarde ocuparían un puesto relevante en la sociedad.

España era el único país en Europa donde existían estas escuelas de Arte y Hogar: "Llar" en Barcelona y "Montelar" en Madrid. Barcelona era un lugar difícil para lograr vocaciones y por ello las clases que "Llar" ofrecía, como lugar oficial y público de las mujeres del Opus Dei, facilitó enormemente la labor de proselitismo.

Antes, el apostolado y proselitismo, como dije, se hacía en "Monterols", que era una administración de la residencia de varones.

En Madrid, "Montelar" empezó al final de los años cincuenta. Y desde entonces estuvo ubicada en Serrano, 130, una zona muy residencial como es sabido, lo que ayuda a atraer a la llamada "elite" española. También en ese mismo terreno se construyó un ala como casa de las superioras del Opus Dei.

En "Montelar" se impartían clases de cocina, cerámica e incluso de filosofía e idiomas. Pero las clases más populares fueron las de cocina.

Pilarín Navarro Rubio era la profesora de estas clases. Además de su conocimiento profundo en este arte, tenía un tremendo "cachet", una gran belleza y una elegancia innata. Pilarín era una de las primeras numerarias del Opus Dei en el mundo y fue por muchos años la directora regional de las mujeres del Opus Dei en Italia.

Si a todo eso se añade que había sido también la directora de la casa donde vivía monseñor Escrivá y que su hermano, supernumerario del Opus Dei, era entonces en España uno de los ministros del gabinete de Franco, es fácil entender que el Opus Dei tratara de usarla para hacer un impacto entre las señoras de altos estratos españoles que asistían a sus clases.

Pero, naturalmente, hay que entender que todas estas clases eran el arma que el Opus Dei esgrimía para hacer proselitismo entre señoras de la alta burguesía. Como nota final debo añadir aquí que, después de más de treinta años, Pilar Navarro dejó el Opus Dei. Su desilusión por monseñor Escrivá y por el Opus Dei va más allá de lo que a mí me corresponde apuntar aquí.

En Caracas, las clases en la Escuela de Arte y Hogar eran solamente por las mañanas.

"Etame" tenía una excelente profesora de Filosofía en Ana María Gibert, con un doctorado por la Universidad de Madrid y una gran experiencia docente previa a su entrada al Opus Dei. En artesanía y decoración, Begoña Elejalde era soberbia: una artista verdadera. Fue ella la que hizo un mural precioso de pájaros para la clase de artesanía, los reposteros de escudos de cualquier tipo, tanto para la casa de varones como las nuestras y la que diseñó los nombres de "Etame" "Casavieja".

Las clases de cocina las daba con gran maestría Carmen Gómez del Moral, que era de Cataluña. Ella, las dos profesoras anteriores y Marichu Arellano abrieron la fundación de las mujeres del Opus Dei en Venezuela. Carmen se encargó especialmente de las supernumerarias del Opus Dei y de la labor de roperos con cooperadoras y señoras de fuera. En estos roperos se hacían los lienzos de nuestros oratorios conforme a las medidas que nos mandaban de Roma. Como las cambiaban con frecuencia, los lienzos hechos se daban a iglesias pobres y estas señoras confeccionaban nuevos lienzos con nuevas medidas para nuestros oratorios y los de la sección de varones. Otras de las labores que hicieron las cooperadoras, y que Carmen atendía con gran esmero, fue el empezar con un dispensario médico para un barrio de los alrededores de Caracas, Baruta. Estas labores se llevaban marginalmente, no eran esencia de las numerarias del Opus Dei ni del latir apostólico de la Obra. Era sencillamente una ocasión para que las numerarias hicieran apostolado con las cooperadoras. En el caso del ropero, con beneficio para la Obra. Carmen Gómez del Moral murió, desgraciadamente. En Caracas y de cáncer: el 26 de octubre de 1978, a los cincuenta y cuatro años.

Lola de la Rica dio clases de primeros auxilios y yo de italiano. Para la clase de francés se había contratado a una excelente profesora nativa, que no tenía relación alguna con el Opus Dei. Las alumnas de "Etame" eran muchachas jóvenes, en su mayoría de familias muy conocidas socialmente. Era bonito de ver, y tenía un gran colorido, aquel grupo de alumnas, numeroso, cuando entre clases se sentaban por los corredores del patio. Yo las veía desde mi cuarto.

Otras veces eran las prof esoras quienes entraban a mi cuarto para desahogarse cuando la clase no había ido bien o cuando alguna niña por estar "en la luna" respondía una necedad, para exasperación de la profesora. Yo no salía de la casa generalmente cuando las clases estaban funcionando, por si alguien necesitaba alguna cosa o los padres de alguna niña querían hablar conmigo.

Pero en realidad el proselitismo se hacía con las muchachas que venían por la tarde, muchas del Comité; y la mayoría se confesaban con don Rodrigo.

Al llegar a Venezuela me enteré a fondo de la vida y costumbres de la gente joven y comprendí que seguir aquí el estilo de proselitismo usado en España iba a ser problemático, ya que las muchachas

les contaban absolutamente todo a sus madres. Procuré, por todos los medios, conocer a las familias y tratar de conversar con ellos a fin de parapetar la situación cuando llegara la ocasión.

La primera muchacha a quien le planteé el problema vocacional fue a María Teresa Vegas, después, naturalmente, de haberlo consultado con el doctor Moles. Ella fue la segunda vocación numeraria venezolana. A la que siguió Eva Josefina Uzcátegui, una muchacha muy metida en los ambientes sociales caraqueños, de inteligencia mediana, pero de muy buena voluntad y dócil, aunque con gran tendencia al servilismo hacia los superiores, lo que la hacía ser un instrumento fácilmente manipulable. María Margarita del Corral es una mujer extraordinariamente inteligente, muy proselitista, viva, alegre, con dotes de mando. Cuando pidió la admisión en el Opus Dei fue todo un problema con su familia: un hermano de la madre era ministro de Sanidad cuando el régimen político de la dictadura de Pérez Jiménez. La esposa de este señor nos puso la casa bajo veinticuatro horas de vigilancia policial para ver si su sobrina entraba o no. Por parte de su padre la situación era más suave, pero no más fácil, y acabaron por llevarse a María Margarita a un viaje de varios meses por diferentes países. Tras lo cual se vino a vivir a nuestra casa.

Tanto María Teresa Vegas como Eva Josefina y María Margarita no tenían carrera universitaria.

Tras de ellas pidió la admisión una chica muy jovencita de dieciséis años escasos: Mercedes Mújica, "Amapola", como familiarmente la llamaban su familia y sus amigas. Estaba acabando el bachillerato en un colegio de monjas. Siempre quiso estudiar Sociología, pero andando los años se la llevaron al Colegio Romano de Santa María en Castelgandolfo y estudió Pedagogía.

Las siguientes numerarias fueron Elsa Anselmi, que estaba terminando la carrera de Farmacia en aquella época, y Sofía Pilo, que era estudiante de Arquitectura. Indiscutiblemente fue un buen grupo el que entró al Opus Dei al llegar yo a Venezuela. Ni qué decir tiene que monseñor Escrivá y la Asesoría Central estaban radiantes con la marcha de las cosas en nuestro país.

Estando todavía el doctor Moles en Caracas como consiliario, decidimos enviar como primeras alumnas del Colegio Romano de Santa María a las primeras vocaciones: Julia Martínez, Eva Josefina Uzcátegui, Sofía Pilo y María Teresa Vegas. Todas parecían vocaciones seguras. Era María Teresa una persona exquisita en su manera de ser y muy inteligente. A Julia y María Teresa las había dirigido especialmente el doctor Moles. A Eva Josefina, don Rodrigo; y a Sofía Pilo, don José María Peña. A las familias no les cayó mal la noticia. Comprendieron que era un cierto privilegio y eso les gustó.

Tras la ilusión de los preparativos del viaje y haberles explicado yo un poco la complejidad de la casa central, salieron todas para Roma a fin de participar en el Colegio Romano de Santa María, que estaba aún en la casa central. Les hablé de monseñor Escrivá mucho y con gran cariño, tal cual yo lo sentía.

La única que tuvo problemas fue María Teresa. Este viaje suyo a Roma o, mejor dicho, su regreso de Roma, me hizo dudar por primera vez del sentido de caridad y de justicia del gobierno central y del amor de monseñor Escrivá por sus hijas.

Lo sucedido en Roma nunca nos lo aclararon totalmente, pero los hechos, desde nuestro punto de vista, fueron los siguientes: un buen día llegó un telegrama diciendo escuetamente que en tal vuelo de tal día llegaba María Teresa Vegas de Roma. Que la fuéramos a buscar al aeropuerto y que la

lleváramos a casa de sus padres porque ya no era de "casa". Es decir, ya no era miembro del Opus Dei.

Le informé inmediatamente al consiliario, quien me dijo que por supuesto fuera yo a Maiquetía.

Si no recuerdo mal, creo que fue Lola de la Rica quien me acompañó a Maiquetía, pero no estoy totalmente segura.

Sí recuerdo bien que María Teresa llegaba con su sonrisa encantadora de siempre, pero como ida. Recogimos su equipaje y mientras tanto ella parecía contenta aunque un poco ajena a las cosas. No se la veía triste de dejar Roma, ni tampoco yo le pregunté apenas nada. Por la autopista yo me di cuenta de que María Teresa venía completamente medicada o dopada, como se quiera decir. No me atreví a llevarla a casa de sus padres directamente y decidí que María Teresa se quedaría en una de las habitaciones más retiradas y silenciosas. Mi decisión puede haber sido considerada como un acto de rebeldía; en ese momento no había tiempo para consultar a nadie.

Vino el doctor Moles, y le explicamos la situación de María Teresa: no sabíamos nada en concreto, sino que había venido dopada. Le dije también que a mí no me parecía en absoluto adecuado dejarla ir así a su casa. El doctor Moles estuvo de acuerdo. Durante varios días María Teresa se levantaba un ratito, iba al oratorio y luego se volvía a acostar. A todas éstas, nosotras no habíamos dicho a su familia que había regresado de Roma porque en las condiciones en que la veíamos no nos parecía oportuno.

A la semana, entró un día a mi despacho y me preguntó qué hacía ella en Caracas. Le dije que no se sentía bien y que por eso los superiores habían aconsejado que regresara. Naturalmente María Teresa había tenido un desequilibrio mental, según nos informaron de Roma más tarde.

Ella me contó cosas que no respondían a una mente sana. Yo la escuché cuanto quiso y el doctor Moles, en el confesonario, igualmente. Venía con una enorme fobia al Padre y a las superioras de Roma, entre otras cosas. Cuando vimos que estaba en condiciones de ir a su casa, pensamos con el doctor Moles quién sería la persona más adecuada para darle la noticia a su padre; y fue el doctor Moles quien lo hizo. El padre de María Teresa recibió la noticia de la enfermedad de su hija pensando que era herencia de la madre. María Teresa regresó a casa de su familia, pero el punto álgido era decirle que ya no era numeraria. Costó meses hasta que pudimos aclararle su situación, sin herirla. Pasaron los años, se casó, tiene hijos y es supernumeraria del Opus Dei.

¿Por qué dudé yo del sentido de caridad y de justicia del gobierno central y asevero que monseñor Escrivá tenía poco cariño por sus hijas? Muy sencillo: no me cabe aún en la cabeza que pueda meterse en un avión a un ser humano dopado sin advertirle a alguien las circunstancias de aquella persona, por muy "non-stop" que sea el vuelo. Nunca llegué a entender por qué no esperaron unas semanas en Roma a que la crisis hubiera pasado o, incluso, por qué alguna de las superioras no la acompañó en el viaje. Me parece de una injusticia cruel que a un ser humano como María Teresa se la dejase viajar sin la menor seguridad. Por otra parte, ¿es cariño de "padre" dejar a una hija suya ir en esas condiciones y pensar únicamente en que ha de dejar de pertenecer al Opus Dei porque su estado mental se alteró y concebir que, en las circunstancias en que la enviaron, teníamos que haberla dejado ir a casa de su familia directamente?

La verdad es que aquello no me cupo en la cabeza entonces y mucho menos hoy día.

Ésta fue una alarma, diría, que despertó en mí una duda latente. Aunque procuré disiparla, nunca se me fue de la cabeza.

Escuelas de Secretariado

A partir del año 1964 el Opus Dei empezó a hacer en varios países, incluida Venezuela, una transición de escuelas de Arte y Hogar a escuelas de Secretariado. Pero de hecho la única Escuela Oficial de Secretariado que empezó a funcionar como tal fue "Kianda", en Nairobi, Kenia. Era un momento crucial para el cambio de la mujer en ese país, desde un punto de vista político y sociológico. Y fue entonces cuando el Opus Dei empezó esta Escuela de Secretariado y a través de ella obtuvo algunas vocaciones.

Desde hace unos años y debido al cambio enorme de la educación de la mujer en el mundo entero, las escuelas de Secretariado, lo mismo que las escuelas de Arte y Hogar se han eliminado prácticamente. En un sentido el Opus Dei ha cambiado las escuelas de Arte y Hogar y de Secretariado en escuelas de Enseñanza Media, aunque en muchos casos los edificios existentes y sus nombres sigan igual, pero las actividades son diferentes.

Escuelas de Idiomas

La única Escuela de Idiomas que existe para mujeres y que el Opus Dei ha establecido oficialmente como tal es "Seido", en Kioto, Japón.

"Casavieja": Asesoría Regional

Al hablar de "Etame" expliqué que "Casavieja" era la casa que ocupaba la Asesoría Regional de Venezuela en el antiguo inmueble de la Escuela de Arte y Hogar. Al llevarse ésta todo el mobiliario, tuvimos que volver a amueblar poco a poco la casa. El oratorio quedó precioso: una señora que fue supernumeraria por bastantes años, Dora McGill de las Casas, nos regaló la Virgen. Era una maravilla de imagen de madera policromada. Parecía del medioevo. La encontré en un anticuario yendo con esta señora y, al ver ella que me gustaba para el oratorio de "Casavieja", nos la compró. Igualmente Dora nos regaló los apliques de luz, de bronce, para el oratorio. Y fue ella también quien bordó el sello del Opus Dei en el terciopelo rojo del respaldo de los bancos que nos hicieron para este oratorio.

Esta persona que se portó tan bien con nosotras dejó de ser supernumeraria porque no le volvieron a hacer caso las numerarias del Opus Dei cuando yo salí de Venezuela. En mi última visita a Caracas, la fui a visitar con mi amiga la señora Cecilia Mendoza de Gunz a la residencia donde estaba recluida. Se había quedado sin habla y había perdido la capacidad de comunicarse.

Le quedaba su sonrisa de otros tiempos. Estuvimos con ella, le hablamos, hablamos con la enfermera que la atendía y nos dijo que, fuera de alguna persona de la familia, nadie venía a visitarla. Al preguntarle si algún sacerdote la visitaba, nos respondieron que tampoco.

Una vez más comprobé la falta de caridad -no tiene otro nombre- con que el Opus Dei trata a las personas que dejan de ser miembros de la Prelatura. ¡Con todo lo que esta señora había hecho, dado y trabajado por el Opus Dei! Contribuyó igualmente con becas para el Colegio Romano de la Santa

Cruz y en cuanta actividad preparábamos en Caracas para recaudar fondos para lo que fuera. Al salir de la residencia, Cecilia y yo, cuando nos dimos cuenta, íbamos llorando por la calle. Murió hace pocos meses y es con un gran dolor que recibí la noticia, porque yo la quería como a una hermana y como a una entrañable amiga.

Otra supernumeraria, Beatriz Roche de Imery, era como de la familia. Solía venir a misa cada mañana. Era generosa en grado superlativo y lo era además con una naturalidad y una elegancia que siempre sorprendía. Por ejemplo, uno entre miles: cuando ella vio que estábamos cambiando el oratorio, nos regaló el suelo de mármol gris para el piso y costeó igualmente los gastos de su instalación.

El vitral para la ventana del oratorio lo dibujó Luis Borobio de acuerdo con la idea que teníamos, y simbolizaba los tres arcángeles: san Miguel, san Gabriel y san Rafael, patronos de las labores del Opus Dei. Fue la señora De Roche, cooperadora y madre de Beatriz de Imery, quien contribuyó generosamente al mismo. Begoña Elejalde y yo seguimos de cerca el trabajo con el vitralista a fin de lograr los tonos deseados. El oratorio era una belleza. O al menos a mí me encantaba.

Dora de las Casas también regaló para la sala de visitas un juego de muebles antiguos, muy delicados, provenientes de casa de sus padres. Faltaba tapizarlos y lo hicimos nosotras. De hecho fueron también muchos los muebles que tapizamos para la casa de la sección de varones, tanto para la residencia como para la casa del consiliario. Naturalmente no recibíamos la menor remuneración por el trabajo ni por el tiempo que le dedicamos. Se sobreentiende que la sección de mujeres en el Opus Dei debe hacer estas cosas simplemente como una forma práctica de vivir la "unidad" diría.

Cada una de las asesoras teníamos nuestra habitación. Me ocupé muy de cerca de que todas las asesoras vivieran de manera confortable y dispusieran de los elementos necesarios de trabajo.

Lola de la Rica, la secretaria de la Asesoría Regional entonces, tenía la habitación de los pájaros que había pintado Begoña. Habitación que ocupó más tarde Eva Josefina Uzcátegui al ser nombrada secretaria de la Asesoría Regional, cuando Lola de la Rica fue a México.

Por cierto, nunca entendí este episodio: Lola de la Rica era magnífica en todo sentido. Me ayudó profundamente en mi llegada a Venezuela y arrimó el hombro en las administraciones y con las sirvientas como la primera. Nunca decía que no. Lo que la agobiaba eran las exigencias del consiliario. En esa época ya no estaba el doctor Moles, sino don Roberto Salvat Romero. Y llegó un momento en que Lola se quebró: se puso enferma. Las exigencias del consiliario estaban basadas en la perfección que él exigía en las administraciones que llevábamos, que eran tres. Lola llevaba una de ellas. Casas que no eran pequeñas por otra parte y el servicio era escaso e ineficiente: en su mayoría niñas de 13 y 14 años, a las que, si por un lado, más de una vez, Lola tenía que contarles un cuento para animarlas a trabajar, otras veces tenía que afrontar cosas más serias al darse cuenta de que una de ellas había quedado embarazada.

A todo ello se unía el rigor de la vida interior de oración, de mortificación interior y corporal, de un plan de vida llevado seriamente, de haber impartido por un tiempo más o menos largo alguna clase en la Escuela de Arte y Hogar, y de la responsabilidad de gobierno de pensar e ir organizando toda la estructura del futuro de la sección de mujeres en Venezuela. Esto que se dice tan fácilmente, a los veintiséis años que tenía Lola no era tarea pequeña. Por muy joven que sea una persona, el llevar este peso a diario lleno de responsabilidad, agota. Y Lola era muy responsable. Llevaba todo con una gran

elegancia, pero frente a mí se abría con toda sinceridad:

comprendía que no podía quejarse de las cosas que pedía la casa administrada, porque eso hubiera supuesto una falta de "unidad", pero físicamente no aguantaba más.

De acuerdo con ella, primero consultamos a la Asesoría Central si podría ir un par de meses a México donde la labor estaba más cuajada, y descansar allí. Y así se hizo. Con este motivo estuve en correspondencia con María José Monterde, directora regional de México entonces, quien estuvo conmigo en la Asesoría Central, y quien me dijo que Lola iba mejorando. Cuando ya le correspondía a Lola de la Rica regresar a Venezuela, recibí una carta de María José Monterde notificándome que, previa consulta de ella con la Asesoría Central, habían decidido dejar a Lola de la Rica en México. La verdad es que yo me enfurecí porque, aparte de lo mucho que yo la quería, Lola era un puntal en Venezuela y nos privaban de ella de la mañana a la noche. No recibimos explicaciones de ninguna clase ni de nadie. Supe, más tarde, que Lola de la Rica había regresado a España. Este asunto nunca lo entendí pero, de acuerdo con el espíritu del Opus Dei, tampoco podía preguntar nada acerca de las razones que habían motivado aquello.

Con la ausencia de Lola de la Rica, la Asesoría Central nombró a Eva Josefina Uzcátegui Bruzual secretaria de la Asesoría Regional. Yo me llevaba bien con ella y, de hecho, al ser la segunda en el gobierno regional, procuré irle enseñando cuanto yo sabía: desde la minucia de escribir a máquina hasta redactar correctamente una nota. Siempre la tenía enterada de todo para que pudiera suplirme en cualquier momento. Su preparación era, sin embargo, muy deficiente, probablemente debido a que nunca había trabajado ni estudiado en su vida. Procuré, en toda la labor de gobierno, darles, tanto a ella como a las demás asesoras, plena responsabilidad en sus cargos. Humanamente me llevaba bien con todas las que componían el gobierno regional del país, así como con las directoras de las casas. De hecho, aprendí en Venezuela a cambiar mi carácter explosivo por otro más suave. Con todo y con ello, era mi caballo de batalla.

Las personas eran mucho más suaves que yo y me di cuenta de que les podía hacer daño con mi carácter fuerte. Puedo decir en verdad que la persona que yo era cuando llegué a Venezuela y la que salió del país diez años más tarde eran como dos personas distintas.

Venezuela me cambió, gracias a Dios. Había una cosa que sabían las asociadas todas en el país, especialmente las numerarias: que a todas en general y a cada una en particular las quería con toda mi alma y hubiera dado mil veces mi vida por cada una de ellas y eso es también lo que hizo que todas ellas se fiaran de mí a plenitud y me correspondieran en ese cariño.

Tenían por seguro, y así era, que yo no iba a mandar un informe de ninguna de ellas a Roma sin haber primero tratado de que se corrigieran en el punto que fuera. Y mi razonamiento era muy simple: si una persona hace una cosa mal -la que sea- se la corrige; la persona reconoce su falta y asegura que se corregirá; y si es algo grave, se confiesa. Punto. ¿A qué llevaría, pues, el mandar un informe de ello a Roma? Mientras la noticia va y la Asesoría Central acusa recibo de ello y envía, dado el caso, una recomendación, la persona en cuestión ha podido corregirse mil veces, sin necesidad de mayor historia. Mi idea era evitar que el nombre de quien fuera apareciera con tinte negativo, sin necesidad real, en la agenda del gobierno central.

Lo que no significa que dejásemos de informar de las cosas importantes en sí. Lo que yo siempre traté de evitar fue el manoseo de las conciencias y de las personas. Esto era algo que me crispaba

cuando estuve en el gobierno central y veía cuán fácilmente podía juzgarse a una persona con excesiva frivolidad o bien con una exageración motivada muchas veces por la distancia y el desconocimiento de la idiosincrasia de un país o hecho concreto. La experiencia de mis propios errores en este aspecto me enseñó a obrar cautamente como directora de la región de mujeres en Venezuela.

El tratar a la gente, muchachas y señoras, siempre me gustó por mi espíritu apostólico. El poder ayudarlas, el darles un buen consejo, el acercar las almas a Dios y lograr que la vida de estas personas mejorase era para mí, siempre lo fue, mi Norte. Pero además del apostolado personal, contaba ahora en Venezuela de un modo muy especial para mí, el proselitismo. Mi primer año lo dediqué con exclusividad a la labor de san Rafael, a empujar a esas muchachas jóvenes para que dieran el paso definitivo de entrega a Dios en el Opus Dei. Yo llevaba las confidencias de estas nuevas vocaciones al principio, más las de las numerarias mayores.

Poco a poco, y conforme iban encajando en las costumbres y el espíritu del Opus Dei, fui dejando en manos de las otras de la Asesoría y de las directoras de las casas a aquellas almas jóvenes, y yo me fui centrando en la labor interna de formación de las numerarias y en la labor de gobierno del país.

Como me dijo el doctor Moles al llegar, el que la casa me gustase era una ayuda para poder trabajar mejor.

Las gestiones económicas me llevaron mucho tiempo, hacer muchas visitas, muchos sinsabores y muchas alegrías también cuando las cosas salían.

Lo primero que vi al llegar es que la Escuela de Arte y Hogar tenía que estar aparte de la casa de la Asesoría y para ello era necesario tener otra casa. Y para tener otra casa era imprescindible disponer de fondos. Al consultarlo con el consiliario, me sugirió el doctor Moles que fuera a hablar con doña Cecilia González Eraso, que vivía en la Quinta Anauco (la casa que es ahora monumento histórico), y que le pidiera que nos regalara su casa. Yo le contesté al doctor Moles:

–¿Y si dice que vive en ella?

–Pues le sugieres -siguió el doctor Moles- que ella tiene también otra casa en la avenida principal dc El Bosque.

–¿Y si me dice que no?

–¡Ah! Pues entonces la dices que te dé 40.000 bolívares para poder empezar a hacer el primer pago de una casa. (40.000 bolívares era, en aquel entonces, equivalente a unos 20.000 dólares, cantidad suficiente para el primer pago de una propiedad.)

Y dicho y hecho: Ana María Gibert concertó la visita con la señora Eraso para ir a visitarla un día a las cuatro de la tarde.

Llegué con Ana María a la casa y me quedé subyugada con la propiedad y los jardines. La señora Eraso estuvo encantadora y la conversación fue natural. Yo no sabía que era viuda de un español, a quien mataron los comunistas en la guerra civil española. Me di cuenta de que era una persona muy piadosa, muy inteligente y encantadora. Resultaba además que la novia del único hijo que ella tenía

era alumna de "Etame" y Ana María le habló de lo buena muchacha que era. Y una vez que se acabó la razón protocolaria de la visita comprendí que tenía que afrontar el punto económico. Con la mayor paz le expuse que necesitábamos una casa mayor para "Etame", y que habíamos pensado si ella querría darnos su casa. Ella se echó a reír y, bromista, me dijo:

–¿Y dónde quiere usted que vaya yo?

A lo que le respondí con toda naturalidad:

–¿Por qué no a su casa de El Bosque?

Me dijo que no. Y naturalmente acudí a mi último recurso diciéndole:

–¿Cree usted entonces que nos podría dar 40.000 bolívares para la compra de la nueva casa?

Y me respondió:

–Eso sí. Yo se los mando con el ch uffeur dentro de quince días.

Y con la misma naturalidad que llegamos, nos fuimos.

Cuando llegué a la casa llamé al doctor Moles y se lo conté. No se lo podía creer. Pensaba que habíamos entendido mal. Pero efectivamente a los quince días llegó el chauffeur con el cheque de los 40.000 bolívares. El doctor Moles me dijo después que estaba convencido de que yo me había dado cuenta de que no hablaba en serio cuando me dijo que le pidiera la casa a la señora Eraso y todo lo demás. Por eso se quedó tan asombrado cuando supo los resultados de la visita.

La segunda petición fuerte que hice fue a Napoleón Dupouy, cuya hija también era alumna nuestra. La cantidad fueron otros 40.000 bolívares. O sea que ya, muy en serio, empezamos a buscar la casa.

Y después de esas dos gestiones fuertes empecé a visitar al director del Banco Mercantil y Agrícola para gestionar el primer préstamo bancario que la sección de mujeres íbamos a tener en Venezuela.

Por otra parte, nuestra fuente de ingresos fuerte eran las aportaciones de las supernumerarias.

Mensualmente Beatriz Roche de Imery y su madre nos mandaban cerca de 3.000 bolívares con lo cual podíamos por una parte pagar el alquiler de "Casavieja" y, por la otra, enviar a Roma, para las obras, no menos de 1.000 bolívares al mes: trescientos dólares para tres becas de estudiantes, varones del Colegio Romano de la Santa Cruz, futuros sacerdotes, y el resto para las obras de Roma. Además de estas cantidades agregamos otros trescientos dólares mensuales más para costear tres becas en el Colegio Romano de Santa María, tuviéramos o no estudiantes allí. En realidad mandábamos a Roma más dinero del que disponíamos para vivir.

Todos los meses, en cuanto nos entraba dinero, hacíamos el cheque para cambiar en dólares en nuestro banco, cantidad que enviábamos a Roma a nombre de don Alvaro. Ana María Gibert era la que solía comprar los cheques primero y luego Elsa Anselmi. Teníamos abierta en el Bank of London South America, que estaba ubicado en Chacao, una cuenta a nombre de tres de nosotras, requerida la firma de dos para sacar cualquier cantidad. Una de las firmas fue siempre la mía. Las otras dos

fueron, por un tiempo al menos, la de Ana María Gibert y la de Elsa o de Eva Josefina, no recuerdo en este momento.

Los cheques, según indicación recibida de la Asesoría Central, se hacían a nombre de "Alvaro del Portillo. Per le Opere di Religione". Bajo ese enunciado se envió a Roma durante diez años, estando yo en Venezuela, una cantidad anual no menor de 10.000 dólares, lo que en esa época era una cantidad considerable.

Pero lo más heroico fue cuando me enteré de que, en los tres primeros años de la fundación de mujeres en Venezuela, y mientras las numerarias aprovechaban hasta la pasta de dientes que les llegaba de anuncios para no comprar nada, se enviaban a Roma sumas muy considerables para ellas, aunque menores que las que enviamos después para las obras del Colegio Romano.

Desde que llegué al Opus Dei me dijeron que nosotras no podíamos dar limosna nunca porque éramos pobres y que los superiores desde Roma se encargaban de hacerlo. Fue una de las tantas cosas que me creí con toda mi alma. Al llegar a Venezuela y decirnos que teníamos que enviar cuanto más pudiéramos "per le Opere di Religione", yo estaba totalmente convencida de que esa plata era para grandes obras caritativas que el Opus Dei haría desde Roma. Y salí del Opus Dei con esa creencia. Pero por esas circunstancias de la vida que Dios depara, conocí en Roma y me hice muy amiga de un matrimonio joven, ambos médicos, él, Mino Buonomini, ella, Teresa Mennini.

Un primero de año, que me hospedaba yo en su casa en Roma, hablando con ellos, me enteré de que la familia de Teresa era muy amiga del Santo Padre y de que el día de la Epifanía solía ir toda la familia a visitar al Pontífice (el padre de Teresa era economista en el Vaticano). Y, sin que yo recuerde ahora por qué razón, mencionaron el nombre de Banco per le Opere di Religione como una entidad bancaria. Yo no daba crédito a lo que oía… O sea que el dinero que de Venezuela mandábamos a Roma iba a la cuenta que el Opus Dei, a nombre de don Alvaro del Portillo, tenía en ese banco.

No sé si una persona es capaz de desilusionarse aún más profundamente de lo que yo estaba ya del Opus Dei al saber aquello. Y ante estos sucedidos siempre me pregunté: ¿Sabrá la Iglesia todo esto? ¿Cuáles son las obras que de verdad el Opus Dei hace con los pobres, con los necesitados, con los que no tienen techo, con los desempleados? ¿Cuáles son esas obras?

¿Dónde va el dinero que todos los países mandan a Roma?

Son desproporcionadas las cantidades que llegan a Roma comparadas con las dos o tres obras sociales que en algunos países de Centroamérica ha empezado a realizar ci Opus Dei hace muy pocos años. Con el agravante de que cada país, donde ocurren ahora estas actividades, se responsabiliza de financiar esa obra benéfica. El dinero que va a Roma es, pues, independiente.

Y es producto de la buenísima voluntad de muchos miembros del Opus Dei que, creyendo en los superiores, se matan por conseguirlo. Quizás algunas personas me consideren ingenua si a mi edad y a estas alturas me atrevo aún a preguntar: ¿sabe la Iglesia todo esto?

¿Cuánto es y dónde va el dinero que recibe el Opus Dei en Roma?

Pero siguiendo con mi relato sobre Venezuela y el gobierno regional: como digo, creo que en este

gobierno regional nos llevábamos todas muy bien. Sin embargo, en el trato de vida de familia, me daba cuenta de que Eva Josefina chocaba con muchas numerarias. Y, efectivamente, les suponía esfuerzo aceptarla como superiora. Yo siempre creí que era debido a que Eva Josefina intelectualmente no tenía crédito válido con ninguna de las de su generación y, sin malicia, tendía a presumir de conocer y haber alternado con "la flor y nata" de la sociedad caraqueña, además de dejar ver muy sutilmente lo exitosa que había sido su vida social "vis-a-vis" de los muchachos de su generación.

Sin embargo, a las asesoras del gobierno central en Roma les caía Eva Josefina Uzcátegui extraordinariamente bien, especialmente a Mercedes Morado, la entonces directora central, y consideraban que tenia "muy buen espíritu" porque les hablaba con gran deferencia y se doblegaba a cuanto le dijeran, cayera quien cayese. Y buena prueba de ello fue que la nombraron delegada de Venezuela directamente haciendo caso omiso en Roma de la opinión que, a petición de la Asesoría Central, habíamos enviado por separado, según nos lo indicaron las otras asociadas inscritas del país. Nuestro voto recayó sobre Elsa Anselmi por ser ésta una persona madura, seria, con responsabilidad profesional (era entonces la directora de un laboratorio de Toxicología de la Seguridad Social en Caracas).

Al llegar este nombramiento de Eva Josefina Uzcátegui como delegada de Venezuela, ahí sí que me eché yo a temblar, porque pensé que el país estaba ahora en manos de alguien ignorante, sin personalidad definida, con voto y veto en el gobierno regional del país y con voto también en el gobierno central, dispuesta "por buen espíritu" a rendirse a la menor insinuación que le hicieran tanto el consiliario como el gobierno central en Roma, como forma concreta de vivir la "unidad". Por otra parte recordé aquello que monseñor Escrivá solía decir, que "en el Opus Dei "las grandes cabezas" no sirven porque se convierten en "cabezas grandes". "Las "medianías", hijas mías, sirven mucho porque son dóciles y están dispuestas a aceptar lo que se les diga." Esto se lo había oído yo bastantes veces repetir en Roma. Por ello, asumí el hecho y, durante las semanas que Eva Josefina fue a Roma para la convivencia especial de delegada, me ocupé personalmente con Begoña Elejalde de prepararle su cuarto, tapizándole los muebles y organizándole una serie de ficheros, closets, etc., conforme al rescripto recibido de la Asesoría Central donde se indicaba expresamente cómo deberían ser los cuartos de las delegadas. Y, naturalmente, le dejamos un cuarto de baño para su uso exclusivo, así como una línea de teléfono. La habitación quedó lindísima y muy funcional.

El cargo de delegada es muy importante: segundo en rango en los gobiernos regionales. Las delegadas tienen voto y veto en las cuestiones de gobierno y ocupan también un puesto en el gobierno central de Roma. Son las representantes del gobierno central en el gobierno regional, y de éste en el gobierno central.

La casa de la Asesoría era en verdad una casa acogedora y bonita, no un caserón. Toda ella enmarcada en el estilo colonial de la construcción. De ser previamente una casa ruidosa, cuando "Etame" estaba en este edificio, se convirtió en una casa silenciosa. Se oía el cantar del "Cristo fue", el pájaro venezolano que en su piar repite claramente "Cristo fue" como premio de Nuestro Señor a estar posado en los brazos de su Cruz cuando El murió, cuenta lindamente la leyenda.

La sala de sesiones de Asesoría era de estilo colonial y en ella estaba la imagen de la Virgen que aparece al principio de este apartado. Dicha imagen fue esculpida por Ulibarrena, un artista vasco que residía en Caracas, y bajo la dirección del doctor Moles. Tiene la Virgen las facciones clásicas de la india andina y lo mismo el Niño. Esta imagen se le llevó a monseñor Escrivá para que la bendijese

en Roma.

A fin de dar luz a la habitación de la sala de Asesoría, tumbamos prácticamente la pared y pusimos unas rejas preciosas que nos las hicieron expresamente para ese lugar. Estas rejas decoraban y separaban la sala de reuniones de Asesoría, de una habitación que llamábamos el porche. En una época fue aula de las alumnas de "Etame" y ahora era el cuarto de estar nuestro donde habitualmente se hacían las tertulias. Era también la habitación donde teníamos la televisión. Yo procuraba que se vieran todas las noches las noticias, y muchas veces hacía la vista gorda cuando pasaba la media hora marcada, si es que estaban proyectando alguna película bonita o algún ballet que les interesara a la mayoría. Procuraba muy de verdad que la tertulia fuera un rato de descanso y que la gente se sintiera a gusto. En estas cosas decidí vivir el espíritu cristiano, no la letra de la doctrina del Opus Dei. Y para mí, cuando un sacerdote me decía que "debía cuidar a mis hermanas", ésa era una de mis interpretaciones, no solamente darle una aspirina si le dolía la cabeza.

Por otra parte, me daba cuenta de que el apostolado que hacíamos era entre señoras de las altas esferas sociales, donde confluían la riqueza y el poder, y cuyos maridos o familias eran conocidas y reconocidas en el país. Nuestra amistad con tales personas nos situaba en un nivel muy diferente y separado del pueblo, del pobre. Yo estaba convencida de lo que me decía el Opus Dei: de que el apostolado con los pobres no era lo nuestro, sino que eran las congregaciones religiosas las que llevaban esas otras labores en la Iglesia. Este principio estaba basado en la propia definición del Opus Dei cuando dice que "…es hacer el apostolado con todas las clases sociales, especialmente con los intelectuales". Yo diría que más que entre los intelectuales humanistas, que raras veces son ricos, el Opus Dei hace el apostolado con la "tecnocracia", es decir, con los intelectuales del mundo de la ciencia, de la banca, el derecho, en dos palabras: con las clases dirigentes del país que son los que en definitiva mueven dinero y poder. Es con las esposas de esos señores con las que las mujeres del Opus Dei hacen apostolado, "tratan" es la palabra usada en la jerga del Opus Dei. A monseñor Escrivá le había oído yo decir con frecuencia que "los más pobres muchas veces son los intelectuales, porque están alejados de Dios y nadie se ocupa de ellos".

Pero el hecho es que las casas del Opus Dei están puestas de acuerdo con el nivel social de la clase de apostolado que se realizará en las mismas.

La forma de vestir de las numerarias, sin ser lujosa, tenía un tono distinguido alto. Ello no quiere decir que nuestro ropero fuera "nuestro", ya que por virtud del voto de pobreza estábamos siempre dispuestas a desprendernos de lo que fuera en el momento que nos lo indicara un superior, para dárselo a aquella otra que lo necesitara por la razón que fuera. Es decir, yo puedo decirlo por mí misma: la ropa que habitualmente yo tenía en el closet era la que se usaba durante toda la semana, y si pasaba un mes y no se usaba algo de inmediato, se lo daba a quien me parecía que lo podía usar más en la casa. Por otra parte, tengo que reconocer que las numerarias del Opus Dei visten mejor que muchas mujeres de clase media alta y que las casas del Opus Dei tienen en general un tono donde una mujer del pueblo no se atreve a entrar más que de sirvienta. A no ser que se trate de lugares donde el Opus Dei hace apostolado con campesinas o con sirvientas.

La esencia del Opus Dei en materia de pobreza no es "no tener, sino estar desprendido". Esto conduce a muchas objeciones. Una de ellas, es la que sencillamente me apuntaba mi padre hablándome de la pobreza con referencia a las casas del Opus Dei (de la de Roma y otras, en general; y de las que él conocía, Diego de León en Madrid, por ejemplo, en particular): "Eso es muy elástico -decía mi padre-. ¿Qué me importa a mí no disponer del título de propiedad de un inmueble

perfectamente decorado si puedo vivir en él toda mi vida?" Y creo que no le faltaba razón. Y esto que ahora puedo verlo tan claro, entonces lo veía turbio, aunque sí era consciente de que nos movíamos entre gente de esferas altas y, por consiguiente, adinerada. Más de una vez nos dijo monseñor Escrivá a las del gobierno central, estando en Roma y a propósito de la casa, que "ningún marido nos hubiera dado lo que nos daba la Obra".

Y continuando con la vida ordinaria de nuestras casas en Venezuela: el periódico llegaba diariamente a todas las casas de la sección de mujeres y no se disculpaba a quien no lo leyera, ya que si estábamos tratando a la gente teníamos que estar informadas de las cosas que ocurrían en cualquier parte. Y esto, hacía yo que todas las directoras de las otras casas lo exigieran a las numerarias que vivían en ellas. No quería yo que la gente viviera en el limbo en que yo había vivido durante muchos años en la Obra.

En la Asesoría Regional acordamos por lo mismo que teníamos que empezar a leer libros. Y con ello quiero decir no solamente libros de lectura espiritual. Decidimos que podríamos empezar con los best-sellers, de los cuales la gente que venía por la casa hablaba con frecuencia.

Recuerdo que uno de los primeros libros que leímos fue "Exodo". Y después se los íbamos recomendando a una u otra numeraria, según los intereses de cada una. El caso es que la gente empezara a salir de ese túnel en el que habíamos vivido por años.

Y lo mismo pasó con respecto a la música. En Venezuela, niños y niñas aprenden desde chiquitos a tocar el "cuatro", una guitarra pequeña de cuatro cuerdas, y ello trae consigo el aprenderse también las canciones de tipo folklórico, desde las cálidas y movidas caribeñas hasta las más cadenciosas del interior. Por ello, la gente joven, y aún hoy día, se reúnen a menudo a tocar cuatro; no se diga al llegar la Navidad donde el cuatro es el instrumento esencial de los llamados "aguinaldos" (villancicos en España) y de cualquier reunión familiar. A más de ello, en todas las casas había un "pick-up" y se solían tener los discos que, bien por regalos, bien porque los traían las mismas numerarias cuando se venían a vivir, había en cada casa. Incluso los días de fiesta y los domingos, fechas en las que en las casas del Opus Dei se suele tomar un aperitivo, se ponían siempre algunos discos.

Las salidas semanales se llevaban a rajatabla, pero no necesariamente en grupo. Cada quién aprovechaba esa salida para hacer apostolado o proselitismo y también muchas veces, si coincidía el que a dos nos interesaba ver la misma exposición de pintura o arte, para ir juntas con arreglo a los coches y al horario que cada quién tenía disponible.

Cuando yo llegué a Caracas, solamente manejaban el coche Carmen y Begoña, y las pobres estaban todo el día al volante. Esto lo corté de un tajo haciendo que todas las numerarias aprendieran a manejar y sacaran la licencia correspondiente.

Modifiqué un poco el cuarto de la secretaria regional. Encargué que me hicieran un closet pequeño en el cuarto de baño y se dedicó el closet grande del cuarto para archivo de la Asesoría. Estaba también en este cuarto la IBM-executive que compramos como máquina buena de escribir. En otro lugar de la casa teníamos la fotocopiadora y la máquina de destruir papeles.

Con respecto a la custodia de los documentos, cumplíamos órdenes concretísimas de Roma de tener un "lugar seguro" (secreto) donde se archivaban tanto los documentos más delicados como los duplicados de todas las fichas personales de las asociadas numerarias, supernumerarias, oblatas y

sirvientas; los originales los llevaba un correo personal, en mano, a Roma, a la Asesoría Central. Estas fichas personales, a más de las fotografías, incluían la consabida información personal: fecha de nacimiento, etc., más los detalles de la incorporación al Opus Dei.

La sigla de Venezuela era Vf para la sección de mujeres. La clasificación de estas fichas estaba hecha por fecha y orden de incorporación a la Obra. Por ejemplo, mi clasificación era Vf1/ 50. Lo que significaba que yo era la número 1 que había hecho la oblación en el año 1950.

En el "lugar seguro" se guardaban estas fichas, como digo, a más de los testamentos de las numerarias, las Constituciones del Opus Dei (aquellos días que nos las prestaba el consiliario)

y las Instrucciones, Reglamentos, cartas, etc., de monseñor Escrivá. Es decir, aquellos documentos que eran "ad usum nostrorum" (para uso interno). Junto al lugar secreto había una botella de gasolina para quemar, en caso de emergencia, lo que hiciera falta. Por ejemplo, en "Casavieja", en mi propio closet, que estaba dentro del cuarto de baño, Alicia Álamo, arquitecto, había abierto un pozo en el suelo, lo revistió de cemento y luego lo cubrió con una portezuela de madera. Encima estaban los mosaicos que ocultaban la portezuela y que se quitaban para poder abrirla. Esto jamás se le hubiera encargado a un obrero de fuera. Por ello lo hizo Alicia Álamo quien, además de arquitecto, fue bastantes años numeraria del Opus Dei.

Después pasó a ser supernumeraria, porque ella necesitaba mayor libertad en su actuación y como numeraria se ahogaba.

Claves

Nos enviaron de Roma, por correo a mano, naturalmente, el libro con las claves para escribir informes. Se titulaba "San Gerólamo", estaba encuadernado como un libro insignificante y reposaba tranquilamente, como uno más, en una de las estanterías del cuarto de la directora regional. Consiste en una serie de capítulos sin explicación alguna en ninguno de ellos.

Simplemente hay unos puntos con algunas palabras a continuacion. Me explico: aparece un número en romanos como si fuera un capítulo y luego una serie de números arábigos seguidos de, por ejemplo:

1. buen espíritu

2. mal espíritu

3. ordenada

4. respetuosa con los superiores

5. faltas graves de unidad

6. falta a la pobreza, etc., etc., etc.

A guisa de ejemplo: Supongamos que una Asesoría Regional quiere enviar un informe diciendo que una numeraria, pongamos por caso, llamada Isabel López ha faltado a la unidad gravemente.

Entonces, en una ficha de 10 x 5 se anota, arriba a la izquierda, la sigla del país y el número que identifica a esta ficha; en el centro, Vf-3/53 (que corresponde a Isabel López); y, al pie, la fecha. En otra ficha, que irá en "sobre aparte", se anota, arriba a la izquierda, la sigla del país seguida por el número que identifica a esta nueva ficha; y, a la derecha, la referencia (Ref.) a la anterior; en el centro solamente:

OceanofPDF.com

IV.I.5.

OceanofPDF.com

Al recibir la nota, se abre el "San Gerólamo" en el capítulo IV, sección 1 y se va al número 5, donde se lee "faltas graves de unidad". El resultado es que Isabel López, la tercera numeraria en el año 1953 con la oblación hecha, ha cometido graves faltas de "unidad".

OceanofPDF.com

En cuestión de rescriptos, avisos y notas en el Opus Dei hay montañas, y lo curioso es que a las superioras nos recomendaban de la Asesoría Central que se leyesen estos rescriptos como lectura espiritual y que se llevaran también como temas de oración personal. Como puede verse una vez más, el adoctrinamiento del espíritu del Opus Dei va por encima de la formación cristiana. Obviamente en la casa central, en el piso de oficinas, había igualmente un lugar "seguro" para documentos. Estando una vez con monseñor Escrivá en su despacho, y en alguna otra ocasión también, le oí decir a él mismo que una de las paredes de su despacho se movía para dar entrada a los archivos secretos. Luego agregó que no es que tuviéramos gran cosa, pero que eran cosas de familia que a nadie interesaban.

Respecto a que hubiera lugares "seguros", monseñor Escrivá lo recomendaba mucho.

Empezando por los oratorios. Lo decía muy a menudo y hay cantidad de material escrito repitiendo obsesivamente esta idea que él solía expresar así: "Nuestros oratorios deben ser lugares seguros donde no nos pueda entrar nadie." La casa de Roma, respecto a seguridad, es una auténtica fortaleza medieval (me sigo refiriendo a la casa de las mujeres). Empezando por la puerta principal que es blindada y no tiene cerradura por fuera, sino por dentro únicamente. Para abrirla hay que dar cinco vueltas de llave, llave que no se deja jamás encima de un mueble o bandeja, por ejemplo. La llave de la puerta principal de la casa de mujeres en Roma, Via di Villa Sacchetti, 36, la lleva siempre colgada del cinturón la portera, es decir, la doncella o persona encargada de abrir la puerta. Si uno quiere salir a la calle, ha de pulsar un timbre que está junto a la puerta, y esperar a que venga la portera a abrir. Si uno llega de la calle, al oír el timbre de la puerta en el cuadro de timbres que está en el cuartito de la Galleria della Madonna, salen dos personas, que pueden ser dos sirvientas o una sirvienta y una numeraria, para abrir la puerta. La acompañante se queda rezagada y la portera abre.

Hay otra entrada llamada de "proveedores" o de "servicio" en esta misma zona, que consta como de dos partes. Si alguien llama por esta puerta, la

portera ha de abrir: primero, la puerta que comunica con el vestíbulo; luego, una puerta con una especie de ventanilla que da al sector contiguo a la calle y entonces, después de quitar las vueltas de llave que da a la calle, regresar y meterse tras la puerta con la ventanita que tiene un gran cerrojo, echar ese cerrojo y pulsar entonces el sistema eléctrico que abrirá la puerta de la calle a control remoto. Muy complicado, evidentemente. Hay una tercera puerta, que da a la otra calle. Esa parte del edificio la estaban construyendo cuando yo dejé Roma y no conozco los detalles de su funcionamiento.

Lo que quiero dejar muy claro es que nadie, ABSOLUTAMENTE NADIE, en Roma, puede abrir una puerta directamente y salir a la calle.

En Venezuela, por contraste, y en "Casavieja", como el servicio que teníamos entonces se componía de pocas muchachas y muy jovencitas, que sólo nos ayudaban en la cocina y en la ropa, instalamos un portero eléctrico, de forma que yo, si alguien llamaba, desde mi mesa pudiera abrir la puerta sin necesidad de levantarme. Y quien quisiera salir de la casa, lo único que tenía que hacer era agarrar la llave que estaba colgada junto a la puerta, para abrirla, porque la que daba al jardín funcionaba como cualquier otra puerta en la casa.

En una de las épocas en que la seguridad dentro de las casas era muy necesaria, por el riesgo de que ocurrieran robos o violaciones, recuerdo que los asistentes eclesiásticos nos aconsejaron que tuviéramos armas en la casa. Las numerarias que por cualquier circunstancia tenían armas en casa de su familia trajeron unos cuatro o cinco revólveres, no recuerdo el número exacto, con la munición correspondiente, por supuesto. Recuerdo que los tenía en un cajón de un mueble junto a mi mesa de trabajo y que por la noche "revisaba el armamento". Yo nunca he usado un revólver en mi vida, pero Elsa Anselmi, hija de militar, sabía muy bien manejar armas y parece ser que tenía buena puntería. Un día me dijo que quería saber lo que debería hacer en caso de emergencia, "si apuntar a herir o a matar". Recuerdo muy bien a Ana María Gibert diciendo: "¡Ay, matar no, por favor!" La verdad es que yo me quedé perpleja y le dije que mejor se lo preguntásemos a los asistentes eclesiásticos, cosa que hicimos. La respuesta fue muy vaga, algo así como "en esos momentos haz lo que puedas".

Cuando salí de Venezuela, aún estaban allí aquellos revólveres. Muchos años después, un día que conversaba yo con Raimundo Panikkar y le contaba este sucedido, me escuchó atentamente y, al final, me dijo:

"¡Estas cosas no pueden compararse! ¿Cómo vas a comparar la gravedad de matar a una persona con el trauma personal que hubiera producido una violación?"

Testamentos

Otro de los documentos que se guardaban en el lugar "seguro" eran los testamentos de todas aquellas asociadas de la Obra que hubieran hecho la "fidelidad". Al llegar a Venezuela mencioné que curiosamente no tenía dicho testamento -no lo escribimos cuando hicimos la "fidelidad" en Roma-. Había otras varias que tampoco lo tenían hecho. Pedimos al consiliario el modelo para hacerlo. Y recuerdo que lo escribimos de nuestro puño y letra. Al empezar, a más de la fórmula usual de identificación de la persona que lo escribe, seguía la afirmación de haber vivido y querer morir con arreglo a la fe católica, así como el deseo explícito que el Padre había indicado que pusiéramos: "Deseo que se me amortaje con una sencilla sábana blanca." Respecto a la disposición de bienes, al hacer el testamento con arreglo a la ley venezolana, había que contemplar que si nuestros padres vivían, se les tenía que dejar a ellos la llamada "legítima", pero con respecto a los bienes de libre disposición, o sea todo lo demás, se los legaba a dos miembros del Opus Dei, cuyos nombres se dejaron en blanco. Cuando la sección de mujeres tuvo la correspondiente "sociedad auxiliar", de la que hablaré a continuación, nos dijo el consiliario que teníamos que volver a hacer testamento y dejar todos los bienes, menos la legítima, claro, a esta sociedad auxiliar llamada ASAC. A todos los miembros nos dijeron que teníamos libertad para dejar nuestros bienes a quien quisiéramos, pero que lógicamente era absurdo que se los dejase a otra persona que no fuera la Obra, y el ejemplo era: si una mujer está casada le deja sus bienes a su marido y a sus hijos, no al marido y a los hijos de la vecina de enfrente.

Aparte de que el ejemplo no es correcto, "por vecina de enfrente" se

consideraba a nuestros hermanos o a cualquier persona de nuestra familia que pudiera verdaderamente necesitar lo que era nuestro. Curiosamente hay órdenes y congregaciones donde el testamento hay que hacerlo a favor de cualquier persona, excepto la orden o congregación a la que pertenecen.

Monseñor Escrivá siempre contaba como ejemplo de una persona con "mal espíritu", el de una sirvienta que tenía un burro en su pueblo y dejó en su testamento que fuera para algún pariente de ella. Nunca supimos quién era la sirvienta, ni qué hubiera hecho el Opus Dei con el burro.

De estos testamentos se manda copia a Roma y el original se deja en el lugar "seguro", como dije al empezar.

Cuando un miembro del Opus Dei dimite o "es dimitido" no le entregan el testamento que hizo.

Y no es sorprendente que uno de los primeros pasos que dimos al salir todos los que dejamos el Opus Dei fuera hacer nuevo testamento.

Estudios internos: actas y certificados

Es totalmente cierto y así puedo asegurarlo que, de documentos como las actas de los exámenes de cada asignatura que estaba comprendida en el "pensum" oficial de los estudios internos del Opus Dei de Filosofía y Teología, se mandaba el original a Roma, a la Asesoría Central. La copia se guardaba en el lugar "seguro" y, a veces también, en el archivo. En estas actas de examen constaba por supuesto el título de la asignatura, así como los nombres de cada una de las numerarias que habían tomado ese examen, seguido, a continuación y en la columna correspondiente, de la calificación obtenida, que iba de 1 a 20. Al final de la página firmaba, en primer lugar, el profesor de la asignatura, y luego la directora regional de Estudios, el consiliario regional, el sacerdote secretario regional y la directora de la región. Al final, se estampaba el sello del Opus Dei.

Todas sabíamos por el "Catecismo" del Opus Dei que estos estudios internos eran válidos para el Opus Dei y podían tener validez pública,

porque, si uno de los varones de la Obra iba a Roma para hacer su doctorado en una universidad pontificia, sólo necesitaba un máximo de dos años más para adquirir ese doctorado, ya que estos estudios internos les eran reconocidos en cierta manera por aquellas universidades pontificias. Pero al mismo tiempo nos habían advertido que no eran estudios que reconociera una universidad del Estado, por ejemplo.

En Venezuela comentamos el caso extraordinario -fundacional- de que, siendo yo también una de las alumnas de estas clases, y por tanto, calificada como cualquier otra numeraria, tenía yo, al ser también la directora regional, que estampar mi firma al pie del acta de examen. Y, como digo, los originales de estas actas se enviaban a Roma y nosotras guardábamos en el archivo una copia, igualmente estampada y firmada.

En verdad nunca he llegado a comprender por qué el Opus Dei es tan reacio a declarar abiertamente que sus miembros han hecho esos estudios y por qué, a fin de negarlo, llega a mentir.

Incluso tampoco declaran ni emiten certificados a los miembros del Opus Dei que, habiendo sido profesores de sus centros de estudios internos regionales o interregionales, dimitieron.

Esto, en mi opinión, es una gran injusticia hacia esas personas que honradamente dedicaron su tiempo a impartir una enseñanza con arreglo a los programas de estudios del Opus Dei. Y una falta de ética profesional por parte del Opus Dei. ¿Cómo podría justificarse tal modo de proceder si el hecho viniera de un centro de enseñanza que no se atribuye ningún carisma de "santidad en el trabajo"?

Conviene recordar esto especialmente en la última parte de este libro, cuando hablo de lo que el Opus Dei públicamente dijo y escribió sobre mis estudios.

Bastantes meses después de llegar yo a Venezuela, el doctor Moles vino a nuestra casa un día después de almorzar y me anunció que le acababan de destinar a Roma para hacer el doctorado de Teología. Yo no me lo podía ni

creer. ¡Irse a Roma ahora que las vocaciones estaban llegando y que había tanto por hacer! Por razones de discreción hacia el doctor Moles, a quien siempre respeté y quise mucho, prefiero no detallar la conversación que tuvimos. Pero el punto importante de la misma era que él se iba y que en su lugar se quedaba don Roberto Salvat Romero, recién ordenado. Yo no podía dar crédito a lo que oía.

Y, efectivamente, el doctor Moles, con todo el dolor de nuestro corazón, se fue de Venezuela y don Roberto Salvat Romero se quedó de consiliario. En la primera reunión de Asesoría que tuvimos con él, nos dijo antes de nada que "ahora todo va a ser distinto y todo va a cambiar".

Con semejante preámbulo empezó la sesión.

Una vez más en mi vida acepté lo indicado por los superiores, pero bien es cierto que la actuación de don Roberto fue el origen de un cambio profundo en mi vida interior. Vi lo poco que nos quería a las mujeres del Opus Dei y lo mucho que nos despreciaba y esto me hizo acercarme mucho más a Dios como único sostén, hasta para las labores de gobierno, y querer mas a todas las asociadas a mi cargo. No es que él nos dijera directamente que no nos quería, pero era ese dejarnos ver que no teníamos cerebro, que éramos tontas. Y empezó a dar órdenes, claro.

Era un fuguilla: nervioso, comiéndose las uñas, tenso. No respiraba paz, seguridad, ni calma.

No ayudaba a solucionar problemas, sino que se enfadaba rápidamente. Era de Madrid, abogado sin haber ejercido la carrera profesionalmente en serio, estuvo en Roma, fue a Venezuela de seglar, se ordenó y regresó de sacerdote a Venezuela para reemplazar al doctor Moles.

Recuerdo, por ejemplo, la primera vez que le pedimos las Constituciones del Opus Dei. En lugar de facilitar el libro que la Asesoría tenía derecho a leer, según indicaciones de Roma, nos dijo:

–¿Para qué queréis las Constituciones si no sabéis latín?

Yo le aseguré que entre nosotras había varias que sabían muy bien latín, lo que era verdad.

Nos trajo el libro y, naturalmente, le tuve que firmar un recibo diciendo que lo conservaríamos por tres días.

Queríamos las Constituciones para preguntar a Roma el tema de si las numerarias podíamos ir de manga corta, como expliqué al principio.

Las reuniones de Asesoría las preparábamos cuidadosamente. Delante de cada uno estaba la agenda del día, preparada de antemano. En esta ocasión, llevábamos igualmente en borrador la nota para enviar a Roma. Primero nos dijo que "era una tontería" preguntar a Roma lo de las mangas cortas. Que hiciéramos lo que habíamos hecho siempre. Al final y, gracias a don José María Peña que era un bendito, aunque demasiado pasivo, nos dijo que la mandásemos.

Cuando respondieron de Roma que sí podíamos llevar manga corta, lo primero que me dijo fue: "Pero tú no te las pondrás." A mi pregunta de por qué, no supo ni qué responderme.

La primera vocación de oblata, ahora llamadas agregadas, en Venezuela, fue Trina Gordils, que era abogada y excelente profesional, por cierto. Vivía muy cerca de "Casavieja". Yo la traté mucho. Era una persona que me aseguraba que había sido intelectualmente comunista por el amor que el comunismo dice tener a los pobres, pero que cuando leyó cl Evangelio a fondo pensó que Cristo era quien de verdad amaba al pobre. Trina, además de inteligente y de un sentido excelente del humor, era profundamente contemplativa. Traducía a su modo el espíritu de oración y vivía la presencia de Dios con alegría, con sencillez, sin empalagos. Fue oblata varios años y su sentido apostólico de la vida hizo que Berta Elena Sanglade se acercara al Opus Dei. Ahora quisiera hablar de Trina: después de varios años de ser oblata y la primera, como digo, me planteó que quería irse del Opus Dei y entrar en el Carmelo. Había hablado con la reciente fundación del Carmelo y la vida contemplativa la atraía fuertemente. A ella,

el Opus Dei le pesaba. La acción la torturaba. Luché mucho para convencerla de que no se fuera, que siguiera en el Opus Dei, pero llegó un momento en que tuve que comprender que verdaderamente quería irse. Tenía la "oblación" (votos temporales) hecha como oblata y el querer irse al Carmelo antes de la siguiente fiesta de san José hacía que la dispensa de los votos hubiera de solicitarse al Padre (Después de pronunciada la oblación, para que pueda un miembro abandonar el Instituto durante el plazo para el que aquélla se pronunció, necesitará dispensa que sólo el Padre puede conceder, después de oído el consejo propio (Asesoría Central) y la Asesoría Regional. "Constituciones, 1", n° 98, p. 61). Trina no participaba de ese cariño tan extraordinario al Padre que todas decíamos tener. Ella me hizo notar que muchas veces anteponíamos el Padre a Dios y que eso no lo encontraba bien. También me hizo notar, y con su sinceridad habitual nos lo repetía, que más que decir "el Padre dice esto" o "el Padre dice aquello" o "al Padre le gustan las cosas así", deberíamos decir lo mismo, pero cambiando el nombre de "el Padre" por el de Cristo.

Como abogado, Trina era impecable y jurídicamente hizo muchas cosas en el Opus Dei. Una de las cuales, por la que yo siempre le estuve personalmente muy agradecida, fue llevar el asunto de mi ciudadanía venezolana, así como la de Lola de la Rica, con gran eficiencia y rapidez.

Recuerdo que, después de haber salido el decreto de nuestra ciudadanía en el "Boletín Oficial de la Nación" y habérsenos concedido el pasaporte venezolano, nuevecito, Irma, al revisarlo y dárnoslo, nos dijo con su característica gracia y sentido del humor:

"Ahora, pues, señoras mías, ya están ustedes autorizadas para hablar mal del gobierno venezolano." Cualquier cosa de régimen jurídico se le consultaba a ella y fue ella quien preparó y escribió las Constituciones de la primera asociación civil sin fines lucrativos, que se llamó y se sigue llamando Asociación de Arte y Ciencia (ASAC), nombre que, en honor a la verdad, tengo que decir que lo ideé yo. Tanto Irma como Alicia Álamo fueron para mí una gran ayuda técnica en el gobierno regional.

Con Trina, sor Isabel de la Trinidad, era su nombre como carmelita

descalza, seguí mi amistad cuando ella se fue al Carmelo. Conservo, por cierto, una bellísima carta suya de cuando salí yo del Opus Dei. Siempre la visité en el Carmelo cuando iba a Caracas, cosa que no podrá suceder en mi próximo viaje, porque Dios se la llevó hace pocos meses. Siempre me quedó el recuerdo de ella, de su espíritu contemplativo, de su sincera y profunda amistad, de su cariño y de su buen humor. La última vez que la visité y le hice unas fotos, me dijo con gracia, acerca de que se le había quedado un ojo cerrado después de su última enfermedad:

–Hazme el favor, mi hijita, y me tomas una foto en que no se me vea el ojo caído.

Ya en la conversación seria que tuve con ella, me comentaba a propósito del proceso de monseñor Escrivá: "Niña, antes ni se ocupaban de nosotras [refiriéndose a los sacerdotes del Opus Dei]. Pero, desde que se murió el Padre, pululan por aquí [el Carmelo] todos sus curas: el don Roberto [Salvat] y el otro y el otro, para que pidamos por la beatificación de monseñor. Y nos dan estampitas y toda la parafernalia." Y cuando yo le preguntaba: "Trina, ¿tú realmente crees que el Padre era santo?", ella me respondió:

–¡No, niña! ¡Qué va a ser santo ese hombre después de todo lo que te hizo a ti en Roma! Y "el de Arriba" [como Irma siempre llamaba a Nuestro Señor] lo sabe igualito que nosotras. Y si sale, será por un apaño humano o porque el Espíritu Santo se tomó vacaciones.

Cualquier persona que conoció de cerca a Trina Gordils puede darse cuenta de que esta manera de hablar la retrata.

Sociedades auxiliares

El primer paso que da el Opus Dei al llegar a un país es el de establecer legalmente una asociación cultural sin fines de lucro. Son éstas las plataformas desde donde el Opus Dei lanza, como proyecciones suyas, cualquier tipo de apostolado por el que deseen empezar. Ello es también una forma legal de lograr ayuda económica y de evitar cargas impositivas, a

más de tener total libertad de actuación en ese país.

Las personas que están en la junta directiva de estas asociaciones son ordinariamente numerarias indicadas por las superioras, de acuerdo con el consiliario del país y de la Asesoría Central. Una vez constituida la Asociación, queda al arbitrio de las superioras regionales, el que una determinada numeraria dimita de esta junta directiva de la Asociación o, por el contrario, forme parte de la misma.

Por tanto, las asociaciones sin fines de lucro, son instrumentos legales que el Opus Dei usa para su conveniencia. Desde hace ya bastantes años, y en muchos países es un criterio común, el que los hombres y las mujeres del Opus Dei tengan distintas sociedades sin fines de lucro.

En países donde el Opus Dei quiere pasar "desapercibido" al inicio de la labor, por razones de discreción, poder usar el nombre de una sociedad auxiliar es una gran ayuda para cualquier clase de trabajo.

En Estados Unidos, el Opus Dei tiene una sociedad sin fines de lucro en la Costa Este y otra en la Costa Oeste, registrada bajo el nombre de Association for Educational Development (Asociación para el Desarrollo Educacional), cuyo número de registro es el 09730, siendo e número corporativo el D-538 1860. Con fecha 12 de mayo de 1992, el tesorero de la misma el Mr. Mark Bauer, da como domicilio oficial de esta Asociación el n.0 490, Sexta Avenida, Apartamento 221, en San Francisco, California, 94118.

Mr. Bauer declara oficialmente que, del 1 de enero al 31 de diciembre de 1991, hubo una entrada de 985.670 US$, y que todos los bienes de esta asociación, muebles e inmuebles, durante ese mismo año asciende a 525.593 US$. Para curiosidad del lector, incluyo algunas de estas informaciones al final del libro.

Si cara a la galería establece legalmente estas asociaciones sin fines de lucro, internamente el Opus Dei manipula estos instrumentos legales para su propio beneficio y conveniencia. Y me permito hacer aquí algunas

observaciones:

a) En Estados Unidos esta sociedad auxiliar, llamada Association for Educational Development, es común a los hombres y mujeres del Opus Dei, contrario a su propia política en la que indica que "los hombres y las mujeres son como dos obras distintas" (Rocca, Giancarlo, L'Opus Dei.

Appunti e documentiper una storia, p. 224) en palabras del Fundador y de acuerdo a sus Constituciones. Como dato interesante, entre la lista de los donantes aparece Janie Pansini, una mujer del Opus Dei, con domicilio en la casa de la Sección de mujeres del Opus Dei en San Francisco (2589 Chesnut Street) contribuyendo con nada menos que con 18.815 US$. Y me pregunto: ¿cómo puede hacer donativos a una asociación sin fines de lucro una persona que vive una pobreza total? En el Opus Dei, debido al voto de pobreza, las numerarias no pueden hacer regalos de clase alguna a nadie, sean o no miembros del mismo Opus Dei. Son bien conocidas las palabras del Fundador del Opus Dei: "Nuestro apostolado es el apostolado de "no dar". A menos que en este caso concreto esta asociada haya trabajado en esa asociación y en vez de estar registrado como tal, aparezca, cara a los Estados Unidos como un donativo, lo que no deja de ser poco claro.

b) En la lista de donantes a la Association for Educational Development la Woodlawn Foundation (del Opus Dei en Chicago), la Clover Foundation (relacionada con el Opus Dei) y la Association for Cultural Interchange (igualmente relacionada con el Opus Dei). Todo esto significa una transferencia de fondos entre las mismas asociaciones sin fines de lucro del Opus Dei.

c) En la lista de directores de esta misma asociación siguen apareciendo los nombres de Diana Jackson y Kathryn Kelly, ambas numerarias del Opus Dei, domiciliadas en 2589 Chesnut Street, en San Francisco, Kathryn Kelly, tal como en las declaraciones anteriores al Internal Revenue Service, aparece recibiendo "0" compensación económica, en cambio Diana Jackson aparece recibiendo 9.240 US$ anuales por cinco horas semanales de trabajo, lo que significa que recibe 38,50 US$ por hora, cantidad que no es corriente en este país ni en California y mucho menos en este tipo de

asociaciones.

d) Aparece igualmente en la lista de directores John G. Layter, quien en papel timbrado del Departamento de Física de la Universidad de California, Riverside, y bajo la designación de "Profesor Adjunto", tuvo la audacia de escribir al editor del International Herald Tribune en París el 22 de mayo de 1992, asegurándole que yo nunca había sido secretaria de monseñor Escrivá. Al conocer este hecho, le llamé personalmente por teléfono y le pregunté si él me conocía personalmente, a lo que obviamente me respondió que no. Y me dijo que la razón que le dieron en el Opus Dei de que yo nunca había sido secretaria de monseñor Escrivá era porque "ello hubiera implicado que monseñor Escrivá hubiera estado a solas en una habitación con una mujer, cosa que nunca sucedió". Tuve que decirle que en más de una ocasión cuando monseñor Escrivá nos pidió a María Luisa Moreno de Vega o a mí que fuéramos a buscar alguna cosa que necesitábamos para seguir trabajando, cualquiera de nosotras dos nos habíamos quedado a solas con él unos minutos. Le dije también al Dr. Layter que en los Estados Unidos no se usa el papel timbrado de una Universidad estatal para hablar de asuntos religiosos y mucho menos para mentir sobre un funcionario de dicha universidad, en este caso una mujer.

e) Aunque es totalmente legal en los Estados Unidos la libertad de cambio de moneda y las operaciones financieras con instituciones y bancos extranjeros, nos encontramos aquí con una actuación típica del Opus Dei o, mejor dicho, de una de sus sociedades auxiliares: estando legalmente establecida esta sociedad en Estados Unidos y en California, ejecuta sus operaciones bancarias, tanto de préstamos como de hipotecas en Suiza con el Limmat-Stiftung Patronat Rhein en Zúrich, que tiene una estrecha relación con el Opus Dei en ese país. Buena prueba de ello es que un préstamo de 131.358 US$ "unsecured" tiene un interés de 1%. Con el Crédito Andorra, totalmente relacionado con el Opus Dei tiene igualmente otro préstamo "unsecured".

Aparecen otros préstamos a nombre de tres personas, siendo una de ellas la madre (fallecida) del Dr. Layter, de quien él es el único heredero. Otro, por un monto de 75.000 US$ está a nombre de Federico Vallet y otro de 45.000

US$ a nombre de Elisa Herrera.

En Venezuela, el 7 de septiembre de 1961, con la aprobación de los superiores en Roma y de acuerdo a la ley venezolana, empecé, como dije, con un grupo de numerarias del Opus Dei una asociación civil sin fines de lucro, que llevaba por nombre ASAC (Asociación de Arte y Ciencia) de cuya constitución tengo una copia legalizada en mis archivos.

Por una coincidencia curiosa recibí fotocopias de las páginas 4 y 5 del libro de actas de ASAC, donde, con fecha 19 de noviembre de 1962, se habla de la apertura de una residencia de estudiantes universitarias, "Dairén", en la avenida principal de El Bosque en Caracas, cosa cierta:

yo asistí a esa reunión de ASAC. Con fecha 1 de marzo de 1963, hay otra acta de ASAC donde se aprueba igualmente la apertura de otra residencia de estudiantes universitarias, "Albariza", en Maracaibo. Yo también asistí a esa reunión.

Junto a las fotocopias anteriores, recibí también otras dos hojas del mismo libro de actas de esta asociación -libro que ordinariamente se guardaba en el archivo de la Asesoría Regional-, las páginas 14 y 1512, que reflejan una información falsa: la presidenta de ASAC, Eva Josefina Uzcátegui, dice que yo había pedido dimitir de ASAC, así como también Ana María Gibert; ambas éramos miembros activos de dicha asociación. Dice esta acta que todas las presentes votaron y que unánimemente se aceptaron estas dimisiones. Esta afirmación es falsa.

Generalmente suelo tener buena memoria y más para estos asuntos. En esa fecha yo estaba aún de directora regional en Venezuela, y no recuerdo por nada que Ana María Gibert presentara su dimisión y en absoluto el haber presentado yo la mía verbalmente o por escrito.

Naturalmente, el hecho de que aparezca la firma de estas numerarias tiene validez legal. Pero estoy segura de que ésta es una verdad fabricada, probablemente a petición de los superiores del Opus Dei cuando yo dejé de pertenecer a la Obra.

Después de muchos años de pensar en lo anterior, llegué a la conclusión de que, a fin de hacerme salir de esta asociación sin enviarme a mí una notificación de las razones, fue necesario para el Opus Dei "fabricar" tal petición, marcando una fecha muy anterior a mi salida y cuando aún yo era miembro de la Obra. De esta forma, los superiores del Opus Dei pudieron borrar una huella de mi persona y actividades como numeraria, especialmente en Venezuela.

Tengo que hacer notar la política que el Opus Dei sigue hacia cualquiera de los que abandonan su vocación o "es dimitida": consiste en tratar a ese ser humano como una "no persona" de los regímenes comunistas, lo mismo frente a una institución legal que frente al Vaticano, como lo demuestro en la última parte de mi libro. Quiero hacer recordar igualmente el procedimiento que se seguía en la imprenta de Roma para hacer desaparecer, de las fotografías y artículos de las revistas internas, a aquellas personas que habían dejado de pertenecer al Opus Dei.

Existe otra indicación para las directoras y es que, cuando salgan de su domicilio habitual, bien sea de viaje corto o largo, deben dejar firmadas varias hojas en blanco. Recuerdo que antes de irme a Roma la segunda vez, dejé al menos seis hojas firmadas en blanco.

Uno de los interrogantes que me hago hoy día sobre el Opus Dei, y a la vista de los diferentes sucesos marcados en páginas anteriores, es por qué en el Opus Dei existe ese temor de que, si una carta se extravía, alguien pueda enterarse de su contenido, ese afán de una discreción rayana en lo misterioso o en el misterio: como el de las claves al enviar los informes que señalé anteriormente. Diría que existe como un miedo o temor latente a "ser descubiertos", y no me cabe en la cabeza que una institución que se califica de "transparente" tenga esos miedos o recelos. ¿A qué tanta discreción y misterio? No me imagino, por ejemplo, a una madre que, enterándose de que su hijo se droga y queriendo comunicárselo a otro hijo suyo que viva lejos, se valga de un sistema de fichas con clave, como las que detallaba anteriormente. El dolor de esa madre, si alguien por error abriera su carta, sería motivo de compasión. Y aquí es donde considero que falta cariño en el

Opus Dei: ¿es dolor de las faltas cometidas por sus miembros o es miedo a que los demás lo sepan? Y pasa lo mismo sobre los que dejan de pertenecer a la Obra: el Opus Dei los borra del presente y del pasado. No lo dice. Da órdenes a los que se quedan dentro para que no hablen de quien se fue. Y, por supuesto, que yo sepa, no hay estadística del Opus Dei indicando el número de hombres y mujeres que -por la causa que fueradejaron de pertenecer a la Obra. Sólo hay estadísticas sobre el número global de miembros que según dicen existen, pero nunca indican estas estadísticas cuántos miembros son numerarios, cuántos sacerdotes, cuántos supernumerarios y cuántos son los cooperadores, aunque jurídicamente no sean miembros de la Prelatura. Y, de ellos, cuántos son hombres y cuántos son mujeres.

El 6 de diciembre de 1969, cuando yo ya no era miembro del Opus Dei, los superiores modificaron los estatutos de ASAC, que son prácticamente copia calcada de los primeros que hizo Trina Gordils, en donde constan como cabeza visible dos supernumerarias y una oblata, y, como miembro del comité ejecutivo, las mismas personas de antes.

El Opus Dei sigue haciendo constar hasta el día de hoy en Venezuela, en todos sus folletos de propaganda, las labores que realizan como una proyección de esta Asociación de Arte y Ciencia.

Cotos de caza

"Juniors. Clubs, centro de actividades

Quisiera ser transparente en estas líneas al mostrar los lugares donde el Opus Dei recluta a la gente joven y cómo lo hace.

Los lugares son: colegios, clubs de toda especie, centros de actividades extraescolares y residencias universitarias.

En sí mismos, estos centros y sus labores son buenos, pero su intrínseca intención, por encima de cualquiera de las metas que los definen, es reclutar gente para las filas del Opus Dei, sea ello gente joven, adultos, sirvientas,

trabajadores, sacerdotes diocesanos, etc., de acuerdo en cada caso con el lugar específico.

En su forma de reclutar gente joven, el sistema del Opus Dei es muy parecido o casi idéntico al de más de una secta; y dentro de la Iglesia Católica el Opus Dei puede servir de ejemplo de secta católica, por así decirlo.

Hace unos treinta años monseñor Escrivá nos explicaba a las numerarias que estábamos en la Asesoría Central en Roma que, a semejanza de las instituciones religiosas que tenían las llamadas Escuelas Apostólicas, de donde les llegaban un buen número de vocaciones, nosotras, en el Opus Dei, deberíamos empezar un apostolado semejante, pero sin llamarlo "escuelas apostólicas" (estaba claro que nunca en el Opus Dei podía usarse un lenguaje religioso, porque éramos seglares), con chicas jóvenes, muy jóvenes, "aspirantes", dijo textualmente monseñor Escrivá. Estaba convencido de que, de este tratar a muchachitas muy jóvenes, saldrían muchas vocaciones para el Opus Dei, especialmente de numerarias.

Por este motivo, en Venezuela, y copiando el término "juniors" usado en Estados Unidos, empezamos a trabajar con muchachitas jóvenes. En esta categoría estaban incluidas las estudiantes de colegios, niñas que oscilaban entre los 12 y 14 años de edad. El término "juniors" fue aceptado por los superiores del Opus Dei en Roma y su uso se extendió a otras muchas casas de la Obra, en diferentes países, para marcar este apostolado específico con gente jovencita. Actualmente, sin embargo, si una de estas muchachas quisiera entrar al Opus Dei, no se le permitiría hacerlo en la categoría de "aspirantes" hasta que no alcanzase los catorce años y medio.

Un ejemplo concreto de cómo monseñor Escrivá auspiciaba la idea de hacer proselitismo con niñas de esta edad, es el de Alida Franceschi, que con sus catorce años era "aspirante". Esta criatura era hija de una supernumeraria y sobrina de una numeraria médico del mismo nombre.

Durante la última visita de monseñor Escrivá a Venezuela, y meses antes de que ella cumpliera sus catorce años y medio, la invitaron las superioras del

país a que participase en una tertulia con el Padre, oficialmente destinada con exclusividad a numerarias.

Las superioras estaban convencidas de que, si esta muchacha conocía a monseñor Escrivá, eso sería el empujón definitivo para que fuera numeraria. Y de hecho sucedió así: esta muchacha fue numeraria desde muy temprana edad.

Estas jóvenes reciben un adoctrinamiento suave, lento y sutil. Se las invita a ir a una casa dcl Opus Dei, bien con un grupo de compañeras de colegio o solas, especialmente los sábados, cuando en la mayoría de los colegios no hay clases. Se las integra también en los clubs, clubs de todas clases, cuya propaganda no dice a menudo que las actividades pertenecen al Opus Dei. Lo más que indican es que la dirección espiritual está a cargo del Opus Dei o de los sacerdotes del Opus Dei. Las actividades de estos clubs, de acuerdo con las diferentes edades, incluyen excursiones, fines de semana, retiros espirituales, tertulias, clases de cocina, de arte, de decoración, de idiomas, incluso de ordenadores, en algunos países. Es decir: de cualquier cosa que pueda interesar a muchachitas de esas edades.

Es un sistema bien planificado el que se lleva con estas jóvenes para orientarlas, durante esta edad, hacia la vocación de numeraria del Opus Dei. A los 14 años, como digo, una muchacha puede pedir ser admitida en el Opus Dei como "aspirante" sin que lo sepan sus padres. En ese momento, la petición debe ser hecha por escrito en una carta dirigida al vicario regional (consiliario).

La jovencita ha de entregar su carta a la numeraria que la suele atender o a la directora de aquella casa o centro a donde suele ir.

En vida de monseñor Escrivá, esta carta se le dirigía a él. Aunque esta petición no implica un compromiso legal, y la candidata es libre de abandonar esta idea cuando le plazca, no puede evitarse que la numeraria que la atiende, o la directora de la casa o centro, la "bombardeen" para evitar que se vaya.

Por otra parte, si esta muchacha, al cumplir sus 16 años persevera en la idea de querer ser numeraría del Opus Dei, ha de escribir entonces otra carta, esta vez dirigida al prelado (Padre).

También puede suceder que le digan que no es necesario que escriba una nueva carta, sino que renueve la que escribió a sus 14 años. Sucede que, en términos legales de incorporación, muchas veces en el Opus Dei lo que cuentan es el tiempo a partir de la primera carta que escribió pidiendo ser "aspirante".

En el mundo anglosajón, la forma de hacer proselitismo con chicas jovencitas ocasionó una grave controversia y crítica, hasta el punto de que S.E. el cardenal Basil Hume de Inglaterra, tuvo que escribir una nota que es uno de los documentos más serios que un prelado haya publicado como recomendaciones a seguir en su propia diócesis. Y fue un gesto amable el de S.E. mandarme copia de ella en el momento de su publicación.

¿Y quiénes son las candidatas a ser numerarias del Opus Dei? puede uno preguntarse.

¿Quiénes son las mujeres que reúnen estas condiciones?

La respuesta es: muchachas alegres, felices, de familias conocidas y bien consideradas, no necesariamente ricas, pero sí socialmente bien situadas, personas sin problemas. Gente más bien idealista, generosa, capaz de renunciar a las cosas en aras de un bien superior. Gente sana, responsable y, de ser posible, abierta, extrovertida. Pero si estas personas combinan todo esto con una situación financiera familiar buena, tanto mejor. El Opus Dei considera que a través de personas con relieve social, puede llegarse a muchas partes y a mucha gente. A veces utilizan el ejemplo de la máquina de tren: si uno agarra la máquina, ha cogido al tren entero; pero si solamente agarra un vagón, no tiene gran cosa.

A las personas con poca salud o con defectos físicos, se las encauza para que sean agregadas, no numerarias. Tampoco pueden ser consideradas para numerarias, según las Constituciones del Opus Dei, aquellas personas que

han pertenecido a un Instituto Secular (Constituciones-1950, op. cit., n.0 36, párrafo 3-, p. 37; y Constituciones-1982, op. cit, n.0 20, párrafo 5-2, p. 39). Puede pensarse en ellas como agregadas o supernumerarias, según los casos. Éstas son las reglas del juego que las numerarias encargadas de la labor de san Rafael, de que hablé al principio, deben tener presente.

Aunque no está expresamente dicho, existe también en la práctica, como criterio de selección, el de que a una muchacha muy fea no se la tome muy en cuenta para ser numeraria.

Como esbocé al principio del libro, existe una "instrucción de san Rafael" escrita por monseñor Escrivá, documento "ad usum nostrorum" (para uso de los miembros solamente) que imprimimos en la imprenta de Roma cuando yo estaba allá, y esto dio lugar a que hablara con frecuencia con monseñor Escrivá.

Colegios del Opus Dei

"Nosotros nunca tendremos colegios", dijo y repitió monseñor Escrivá durante muchos años. Es más: marcó que "una de las mayores diferencias que tiene el Opus Dei con los religiosos es que nosotros nunca tendremos colegios".

Sin embargo, en 1951, el Opus Dei tuvo el primer colegio en Las Arenas: "Gaztelueta", del que hablé anteriormente. Dedicado a niños. Monseñor Escrivá nos dijo que "Gaztelueta" es la única excepción que tendremos".

Hay que tener en cuenta que los niños son como una masa blanda y el Opus Dei los va moldeando de acuerdo a su sistema. Es el jardín de infancia donde estos niños empiezan a subir, escalón a escalón, hasta llegar a la universidad.

Insisto en que mis observaciones se refieren a la sección de mujeres del Opus Dei y quiero dejar muy en claro este punto: desde que una niña es aceptada como alumna en un colegio del Opus Dei, siempre, y a diferentes niveles de su educación, el Opus Dei seguirá sus pasos, independientemente

del país donde habite o a donde se traslade. Su nombre quedará siempre en los archivos del Opus Dei como posible "presa" en la categoría para la cual se la considere apropiada. E incluso en el caso de que nunca llegase a pertenecer al Opus Dei, los miembros de la Obra siempre tratarán de que los ayude de algún modo: bien como cooperadora o bien con dinero, limosnas o recomendaciones de una clase u otra. Algo, siempre existirá algo, que puedan pedirle a aquella "antigua alumna".

Por tanto, los colegios del Opus Dei son el trampolín para un reclutamiento futuro. Oficialmente está prohibido en estos colegios hacer proselitismo. Lo que no está prohibido es crear un ambiente que auspicie vocaciones. Así el Opus Dei puede decir abiertamente que en sus colegios no se hace proselitismo con las niñas. Y es verdad, según ellos, porque las preceptoras no hablan de vocación "directamente" a las alumnas a su cargo. Pero basados en que sus colegios son católicos, acentúan en las alumnas la necesidad de tener un director espiritual. El capellán de los colegios del Opus Dei es siempre un sacerdote de la Obra. Esto por una parte.

Por otra, a las alumnas se les recomienda mucho que asistan y participen de una forma u otra en los llamados Centros de Actividades Extraescolares, dirigidos también por el Opus Dei.

Una alumna que ya sea "aspirante" del Opus Dei actúa en los Centros de Actividades Extraescolares, como cebo para reclutar a sus compañeras, provengan o no de un colegio del Opus Dei; y éstas, una vez convertidas en "aspirantes", atraen a otras, en los medios en que actúan. Los colegios de niñas del Opus Dei funcionan en el marco de las Asociaciones Culturales, explicadas anteriormente. A grandes rasgos pueden ser agrupados en:

A) "Colegios dirigidos solamente por miembros del Opus Dei" como obra corporativa.

B) "Colegios controlados por el Opus Dei": oficialmente no son "colegios del Opus Dei", pero de hecho están dirigidos por personas que pueden ser o no miembros de la Obra. Es lo que llaman una "obra común". La dirección espiritual está a cargo del Opus Dei. En el número de Tiempo del 11 de

abril de 1988, Luis Reyes publicó un artículo sobre los colegios que el Opus Dei controa en España. Como regla general estos colegios no son mixtos. Solamente durante el jardín de infancia los niños y niñas pueden estar juntos.

Pongo como ejemplo el de niñas de "Los Campitos", que está en Venezuela, en una zona residencial de Caracas. La junta directiva de este colegio está formada ordinariamente por cinco miembros que tienen la responsabilidad de cumplimentar las directrices dadas por el Ministerio de Educación en Venezuela. Los miembros de la junta directiva son asociadas numerarias del Opus Dei y, excepcionalmente, puede haber en ella alguna agregada o supernumeraria. La espiritualidad del colegio responde al sistema y la doctrina de la prelatura del Opus Dei.

Algunas de las profesoras son numerarias y otras están contratadas por la junta directiva, pero no son de la Obra. La capacidad máxima de las clases es ordinariamente de 30 alumnas.

"Los Campitos" está bien equipado, tanto en sus laboratorios como en lo que respecta a los deportes. Hay también una clase para ballet, cuya profesora fue por largo tiempo Pascuita Basalo (prima de las muchachas Vegas que mencioné al hablar de las primeras vocaciones en Caracas). Sin embargo la enseñanza artística no es sólida, especialmente en arte dramático (teatro).

La biblioteca de "Los Campitos" es muy incompleta y las lecturas están controladas por los directores del Opus Dei, especialmente aquellas relacionadas con humanidades. Y esto es también común en los otros centros docentes de la Obra, donde, por ejemplo en la Universidad de Navarra en Pamplona, a los libros que según el criterio de las autoridades espirituales del Opus Dei son considerados "peligrosos" se los saca de la biblioteca de la universidad y se los guarda en "El Infierno", como los alumnos llamaron al almacén del sótano de dicho centro docente.

En "Los Campitos" las labores de tipo administrativo, como contabilidad, etc., están a cargo de un grupo de empleados que pueden ser o no del Opus

Dei. De hecho, la limpieza del colegio está asignada a personas que no tienen nada que ver con la Obra, y lo mismo sucede con la cafetería.

La piedra angular de los colegios del Opus Dei son las "preceptoras". Todas ellas son numerarias cuya misión es servir de puente con la familia de las alumnas. Dispone cada "preceptora" de una pequeña oficina donde las alumnas que le han sido asignadas pueden entrar a hablar con ella siempre que quieran y consultarle cualquier cosa del tipo que sea: desde lo divino, o cualquier problema docente que se les presente. Mensualmente habla la "preceptora" con los padres o representantes de las alumnas que tiene asignadas y conversa con ellos sobre el comportamiento de las niñas y el aprovechamiento de las clases.

La "preceptora" tiene, como numeraria, una gran autoridad sobre la alumna a quien guía y aconseja, y ésta cree en ella y la obedece ciegamente, puesto que la ve como a su mejor amiga dentro del colegio. Precisamente esta ciega confianza hace que la "preceptora" tenga la máxima influencia sobre la alumna para tocar toda clase de temas, tanto docentes como familiares o espirituales. El apostolado es un tema que suelen discutir las alumnas con las "preceptoras", y es más, de acuerdo con ellas, la alumna acude a participar en tertulias, clubs, días de retiro espiritual, etc., organizados por los Centros de Actividades Extraescolares, que dirige el Opus Dei. Ni qué decir tiene que antes de que una alumna de "Los Campitos" llegue por primera vez a uno de estos centros, también del Opus Dei, la directora ha recibido una ficha de la "preceptora" correspondiente, con pelos y señales "de conciencia" relativos a la alumna, incluyendo la indicación de si puede o no ser una futura numeraria.

La "preceptora" también aconseja a la alumna participar en apostolados directos; el más popular de ellos es visitar los pueblos del interior, ayudando a familias humildes a base de enseñarles el catecismo de la doctrina cristiana, o bien a leer y a escribir. Las alumnas no hacían a estas familias regalos de clase alguna. Y si por ejemplo llevaba a esos pueblos ropa o algo similar, la vendían a precios bajísimos. Con el dinero recibido, las alumnas solían comprar catecismos de la doctrina cristiana que distribuían más tarde gratis entre estas mismas familias de aquel pueblito.

Éste es uno de los apostolados que la "preceptora" suele aconsejar a las alumnas para llevar a cabo principalmente durante las vacaciones, bajo cuyo pretexto continúa el trato entre "preceptora" y alumna también durante este período.

Residencias universitarias: origen y metas

Sería poco menos que imposible hablar de las residencias del Opus Dei sin explicar primero el móvil que impulsó a monseñor Escrivá a empezar todos los apostolados "intelectuales".

Monseñor Escrivá quería ser el caudillo del cambio de la España liberal intelectual, quería demostrar que un "intelectual" podía ser también un hombre de Dios. Quería un grupo de intelectuales con una vida de entrega completa a Cristo. E incluso más: quería que estos "nuevos" intelectuales llevasen esta imagen de Cristo a la cúspide de todas las actividades humanas.

a) Institución Libre de Enseñanza

El ideal de monseñor Escrivá era tan bueno como ambicioso, pero había un problema en sus orígenes mismos: él quería ser el líder de este grupo, y el único líder. Es lo mismo que sucede en una secta cualquiera, que el líder, el fundador del grupo, considera que él es la única persona capaz de comunicar al mundo entero "el mensaje recibido de las Alturas". Por ello, la idea de empezar la labor con una residencia era crucial para él: tenía que convertir a los jóvenes intelectuales en discípulos de Cristo, formar un grupo bajo su dirección para hacer un mundo mejor. Dijo e hizo creer a la mayoría de los primeros miembros del Opus Dei que todas las cosas que él quería empezar eran por "inspiración divina". A unos cuantos miembros solamente, les expresó su deseo más íntimo: el de realizar una cruzada (sin llamarla así) contra la Institución Libre de Enseñanza (Vicente Cacho Viu, La Institución Libre de Enseñanza, Madrid (Ediciones Rialp), 1962) que, como es bien sabido, en 1876 fundó Francisco Giner de los Ríos, constante defensor de la idea de libertad en la cultura y en las humanidades que nunca

invocó la libertad por una razón política o sectaria (Francisco Giner de los Ríos, La verdadera descentralización de la Enseñanza). Curiosamente, la "cruzada" que monseñor Escrivá se propuso para neutralizar la Institución Libre de Enseñanza no fue otra cosa que imitar cada uno de los proyectos de esta institución. Entre ellos las labores de la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y, concretamente, una proyección de la junta: la residencia de Pinar.

Esta residencia estuvo regida por una Fundación, cuyo presidente era don Ramón Menéndez Pidal y uno de sus miembros don José Ortega y Gasset. Residencia de sobra conocida en España porque albergaba no solamente estudiantes de las distintas facultades de la Universidad de Madrid sino también intelectuales españoles, poetas, científicos, filósofos, muchos de ellos de renombre universal, como don Miguel de Unamuno, Federico García Lorca, Federico de Onis, Negrín, Calandre, etc. También en la residencia de Pinar se hospedaban intelectuales de otros paises, como Albert Einstein, Wells, Henri Bergson, Paul Valéry, Marie Curie, Paul Claudel, Charles Edouard Jeanneret (Le Corbusier), Darius Milhaud, Maurice Ravel, etc.

Por su ambiente multicultural la residencia de Pinar era un lugar de encuentro para discusiones y tertulias de estos intelectuales y artistas.

No cabe duda de que el padre Escrivá quería tener residencias de ese estilo, pero es imposible comparar la "cruzada religiosa" y las metas de monseñor Escrivá con los objetivos intelectuales de un Menéndez Pidal o de un Ortega y Gasset. El fallo, y en cierta forma fracaso de las residencias del Opus Dei, es que nunca albergaron a gente de tamaña estatura intelectual, muy posiblemente porque monseñor Escrivá no era un intelectual de tal calibre, y así lo demuestran sus libros.

b) Junta de Ampliación de Estudios. Consejo Superior de Investigaciones Científicas

La Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas tenía entre otras proyecciones el Museo Pedagógico y la Casa del Niño en

Madrid, y el Colegio de España en París, en la Ciudad Universitaria.

Esta junta fue abolida al terminar la guerra civil española por el gobierno del general Franco; y bajo su ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, se fundó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El hecho fue un verdadero golpe de suerte para monseñor Escrivá, quien pudo poner inmediatamente al Opus Dei bajo el ala de esta recién nacida institución, dado que José María Albareda, uno de los primeros numerarios, era amigo íntimo de Ibáñez Martín y fue nombrado secretario general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La operación fue extraordinariamente discreta: Albareda y Escrivá pudieron situar a sus primeros intelectuales jóvenes en puestos claves en el recién nacido Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Y empezar el apostolado intelectual a través de esta institución reciente. Aquí llegan los nombres de Rafael de Balbín, como director de "Arbor", la revista general del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de Raimundo Panikkar, como vicedirector de esta misma revista. Curiosamente Panikkar recuerda bien la reunión que tuvieron en el Opus Dei y cómo él pensó en el nombre de "Arbor" para la revista general del Consejo, simbolizando las muchas ramas de dicho organismo y cuyo sello de árbol de la sabiduría se convirtió en el sello oficial -que aún hoy conserva- como símbolo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Rafael Calvo Serer, Florentino Pérez Embid, Alvira, etc., todos ellos de los primeros numerarios del Opus Dei, fueron los "hombres importantes" de la nueva era intelectual de España. Como arquitectos de los nuevos edificios fueron asignados Miguel Fisac y Ricardo Vallespín, ambos numerarios, también de la primera fila del Opus Dei.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas fue el instrumento más importante que manejó monseñor Escrivá a través de sus miembros y que muy posiblemente aún maneje la Obra, siendo uno de los hechos más recientes el de que la Iglesia del Espíritu Santo, que pertenecía al Consejo, pertenece ahora al Opus Dei como una de sus iglesias públicas. Becas al extranjero, especialmente para el Colegio de España, así como recomendaciones a personas que se presentaban a cátedras dentro de la universidad española, recibían en muchos casos el auspicio de alguien del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Ahora comprenderá el lector mi sorpresa de primera hora que explico al inicio de este libro, cuando empecé a trabajar en dicho Consejo Superior de Investigaciones Científicas y supe de la proliferación de los miembros del Opus Dei en él.

Basado en la idea obsesiva de marcar la secularidad del Opus Dei, las residencias o labores corporativas de la Obra no llevan jamás como nombre el de santo alguno. El nombre lo suele dar la calle, o el barrio donde está ubicada esa residencia. "Zurbarán" fue la primera residencia de mujeres del Opus Dei y el nombre venía de estar ubicada en la calle de Zurbarán, 26, en Madrid. Ahora, aunque su ubicación ha cambiado y está en Víctor de la Serna, 13, ha continuado con el mismo nombre.

Las residencias de estudiantes son los lugares donde mayor proselitismo hacen las mujeres del Opus Dei entre las muchachas universitarias de 18 a 24 años de edad. Al principio de comenzar con esta labor, las residencias eran de una capacidad no mayor de treinta estudiantes y se acomodaban a esta necesidad edificios ya existentes. Actualmente el Opus Dei construye las residencias de planta, tanto para hombres como para mujeres. Se procura que los arquitectos sean del Opus Dei. Hace cuestión de un año murió una numeraria venezolana en un accidente que tuvo durante la construcción de una casa nueva, que han terminado hace poco en Caracas, y donde se instalará la Asesoría Regional del país. Los arquitectos están obligados a seguir las indicaciones que Roma ha enviado en los folletos llamados "Construcciones", algunos de los cuales se hicieron cuando yo estaba allá de directora de la imprenta.

¿Cómo es la vida en las residencias para mujeres estudiantes? ¿ Cómo recluta el Opus Dei a las universitarias? Las residencias universitarias del Opus Dei para mujeres tienen un gran paralelismo en todos los países. En ellas viven muchachas de diversas facultades de las diferentes universidades que pueda haber en aquella ciudad.

Las directoras de las residencias son siempre numerarias que tienen prestigio intelectual o profesional frente a las estudiantes. Unas veces

poseen ya su título universitario y otras están en la última etapa para lograrlo. La directora de la residencia con otras dos numerarias forman el llamado "consejo local", que se encarga de dirigir todas las actividades y vida de la residencia como tal, de acuerdo con el sistema del Opus Dei indicado para esta labor.

Hay también otro grupo de numerarias que se ocupan de la administración de la residencia, con la responsabilidad de tener en perfecto orden todo lo material en esta casa: desde la limpieza hasta la preparación de las comidas y la contabilidad. Esta administración es independiente de la residencia en sí misma, excepto, naturalmente, en cuanto a cumplir las órdenes que le indica la dirección de la residencia. Dichas numerarias tienen su vivienda totalmente separada de la casa administrada, aunque ordinariamente está en el mismo edificio. En la administración suele también vivir un determinado número de sirvientas que pueden ser o no del Opus Dei.

No está permitida la entrada de nadie de la residencia en la administración, así como tampoco las numerarias que viven en esta administración participan en la vida de la residencia o conviven con las residentes. El régimen es igual al que se lleva en las casas de varones. La comunicación se tiene igualmente por el telefonillo interno, a través del cual no existe otro tema que los relacionados con la marcha de la casa.

Las residentes tienen que cumplir el horario estipulado para horas de comida y para guardar silencio por la noche. De esta forma se mantiene un clima de orden, silencio y estudio que repercute en beneficio de las residentes.

La hora de las comidas es importante en una residencia de éstas. Durante la comida, la conducta es, generalmente, correcta. Anteriormente era fácil guardar un clima familiar e íntimo durante las comidas. Actualmente, con un número de residentes bastante mayor, especialmente en las residencias construidas de planta, es difícil conservar un clima familiar cálido. Y, por añadidura, el autoservicio que se ha establecido ya en bastantes residencias del Opus Dei, no ayuda en verdad. Cuando no hay autoservicio, las residencias necesitan un comedor bastante mayor, ordinariamente con

mesas para cuatro o para ocho comensales. Las sirvientas, de uniforme, sirven las mesas; y no se permite conversación alguna entre las residentes y las doncellas.

El consejo local trata de cuidar o vigilar a las residentes durante las comidas y no las suele dejar nunca en el comedor sin la vigilancia de alguna numeraria, bien sea por las asociadas que pertenecen al consejo local o por aquellas otras numerarias "no identificadas" frente a las mismas residentes, o sea numerarias que vienen a vivir a la residencia, generalmente por razones familiares, y que se mezclan y pasan inadvertidas entre las residentes, sirviendo de "informantes" al consejo local.

Los dormitorios suelen ser individuales o para tres personas, pero nunca de dos, a fin de evitar la más remota posibilidad de lesbianismo, "amistades particulares" se dice en el Opus Dei.

Hay círculos de estudio semanales dirigidos por uno de los miembros del consejo local, a los cuales se sugiere a las residentes que asistan. A estos mismos círculos se invita igualmente a una muchacha de san Rafael que sea estudiante, amiga de alguna residente y que no viva en la residencia.

Está recomendado en las residencias rezar el rosario en familia, o sea en el oratorio.

Hay misa diaria en el oratorio de la residencia, celebrada por un sacerdote del Opus Dei. Este sacerdote suele llegar habitualmente quince minutos antes de la misa por si alguna persona de las que viven en la casa -residente o no- quisiera confesarse. En cada país el vicario regional, antes llamado consiliario, es el que hace la selección de los sacerdotes de la Obra que deben atender las labores de la sección de mujeres. Los sacerdotes del Opus Dei seleccionados habitualmente para una residencia de mujeres pueden ser de dos clases: o el tipo de hombre más bien joven, no necesariamente guapo, pero con cierto encanto que le hace resultar una persona atractiva, una persona capaz de decir en un momento determinado a una muchacha con crisis vocacional que él también en su día dejó a una muchacha por seguir su vocación al Opus Dei, o bien el tipo de sacerdote "paternal",

quizás una persona en sus cuarenta o cincuenta años, con experiencia no solamente por la edad sino también porque vivió en otros países, o quizás exitoso en su profesión, que tuvo que abandonar al hacerse sacerdote del Opus Dei.

Una especie de persona pacífica, capaz de entender y hacer sentir a las residentes que es confiable.

En el trato con los sacerdotes del Opus Dei, ninguna mujer, de la edad que sea, puede tratar materias espirituales o no fuera del confesonario. Si, por una razón peculiarísima, el sacerdote tuviera que hablar con una mujer en una salita, pongo por ejemplo, la puerta tendría que estar abierta de par en par. Este es otro ejemplo gráfico y constante de la obsesión sexual que existe en el Opus Dei.

En las residencias se organizan también conferencias o ciclos de conferencias que suelen ser dadas por un profesor de la universidad o por personas de reconocida importancia en el campo de su profesión, o en el mundo de la economía o las finanzas. Estos conferenciantes no tienen que ser -ellos o ellas- miembros del Opus Dei, pero muy posiblemente son amigos o conocidos de algún supernumerario o supernumeraria o de una cooperadora. También puede darse el caso de que el conferenciante no conozca el Opus Dei y precisamente el invitarle sea ocasión de un acercamiento a la Obra. Para esta clase de trabajos las supernumerarias y cooperadoras son muy eficaces. Y sucede a veces que se asigna a un grupo de supernumerarias del que se preocupen de la labor de una residencia del Opus Dei organizando tal o cual acto durante el curso, de acuerdo por supuesto con el consejo local.

Además de la ayuda que proporcionan las supernumerarias a las residencias, existe también en algunas de ellas lo que podría llamarse "grupo académico", encabezado por una agregada.

De esta manera el grupo colabora activamente en la labor de residencias y alivia el trabajo del consejo local.

En una residencia del Opus Dei, la habitación más importante de la casa después del oratorio es el cuarto de estudio. No voy a describir los cuartos de estudio de la primera época del Opus Dei, cuando unas mesas y varias sillas los amueblaban. Los actuales cuartos de estudio son muy cómodos y silenciosos, están apropiadamente iluminados y crean un ambiente serio. En las residencias del Opus Dei de construcción recentísima, el cuarto de estudio es más que una habitación: es un ambiente muy amplio que, en cierta forma, recuerda a la biblioteca de una universidad, con cubículos. En estas residencias se ha contemplado igualmente el que haya lugares apropiados para las estudiantes de arquitectura, donde estas muchachas puedan trabajar adecuadamente en sus proyectos. Tres de las residencias más modernas del Opus Dei están ubicadas: una en Buenos Aires, en Argentina; dos en Venezuela: una de hombres en Caracas, "Monteávila", y otra de mujeres en Maracaibo, "Albariza".

Reclutamiento externo

El sistema que habitualmente usa el Opus Dei para reclutar a muchachas que no viven en la residencia suele ser: una numeraria residente invita a una de sus compañeras de su Facultad o de otra facultad, si viene al caso, a estudiar "a su residencia". Muy seguramente la recién llegada se quedará impresionada por lo confortable y agradable del ambiente de la residencia, por la seriedad del estudio. Se suele invitar a la recién llegada a que tome algo a la hora de la merienda: té, café, un sándwich, etc. Esta invitación no es gratis: a la recién llegada se le hará ver, con toda la elegancia del caso, el lugar donde puede dejar el dinero para cubrir aquello que ha tomado.

El siguiente paso es invitar a esta recién llegada a que asista el próximo sábado a una conferencia dada en la capilla por un sacerdote. Y aquí esta nueva muchacha será informada con detalle de los atributos del sacerdote, al que oirá hablar, así como de la capacidad que él tiene para entender a la gente joven universitaria.

Al sábado siguiente se recuerda a la muchacha que la invitación para asistir a la conferencia o meditación sigue en pie; después de la cual se le preguntará oportunamente su opinión sobre lo que oyó.

Al sacerdote de la casa se le habrá informado de antemano, por supuesto, de que asistirá a su meditación esa estudiante a fin de que pueda enfocar lo que diga cara a esa "posible vocación".

Y éste será el punto de partida para empezar la campaña de "pesca" hacia la estudiante recién llegada. Además la estudiante-residente-numeraria que la trajo a la residencia se mostrará durante la semana en la vida corriente de la universidad de lo más solícita. Esta numeraria nunca le dirá su pertenencia al Opus Dei hasta el momento en que, debido a la crisis vocacional de esta futura numeraria, pudiera ser una baza más a jugar para que se decida a dar el paso y entrar al Opus Dei.

Reclutamiento interno

En las residencias del Opus Dei, el modelo habitual para reclutar a una residente suele ser el siguiente: el consejo local asigna a cada numeraria conocida como tal en la residencia, así como a las numerarias no identificadas en la misma, un determinado número de residentes para que las "trate". Es decir para que se haga amiga de ellas y las conozca a fondo. Las numerarias del Opus Dei que viven en la residencia, a través de su oración y mortificación diaria de todo tipo, tratan de ganarse la confianza de las muchachas que les han sido asignadas.

Una vez que lo logran, empieza la labor de "reclutamiento" a base de insinuarles la vocación al Opus Dei como un "problema de generosidad", conforme explicaba al principio en mi caso personal.

En las residencias del Opus Dei hay un rato de tertulia diaria, generalmente después de la cena o del almuerzo; esto depende de las costumbres del país. En estas tertulias es cuando las numerarias que viven en la residencia usan todo su encanto para acercarse de modo especial a las residentes que tienen asignadas.

Informantes

Sí: en las residencias de estudiantes femeninas del Opus Dei hay "informantes", sin ser llamadas así ni de ningún modo, pero de hecho es lo que son.

Estas personas son aquellas estudiantes, numerarias del Opus Dei, que sin ser identificadas como tales viven en la residencia. Por este motivo cualquier residente se siente libre y habla frente a ellas de lo que sea; de cualquier tema que pueda referirse o no a la residencia. Las "informantes" suelen ser vocaciones recientes cuyos padres no saben su pertenencia al Opus Dei, porque así se lo recomendaron las superioras a estas muchachas para que sus familias les costearan los gastos de una residencia en la ciudad donde decidieran de acuerdo con las superioras del Opus Dei cursar sus estudios universitarios.

El papel de las "informantes" es piedra angular para el consejo local de la residencia: a través de ellas es como el consejo puede estar al día de lo que pasa allí y de quienes podrían ser candidatas a nuevas numerarias.

Hoy día, pensando en estos hechos, considero que, si de una parte convertir a una persona en "informante" es ya un hecho deplorable, porque no hay fin que justifique esos medios; de otra, aceptar esa función manifiesta un triste aspecto de la condición humana.

Lo que me asombra aún más es que, cuando yo estaba en Venezuela, estas cosas sucedían y yo no puedo decir que no lo sabía y que no lo aprobaba. El hecho tristísimo en sí es que yo consideraba todo eso como natural, justificado por el afán de proselitismo. Tampoco puedo decir que la Asesoría Central desconociera los hechos, puesto que muchas de las asesoras vivieron en residencias como numerarias o fueron directoras en países donde hechos similares ocurrían. Lo que yo me pregunto una vez más es si no son éstas las cosas que, sin conocerlas, intuyen las personas de fuera, y que originan rechazo o duda sobre las formas de actuar del Opus Dei. Mi pregunta va incluso más allá: ¿son conocidos estos detalles por las altas esferas de la jerarquía correspondiente en la Iglesia de Roma?

A pesar de que el Opus Dei declara enfáticamente a las familias de las

residentes y a cualquier persona que hay sinceridad y apertura en sus residencias, la verdad del caso es que nada es espontáneo en la vida ordinaria de una residencia del Opus Dei para mujeres universitarias, así como tampoco en la relación entre el consejo local y cada residente, porque cada paso ha sido perfectamente calculado y planeado con la meta exclusiva de reclutar a las mejores residentes para numerarias del Opus Dei. Y por supuesto, a aquellas residentes que, según la opinión de las superioras del Opus Dei, no reúnan las condiciones para ser numerarias, se les plantea el problema vocacional para que acepten ser agregadas o supernumerarias. Y, en el peor de los casos, cooperadoras.

Sexualidad

No conviene olvidar que el punto de monseñor Escrivá sobre el matrimonio ("El matrimonio es para la clase de tropa y no para el estado mayor de Cristo. Así, mientras comer es una exigencia para cada individuo, engendrar es exigencia sólo para la especie, pudiendo desentenderse las personas singulares. – ¿Ansia de hijos?… Hijos, muchos hijos, y un rastro imborrable de luz dejaremos si sacrificamos el egoísmo de la carne." José María Escrivá, Camino, n° 28) está muy presente en la mente de las numerarias cuando hacen proselitismo.

Estas labores que realiza el Opus Dei con la juventud a través de los centros de enseñanza, residencias universitarias y escuelas especializadas, que de modo general acabo de explicar, es el patrón que de una forma u otra realizan las mujeres del Opus Dei en las naciones donde tienen labor establecida, contando igualmente con las diferencias lógicas de cada país.

Mi labor en Venezuela siguió los ritmos establecidos por los superiores del Opus Dei. La sección de mujeres tomó gran auge debido no solamente a que las numerarias eran de familias conocidas, sino también a que la mayoría eran profesionales y buenas profesionales. Vinieron muchas vocaciones.

El entonces consiliario, don Roberto Salvat Romero, quería a toda costa que hiciéramos labor con niñas, en la forma que describí anteriormente. Yo no

veía muy clara esta labor con jovencitas sin conocimiento normal de la vida, pero él insistía en que era mejor que una muchacha "viniera al Opus Dei sin la menor experiencia", refiriéndose a la sexual, que en aquella época, y justo es aclararlo, no era la de hoy día. Yo era muy opuesta a la idea de vocaciones tan jóvenes, porque no haber tenido ocasión de tratar en su vida a un muchacho provocaba en ellas una serie de fantasías que las llevaban a imaginarse cosas que no son. Se daban dos casos:

el de la muchacha escrupulosa y el de la que tendía al fanatismo desde temprana edad, convirtiéndose así en cuchillito afilado al juzgar a sus otras "hermanas" o a hechos cualesquiera de la vida en general. Recuerdo casos de algunas numerarias que a media noche me despertaban con un escrúpulo sexual sobre si habían ido con la imaginación más allá de lo debido al ver a alguno de los sacerdotes celebrar la misa o si al conocer al hijo o hija de una supernumeraria añoraron el no ser ellas también madres. De hecho estaba indicado en el Opus Dei que las supernumerarias no deberían traer nunca sus hijos a casa de las numerarias. Mi teoría estuvo siempre, basada en la experiencia, que aquellas que habían tenido una vida social normal en el trato con los muchachos, al entrar al Opus Dei sabían lo que dejaban. Más de una vez me he encontrado también en la obligación moral de aclararle ideas a una muchacha cuando iba a hacer los votos de pobreza, castidad y obediencia. En cuanto a la pobreza y la obediencia, estaba claro. Pero respecto a la castidad, había numerarias que no tenían ideas tan claras de lo que dejaban, producto de que la mayoría no había tenido un trato normal social con un muchacho. Han sido bastantes las numerarias que, al hablarme de castidad, me indicaban que añoraban no haber besado nunca a un hombre, pongo por ejemplo.

También se daba el caso de numerarias que al oír en meditaciones, y con palabras de monseñor Escrivá, que "teníamos que amar a Jesucristo con corazón de carne", cuando besaban la cruz de palo que existe en todos los oratorios del Opus Dei, tendían a dar besos no muy castos.

Y esto, a mi juicio, era más peligroso que el que hubieran tenido el trato corriente con un muchacho.

Centros de estudios internos

Llegó un momento en que la formación que recibíamos en el Opus Dei era muy deficiente: todo estaba basado en el "Catecismo" de la Obra durante los períodos de formación, la confesión y la charla semanal con el sacerdote -ambas cosas no duraban más de cinco minutos- y la confidencia, por supuesto, amén de la propia vida interior de cada una basada en la oración, mortificación, etc.

Por ello, después de pensarlo entre las que componíamos el gobierno regional, decidimos llevar a la sesión de Asesoría de aquella semana la idea de que deberíamos empezar los estudios internos contemplados en las Constituciones, y también ir considerando la posibilidad de erigir un centro de estudios para las nuevas vocaciones.

La verdad es que a don Roberto Salvat no le entusiasmó mucho ninguna de las dos ideas, pero dijo que tampoco ponía objeción (no hay que olvidar que el consiliario en el gobierno de mujeres tiene voto, pero también veto) a que empezáramos con los estudios internos de Filosofía.

Se calculó el tiempo de duración del curso conforme a las horas que para cada materia tenía marcado el programa de dichos estudios internos y se escogieron las asignaturas de Introducción a la Filosofía y Cosmología. El hecho de que hubieran regresado del Colegio Romano de la Santa Cruz los tres primeros sacerdotes venezolanos del Opus Dei, don Francisco de Guruceaga, que fue obispo años después, pero que abandonó el Opus Dei sin por ello abandonar su sacerdocio, don Alberto José Genty, que aunque era venezolano había nacido en Trinidad, y don Adolfo Bueno, también venezolano, pero de familia netamente colombiana, favoreció el que uno de ellos, don Alberto José Genty, fuera nombrado por el consiliario profesor nuestro de Cosmología. El consiliario decidió ser él mismo quien nos diese la clase de Introducción a la Filosofía. Y ése fue el arrancón de estos estudios internos en Venezuela.

Después fue profesor nuestro, en casi todas las asignaturas de Filosofía, don Alberto José Genty. Excepto de las asignaturas de Ética y Crítica, que nos

fueron dadas, la primera, por el consiliario, y la segunda, por el consiliario y don Antonio Torella, que era el visitador ordinario (llamado Missus), de la sección de varones.

Estas clases requerían horas de estudio que vivíamos con rigor. Y, naturalmente, una bibliografía que leer y estudiar, muy restringida, porque así lo indicaban de Roma. Incluso cuando en la Iglesia se suprimió el famoso "Índice" de libros prohibidos, en el Opus Dei sólo podíamos leer aquellos autorizados por la censura interna de la Obra. Un autor, por ejemplo, cuya lectura no se recomendaba, por ser "demasiado místico" para nuestro espíritu, era san Juan de la Cruz.

Al tener pocos libros de estudio procurábamos tomar muchos apuntes en las clases. De acuerdo con las actividades de cada una se fueron formando diferentes grupos que de manera aunada íbamos siguiendo estos estudios internos. En el mío estaba Eva Josefina Uzcátegui, Elsa Anselmi, Ana María Giben, Sofía Pilo, Alida Franceschi, Begoña Elejalde, María Margarita del Corral, Mercedes Mújica y alguna otra que no recuerdo en este momento, pero esencialmente éramos las que vivíamos en "Casavieja". Los exámenes se verificaban siempre por escrito y con la seriedad del caso por el profesor de la materia, y de ellos se extendían las correspondientes actas, como explicaba hablando de los documentos que se enviaban a Roma.

Los estudios internos del Opus Dei están organizados para los varones en un bienio de Filosofía y un cuatrienio de Teología, divididos en semestres. La sección de mujeres tenía un bienio de Filosofía y un bienio de Teología, aunque no sé si hoy día piden también el cuatrienio de Teología. Las materias de Filosofía eran: Introducción a la Filosofía, Cosmología, Lógica, Ética, Psicología, Historia de la Filosofía (dos cursos), Crítica, Teoría del Conocimiento, Teodicea y Metafísica.

Como apuntaba previamente, la bibliografía era restringida. Las religiones del mundo no se contemplaban en absoluto. No se nos explicaba nada de ninguna de ellas, en una época donde el ecumenismo era ya un tema de actualidad. No se mencionaba el judaísmo, ni tampoco el islam, mucho

menos el hinduismo. Se hablaba por encima de Teilhard de Chardin, dándonos a entender que había errado, sin entrar en detalles. Por supuesto, cuando se habló del Christian Science o, mejor dicho cuando no se habló, nos dijeron que no podíamos perder tiempo en esas cosas porque eran "movimientos sin importancia". Curiosamente al llegar a Estados Unidos, años más tarde, vivía en Cambridge y el primer día que visité Boston, una típica mañana bostoniana con un sol precioso, la persona que me acompañaba, que por cierto era católica, me dijo: "Tenemos que empezar por el principio", y me llevó a visitar el Christian Science Church. Al ver el edificio y sus instalaciones, pensé en lo que años atrás me dijeron, que "era un grupo sin importancia…". La filosofía era tomista, o sea que Gilson estaba a la orden del día, y el Manser. Este último me lo solía llevar en el avión en mis visitas a Maracaibo. Y don Joaquín Madoz, que a veces venía en el mismo avión, solía decirme que nunca había visto un libro con más horas de vuelo que ése.

A partir de finales del 1961, o quizá mediados del 1962, los superiores en Roma empezaron a enfatizar el estudio del latín. En la sección de mujeres empezó años más tarde, posiblemente después de 1966. Hoy día es materia obligatoria, que se "refresca" en las épocas de formación.

La llegada de estos sacerdotes venezolanos fue muy positiva para la labor. La gente se encontraba con ellos mejor representada espiritualmente.

Las superioras tratábamos siempre con los sacerdotes a través de los asistentes eclesiásticos, y de ordinario en las reuniones semanales de asesoría. No se hablaba de la labor de gobierno en el confesonario ni con ningún sacerdote.

Hubo también cambio de sacerdotes. El irse a España don Rodrigo, el sacerdote español que estaba cuando yo llegué, originó un vaivén en la labor de san Rafael. Pero gracias a la llegada de don Joaquín Madoz, que vino de Ecuador, donde había abierto la fundación y estaba de consiliario, se consolidó la labor de san Rafael y la labor de san Gabriel (la que se hace con señoras). Don Joaquín Madoz era una persona muy humana, y su espiritualidad no le impedía ser afable con las personas, especialmente con

las mujeres, a quienes trataba con el mayor respeto. Fue un auténtico puntal en la labor con señoras. Las supernumerarias y varias señoras amigas venían a confesarse a "Casavieja" con él.

Por otra parte, de la labor de san Rafael, o sea con las muchachas, empezó a ocuparse don Alberto José Genty, quien la llevó con eficacia: pidieron la admisión al Opus Dei bastantes muchachas de las que él dirigía espiritualmente. Este sacerdote se ocupó también de las sirvientas que vivían en "Etame", ya en la nueva casa. Las comprendía muy bien, las quería a estas muchachitas humildes, y ellas lo notaban y le correspondían.

Ocurrió un cambio más al ser destinado a España, creo, don Joaquín Madoz. Las señoras estaban desorientadas. No querían cambiar de confesor otra vez, porque "a todos los buenos se los llevan", me decían. A las supernumerarias, como en terreno espiritual deben obedecer, se les indicó que se confesaran con don Francisco de Guruceaga o con don José María Peña; pero a algunas de las cooperadoras no se las pudo convencer tan fácilmente. Entre ellas estaba la señora Ana Teresa Rodríguez de Sosa, a quien logré convencer de que se confesara con el consiliario, don Roberto Salvat, de quien no estaba previsto que saliera del país.

La señora De Sosa era una gran amiga mía a quien yo siempre quise mucho. Bastante mayor que yo. Una mujer muy bella, de gran clase, rica, y con resabio propio del pasado, habitual en países latinoamericanos: el racismo. No le gustaba la gente de color, aunque era capaz de reconocer sus virtudes en muchos casos. Era la señora a quien yo más trataba. De hecho mi salida semanal se la dedicaba a ella, y a veces también la llamada excursión mensual que debíamos hacer las numerarias. Su chauffeur solía venir a recogerme, para ir a su casa o para dar algún paseo por la costa, a Caraballeda, un club precioso, que solía estar muy solitario a esas horas de la tarde y que a mí me encantaba por la vista del Caribe desde la terraza.

Conocí mucho de Venezuela y sus familias conversando con Ana Teresa. Mis temas giraban alrededor de la casa de Roma, del Padre, de las nuevas vocaciones, de los proyectos apostólicos en Venezuela y, al mismo tiempo, procuraba que ella opinase. Solía ir a Roma, y conocía tanto la casa como al

Padre. Se daba cuenta de que era importante conocerle, pero no estaba fanatizada por la figura de monseñor Escrivá. Yo solía criticarla fuerte, pero cariñosamente, cuando me decía algo peyorativo de una persona atribuyéndolo a que era "de color" o "tintica".

Llegué a hacerle comprender que el racismo no es cristiano; aguantaba muy bien mis críticas.

Éramos, como digo, buenas amigas y recíprocamente nos valorábamos. Una de las cosas que yo más le admiré fue su hablar frontal y sincero. Y ella sabía que yo actuaba con ella de la misma forma.

Me molestaba sobremanera que cuando había que pedirle dinero a la gente – orque fue mucha la gente a la que en Venezuela le pedimos dinero- el consiliario me dijese que se lo pidiera yo a la señora De Sosa, llamándola "vieja rica". Por dentro me enfurecía, porque si bien es cierto que la señora De Sosa, porque le apetecía, me solía dar para lo que hiciera falta en nuestras casas no menos de 30.000 bolívares cada año, no es menos cierto que mi amistad era sincera, y nunca me aproveché ni para mí ni para la sección de mujeres de las circunstancias de su riqueza. En cambio don Roberto Salvat, don Antonio Torella y un seglar iban a jugar a tenis semanalmente a su casa y a bañarse en la piscina. Y luego presumían de ello. Recuerdo muy bien que el consiliario no cejó hasta que conoció a Julio Sosa Rodríguez e hizo lo posible y lo imposible, basándose en la amistad con su madre, para hacerse también amigo de él.

Efectivamente: al morirse la señora De Sosa recibió la sección de varones del Opus Dei una de sus propiedades, El Trapiche, en Caracas y, a través de su hijo Julio lograron también, no sé en qué forma, una serie de terrenos para la sección de varones.

Procuré inculcar en la sección de mujeres el espíritu de "unidad" con todas mis fuerzas y no evitaba ocasión de demostrarlo. Por ejemplo, cuando Hoppy Phelps, que era muy jovencita entonces, se iba a casar con un grande de España, Fernando Nestares, que había sido numerario, la trajo a nuestra casa porque Hoppy era entonces protestante y pensaban casarse por la

Iglesia Católica. Ana María Gibert fue quien la preparó para su conversión y bautismo, e hizo la Primera Comunión en el oratorio de nuestra casa. La familia Phelps, que como se sabe es gente muy conocida en Venezuela, tanto en la esfera social como en el mundo financiero y científico, nos regaló un espléndido juego de cubiertos de plata, juego que enviamos completo a Roma, al gobierno central.

Después del matrimonio, Hoppy solía venir de vez en cuando a nuestra casa y la considerábamos amiga nuestra. Una de tantas veces en que había que pedir dinero para la Obra, me dijeron que le pidiera a Hoppy 10.000 bolívares. Yo me resistía un poco, entre otras cosas porque me daba cuenta de que al ser recién casados no tenían aún capital propio. No obstante, me indicaron que si ella me decía que no tenía dinero, insinuara que se lo pidiera a su padre. Y así lo hice, y por ello Hoppy dejó de venir por la casa con la misma frecuencia. Su marido fue a ver al consiliario y le dijo que no se volviera "nunca" a pedirle dinero a su mujer.

Cuando yo salí del Opus Dei siempre conservé mi amistad con Hoppy y con Fernando. A ambos los quería de verdad porque eran buenos amigos. Fernando, por desgracia, murió hace pocos años y Hoppy, por ley de vida, se volvió a casar. Y seguimos nuestra amistad. Hace pocos meses almorzaba con ella en Madrid y por cierto salió al tapete este suceso del dinero ocurrido en Caracas años atrás. Me contó que cuando iba a casarse su hija en Caracas, ella habló con Roberto Salvat para ver si podía casarla, ya que, habiendo muerto Fernando, le parecía bonito que un amigo de él la pudiera casar. La respuesta fue evasiva y no la casó.

Hace pocos meses Hoppy sufrió un atentado en Caracas. Un disparo en la cabeza que no la mató pero la redujo a un estado de vida vegetativa.

También he mandado yo a numerarias, en momentos de crisis financiera, a pedir dinero. Y más de una vez se lo pidieron a antiguos novios o a muchachos que conocieron, y que para aquel entonces ocupaban ya cargos de cierto relieve. Y esto les suponía, lógicamente, gran esfuerzo.

El motivo de recaudar fondos era doble: por una parte nuestra contribución

a Roma, para el Colegio Romano de la Santa Cruz y de Santa María que no bajaba de 600 dólares mensuales; y además agregábamos para "las obras de Roma" otras cantidades mensuales. El grupo de numerarias que tenían un trabajo profesional bien remunerado era aún pequeño. Hoy día el plan financiero de las casas del Opus Dei está bien establecido y se basa en que cada numeraria debe poder mantenerse por sí misma. Esto no quiere decir que ella se administre el dinero que recibe por su trabajo profesional, sino que, al hacer el presupuesto anual, la casa donde ella vive cuenta con un ingreso no solamente para mantenerse la numeraria sino para contribuir a la casa, si es que hubiera saldo positivo. La numeraria, por su parte, ha de hacer una cuenta mensual de sus gastos detallados y no dispone de dinero libremente, en virtud de su voto de pobreza.

Las supernumerarias, cooperadoras y señoras amigas de ellas colaboraban durante todo el año en el "Bazar". Era éste el nombre dado al conjunto de cosas, hechas por esas señoras, que se vendían antes de Navidad en los locales que nos prestaba para ello el marido de Beatriz Roche, José Antonio Imery. El resultado de las ventas de este "Bazar" no fue nunca menor de 10.000 dólares.

El "Bazar", a efectos públicos, se hacía para beneficio de la Escuela de Sirvientas que teníamos en "Etame", pero la realidad es que ese dinero se mandaba íntegro a Roma. Y lo mismo sucedió con rifas de coches que organizamos, etc.

Existen en algunos países, incluido Venezuela, las Escuelas para Empleadas del Hogar. En "Los Campitos", el colegio en Caracas del que hablé anteriormente, y como una actividad separada de las alumnas regulares del mismo, hay una escuela llamada "Los Samanes". Dicha escuela tiene un "pensum" de estudios de libre escolaridad, aprobado por el Ministerio de Educación del país, para facilitar que personas adultas puedan hacer el bachillerato libre, clases a las que acuden algunas, unas pocas, de las empleadas del hogar que viven en las administraciones del Opus Dei. Este "pensum" de estudios corresponde a lo que pudiera llamarse una educación media básica.

La escuela "Los Samanes" tiene varios núcleos. Uno de ellos localizado en Caracas, y otro en Maracaibo. El de Caracas está ubicado en la administración llamada "Resolana", que no es ni más ni menos que la administración de la residencia de estudiantes llamada "Monteávila", que el Opus Dei tiene para varones y que está ubicada en la avenida principal de la urbanización "El Cafetal".

En "Resolana", que como digo funciona como un núcleo de "Los Samanes", tienen las empleadas algunas clases más o menos teóricas, pero la realidad es que, con las prácticas, lo que hacen es atender centros de estudios o residencias de estudiantes, como en este caso, de los varones del Opus Dei, con lo cual a ellos les sale el servicio gratis. Además la escuela recibe subvenciones del gobierno y de particulares. Lo que hay que subrayar aquí es que el fin intrínseco de estas escuelas para empleadas del hogar no es formarlas para empleadas del hogar, sino para que sean auxiliares (sirvientas) del Opus Dei. Es decir, en estas escuelas el fin último es hacer proselitismo con estas muchachas para engrosar el número de auxiliares en el Opus Dei.

Las muchachas que están en estas escuelas son muy jovencitas, entre los 12 y los 15 años, y aún más jóvenes algunas veces. Son hijas en su mayoría de matrimonios andinos muy pobres y con muchos hijos que, felices de que sus hijas vayan a estudiar, las dejan ir con las numerarias del Opus Dei que visitan aquel pueblo; generalmente recomendadas por el párroco del lugar. Y no cabe duda de que al Opus Dei le sirven la mercancía en bandeja de plata: son niñas pequeñas, hijas en su mayoría de matrimonios legítimos y católicos practicantes, acostumbradas a obedecer.

Estas niñas son bien tratadas, van a vivir mil veces mejor que en sus casas y, efectivamente, también van a recibir clases. Son -sin duda- una masa propicia para ser moldeada. Pueden regresar a casa de sus familias cuando quieran. No están obligadas a quedarse en las casas del Opus Dei. Pero, por ser menores de edad, si quieren volver con sus padres, alguna numeraria o agregada debe acompañarlas de regreso.

Otro grupo de auxiliares vive en Caracas en una casa llamada "Mayal", que

es la administración anexa al centro de estudios de la sección de varones, sede también de la Comisión Regional (gobierno regional de varones), llamada "Araya".

Al hablar de la escuela de sirvientas se me viene a la memoria un hecho ocurrido en Caracas el año pasado y conocido por muchas personas: Francisca, una de las sirvientas del Opus Dei, llamadas desde 1965, como dije, "numerarias auxiliares", venía sintiéndose mal de salud. Las numerarias la llevaron a un médico, supernumerario del Opus Dei, mexicano, que había revalidado su título en Venezuela y que está casado con una señora colombiana. Dicho doctor le daba tranquilizantes a Francisca, y le decía que todo era psicosomático. La pobre muchacha insistía en que seguía sintiéndose muy mal y que la llevasen a otro médico, pero continuaban llevándola al mismo, que la mantenía dopada. Tanto así que su madre, una vez que fue a visitarla, la encontró dormida artificialmente.

Un buen día Francisca dijo que quería irse del Opus Dei. La retuvieron a toda costa, le insistieron, le rogaron que se quedase, prácticamente le impedían irse. Hasta que un día, enferma como se sentía y todo, agarró lo que en la jerga venezolana se dice "una calentera" (un enfado mayúsculo) y se fue a la casa donde servía su madre por más de treinta años. La señora de aquella casa y la madre de Francisca la llevaron a un médico conocido, quien se quedó espantado con el cuadro: Francisca tenía un fibroma muy grande, el apéndice muy mal y piedras en la vesícula. Total que este médico les dijo a Francisca y a su madre que había que operar de inmediato.

Lógicamente el médico le preguntó por su seguro médico y Francisca respondió que no tenía ninguno. El médico no podía creerlo y le preguntó en consecuencia dónde había estado trabajando tantos años. Francisca le dijo al médico que en las casas del Opus Dei. Este médico no podía dar crédito a cuanto oía, especialmente al saber que esta muchacha no tenía seguro social de clase alguna. Esto sucede no solamente con las auxiliares, sino con todas aquellas numerarias que sólo trabajan dentro de las casas del Opus Dei, por ejemplo, las administraciones.

Al salir del Opus Dei las superioras le dieron a Francisca 3.000 bolívares equivalente a unos 60 dólares. El coste de la operación que tenían que hacerle no bajaba de los 3.000 dólares. Por fin y tras una serie de gestiones en diferentes centros médicos, se logró que le cobrasen muchísimo menos. Gestiones llevadas a cabo por la familia donde trabajaba la madre de Francisca y por una antigua numeraria del Opus Dei que también había dejado la Obra hacía poco. Pudo lograrse que la operasen y que la ayudaran durante la época de su restablecimiento.

Curiosamente, cuando estos hechos salieron a la luz pública, y aún hasta esta fecha, una numeraria del Opus Dei, Marisol Hidalgo, española y de Sevilla, anduvo y anda detrás de Francisca para que de una manera u otra se asocie de nuevo a la labor del Opus Dei.

Afortunadamente Francisca tiene la cabeza muy en su sitio y les ha dicho a cuanta numeraria del Opus Dei se le ha acercado o se le cruza en el camino, pero especialmente a la sevillana que menciono, las verdades bien claras: desde que no tienen en el Opus Dei espíritu de caridad, hasta que con tantos aires de santidad no se preocupan nada de las personas humildes.

El caso de Francisca no es el único por desgracia. El Opus Dei ha puesto en la calle a numerarias sirvientas después de más de quince años de estar en la Obra, sin seguro social o médico de clase alguna, sin dinero y sin posibilidades de trabajo tampoco.

A lo más que han llegado, en algún caso concreto, ha sido a orientarlas hacia las casas de algunas supernumerarias, quienes tampoco las trataron nada bien y ellas tuvieron que irse.

Hay que tener en cuenta que estoy hablando de una institución que dice ser fiel a la Iglesia, que se dijo pionera de la secularidad del mundo, y cuyas críticas a los religiosos eran duras porque descuidaban a las personas como seres humanos. Por ello, esto que relato es una entre las muchas cosas que se descubren al cruzar el umbral del Opus Dei, unas veces de fuera a dentro y otras, como en este caso, de dentro a fuera.

Procuré por todos los medios acoplarme al espíritu de la Obra de acuerdo a las insinuaciones que nos hacía el consiliario y no regateábamos esfuerzo en tapizar muebles, limpiar casas e incluso dar para la propia casa del consiliario vajillas completas de gran calidad que nos habían regalado para nuestras casas.

La actitud del consiliario en las reuniones de Asesoría, como apuntaba al principio, era de menosprecio más o menos velado, dejándonos ver que las mujeres éramos poco listas o frívolas.

Esto se manifestaba también en la forma que hablaba de la gente que pertenecía a la Obra. Era muy clasista. Para él, una numeraria como Teotiste Ortiz, por ejemplo, que no pertenecía a los altos estratos sociales, pero que era muy buena, "no debería estar en la Obra".

Recuerdo que, cuando Teotiste se enteró de que me iba a Roma, habló conmigo y me decía llorando que tenía miedo que Eva Josefina Uzcátegui y don Roberto Salvat la mandaran a casa de su familia. Yo le refutaba su idea y ella sólo me dio una respuesta mientras lloraba:

–María del Carmen, ellos no me quieren.

No sé qué ocurrió con esta numeraria. Sólo supe que la mandaron a su casa y que falleció hace unos años.

En esto de los prejuicios clasistas y racistas, Eva Josefina Uzcátegui le hacía gran eco al consiliario.

¡Cuántas veces he oído yo a Eva Josefina Uzcátegui, en las reuniones de Asesoría, mencionar la palabra "tintico" para calificar peyorativamente a alguien! O la expresión acompañada del gesto: "Usted sabe, don Roberto; aquí en Caracas no son "gente", refiriéndose a alguien de poco relieve social.

Puedo decir con verdad que al terminar las sesiones de Asesoría yo me sentía revuelta por dentro y procuraba irme a mi cuarto en silencio, pero

recuerdo también a Elsa Anselmi decirme días después que tuvo que hacer esfuerzos para no darle una cachetada a Eva Josefina en la reunión de Asesoría. Y lo mismo las otras.

También había otras asesoras, un poco despistadas, como Sofía Pilo, que si se le decía algo al respecto respondía con verdad "que ella no se había dado cuenta".

No por virtud, sino porque nunca lo sentí, nunca tuve ningún prejuicio contra la gente de color.

Antes al contrario me gusta el color de su tez y la gracia de sus movimientos.

Abrimos la residencia de estudiantes en Maracaibo, "Albariza", después de varios años de viajes periódicos a esa ciudad que solía hacer yo con María Margarita del Corral y en ella quedó María Margarita como directora. También estaba en ese consejo local una numeraria que vino de España, Amanda Lobo. Un elemento muy importante de aquella casa era Cecilia Mendoza, que ejercía su profesión de laboratorista. Se ocupó Cecilia de la labor con señoras. La gente en Maracaibo la adoraba porque era muy cariñosa y muy humana. La residencia en Maracaibo fue muy exitosa. La primera numeraria que pidió la admisión fue Marilú Colmenares, quien murió en Caracas después de haber pasado bastantes años en el Opus Dei. No puedo dejar de decir aquí que el alma de la labor del Opus Dei en Maracaibo fue Mana Betancourt. Se hizo supernumeraria, y siempre fue una persona tan buena como dedicada. Yo me hice muy amiga de ella y de su esposo Charles; les ayudé, recuerdo, a decorar su casa, que la estaban remodelando.

Tanto ella como su marido fueron a Roma, cuando yo estaba, para ver al Padre. Ya sabía ella que le quedaban pocos meses de vida. Tuvo un cáncer fulminante.

En Maracaibo estuvieron de sacerdotes del Opus Dei, primero don Francisco de Guruceaga y luego don Adolfo Bueno.

Desde Caracas empezamos también con los viajes periódicos a Valencia y a Barquisimeto, donde solían ir los sacerdotes del Opus Dei con regularidad, ya que tenían allí una casa, la primera que abrieron en esa ciudad.

El número creciente de vocaciones nos hacía ver a las asesoras que el centro de estudios de numerarias era ya más que necesario. Esto nos costó grandes argumentos con el consiliario.

Nunca supe por qué, pero él no quería que lo empezáramos y tampoco lográbamos que aceptara nuestros razonamientos. Por fin y tras meses de discusiones lo dejó pasar, y enviamos a Roma la propuesta, que fue aprobada, noticia que recibimos con enorme regocijo en la Asesoría Regional, pero no el consiliario. Y nunca supimos por qué.

Encontramos una casa para el centro de estudios en "Los Chorros", una urbanización muy antigua y muy bella de Caracas. Tuvimos mucha suerte porque precisamente al no ser nueva la casa tenía un gran encanto y un gran jardín. Recuerdo que logramos un alquiler bajísimo. Esta casa se llamó "Urupagua" (nombre de una fruta del estado Falcón, muy dulce por dentro aunque más bien espinosa por fuera).

Begoña Elejalde y yo le dedicamos lo mejor de nuestro tiempo al centro de estudios.

Considerábamos que era crucial empezar esta labor para la formación de las numerarias del país, especialmente cara a su marcha al Colegio Romano de Santa María. Se nombró a Mercedes Mújica como directora de "Urupagua".

En el centro de estudios se seguían ordenadamente los estudios internos de Filosofía Escolástica que mencioné antes.

Coincidió también por esa época el nombramiento de delegada de Eva Josefina Uzcátegui y la marcha a Valencia de don Alberto José Genty, quien conocía muy bien a estas primeras alumnas del centro de estudios, ya que había sido director espiritual de muchas de ellas.

Julia Martínez solía venir a Valencia conmigo, un par de días cada dos semanas. Al principio solíamos ir a casa de una señora amiga de la familia Guruceaga, pero para mayor libertad de movimientos preferimos ir mas tarde a un hotel de esa ciudad. En nuestros viajes solíamos hablar con las señoras en el jardín de la iglesia mientras unas u otras se confesaban. Julia y yo pasábamos por el confesonario antes de que estas señoras llegasen, para obtener información acerca de las que había tratado don Alberto y aunar nuestros esfuerzos en pro de una labor proselitista. En realidad, es el sacerdote del Opus Dei quien guía los pasos de las numerarias cuando se empieza la labor del Opus Dei en cualquier ciudad.

Pidió la admisión como numeraria del Opus Dei en Valencia una muchacha muy jovencita de Barquisimeto, María Elena Rodríguez. O sea que en nuestros viajes atendíamos a las señoras y a esta numeraria.

Las señoras de Valencia nos empezaron a regalar ropa de cama y mesa; y las veces que eso sucedía avisábamos al sacerdote por teléfono para que recogiera las bolsas que, al pasar, habíamos dejado Julia y yo en el jardín de la casa de los varones.

Hubo cambios entre los asistentes eclesiásticos. A don José María Peña, que era muy bueno, muy pacífico y que había estado de secretario regional, es decir, encargado de las mujeres del Opus Dei por tantos años, lo dejaron de director espiritual regional.

El nuevo sacerdote era un español que se llamaba don José María Félix. La nueva casa del gobierno regional de varones la ubicaron en la urbanización La Castellana. La casa se llamaba "la Trocha" y las únicas sirvientas numerarias que teníamos las pusimos en esta casa del consiliario.

Y Venezuela empezó a "exportar" numerarias a países del continente. La verdad es que ofrecíamos lo mejor que teníamos de acuerdo con el país adonde iban a ir. Primero fue Marta Sepúlveda, una numeraria mexicana que estuvo varios años en Caracas. Su destino fue Uruguay. La siguiente numeraria fue a reforzar la labor en Estados Unidos cuando empezaron la

casa en Boston. Enviamos a Berta Elena Sanglade, que sabía bastante inglés. Trabajó muchos años en Estados Unidos y después dejó para siempre el Opus Dei. Y a María Amparo, una muchacha española que conoció la Obra en Venezuela, la enviamos a Brasil.

Dieron una orden los asistentes eclesiásticos de que su tratamiento cambiaría; en vez de usar el español "don" anteponiéndolo al nombre, ahora tendríamos que llamarlos "padre" seguido del apellido correspondiente. Me alegró este cambio porque el "don" era totalmente extraño en Venezuela.

El nuevo sacerdote llegado, el padre Félix, nos escudriñaba al hablar. Venía con las tablas de la ley en la mano, sobre todo en lo relativo a las confesiones. Todo cuanto le decíamos lo ponía en cuarentena. En una ocasión ocurrió lo siguiente: estábamos haciendo los ejercicios espirituales en "Casavieja", las numerarias del gobierno regional, las directoras de las casas y alguna que otra numeraria de las mayores. Los ejercicios los dirigía el padre Genty. De acuerdo con los rescriptos de Roma sabíamos que las personas que hacen ejercicios deben confesarse con el sacerdote del Opus Dei que las dirige, pero que siempre tienen libertad para confesarse con cualquiera de los asistentes eclesiásticos o con el confesor ordinario de aquella casa.

Siguiendo lo que es costumbre en el Opus Dei, habíamos dejado varias fichas encima de un mueble del corredor para que se fueran anotando las que quisieran confesarse, bien con el sacerdote que dirigía los ejercicios, el padre Genty en este caso, o con cualquiera de los otros dos asistentes eclesiásticos. Cada una fue poniendo su nombre y, cuando fui a escribir el mío, vi que, menos dos que iban a confesarse con el padre Félix, las demás nos habíamos anotado en la lista del padre Genty.

Al día siguiente, cuando el padre Félix dio una meditación, le entregamos las dos listas de confesiones.

Naturalmente se enteró de que la mayoría nos habíamos apuntado para confesarnos con el padre Genty, incluidas todas las superioras del gobierno regional menos una.

Al otro día vino a la casa y dijo que quería hablar conmigo. Pasé a la salita con Eva Josefina Uzcátegui, y de buenas a primeras me dijo:

–Tú eres idiota. ¿Cómo es posible que des el mal ejemplo de quererte confesar tú y las demás con don Alberto Genty cuando él no es el confesor ordinario de esta casa?

Yo lo remití al rescripto de Roma sobre esto, y me contestó:

–Confesaros con don Alberto Genty es como confesaros con el párroco de la esquina.

Le indiqué que, al ser un sacerdote del Opus Dei y darnos los ejercicios, no podía ser considerado mal pastor. Y el padre Félix respondió:

–Todo aquél que no es confesor ordinario o extraordinario de una casa es mal pastor, según la doctrina del Padre.

Naturalmente todas tuvimos que confesarnos con el padre Félix. No obstante yo entré en el confesonario en otro momento y le expliqué al padre Genty lo ocurrido.

Respecto a la jerarquía eclesiástica, las superioras del Opus Dei no teníamos trato con nadie, excepto con el cardenal y con el nuncio apostólico. Eran visitas protocolares por sus santos, por Navidad o por Pascua, de acuerdo al rescripto del Padre. Como dato anecdótico recuerdo que siendo yo la directora de la región tenía un vestido, que por supuesto cambiaba cada año, que lo llamábamos "el vestido de los obispos". Era algo distinto en el ropero, discreto, pero de más empaque. En dichas visitas no se hablaba de temas serios, la indicación de monseñor Escrivá era que solamente deberíamos contarles "anécdotas simpáticas de nuestras sirvientas".

Concretamente siendo nuncio apostólico de Su Santidad en Venezuela monseñor L.

Dadaglio, con quien siempre guardé una relación personal muy sincera, me preguntó, en una de las visitas oficiales que yo le hice acompañada de otra numeraria, cuántas vocaciones habíamos tenido aquel año. De la manera más espontánea, le dije el número. La ficha, con el contenido de la visita, como estaba ordenado, la enviamos a Roma. Al poco tiempo don Roberto Salvat me hizo llegar, de parte de monseñor Escrivá la indicación de que había sido "muy indiscreta con el nuncio, porque a la jerarquía de la Iglesia no había que darle explicaciones de ninguna clase respecto a la Obra". Cuando yo pregunté la razón de ello, la respuesta fue: "Porque lo ha dicho el Padre y basta." Recibimos otros rescriptos de Roma, concretamente del Padre, en que de forma clara nos decía: "Las nuestras no tendrán que responder a ninguna nota o carta que puedan llegar de los obispos ni de las Comisiones episcopales. Se las entregarán al consiliario para que él me las haga llegar." Años después de salir del Opus Dei fui a visitar varias veces en Madrid a monseñor L.

Dadaglio, que estaba de nuncio apostólico de Su Santidad en España. Siempre me recibió con gran cordialidad y recuerdo que en mi primera visita me dijo algo así como "hace cinco años no me hubiera creído nada y ahora me lo creo todo", refiriéndose al Opus Dei, claro. Lo tuve informado de lo que había sucedido en Roma, así como de la visita que, con el ánimo de intimidarme, me hizo don Tomás Gutiérrez en Madrid.

En Venezuela, y hacia finales de 1964 y comienzos de 1965, nos llegaron del gobierno central de Roma muchísimas notas, avisos, indicaciones, cartas, etc. Yo no veía clara la aplicación en nuestro país e incluso no veía la forma de su cumplimentación inmediata como nos pedían.

Llegaron también otros documentos impresos, como "cartas del Padre", que me parecieron francamente duros hacia las personas que habían trabajado en nuevas fundaciones. Insistía mayormente en que tenían que dejar aquel país sin darle a su traslado la menor importancia.

Dejé ver mis impresiones a las otras asesoras.

Pero lo que a mí me preocupaba en aquella época era el distanciamiento de los asistentes eclesiásticos, especialmente al regreso de Roma de Eva Josefina Uzcátegui. Tanto así que lo comenté un día en el confesonario con don José María Peña, el director espiritual de la región.

Él me tranquilizó mucho y me dijo que ya sabía yo que la corrección fraterna nos obligaba a todos y que si yo hubiera hecho algo incorrecto, me lo dirían. Yo aún tenía fe en la Obra, y por ello le escribí una larga carta, cerrada, a monseñor Escrivá, en la que le abría mi corazón de par en par, y con toda sinceridad le decía cuánto había sufrido para lograr el centro de estudios y que la actitud del consiliario siempre era de censura hacia nosotras, específicamente hacia mi.

También le contaba la actitud un tanto suficiente y misteriosa con la que había regresado Eva Josefina Uzcátegui de Roma, dando a entender que, de ahora en adelante, las asesoras no teníamos que tener trato con nadie sino que, tomando ejemplo de la Asesoría Central, debíamos dedicarnos exclusivamente a trabajar dentro de las oficinas del gobierno regional. Y el que don Roberto Salvat me había dicho que "era una estupidez que hiciera yo apostolado con señoras yendo a Valencia".

Realmente siempre pensé que monseñor Escrivá enviaría unas líneas, como otras varias veces había hecho; pero nada llegó.

Yo comencé a pensar que tenía una imaginación calenturienta y, como las dudas o situaciones inestables no las soporté jamás en mi vida, quise afrontar la situación. De acuerdo con mi directora, llamé un día por teléfono al consiliario, don Roberto Salvat, y le pedí por favor que viniera al confesonario de "Casavieja" porque necesitaba hablar con él. Vino y le rogué que me aclarase si había hecho yo algo mal, y que me hiciera la corrección pertinente. Don Roberto me dijo que no pasaba nada, que si hubiera algo me lo diría, que esas ideas eran imaginaciones mías, etc., etc., etc., y todo en esta línea. Conociendo su estilo, debo decir que estuvo muy amable.

Sin embargo, dos días después, uno de los sacerdotes que venían a

"Casavieja" para confesar a señoras me pidió que pasara al confesonario y me dijo algo que me asombró: Eva Josefina Uzcátegui se había acercado a su confesonario para decirle que le pasaba por debajo de la puerta una carta para que se la entregase al consiliario. Este sacerdote me dijo que prefería decírmelo porque aquello le había parecido muy raro y temía que algo se cerniera sobre mí.

En todos mis años en el Opus Dei era la primera vez que oía una cosa tal. Pensé que algo se estaba tramando sobre mí, pero no acertaba a comprender qué. Volví a hablar con don José María Peña como director espiritual de la región que era y me volvió a asegurar que no pasaba nada.

Yo me llevaba muy bien con mi directora, Ana María Giben, quien por cierto era y es una de las personas mas buenas e inteligentes que encontré en mi vida; ella también trató de disipar mis temores "infundados".

Si echo un vistazo a mis años en Venezuela, mis impresiones y reacciones son múltiples y complejas. Necesitaría otro libro para relatarlas. En cuanto a nación, tuve la suerte inmensa de presenciar el cambio del país de dictadura en democracia. Personalmente, tengo que reconocer que yo, por mi identificación completa con el espíritu del Opus Dei y por el entrañable amor y fe en monseñor Escrivá que entonces tenía, di a la labor del Opus Dei un empuje, auge y tono muy positivo, no sólo en la sección de mujeres sino en todo el país. Obtuve numerosas vocaciones de numerarias -muchas de ellas aún siguen-. Di gran aliento a las supernumerarias y cooperadoras. Inicié la labor con agregadas y auxiliares, y logré las primeras vocaciones entre ellas.

Fueron mías las iniciativas de empezar con dispensarios en barrios, nuevas casas y labores, incluso fuera de Caracas. El centro de estudios, la secuencia de alumnas enviadas al Colegio Romano de Santa María, el haber alcanzado estabilidad financiera, el haber enviado numerarias como refuerzo a otras naciones del continente. Y el haber hecho un auténtico apostolado de amistad con muchas personas del país.

Me encontré al llegar a Venezuela con que la mujer venezolana es muy

única, convergen en ella muchas facetas: la de ser impetuosa -no se arredra por nada-, capaz, inteligente, fina. Por otro lado, es extraordinariamente femenina, suave, dulce, muy maternal en sus reacciones. Y todo ello con elegancia y con lealtad – uando uno tiene un amigo venezolano, lo tiene para toda la vida, puedo asegurarlo por propia experiencia-. Los venezolanos son personas de una pieza.

A veces me aterra la responsabilidad que tengo frente a Dios de haber promovido tantas vocaciones al Opus Dei, especialmente en ese país, al darme cuenta ahora de que la Obra es capaz de mentir y de hacerlo públicamente, en especial cuando se refiere a personas que pertenecieron a ella; de que los superiores son capaces de teatralizar de semejante manera la vida de monseñor Escrivá solamente para "tener ellos también su santo". Y me aterra, digo, esta responsabilidad frente a Dios, porque hay personas que, al caerse el antifaz del Opus Dei, no tienen capacidad de afrontar lo que ven y, en su susto, desesperación e impotencia, se quitan la vida o tratan de quitársela, como sucedió en Inglaterra, España y Estados Unidos, que yo sepa.

VIII. ROMA II: RETORNO A LO DESCONOCIDO

Antes de nada quiero advertir al lector que todo lo que sigue puedo escribirlo con tal detalle porque, al salir del Opus Dei y casi como un ejercicio de higiene mental, escribí todos los hechos sucedidos, incluidos los diálogos y nombres de las personas que presenciaron estos hechos. Pensé que, años más tarde, podría olvidarme de hechos y nombres, y algo en mi corazón me decía que, no por rencor sino por justicia histórica, debería recoger estos sucedidos.

El 11 de octubre de 1965, estando yo de compras con la directora de la Escuela Hogar, Ana María Gibert, llamó el consiliario, Roberto Salvat Romero, a "Casavieja", la casa de la Asesoría Regional, diciendo que me buscasen por donde fuera porque era muy urgente. Habitualmente, cuando yo salía, tenía por costumbre llamar desde la calle a la casa para saber si había habido algún recado urgente. Esta vez fue Ana María quien llamó y a quien le dieron este recado.

Inmediatamente y ante la urgencia fuimos a la administración de "La Trocha", que era la casa del consiliario y estaba más cerca que la nuestra. Por el telefonillo interno le avisamos que Ana María y yo estábamos allí. (Ana María Gibert era mi directora interna, estaba en el gobierno regional de asesoría y además era asociada inscrita.)

Bajó el consiliario y al yerme con Ana María me preguntó:

–¿Tú puedes ir ahora a tu casa?

–Sí, por supuesto -le respondí.

–¿Está Eva Josefina allí?

Era, como dije, la delegada y la secretaria de la Asesoría Regional.

–Sí, está allí -le respondí.

–Pues ahora vamos don José María Félix y yo para allá.

Don José María era el sacerdote secretario, encargado de la sección femenina.

Fuimos a la casa y efectivamente llegaron a los quince minutos. De pie, en la salita de visitas, me dijo don Roberto:

–Mira, acaba de llegar una nota de Roma en la que dicen que vayas cuanto antes. Que el Padre quiere que vayas a descansar unos días allí. Que el viaje lo hagas directamente, sin paradas. ¡Vaya enchufe!

Yo me quedé seria y le dije:

–¿No le parece a usted raro?

–¿Raro? ¿Por qué? Tú ya sabes que el Padre quiere ver a los mayores,

porque dice que como la canción "sifa sera nella sua vita" [se hace noche en su vida]. ¿Qué mayor detalle de delicadeza quieres? Tú llévate billete de ida y vuelta. El plan lógicamente será estar unos quince días en Roma, luego el Padre, que es muy paternal, te dirá que pases por España al menos una semana o quince días para que veas a tus padres, y después te regresas.

–Pero ¿de verdad cree usted que regreso?

–¡Mira que eres tonta! En lugar de pensar en unos días felices en Roma vas a amargarte el viaje. Lo que sí conviene es que el viaje lo hagas cuanto antes. Yo te diría que esta misma semana estuvieras en Roma, porque cuando el Padre llama le gusta que se acuda de inmediato.

Le dije al consiliario que no tenía el pasaporte en orden, ni el visado, por supuesto, así como tampoco tenía al día el certificado de vacuna internacional.

El consiliario me insistió que debía hacer cuanto antes el viaje.

A todas éstas, la delegada afirmaba y rubricaba todas las afirmaciones jubilosas del consiliario.

Lo que sí me extrañó es que no llevase la nota de Roma con él, ya que siempre que el consiliario recibía una nota o algo sobre la sección de mujeres nos la daba a leer.

Hablé con don José María Peña, quien me dijo que llamase yo al consiliario y le insistiera para que me leyese la nota de Roma. También le pregunté a don José María Peña si era de mal espíritu decirle al Padre, caso de que me indicase que me quedara en Roma, el que a mí me gustaría regresar a trabajar en Venezuela. Don José María me dijo claramente que no era de mal espíritu en absoluto, puesto que estaba dicho que los miembros de la Obra deberían vivir en aquellos países donde por forma de ser pudieran servir mejor a Dios dentro del Opus Dei.

Esta directriz me dio una gran paz.

Lo llamé por teléfono y, como no estaba, hablé con el padre Félix. Se quedó un poco perplejo ante mi insistencia y me repitió casi textualmente lo que el consiliario me había dicho por la mañana. No hubo forma ni manera de que me dieran a leer o me leyeran ellos el texto de la nota. Sólo me repitieron, una y otra vez, que el Padre quería que fuese a descansar unos días a Roma.

Esta falta de claridad me hizo pensar que había algo más tras esa nota, o en esa nota que no querían que yo supiera, y esto me hizo sentir muy incómoda. Tenía el presentimiento de que al consiliario y a la delegada mi actitud analítica sobre las cosas que llegaban de Roma no les gustaba y, en vez de hacerme una corrección fraterna, como estaba mandado, si es que les parecía mal mi actitud, habían dicho algo a Roma en este sentido para que me sacaran del país. Era posible que así fuera, a juzgar por la actitud que últimamente yo venía notando, tanto en el consiliario como en las reacciones algo "doctrinales" de la delegada cuando regresó de Roma. No era la actitud abierta de cuando le decían a una directora que iba a destinada a Roma y, al llegar allí, la vapuleaban claramente sobre aquello que hubiera estado desacorde con el espíritu del Opus Dei.

Tenía la impresión de que me habían dado un mazazo en la cabeza, el cual estaba planeado de acuerdo con la delegada. Aunque Ana María Gibert me rogaba que desechase esa idea, yo no podía hacerlo. En mí se había terminado la credulidad que tenía anteriormente. Eran demasiadas las coincidencias que venían a confirmar mis temores de que algo se estaba cerniendo sobre mi.

Me dieron la noticia el 11 dc octubre por la mañana, y cuatro días después, el quince de octubre a las 11.30 de la noche, volaba yo a Roma.

No me despedí de nadie. Me aconsejó el consiliario y la delegada que para tan pocos días no valía la pena que me despidiera de nadie y menos de la jerarquía eclesiástica. Mi ausencia estaba prevista para quince días. No obstante, yo dejé todo en orden y varios papeles firmados en blanco como estaba indicado en caso de ausencia.

Transcurrieron esos tres días entre poner mis documentos personales al día y sacar el visado italiano, a más de comprar la ropa básica de invierno: un abrigo, un impermeable, un traje de chaqueta, prendas que en un clima tropical no se tienen ni se usan. A más de algunos jerseys.

La verdad es que lo que menos me apetecía era ir de compras. Yo me sentía muy triste, pero me agarraba a la esperanza, que es lo que mantiene tantas veces en la vida, y quería creer en lo que me había dicho el consiliario. Pero algo dentro de mí me decía que no era cierto, era como un sexto sentido. Por supuesto que la delegada no paraba de elogiar la bondad de monseñor Escrivá al llamarme a Roma para que descansara. Curiosamente, una a una, todas las asesoras me dijeron que les parecía extraño mi viaje y estaban como asustadas. Sabíamos que no podría escribir nada, pero les prometí que, aún sin saber cómo, les diría qué pasaba.

Les rogué que rezasen por mí.

Un día, sin decir nada a nadie, me fui al centro de Caracas, a la plaza Bolívar, y viendo la estatua ecuestre del Libertador me sonreí, pensando que al llegar a Caracas consideré una ofensa que le comparasen con monseñor Escrivá. Sin darme cuenta en esos diez años había aprendido a admirar a los próceres y a darme cuenta de que ningún país tiene el derecho de considerarse dueño de otro. Instintivamente trasferí la idea a que en el Opus Dei los directivos de la mayoría de los países son españoles. Y lo mismo pasa en Roma, en el gobierno central. En medio de aquella plaza me sentía una más entre el pueblo. Era como una necesidad fisiológica la que sentía de ser una más y, si pudiera decirse así, oír el palpitar de la gente sencilla. La tarde del día que dejaba Caracas fui a La Pastora, una iglesia que está en el centro de la ciudad, y en una zona muy popular. No sé qué celebraban, pero había mucho ruido en la iglesia.

Miraba aquella imagen de la Virgen, una pastora, y pidiéndole perdón por cuantos errores hubiera cometido, le rogaba que cuidara aquel "rebaño" joven que dejaba tras de mi.

Me dolía dejar el país. Le había dado lo mejor de mi vida. Me había

identificado totalmente con él y había sido siempre mi intención transmitir el espíritu del Opus Dei. La realidad de que tenía un largo camino hasta la casa me hizo dejar aquella iglesia y contemplar el barrio, que es mucho el corazón de la ciudad.

Tuve que hacer grandes esfuerzos por no llamar farsante a Eva Josefina. Tenía dentro de mi alma el convencimiento de que ella había organizado todo aquello. Yo no estaba apegada a mi cargo. Tres veces me lo renovaron. Yo sólo quería trabajar en el país. Los cargos, ni los deseé nunca ni para mí tenían más significado que el de servicio. La bendición de viaje me la dio el consiliario de Venezuela y el de Colombia, quien por cierto me dijo que no dijera nada en Roma de que él estaba en Venezuela, porque ese viaje sólo lo entenderían el Padre y don Alvaro. El consiliario de Venezuela me dijo: "Te daremos los dos la bendición. Uno para la ida y otro para la vuelta." Cuando se supo la noticia de mi ida a Roma, Lilia Negrón, médica y ya casada, a quien había conocido desde sus buenos quince años, me dijo muy seria: "Tú no vuelves. A ti te dejan allá." Lilia era de las personas más fieles como amiga con que me tropecé en la vida. Era compañera de colegio de las primeras numerarias y venía por la casa desde entonces. Hizo una carrera brillantísima en medicina y se casó con un compañero de clase muy brillante también. Seguí de cerca toda su vida y sus pasos de estudiante, universitaria, novia, mujer casada y, muy recientemente, madre. Acababa de nacerle su primer hijo, Alberto José. Precisamente Lilia fue una de las personas que en el Opus Dei me dijeron que no le debía dedicar tanto tiempo, porque no iba a ser numeraria. La verdad es que yo hice caso omiso de aquella indicación. Siempre tuve por costumbre dar mi tiempo a quien me lo pedía o lo necesitaba por la sencilla razón de que nunca creí que "mi tiempo" era una posesión mía, sino algo que Dios me había entregado para administrarlo. Y lo sigo creyendo así.

Me llevaron al aeropuerto Cecilia y Héctor Font, que eran supernumerarios y me querían mucho los dos. Y mi directora, Ana María Gibert. La espera en Maiquetía se hizo triste. El avión que me iba a llevar a Roma llegó con retraso de Brasil. Entonces el aeropuerto internacional era muy ruidoso y caluroso. Eran unos momentos duros para todos, pero especialmente para mí que viajaba "rumbo a lo desconocido".

La otra cara de la moneda

Un nuevo salto a través del Atlántico y al día siguiente el avión sobrevoló Lisboa proporcionando una vista inolvidable. Llegamos a Roma ya oscurecido. Serían las 18.30 del 16 de octubre de 1965. Como es costumbre en el Opus Dei, en el aeropuerto no se espera a nadie. En la terminal de autobuses estaban dos numerarias esperándome: Marga Barturen y Maribé Urrutia.

Ambas muy antiguas en la Obra y las dos me conocían. Júbilo de la llegada y sorpresa por mi parte cuando me preguntaron: "¿A qué vienes?" Mi respuesta fue sincera: "No lo sé." Recogimos mi equipaje, que era bastante liviano. A las 20.15 llegábamos a Villa Sacchetti, 36.

La llegada típica de una persona que salió de la casa central en septiembre de 1956 y regresa en octubre de 1965 siendo lo mismo que era cuando se fue: directora de la región de Venezuela y asociada inscrita.

Estando aún en el vestíbulo, bajó la directora central, Mercedes Morado (de quien hablé cuando narraba mi estancia en Bilbao), acompañada de Marlies Kücking, la prefecta de Estudios, a recibirme. Grandes saludos y me preguntó Mercedes:

–¿Dónde tienes tus maletas?

–¿Mis maletas? – pregunté-.Yo sólo traje una maleta pequeña para quince días.

Vi que Mercedes miraba a Marlies y se sonrió. Inmediatamente dijo:

–Que te acompañen a tu cuarto.

Me acompañó Lourdes Toranzo al cuarto. (Lourdes era la subdirectora del curso de formación en "Los Rosales".)

El cuarto estaba perfectamente preparado: flores, habitación con ducha y baño, etc., y me sorprendió que en mi cama, sobre la tabla, había un gran colchón, cosa que sólo se le pone a las enfermas puesto que las numerarias duermen habitualmente sobre tabla. Al abrir la puerta del lavabo vi que, en el suelo, había un orinal. Me extrañó y pregunté: "¿Qué hace ahí ese orinal?" Y me contestaron que el Padre había dicho que, a aquellas numerarias que tenían 40 años se les pusiera un orinal en el cuarto. Y yo los había cumplido hacía unos meses.

No había terminado de deshacer la maleta, cuando me avisaron, por un telefonillo interno que había en el pasillo, que fuera corriendo al comedor de la Villa Vecchia, donde el Padre me estaba esperando.

Fui a toda prisa, ya que la distancia era de unos ocho minutos, a buen paso.

Encuentro con el Padre Me dijo Rosalía la sirvienta que me esperaban y que entrase sin llamar. Entré al comedor de la Villa, donde monseñor Escrivá acababa de cenar con don Alvaro del Portillo. Monse.ñor Escrivá estaba sentado a la cabecera de la mesa, don Alvaro del Portillo a su izquierda, la directora central a la derecha y la prefecta de sirvientas, María Jesús de Mer, que es médica, también estaba allí. Me acerqué al sillón de monseñor Escrivá y con la rodilla izquierda en el suelo como es mandatorio en el Opus Dei, le besé la mano.

La conversación fue así:

–¿Cómo has hecho el viaje?

–Muy bien, Padre, gracias.

–¿Cómo te has dejado a aquéllas? – Se refería a las numerarias de Venezuela.

–Bien, Padre. Sólo Begoña [Begoña Elejalde: acabábamos de saber al operarla que tenía la enfermedad de Hodking] me preocupa mucho por esa desgracia.

–¿Desgracia llamas a saber que prontico se va a ir con Dios? ¡Si eso es una bendición! ¡Qué suerte la de ella! ¡Afortunada ella, pensar que pronto se va a morir! ¿Y quién es Begoña?

¿Desde cuándo lo tiene? – La directora central le susurró algo a Monseñor Escrivá. Me di cuenta de que el Padre ignoraba quién era una asociada inscrita, fundadora de la región de Venezuela y miembro -con dos cargos- de la Asesoría Regional. Además me di cuenta de que el Padre ignoraba tan siquiera que estaba enferma y la habían operado. Me sorprendió mucho que el Padre ignorase esta situación porque nosotras habíamos informado puntualmente a la Asesoría Central de la enfermedad y operación de Begoña. Pero pensé y achaqué la cosa a que el Padre se notaba muy mayor y le querían evitar disgustos.

Y siguió monseñor Escrivá:

–Y tú ¿cómo andas de salud?

–Muy bien, Padre -e respondí.

–¿A que no te ha visto el médico?

–Sí, Padre, cada año llevamos un chequeo médico a fondo y riguroso.

–¡Pues no importa! Tú, Chus -dirigiéndose a la médica-, ¡mírala! Que coma. Que duerma y que descanse, porque aquí te vamos a dar mucho trabajo. Ya hablaremos. Ahora descansa, come y duerme.

Y con estas palabras salió de su comedor con Alvaro del Portillo.

Conociendo a monseñor Escrivá me di cuenta de que, aunque intentaba ser cortés, había algo en su voz que le delataba un cierto enfado. Sin embargo lo deseché pensando que a lo mejor eran imaginaciones mías.

Al bajar del comedor de la Villa, aún en las escalerillas que unen el

comedor con la cocina, le pregunté a Mercedes, con la confianza de a quien había conocido tantos años atrás:

–Dime una cosa, Mercedes. ¿A qué he venido yo a Roma? Volveré a Venezuela, ¿verdad?

–¿A ti qué te han dicho?

–Pues que el Padre quería que pasara aquí unos días descansando.

–Pues eso. Yo no sé nada de nada, pero ya has oído al Padre: que comas, qué duermas, que descanses.

Al día siguiente, 17 de octubre, fui a San Pedro -entonces estaba Pablo VI-. Como dije anteriormente, me preguntaron si quería quedarme a la bendición del Papa y yo respondí que mejor regresar a la casa por si el Padre llamaba después de su almuerzo. Esto le gustó a la asesora que me acompañó y lo reportó más tarde. De donde se demuestra de nuevo que, en el Opus Dei, tenía mejor espíritu aquel que situaba al Padre por encima de cualquier persona, incluido el Santo Padre.

OceanofPDF.com

El 18, 19 y 20 de octubre estuve absolutamente sin hacer nada, metida en mi cuarto. Sólo pude salir a las horas marcadas para los actos comunes, que me dijeron los hiciera todos con la Asesoría Central. Cada vez que intentaba salir de mi cuarto para ir al jardín, por ejemplo, me encontraba con Lourdes Toranzo, cuya habitación estaba cerca de la mía y siempre me preguntaba, adónde iba. Yo simplemente le decía que a rezar el Rosario al jardín, por ejemplo.

Ella siempre encontraba una excusa, un pretexto, como el de decirme: hay visita en esa parte de la casa, están los obreros reparando algo, etc., y me recomendaba regresar a mi habitación.

Me levantaba para asistir a la última misa llamada "de las enfermas".

De cara a la mayoría, yo tenía un trato de privilegio al hacer todos los actos comunes con el gobierno central; personalmente, al llevar tanto tiempo en el Opus Dei, me di cuenta de que me tenían bajo vigilancia estricta. Y de hecho, me sentí vigilada desde que llegué a Roma.

Pocos días después me dijo una de las asesoras que yo haría mi confidencia con Marlies Kücking, alemana, que era la prefecta de Estudios en el gobierno de la Asesoría Central y es hoy día directora central de la sección de mujeres del Opus Dei. Marlies era la única que no conocía de la Asesoría Central. Era una mujer bonita, rubia, joven, un poco gruesa, pero de aspecto atractivo. Me di cuenta de que en la vida de familia era el satélite de la directora central y que al Padre le caía extraordinariamente bien.

Noté que a la secretaria de la Asesoría Central, Mary Carmen Sánchez-Merino, la dejaban de lado para hacer resaltar a Marlies Kücking.

A los cuatro días de no hacer "absolutamente nada" y tampoco salir del cuarto más que para cumplir meticulosamente el horario de actos comunes con la Asesoría Central, pedí a Mercedes Morado que me dieran algún trabajo. Me entregaron para hacer todo el fichero del almacén de libros, no llamado biblioteca, de la sección de varones y de la sección de mujeres del

Opus Dei. Y para hacerlo tanto por orden alfabético como por orden analítico.

Me di cuenta de que aquel trabajo era carne de perro y labor de meses. Trabajé en ello con ahínco, a pesar de todo. Este trabajo lo hacía también en mi cuarto, con lo cual estaba totalmente aislada del resto de la casa.

Incógnitas

Pasaron dos semanas y nadie me explicaba la razón de mi estancia en Roma. Yo le hablé a Marlies Kücking y le dije que la salida de Venezuela fue tan rápida que el consiliario me aconsejó que para no perder tiempo escribiese a mis padres al llegar a Roma. Marlies me dijo que les escribiera, pero que ellas mandarían la carta a Venezuela para que desde allí la mandasen a mis padres a España. A mí me pareció una farsa que estando yo en Roma tuviera que mandarse mi carta a Venezuela para que fuese enviada desde allí a España. El por qué nunca lo supe.

Llegaron de Venezuela los señores Betancourt, ella a punto de morirse de cáncer. Estas personas hicieron posible la fundación del Opus Dei en Maracaibo. Era costumbre en Roma que cuando alguien llegaba de un país, la numeraria que estaba en la casa central de esa misma nación acompañase a los visitantes durante su entrevista con el Padre. A mí no me llamaron.

Me sorprendió un poco, pero tampoco concedí demasiada importancia al hecho.

Las visitas que monseñor recibía de uno u otro país estaban totalmente controladas y organizadas, porque habían establecido desde el gobierno central, con la aprobación del Padre, que 1)

los países tenían que explicar el por qué aquellas personas deberían ser recibidas por monseñor Escrivá; 2) en los países se les dejaba saber a quien decía querer visitar al Padre en Roma, las "necesidades" que monseñor Escrivá tenía, lo que significaba decirles que tendrían que traerle un regalo en "efectivo" o sea dinero, a más de cualquier otro "detalle". Muchas personas mandaban por adelantado un cheque o lo daban al llegar cuando

anunciaban su visita, pero desde luego, nadie de los que llegaba venía con las manos vacías.

Estos señores Betancourt visitaron al Padre, le hicieron un espléndido donativo y me invitaron a almorzar. Recibí la indicación de que me vendrían a buscar a la una y tenía que regresar a las tres, lo cual en Roma es imposible, porque los almuerzos, como es sabido, no son tan rápidos en ningún restaurante. Salí con ellos y, como tardaban más tiempo en servirnos el almuerzo que el permiso que yo tenía para regresar a la casa, decidimos que tomaríamos simplemente un aperitivo. Yo estaba tan tensa que en el mismo restaurante me puse realmente enferma y estuve vomitando. Este matrimonio me llevó a su hotel a que descansara un rato, aun a riesgo de llegar tarde a la casa. Mientras la señora subió a su cuarto, su esposo se quedó conmigo acompañándome en el vestíbulo del hotel y me dijo claramente que se me notaba muy diferente y muy tensa. Le dije que era cierto, porque llevaba ya tres semanas en Roma, no tenía oficio ni beneficio y no sabía aún a qué había venido. Me quisieron dar dinero, se volcaron conmigo y, finalmente, delante de mí, dijeron al mánager del hotel que, si algún día yo iba por allí, me dieran lo que necesitara, que todo corría de su cuenta. Se quedaron muy preocupados. Yo les dije que tuvieran prudencia cuando escribieran, porque me notaba vigilada y no sabía por qué.

En la vida de familia con la Asesoría Central me notaba totalmente vigilada. Se me hacían correcciones fraternas absurdas, como por ejemplo que al hablar se me notaba mi acento venezolano. Pero además, junto a la corrección fraterna, siempre agregaban el estribillo de:

"que mostraba un personalísimo enorme y que trataba de apagar a las demás". Cuando preguntaba que me indicaran un ejemplo para darme mayor cuenta de mi falta, nunca me lo dieron.

Por tanto, en la vida de familia me limité a hablar lo imprescindible.

A todas éstas, nadie me decía si iba a ir a España a visitar a mi familia o si iba a regresar a Venezuela. Nada. En el ambiente se dejaban traslucir varias cosas: sobre mí había planes; esos planes me los diría monseñor Escrivá; se

intentaba distraerme como a un niño; las confidencias eran temas tontos; yo no tocaba fondo. Un día, sin embargo, salí con una de las asesoras a comprar varias cosas para Venezuela. En Roma, cuando llega la directora de un país, suelen salir con ella para comprar algunas cosas pequeñas que pueda necesitar en aquella región. Pero me di cuenta de que aquello era una tomadura de pelo. Se estaban burlando de mí. Cuando regresamos de la calle, las risitas entre las asesoras eran demasiado notorias.

Me confesaba con don Carlos Cardona, confesor ordinario de la casa y de quien creo recordar era el director espiritual del gobierno central. En mi primera confesión le conté, un tanto angustiada, el trato extraño que recibía en la casa por parte de las superioras, el cual no tenía nada que ver con la explicación que sobre mi viaje a Roma había recibido del consiliario de Venezuela, y que, entre otras cosas, yo no había vuelto a ver al Padre desde la noche de mi llegada. En mis dos primeras confesiones don Carlos Cardona se mostró amable y comprensivo, pero a los pocos días se transformó: me repetía sin cesar que mi salida de Venezuela era providencial, porque mi salvación estaba en peligro debido a una soberbia sutilísima que él, como confesor, comprendía y veía en nombre de Dios, pero que era difícil concretarme nada como yo le pedía. Me repetía sin cesar que veía muy difícil mi salvación, pero sin concretar la razón. Comprendí, por el cambio de actitud en el confesor, que bien el Padre, o bien las superioras por indicación del Padre, le habían dado unas directrices a seguir conmigo. Mi angustia iba haciéndose terrible.

Me hacían entrever en mi confidencia y en mi confesión que yo había hecho cosas terribles en Venezuela, dándome a entender que contra el Padre y contra el espíritu de la Obra, pero cuando preguntaba y pedía que me las concretasen para poderme corregir y arrepentirme de ellas, la única respuesta que recibía era que cómo era posible que no me diera cuenta. Y de ahí nadie salía ni me concretaba nada.

Mi angustia iba haciéndose terrible hasta el punto de que una noche, después de cenar, decidí hablar con Mercedes Morado, la directora central. Abiertamente le dije que notaba una gran tensión a mi alrededor y que, por favor, me dijera qué pensaban hacer conmigo, ya que había pasado un mes

desde mi llegada de Venezuela y no sabía qué hacía en Roma. Y me eché a llorar. Ella se mostró sumamente fría y dura conmigo y, como dando por terminada la conversación, mc dijo:

–Yo no sé nada, ¿me crees?

A lo que le respondí que me costaba trabajo creer que ella, que era la directora central, no sabía por qué estaba yo en Roma. Pero le dije al final:

–Sí, te creo. Como aún creo en la nota del Padre en que decía que venía aquí a descansar por unos días.

Acusé en la confidencia varios puntos que notaba violentamente en la casa central: falta de universalidad; un ambiente marcadamente español; no se hablaba italiano y el país alrededor del cual giraba todo era España; poco cariño ambiental y mucha frialdad por parte de las directoras; un servilismo más que cariño hacia el Padre y un excesivo culto a su persona; poca naturalidad en la vida de familia y falta de libertad para salir y entrar. Y sobre todo dije, también en la confidencia, que había un sentido de la discreción que, a mi modo de ver era misterio, pero misterio tonto. Por ejemplo, no decían nunca cuándo una numeraria iba a llegar de un país, y nos enterábamos cuando un buen día nos la encontrábamos por un pasillo o se la veía en el oratorio.

Por supuesto que tanto Marlies Kücking en la confidencia, como don Carlos Cardona en la confesión, me dijeron que todo esto era espíritu crítico mío. Y por haber hablado yo, pero superficialmente, de alguna de estas facetas con alguna numeraria mayor o con alguna sirvienta que me recordaba los años del 52 al 56, siempre me hicieron correcciones violentísimas, diciéndome que era murmuración, escándalo y mal ejemplo. Llegó un momento, en que no sabía ni de qué hablar.

Las superioras jamás me hablaban de Venezuela. Yo tenía la impresión de ser un extraterrestre en aquel ambiente.

Una noche, Rosalía López, la sirvienta que expliqué era la doncella del Padre, me dijo:

–Me ha preguntado el Padre que cómo está usted. Yo, al Padre, no le había vuelto a ver desde la noche de mi llegada.

–Y ¿qué le dijo usted? – le pregunté.

–Pues que está muy venezolana y que habla como allá.

La verdad es que yo tenía buen cuidado de que no se me deslizara nada delante de ella, porque sabía de fijo que iba con el cuento al Padre.

El ambiente de Villa Sacchetti y de la casa central me recordaba plenamente el expresado en la película "Historia de una monja", basada en la novela de Catherinc Hulme, cuando pintaba la casa central de la orden en Bélgica y llamaba a aquellas superioras "las reglas vivientes". Era el mismo sentimiento que tenía yo: el de que estaba hablando con "reglas vivientes", no con seres humanos.

El ambiente de la casa de Roma, como decía al hablar de él en mi confidencia, era policíaco:

entre la frialdad de las superioras, el encerramiento, las tablas de la ley y la letra del espíritu vivida, en vez de vivir el espíritu de la letra, unido a esa "discreción misteriosa" que digo y, arropado todo ello, con "el Padre dice", "al Padre le gusta que", "el Padre ha dicho", "el Padre pasó por aquí", etc., etc., etc.

Mi pensamiento era doble: por una parte pensaba si la Roma que yo conocía de los años 52 al 56 no era más abierta que esta otra Roma que presenciaba ahora. Entonces trabajábamos como locas, pero yo la recordaba más humana. Por otra parte pensaba que el carácter abierto y sincero de Venezuela me había cambiado, y ahora, al regresar a esta casa del gobierno central, me sentía asfixiada. No se hablaba de la Iglesia, no se hablaba de apostolado, se hablaba solamente de proselitismo. No se hablaba tanto de Dios como del Padre. El Concilio Vaticano II se estaba celebrando, pero ni se mencionaba en una sola tertulia. Yo me sentía aplastada.

La víspera de un primer viernes y antes de entrar en cl oratorio, Rosalía López, la doncella de monseñor Escrivá, me dijo:

–Usted, señorita, despídase de su tierra, porque no vuelve a Venezuela.

Mi respuesta fue recordarle, como dije anteriormente, que las cosas oídas en la casa administrada no las debía repetir nunca. Pero, de todas formas, se lo dije a la directora central, quien me respondió: "¿Y a qué le haces más caso, a lo que te diga yo o a lo que te diga una sirvienta?" -Claro, a lo que me digas tú -fue mi respuesta.

–Pues entonces no le hagas caso a la sirvienta.

En cierta forma, me fui más tranquila a la vela del Santísimo.

Aprovechando la oportunidad de que algunas personas vinieron de Venezuela, y como aún no me habían dicho expresamente que debería entregar mis cartas a la directora, me acogí a que era superiora mayor y escribí dos o tres cartas cortas a mi directora en Caracas, contándole la incertidumbre en que vivía, la angustia que sentía y el clima tan cerrado de la casa.

Desengaño

En el mes de noviembre me avisaron que el Padre me llamaba. Fui a la sala de sesiones de la Asesoría Central. Esta habitación no es muy grande, para llegar a ella hay que cruzar el oratorio de la Asesoría. Están las paredes y las sillas de respaldo alto tapizadas de rojo. Una mesa frailuna en el centro. En una pared hay un nicho con una hornacina, donde está la Virgen de la Obra. Es una imagen pequeña, tallada conforme a la visión que monseñor Escrivá tuvo de Nuestra Señora, nos dijeron "en voz baja".

Eran las doce del día. Entré en la sala. Monseñor Escrivá estaba sentado a la cabecera de la mesa. No estaba don Alvaro del Portillo. Sin embargo, a su izquierda estaba sentado don Javier Echevarría, que entonces no tenía absolutamente ningún cargo relacionado con la sección de mujeres. A la derecha de monseñor Escrivá estaba sentada la directora central, Mercedes

Morado, y a la derecha de ella, la prefecta de estudios, Marlies Kücking. Monseñor Escrivá me mandó sentar junto a Marlies. La conversación fue así:

–Mira, Carmen; porque yo no te voy a llamar María del Carmen como a ti te gusta – ijo, mientras recorría con la vista a los concurrentes como buscando aprobación-. Te he llamado -siguiópara decirte que te quiero trabajando aquí, en Roma. ¡No vuelves a Venezuela! Te trajimos de allí "engañada" -dijo, sonriente, casi divertido- porque si no, con el geniete que tú te gastas, no sé de lo que hubieras sido capaz. Y te tuvimos que traer así. O sea que ya lo sabes: no vuelves a Venezuela. Allí no haces falta y no volverás nunca. En un momento dado te mandé porque tenías que sacar las castañas del fuego y lo hiciste muy bien. Ahora ¡maldita la falta que haces! Es mejor que no vuelvas nunca mas.

Mi voz sonó como algo inesperado en aquella reunión e hizo que todos volvieran la vista a mí con asombro y rechazo cuando dije con todo respeto:

–Padre, me gustaría vivir y morir en Venezuela.

Monseñor Escrivá se levantó de su silla con tono verdaderamente airado y me gritó:

–¡¡¡No y no!!! ¿Oíste? ¡No vuelves porque no me da la gana y yo tengo autoridad para mandarte a ti y a éste y a ésta y a ti, grandísima soberbia! – Mientras de pie apuntaba con el dedo a cada uno de los asistentes-. ¡¡¡No vuelves!!! – decía gritando.

Fue como si se me hubieran caído las escamas de los ojos.

Le respondí acongojada:

–Padre, me cuesta mucho.

–Pues si a ti te cuesta -me dijo monseñor Escrivá-, a mí -dijo dándose un golpe en el pecho y gritando- ¡también me cuesta no volver a España y aquí

estoy: fastidiado en Roma! Y si tú quieres a Venezuela, ¡más quiero yo a España! O sea que te aguantas.

Se levantó monseñor Escrivá y todos también nos levantamos. Dirigiéndose hacia la capilla de reliquias se volvió jadeante y me dijo:

–Además ¡eso es soberbia! Ahora voy a celebrar la misa y te encomendaré. Quédate un rato en el oratorio. – Y se fue por la capilla de reliquias.

Me quedé un rato en el oratorio y le dije a la directora central que quería hablar con ella. Fui a su cuarto de trabajo y lloré sin parar. Sé que entre mis sollozos le repetía que lo que más me había dolido era verme engañada y comprobar que el Padre mentía y había hecho mentir a los demás, y que eso no me cabía en la cabeza. También le dije que me parecía una falsedad que el Padre hubiera impreso una carta donde dice que "se preguntara a la gente si quiere ir a un país o no" y que a mí no sólo no me habían preguntado nada, sino que me habían mentido todo ese tiempo. Y entre mi llanto le repetí muchas veces que me destrozaba que el Padre hubiera mentido.

Fui a mi cuarto y no quise comer. Pasé allí toda la tarde. La médica, María Jesús de Mer, vino a mi cuarto y contra mi voluntad me forzó a tragar unas pastillas sin decirme qué eran. Me durmieron.

A las diez de la mañana del día siguiente Mercedes Morado, la directora central, me mandó llamar al soggiorno de "La Montagnola" (la casa de la Asesoría Central). Con ella estaba la secretaria de la asesoría, Mary Carmen Sánchez Merino y Carmen Puente, la procuradora, que era mexicana. La directora central me preguntó si estaba más tranquila. A lo que le respondí que sí, pero me encogí de hombros como la persona a quien no le queda otro remedio. Me preguntó igualmente si seguía pensando que en la nota me mintieron y que el Padre me había engañado y había mentido. Le dije:

–Sí. Lo sigo pensando igual, por supuesto.

Al percatarme de que me hacía estas preguntas delante de asesoras que no habían estado el día anterior en la reunión, le pregunté: "¿Y esto qué es? ¿Una admonición?" (Admonitiones son las reprimendas oficiales que se le

hacen a un miembro del Opus Dei en materia grave. Son necesarias tres, al menos, para dimitir a una asociada, Constituciones-1950, p. 63 y siguientes).

A lo que Mercedes me contestó:

–No, no. Es cariño y ganas de ver cómo estabas. Muy bien. Ahora vete a tu cuarto.

Me fui a mi cuarto.

Primera admonición canónica No habían pasado ni veinte minutos de haber llegado a mi cuarto, que estaba en el otro extremo de la casa, cuando me avisaron por el telefonillo interior del pasillo que fuera de inmediato a la sala de sesiones de la Asesoría Central.

Entré. Monseñor Escrivá estaba de pie y se le veía iracundo. A su izquierda estaban don Javier Echevarría (ahora monseñor Echevarría) y don Francisco Vives, ambos con cara de consecuencia.

A la derecha del Padre estaba la directora central, Mercedes Morado, María Jesús de Mer, la médica, y Marlies Kücking, la prefecta de Estudios. Todos tenían aspecto enfurecido. Yo me sentí aterrada ante el cuadro.

La entrevista fue asi:

–Me han dicho éstas -dijo monseñor Escrivá apuntando con el dedo a la directora central y a las otras dos asesoras allí presentes- que has recibido la noticia de que no vuelves a Venezuela con histerismo y lloros. – Y gritándome, fuera de sí, me dijo-: ¡¡¡Muy mal espíritu!!! ¡Y no vuelves a Venezuela ni volverás porque has hecho una labor personalista y mala! ¡Y has murmurado documentos míos! ¡¡¡Documentos míos, los has murmurado tú!!!

Y esto me lo decía jadeante y con su puño cerrado llevándolo hacia mi cara. Y agregó:

–¡¡¡ Y eso es grave!!!, ¡¡¡grave!!! ¡¡¡GRAVE!!! Y te hago una admonición canónica. ¡¡Y que conste en acta!! – dijo dirigiéndose a Javier Echevarría que, repito, no tenía cargo alguno en la Asesoría Central-. A la próxima- siguió monseñor Escrivá- ¡vas a la calle! ¡Siempre con enredos desde aquel año 1948! ¡Tú y el otro! ¡Y ahora me vienes con éstas! Y no llores porque lo que te pasa es que eres soberbia, soberbia, soberbia…

–Y repitiendo esta palabra se fue yendo por la sala de cálices, hacia la sacristía mayor.

Yo me quedé de piedra. Ni me moví. La directora central me dijo en tono enfadadísimo: "¡Vaya disgustos que le estás dando al Padre!" Quisiera aclarar aquí el hecho del pasado al que se refiere indiscutiblemente monseñor Escrivá: en 1948, cuando yo tenía planteado mi problema vocacional, hice un viaje a Valladolid para asistir a una reunión de antiguas alumnas en el Colegio de las Dominicas Francesas. De paso hablé sobre ello con mére Marie de la Soledad, quien como dije, no veía clara mi vocación al Opus Dei. Sin embargo, llegué a la conclusión de que si Dios me lo pedía no debía dudar ya más, y de una vez para siempre, no pensar más en mi novio. Volví a conversar con esta religiosa, quien me aconsejó que le comunicara cuanto antes a mi confesor, el padre Panikkar, la solución definitiva a que había llegado. Y no se me ocurrió otra cosa mejor que enviarle un telegrama a "Molinoviejo", donde él pasaba aquellos días. Creo que el texto del telegrama era una cosa así: "Lo he ofrecido todo por las misiones aunque queriéndole más que nunca." (Me refería a mi novio, por supuesto.) Y firmaba. Naturalmente que mi confesor entendió el texto, pero por lo visto no así el director de aquella casa, quien abrió el telegrama y lo comentó, como me dijeron más tarde, a un superior del Opus Dei. Pasaron varios meses y en uno de los viajes que hizo a Madrid Encarnita Ortega (ella ya vivía en Roma), me llamó a "Zurbarán" y me dijo de la manera más grosera que "yo me había declarado a un sacerdote del Opus Dei por telegrama". Yo me quedé petrificada, porque nada más lejos de mi mente. Y se lo hice saber. Cuando me contó que ella y el Padre así lo creían, no podía dar crédito. Le expliqué las cosas, pero no quiso entender. Entonces, le dije que lamentaba que una cosa así se hubiera interpretado tan torcidamente, que lo sentía de veras y que le pediría disculpas a mi confesor y a monseñor

Escrivá, diciéndole que ni de cerca ni de lejos quería ofender a alguno de sus sacerdotes, y menos a mi confesor. Después de aquello yo fui mucho menos a "Zurbarán" por un tiempo. Ahora, pues, en esta admonición, monseñor Escrivá me hacía recordar aquel hecho tan desagradable y sin fundamento.

Se fueron todas las de Asesoría y me dejaron sola, viendo mi estado de angustia. Sólo me hicieron una indicación: "Llega puntual a la hora del almuerzo." Yo no podía dar crédito a lo que oía, a lo que veía: aquel Padre bueno, cariñoso, que yo siempre había querido y por el que había hecho todo en mi vida desde que llegué al Opus Dei, me acababa de hacer una admonición, con la amenaza de echarme del Opus Dei. Me parecía, dentro de mis pensamientos entrecruzados de aquel instante, que se estaban sacando las cosas de quicio. No podía aceptar que monseñor Escrivá fuera tan duro y no me brindara la oportunidad de hablar con él a solas, de preguntarme y oírme antes de juzgarme, y de juzgarme en público. Tenía la impresión de vivir un juicio sin defensor y sólo con fiscal, sin darme ocasión a explicar las situaciones y, sobre todo, me dolían los modales del Padre, o mejor dicho la falta de modales de caridad más absoluta, la falta de comprensión más total.

La expresión de monseñor Escrivá de "a la próxima vas a la calle" me daba vueltas en la cabeza y no me lo podía creer.

Supongo que los documentos a que monseñor Escrivá se refería cuando hablaba de "murmuración" fueron los siguientes: a) mis comentarios abiertos, no precisamente murmuración, hechos al consiliario y al sacerdote secretario regional de Venezuela sobre que no se daba libertad a las asociadas del Opus Dei para que, llegado el caso, pudieran confesarse con quien quisieran sin crearles un sentimiento de culpa, siempre que fuera un sacerdote del Opus Dei o, dado el caso, con cualquier presbítero que tuviera licencias ministeriales. Esto, que así está escrito en los documentos del Opus Dei, significa "mal espíritu" si alguien lo hace; b) que yo consideraba todo ello una falta de libertad seria, contraria a la libertad de la que en el Opus Dei nos decíamos pioneros; c) mis comentarios, igualmente abiertos y en plan de labor de gobierno, con las superioras de la Asesoría Regional de

Venezuela cuando llegaban notas en plan mandatorio, por ejemplo: "las nuestras harán mensualmente una excursión al campo" y, como Venezuela no tiene campo sino selva, las interpretamos yendo a una playa privada en tiempos en que no estaban concurridas y aprovechando que alguna persona amiga o cooperadora nos prestara su apartamento. También cuando nos pedían de Roma buscar subscripciones para la entonces naciente "Actualidad Española", revista llevada por el Opus Dei, pero que por su falta de calidad y de puntualidad a nadie le interesaba en Venezuela.

Incomunicación

Pero vuelvo a la tarde del día en que me hicieron la primera admonición: Marlies Kücking llegó a mi cuarto y me dijo que el Padre había indicado lo siguiente: a) que no volviera a escribir más a Venezuela; b) que no me entregarían ninguna carta que llegase de allí para mí; c) que si llegaban visitas de Venezuela y preguntaban por mí, les dirían que "estaba enferma o fuera de Roma"; d) que tenía que reparar con mi vida el daño que había hecho en Venezuela; e) que procurarían que en Venezuela todos me olvidaran y que harían lo posible para que todos vieran el "mal espíritu" que tenía; f) que yo había deformado el espíritu de la Obra; g) que "sólo rezando y obedeciendo ciegamente salvaría mi alma"; h) que nadie en la casa tenía que darse cuenta de "mi triste situación". Que querían ayudarme a que saliera de ese bache (el término "bache" designa, en el Opus Dei, cualquier problema espiritual en que alguien se halla sumido)

en el que estaba metida por soberbia. Yo callé. Acepté lo que me dijo Marlies y sólo le pedí que me dijeran cómo seguía Begoña Elejalde de salud, puesto que su enfermedad era grave y estaba recientemente operada. A este ruego mío me contestó Mercedes Morado días después diciéndome que "no podía ni preguntar cómo seguía de salud Begoña, aunque posiblemente se me viniera al pensamiento, pero que la voluntad tenía que exigir al entendimiento no preguntar…".

Es decir ponían la voluntad por encima del entendimiento.

La enfermedad de Begoña la supimos poco tiempo antes de dejar yo Caracas. Al saber que la habían operado, su familia llamó de Bilbao, pero yo recibí orden del consiliario, don Roberto Salvat, de no decirles la enfermedad que tenía y de quitarle importancia al asunto. Es más: me prohibió terminantemente decirle la verdad a Begoña. Cuando ésta hablaba conmigo y me pedía que le dijese la verdad, yo tenía que quitarle importancia y con un sufrimiento inenarrable, callármela. A mí este asunto me pareció desleal hacia esta familia y no digamos hacia Begoña.

Sé que la mandaron a España y una vez, por casualidad, nos encontramos en el aeropuerto de Barcelona. Me dio alegría comprobar que era la misma persona de siempre y que estaba muy contenta del encuentro. Sin embargo, en lo corto de la conversación sólo hablamos generalidades a propósito de su hermana a quien había ido a despedir.

Después de la visita de Marlies a mi cuarto, me cambiaron de habitación y me encargaron de todos los oratorios de la casa. En la casa central de Roma había alrededor de catorce o quince oratorios, entre ellos varios de los que dependían otros oratorios pequeños. Es decir, existían varias sacristías grandes donde se guardan los ornamentos, vasos sagrados, etc., para cada uno de los oratorios dependientes de ella: la Sacristía de Santa María, de los Santos Apóstoles, de Villa Sacchetti. Mi trabajo consistía en preparar los ornamentos para cada una de las misas que se celebraban en la casa administrada y además planchar los lienzos del oratorio, preparar las velas de cada uno de los juegos de candeleros – ue eran distintos en cada oratorio- y hacer todas las hostias. Era un trabajo de locura, porque los oratorios estaban distantes, en cada uno de ellos se celebraban varias misas y el tiempo para hacer este trabajo por las tardes era mínimo.

Por las mañanas tenía que recoger todos los ornamentos usados en las misas y traerme a la casa los lienzos sucios.

No me ayudaba nadie en este trabajo, excepto en los días de fiesta que se usan los cálices más ricos, guardados habitualmente en la habitación llamada "sala de cálices". Cada cáliz tiene su estuche y ha de transportarse dentro de él. Hay una gran riqueza de cálices en la casa central del Opus

Dei. Cada región le ha enviado al Padre alguno o ha contribuido a que se lo confeccionen.

De hecho, cuando una numeraria llega al Opus Dei, entrega todas las alhajas que tiene, las cuales, aprovechando "un correo seguro a mano", se llevan a Roma. No podría valorar exactamente durante mi tiempo en Venezuela la cantidad de alhajas, además de perlas y piedras preciosas, que mandamos a Roma, y cuyo valor era incalculable. Una persona que había sido numeraria por muchos años en Venezuela me recordaba que yo una vez le había dicho que quitase la piedra preciosa de su anillo -un buen brillante, creo- para poder enviarlo a Roma y que, en su lugar, pusiera una piedra falsa. Incluso recordaba esta persona que cuando ella me dijo que su madre podría notarlo, yo le había sugerido que, si eso sucedía, le dijera a su madre que el anillo estaba sucio. También yo incurría en mentiras por afán de ayudar a Roma y al Padre.

Muchas veces le oí a monseñor Escrivá decir que quería tener un cáliz cuyo tornillo de sujeción entre el pie y la copa fuera "un gran brillante". Recalcaba que él no quería que se viera, sino que lo viera Nuestro Señor…

La siguiente indicación que recibí fue que me ocuparía también de las limpiezas de la casa administrada. Pensé que acaso podría ahogar en el trabajo mi angustia interior.

Yo quería informar a mi directora en Venezuela y a las otras de la Asesoría de mi situación en Roma y de que ya no regresaría más. Como hacerlo por "canales legales" con arreglo al Opus Dei era imposible, logré una tarde salir con una de las de Asesoría que no sabía italiano y, con el pretexto de que tenía que ver si los señores Betancourt habían dejado a mi nombre algo para el Padre, fui al hotel donde ellos estuvieron. Llevaba preparada una nota que le alargué al mánager con el ruego de que la cumplimentara mientras le preguntaba si los Betancourt habían enviado alguna cosa para mí. Estos empleados son listísimos y, al verme con alguien desconocido y recordar perfectamente el encargo que había recibido de aquellas personas, me dijo cortésmente que esperase un minuto. Desapareció. Y dos minutos después, sin el papel en su mano, y con toda amabilidad y discreción me

dijo que se acordaría de avisarme si algo llegaba, mientras agregaba: "Tutto a posto, signorina" (No se preocupe que todo está arreglado) Y creo que el telegrama llegó a Venezuela. Simplemente decía que me quedaba en Roma por orden terminante del Padre.

A partir de ese día -noviembre de 1965- hasta el mes de marzo de 1966, me tuvieron "totalmente incomunicada de todo contacto exterior: con prohibición absoluta de salir a la calle bajo ningún concepto, así como tampoco recibir o hacer llamadas telefónicas, ni escribir o recibir cartas. Tampoco salía para la llamada "salida semanal" o "excursión mensual". Estaba presa." Mi mentalidad era de presidiaria: aprendí a conocer a las personas por su caminar. Y a saber el tiempo que cada quién empleaba para hacer cualquier trabajo. Yo no preguntaba nada. Julia, la sirvienta mayor, que me conocía de tantos años atrás, recuerdo que me dijo un día en el planchero:

"Señorita, no se olvide que Dios lo ve todo y no la dejará", y movía la cabeza expresando su disgusto: "Vamos, vamos" Aunque yo no abría la boca y no se me escapó jamás una queja, la gente de la casa se dio cuenta de que no me dejaban moverme y del trato que Marlies me daba, sin respeto de clase alguna. Casi dos semanas después de la admonición me llamaron a la sala de sesiones de Asesoría Central. Para mí, entrar en ese cuarto era temblar.

Estaban allí reunidos: don Francisco Vives, secretario central para la sección de mujeres en el mundo, don Javier Echevarría, sin cargo respecto a la sección de mujeres, la directora central, Mercedes Morado, y Marlies Kücking, prefecta de Estudios y quien llevaba mi confidencia.

Don Francisco Vives me dijo que me sentara porque me quería aclarar algo relativo a la admonición que me había hecho el Padre. La aclaración fue en estas líneas:

a) "Que había murmurado yo de los escritos del Padre y que tuviera en cuenta que cualquier escrito que el Padre envía a las regiones lo somete a la revisión de la censura interna sin tener por qué, y que yo había tenido la

osadía de poner en cuarentena escritos del Padre." b) "Que estaba apegadísima a Venezuela y que eso era fatal." c) "Que tenía soberbia diabólica porque la gente me había llegado a querer tanto en Venezuela que se detenían en mí y no iban a la Obra." d) "Que yo, personalmente, hacía daño y sombra a la Obra." e) "Que tenía que cortar todo trato con Venezuela, de tal manera que no tendría nunca más relación ni trato con nadie de allí." f) "Que se había enterado que yo había pedido en mi confidencia marcharme de Roma a España, pero que tuviera en cuenta que mi propio problema lo tendría que resolver en Roma, ya que el Padre, por un amor especial que me tenía, había dicho que me quedase en Roma." g) "Que tendría que llenar mi día intensamente de trabajo." h) "Que tenía que empezar desde abajo y más que desde abajo; que me tenía que olvidar de todo lo que sabía y había hecho y preguntar absolutamente todo a mi directora por una vía de infancia espiritual: desde cómo me tenía que poner las bragas hasta cómo me tenía que abrochar el sostén." i) "Que me olvidara de mi experiencia y vida transcurrida, y le pidiera a Dios humildad de niño." j) "Que me iba a ser muy difícil por lo terriblemente diabólica que era mi soberbia, pero que todos iban a rezar especialmente por mí para que saliera de este bache en el que estaba sumida." k) "Que no pensara en salir de Roma, ni que mi estancia en Roma sería transitoria. Que tenía que permanecer allí en la forma y modo que me dijera el Padre." l) "Que nadie en la casa podía darse cuenta de mi 'triste situación'." m) "Que era inaudito lo que yo le había dicho al Padre, de que "quería vivir y morir en Venezuela", porque nadie en la Obra le había respondido jamás al Padre a nada que él dijera." A todo eso agregó que yo "no era nada ni nadie en la Obra". Recuerdo perfectamente el tono despreciativo, los gestos de desagrado que acompañaron a sus palabras durante esta "conversación".

De don Francisco Vives partió la idea de que me tenía que ir a confesar de inmediato.

Cuando iba oyendo todo aquello, me parecía que estaba viviendo una pesadilla, aunque era prácticamente repetición de lo que me había dicho Marlies Kücking en días anteriores.

Comprendí que mis confidencias y confesiones se manoseaban y que, con la excusa de "ayudarme a salir del bache", mi alma estaba en la plaza pública.

Por supuesto hay que tener en cuenta que para que un sacerdote como don Francisco Vives me hiciera semejante "recolección" de los hechos pasados, tenía que haberlo hablado primero con monseñor Escrivá. No tuve la menor duda.

Durante esos meses la tensión era brutal y las confidencias con Marlies Kücking una verdadera tortura.

Para hacer mi confidencia con ella debía seguir un protocolo: tenía que llamarla por teléfono, recordarle que era mi día de la confidencia y preguntarle a qué hora le convendría. Al llegar yo puntualmente, casi siempre a la sala de visitas de "La Montagnola", la casa de la Asesoría Central, había veces que me tenía esperándola más de hora y media. Un día le dije que posiblemente sería una "falta de espíritu", pero que estaba angustiada pensando en la salud de Begoña, la numeraria que tenía la enfermedad de Hodgkin. Me dijo que sí, que era mal espíritu, porque no tenía que pensar en nada ni nadie que se relacionase con mi estancia en Venezuela. Varias numerarias venezolanas estudiaban en "Villa delle Rose", sede del Colegio Romano de Santa María. Habían salido del país un mes antes que yo. Eran: Mirentxu Landaluce, Mercedes Mujica y Adeltina Mayorca. Todas ellas estaban en consejos locales de varias casas en Caracas antes de ir a Roma. Por supuesto no las había visto aún. Recuerdo que me dijo la directora central, recién llegada yo a Roma, que fuera con Montse Amat, una asesora catalana, a visitar aquella casa. Llegamos y, ¡oh, sorpresa!, las alumnas se habían ido todas de excursión. Sólo estaba Adeltina Mayorca y una de las del consejo local, Blanca Nieto, que era la subdirectora de la imprenta cuando yo salí de Roma la primera vez. Quizá yo me hubiera tragado el cuento mejor si Montse Amat, que estaba como digo en el gobierno central, no me hubiera dicho que ella "no sabía que les tocaba excursión". Me di cuenta clara de que no querían en Roma que yo conociera a las alumnas ni que ellas me conocieran a mí. Recordé el dicho venezolano de "¿Qué es una raya más para un tigre?" y lo dejé estar.

Bien. Estas alumnas, casi semanalmente, venían a Roma y de hecho almorzaban o merendaban en la casa central. Marlies Kücking me ordenó que cuando vinieran, especialmente si había alguna de las venezolanas, que no hablase con ellas. Un día que me vieron hablar con una de ellas en la escalera, me sometieron al mayor de los interrogatorios; y luego supe que a ella también. Marlies me preguntó qué temas habíamos tocado en la conversación, si habíamos hablado de Venezuela y sobre qué y quiénes. Este interrogatorio se repetía alterando e1 orden de las preguntas. Era una auténtica checa. Las cosas más corrientes ellas las convertían en "crímenes de guerra". De lo que yo no me daba cuenta entonces era de que estos métodos de preguntar y repreguntar mil veces sobre lo mismo no es otra cosa que lo que se hace en cualquiera de los sistemas represivos que aún, por desgracia, existen en el mundo. Lo que no puede aceptarse es que, en el nombre de Dios y de la Iglesia, el Opus Dei acuda a estos métodos para "lograr información". Y aquí es cuando el sistema del Opus Dei se identifica con el sistema de cualquier secta. Además, la Inquisición fue abolida hace siglos.

Pocos días después de que monseñor Escrivá me hiciera la primera admonición, Marlies Kücking me llamó al soggiorno de la Asesoría Central y me dijo que, como podía suponerme, yo había dejado de ser directora de la región de Venezuela, y que me entregaba copia del rescripto número 215 para que hiciera la meditación con el mismo, según tenía indicado el Padre.

Esta nota, más bien larga, escrita por el Padre, dice que "los cargos son cargas y se deben dejar con la misma alegría que se recibieron". Indiqué a Marlies que aquella tarde ya había hecho la oración, pero que lo haría al día siguiente. Con la mayor naturalidad le pregunté:

–¿Quién se quedó de directora regional?

Pregunta que la irritó sobremanera. Llegó a decirme:

–Como comprenderás, Carmen, es una falta de delicadeza y de discreción que tú, en tus circunstancias, me hagas esa pregunta. ¡Eso a ti no te interesa,

vamos! ¿ Cómo es posible que se te haya ocurrido preguntarlo? ¿No lo entiendes?

Mi respuesta fue:

–No, no lo entiendo. Pero es igual: lo acepto plenamente.

Ante el aislamiento que sufría, pregunté a Marlies en una de mis confidencias si una admonición canónica llevaba penas subsecuentes, y me dijo que no.

También le hice la misma pregunta a la directora central, Mercedes Morado, y me respondió lo mismo. Ambas, Marlies y Mercedes, me dijeron que nadie me tenía "oprimida", que eran "imaginaciones mías". También agregaron que: "todo lo que hacían era por indicación del Padre para facilitarme la recuperación interior". Pedí permiso para salir en varias ocasiones y la respuesta fue siempre un "no".

Visita de la señora De Sosa

En el mes de diciembre llegó a Roma la señora Ana Teresa Rodríguez de Sosa, mi amiga de Venezuela. Llamó por teléfono y dio la casualidad que, por una circunstancia que no recuerdo – tal vez que las sirvientas estuvieran haciendo la visita al Santísimo después de almuerzo- al sonar el teléfono, y dado que yo era la única que hablaba italiano de las que estábamos allí, respondí yo. Preguntó por mí, pero, naturalmente, de acuerdo a las "reglas" yo no me identifiqué sino que por el telefonillo interior avisé a la directora central que la señora De Sosa estaba al teléfono, para que pudieran pasar la clavija del aparato a su despacho. Me dijo que atenderían ellas.

Aquel día recé con toda mi alma y le pedí a Dios que me dejaran verla. Por la noche, Marlies me dijo que la llamase a la señora De Sosa al hotel donde estaba que me disculpara diciendo que cuando ella llamó yo había salido (de nuevo la mentira) y que podía venir a verme al día siguiente por la tarde.

Cuando la llamé al hotel, la señora De Sosa -quien como expliqué anteriormente no tenía pelos en la lengua- me dijo que le parecía muy extraño que no la hubiera llamado yo hasta esa noche, habiéndome llamado otras veces, cosa que yo ignoraba.

–Mi hijita, todo me parece extraño. Te he llamado varias veces y no has contestado. ¿Es que te tienen presa y no puedes contestar a mis llamadas? – Ella lo dijo medio en broma, y yo, como no sabía si me estaban escuchando por el teléfono de la Asesoría que estaba conectado con éste, le respondí en francés que así era y que hiciera lo posible y lo imposible por hablar conmigo a solas cuando viniera a verme al día siguiente.

Lourdes Toranzo fue la numeraria que atendió a la señora De Sosa en sus previas visitas a Roma. Me irritaba sobremanera oírla comentar sobre esta señora "a la que había que atender bien porque daba mucho a la Obra", pero no se vislumbraba un ápice de cariño sincero.

Lourdes comentó que la señora De Sosa le había dicho que traería por la mañana unas flores para el oratorio. Coincidió que esa mañana una numeraria peruana, que había estado encargada de los oratorios, me estaba enseñando el funcionamiento de los cuadros de luces, localizado cerca de la puerta de proveedores, que estaba abierta porque la portera hacía la limpieza.

De repente oí claramente la voz de la señora De Sosa que, al ver abierta la puerta de proveedores y ver a la sirvienta, le dejó unas orquídeas para el oratorio. Movida por una reacción instintiva salí por esa misma puerta a ver si la alcanzaba, porque temí que no me dejaran hablar a solas con ella por la tarde, pero la señora De Sosa se había subido ya al taxi y éste se alejaba hacia Bruno Buozzi. No me vio. Y volví desolada a la casa. Mi salida no duró minuto y medio.

La portera, que como digo limpiaba la zona llamada proveedores y tenía la puerta abierta, al verme salir, reportó inmediatamente a la Asesoría por el telefonillo interior que yo había puesto los pies en la calle (y nunca con mayor propiedad la expresión).

Yo volví al cuadro de luces, que estaba ahí mismo, y le dije a la peruana: "Me temo que me van a echar una bronca por haber intentado saludar a la señora De Sosa." Esta muchacha joven me dijo: "El plan que te tienen es absurdo, pero no creo que lo hagan." Justo en ese momento apareció Marlies y, con un gesto característico de ella cuando estaba furiosa (en medio de todo, Dios me conservó mi sentido del humor y me recordaban, ella y Mercedes cuando estaban fúricas (furiosas), a esos tejones de Walt Disney que enseñan los dientes), me preguntó:

–¿Qué sucedió con la señora De Sosa?

Le dije que había oído su voz y que había intentado salir para saludarla. Marlies, en el colmo de su enfado, furiosamente me dijo:

–Como sigas así habrá que tomar otras medidas más fuertes y severas contigo, medidas más enérgicas. ¡Es intolerable lo que has hecho!: has contravenido una orden tajante de que no puedes salir de la casa.

Le pedí perdón, pero indiscutiblemente esperaba la represalia.

Aquella misma tarde esperaba que me avisaran la llegada de la señora De Sosa y, justo en el momento de anunciarme la portera que esta señora había llegado, me dijo Marlies que también estaría Lourdes Toranzo conmigo en la visita y que llevase a la señora De Sosa al soggiorno de Villa Sacchetti.

No me quedaba otro remedio y accedí. Llegué a la sala de visitas y estaba la señora De Sosa sola. Le entregué una carta que había preparado para ella y salí a avisar por el telefonillo interior a Marlies que Lourdes no había llegado. Marlies me dijo que no importaba, que estaba bien, pero que "procurase que la visita fuese corta".

Cuando volví a la salita, la señora De Sosa me explicó que Lourdes Toranzo había aparecido para estar con ella y conmigo, y que ella le había dicho lisa y llanamente, a Lourdes, que a ella ya la había visto el día anterior y que era a mí a quien quería ver y con quien quería hablar.

Subimos al soggiorno de Villa Sacchetti y le señalé con el gesto un lugar para que se sentase fuera del alcance del micrófono que estaba instalado en esa habitación. Monseñor Escrivá había hecho que se instalaran micrófonos en varios lugares de la casa conectados todos con su cuarto. Uno de ellos en el soggiorno o cuarto de estar, otro en el oratorio, otro en el planchero, y otro en las camarillas de las sirvientas; y luego también en "La Montagnola" la casa de Asesoría, en varios lugares.

Brevemente le expliqué a la señora De Sosa mi situación y le escribí en una cuartilla, que le entregué para que se la leyera después, que la única forma en que me dejarían ir a almorzar con ella sería que hiciera un donativo extra a la Obra, invitándome a almorzar en esa misma nota. Efectivamente así lo hizo: envió para la Obra, pero con un cheque a mi nombre, mil dólares.

No tuvieron más remedio que dejarme salir a almorzar sola, aunque me indicaron que, si salía a las doce y media, debía regresar a las tres de la tarde. Me explayé con ella y le conté todo lo que sucedía y lo que me habían dicho. Su reacción fue de que "el Padre debe de estar chocheando porque eso que han hecho contigo es una injusticia". Me compró un montón de sellos para que escribiera cuanto pudiera y me dijo que me escribiría a la lista de correos, a Roma. Esta señora se portó como una gran amiga. Lo primero que me dijo fue que no regresara a Villa Sacchetti, que me quedara con ella. Yo le dije que no. Que se había programado un Congreso General de la sección de mujeres del Opus Dei y que estaba convencida de que las cosas iban a cambiar. No obstante, y ya que no pude hablar con ella "legalmente" por teléfono, al habérseme despertado, por mi encerramiento involuntario, mentalidad de presidiaria, sabía a qué hora podía utilizar el teléfono no más de dos minutos sin ser oída. La víspera del regreso de esta señora a Venezuela, mientras limpiaba la portería de la casa de varones, me di cuenta de que había un teléfono exterior y, con mucho riesgo, lo usé. Aunque era muy temprano, llamé a esta señora. Le dije que estaba pensando irme de la Obra porque mi cabeza no daba más y mi resistencia física tampoco. Hay que tener en cuenta que procuraba comer muchísimo para poder aguantar, pero la realidad fue que, a pesar de ello, de mediados de octubre a mediados de diciembre yo había adelgazado nueve kilos y mi pelo se había vuelto completamente blanco:

habían conseguido quebrarme. La señora De Sosa trató de confortarme lo más que pudo y lo mejor que supo. Yo sentí una soledad profundísima cuando ella se marchó.

Correspondencia interceptada

Necesitaba, por honestidad con mi directora en Venezuela, decirle la verdad de los hechos, y temía que si ella escribía a la lista de correos, alguien del Opus Dei, usando la artimaña que fuera, podría retirar la correspondencia. La señora De Sosa, por ejemplo, me escribió un par de cartas a la lista de correos. Dado que no tenía libertad para salir a la calle, pude abrir, a través de una numeraria venezolana que salía frecuentemente, el correo en la forma que aclaro más adelante, un apartado de correos en Roma y allí recibí unas cuantas notas -pocas y breves- de algunas de las asesoras del gobierno regional de Venezuela. Incluso en una ocasión me incluyeron una carta-meditación, escrita por uno de los sacerdotes venezolanos del Opus Dei, en la que trataba de animarme diciéndome que la voluntad de Dios había que vivirla y que todo pasaría, puesto que los superiores eran humanos y podían errar y que Dios estaba por encima de todo y de todos. Ello me llenó de aliento. Ni qué decir tiene que, una vez leídas estas meditaciones, las quemaba.

Parece ser que enviaron otra meditación de este sacerdote, que debió de perderse. Y una tercera meditación que, rota en pedazos, yo pensaba quemar aquella noche en el lavamanos, pero entraron en mi dormitorio, mientras me desvestía, dos de la Asesoría, registraron el cuarto de arriba abajo y se llevaron los pedazos de la nota que yo había tenido tiempo de esconder en el fondo del closet días antes. Yo cometí el grave error de mostrarles una de estas cartas, a dos de las alumnas que estaban en el Colegio Romano de Santa María. A la distancia de años, y por las consecuencias que siguieron, creo casi seguro que reportaron el hecho a sus superioras.

Aquí tengo que llamar la atención del lector y recordarle lo que dije en la Introducción de este libro con respecto a que siempre usaré nombres reales,

pero que excepcionalmente no nombraré a algunas personas para evitarles represalias de los superiores dcl Opus Dei, dado que aún pertenecen a esta Prelatura, que es realmente una secta. Gracias a la ayuda de una persona, que como indico, no puedo mencionar por su nombre, me fue posible abrir en Roma aquel apartado de correos del que hablé, y estar en contacto esporádico con Venezuela. Supe, entonces en versión condensada y hoy día en detalle y de fuentes fidedignas, hechos que, paralelamente a mi reclusión en Roma, sucedieron en Caracas.

A las numerarias les habían notificado mi permanencia en Roma individualmente y de la siguiente forma: "María del Carmen no volverá ya. Pero ni el menor comentario con nadie." Por supuesto ello creó un clima de suspenso en torno a mi estadía en Roma. Pero permítaseme que haga aquí un breve paréntesis sobre Ana María Gibert. Era mi directora en Caracas, como dije anteriormente; con seguridad, el hecho de haberme enviado dos o tres cartas a Roma fue la razón por la que la sacaron de "Casavieja" y la recluyeron "totalmente incomunicada" en un dormitorio del piso alto de la Escuela de Arte y Hogar "Etame". Ni llamadas de teléfono, ni correspondencia, visitas ni contacto alguno con las otras numerarias que vivían en la casa. Y esto por espacio de diez o doce días. Ana María tendría unos 46 años de edad. La entonces directora de esa Escuela de Arte y Hogar "Etame", Lucía Cabral, una mujer inteligente que, habiendo trabajado en una de las escuelas más abiertas en educación de Venezuela -la que dirigía la doctora Luisa Elena Vegas- sucumbió a las tácticas del Opus Dei. Por miedo y cobardía colaboró en hacer de carcelera de Ana María Gibert. Debía subirle alimento a las horas de las comidas. El que recluyesen a Ana María Gibert es uno de los hechos más injustos de los muchos que le conozco al Opus Dei. Ana María era querida por todas las numerarias y personas de fuera por su bondad, vida espiritual y sentido maternal. Era una mujer de prestigio intelectual que sacrificó su porvenir profesional y personal en aras del Opus Dei. Fue una de las numerarias que abrió la labor en Venezuela, y la que elevó el tono y mantuvo el buen nombre docente de la Escuela dc Arte y Hogar "Etame", en unión con Begoña Elejalde. Después de esta reclusión forzosa, llevaron a Ana María a la residencia de estudiantes "Dairén", que el Opus Dei tenía en Caracas; y de ahí la enviaron

a España. Muchos años más tarde me encontré en Salamanca, yendo por la calle, con Ana María Gibert, como detallaré más tarde.

Fue Eva Josefina Uzcátegui la que sacó de las casas de la Obra las fotografías mías que había. Y lo hizo sin el menor recato delante de las otras numerarias. Hecho que me parece muy natural, dada su manera de ser.

Por mi parte, en Roma, yo empezaba a agotarme por la situación de suspenso. Pensaba que eran injustos conmigo, porque, dado el caso de que yo hubiera sido "tan mala", lo primero que necesitaba conocer para poder arrepentirme eran mis faltas o pecados concretos. Todo lo dejaban en el aire y eso era una tortura.

Pedí una y otra vez ejemplos concretos y nunca me los dieron. Me hacían acusaciones fuertes, pero generales. También pensaba que es con caridad como se gana a la gente, no enjuiciándola sin que pueda defenderse. Aquello de San Francisco de Sales, de que más moscas se cazan con una cucharada de miel que con un frasco de vinagre, lo recordaba con frecuencia.

No podía compartir la opinión de los superiores, que llamaban "murmuración" a lo que yo llamo crítica constructiva, puesto que yo no anduve contando por la calle en Caracas mi opinión sobre los rescriptos que mandaba monseñor Escrivá, sino que los "comentaba" -no los murmuraba- con las personas que tenían misión de gobierno en el país. Y de hecho le escribí a monseñor Escrivá, en carta cerrada, mis preocupaciones por las diferencias de opinión que teníamos con el consiliario. Pero tal vez lo que sucede en el Opus Dei es que a menos que uno no diga "Amén" a cualquier cosa dicha por los superiores, se "murmura". Pienso que lo que más caracteriza al Opus Dei como secta es precisamente la falta de autocrítica. Y, más aún, el endiosamiento de su líder o la santificación en vida de su Fundador: se consideraba poco menos que pecaminoso estar en desacuerdo con algo que él dijera o escribiese.

Mi resistencia física continuaba debilitándose y la idea de abandonar cl Opus Dei me venía con frecuencia. Lloraba copiosamente por la noche y

tenía unas jaquecas espantosas durante el día. Pensé que tenía que pedirle a Dios que me quitara la vida, ya que en el Opus Dei se recomienda que "hay que pedirle a Dios la muerte antes de no perseverar". Más de una vez le oí decir esto a monseñor Escrivá. Lo cierto es que le pedí a Dios mil veces que me quitara la vida. Incluso se me pasó la idea de hacerlo yo. Pero no cabe duda de que mi salud mental estaba ilesa y ahogué en oración y penitencia esta idea. Pedí permiso para hacer mortificación corporal extraordinaria y me la concedieron. Creo que traté a mi cuerpo brutalmente.

Suicidios

Años más tarde supe de intentos de suicidios ocurridos en el Opus Dei. Numerarias que no llegaron a morirse, pero que se quedaron maltrechas para el resto de su vida. Una de ellas fue Rosario Morán (Piquiqui), en Inglaterra, por ejemplo. El hecho de que estaba loca, no me lo creo. Lo que sí me creo es que el Opus Dei la volvió loca, que es diferente. De niña fui en Madrid a la escuela con Piquiqui; y su hermano estaba en mi clase. Nos volvimos a encontrar muchos años más tarde en "Zurbarán", en Madrid, y pedimos la admisión al Opus Dei en la misma época. Ella pudo vivir en las casas de la Obra antes que yo. Coincidimos en el curso de "Molinoviejo" cuando ella preparaba su viaje a México. La gente en México la quería mucho y ella estaba muy contenta allí. Durante mi última época en Roma volvimos a encontrarnos.

Piquiqui había llegado de México camino de Inglaterra. Me dijo que estaba feliz por irse a ese país y de hecho salió hacia él estando yo. Recuerdo una conversación que tuvimos en Villa Sacchetti, cuando en 1966 se celebraba el Congreso General de la sección femenina y conversamos de los posibles cargos en el gobierno central. A cuenta de esa conversación me hizo una corrección fraterna muy fuerte Mercedes Morado, porque Piquiqui le había dicho apesadumbrada que hablamos de la posibilidad de cambios en el gobierno central. Nunca entendí que aquello fuera censurable y pensé que cuando me encontrase con Piquiqui la llamaría, por lo menos, necia. He oído decir que ha fallecido loca después de haberse querido quitar la vida en Londres. Desde luego Piquiqui "no estaba loca en 1966". Y hay que tener en cuenta que uno de los criterios con que el Opus Dei elige a sus

numerarias es que ellas no tengan antecedentes de enfermedades mentales en sus familias.

Otro caso ocurrió en Estados Unidos, el de una numeraria norteamericana a quien yo quise y quiero mucho. Estuvo en Roma en el Colegio Romano de Santa María. Al regresar a Estados Unidos le dejaron ver muy sutilmente que estaba "apegada" a un pariente que pertenecía al Opus Dei. Su preocupación sobre ese afecto, que ella jamás había considerado culpable, se le convirtió en pesadilla dc conciencia. Vivía en Washington. Yendo de una casa a otra del Opus Dei comenzó a caminar sin rumbo fijo por horas. Llegó a un cuartel donde los soldados la encontraron con los pies heridos, sucia, desorientada, loca. La llevaron a un hospital desde donde avisaron a su casa (del Opus Dei), probablemente orientados por alguna identificación que ella llevaba encima.

Llegaron las numerarias de su casa y, sin más, del hospital la internaron en un manicomio. Un buen día pidió que le dejaran un espejito que guardó y con el que trató de suicidarse cortándose las venas. Del manicomio la llevaron a la casa del Opus Dei, donde una numeraria peruana, Maricucha, que estaba en el gobierno regional de Estados Unidos, no le prestó la menor atención.

Fue una numeraria de otro país de Sudamérica, que vivía en la misma casa, quien la cuidaba y la calmaba, especialmente por la noche, ya que Maricucha pensaba que no tenía importancia.

Hoy día parece que esta numeraria se ha recobrado y vive en una casa del Opus Dei, pero no en Washington.

Hay más casos, otros que conozco igualmente, como el de Aurora Sánchez Bella a quien los superiores del Opus Dei enviaron a Inglaterra porque uno de sus hermanos tenía allí un cargo importante. Aurorita, una muchacha muy buena, no tenía facilidad para los idiomas y recuerdo que, cuando yo estaba en Roma en el gobierno central, me opuse a que fuera a Inglaterra. Sin embargo la enviaron principalmente por el hecho de que su hermano tenía un puesto importante allí. La volví a encontrar cuando regresé a Roma

en 1965 muy desequilibrada. Su habitación estaba junto a la mía y se pasaba las noches caminando por el cuarto de arriba y abajo.

Se lo hice notar a Mary Tere Echeverría, quien me dijo más o menos que "ya sabía su situación".

El Opus Dei crea situaciones que pueden volver loca a la gente. Mi hermano Javier, que es médico, cuando supo detalles de mi estancia en Roma me dijo: "Bien puedes decir que no tienes genes de locura en la sangre, porque otros, con menos, se han vuelto locos." La vida "de familia" que yo hacía en Roma con la Asesoría Central consistía en participar con ellas en todos los actos comunes, las comidas y las tertulias. Los actos comunes de vida de piedad con ellas se reducían a la visita al Santísimo, las Preces, el Rosario en familia. De resto, debido a mi trabajo en la administración y al horario de limpiezas cumplía las otras normas en uno de los oratorios de Villa Sacchetti; había dos.

En esta época la Asesoría Central tenía ya su comedor propio. No era nada bonito. Lo único deslumbrante era la mesa redonda donde podrían caber fácilmente treinta personas. Cuando llegaba alguna asesora de otro país hacía las comidas ahí. Una de las superioras mayores que más frecuentemente venía era la delegada de Italia, Maribel Laporte, española. Maribel era hija de un compañero de mi padre, y, aunque era una de las pequeñas en esa familia, yo la conocía bastante. Por tanto, cuando llegué, ella fue una de las que aparentemente se mostró amable conmigo porque sin duda nuestros padres hablarían de que sus hijas estaban en Roma. La verdad es que así como su hermana mayor, que entró de religiosa en una congregación y yo conocía mucho, siempre me inspiró respeto y cariño porque era muy buena, Maribel, por el contrario, siempre me pareció una oportunista.

Tiburtino

El 21 de noviembre de 1965 monseñor Escrivá dio una orden general en la casa diciendo que todas teníamos que ir a la misa que celebraría Su Santidad Pablo VI en el Tiburtino para hacer entrega de la parroquia de san

Juan Bautista al Collatino, cuyo párroco era don Mario Lantini, el primer numerario italiano, creo. Dijo también el Padre que se bendecirían las obras de los edificios del Centro Elis dedicados a la formación profesional de obreros, algunos de los cuales parecían terminados. Anunció monseñor Escrivá que los numerarios del Opus Dei le marcarían el camino al Papa con antorchas encendidas, como formando una calle. También nos dijeron que no podíamos comulgar en la misa del Papa, porque solamente lo harían aquellas numerarias que habían sido designadas. Entre ellas estaba Fernanda, la primera numeraria dominicana que se rumoreaba iría a Venezuela de directora del país. Nos indicaron que los representantes de la prensa internacional estarían en el Tiburtino y que también vendrían todas las numerarias de la región de Italia, no solamente de Roma sino también de Milán y Nápoles.

Una vez que el Padre hizo esta indicación, nos quedamos unas cuantas en la Galleria della Madonna, y Mercedes Morado comentó que el Padre acababa de decirles: "Hijas mías encargaos de decirles a vuestras hermanas pequeñas [las sirvientas] que yo sé que me quieren muchísimo, pero que por esta vez se contengan y aplaudan, aplaudan más al Papa que a mí.

Que ya tendrán otras ocasiones de verme a mí y de hacerlo." Y esto nos lo repitieron muchas veces.

Nos dijeron también que por primera vez en la historia del Opus Dei un Papa visitaría una administración de la sección de mujeres, la de ese centro. Y que por tanto "estaba totalmente prohibido pasara lo que pasara que nadie fuera a esa administración". Maribel Laporte, como delegada de la región de Italia, estaría con las numerarias del consejo local de esa administración.

El otro acontecimiento era que a la imagen de la Virgen que está en una ermita propia junto a la carretera de Estella en Pamplona, España, la trasladaron desde allí a Roma para que la bendijera el Papa. A mí me dijeron que fuera a la parroquia del Tiburtino con dos sirvientas, una de ellas Concha y otra Asunción, ambas antiguas en el Opus Dei.

Y así fue. Llegamos a la parroquia, que me dio la impresión de destartalada. La imagen en mármol de la Virgen de la Universidad de Navarra me pareció enorme; ocupaba el centro de la nave. La mayoría de las que iban a comulgar llevaban velo blanco y estaban en la nave central.

Yo tenía un buen sitio en una nave lateral con las dos sirvientas.

Llegó el Padre dando órdenes a los varones sobre la disposición de algo. Se oyó el murmullo de "¡El Padre! ¿Dónde está el Padre? ¿Puedes ver al Padre?". Todas las sirvientas tenían la orden, repetida por nosotras y bien aprendida, de que "por esta vez" tenían que aplaudir más al Papa que al Padre.

Empezó la misa que oí con gran emoción y Pablo VI habló en la homilía de la entrega de aquella parroquia al Opus Dei, recordando que ése era el barrio en el que él había trabajado como sacerdote. Encomió al Opus Dei, pero a las palabras de que una de las cosas que él más alababa en el Opus Dei era "el espíritu de libertad", sentí que mi ser entero se rebelaba y estuve a punto de gritar en medio de aquella iglesia "¡¡¡mentira, Santo Padre, mentira!!!". Me di cuenta deque estaba la prensa mundial, que mi grito en italiano sería un escándalo para el Opus Dei, pero, en definitiva, para la Iglesia. Pudo más mi espíritu de católica que la opresión de mi alma.

Fue tal el esfuerzo que tuve que hacer, que me rodaron las lágrimas sin poder contenerlas. Y pensé profundamente en la información deformada que muy probablemente recibía el Santo Padre de los superiores de la Obra.

Mis pensamientos se tropezaron con la realidad imprevista de que una de las sirvientas me dijo que le urgía ir al baño. No había servicios alrededor. La pobre se sentía tan mal que me arriesgué y fui con ella a la administración. Toqué la puerta que abrió Maribel Laporte. Al verme y sin darme tiempo a beber me dijo con el peor modo imaginable: "Como siempre con tu mal espíritu:

desobedeciendo." Fueron tales las palabras y el tono de Maribel que a la pobre sirvienta se le solucionó su problema del susto y no hacía más que

pedirme perdón porque por culpa suya había recibido yo semejante exabrupto. Yo la tranquilicé y le dije que no se preocupara.

Al día siguiente por la mañana transmitieron por televisión el acto del Tiburtino y dieron una orden general en el planchero para que todas las que estaban en la administración subieran al piso de oficinas de la Asesoría Central para "ver al Padre" (no al Papa).

La televisión estaba en una habitación grande que hay al fondo del pasillo del piso de oficinas de la Asesoría Central. Era entonces el único televisor existente. Yo le pregunté a la directora de la administración si estaba segura de que yo también podía subir y me dijo que sí. Por tanto subí. Era la primera vez que entraba en ese piso de oficinas desde el año 1965. Pasé por el pasillo junto con la peruana que mencioné anteriormente y al cruzar la puerta del despacho de Mercedes Morado, que estaba abierta, vi que leía una carta. La habitación del televisor estaba en penumbra, yo divisé a Marlies. Al medio minuto alguien le dijo: "Marlies, te llama Mercedes." Al minuto siguiente todas oyeron que Marlies me llamó al pasillo. Naturalmente vieron también que no regresaba. Marlies me dijo: "Es mejor que bajes al planchero y sigas con lo del oratorio." La verdad es que me bajé bebiéndome la rabia.

Como era de esperar, después de almuerzo, me llamó Marlies a la sala de visitas de la Asesoría Central en "La Montagnola" y me dijo que le extrañaba que yo hubiera subido al piso de oficinas cuando era bien sabido que nadie podía subir a ese piso sin permiso. Le dije sencillamente que la directora de la administración me indicó que subiera con las demás. Entonces Marlies me replicó:

–Sí, pero la directora de la administración no puede saber que tú no eres como las demás ni tu "triste situación".

Me callé.

Mercedes Morado me llamó dos días después para preguntarme en general sobre el acto de días anteriores en el Tiburtino. Yo me concentré a hablarle de la misa y del Papa, aunque sabía que ella quería llegar a la escena de la

administración como por fin lo hizo. Yo no le detallé nada, simplemente dije que habíamos contravenido una orden tajante. Pero no hice la menor observación sobre la conducta de Maribel. Cuando insistió, solamente le dije: "Hay que entenderla.

Maribel es muy joven todavía." Yo sabía que mi comprensión le molestaba más que mi censura.

Vaticano II

Esto fue como digo a finales de noviembre. En diciembre y concretamente el día 8, día de la Inmaculada, era la clausura del Concilio Vaticano II. Yo pedí por favor que me dejasen ir, acompañada de quien quisieran, pero que consideraba un hecho muy importante como cristiana y que era la única vez en mi vida que un acontecimiento de semejante envergadura podría tener lugar en la Iglesia. Me dijeron Marlies y Mercedes Morado que no. Que había mucho trabajo en la casa y "cosas más importantes que hacer que ir a la clausura de un concilio". Agregaron que don Alvaro y "algunos de nuestros hermanos estarán allí y basta".

La televisión pasó en directo el acontecimiento por la mañana y en vídeo por la noche. Fui la única numeraria de la casa a la que no le permitieron verlo. Nadie, entre trescientas numerarias que seríamos en la casa, fue al Vaticano. Esto nunca lo entendí y, cuando el Opus Dei dice que monseñor Escrivá amaba mucho a la Iglesia y al Papa, no me parece objetivo, como lo reflejan estos ejemplos que viví directamente.

En Navidades me llamaron mis padres por teléfono. Aparentemente la comunicación se cortó.

Lo sucedido fue que en el trasiego de buscar a Lourdes Toranzo que era mi "vigilante" en cuanto a lo externo, cortaron la comunicación. Mis padres me enviaron un telegrama avisándome que me llamarían el día de Navidad. Pude hablar con ellos, pero me di cuenta que me estaban escuchando la conversación, posiblemente Lourdes Toranzo, que cumplía su misión. Les repetía que tenía muchas ganas de verlos y que vinieran, pero mi madre, que para gran sorpresa mía se puso al teléfono, me dijo que el avión le

seguía dando mucho miedo y que vendrían a verme en primavera, pero por tren. Por más que les insistí, no pudieron darse cuenta. Ellos estaban contentos de tenerme más cerca.

Adopté una postura totalmente pasiva en la casa. Apenas hablaba. Era pacífica. A las sirvientas las ayudaba con todas mis fuerzas. Me limitaba a escuchar. El único momento en que hablaba muy en serio era cuando delante de numerarias latinoamericanas decían que en esos países la gente era "floja", "cursi" e "inculta". Ahí sí las defendía. Me daba cuenta de que la casa entera, en silencio, estaba de mi parte.

Las superioras no me entregaron una sola felicitación, ni carta de nadie por Navidad. Marlies sólo me decía que no había correo para mí. Yo estaba convencida de que mentía, pero no tenía pruebas. Un día me arriesgué del todo: como yo sabía dónde se guardaban los duplicados de las llaves, entre ellas la del buzón, subí al cuarto de la secretaria y rescaté el duplicado de esa llave. Con el sistema de puertas en la parte de proveedores, abrir el buzón sin ser oída era una auténtica aventura. El corazón me palpitaba, pero lo hice. Vi que había por lo menos ocho cartas a mi nombre. Me enteré de quiénes las mandaban. Abrí una de ellas, la de Lilia Negrón, que protestaba de mi silencio de meses. Ella y su marido me escribían; por qué yo no respondía, me preguntaba. Esa carta la destruí, dejé las otras siete en el buzón y naturalmente volví aguardar el duplicado de la llave en su sitio. A la semana le pregunté a Marlies si no me había llegado ninguna carta ni felicitación de Navidad, y me dijo que no. Comprobé claramente que mentía.

Yo creo que les daba miedo de que pudiera escaparme -no sé cómo por una casa que tiene los muros inclinados- por una ventana. Lo cierto es que volvieron a cambiarme de cuarto. Esta vez a uno que daba a una terraza interior.

Llegaba el 19 de marzo, festividad muy señalada en el Opus Dei por diferentes causas: la primera, el santo de monseñor Escrivá; la segunda, la renovación de los votos, ahora llamados juramentos, contratos o como quiera, con la Prelatura; pero, en resumen, ligamen jurídico ante Dios con

responsabilidades inherentes. Además, la víspera se vivía la costumbre de ese día en todas las casas y centros del Opus Dei: hacer la llamada "lista de san José". Consiste en que la directora va escribiendo en un pliego de papel los tres nombres que cada numeraria le da de personas por las que rezará y se mortificará durante el año para lograr que tengan vocación de numerarias. Una vez terminada la lista, se mete en un sobre que se cierra y que guarda la directora hasta el año siguiente. Se rezan las letanías de los santos y las Preces de la Obra. Al año siguiente se abre el sobre y causa alegría ver que algunas de aquellas cuyos nombres estaban escritos en ese pliego son ahora numerarias.

Decidí que no me iba a suicidar, pero que de algo tenía que valerme para aflojar aquella soga que me ahogaba. Por ello escribí unas líneas a monseñor Escrivá, felicitándole y diciéndole que procuraría enmendarme de mis errores (seguía sin saber cuáles).

Días después, cuando monseñor Escrivá vino a la casa de "La Montagnola", nos llamaron a todas las de la administración. El estaba en la escalera y toda la casa reunida entre el vestíbulo y los peldaños de mármol blanco de la escalera. Se dirigió a mí y delante de todas me dijo que le había dado mucha alegría mi carta. A mí me dio igual. Otras veces, en años anteriores, hubiera hecho una ficha con sus palabras y me hubiera emocionado. Ahora estaba tan desilusionada, tan rota, que lo único que quería es que me dejasen vivir tranquila y dar tiempo a que se celebrase el Congreso General para que hubiera cambios en el gobierno central de la Obra y que, de ahí en adelante, revisara definitivamente mi situación.

Hacia finales de marzo me llamó Marlies para que fuera a la sala de visitas de "La Montagnola", pero haciéndome previamente esta pregunta: "¿Estás arreglada?" – í -contesté.

–Pues sube a las cuatro.

Llegué a la sala y esperé en ella como una hora. No sabía para qué era aquello. De pronto aparecieron don Francisco Vives y don Severino Monzón. Sorpresivamente me quedé yo sola con ellos dos.

Venían en un plan muy conciliador. Me dijeron que querían ayudarme a "salir del bache". Que veían que pasaban los meses y yo seguía igual. Que no mejoraba. Que entendían que el Padre me había dirigido palabras especiales de cariño y que yo no las acogía como era esperado.

Que les contara qué me sucedía.

Y entonces hablé. Les dije claro y raspado que:

a) me sentía presa; b) que me estaban tronchando con ese aislamiento forzoso; c) que notaba un clima falso y de poco cariño a mi alrededor; d) que me explicaran por qué yo no podía tener contacto con Venezuela y se decían mentiras para que la gente no me viera, hablara o escribiera; e) que no me dejaban hablar con las alumnas del Colegio Romano de Santa María; f)

que por qué no podía salir sola; g) que me explicaran cuáles eran esas cosas horrendas que yo había hecho en Venezuela, porque sin conocer el pecado jamás me podría arrepentir debidamente de él; h) que Marlies para mí era una tortura; i) que por qué no me enviaban a cualquier otro país del mundo, porque yo me asfixiaba en Roma; j) que posiblemente sonara a herejía el decir que no quería estar cerca del Padre, pero que más que por el Padre en sí era por ese clima de recelo, desconfianza, observación y falta de cariño que yo notaba. Les dije absolutamente todo lo que pensaba de Roma y de la casa. Les insistí especialmente en que me cambiaran de hacer la confidencia con Marlies porque temía no ser sincera con ella, que me inspiraba terror, porque notaba la rabia con la que me hablaba y que más de una vez su frialdad me había hecho pensar que la habrían concebido en una checa. Y al final les dije " ¡Consiguieron quebrarme!", y me eché a llorar.

Dirigiéndome a don Severino le dije:

–Además usted, don Severino, que me conoce de años, sabe perfectamente que he afrontado situaciones difíciles y duras y que no soy llorona, pero ahora me he convertido en una llorona imbécil.

Entonces don Francisco Vives con un juego vivo de palabras me dijo:

–Imbécil, no. Pero llorona, mucho.

El resumen de ellos fue que las cosas cambiarían, que volviera a pedir permisos y vería cómo las cosas eran diferentes. Que por supuesto podía ir sola a la calle, a misa y hasta escribir una carta a Venezuela. Que fuera muy sencilla. Muy sincera. Que fuera humilde. Que lo de hacer la confidencia con otra persona, se lo pensarían. Que lo de irme de Roma, no, porque el Padre no quería. Pero que si quería salir a la calle, que lo dijera y saldría.

Las cosas no cambiaron. De ser la respuesta un "no" si pedía salir lo que se dice a dar una vuelta a la cuadra, ahora era un "déjamelo pensar y te contesto luego". O sea igualmente "no".

Llegué a pensar que todos tenían razón menos yo. Que lo que me rodeaba debía de ser como las superioras decían y no como lo veía yo. A fuerza de decirme que tenía que olvidarme de cuanto había vivido y conocido en los últimos diez años y de recriminarme Marlies que preguntase por algo o por alguien, empecé a notar que me fallaba la memoria respecto a nombres. A veces recordaba las caras, pero no lograba acordarme de los nombres. Confundía lugares, circunstancias.

A fuerza de insistirme que era "mal espíritu" pensar en el pasado y en situaciones que actualmente vivía, llegué a considerar, como ellos me decían, que se trataba de imaginaciones mías.

Y llegó un momento en que dudé de mi cordura. Mi memoria se deterioró. Me ha costado años de concentración volver a recordar nombres que para mí eran sumamente familiares y hechos que había vivido con intensidad. Y tengo que reconocer que Dios me ha ayudado mucho.

Comprendí después, al cabo de los años, que el Opus Dei me había hecho un lavado de cerebro cuyos ingenieros fueron Marlies Kücking, Mercedes Morado e, indirecta o directamente, no lo sé, monseñor Escrivá.

Libertad condicional

La libertad que me dieron tras la conversación con don Severino Monzó y don Francisco Vives fue la de acompañar a alguna sirvienta al dentista y la de salir treinta minutos los sábados, a comprar flores para el oratorio, a uno de los puestos de Viale Bruno Buozzi. Ocurrió una anécdota curiosa una de las tardes que acompañé a una de estas sirvientas al dentista. Su nombre era Soledad y era de las más antiguas. Me comentó en el trayecto del autobús que posiblemente yo habría encontrado las cosas en la casa diferentes de como eran en el año 1952. Me contó que las cosas habían cambiado mucho. Que ahora ellas salían apenas y que cuando lo hacían era en grupos a Villa Borghese, pero que no solían ir al centro ni a ver tiendas nunca.

Yo le pregunté la razón de ello y me dijo que no lo sabía, pero que pasaba ciertamente desde hacía cuatro o cinco años. Yo no hice el menor comentario. Miré el reloj y vi que faltaban exactamente quince minutos para la cita con el dentista, que estaba cerca de Piazza del Poppolo.

Lo pensé y lo hice. Me bajé con ella del autobús, la paseé por esta piazza. Le enseñé la iglesia donde predicaba Lutero y la metí por una o dos de las callecitas adyacentes donde vio algunos escaparates. No se pudo hacer mucho en unos diez minutos. Visitamos a su dentista y regresamos a la casa.

Por la noche, a la hora de la cena, noté un clima extraño a mi alrededor por parte de la Asesoría. La verdad es que no adivinaba a cuento de qué.

Al día siguiente, lo recordaré mientras viva, proyectaban para nosotras en el aula magna la película "Mary Poppins". Al ir a entrar al aula magna me dijeron que me llamaban al despacho de Mercedes Morado. Me hizo esperar como siempre. En esta ocasión unos quince minutos.

La conversación fue así:

–¿Qué me cuentas, Carmen?

–Nada de particular; ¿qué quieres que te cuente?

–¿No tienes nada que contarme, nada que te preocupe?

–Bueno, Mercedes, tú lo sabes todo y no ha surgido nada nuevo, ¿qué puedo contarte?

–¿No has hablado con alguien, algo que te haya inquietado, que pienses que no estuvo bien?

–Pues no, la verdad.

–¿Tienes el alma tan laxa? Piensa, a ver, Carmen, ¿con quién has hablado tú que no es correcto?

–No he hablado con nadie. Sólo ayer salí con Soledad y no le dije nada.

–¿Ahí, ahí! ¡Ahonda! ¿Te parecen bien los comentarios que le hiciste a una sirvienta? ¡A ver, cuéntame qué pasó!

–Pues nada. Me dijo que no salían. Yo le dije que me parecía raro, porque siempre dice el Padre que hay que salir al menos una vez por semana. – Y pasé a contarle sucintamente lo que me dijo la sirvienta el día anterior.

–Pero, a ver, ¿tú qué le dijiste?

–Pues ya te digo: que no entendía porque en casa había que salir para poder estar en contacto con la gente, etc., etc.

–¡No etc., etc.! ¡No! ¿Qué le dijiste?

–Mira, Mercedes, no lo recuerdo porque no llevaba una grabadora, pero alrededor del criterio que se nos da en casa fue todo y, como consecuencia, que al Padre no le gustaría oírlo si se enteraba.

Como era de suponer pasó a decirme que yo murmuré. Que yo había censurado con una sirvienta la conducta de las superioras y concretamente del Padre. Que había hecho comparaciones entre el año 1955 y el actual. Que estaba dando un mal ejemplo enorme. Que no era la primera vez que le llegaban comentarios de ese tipo que yo había hecho en la casa. Que mi

postura correcta hubiera sido, al llegar a la casa, ir corriendo a Marlies o a ella y haberles dicho:

hice este comentario con una sirvienta. Que todo ello reflejaba la gran falta que tenía de delicadeza espiritual y que me imaginase el disgusto que se llevaría el Padre cuando lo supiera. Le dije que lo sentía, pero que yo no había murmurado y que ponía a Dios por testigo, pero que en lo sucesivo no se preocupara, porque hablaría aún menos de lo que hacía. Que lo sentía mucho. Y así entré a ver "Mary Poppins": con una bronca de todos los tiempos arriba de mis costillas.

Por una carta de Caracas que me llegó al apartado supe que había ido de visitador ordinario don José Ramón Madurga, que estaba entonces en Japón. Que había hablado con cada una de las de Asesoría Regional. Me escribían varias superioras y cada una me contaba su versión.

Todas coincidieron en que don José Ramón llegó prejuiciado y que me tiró a degüello. Y todas le contaron la artimaña con que me habían sacado del pais.

En el mes de enero de 1966 había habido una convivencia de consiliarios en Roma. Yo pedí hablar con don Roberto Salvat, con don José Ramón Madurga o con don Manuel Botas. La Asesoría Central no lo permitió por más que insistí. Sucedió que en una misa, concelebrada por monseñor Escrivá con don Roberto Salvat y don José Ramón Madurga entre otros, pidieron que entrásemos unos cojines más a la sacristía de Santa María. Este lugar es triangular, pequeño y tiene unos espejos que permiten ver todo desde cualquier ángulo. Entramos los cojines y al pasar frente a don Roberto Salvat yo me quedé mirándolo a los ojos. No aguantó mi mirada y bajó la vista. Luego, cuando le preguntaron en Caracas si me había visto, dijo que no.

Típica política del Opus Dei de mentir por lo más insignificante.

En cambio, justo es decir, que otro día y en el mismo lugar, vi a don Manuel Botas. No me habló porque no podía, pero cuando llegó a España llamó a mi hermano Manolo, el menor, y le dijo que preparase a mis padres porque

me había visto en Roma y había dado un bajón terrible, capaz de impresionar al más insensible. Que había envejecido terriblemente y que estaba muy cambiada.

En aquella época estaba yo encargada del oratorio de Santa María y me tocó preparar las dos primeras misas concelebradas que ofició monseñor Escrivá. El Padre estaba iracundo. Cuando se preparaba la primera concelebración dijo: "Lo haremos una vez y que no sirva de precedente." En otro momento dado, dijo, refiriéndose a las misas concelebradas o, mejor dicho, a Pablo VI: "A ver si se queda en paz este hombre." La visión de monseñor Escrivá sobre la aplicación práctica de la doctrina conciliar traslucía su disgusto bien con palabras o con gestos. Más de una vez le oí decir sobre Su Santidad Pablo VI cosas semejantes a las que antes le había oído decir de Pío XII: "A ver si de una vez nos deja en paz, y Dios Nuestro Señor, en su infinita misericordia, se lo lleva al cielo." Si a Juan XXIII lo consideraba "un patán", y de ello pueden dar testimonio muchos miembros del Opus Dei, a Pablo VI lo consideraba "un jesuitón". Por eso, como dije anteriormente, me resulta atrevido que sus biógrafos del Opus Dei aseguren que tenía espíritu ecuménico y que el actual monseñor Javier Echevarría tenga la osadía de asegurar por escrito en documentos oficiales a la Santa Sede que monseñor Escrivá "sentía emoción cuando recordaba sus encuentros con Su Santidad Pío XII", por ejemplo.

En el mes de mayo se iba a celebrar en Roma el Congreso General de la sección de mujeres del Opus Dei. Dijeron a última hora que se celebraría en "Villa delle Rose", sede del Colegio Romano de Santa María. Esto, como dije, me llenaba de esperanza, porque pensé que cambiarían los cargos y las cosas volverían a su cauce normal. El Congreso se celebró y, excepto Pilar Salcedo que vino una tarde por Villa Sacchetti, las demás electoras no vinieron a la casa central. Parece ser que no les dejaron ir a la casa central porque estaba yo. Esto me lo dijo una electora que dejó el Opus Dei y cuyo nombre puedo revelar al lector que me lo pida por escrito. Desgraciadamente no hubo cambio sustancial alguno: Mercedes Morado fue reelegida directora central y a Marlies Kücking la nombraron segunda de a bordo, o sea secretaria de la Asesoría Central. Carmen Puente, la

mexicana, siguió de procuradora. Esto para mí fue un golpe. No veía solución a mi problema al no haber habido cambios.

El día 9 de mayo de 1966 hice con varias numerarias la acostumbrada romería de mayo a la basílica de Santa María la Mayor, por la que siempre he tenido gran devoción.

Segunda admonición canónica

Hacia mediados de mayo de ese mismo año noté que se me movía la tierra debajo de mis pies. Me llamaron en carrera, como siempre, a la sala de reuniones de la Asesoría Central.

Monseñor Escrivá estaba sentado a la cabecera de la mesa, don Francisco Vives y don Javier Echevarría a su izquierda; don Álvaro del Portillo no estaba. A su derecha la directora central, Mercedes Morado, y la prefecta de Estudios, Marlies Kücking. Me hicieron sentar entre Mercedes Morado y Marlies Kücking. Se respiraba un ambiente de horror. Monseñor Escrivá me dijo a grandes voces, jadeante y fuera de sí:

–Mira, Carmen, esto se va a acabar. Tú no nos vas a tomar el pelo a nosotros.

Cogió una cuartilla que tenía delante de él y acomodándose los anteojos, me dijo:

–Me dicen que tú te escribes con Ana María Gibert, con esa mujer, ¡con esa mala mujer! Y que tienes un apartado aquí en Roma.

Dejó los anteojos sobre la mesa y gritándome agregó:

–¿Qué es esto, grandísima hipócrita y falsa, mala mujer?!

Yo le contesté:

–Sí, Padre, he escrito a Ana María Gibert, pero ella no es ninguna mala mujer.

Monseñor Escrivá continuó leyendo la cuartilla:

–Y la alcahueta esa de Gladys, cochina, ¡¡¡que venga!!!

Llegó Gladys a la sala de sesiones, lívida.

Sin previo saludo, monseñor Escrivá le empezó a gritar:

–¿Tú le llevas a ésta, a esta mala mujer, las cartas a correos? ¡¿Tú sabes la gravedad de lo que has hecho?!

Gladys permaneció callada. Pero monseñor Escrivá insistió:

–¡¡¡Contesta!!! ¡¡¡CONTESTA!!!

Gladys, impertérrita, permanecía silenciosa. Entonces yo le dije:

–Sí, Gladys, di que me has llevado algunas cartas.

Tras lo cual Gladys dijo:

–Sí, Padre. – Y enmudeció.

–Ya lo sabes. Ya no trabajas más en la Asesoría Central. Dejas de poner los pies allá arriba. – El piso de oficinas de Asesoría-. Que le busquen cualquier otro trabajo en la casa. Y ahora ¡¡¡vete a tu cuarto y no te muevas de allí para nada!!! ¡¿Lo oyes?! ¡¡¡Para nada!!!

Cuando Gladys salió de la sala de sesiones de Asesoría, monseñor Escrivá le dijo a la directora central y a Marlies Kücking, siendo testigo de ello los sacerdotes que antes mencioné:

–A ésa -refiriéndose a Gladys-, cójanla después, levántenle las faldas, bájenle las bragas y denla en el culo, ¡¡¡en el culo!!!, hasta que hable. ¡¡¡HÁGANLA HABLAR!!!

Dirigiéndose a mí, monseñor Escrivá me dijo gritando:

–¡Te hago la segunda admonición, hipócrita! ¿De modo que me escribes una carta con motivo de mi santo diciéndome que querías empezar de nuevo y es esto lo que me haces? ¡Háblales a éstas todo, todo, que eres de cuidado! Y te advierto que estoy esperando que me lleguen unas declaraciones juradas de Venezuela y verás lo que es bueno. ¡¡¡Eres una mala mujer, una ruin, una hez!!! ¡¡¡Eso eres tú!!! Y ahora ¡¡¡vete, que no te quiero ver!!!

Es imposible explicar mi estado de ánimo. Yo me sentía muerta. Aterrada. No sabía lo que podrían hacerme. No podía coordinar correctamente mi pensamiento, ni me dieron tiempo para ello tampoco.

Tras de aquello vinieron los interrogatorios constantes de Mercedes Morado, de Marlies Kücking, varias veces al día y por espacio de horas. Uno detrás de otro. No me daban respiro.

Me llamaban a la sala de visitas de "La Montagnola", generalmente después de almorzar. Y me hacían esperar hasta una hora antes de que aparecieran. No sé qué querían que les confesara de mi estancia en Venezuela. Por la manera de preguntar me daba la impresión de que, aunque sin decirlo, se referían a algo de tipo sexual. Al no remorderme la conciencia por algo que no sabía qué era, sus preguntas me resultaban incomprensibles.

Una pregunta tipo era: "A ver, ¿has pensado en algo que no nos hayas dicho?" Y si yo contestaba:

"¿Pero sobre qué?", la respuesta inmediata era: "¿Pero cómo puedes tener la conciencia tan lasa? A ver, piensa en algo que no dijiste… " Y así sucesivamente.

Yo me sentía fatal física y espiritualmente. Me deshice de todo lo que tenía. Concretamente, a través de la reja de la ventana de mi habitación, tiré las llaves del apartado lo más lejos que pude. Vi que cayeron en un jardín vecino. Cuando Marlies y Mercedes me pidieron la llave del apartado, les respondí que la había tirado; ellas entendieron que por el excusado y yo no se lo negué, porque si les hubiera dicho que las había tirado a la calle y que

cayeron en un jardín vecino, conociéndolas, hubieran sido capaces de, palmo a palmo, buscarla en aquel lugar. Me deshice de cuanto apunte o nota tenía, cartas de mi familia, etc. Sólo conservé algunas fotos de mis padres y hermanos, y aquellos documentos que se referían a mis estudios, y las direcciones personales. Naturalmente, mi pasaporte me lo habían retirado al llegar a Roma, que, como expliqué antes, era lo acostumbrado.

Al no ver a Gladys en el oratorio ni en las comidas, me imaginé que la habían recluido.

Jugándome el todo por el todo averigüé dónde estaba su habitación. Al llegar, me dijo aterrada que la habían tenido el día anterior varios miembros de la Asesoría Central en constante interrogatorio por muchas horas y que le habían dicho que si hablaba conmigo estaba en pecado mortal. Con toda la fuerza de mi ser le dije que NADIE podía decirle que por hablarme a mí estaba en pecado mortal. Que no se preocupara por mí y que fuera fiel a Dios. Cerré su puerta y no la volví a ver nunca más en mi vida. Creo que sigue aún como numeraria del Opus Dei.

Mercedes y Marlies me seguían interrogando varias veces al día, y por espacio de horas las preguntas se sucedían. Algunas de ellas eran constantes:

–Dime el número del apartado de Piazza Mazzini -me repetía Mercedes Morado.

De modo contundente les dije que no lo diría. Me amenazaron entonces diciéndome que si no se lo decía estaba en pecado mortal. Pero nunca lo dije. Luego me repetían que estaba matando al Padre con mi conducta, etc.

Después de cada interrogatorio me llevaban a mi cuarto, al que me acompañaba una asesora, generalmente Elena Olivera, quien además se quedaba dentro del cuarto conmigo. Recuerdo que yo me quedaba sentada delante de la mesa, con la cabeza entre las manos esperando hasta el siguiente interrogatorio. Y así me tuvieron del 14 al 31 de mayo de 1966. Durante el día se quedaba, como dije, una asesora dentro de mi cuarto. Había otra en el pasillo, que era relevada y que, incluso cuando yo iba al

baño se quedaba junto a él. Se daba el caso de que en los días de la menstruación eran ellas quienes echaban mis compresas sucias, no sin antes haberlas inspeccionado por si hubiera algo dentro.

Al regresar al cuarto después de cada uno de estos interrogatorios, noté claramente que me iban desapareciendo las cosas: mi cartera de viaje, calificaciones de exámenes, fotos familiares, fechas y direcciones familiares. Todo, todo me lo revisaban. El closet me lo encontraba revuelto, la cama, el pijama, las cosas de tocador, como la crema de cara o la pasta de dientes.

No sé qué trataban de encontrar. Me preguntaron de quién recibía dinero. Y nadie me mandaba nada. Sólo la señora De Sosa me había dado gran cantidad de sellos.

Quitaron a la sirvienta que hacía de portera y pasó a hacerse cargo de las llaves de la puerta Mary Tere Echeverría, que era la directora local de la casa de la Asesoría.

Por otra parte, el teléfono de la habitación de la Galleria della Madonna estaba permanentemente vigilado por un miembro del consejo local. No me dejaron hacer ninguna limpieza. Así como tampoco bajar al comedor. Me subían una bandeja con las comidas. El cerco era hermético.

Al oratorio aún me dejaban bajar para hacer la oración.

Me entró un temblor casi constante producto del terror. Y temí que me llevaran a un manicomio, como sabía que habían hecho con otras personas de la Obra. En mi pavor recordé que el marido de una amiga mía, Ismael Medina, estaba en Roma y era periodista. Yo tenía su número que, por una rara y feliz casualidad, había anotado en mi misal. Me encomendé con toda mi alma a Dios y, con un riesgo inexplicable, a la salida de una visita mía al oratorio pude alcanzar el teléfono cuando alguien llamó a la del consejo local que lo vigilaba. Lo llamé y sólo pude alcanzar a decirle: "Ismael, soy María del Carmen. Ven a verme. Insiste aunque no te dejen. Es grave." Y colgué.

Como mi temblor era casi constante, Chus de Mer, la médica que pertenecía al gobierno central, me tomaba la tensión con gran frecuencia. A pesar de ello, los interrogatorios continuaron.

Un día vino Mercedes Morado a mi cuarto y me dijo:

–¡A ver! ¡Dame la agenda, el crucifijo, el rosario, la pluma!

Me lo quitó todo.

Acerté aún a decirle:

–Mercedes, ese rosario me lo dio tía Carmen.

Su respuesta fue:

–¡No te lo mereces!

Armándome de valor le dije que yo había llegado a Roma creyendo en la Obra y en el Padre, y sin problema personal de tipo alguno, pero que ellas, con su forma de actuar, me habían organizado todo un problema. Que si es que había hecho algo mal, lo que fuera, que me lo dijeran para arrepentirme. Pero siguieron sin concretarme nada, a pesar de las broncas que me echaban.

Visitas de un amigo español

Ismael Medina, el marido de mi amiga Conchita Bañón, vino a la casa varias veces y también llamó otras tantas. Siempre le decían que yo no estaba en la casa o que estaba fuera y no sabían cuándo llegaba. Total, que una de las veces que vino le informó a la sirvienta que le abrió la puerta que, si no le permitían verme, él iría al Vaticano a preguntar; lo supe después por él. El caso es que Marlies vino a mi cuarto y me preguntó si conocía a Ismael Medina. Le dije que sí. A continuación me preguntó si le había llamado y le dije que no, para que no me evitaran el verle. Continuó Marlies diciéndome que este señor estaba en la sala de visitas y que ella estaría conmigo todo el tiempo que durase la visita. Yo le advertí a Marlies

que le parecería extrañísimo a Ismael, dado que yo era amiga de su mujer y que una vez que él visitó Caracas nos vimos sin mayor problema. Y con esta conversación llegamos a la sala de visitas.

No puedo expresar la alegría que me dio ver a Ismael. Le presenté a Marlies y al cabo de unos minutos Ismael apuntó que le gustaría hablar confidencialmente conmigo y si ella tendría la bondad de dejarnos solos unos minutos. Marlies siguió no obstante en la salita. Lo curioso es que yo hubiera podido hablar con Ismael y denunciar delante de Marlies lo que estaban haciendo conmigo, pero me sentía verdaderamente aterrada. Empezamos a hablar del "posible divorcio de mis padres", tema totalmente absurdo sabiendo, como él lo sabía, lo unidos que eran mis padres. Ismael me dijo que yo tendría que ir a España a salvar la situación y es más, le rogó a Marlies que dijera a mis superiores que yo era la mayor y tenía que hablar con mis padres.

Por supuesto que Ismael pudo darse cuenta de que yo no tenía un ápice de libertad al ver lo absurdo de la conversación. Siempre recordaré sus ojos diciéndome adiós y dándome, para disimular, sus teléfonos, los cuales me arrancó Marlíes tan pronto se cerró tras él la puerta de la calle.

Esa misma tarde el Opus Dei, a través de Julián Herranz, me contaba días después Ismael, lo localizó para decirle que yo me iba a ir a España con mi familia (antes de saberlo yo), porque me habían traído de Venezuela debido a una crisis psicológica que había tenido, no espiritual ni religiosa. A lo que Ismael Medina les dio una respuesta seca, diciéndoles que me conocía de hacía muchos años, porque su mujer era una gran amiga mía y que nunca había tenido yo problemas de ese tipo.

Tercera admonición canónica

El 27 de mayo me volvieron a llamar a la sala de reuniones de la Asesoría Central. Yo estaba segura de que tendría que estallar tarde o temprano el asunto de la meditación del sacerdote venezolano que, rota en mil pedazos, me encontraron en el closet antes de que hubiera tenido tiempo de quemarla, como explicaba anteriormente.

Esta vez, en la sala de reuniones de la asesoría central estaban reunidos monseñor Escrivá, Alvaro del Portillo, Javier Echevarría, Mercedes Morado y Marlies Kücking. Monseñor Escrivá me habló así:

–Carmen, no tienes más salida que la calle. Escoge: a la calle pidiendo tú la dimisión y diciéndome en una carta que has sido feliz, ¡porque lo has sido!, pero que desde hace una temporada vienes observando que no te encuentras con ánimo de cumplir con los compromisos que tienes con la Obra y quieres que se te dispensen, o, si no lo pides así, llevo todo a la Santa Sede con documentos, cartas, declaraciones juradas, nombres de unos y de otros, y será la deshonra para todos por tu culpa, y la tuya propia: tu nombre quedará marcado en la Santa Sede. Te doy a elegir de aquí a mañana a las doce del mediodía. – Con gran irritación agregó-:

No me pongas en la carta "querido Padre", sino solamente "Padre".

Y siguió:

–Aún estás joven, y puedes encontrar por ahí un buen marido y desahogar por ahí todos tus instintos.

–Al decir esto, recuerdo bien que hizo unos gestos con las manos como de quien manosea otro cuerpo-. No te faltará un buen hombre que quiera casarse contigo. Además, tú eres capaz de hacerte cargo de una oficina y sacarla adelante.

Y aquí, cambiando el tono, la forma y los modales, agregó gritando:

–Pero que conste en acta: tercera admonición: ¡A la calle!!! ¡¡¡A LA CALLE!!! ¡¡¡Nos dejas en paz!!! O sea que ¡piénsatelo!: O pides tú la dimisión o la deshonra para todos y para ti la primera.

Pero no hay más que una salida para ti: ¡a la calle!!!

Me fui al cuarto destrozada. Realmente no podía ni rezar. Tenía un profundo caos en mi mente.

Por supuesto, seguía con la vigilancia dentro y fuera del cuarto.

No habían pasado ni dos horas de la escena con monseñor Escrivá cuando llegó Elena Olivera, una de las superioras del Gobierno Central, a preguntarme si no había escrito ya la carta al Padre. Le dije que no. Que tenía plazo hasta el día siguiente y que, además, Mercedes Morado me había quitado la pluma que usaba. Me insistió Elena Olivera en que escribiera cuanto antes la carta al Padre, porque estaba muy preocupado. Y me prestó su pluma para escribir la carta de dimisión.

Escribí, pues, la carta. El texto, creo que más o menos era en estas líneas: "Padre: Aunque he sido muy feliz en la Obra por espacio de muchos años, desde hace una temporada veo que no logro ser capaz de cumplir con las obligaciones que mi servicio a la Obra lleva consigo, y por eso le ruego que me dispense de dichas obligaciones. Le doy las gracias por todo lo que han hecho por mí." Una cosa así era. Y luego firmaba. Había hecho una copia para mí, pero Mercedes Morado me la quitó.

Me dijeron que habría que esperar porque era fin de semana y a don Álvaro no le daría la confirmación de "lo mío" la Santa Sede hasta el lunes. Cosa que me extrañó, porque cuando es "separación voluntaria del Instituto", con arreglo a las Constituciones por las que se regía entonces el Opus Dei, con la dispensa del presidente general era suficiente. Pero en el fondo a mí me daba ya todo igual. Era un trapo. Estaba exhausta.

Me dijeron que escribiera a mis padres diciendo que regresaba a la casa. Esta carta no les llegó a mis padres por correo ordinario, sino que una señora la dejó en el buzón de portería. Mi padre me envió un telegrama con respuesta pagada pidiéndome le dijera en qué avión llegaba a Madrid. Dicha respuesta a mi padre salió el 31 de mayo a las 8.30 de la mañana, el mismo día que yo dejaba Roma. Fueron los superiores los que me dijeron que habían enviado la respuesta.

Yo ni la vi.

La idea de irme pronto a casa de mis padres la esperaba como una liberación. Estaba aterrada de la casa de Roma y del Padre y quería irme de ella cuanto antes. Me preocupaba, sin embargo, el que se había quedado Mercedes Morado con mi agenda, donde tenía en las hojas plásticas mis documentos venezolanos de identidad, vigentes y con validez para varios años más, y mi licencia venezolana de manejo, a más del certificado internacional de vacuna y la licencia internacional de manejo. Le recordé a Mercedes que me devolvieran esos documentos, porque me eran imprescindibles como identificación personal. No me hizo ni caso. Y me dijo que con el pasaporte tenía bastante. Se lo recordé igualmente a Marlies.

Después de esta admonición me dijeron Mercedes Morado y Marlies Kücking que, quisiera o no, me tenía que confesar. Entré pues, al confesonario, y era don Joaquín Alonso quien estaba en el confesonario, no como sacerdote y pastor de almas, sino como superior mayor del Opus Dei. Le dije que, aunque no sabía en qué había faltado, porque nunca me lo habían dicho, me arrepentía especialmente del mal ejemplo que hubiera dado y del daño que hubiera podido a hacer a personas del Opus Dei. Así como de cualquier cosa que hubiera hecho con mi mal ejemplo o comportamiento. Y esto verdaderamente lo sentía así. Don Joaquín Alonso me dijo que había hecho un daño cuyo alcance no podía ni prever. Que el choque que iba a tener psicológicamente al salir del Opus Dei sería gigantesco y que esperaba que me pusiera en manos de un buen psiquiatra. Que Dios me perdonaba porque era Dios de misericordia y de perdón, pero que él, como sacerdote del Opus Dei, me decía que tenía que llevar hasta el fin de mis días una vida de penitencia, de reparación y de oración, si quería que Dios me concediera más tarde la salvación de mi alma, cosa que él, como sacerdote, veía muy dudosa.

El penúltimo día me dijeron que no fuera a misa. El último día fui a misa, pero Elena Olivera me sacó del oratorio antes de que pudiera comulgar. Quizá le precerá absurdo al lector, pero, guardando las distancias, me acordaba de procesos del Santo Oficio.

A todas éstas, yo, el 31 de mayo por la mañana, no sabía aún que ese mismo día saldría para España.

Los "adioses"

También el 31 de mayo me dijeron por la mañana que fuese a la sala de sesiones de Asesoría.

Monseñor Escrivá estaba de pie en la sala de cálices. Todos de píe formando un grupo, estaban don Javier Echevarría, Mercedes Morado, Marlies Kücking, María Jesús de Mer. Monseñor Escrivá me dijo escuetamente:

–Aquí tienes tu pasaporte, tu pluma, tu crucifijo, el billete de avión y el soggiorno del gobierno italiano porque sin él no puedes salir del país.

Cuando iba a decirle lo de mis otros documentos, Marlies me detuvo.

Entonces, monseñor Escrivá empezó a caminar de un lado para otro, muy agitado, muy irritado, rojo, furioso, mientras decía:

–Y no hables de la Obra ni de Roma con nadie. No nos indispongas con tus padres, porque ¡¡¡si yo me entero que hablas algo peyorativo de la Obra con alguien, yo, José María Escrivá de Balaguer, que tengo la prensa mundial en mis manos -y decía esto mientras con un gesto confirmaba con sus manos esta idea- te deshonraré públicamente, y tu nombre saldría en la primera página de todos los periódicos, porque de eso me encargaría yo personalmente y sería tu deshonra ante los hombres y ante tu propia familia!!! ¡¡¡Ay de ti si intentas separar a tu familia del buen nombre de la Obra o decirle algo de esto!!!

Y siguió:

–¡¡¡ Y no vuelvas a Venezuela ni se te ocurra escribir a nadie de allí!!! Porque si se te ocurriera ir a Venezuela, ¡¡¡yo me encargaría de decirle al cardenal quién eres tú!!! Y te deshonraría!!!

Estuve pensándolo toda la noche si decírtelo o no -siguió monseñor Escrivá-, pero creo que es mejor que te lo diga. – Y mirándome de frente,

con una ira espantosa, moviendo los brazos hacia mí como si fuera a pegarme, agregó gritándome-: Eres una mala mujer. ¡Una pérfida mujer! ¡La Magdalena era una pecadora!, pero ¿tú? ¡¡¡Tú eres una corruptora con tus inmoralidades e indecencias!!! ¡¡¡Eres corruptora!!! Lo sé todo. ¡¡¡TODO!!! ¡¡¡HASTA LO DEL NEGRO VENEZOLANO!!! (Se refería a un sacerdote numerario del Opus Dei que siempre defendió a la sección de mujeres y a mí como directora de ellas) ¡Eres terrible! ¡¡¡ TE DA POR LOS NEGROS!!!: Primero con el uno (Se refería al hecho tan peculiar, según el criterio de Encarnita Ortega, narrado anteriormente respecto al doctor Panikkar) y luego con el otro. ¡¡¡ DEJA EN PAZ A MIS CURAS!!! ¿¿LO OYES?? ¡¡¡DÉJALOS TRANQUILOS!!!, en paz. ¡No te metas con ellos! Eres mala, mala. Indecente. ¡Vamos, mira tú que lo del negro! ¡¡¡ Y no me pidas la bendición porque no te la pienso dar!!!

Se fue yendo monseñor Escrivá hacia la capilla de reliquias y desde allí me gritó:

–¡¡¡Óyelo bien!!! ¡¡¡PUTA!!! ¡¡¡PUERCA!!!

Me quedé inmóvil. Congelada. Vi y oí todo aquello como una auténtica pesadilla. Ni lloré. Ni pestañeé. Dentro de mí, mientras monseñor Escrivá gritaba aquellos insultos, solamente tuve dos pensamientos: uno el de que Cristo se silenció ante las acusaciones. El otro, de que Dios me había liberado.

Me hubiera quedado allí el resto de mi vida, como petrificada, si Chus de Mer, la médica, no me hubiera cogido por el brazo y me hubiera llevado a mi cuarto. Al entrar vi que me estaban haciendo la maleta Elena Olivera y Carmen Puente. Repasaban cada vestido, cada falda, como si aún esperasen encontrar algo. Miraban en los bolsillos, hasta en las costuras. Removieron la caja de polvos y la de crema. Yo las dejé hacer. Bajaron la maleta.

En ese momento entró Mercedes Morado y me dijo:

–Bueno, a pesar de lo que le has oído al Padre tienes que rehacer tu vida porque verdaderamente has hecho de todo, de todo -dijo arrastrando esta palabra.

Luego agregó:

–Bueno, antes de irte, dime el número del apartado.

Y ahí sí la respondí:

–Mira, Mercedes ¡estoy harta de tanta pregunta y tanto interrogatorio! No diré ningún número de nada. Ni nada de nadie. O sea que no te molestes en preguntármelo de nuevo porque no lo diré.

Mercedes agregó:

–No te olvides que te vas en pecado mortal.

Me dijeron seguidamente que bajara al automóvil. No me dejaron que pasara por el oratorio a despedirme del Señor.

Iba conduciendo una numeraria de apellido Fontán, que tenía mucha gente de su familia en el Opus Dei.

A su lado iba Marlies Kücking. En los asientos de atrás íbamos Montserrat Amat, que regresaba a España, y yo.

Yo me sumí en un mutismo absoluto. Sólo hablé para decirle a Marlies Kücking que necesitaba mis documentos de identidad, y me respondió lo mismo que Mercedes Morado:

–Con el pasaporte tienes bastante.

No me dejaron sola ni en el avión. Montserrat Amat viajó conmigo en el avión hasta Madrid.

Durante el trayecto fui amable con ella, a quien siempre consideré no mala, sino una gran cobarde. Cada vez que me veía ir al baño temblaba porque, lógicamente, no podía acompañarme.

Al llegar al aeropuerto de Madrid me esperaba mi hermano Manolo, el menor, con Conchita Bañón, la esposa de Ismael Medina. Mi hermano, al verme llegar con Montse Amat, me pregunto:

–¿Tienes que irte con ella?

A lo que le respondí:

–¡Ni de juego!

Agarré la maleta y le dije a Montse: "Me voy con mi familia." Y por primera vez desde hacía doce años y después de los terribles acontecimientos de aquella mañana en Roma, pude volver a abrazar a mi hermano y a mi amiga, que, sin apelativos de santidad, me querían profundamente.

Cuando subí al automóvil empecé a sollozar sin parar. Eran demasiadas emociones en el mismo día. Mi amiga me decía:

–Llora que te hará bien. Ismael nos ha contado ya muchas cosas.

Y por la nueva autopista de Barajas, nueva para mí, llegamos a López de Hoyos, la casa de mis padres, de donde había salido en 1950.

OceanofPDF.com

IX: REGRESO A ESPAÑA

Mi familia. Mis amigos

Si la salida de casa de mis padres en 1950 fue traumática al dejarlos para irme a vivir a las casas del Opus Dei, al cual pertenecía ya desde 1948, ahora, el regreso para siempre a casa de mis padres era también tenso: era decirles sin palabras que tenían razón, que yo estaba equivocada, porque el Opus Dei no era lo que yo pensaba.

Me abrió la puerta de la casa mi madre. Desde aquella hora escasa en Roma, en 1953, no la había vuelto a ver. Por supuesto que nos abrazamos, pero mi madre estuvo asombrosamente natural, como si yo hubiera regresado de un viaje cualquiera. Se lo agradecí mucho. Por supuesto le dijeron a mi amiga que se quedase a almorzar. Incluso mi madre tuvo el talento de que el almuerzo de aquel día fuera corriente. Entre mi hermano Manolo y mi amiga Conchita Bañón hicieron que el primer encuentro con mis padres y con la casa fuera suave. Mi padre llegó de su trabajo a la hora acostumbrada. Tocó el timbre de la puerta en la forma acostumbrada que nos permitía reconocer su llegada. Yo dije: "Es papá." Salí a recibirle y me besó con toda naturalidad. Me preguntó cómo había hecho el viaje. Luego embromó a Conchita, mi amiga, diciéndole que había tenido mala suerte con el almuerzo de aquel día y empezó a preguntarle por su marido y sus hijos. Mi padre tenía la costumbre de descansar una media hora después del almuerzo y así lo hizo, pero cuando iba a entrar en su cuarto me llamó. En el mismo pasillo, se sacó varias llaves de su llavín y dándomelas, dijo:

"Ésta es la llave de la puerta de la casa. Ésta es la llave del buzón de cartas. Quédate con ellas. ¡Ah! Ésta es la llave del coche…" Yo le interrumpí para decirle: "Ahora no tengo la licencia de manejo", a lo que él me respondió: "Bueno, no importa, pero la tienes ya." Y siguió con una frase muy suya: "Si necesitas dinero, que te lo dé tu madre que yo no tengo suelto ahora." Luego agrego: "No tengas prisa por nada, si quieres trabajar, trabaja. Por mí no tengo especial afán que lo hagas." El almuerzo en casa de mi familia fue normal y pacífico. Mi madre me explicó cuál sería mi cuarto ahora, porque lógicamente desde que yo me fui habían habido cambios en la casa. Mi hermano Javier era ya médico desde hacía algunos años y estaba casado; tenía ya varios hijos y vivía en Barcelona.

Conchita y mi hermano me dijeron que me iban a dar una vuelta por Madrid. Ambos comprendieron que eran demasiadas emociones en un mismo día y querían que me relajara.

Aquella noche me dijo Conchita que fuera a cenar a su casa. Así veía a Ismael, su marido, que llegaba aquel día de alguna parte, y podría conocer también a sus hijos.

Me parecía que caminaba por otro planeta. Tenía demasiadas ideas entrecruzadas. El ver a Ismael en ambiente totalmente distinto del de varios días antes en la casa de Roma, me dio gran paz. Fue como si pusiéramos juntas las piezas de un rompecabezas. Pudimos decir los pasos que había dado él y el trabajo que le costó poder verme, así como la preocupación que le entró al pensar que me estaba pasando algo muy serio, entre otras cosas que no tenía libertad y que me impedían ver a la gente. Me contó que él avisó a Conchita para que hablara con mis padres. Tanto Conchita como Ismael son dos personas que se quedaron clavados en lo más profundo de mi alma. Fueron, no sólo mis amigos, sino

quienes me devolvieron la libertad.

Años después, en varias ocasiones que fui a Roma estuve viviendo en casa de Conchita e Ismael Medina. Siempre fueron conmigo sumamente cariñosos. Y me contaron que, al saber que vivían en Roma, los habían llamado las mujeres del Opus Dei para que fueran de visita y que incluso vieron a monseñor Escrivá un par de veces. En la primera visita, Ismael se identificó como periodista y amablemente le dijo algo así como que le gustaría hacerle una entrevista, a lo que monseñor Escrivá le contestó de una manera un tanto abrupta, pero en la segunda visita fue más civilizado con ellos. Y luego, a través de las mujeres del Opus Dei, querían tenerles "contentos". Pero lógicamente a Ismael no le pudieron hacer olvidar el hecho de haber constatado que me tenían privada de libertad, ni a Conchita Bañón el haber visto con sus propios ojos lo destrozada que llegué a Madrid.

Los primeros días de mi llegada, yo notaba que a la menor cosa se me saltaban las lágrimas.

La primera noche que dormí en casa de mis padres me daba vueltas todo en la cabeza, pero principalmente el saber que me habían dicho que estaba en pecado mortal. Por ello decidí buscar al padre José Todolí, dominico que trabajaba en el Consejo de Investigaciones Científicas, y hablar con él. Llamé al día siguiente a su convento y me dijeron que estaba de catedrático en Valencia. Lo localicé y le dije que tenía que hablar con él. Quedamos en que al día siguiente yo viajaría a Valencia.

Por otra parte llamé a Caracas para hablar con la señora De Sosa, pero entonces las conexiones eran fatales, apenas pudimos entendernos. Le escribí una carta explicándole la situación de Roma. De ella atesoro algunos telegramas, el primero en respuesta de mi llamada telefónica.

El padre Todolí

Cuando llegué a Valencia, siempre lo recordaré, el padre Todolí tuvo la amabilidad de ir a esperarme a la estación. Nada más verle le dije que me tenía que confesar, porque iba en pecado mortal. Me miró burlonamente y yo le aseguraba: "Que sí, padre Todolí. Que estoy en pecado mortal." Entonces él con mucha gracia me dijo: "Pues si tú estás en pecado mortal, yo estoy muerto de hambre porque es muy tarde. O sea que vamos a cenar, tú te vas a tu hotel y mañana, si quieres, vienes a la iglesia y te confiesas. Y no te preocupes -me agregó-, que yo me hago responsable ante Dios de tus pecados mortales." Meses después me contaba la terrible impresión que le causé cuando me encontró en la estación.

Él había estado en Caracas y, conociéndome también de antes, tenía de mí un recuerdo muy diferente. Me decía que, al verme ahora, le daba la impresión de encontrar-se con un prisionero maltratado y maltrecho.

Al día siguiente fui a la iglesia de los dominicos y en el confesonario le conté las cosas. De repente dijo: "¡Ya basta, caramba!" Y se salió del confesonario. Yo me quedé aterrada y pensé que incluso el padre Todolí se espantaba de mí. Al cabo de un rato vino a buscarme el padre Todolí y me dijo:

–Te estaba esperando para darte la comunión, ¿dónde te habías metido?

Cuando le expliqué que me había quedado pensando que se había asustado de mi confesión, hizo un gesto muy característico suyo mientras me decía: "De ti, no; de ellos. Anda, anda, ven que te voy a presentar a una señora que quiere conocerte." Y efectivamente me presentó a una señora encantadora

que se dedicó a enseñarme Valencia durante tres días y me distrajo lo más posible. Pude, por supuesto, hablar con el padre Todolí, quien me sugirió que trabajase en cualquier cosa a fin de que me fuera reincorporando a la vida española, pero sobre todo que me fuera sintiendo independiente.

Regresé a Madrid tranquila y con una visión más positiva de mi-propia "nueva" vida. Establecí mis nuevos parámetros. Decidí que mi vida de piedad no tenía por qué sufrir con mi experiencia en el Opus Dei; que Dios no tenía la culpa. Pero que tampoco tenía por qué seguir un régimen de vida interior basado en la estructura de aquella institución.

En una de las primeras conversaciones con mi hermano el menor, recuerdo que me dio dos mil pesetas y yo le pregunté: "¿Es mucho o poco?" Mi hermano se sonrió y me dijo que tendría suficiente por un tiempo, por lo menos para transporte (¡en aquella época!).

Al regresar de Valencia, me contó mi madre que Guadalupe Ortiz de Landázuri, mi antigua directora en "Zurbarán", que había regresado de México, había ido a casa de mis padres. Me contó mamá que se le echó a llorar diciéndole que todas estaban tan tristes de que yo me hubiera ido de la Obra. Y que le había preguntado también con mucho interés dónde estaba yo. Mi madre creyó en su buena fe y le explicó que había ido a Valencia. A la pregunta de Guadalupe de si había llamado a alguien de Venezuela, mi madre, sin la menor malicia, dijo que sí, a la señora De Sosa. Lo que mi madre ignoraba era que Guadalupe había sido mandada por las superioras para ver cuáles habían sido mis pasos al llegar a casa de mis padres.

Al enterarme a mi regreso de Valencia de que me había visitado Guadalupe le dije a mi madre, sin entrar en detalles, que no recibiera a nadie del Opus Dei, cualquiera que fuese la excusa que ellos pusieran. Hablé ese día con mis padres y simplemente les dije -aún bajo la amenaza de monseñor Escrivá- que me había salido del Opus Dei porque no me encontraba a gusto, aunque ellos eran muy buenos. Mi padre no quiso oír la menor explicación al respecto.

Fui a Barcelona, por supuesto, a ver a mi otro hermano, Javier. Y a conocer a mi cuñada, ya que no se había casado con su antigua novia, a la que yo había conocido años atrás. Teresa Soler era el nombre de mi cuñada. Sus hijos eran unos críos muy simpáticos y guapos, aún muy chiquitos. Estuve escasamente dos días, pero tuve la alegría enorme de estar con ellos y de ver a mi hermano actuando ya como profesional en medicina. Les conté algo de lo sucedido en Roma, pero muy por encima: la amenaza de monseñor Escrivá, como digo, pesaba aún sobre mí. Me enteré de que dentro de mi propia familia había también miembros del Opus Dei, y de quiénes eran.

Cuando regresaba hacia Madrid, mi hermano y mi cuñada, con gran generosidad, me regalaron seis mil pesetas. Me acuerdo que mi hermano me dijo: "Estamos empezando en nuestra vida, pero mira, es todo cuanto podemos." El cariño de mis dos hermanos siempre lo valoré profundamente.

Viajé bastante para ver a mi abuela paterna y a mi familia. Volver a Cartagena, el lugar donde nací, después de tantos años, me hizo ilusión, porque pude ver a muchos miembros de mi familia.

Al regresar a Madrid, decidí buscar trabajo. A mi edad, no podía ser un parásito de mis padres o de mis hermanos. Me recorría Madrid a pie, porque para mí era ahora una ciudad enorme y totalmente desconocida. Decidí fijarme dos cosas para hacer cada semana: asistir a un concierto, y visitar un museo o una exposición. Tenía que incorporarme a la vida normal. Y empecé a descubrir que la llamada "secularidad" del Opus Dei era un mito. Al entrar y participar de veras en "lo secular", me

sentía perdida, desorientada. Empecé a percibir los cambios conciliares, como el de que las mujeres fueran a la iglesia sin mantilla y se utilizara la lengua vernácula en vez del latín.

He comentado más de una vez con mi amiga Mary Mely Zoppeti de Terrer de la Riva, lo mal que me sentó que, al salir yo del Opus Dei, me dijera que yo "era una inmadura". Su argumento es que el Opus Dei hace inmaduras a las personas. Hace muchos años ya que comprendí cuánta razón tenía. El Opus Dei aísla a sus miembros y hace de ellos seres inmaduros, infantiles.

Así como su falta de espíritu ecuménico hace a sus miembros intransigentes en lo humano.

Mi primer paso para buscar trabajo fue ir al Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Pero me di cuenta de que no había posibilidad de trabajo allí. Comprendí que, al haber tantos miembros del Opus Dei en puestos claves, no tenía posibilidad alguna de que me dieran algo.

Por otra parte, encontrar trabajo en Madrid a los cuarenta años, no era tarea fácil tampoco. Por fin, en el mes de julio, entré a trabajar con J. A. Garrigues, en la calle de Antonio Maura. Me di cuenta de que, sin quererlo, entre algunos de los abogados que integraban la firma y entre algunas de mis compañeras, yo era una persona un tanto peculiar: a mi edad no estaba casada y mi vida no tenía compromiso con nadie, nunca hablaba de mi "pasado", no era ñoña, pero tampoco "salida". Lo que sí era cierto es que siempre me consideraron buena compañera y, de hecho, mi amistad con Consuelo Pérez de Alvarez Carriazo ha sido siempre profunda y verdadera.

Andando el tiempo mi amistad con Antonio Garrigues llegó a ser también muy sincera.

Guardo un recuerdo muy cariñoso de Rafael Jiménez de Parga, que era mi jefe más directo.

Por supuesto yo no estaba dispuesta a contarle a nadie que había estado en el Opus Dei.

Cuando empecé a trabajar en ese lugar no presenté las recomendaciones que me dieron, aunque tenía entre ellas una del marqués de Luca de Tena, muy bonita por cierto, que mi primo Antonio Carreras me dio. Yo quería saber hasta qué punto era capaz de valerme por mi misma.

El trato con mis antiguas amigas era diferente, debido esencialmente a que sus vidas de mujeres casadas y con hijos diferían diametralmente de la mía. Fui un día a almorzar con mi amiga María Asunción Mellado, y me dijo que era agregada del Opus Dei. Su hermano estaba ya casado desde hacía varios años, me dijo. Y sus padres habían muerto. Aunque noté que me quería mucho como amiga, comprendí que su amor al Opus Dei era muy superior a todo, o sea que tampoco pude frecuentar su amistad durante muchos años. Sólo en el pasado mes de diciembre, cuando supe que su único hermano, Antonio Mellado Carbonell, había fallecido prácticamente de repente, me causó una impresión tan violenta que, después de haber hablado con su hijo mayor y saber que la familia no recibía aún visitas, la llamé a Córdoba, donde vive desde hace años, para darle el pésame. Mi llamada la sorprendió positivamente… La encontré cambiada, pero me imagino que posiblemente su postura hacia el Opus Dei será la misma.

Respecto a mi vida espiritual, me costó trabajo confesarme, porque no quería hablar del Opus Dei y era inevitable hacerlo. Por fin un día y en vista de que el padre Todolí estaba destinado hiera de Madrid, me fui a confesar con otro dominico a una iglesia que está muy cerca de la casa de mis

padres. Primero en el confesonario, y luego en su despacho, pude contarle las cosas a ese sacerdote. Recuerdo su silencio. Al final, me dijo:

–¿Le puedo hacer una pregunta?

–Claro, padre.

–¿Por qué sigue usted creyendo en Dios?

–Porque Dios no tiene nada que ver con el Opus Dei -fue mi respuesta.

Y aquella respuesta, que me salió del fondo de mi alma, es la que claramente me hizo conservar mi fe en Dios y en la Iglesia.

Aquel verano, lo pasé en Madrid. Una noche, a finales del mes de septiembre de 1966, mi primo Juan Gillman vino con su mujer a la casa de mis padres y trajo una serie de diapositivas para que yo pudiera conocer sucedidos que ocurrieron durante mis años de ausencia, desde matrimonios a bautizos. La empleada de mi familia entró y me dejó una nota que habían subido de portería. Al prender la luz vi con asombro que había escrito en ella, con letra de don Raimundo Panikkar, un teléfono y su nombre. Pensé que ello era una artimaña del Opus Dei y, con gran recelo, llamé al número; para mi sorpresa era una residencia de sacerdotes en la que estaba hospedado Raimundo Panikkar.

Encuentro con el padre Panikkar

La verdad es que no me fiaba de nadie. Y abiertamente le dije, cuando empezó la conversación, que yo había salido del Opus Dei hacía unos meses. Con asombro supe que, igualmente, él había dejado de pertenecer al Opus Dei, aunque seguía siendo sacerdote.

Al día siguiente, antes de ir al trabajo, asistí a la misa que él celebraba en aquella residencia; y quedamos que hablaríamos aquel día por la tarde, a la salida de mi trabajo, dado que él iba a Argentina, representando a la UNESCO, al otro día.

Me explicó que, cuando llegó a Madrid, no tenía la menor idea de que yo hubiera dejado el Opus Dei y que, al pasar por la casa de mis padres con el padre Carlos Castro, a quien yo conocía muchos años atrás, cuando aún no era sacerdote, se les ocurrió a los dos pensar qué sería de mí. Y preguntaron en portería. Con la consabida discreción de los porteros, el nuestro les informó que yo estaba en Madrid viviendo con mis padres.

Pude hablar confiadamente con el padre Panikkar y, cuando supo que yo no les había dicho a mis padres la verdad de lo ocurrido en el Opus Dei, me dijo que tenía una obligación muy seria de decírselo.

OceanofPDF.com

CAPITULO X: REPRESALIAS

A la noche siguiente, les dije a mis padres y a mi hermano Manolo, que aún estaba soltero, que tenía que hablar con ellos. Les conté los hechos someramente. No bajé al detalle porque me sentía apenada. Cuando terminé el relato, mi madre y hermano se quedaron silenciosos, pero mi padre me dijo:

–No me creí una palabra de lo que me contaste al llegar, porque supe que algo parecido dijo Miguel Fisac, que es un hombre inteligente, y luego me enteré de varias de las faenas que le hicieron y le siguen haciendo los del Opus Dei.

No sé de dónde mi padre conocía a Miguel Fisac, pero siempre pensé que, por circunstancias profesionales, alguien le había hablado de él; mi padre era ingeniero industrial y él era arquitecto.

Correspondencia entre monseñor Escrivá y mi padre

Mi padre no hizo otro comentario. Sin embargo, al día siguiente, cuando llegó a casa a la hora de almorzar, me pidió que leyera el borrador de la carta donde reclamaba mis documentos personales.

Este hecho lo indignó de una manera enorme y me repitió:

–No tienen derecho legalmente, hayas hecho lo que hayas hecho, a quedarse con tu documentación personal, porque ni en las cárceles hacen eso.

Aunque dirigida a monseñor Escrivá, fue Francisco Vives quien respondió a mi padre. A continuación incluyo ambas cartas:

Madrid. 4 de octubre de 1966 Excmo. y Revdmo. Monseñor. Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás.

Presidente General del Opus Dei Viale Bruno Buozzi, 73 Roma (Italia)

Estimado Monseñor Escrivá:

Me permito enviarle estas líneas para rogarle tenga a bien indicar el envío a mi nombre y a la dirección del membrete, los siguientes documentos que mi hija María del Carmen dejó en Roma y que en la actualidad le son necesarios:

1) Tarjeta de identidad venezolana, válida hasta el año 1970, semejante a nuestro documento de identidad español -concretamente este documento lo tenía dentro de una agenda que le retiró la Srta. M. Morado-; 2) Certificado internacional de vacuna -es un librito de cubiertas amarillas- expendido en Caracas.

3) Papeletas de examen de la Escuela Central Superior de Comercio de Madrid y de otros Centros Oficiales de Enseñanza -Escuela Mecanográfica y Taquigráfica, Profesional de Mujer-, etc.; 4)

Partida de Registro Civil y de Bautismo; 5) Boletín oficial del Estado Venezolano en el que constaba su nacionalidad oficial venezolana; 6) Certificado de Servicio social; 7) Título internacional de conducir – álido hasta abril de 1967- expendido en Caracas; 8) Aquellos otros documentos personales que este momento pudiera no nombrar yo expresamente, pero quelógicamente sólo tienen validez estrictamente personal, entre los que se encuentra, a título de ejemplo, un cuaderno de tapas negras, más papeles, documentos, etc.

Que sólo a mi hija pueden interesar, por ejemplo también fotografías de tipo carnet, etc.

Le agradezco muy especialmente las molestias que mi petición lleva consigo y por supuesto cualquier reembolso que haya que enviar, le ruego tenga a bien indicármelo para que pueda dar yo las correspondientes órdenes, a fin de que le sea hecho efectivo de inmediato.

En espera de sus prontas noticias, le saluda muy atentamente.

Firmado:

Francisco-Javier Tapia Cervantes-Pinelo FRANCISCO VIVES Doctor en Derecho Civil y Canónico Roma, 11 de octubre, 1966 Sr. D. Francisco Javier Tapia Cervantes-Pinelo Ingeniero Industrial López de Hoyos, 15, 5º, izda.

Madrid Estimado Señor Tapia:

Se ha recibido su carta, de fecha 4 octubre, cuando Monseñor Escrivá de Balaguer estaba fuera Roma; sin embargo, he tenido ocasión de hablar por teléfono con Monseñor y, en su ausencia, deseo contestar a Vd. personalmente.

Le envío, con mucho gusto, las cosas que había aquí de Mª del Carmen… Espero la ocasión del viaje próximo de un amigo, porque me parece que este sistema es más seguro que el del correo ordinario.

Siento de veras, en cambio, tener que decirle que las cosas relacionadas con la – stancia de su hija en Venezuela no puedo enviárselas, porque no me lo permite mi conciencia. Lo que acabo de manifestarle, indudablemente, requiere un, explicación, sobre todo si -además- se tiene en cuenta que con bastante probabilidad Vd. habrá recibido una versión los hechos notoriamente parcial y deformada.

Crea sinceramente que no quiero, con estas líneas, aumentar sus preocupaciones, sino contribuir al bien de su hija. Por eso, ahora me veo obligado a decirle que, si Vd. conociera algunos aspectos del comportamiento de Mª del Carmen en Venezuela, se quedaría profundamente apenado, porque no sólo se hizo daño a sí misma, sino que también perjudicó gravemente a otras almas.

Ahora comprenderá Vd. mejor el porqué no puedo enviar nada que tenga algo que ver con la estancia de su hija en Venezuela. Y ésta es igualmente la razón por la cual se desaconsejó por completo a su hija -y quiero que Vd. lo sepa el pensar en un posible regreso a Venezuela.

Tengo que decirle con toda lealtad, que la marcha de Mª del Carmen a Venezuela podría dar lugar a cosas muy desagradables, porque allí saldrían a la luz hechos que hasta ahora -por consideración Vds., y por caridad con su hija- hemos silenciado celosamente, guardando la más absoluta

discreción.

He querido, estimado Señor Tapia, ser claro y delicado pero no crudo. Para que Vd. se haga más cargo de la realidad de lo sucedido, sólo deseo añadir que, durante mucho tiempo se pusieron todos los medios para ayudar a su hija; y que, finalmente, ante su descamino, no hubo más remedio que instruir un expediente, cumpliendo las normas del Derecho Canónico, con la máxima justicia y caridad, y extremando en todo momento la delicadeza.

Espero que también sepa comprender el porqué no le habíamos informado de estos asuntos:

hemos querido cubrir las miserias con el manto de la caridad, y buena prueba de esto es que ni siquiera a Vd. habíamos dado a conocer estos sucesos lamentables. Me consta, en cambio, que María del Carmen no guarda este silencio -y falta a la verdad-, cosa que me deja perplejo, porque la verdad, si dejamos que se sepa, es muy penosa para ella.

No quiero terminar sin hacerle patente mi profundo dolor por todo lo sucedido y la esperanza de que, por fin, – Mª del Carmen encauce su vida y olvide el pasado, como lo hemos hecho los que por deber hemos tenido que intervenir en este asunto.

Le saluda atentamente Francisco Vives En la carta de don Francisco Vives le incluían a mi padre mis papeletas de examen de la Escuela Central Superior de Comercio, el boletín de notas semanales del Colegio de las Dominicas Francesas en Valladolid y algunas otras papeletas de examen de estudios varios, pero nada más.

Yo no supe que mi padre había recibido esta carta hasta un par de semanas más tarde. Mi padre era un hombre muy pacífico, enemigo de la violencia, incapaz de herir a un ser humano.

Era un buen compañero y un buen jefe. La gente, los obreros que tenía bajo su mando, lo querían enormemente porque sabían que trataba de ser justo siempre. No recuerdo haber oído a mi padre hablar mal de la gente. Siempre trataba de dar la razón "al otro" para calmar los ánimos.

Incluso, cuando en la guerra civil lo denunciaron, jamás tomó una represalia con quien lo hizo. Pues bien, siendo así, al recibir esta carta del doctor Francisco Vives, a mi padre, no le cabía en la cabeza que monseñor Escrivá hubiera ordenado escribir algo semejante, que estaba seguro me podría herir mucho. Y tomó la decisión de ir a Inglaterra, donde, según se había enterado, el doctor Panikkar daba unas conferencias en Cambridge, para preguntarle si me mostraba a mí aquella carta o no. Motivó esa consulta el hecho de que él sabía que el doctor Panikkar era sacerdote, había sido mi guía espiritual y había dejado el Opus Dei. Que mis padres viajaran a Inglaterra, no me sorprendió, porque iban con mucha frecuencia por asuntos de trabajo de mi padre.

Raimundo Panikkar les dijo a mis padres dos cosas: una, que me la mostraran; y dos, que esa carta era una extorsión. Pero que yo tenía que estar enterada de su contenido.

Cuando regresaron, me dieron a leer la carta. Después de mi odisea de Roma, nada me extrañaba ya. Y entonces, a la vista de esa carta, les conté a mis padres con detalle mi tiempo en Roma y los insultos de monseñor Escrivá. Mi padre se quedó muy preocupado. Tenía miedo por mi seguridad física. Temía que me pudieran hacer algo. Se pensó muy seriamente en llevar el asunto por lo legal, porque a mi padre le daba miedo que atentaran contra mi persona. Mi padre quiso esperar varios

meses, pero en el mes de marzo del 1967 creyó conveniente enviar otra carta a monseñor Escrivá.

De esa carta mi padre nunca obtuvo respuesta, pero, por el acuse de recibo, la carta fue recibida en Roma.

Madrid, 9 de marzo de 1967 Excmo. Y Revdmo. Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás Presidente General del Opus Dei Viale Bruno Buozzi, 73 Roma (Italia)

Muy Sr. Mío:

Acuso recibo de la carta del Dr. Francisco Vives de fecha 11 del pasado octubre, en la que contesta, en su nombre, a la mía del 4 del mismo mes; carta que me fue entregada a mano en mi oficina y acompañada de algunos de los documentos interesados en mi citada carta.

Desde aquella fecha he estado esperando a recibir los demás documentos personales de mi hija María del Carmen solicitados también en mi carta; pues confiaba en que, a pesar de cuanto indicaba el Dr. Vives en la suya, comprenderían Vds que por tratarse de documentos personales y de la estricta propiedad de mi hija, me debían ser devueltos.

Sin embargo, estos documentos no me han sido enviados y por ello le ruego, una vez más, disponga me sean remitidos a la mayor brevedad; por tratarse de documentos personales que ella necesita tener en su poder, hasta el punto de poder incurrir en responsabilidad legal al no hacerlo así y que por estos motivos y bajo ningún concepto se puede justificar que sean retenidos por Vds.

Respecto a las indicaciones que me hacen sobre posibles viajes de mi hija a Venezuela nada puedo decirles que a ustedes deba comunicar puesto que sólo Dios sabe el porvenir concreto de cada persona, y ni Vds ni yo podemos limitar, llegado el caso, su libertad de movimientos, ya que, – como Vds. bien saben- todos tenemos que respetar la libertad personal.

En espera de los documentos solicitados, le saluda atentamente, Francisco-Javier Tapia Cervantes-Pinelo Cuando trabajaba en la firma de abogados Garrigues, hacia finales de 1966, me llamó mi madre un día al despacho para decirme que la doctora Negrón y su esposo, el doctor Núñez, habían llamado por teléfono a la casa, pero mi madre, escaldada por su experiencia con Guadalupe, les dijo, muy asépticamente, que por favor llamasen por la noche, sin darles mi número del trabajo. Ellos le habían dejado su teléfono del hotel donde se hospedaban. Al enterarme, los llamé inmediatamente con gran alegría y quedamos en vernos esa misma tarde.

El encuentro fue realmente emocionante para mi. Les conté la odisea de Roma y añadí que, si por una parte tuve miedo de volverme loca, por la otra estaba aterrada con la posibilidad de que me encerrasen en un manicomio. Se miraron uno a otro y dijeron:

–Ahí está. ¿Te das cuenta?

La cuestión fue lo mucho que les extrañó que nunca respondiera a la serie de cartas que me escribieron. Ello unido a la actitud misteriosa de las superioras en Venezuela -por más que preguntaba Lilia por mí, nunca le decían dónde estaba- y a que también se hubieran llevado a España, sin explicaciones, a Ana María Gibert y a Begoña Elejalde. Lilia y su esposo pensaron muy seriamente, conociendo el estilo del Opus Dei, en la posibilidad de que me hubieran metido en un

sanatorio para quitarme de en medio. La idea los espantó, pero no la desecharon, sino que decidieron ir a España. Al ser Lilia psiquiatra, pensaron que ellos eran las únicas personas que podrían sacarme de donde estuviera.

Lo primero que hicieron al llegar a Madrid fue llamar por teléfono a Beatriz Briceño, numeraria del Opus Dei que vivía en Madrid desde hacía bastantes meses, y preguntarle mi dirección.

Beatriz dijo que no la sabía, porque yo vivía en un pueblito que no tenía ni teléfono.

Naturalmente no la creyeron y, Lilia por un lado y su marido por otro, con el libreto del teléfono, empezaron a llamar a todos los "Tapia" que aparecían registrados. En uno de ellos les contestó mi madre.

Yo no podía dar crédito a lo que oía, porque la casa donde Beatriz Briceño vivía estaba justamente en la esquina siguiente a la casa de mis padres y, además, sabía por mi hermano el menor que Beatriz solía venir a casa de mis padres algunas veces. Es decir: Beatriz sabía perfectamente dónde estaba yo. ¿No sabía nada de mí?

Por supuesto que, al irse de Madrid, Lilia y su esposo fueron a despedirse de Beatriz y le hicieron saber con cierta soma que ya me habían encontrado y que "no vivía en ningún pueblito".

Ellos fueron quienes me regalaron en 1967 el billete de avión para que viajara a Caracas, cuando terminé el trabajo de aquel año en Estados Unidos. En 1967 yo había dejado de trabajar con los Garrigues y había venido por vez primera a Estados Unidos, desde donde volé a Caracas en el mes de septiembre. Vivía en casa de Lilia Negrón y José Núñez. Ahorro al lector mis impresiones al regresar al país tan querido para mí y volver a encontrarme con muchas personas entrañables, entre ellas Cecilia Mendoza, que, siendo numeraria, dejó el Opus Dei porque no consintió en declarar en mi contra. Su marido, Tomás Gunz, suele decirme, bromista, que me está muy agradecido porque gracias a mí él conoció a su esposa.

El principal motivo de mi viaje a Caracas fue visitar al Excmo. señor nuncio y a S.E. el cardenal Quintero, a fin de anunciarles que monseñor Escrivá me había dicho que si regresaba a Venezuela él hablaría con el cardenal para explicarle "quién" era yo. El nuncio me escuchó en silencio y me dijo que no me preocupara, que "Dios veía en los corazones la verdad de los seres humanos". El cardenal Quintero, frente a mi insistencia de que me preguntara cuanto quisiera y en la forma que deseara, me repitió aquello de: "No se olvide, mi hijita, que los superiores también se equivocan." De Venezuela regresé a España, donde me tuvieron que intervenir quirúrgicamente; y el tema del "Opus Dei" pasó a la historia. Al menos eso pensaba yo.

Estados Unidos

Años más tarde, ya en Estados Unidos y tratando de arreglar mi permanencia en el país, me tropecé con un problema inesperado al tratar de rellenar uno de los tantos formularios requeridos por Inmigración: tenía que decir cuáles habían sido mis trabajos y direcciones durante una serie de años, en los que entraban los de mi pertenencia al Opus Dei. Decir que había sido numeraria del Opus era más o menos como decir que había sido miembro de la YMCA. Al menos esta organización era y es aquí más conocida que el Opus Dei. Pero, además, como el Opus Dei, por ser Instituto Secular, no reconoce ningún status legal a sus miembros, era tanto como decir al Departamento de Estado e

Inmigración que había estado en el limbo durante muchos años. Lo importante era "mi ocupación", qué había hecho. En cuanto a los domicilios no hubo problema, porque di los de las casas del Opus Dei donde había vivido. La dificultad era explicar a Inmigración los trabajos realizados. Dado que ahora trabajaba con uno de los profesores de la Universidad de California, en Santa Bárbara, el dean de estudiantes extranjeros me guió en este proceso y me aconsejó que lo mejor sería decir qué estudios había realizado yo durante mi permanencia en el Opus Dei. Y, al efecto, pedir al Opus Dei un certificado donde ellos constaran. Como es bien sabido, Inmigración y, en definitiva, el Departamento de Estado, pregunta sobre domicilios y trabajos previos a la solicitud de residencia permanente en Estados Unidos. Estos formularios son muy serios y no caben evasivas.

Correspondencia para obtener mi certificado de estudios

En las páginas siguientes van, por orden cronológico, toda la correspondencia oficial de la petición de este certificado de estudios al Opus Dei y la serie de respuestas que negaron sistemáticamente que yo hubiera realizado estudios mientras fui miembro de la Obra, respuestas que fueron dadas a organismos oficiales. También se incluye la explicación, un tanto confusa, que sobre este asunto envió el Opus Dei a la Santa Sede. En el texto del libro van copias de los originales de las cartas.

Este asunto era muy serio, porque iba quedando, en los archivos oficiales de la Oficina Internacional de esta universidad, un historial donde, por escrito, superiores del Opus Dei negaban lo que yo, en los formularios, había afirmado como cierto bajo palabra de honor. Si al cabo de pocos años mi expediente se revisaba, quedaba, a ojos vista, que yo era perjura.

Durante seis años luché por conseguir ese certificado de estudios y, al final, oficialmente, uno de los sacerdotes que había sido profesor nuestro en la mayoría de las asignaturas, comprendiendo el grave perjuicio que la negativa infundada de los superiores del Opus Dei podría acarrearme, incluso la deportación -en Estados Unidos no se juega con el Departamento de Estado-, consideró, en conciencia, que tenía que dármelo él, y así lo hizo. Desgraciadamente este hecho le trajo serias reprimendas de los superiores del Opus Dei: incomunicación total conmigo, entre otras personas, y amenaza de que si me dirigía la palabra, lo expulsarían de la Prelatura. Todo ello salpicado con el tipo de interrogatorios, aislamientos, etc., acostumbrados en el Opus Dei. De ahí que me vea obligada a cubrir su firma.

(AQUÍ SE INCLUYEN EN EL LIBRO ORIGINAL LA CORRESPONDENCIA SOBRE EL TEMA QUE MANTUVO MARIA DEL CARMEN TAPIA Y QUE NO NOS ES POSIBLE TRANSCRIBIR PORQUE LA EDICIÓN QUE TENEMOS DE ESTE LIBRO ES EN FORMATO PEQUEÑO, DE BOLSILLO Y LAS FOTOCOPIAS SON DE MALA CALIDAD (Y EN INGLÉS) COMO PARA PODER TRANSCRIBIRLAS PALABRA POR PALABRA. SI PODEÍS HACEROS CON EL LIBRO IMPRESO, ENCONTRARÉIS TODA LA DOCUMENTACIÓN. QUE NOSOTROS, AHORA, DAMOS FE DE QUE SE INCLUYE)

Hay que darse cuenta de que todas estas cartas, enviadas por el Opus Dei a las personas que oficialmente pedían información de mis estudios, eran escritas en nombre de monseñor Escrivá y con su consentimiento. En el Opus Dei cualquier miembro, superior o no, firma lo que sea, si así se lo hubiera pedido "Nuestro Padre", como le llaman dentro del Opus Dei a monseñor Escrivá después de su muerte, o "el Padre", como ha pasado a llamarse familiarmente al Prelado reinante. Y esto, aunque el autor de cada carta supiera o pensara que se estaba distorsionando la verdad. Si "convenía por el bien de la Obra", "nadie" se hubiera atrevido a no firmar o a no escribir lo que le hubieran

presentado, aunque, como digo, manifiestamente supieran que se trataba de hechos falsos. Un ejemplo patente de ello es el caso del padre Roberto Salvat Romero, consiliario del Opus Dei en Venezuela, y por tanto representante de monseñor Escrivá en ese país, quien además de ser abogado español fue también mi profesor en la asignatura de Ética precisamente, y quien, como ha podido ver el lector, firma, asegurando en diferentes ocasiones, que yo, en el Opus Dei, "no cursé estudios".

Muchas veces me pregunté cuál era la razón por la que no querían darme un certificado de los estudios realizados, que no implicaba título alguno, sino una verificación de haber cursado una serie de materias de acuerdo a unos programas establecidos por el Opus Dei, y de haber obtenido en ellas una determinada calificación. Indiscutiblemente, la idea no es otra que la de represalia; en este caso, desacreditándome, al hacerme aparecer como mentirosa frente a organismos oficiales. Bueno es señalar que ésta es la política general que siempre usó el Opus Dei. Por otra parte, como señalé en diversos lugares, los estudios internos es una cuestión no resuelta totalmente dentro del Opus Dei "vis-á-vis" los organismos docentes oficiales. El Opus Dei prefiere no poner de manifiesto el tipo de sus estudios internos, para evitar cualquier posible evaluación de éstos por entidades académicas ajenas a la Obra.

Un ejemplo claro de represalia más violenta y dañina fue la campaña que lanzaron contra María Angustias Moreno, cuando publicó en 1976 su libro titulado "El Opus Dei. Anexo a una historia"; libro que manifestaba facetas del Opus Dei. Siguiendo la indicación de los superiores, barrieron de las librerías el volumen, agotándolo e impidiendo así su difusión. Yo alcancé a comprar el libro en uno de mis viajes a Madrid. No conocía aún a la autora, aunque ella había sido también muchos años numeraria del Opus Dei. Las críticas sobre su libro o, mejor dicho, contra su libro, promovidas indiscutiblemente por personas cercanas al Opus Dei, culminaron en una campaña de difamación personal que hizo a María Angustias Moreno publicar un segundo libro (María Angustias Moreno, La otra cara del Opus Dei, Barcelona (Planeta), 1978), donde explica documentalmente estos hechos.

Carta a María Angustias Moreno

En el año 1977, y con motivo de una visita que recibí de don Tomás Gutiérrez en el mes de agosto, se me ocurrió escribirle a María Angustias Moreno la carta que, con su autorización, incluyo seguidamente, donde se manifiesta cómo el Opus Dei, para intimidar a las personas, se vale de sus sacerdotes; y la opinión de don Tomás Gutiérrez sobre el primer libro de María Angustias Moreno.

Tenía ya terminados mis escritos cuando me ha llegado otra carta de California que desea ser "abierta" en cualquier publicación digna y seria del país.

Dados los obstáculos que podría encontrar (por experiencia vivida), creo que su sitio bien puede ser éste:

Querida María Angustias:

Acabo de recibir un recorte de un periódico de Madrid relativo a ti y a tu libro de hechos, que considero serios. No sé de qué periódico se trata. Sólo sé que la noticia se publicó el día 22 de octubre de 1977. Te envío la fotocopia para que tú puedas localizarlo fácilmente.

Esta carta, que hace meses pensaba haberte escrito sobre tu libro" El Opus Dei. Anexo a una historia" en un tono muy diverso y a altura más bien personal (como la de aquilatar más algunos

datos, por ejemplo, para tus próximas ediciones), puede transformarse en carta pública, ya que como tal te permito que hagas con ella lo que quieras: que la guardes o que la envíes a la prensa; que se la entregues a tus abogados o que se la copies a los amigos. En fin, lo que quieras. Que te sientas libre para hacer de ella el uso que consideres más oportuno, ya que lo que te digo en ella no lo podría decir de manera diferente frente a Dios.

En diciembre de 1976 leí cuidadosamente tu libro. Lo "trabajé", diría, puesto que lo he leído muchas más veces. En él relatas cosas que conozco y reconozco por haber sido yo misma también asociada numeraria del Opus Dei; en mi caso de 1948 a 1966, fecha en que tuve "el honor" de ser expulsada. Pero eso es otra historia diferente. El caso es que el plazo de once años me ha dado perspectiva lógica y objetividad concurriendo además el hecho real de haber doblado los cincuenta años, lo que me permite contemplar la vida en sus dos vertientes desde un ángulo equidistante, diría. Te cuento esto porque viene hilado hacia tu libro y a un hecho muy concreto que me sucedió a mí en agosto de 1977, en Madrid. Como sabes, cuando se deja el Opus Dei, o te echan del Opus Dei, quedas convertida automáticamente en a "non person", que dirían aquí.

Pues bien, este verano fui de vacaciones a España. Y tuve que ir a Salamanca un día. Me enteré de que allí estaba actualmente una persona del Opus Dei, numeraria -Ana María Gilbert- con la que conviví en Venezuela -en Caracas- en la misma casa del Opus Dei, por espacio de casi diez años. La llamé por teléfono desde Madrid y quedamos en que si por fin yo iba a Salamanca nos veríamos. Como sabes, Ana María con toda su brillante carrera de Filosofía y Letras y su inteligencia nada corriente ha quedado relegada a "hacer labor con señoras" ahora en Salamanca. Y eso lo sé no porque me lo dijera ella sino porque se sabe por fuera.

A punto de salir de Madrid hacia Salamanca, recibí una llamada telefónica de Ana María diciéndome que no nos podíamos ver porque aquella misma tarde ella salía para Valladolid…

Naturalmente yo no me tragué el cuento y lo dejé, aunque lo sentí.

Pero como Salamanca es precisamente pequeña, me encontré a Ana María por la calle.

Con una simple pregunta mía socarrona de con que en Valladolid, ¿ eh? pasamos a hablar de muchas cosas de todo tipo: de política, de la ciudad, de diferentes libros y entre ellos de uno muy concreto, "Le Pape a disparu", que ha sido traducido al español por las ediciones "Sígueme" en Salamanca. De repente y sin malicia de ningún tipo le pregunté:

-¿Y qué piensas del libro de María Angustias Moreno sobre "la Obra"? ¿ Lo has leído?

Su respuesta de rechazo con el gesto y con la palabra fue:

-¿Yo ese libro? ¡No, por Dios!

-¡No, por Dios! ¿Por qué? – le pregunté. Y le añadí-: Lo deberías leer, Ana. El libro – e seguí diciendo- aunque no tiene mi estilo literario favorito y resulta algo monótono a veces, es auténtico y no dice ninguna mentira. Es más: esta chica – or ti- no dice ni la mitad de las cosas de la Obra, entre otras porque su horizonte ha sido solamente España. Y eso le hace quedarse corta. Lo deberías leer, Ana, porque una persona como tú no puede esconder la cabeza debajo del ala.

Ella, silenciosa y delicadamente, soslayó la conversación con una frase más o menos de "déjalo estar". No recuerdo exactamente.

Pasamos a otro tema y fue el de preguntarle por una numeraria venezolana que ahora está en España: Elsa Anselmi. Era la procuradora de la sección femenina del Opus Dei en Venezuela cuando yo era directora de la sección femenina del Opus Dei, en Venezuela también, durante Los años de 1956 a 1965. Le pregunté si sabía dónde estaba Elsa y me contestó que estaba en Valencia y que no sabía su teléfono. No insistí. Repito que me dio pena comprobar, una vez más, que seguramente tendría que reportar esa conversación, como es costumbre, a su directora o a quien fuera superior suyo dentro del Opus Dei. Y porque tanto a Ana María como a Elsa las quiero mucho y de verdad.

No habían pasado ni cuatro días de este hecho, yo estaba ya en Madrid y en vísperas de mi viaje a Santa Bárbara, cuando recibo la siguiente llamada de teléfono que trato de relatarte a continuación con La mayor exactitud posible:

-¿María del Carmen Tapia?

-Sí, ¿quién es?

-Soy don Tomás Gutiérrez, un sacerdote del Opus Dei.

-¿Y?

-Quisiera tener una conversación contigo.

-Pues muy bien, cuando quiera -fue mi inmediata respuesta-. ¿Le viene bien dentro de una hora? – Serían las seis de la tarde y en aquel momento tenía una visita en mi casa.

-No, no me viene bien.

-¿Quiere venir ahora?

-No, ahora tampoco puedo.

-Pues entonces, el único tiempo que tengo disponible-dije- sería mañana a las nueve, ya que estoy en vísperas de viaje.

-¡Ah, pues muy bien! Mañana a las nueve voy a tu casa.

Colgué y pensé: pero ¿dónde viene a verme? Si no me ha pedido mi dirección ni me ha dicho dónde puedo avisarle en caso de cualquier imprevisto que haga imposible la visita.

Pensé en la entrevista del día siguiente y desde luego llamé a un sacerdote amigo mío, profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca; don Luis Maldonado. Le conté que me habían pedido una entrevista por primera vez en once años y le pedí que si quería hacer el favor de acompañarme. Vino a mi casa unos minutos antes de las nueve y me dijo:

-Oye, ¿pero por qué hablas en plural? ¿Por qué dices que "vienen" cuando el sacerdote que te llamó no te anuncio su visita con otra persona?

Ante su inocencia me sonreí y le dije: "Mira, en el Opus Dei, cuando tienen que hacer una visita especial, los sacerdotes van como la Guardia Civil:" de uniforme y por parejas" (Quiero establecer aquí una clara diferencia: al expresarme así no quiero ni es mi intención decir nada peyorativo hacia la Guardia Civil: ellos cumplen su misión y van en misión. En el Opus Dei, en cambio, presumen de su libertad personal y de criterio sólo reglamentado por la Iglesia de Roma. O por las leyes de cada país).

A las nueve menos dos minutos llegaron dos sacerdotes (con la sotana, por supuesto): uno de ellos, don Tomás Gutiérrez, quien dijo (a lo largo de la conversación) que él estaba en la sección femenina del Opus Dei desde hacía catorce años. El otro sacerdote era un jovencito de unos veintitantos años, rubito y bajito. Dijeron el nombre, pero no lo recuerdo, aunque a él como persona lo reconocería de inmediato.

Los recibí en el salón que para las visitas existe en el edificio donde yo vivo.

-¿Cómo estás? – me dijo Tomás Gutiérrez.

-Bien, ¿y tú? – le contesté. Naturalmente les di el tú al dármelo ellos a mí primero.

-Yo vengo a expresarte un ruego -me dijo Tomás Gutiérrez; el otro sacerdote fue testigo absolutamente mudo, como lo fue Luis Maldonado durante toda la conversación.

-¿Y ello es?

-Que no llames ni veas ni vuelvas a hablar con Ana María Gilbert.

-¿Qué le pasa? ¿Está enferma mental?

-¡No, qué va a estar!

-¿Es usted su tutor?

-No, yo no soy su tutor.

-Pues entonces no lo entiendo, no entiendo esa libertad. Pero está bien, siga adelante.

Él siguió:

-Ana estuvo hablando conmigo ayer. Vino de Salamanca para hablar conmigo y me dijo que la habías llamado sin identificarte y que por eso ella habló contigo.

Yo me volvía sonreír y le dije: "No fue exactamente así." (La realidad fue que ella contestó al teléfono cuando yo llamé y no hubo necesidad de identificaciones porque nos reconocimos por la voz.) Pero comprendí que ése no era el nervio de la conversación, no insistí.

-Si, Ana me dijo también que tú la habías llamado para hablarle de ese libro.

-¿De qué libro? Porque hablamos de muchos libros.

-Sí, tú ya sabes: del libro de esa chica.

-¿De qué chica, qué libro?

-Sí, de María Angustias -dijo casi silbando tu nombre.

-¡Ah! – le dije yo-, de María Angustias Moreno. Sí, es verdad. Le hablé del libro.

-Pero es que -dijo Tomás Gutiérrez- ese libro es un libelo y está lleno de calumnias.

Mi respuesta fue: "Bueno, bueno: el estilo literario que usa María Angustias no es el mío favorito, pero el libro no dice una sola mentira, ni una sola mentira. Todo lo que dice es verdad y se queda corta. A lo que él respondió:

-Vamos, vamos. El libro es una infamia. – Esto, acompañado con gestos en que subrayaba su desprecio y me atrevería a decir "asco" (aunque él no lo dijo, yo lo interpreté así).

También usó Tomás Gutiérrez como argumento una alusión a algo personal mío que no concretó, aunque yo le dije que lo hiciera público, si quería, puesto que Luis Maldonado conocía mi alma perfectamente. Yo le alenté a que concretase los hechos por los cuales yo no debería volver a hablar con Ana María Gibert ni con Elsa Anselmi, porque incluso, caso de haber existido esos hechos, él no estaba en Venezuela durante el tiempo que "esos hechos" (que no sé cuáles son) sucedieron. Y por tanto ¿cómo está él enterado de algo que yo no le dije ni él presenció?

¿ Y cuáles fueron esos hechos?

La conversación, por si te interesa, quedó concretada en tres puntos:

a) que no volviera a ver ni a llamar a Ana María Gibert ni a ponerme en contacto con ella; b) que lo mismo respecto de Elsa Anselmi, quien, según él, le había dicho que no quería verme…

c) que me quedara claro que tu libro es un libelo lleno de calumnias.

Le dije que me lo pensaría y le sugerí que me diera estos tres puntos por escrito para que los tuviera presentes y me dijo que: "¡Ni hablar! Que yo tenía muy buena memoria. " De pie, cuando se iban, el jovencito, dirigiéndose a Luis Maldonado le preguntó: "¿Usted es Luis Maldonado, el jesuita?" A lo que él le respondió: "Yo soy Luis Maldonado, sacerdote, pero no soy jesuita." Esto es todo, María Angustias, no sé si te interesa saberlo o no, pero al menos no me lo quería dejar en mi tintero.

Espero que algún día nos podamos conocer en persona.

Hubiera enviado esta carta directamente a algún periódico español, pero me pareció mejor que la leyeses tú primero y que luego actuases en consecuencia.

Un abrazo, MARIA DEL CARMEN TAPIA

Exclusión de testigos por no considerarlos idóneos

El Opus Dei no es un contrincante limpio. Si bien es cierto que monseñor Escrivá repetía a todos sus miembros y conocidos que "debemos ahogar el mal en sobreabundancia de bien", no es menos verdadero que el Opus Dei, como forma de ataque, utiliza la represalia. Y que en sus críticas, para lograr algunos de sus fines e incluso como defensa propia, ataca, utilizando la calumnia, que, dada su obsesión, es siempre acerca de la conducta sexual.

Es tristísimo que una institución de la Iglesia que utiliza como saludo habitual entre sus miembros la palabra "Pax", y cuyo Fundador ha repetido a derecha e izquierda "somos sembradores de paz y de alegría", pueda caer tan bajo y denigrar a personas por escrito, cobijándose incluso en el secreto eclesiástico.

En los últimos meses, y a través de la prensa, el Opus Dei ha dicho, sin mencionar nombres en algunos casos, que no se había llamado a una serie de personas a testimoniar en el Proceso de Beatificación de monseñor Escrivá porque el Tribunal del Proceso de la Causa de Beatificación había decidido que esas personas no eran idóneas. Pero lo que nunca dijo el Opus Dei era el por qué no eran idóneas esas personas, ni quién proporcionó al Tribunal dichas informaciones.

La sabiduría popular suele ser muy certera. Y el dicho de que "nada hay oculto entre cielo y tierra" es una gran verdad. Más tarde o más temprano las cosas llegan a saberse siempre: leo ahora, en el Sumario de las Actas del Tribunal de Madrid y en la página 2.133 sobre la Beatificación de monseñor José María Escrivá, relativo a la "exclusión de algunos posibles testigos" lo siguiente:

"b) esistenza di una campagna difamatoria contro il Servo di Dio e l'Opus Dei. Nella ricerca di altri eventuali testi contrari da citare d'ufficio, ji Tribunale esamino le singole posizionidi diversi possibili candidati e, dopo ayer raccolto le prove necessarie, giunse alla conclusione che anche costoro andavano scartati pcr cui lo era stata la signorina Moreno (‹non puo rendere aicun servizio aiia venta chi non esjta ad offender la fede") Ii Trjbunale pervenne anzi ali'evidente constatazione dell'esjstenza di una campagna difamatoria mirante ad ostacolare la Causa del Servo di Dio…" "La maggior parte di costoro era costituita da persone che, dopo ayer fatto parte per alcuni anni dell'Opus Dei, avevano abandonato la vocazione e coltivano attualmente un acceso risentimento. Pochi avevano avuto rapporti diretti con II Servo di Dio: su questi ji Tribunale di Madrid raccoise una documentazione assai eliquente. Si trattava, in particolare, delle signorina Carmen Tapia (che risultava essere intervenuta neila preparazione delia trasmissione "La Clave", suggerendo addirittura di accusare i sacerdoti dell'Opus Dei di mancato rispetto del sigilo sacramentale)…" Lo que traduzco a continuación:

"b) "existencia de una campaña difamatoria contra el Siervo de Dios y el Opus Dei". Buscando otros testigos contrarios para citar formalmente, el Tribunal examinó cada una de las situaciones de los posibles candidatos y, después de haber reunido las pruebas necesarias, llegó a la conclusión de que había que descartar también a éstos por los mismos motivos por los que se había descartado a la señorita Moreno ("no puede proporcionar ningún servicio a la verdad quien no duda en ofender a la fe"). El Tribunal confirma la existencia de una campaña difamatoria dirigida a obstaculizar la Causa del Siervo de Dios…" "La mayor parte constituida por personas que, después de haber pertenecido por algunos años al Opus Dei, habían abandonado la vocación y guardaban un acendrado

resentimiento. Algunos habían tenido trato directo con el Siervo de Dios: sobre éstos el Tribunal de Madrid recoge una documentación muy elocuente.

Se trataba, en particular, de la señorita Carmen Tapia (que había intervenido en la preparación del programa "La Clave", acusando abiertamente a los sacerdotes del Opus Dei de faltar el respeto al sigilo sacramental)…" Los hechos concretos son: no existe campaña difamatoria alguna contra la beatificación de monseñor Escrivá ni contra el Opus Dei, ni grupo alguno organizado en esta línea (En Estados Unidos existe solamente ODAN (Opus Dei Awareness Network), una asociación cuyo fin es dar ayuda y apoyo a las personas que sufrieron por culpa del Opus Dei. No se preocupan tanto de la beatificación de Escrivá, como de alertar a las familias sobre las tácticas del Opus Dei. Está ubicada en Massachussets). Esto es pura invención del Opus Dei para aparecer como mártires.

El hecho cierto fue que yo no asistí nunca a ninguna emisión de "La Clave", como fácilmente puede verificarse con la cadena de televisión que proyecta ese programa. Y, por añadidura, aunque fui invitada a participar en ese programa de mayo de 1984, no intervine, en absoluto, en la preparación del mismo. Es más: el hecho de que sus organizadores no accedieran a decirme quiénes eran los participantes del Opus Dei en el programa, y, en cambio, el Opus Dei sí supiera el nombre de los otros invitados, hizo que cancelase mi asistencia. Incluso, el diario "El País" publicó una nota con esta información al respecto. Por consecuencia, es falso afirmar que yo colaboré en la preparación de dicho programa de "La Clave".

Recojo, a continuación, otros párrafos del “Apéndice Documental" de ese mismo Sumario del Proceso de Beatificación de monseñor Escrivá, correspondientes a las páginas 2.136 y 2.137 de las mencionadas Actas, donde se refieren a mi:

"6. Efectivamente, durante el proceso, el Tribunal trató de obtener información sobre personas que hubieran tenido relación con el Siervo de Dios y que pudieran o debieran ser llamadas como testigos. Pudimos así averiguar que hay un grupo de personas en el que todas se muestran unidas a doña María Angustias Moreno en esa misma fundamental actitud de aversión al Opus Dei, que no dudan en descargar, cuando pueden, sobre el Siervo de Dios, como Fundador de esta Institución…" ".La mayoría de estas personas son las que firmaron una carta colectiva contra el Opus Dei que apareció en el Diario de Barcelona del 30-1-1977 y que fue reproducida después en otros órganos de opinión y en revistas de carácter sensacionalista o de inspiración marxista. Adjuntamos en Anexo III una fotocopia de aquella carta." "10. Aunque no figura entre los firmantes de la carta citada, forma también parte de este grupo doña María del Carmen Tapia, que perteneció al Opus Dei. Hemos sabido que tuvo una decisiva participación en los preparativos del programa "La Clave", que Televisión Española ha dedicado al Opus Dei. En el Anexo IX se recogen fotocopias de unas notas de la señorita Tapia enviadas a Televisión Española para la elaboración de ese programa. Durante el programa fue citada en varias ocasiones, tanto por el director de "La Clave", como por doña María Angustias Moreno.

Reside habitualmente en California (USA), pero hace viajes frecuentes a España y ha mantenido relación con la señorita Moreno. Su manifiesta hostilidad al Opus Dei -y, de rechazo, a la Causa- queda también patente en las dos extensas cartas, una publicada en el diario "El País" (Madrid, 17-11-1981), y la otra, anterior, dirigida a la señorita Moreno para solidarizarse con el primer libro publicado por ésta contra el Opus Dei, y transcrita en su segundo libro (Anexo X)." Como puede verse, el Opus Dei se ha empeñado en asegurar que yo pertenezco a algún grupo. Y la verdad es que quedé tan sumamente escarmentada de haber pertenecido al grupo de ellos, al Opus Dei, que hoy día

huyo hasta de la G de grupo.

Como dije anteriormente, yo no colaboré en la elaboración de dicho programa. La carta que dicen yo escribí a El País, no recuerdo cuál es. La carta a María Angustias Moreno está incluida en las páginas anteriores. Pero lo asustante, "lo realmente asustante", es la red policíaca que evidentemente el Opus Dei tiene montada para husmear mi correspondencia y seguir mis movimientos personales. Y mis preguntas caen por su peso: ¿qué tiene que ver todo lo que se expone en esas Actas y Sumario como impedimento para que yo testifique sobre una persona que conocí tan de cerca y por largo tiempo? No es mi santidad la que se está cuestionando, sino la de monseñor Escrivá. ¿O es que las personas que no estábamos de acuerdo con monseñor Escrivá, por ese mero hecho, somos poco menos que "anatemas", aunque sigamos siendo fieles hijos de la Iglesia? El ataque, la calumnia, ¿es ésta la doctrina que monseñor Escrivá dejó en herencia al Opus Dei? Todo ello dice poco a favor de la caridad que, según aducen, monseñor Escrivá vivió en grado heroico y que yo, durante los seis años que pasé en Roma como superiora mayor del Opus Dei, jamás presencie.

El Opus Dei tuvo miedo, no cabe duda, de que aquellos que conocimos de cerca a monseñor Escrivá dijéramos la verdad y de que con ello pudiera verse disminuida la posibilidad de su beatificación y eventual canonización. A fin de que no interviniéramos como testigos en esta causa, lo mejor era alegar hechos que nos convirtieran en testigos no idóneos sin lugar a dudas. Por ello, no vacilaron al ser esas declaraciones secretas y estar convencidos de que nunca llegaríamos a conocerlas los interesados, en atacar con calumnias bajas y ruines referidas a conductas sexuales. Así lo demuestran las declaraciones hechas sobre mí por monseñor Javier Echevarría, vicario general del Opus Dei, aparecidas en las páginas 610 y 611 del Sumario del Proceso Romano sobre la Causa de Beatificación de monseñor José María Escrivá que trascribo a continuación, y que se refieren a mí.

2.347. Desgraciadamente no debió ser así, porque al cabo de los años intentó la perversión de unas cuantas mujeres con las peores aberraciones. El Siervo de Dios, apenas tuvo conocimiento de algunos hechos, llamó a Carmen Tapia -que estaba en Venezuela- a Roma; aquí le anunció que no volvería a ese país, y por su reacción dedujo que había cuestiones más importantes que las ya conocidas, en las cuales había involucrado a varias personas. Ante tan horrenda depravación, que costó mucho llanto al Siervo de Dios por las gravísimas ofensas al Señor, y que trató de reparar con una constante oración y penitencia, dijo a esta mujer que tenía dos soluciones: pedir la dispensa, que se le concedería inmediatamente, o no pedirla, y entonces habría de someterse a un proceso, que sería enviado a la Santa Sede, quedando – como se merecía- completamente deshonrada por su extraviada vida. Aquella mujer pidió la dispensa; y como el Siervo de Dios comprendió que era una persona sin conciencia, le advirtió que si calumniaba a la Obra con su corrupción, no habría más remedio que informar sobre quién era la calumniadora. Hemos sabido que, desgraciadamente, esta mujer ha seguido por esos desastrosos derroteros.

La falta de caridad manifiesta hacia un ser humano, como puede verse, es notoria. De haber sido verdad la "horrenda depravación" aludida, su misión de caridad era silenciarlo, a no ser que fueran a beatificarme a mí, en cuyo caso sí tendrían obligación de decir cuanto supieran.

Pero no es cristiano que, para evitar que una persona pueda testimoniar en el proceso de monseñor Escrivá, se valgan de la calumnia y la difamación.

En medio de esta pesadilla, hay dos puntos que, por justicia, debe saber el lector: a) monseñor Escrivá jamás lloró por los pecados de nadie y no quería que se llorase por nada ni por nadie:

"Tenéis que ser recias, hijas mías." Incluso hablando de su muerte solía decir: "El día que yo me muera, unas lagrimicas, porque somos humanos, pero luego ¡a trabajar, hala!"; b) monseñor Javier Echevarría, o Javi, como le llamaban familiarmente en el Opus Dei, no fue jamás mi confesor ni fue superior de la sección de mujeres durante los dieciocho años que yo pasé en el Opus Dei. Jamás hablé yo con él confidencialmente durante todos esos años ni nunca. Él sólo presenció las broncas llenas de improperios que con motivo de mi dimisión me lanzó monseñor Escrivá, y fue él quien, por orden de monseñor Escrivá, recogió en acta las admoniciones que éste me hizo. Monseñor Javier Echevarría está destinado a ser el sucesor de don Álvaro del Portillo; es decir, monseñor Escrivá sugirió que fuera el tercer "Padre". Le pido a Dios que, cuando lo sea, pueda reflexionar sobre sus errores "fundamentales" y emprenda un nuevo "camino", dirigido al amor y no al poder; más caritativo, o sea más "cristiano"; más universal, o sea "más católico".

He considerado necesario, aun a riesgo de poner mi reputación en tela de juicio, que el lector vea lo que el Opus Dei es capaz de hacer en cuanto a represalias se refiere.

XI: RETRATOS

En Barbastro, a trece de enero de 1902, don Ángel Malo, regente de la Vicaría Catedral, bautizó solemnemente a un niño nacido a las veinte y dos del día nueve, hijo legítimo de don José Escriba, natural de Fonz y de doña Dolores Albás, natural de Barbastro, cónyuges vecinos y del comercio de esta ciudad. Abuelos paternos, don José, de Peralta de la Sal, difunto y doña Constancia Corzán, de Fonz: maternos, don Pascual, difunto, y doña Florencia Blanc, de Barbastro. Se le puso por nombre José María Julián Mariano, siendo padrinos don Mariano Albás y doña Florencia Albás, tíos del bautizado, siendo aquél y ésta vecinos de Huesca y representada en virtud de poderes por doña Florencia Blanc, a quienes hice la advertencia del ritual.(Luis Carandell, Vida y milagros de monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, Barcelona (Laja), 1975, pp. 79-80).

En una anotación al margen dice:

Por orden del M.I. señor delegado episcopal de esta diócesis de Barbastro, dictada el 27 de mayo de 1943, se muda en esta partida el apellido "Escriba" en "Escrivá de Balaguer", debiéndose escribir así en lo sucesivo: José María Julián Mariano Escrivá de Balaguer Albás, hijo legítimo de don José Escrivá de Balaguer y de doña Dolores Albás.

Barbastro, 20 de junio de 1943 José Palacio Hay que hacer notar que el nombre, o mejor dicho, los nombres con los cuales se lo bautizó fueron: José, María, Julián y Mariano. El unirse los dos primeros nombres con guión, dicen sus biógrafos que fue por devoción a la Virgen, oí decir a monseñor Escrivá que él firmaba, en los documentos de la Obra, "Mariano", por su devoción a la Santísima Virgen.

NOTA: La pila donde bautizaron a monseñor Escrivá fue destruida durante la guerra civil española.

A instancias del Opus Dei, fue reconstruida y llevada a la casa central en Roma.

En la página 387 del International Who'is Who de la edición de 1967-68 aparece lo siguiente:

Escrivá de Balaguer, Mgr. Josemaría, D.1.U.R., S.T.D.; Spanisch ecclesiastic; b. 9 Jan. 1902; ed. Saragossa, Madrid and Lateran Pontifical Univs. Ordained 25; founded Opus Dei 28; former Superior Saragossa Seminary, Rector, Real Patronato de Santa Isabel, Prof. of Philosophy, Madrid School of Journalism, Prof. of Roman Law, Univ. of Madrid and Saragossa, Doctor, h.c.

of Univ. of Saragossa, mem. Colegio de Aragon, Grand Chancellor Univ. of Navarra: mem.

Accademia Theologica Romana, Consultor (Adviser) of the S.C. of Semminaries and Univs. of the Pontifical Comm. for the Authentic Interpretation of the Code of Canon Law, Holy See; Pres.

Gen. Opus Dei. Pubis. The Way, Holy Rosary, The Abbess of Las Huelgas, Spiritual Considerations, sobre The Apostolic Constitution Provida Mater Ecclesia and Opus Dei, and works of ascetic literature, law and history. Viaie Bruno Buozzi, 73, Rome, Italy.

El 22 de abril de 1947, monseñor Escrivá es nombrado prelado doméstico de Su Santidad. Y en carta de fecha 25 de mayo de 1947, S.E. el cardenal G. B. Montini le adjunta dicho Diploma (A. de Fuenmayor, V. Gómez Iglesias, J.L. Illanes, El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma. Pamplona (EUNSA), 1989). Lo que nunca ha estado claro es el doctorado en Derecho de monseñor Escrivá. Peter Berglar, su biógrafo oficial, menciona en la página 388 de su obra anteriormente citada, que "en diciembre de 1939 monseñor Escrivá obtiene el doctorado en Derecho en la Universidad de Madrid". Nunca se habla en el Opus Dei de este título académico y parece que nadie lo haya visto nunca. Tampoco se menciona en parte alguna cuál fue la tesis de este doctorado. En "La Abadesa de las Huelgas", escrita por monseñor Escrivá y publicada por Ediciones Rialp, en 1944, no se menciona que fuese ésa la tesis doctoral de su grado en Derecho. Sin embargo, en Roma, sí utilizó el Opus Dei este libro como tesis para el doctorado en Teología que le fue concedido en la Universidad Laterana. El Opus Dei no suele indicar tampoco en documentos oficiales la fecha en que recibió este título, que, según pienso, debió de ser entre 1957 y 1961.

El Ministerio de Justicia español en su Guía Oficial de "Grandezas y Títulos del Reino" publica la concesión del título de marqués de Peralta a monseñor Escrivá, con fecha 5 de noviembre de 1968, como sigue (Ministerio de Justicia, "Grandezas y Títulos del Reino". Guía Oficial, Madrid (Centro de Publicaciones) 1967-1969, p. 341):

PERALTA, Marqués de.

Concesión: 4 de marzo de 1718, confirmada por Real Provisión de Fernando VI de 4 de diciembre de 1758.

Concesión: Don Tomás de Peralta, secretario de Estado, de Guerra y Justicia del Reino de Nápoles.

DON JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER Y ALBÁS Expedida Carta en 5 de noviembre de 1968.

Residencia: Roma, Bruno Buozzi, 73. Tel. 879042.

Los miembros del Opus Dei supimos, varios años antes de salir esta noticia al público, y por un rescripto breve enviado de Roma, la concesión de este título. A mí, en principio, me pareció que era una vanagloria contraria al espíritu de humildad que se decía teníamos en el Opus Dei.

Pero en el mismo rescripto nos indicaban que "no se hablara de ello". El 17 de noviembre de 1972, o sea cuatro años después, aparece en esta misma publicación del Ministerio de Justicia, como puede verse a continuación, que dicho título pasa oficialmente a don Santiago Escrivá de Balaguer y Albás, nombrado previamente barón de San Felipe.

PERALTA, Marqués de.

Concesión: 4 de marzo de 1718, confirmada por Real Provisión de Fernando VI de 4 de diciembre de 1758.

Concesionario: Don Tomás de Peralta, secretario de Estado, de Guerra y Justicia del Reino de Nápoles.

DON SANTIAGO ESCRIVÁ DE BALAGUER Y ALBÁS Consorte: D. GLORIA GARCÍA-HERRERO RUIZ.

Expedida Carta en 17 dc noviembre de 1972.

Residencia: Madrid, Pico Mulano, 15. Mirasierra.

Y éste es el perfil de monseñor Escrivá que el Opus Dei da a la prensa (Hoja Informativa, n.0 14. Madrid (Vicepostulación del Opus Dei en España). Segundo semestre, 1991):

"Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer nació en Barbastro (España) el 9 de enero de 1902.

Fue ordenado sacerdote en Zaragoza el 28 de marzo de 1925.

El 2 de octubre de 1928, en Madrid, fundó por inspiración divina el Opus Dei, que ha abierto a los fieles un nuevo camino de santificación en medio del mundo, a través del ejercicio del trabajo profesional ordinario y en el cumplimiento de los propios deberes personales, familiares y sociales, siendo así fermento de intensa vida cristiana en todos los ambientes. El 14 de febrero de 1930, el Venerable Josemaría Escrivá entendió, con la gracia de Dios, que el Opus Dei debía desarrollar su apostolado también entre las mujeres; y el 14 de febrero de 1943 fundó la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, inseparablemente unida al Opus Dei. El Opus Dei fue aprobado definitivamente por la Santa Sede el 16 de junio de 1950; y el 28 de noviembre de 1982 fue erigido como Prelatura Personal, que era la forma jurídica deseada y prevista por el Venerable Josemaría Escrivá.

Con oración y penitencia constantes, con el ejercicio heroico de todas las virtudes, con amorosa dedicación e infatigable solicitud por todas las almas, y con una continua e incondicionada entrega a la voluntad de Dios, Mons. Josemaría Escrivá impulsó y guió la expansión del Opus Dei por todo el mundo. Cuando rindió su alma a Dios, el Opus Dei estaba ya extendido en los cinco continentes, y contaba con más de 60.000 miembros de 80 nacionalidades, al servicio de la Iglesia con el mismo

espíritu de plena unión y veneración al Papa y a los obispos que vivió siempre el venerable siervo de Dios Josemaría Escrivá.

La Santa Misa era la raíz y el centro de su vida interior. El hondo sentido de su filiación divina, mantenido en una continua presencia de Dios Uno y Trino, le movía a buscar en todo la más completa identificación con Jesucristo, a tener una tierna y fuerte devoción a la Virgen Santísima y a san José, a un trato habitual y confiado con los santos Ángeles Custodios, y a ser sembrador de paz y de alegría por todos los caminos de la tierra.

Mons. Escrivá había ofrecido su vida, repetidas veces, por la Iglesia y por el Romano Pontífice.

El Señor acogió ese ofrecimiento, y Mons. Escrivá entregó santamente su alma a Dios, en Roma, el 26 de junio de 1975, en su habitación de trabajo.

Su cuerpo reposa en la Cripta de la Iglesia Prelaticia de Santa María de la Paz – iale Bruno Buozzi, 75, Roma-, continuamente acompañado por la oración y por el agradecimiento de sus hijas e hijos, y de incontables personas que se han acercado a Dios, atraídas por el ejemplo y las enseñanzas del fundador del Opus Dei. La causa de canonización de Mons. Escrivá fue introducida en Roma el 19 de febrero de 1981. El Santo Padre Juan Pablo II declaró el 9 de abril de 1990 la heroicidad de las virtudes cristianas del venerable siervo de Dios." Así es como el mundo externo, ajeno al Opus Dei, puede conocer a monseñor Escrivá, desde su bautismo hasta su muerte. Yo no voy a discutirlo. Simplemente voy a diseñar la imagen de monseñor Escrivá con pinceladas sueltas, usando los colores que tuve y tengo a mi alcance.

Aparecerán claroscuros que para mí, o para personas a quienes yo conocí de cerca, tienen importancia. Al mismo tiempo, como una luz de fondo, surgirá también la imagen del sucesor de monseñor Escrivá, monseñor Álvaro del Portillo.

A monseñor Escrivá se le llamaba "Padre", porque él estableció que el Opus Dei era una familia.

Esta idea es el cimiento de la Obra y alrededor de ella gravita todo lo demás: desde llamar "hermanas" o "hermanos" a los otros miembros de la Obra hasta llamar "tía" a Carmen, la hermana de monseñor Escrivá, o "tío" a Santiago, su hermano. Y, por la misma razón, se llamaba "abuelos" a sus padres. La Obra era una familia, sí, pero relativa a la familia del fundador, no a la de sus miembros. A nuestras familias se las llamaba, para distinguirlas de la "familia" de la Obra, "familias de sangre". Y desde luego, con ninguna de nuestras familias se tuvo las delicadezas que con la del Fundador.

Me sorprendió siempre el culto que monseñor Escrivá quería que se rindiera a sus padres, ya difuntos, que en nada tiene que ver con el trato que los numerarios teníamos con nuestras familias. Hasta el punto de que se trajeron sus cuerpos del cementerio donde estaban enterrados para sepultarlos en la casa de Diego de León, 14, en Madrid. Es cierto que monseñor Escrivá nos dijo siempre que su madre y sus hermanos, Carmen y Santiago, le habían dejado todo a la Obra en la época fundacional, incluso lo que les correspondía a estos últimos por herencia. También oí decir muchas veces a monseñor Escrivá que su madre y su hermana habían hecho posible la fundación de la sección de mujeres a base de llevar la administración de las primeras casas de varones. Yo nunca discutí esto, aunque hay miembros de la Obra que no comparten esta opinión, porque en mi caso personal no tuve elementos de juicio, pero lo que no cabe duda es que fueron generosamente

retribuidos.

Antes de Lola Fisac, primera numeraria del Opus Dei, hubo un pequeño grupo de mujeres, a quienes monseñor Escrivá dirigió espiritualmente. Nunca se supo exactamente qué sucedió con ellas, ni quiénes fueron. Era uno de la serie de temas "tabú" dentro del Opus Dei. Cuando alguna vez le pregunté yo a Carmen, la hermana del Fundador, si las había conocido, me dijo que sí y me comenté: "Eran locas. Estaban todas chifladas." O sea que Carmen sabía cosas de esos primeros tiempos de los cuales muchas numerarias sabíamos apenas.

Recuerdo que, en Venezuela, la última vez que mandamos un regalo para Santiago fue después de la muerte de Carmen, y nos dijeron del gobierno central de Roma que había dicho el Padre que no se le volvieran a hacer regalos a Santiago. Nos extrañó esta orden, porque no daban ninguna razón para que actuásemos de manera diferente a como habíamos hecho siempre.

La razón fue, luego nos enteramos, que Santiago se iba a casar y el Padre estaba muy contrariado por la elección que había hecho. Es sabido en el Opus Dei que monseñor Escrivá encargó a los sacerdotes de la Obra en España que buscaran una novia para su hermano entre las chicas de la aristocracia española, pero Santiago escogió para casarse a quien quiso, por supuesto, resbalándole la opinión de su hermano en un asunto tan personal. Ello motivé un serio enfado a monseñor Escrivá. Tanto así, que no quería ir a la petición de mano de Yoya, la futura esposa de su hermano Santiago. Sacerdotes de la Obra en España aconsejaron a monseñor Escrivá que debería ir a Zaragoza, de donde era la novia, a pedir su mano. Monseñor Escrivá, en una especie de reto, dijo que solamente iría si se alojaba en Zaragoza en el palacio de Cogullada y en la misma habitación donde se alojó Francisco Franco, el jefe del Estado español. Y que, si no era así, no iba. Les costó a miembros de la Obra el hacer muchas gestiones, pero al final lo lograron; y monseñor Escrivá fue entonces a Zaragoza y se alojó en ese palacio de Cogullada.

Las relaciones de monseñor Escrivá con Yoya no fueron muy delicadas al principio. Tanto así que una supernumeraria, tengo entendido que Mercedes Jiménez de Andrade de Irastorza, se ocupó en aquella primera hora de aconsejar a esta muchacha sobre la forma de vestir, perfumes que usar, etc., "para que no se disgustara el Padre".

No quiso monseñor Escrivá que sus hermanos permanecieran en España y se los llevó a Roma, según relaté anteriormente. Más tarde, según detallé en su momento, Carmen quiso regresar a morirse a España, pero monseñor Escrivá no se lo permitió. Carmen está enterrada en la casa central de Roma, en un nicho. En la pared, sobre un mármol rosado, en letras de bronce, se lee: CARMEN y la fecha de su fallecimiento. Santiago regresó a España después de la muerte de su hermana Carmen, y poco tiempo después contrajo matrimonio. Actualmente vive en Madrid con Gloria, su esposa, y con sus hijos.

Las numerarias no podíamos tener fotografías visibles de nuestras familias en las habitaciones personales, no se diga ya en la casa donde vivíamos. En cambio, en todas las casas de la Obra hay fotografías de "los Abuelos" y de "tía Carmen". La fotografía de "la Abuela" está sacada de una pintura. Pintura que a su vez fue hecha sobre la base de una foto antigua, en la que aparecía con un sencillo vestido negro. Esta fotografía la modificó el pintor a1 hacer el cuadro y le pusieron sobre el vestido un cuello de armiño blanco para darle así más categoría. Recuerdo muy bien que estando yo en Roma nos pidieron por el telefonillo de dirección "una piel blanca", porque la necesitaba el pintor (En los años cincuenta había una habitación en la Villa Vecchia llamada "del Pintor". Era donde

trabajaban más de un numerario haciendo cuadros, restaurando piezas antiguas, etc., que más tarde se colocaron en la Villa Vecchia). Una vez terminada la pintura, la fotografiaron, y ésta es la imagen que existe en todas las casas de la Obra.

Estando yo en Roma hacia los años cincuenta, – un buen día dijo monseñor Escrivá que teníamos que aprender a hacer "crespillos", un dulce que les hacía su madre en la casa cuando eran pequeños. Y desde entonces, en las casas de la Obra, en el aniversario del santo de "la Abuela", se hace este postre para la comida principal.

Monseñor Escrivá preparó, al menos desde que yo le conocí a finales de los cuarenta, su camino hacia la santidad. Es decir, tenía el convencimiento de que lo iban a subir a los altares.

Tanto así que de la manera más natural mandó construir su tumba en la casa central de Roma, indicándonos a las superioras: "Pero no me dejéis aquí mucho tiempo. Que me lleven luego a una iglesia pública para que os dejen en paz y podáis trabajar." También solía decirnos a propósito de que nuestra vida era la de cristianos corrientes: "Por ello, hijas mías, si al abrir mi tumba, me encuentran incorrupto, habré defraudado a la Obra.

Solamente deben encontrar piel y huesos." En este mes de marzo de 1992, el Opus Dei ha dicho a sus miembros que trasladará a la iglesia de San Eugenio – ue ahora es una iglesia pública del Opus Dei en Roma- en el Panoli, cerquísima de la casa central, el cuerpo de monseñor Escrivá para ser expuesto. Las palabras de monseñor Escrivá, que acabo de exponer, me martillean. Por otra parte me parece una santa ironía el que su cuerpo sea trasladado y expuesto en esta iglesia que él siempre dijo que "parecía un cuarto de baño".

En las fotografías de "corpore insepulto", monseñor Escrivá aparece revestido con los ornamentos correspondientes a su categoría de prelado doméstico de Su Santidad, cosa sorpresiva, porque siempre indicó que se nos amortajaría a todos con "una sencilla sábana blanca", e incluso así había que escribirlo en el testamento, como recordará el lector que haya pertenecido al Opus Dei.

En plan más jocoso, bastantes veces le oí decir, después de una visita a las obras de la casa:

"Acabo de sentarme en mi tumba y pocas personas podrían decir lo mismo." También explicaba que arriba de su tumba habría otras dos más: una para el arquitecto que llevó a cabo las obras de Roma y otra para don Álvaro, "que estará cerquica de mí hasta después de mi muerte".

A los pies de su tumba dijo que habría otras dos para dos numerarias de las primeras.

Siempre se rumoreaba que una de ellas sería Encarnita Ortega y otra posiblemente la primera numeraria y sirvienta: Dora. Pero de esto no se dijo nada en concreto. Lo que sí sé ahora es que, tanto Encarnita Ortega como Dora, han prestado su testimonio en la causa de beatificación de monseñor Escrivá.

Se guardaban en la casa central de Roma, y lo mismo en las casas que visitaba, especialmente en sus últimos viajes a América del Sur, para reliquias futuras, toda la ropa personal que desechaba: desde pañuelos hasta el cinturón de la bata de baño que usó, pasando por el frasquito de agua bendita y los jabones que usó en el baño o la cinta de una caja de chocolates que llevó a las numerarias en alguna casa de la Obra.

Monseñor Escrivá daba de vez en cuando a las numerarias cosas que ya él no utilizaba, como tijeras de uñas, lapiceros, fotografías suyas con alguna jaculatoria, etc. Las cosas que el Padre daba pasaban a ser propiedad de la persona que las recibía y no entraban en el "expolio" anual, ni ninguna superiora o superior las podía quitar.

También durante su vida se guardaban, especialmente en las casas donde iba de visita, y en particular en países donde aquéllas no eran frecuentes, los platos o tazas que usó; incluso las flores que había en el altar donde monseñor Escrivá celebró la misa, se enmarcaron más tarde y también se solían marcar, por debajo, las sillas donde se sentó, etc., etc.

Después de su muerte, y antes de enterrarlo, se le cortaron cabellos que fueron entregados a diversas casas del mundo, al igual que trozos de las sotanas que usó.

De todo esto era testigo, y le seguía "el juego", don Alvaro del Portillo.

Don Alvaro del Portillo, ahora monseñor Alvaro del Portillo, es, como se sabe, el actual prelado del Opus Dei. Desde que entró a la Obra estuvo cerca del padre Escrivá, pero desde su ordenación, el 25 de junio de 1944, no se separó nunca más del lado de monseñor Escrivá. Incluso cuenta uno de sus biógrafos que él ya "desde 1940 rezaba por su hijo Alvaro, con la idea de que fuera su sucesor" (Andrés Vázquez de Prada, El Fundador del Opus Dei). A monseñor Escrivá le interesaba tenerle junto a él. Primero, porque pertenecía a una esfera social alta y sus relaciones familiares eran valiosas para la Obra; segundo, porque era ingeniero de caminos y eso, especialmente en la España de esa época, tenía cierto relieve, pero, principalmente, porque era un hombre de tacto diplomático, con buenos modales y que, además del italiano, que dominaba, tenía conocimientos de francés y rudimentos de alemán e inglés. Es decir, podía defenderse con una cierta soltura cara a un mundo internacional.

Con don Alvaro del Portillo, monseñor Escrivá cubría la laguna que él personalmente tenía: don de gentes, diplomacia, conocimiento de una esfera social alta y un título profesional prestigioso hasta el punto de que nos describió a muchos miembros de la Obra, haciéndolo resaltar, como lo hace también uno de sus biógrafos, el uniforme de gala de ingenieros que llevaba a la entrevista con el Papa cuando, en 1943, concretamente el 4 de junio, Su Santidad Pío XII recibió en audiencia privada a don Alvaro del Portillo y a José Orlandis. Tenía también, don Alvaro del Portillo, un título profesional prestigioso, aunque le faltaba la experiencia del ejercicio del mismo. Quizá su dedicación al Opus Dei le impidió tenerla. Don Alvaro del Portillo era una persona fina, amable en su trato, aunque uno nunca llegaba a saber lo que en realidad pensaba.

Como tampoco nadie en el Opus Dei sabía quién mandaba a quién: ¿era monseñor Escrivá quien le decía a don Alvaro del Portillo lo que tenía que hacer? o ¿era don Alvaro del Portillo quien le decía a monseñor Escrivá lo que "no" tenía que hacer? Esto sólo lo sabe monseñor Alvaro del Portillo, quien, con su acostumbrada diplomacia, nunca lo dirá. Pero la relación entre ellos dos era muy peculiar. Monseñor Escrivá no sabía estar solo y menos sin don Alvaro del Portillo. Cuando por cualquier causa éste tenía alguna obligación fuera de la casa, en el Vaticano o en alguna otra parte, monseñor Escrivá se iba al Colegio Romano de la Santa Cruz y hablaba con los varones o, incluso, algunas veces, pasaba a Villa Sacchetti, especialmente cuando teníamos las oficinas de la Asesoría en esta casa. Al tener las oficinas en "La Montagnola", pasaba bastante menos.

En los viajes solía ir siempre monseñor Escrivá con don Alvaro del Portillo, el numerario médico que controlaba su salud y el chauffeur, que durante muchos años fue el primer numerario portugués, Armando. En aquella época, Javier Echevarría se ocupaba de acompañar a los obreros cuando tenían que reparar algo en alguna casa, pero aún no viajaba con monseñor Escrivá.

Esto vino bastante más tarde. Javier Echevarría fue bastante tiempo secretario personal del Padre con don Severino Monzó. Y luego fue su "custode". Tenía monseñor Escrivá un timbre de alarma en su dormitorio conectado con la habitación de Javier Echevarría. En la sección de mujeres, don Alvaro del Portillo gozaba de respeto y se lo quería porque no era mal educado con nosotras. Sabía utilizar la palabra "por favor", "gracias" y "perdona", aunque fuera por cortesía, si se quiere, pero las usaba. Monseñor Escrivá muy raramente usaba la expresión "por favor". En vez de "gracias" solía decir "Dios te lo pague", cuando lo decía.

Monseñor Escrivá no gozaba de buenos modales naturales. Era rudo, brusco y mal educado.

Cuando estaba enfadado y tenía que reprender, no tenía mesura ni caridad en su forma de hacerlo; y sus palabras ofensivas y violentas herían profundamente a las personas. Recuerdo perfectamente que durante la entrevista que, en 1973, tuve en el Vaticano con S.E. el cardenal Arturo Tavera, entonces prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos e Institutos Seculares, me preguntó cuántos años había pasado yo en el Opus Dei, y al decirle que dieciocho, me respondió:

–¿Y ha necesitado usted dieciocho años para darse cuenta de lo mal educado que es José María Escrivá?

Su lenguaje era muchas veces vulgar. Fui testigo un domingo de Pascua en Roma de lo siguiente: a las numerarias de la Asesoría Central nos habían dicho que podíamos subir a felicitar al Padre al comedor de la Villa Vecchia, después de su almuerzo. Al entrar al comedor, don Alvaro estaba fumando en su acostumbrada boquilla de marfil. Monseñor Escrivá, por una ventana abierta de par en par, que daba al jardín de la Villa, hablaba, aunque no se los veía desde donde nosotras estábamos, con un grupo de numerarios del Colegio Romano de la Santa Cruz y les decía entre grandes risotadas: "Bebeos el coñac que os he mandado, pero eso sí, no hagáis como ese monseñor Galindo (Monseñor Pascual Galindo era el rector de la Iglesia del Espíritu Santo en Madrid), paisano mío, que calentaba la copa en la bragueta." Todas le oímos perfectamente. Don Álvaro trataba de advertirle que habíamos llegado y lo llamaba, "¡Padre! ¡Padre!", pero él no lo oía. Cuando se dio cuenta, con uno de sus gestos característicos, cerró la ventana de un golpe seco y nos dijo: "Hijas mías, Dios os bendiga." (Este hecho nos lo prohibieron comentarlo).

Groserías pretendidamente familiares eran el pan de cada día. Una vez en Pamplona, ante más de cincuenta numerarios, se sentó, se desabrochó la sotana (era día caluroso) y comentó:

"Bueno, yo ya tengo culo de abadesa." Y volvió a vestirse en público. Esto me lo contó un ex numerario que estaba allí presente.

Durante mi última estancia en Roma y durante los meses que duró el proceso de mi dimisión, lo que personalmente más me dolió no fueron las broncas e insultos encarnizados de monseñor Escrivá, sino su falta de caridad, su falta de espíritu pastoral, su falta de amor al prójimo.

Todos sus argumentos los apoyaba en "notas recibidas", "declaraciones juradas pedidas", "opiniones

de otros superiores", pero "ni por un momento" me dio la oportunidad de hablar, ni me explicó en concreto lo que según su docto criterio había hecho yo mal. Tampoco me brindó la posibilidad de que hablase con él, a solas, en el confesonario o donde hubiera querido, como sacerdote de Dios, como "Padre". Antepuso siempre su cargo de "presidente general" y prestigio de "Fundador", a su carácter sacerdotal. Y nunca admitió ni por asomo que yo no fuera "culpable", sino que, sin oírme, juzgó y falló sobre mí, basado, aparentemente, en juicios ajenos.

Monseñor Escrivá predicaba que había que ser "intransigente con el pecado, pero tolerante con el pecador". En la práctica esto no era así. Su expresión cuando oyó a una numeraria compadecerse de otra diciendo que le daba "pena", fue: "¡Pena con la Obra!" Era intransigente en detalles caseros como el que indiqué en páginas anteriores al hablar de las numerarias que trabajaban en la cocina y, al no resistir el calor, abrieron una ventana y los olores subieron a su casa.

Con las personas que abandonaban la Obra era muy duro. Prohibía todo trato con esas numerarias y, por supuesto, no les proporcionaba jamás la menor ayuda, tanto si abandonaban el Instituto como si eran dimitidas. El Opus Dei deja a la gente "absolutamente en la calle". Nunca se preocupó monseñor Escrivá, ni está tan siquiera contemplado en ninguna de las dos versiones de las Constituciones del Opus Dei, de que las numerarias, o las numerarias sirvientas, tuvieran seguros sociales de trabajo, vejez o enfermedad. Y como digo, tampoco está contemplada la posibilidad de ayudar a quienes salieran del Opus Dei. En cambio, sí está explícitamente dicho en las Constituciones que las numerarias que por cualquier circunstancia abandonen el Opus Dei, no pueden pedir compensación alguna por los trabajos realizados dentro de la Obra. Esto es tremendo y ha originado problemas serísimos, no ya a numerarias solamente, sino también en el caso de sacerdotes numerarios que salieron del Opus Dei. La Obra no sólo no les ayudó, sino que en más de un caso los difamó, por supuesto en aspectos de conducta sexual.

Las "broncas" del Padre eran conocidas muy bien por los miembros todos de la Obra. Yo diría que a monseñor Escrivá, en su incoherencia, le faltaba el sentido de caridad más básico: sabía muy bien cómo mostrar su faceta de santo ante las multitudes, incluso llamándose pecador, pero, como digo, era capaz de insultar de la manera más terrible a cualquier persona por el motivo más nimio: por ejemplo, si un huevo frito no estaba hecho como a él le gustaba, podía lanzar una bronca a la directora de la casa; si un mantel de altar no se planchaba exactamente a los centímetros del suelo que él tenía estipulados, era capaz de lanzarle un exabrupto a la directora; o si en la cocina se hacía ruido al fregar los cacharros, etc., etc. Y, por añadidura, en el diario de la casa no se podía decir: "El Padre se enfadó o lanzó una bronca", sino que había que decir: "El Padre nos enseñó hoy tal o cual cosa." Una de las mejores definiciones que he oído sobre el carácter de monseñor Escrivá, es la que hace Alberto Moncada cuando dice que el Padre "es encantador, grato y persuasivo cuando se está a su favor. E intolerante, intratable y grosero cuando no se aceptan sus criterios" (Alberto Moncada, El Opus Dei. Una interpretación, Madrid (Índice), 1974, p. 126).

Todo esto lo presenciaba monseñor Álvaro del Portillo y, al no reaccionar en momento alguno mostrando su desacuerdo con esas actitudes, parecía aprobar esa conducta. Esto verdaderamente me asusta más que los mismos arrebatos del Fundador, porque lo considero como una posición fría y calculadora. ¿Considera monseñor Álvaro del Portillo que la forma de actuar de monseñor Escrivá estaba justificada porque reflejaba una "santa ira" y que la "justicia" por parte del Fundador está por encima de la llamada "caridad" para los cristianos?

El poder y la grandeza atraían a monseñor Escrivá. "Yo desciendo de una princesa de Aragón"

("Crónica". Revista interna de los varones del Opus Dei), dijo monseñor Escrivá; y también se declaraba paciente de Miguel Servet. Y en Torreciudad hizo poner en el altar mayor los siete escudos de sus siete apellidos nobles. La idea de que era "el Fundador" nos la hacía recordar con bastante frecuencia y por una u otra razón. Y sus palabras eran: "En mi vida he conocido varios Papas, cardenales, muchos, obispos, un montón, pero Fundadores sólo uno." Y después solía agregar: "Dios os pedirá mucha cuenta de haberme conocido." En uno de los Congresos Generales de la sección de varones, monseñor Escrivá dijo a Antonio Pérez Tenessa, cuando estaba aún en el Opus Dei, que propusiera que, al presidente general del Opus Dei, lo saludaran sus miembros con la rodilla izquierda en el suelo. Cosa que quedó así establecida. Cuando monseñor Escrivá nos notificó esto a nosotras, superioras del Opus Dei, nos dijo: "Hijas mías, no es por mí, porque sé que me queréis mucho y me respetáis. Yo lo hago por el pobrecito que me siga." Cuando se erigió oficialmente el Estudio General de Navarra, monseñor Escrivá organizó las cosas para que se le nombrara "gran canciller"; y desde entonces empezó a hacer sus apariciones en teatros, aulas magnas, etc., etc., tratando de reunir grandes masas. De esas reuniones se sacaban películas y fotos.

Cuando iba a algunas de esas ciudades, las preguntas que se le hacían estaban, la inmensa mayoría, preparadas y consultadas con los respectivos superiores de antemano. Y, en muchos casos, consultadas con él también previamente. Y lo mismo pasa con grupos de gente joven que, perfectamente organizados, suelen visitar Roma anualmente alrededor de Pascua de Resurrección.

Se trata de una entidad llamada UNIV, que existe en Roma y está dirigida por el Opus Dei.

Bajo el pretexto de temas a discutir en diferentes países, se organiza el viaje, formado por gente joven de diversas nacionalidades, pero cuya directiva lleva el Opus Dei en cada uno de esos países. Este grupo, con una organización bien definida, asiste a la misa de la juventud que celebra el Santo Padre y luego iba a visitar a monseñor Escrivá, cuando vivía, y ahora a monseñor Álvaro del Portillo. Tienen una tertulia con él, donde le hacen preguntas que han sido perfectamente seleccionadas por quien dirige el grupo y llevadas a consulta, incluso con el Padre, para preparar la adecuada respuesta que, de frente a las muchachas, parece espontánea.

Los viajes de monseñor Escrivá a los diferentes países en los últimos años de su vida resultaron verdaderamente escandalosos para muchas numerarias, por el derroche y la fastuosidad.

Por una parte eran un culto al Fundador, ya que él consideraba "estos detalles" como pruebas de "buen espíritu"; pero, por otro lado, eran una auténtica bofetada al espíritu de pobreza:

desde aceptar que supernumerarias fletaran aviones de un país a otro, enviando flores para la misa que iba a celebrar monseñor Escrivá, hasta tener que traer de pueblos del interior, para su comida, pollos que estaban criados naturalmente porque no podían preparársele los del mercado que ordinariamente se comían en las casas del Opus Dei, pasando por tener en aquellas casas a las que se suponía iba a visitar monseñor Escrivá, cajones de naranjas, por si pedía un jugo, cuando no era tiempo de esa fruta.

Y valga aquí el contar una anécdota divertida que, a propósito de este tema, me sucedió a mí en Roma. Una vez que monseñor Escrivá estuvo invitado a almorzar en alguna parte, creo que en casa del doctor Faelli, pero no estoy segura, tomó unos quesos de porciones que "tenían una florecita en la etiqueta". Y nos "recomendó" que se los buscáramos. Después de muchas vueltas y de caminarnos toda Roma para encontrarlos, entré en "Allemagna", en la Piazza Colonna, y descubrí una pila de

cajas de quesitos de porciones en las que uno de ellos tenía "la florecita". Ante mi sorpresa gozosa, y al sacar una de las cajitas, se me vino encima la pirámide que habían formado decorativamente en aquella tienda con la serie de cajas de quesos suizos… Como sólo había un queso de "la florecita" en cada caja, teníamos que comprar varias cajas a fin de presentar en la mesa de monseñor Escrivá los quesos con "las florecitas", que resultaron ser "edelweiss".

Sinceramente considero que, en los últimos años de su vida, algo le falló psicológicamente a monseñor Escrivá, porque es totalmente inconcebible que una persona, precisamente por su calidad de sacerdote y con el prestigio de fundador, dijera cosas como ésta: "Si cuando a él le concibieron sus padres no le hubieran deseado, les hubiera escupido en su tumba." (Me contó este hecho en Madrid la señora Maite Sánchez Ocaña, a quien se lo dijo un sacerdote numerario del Opus Dei cuando llegó de Roma en 1967. Este sacerdote lo oyó de monseñor Escrivá).

Me contaron el caso sucedido con María Paz Álvarez de Toledo, que era amiga mía y compañera de clase en las dominicas francesas de Valladolid. Mi ausencia de Madrid me ha impedido confirmar este hecho directamente con ella, pero la persona que me lo contó es fuente fidedigna.

Parece ser que a monseñor Escrivá se le antojó un tapiz que esta señora tenía en su comedor (en jerga del Opus Dei se diría: "Al Padre le gustó el tapiz"), y no se le ocurrió más que decirle a las superioras del Opus Dei en Madrid que se lo pidieran para la Obra. Esta persona, muy educada y generosamente dijo que no le era posible dárselo porque pertenecía al patrimonio familiar; pero ofreció un millón de pesetas (en el año 1962) para que le comprasen otro tapiz a monseñor Escrivá. Era en verdad extraño, aunque no sea único en la historia, el comportamiento social de monseñor Escrivá.

Mi preocupación sobre todos estos hechos se acentuó al comprobar que monseñor Álvaro del Portillo, testigo ocular de casi todos ellos, es quien más ha promovido y sigue promoviendo con todas sus fuerzas la causa de beatificación de monseñor Escrivá.

Yo siempre había considerado a monseñor Álvaro del Portillo un hombre reflexivo y justo, pero hoy creo que estaba equivocada. No acierto a comprender que un hombre como él cierre los ojos a la realidad e impulse, con obstinación, una causa que él sabe que puede dañar a la cristiandad entera. Monseñor Álvaro del Portillo sabe muy bien cómo se ha manipulado este proceso de beatificación, cómo han sido empleadas difamaciones y calumnias para que los tribunales de la Iglesia declarasen no idóneas como testigos a personas capaces de aportar testimonios esclarecedores.

Monseñor Álvaro del Portillo presenció la mayoría de los hechos que he narrado en este libro y probablemente otros muchos que yo desconozco, sobre todo en lo que se refiere a relaciones con el Vaticano. Y debe de recordar que, en distintos momentos, monseñor Escrivá manifestó opiniones fuertemente despectivas sobre sumos pontífices e incluso sobre el Vaticano II.

Es tristísimo el lenguaje que se lee en el sumario del proceso de esta causa de beatificación, donde, en cada párrafo, se reiteran, hablando de monseñor Escrivá, expresiones como las de que ofrecía "al Señor su propia vida y una intensísima oración y mortificación para conseguir la conversión de esas personas" (las que se iban de la Obra) o "procedía con un ejercicio tan heroico de las virtudes que removía a los que estábamos a su lado". Siempre le oí repetir a monseñor Escrivá, cuando alguien dejaba la Obra, "solamente se caen las ramas secas… Y ésas bien caídas están", usando el símil que había escrito en Camino al hablar de tribulaciones.

Por esta preocupación mía sobre el proceso de beatificación de monseñor Escrivá, envié a Su Santidad Juan Pablo II, como material secreto y de conciencia, estas dos cartas que incluyo en el "Anexo Documental", de las cuales, aunque llegaron a manos del Santo Padre a través de su secretario, S.E. el cardenal Ángel Sodano, nunca recibí respuesta. Sin embargo, S.E. el cardenal Ratzinger tuvo la cortesía de acusarme recibo de dichas copias.

Incluyo a continuación las directrices que recibían las numerarias del Opus Dei para extender la devoción a monseñor Escrivá. Directrices, todas ellas, conocidas por monseñor Álvaro del Portillo.

"Devoción a nuestro Padre": Por piedad filial y por justicia con la Iglesia, todos tenemos el grave deber de extender constantemente la devoción privada a nuestro Padre. Aprovechar las oportunidades que se nos presentan para distribuir bastantes estampas y hojas informativas.

Procurar entregar a personas de ciertos gremios que tienen un buen efecto multiplicador. Las parroquias e iglesias son un núcleo eficaz de distribución. En algún caso, si una asociada tuviera especial amistad con un párroco, no habría dificultad en dejarle un pequeño lote de estampas y hojas (no muchas, es preferible que se le agoten y pida más) para que si no tiene inconveniente, las deje a la vista junto con otros objetos piadosos, libros, etc., que a veces suelen tener en la misma iglesia o en los locales de reunión parroquial. No hacerlo nosotras a las puertas de las iglesias. Recordar que interesa que consigamos donativos para los gastos que supone la impresión de la hoja informativa y de la estampa. El agradecimiento por un favor recibido, el propósito de reforzar con el sacrificio de la limosna una petición hecha, la penitencia o, en general, el deseo de ayudar a la difusión de esta devoción privada, que tanto bien hace a muchísimas almas pueden ser motivo para estimular la generosidad de la gente, tanto a través de muchas pequeñas limosnas, como mediante donativos de mayor cuantía".

Hasta aquí estas pinceladas, como dije al principio, que bien pueden esbozar o completar el retrato de dos hombres muy distintos, reunidos por el ejercicio del poder. A ese poder, lamentablemente, lo cobijan, por un lado, bajo el manto de la Iglesia, y lo ejercen sobre personas, los miembros del Opus Dei que con gran pureza de intención quieren acercarse a Dios. Para ello, estas personas abandonan lo bueno que Dios les deparó en la vida en aras de ese altar llamado Opus Dei. Su Norte y su guía ha sido, mientras vivió, monseñor Escrivá.

Monseñor Álvaro del Portillo prosigue ahora ese camino y no vacila en señalar a quienes guía la existencia de un nuevo "lucero", que no es sino luz fatua, espejismo de santidad. Seguir esa dudosa luz puede desorientar a las buenas almas que buscan la Verdad.

XII: LOS SILENCIOS

Sinceridad. "Sinceridad salvaje." Es lo que insistentemente se recomienda a todos los miembros del Opus Dei, llamados ahora "fieles" de la Prelatura. Hay que hablar y decir la verdad en la charla fraterna, antes llamada "confidencia", y en la confesión y en la charla semanal con el sacerdote. "Para que el demonio mudo no se apodere de nuestra alma, es preciso vivir la sinceridad." "Cuando ocurra

algo que no quisierais que se supiera, decidlo inmediatamente – corriendo- al Buen Pastor", decía monseñor Escrivá.

El adoctrinamiento del Opus Dei a sus miembros está basado esencialmente en vivir la sinceridad.

Por activa y por pasiva se habla de sinceridad en el Opus Dei. E igualmente se le repite hasta la saciedad a todos sus miembros que la sinceridad es la gran panacea para todos los males. Cuando me acerqué al Opus Dei, creí en la sinceridad de esa propuesta sana y saludable.

Pero, por desgracia, el Opus Dei calla y miente. Y esto causa una de las mayores desilusiones que uno se lleva al caérsele de los ojos la venda del fanatismo. En el Opus Dei se "silencia" la verdad constantemente. Mientras por un lado se insta a un miembro de la Obra a que se desnude espiritualmente frente a su directora o frente a su confesor, por el otro, esa misma directora es capaz, "con santa picardía", de silenciar el verdadero motivo o intención que la mueven a darle una indicación, la que sea.

Muchas veces pensé que, con el afán de vivir la discreción tan recomendada en el Opus Dei, y sin mala intención por parte de las superioras, se creaba un clima de misterio: desde no decir quién llegaba de un país a la casa central, hasta callar que alguien se iba a otro país. Tarde o temprano, uno acababa enterándose por encuentros fortuitos en la escalera o en el oratorio.

Esta clase de discreción es muy similar a la seguida en los regímenes totalitarios: la ausencia de información del dirigido afirma el poder en los dirigentes. El superior se siente poderoso al "conocer" lo que los demás desconocen. Y esto era el pan de cada día en el Opus Dei.

Mucho era lo que no se decía de monseñor Escrivá: ése era el "silencio" principal. Se callaban las cosas del Fundador desde lo más nimio a lo más serio: desde no mencionar, entre las mismas numerarias y sirvientas que limpiaban sus habitaciones, que muchos días monseñor Escrivá no se duchaba sino que se bañaba, hasta ocultar que un día monseñor Escrivá estuvo a punto de morirse. Le oí decir al Padre: "Me salvó la vida Álvaro, este hijo mío, con su gran serenidad." Nos enteramos solamente las que estábamos en la Asesoría Central, la tarde del día en que ocurrió, y porque el Padre vino con don Álvaro a contárnoslo. Pero el resto de la casa, que eran más de un centenar de personas, nunca supo nada hasta muchos meses después; a excepción de Rosalía López, claro está, que, por ser la doncella, presenció la escena.

No se decía abiertamente que monseñor Escrivá era diabético. Cuando él cayó en coma, don Álvaro lo advirtió de inmediato. Pudo forzarlo a abrir la boca y prácticamente le vació en ella el azucarero que había sobre la mesa, rociando el azúcar con agua para que la tragase, mientras urgía a Rosalía que pidiera en la cocina más azúcar y llamara al numerario médico del Padre, que vivía en la misma Villa Vecchia.

Supe que quienes estaban en la cocina -ignorantes de lo que pasaba-, cuando Rosalía pidió bruscamente "azúcar para el Padre", iban a darle Otro azucarero; pero ella le arrancó de las manos la lata grande a la que estaba encargada de la cocina y la subió corriendo al comedor.

Esto pasó el 27 de abril de 1954.

Nunca se habla en el Opus Dei de los "amigos" de la infancia del Fundador. ¿Los tenía? Sólo se conoce que era amigo de Isidoro Zorzano, según cuenta Daniel Sargent (Daniel Sargent, God's Engineer. Chicago (Scepter), 1954., donde detalla el Opus Dei como Instituto Secular.

También "silenció" el Opus Dei en sus casas este libro de Daniel Sargent), pero durante el Bachillerato. Y es el único amigo del que se habla.

Se "silencia" en el Opus Dei la razón por la que no se continuó y se terminó el proceso de la posible beatificación de Isidoro Zorzano, iniciado en Madrid el 11 de octubre de 1948, cuya proclama se fijó en la puerta de la catedral de Madrid y decía: "Causa de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios Isidoro Zorzano Ledesma, del Instituto Secular Opus Dei." Todos los miembros del Opus Dei hemos rezado a Isidoro. Y fue el modelo de una santificación de la vida ordinaria. Un hombre que no hizo ruido. ¿Se "lo silenció" porque se hizo santo a través del Opus Dei cuando éste era un Instituto Secular; y, ahora que se transformó en Prelatura, Isidoro no tiene posibilidad ya de ser beatificado? Lo cierto es que el Opus Dei ha "silenciado" este proceso. Como igualmente ha "silenciado" el de Monsita Grasses. Y ha puesto por delante el proceso de beatificación de monseñor Escrivá.

En el Opus Dei hay muchas cosas que se callan y muchas personas a quienes "se silencia", se las hace desaparecer balo el silencio. No se habla jamás de las personas que se fueron del Opus Dei ni de los que se suicidaron o intentaron suicidarse, ni de los que se volvieron locos.

Se calla el hecho de que una numeraria haya dejado el Opus Dei para casarse, como hizo por ejemplo, María Esther Ciancas, una de las numerarias que abrieron la fundación en México, hecho del que he venido a enterarme cuando yo también había dejado el Opus Dei.

Y con mayor razón no se habla de los sacerdotes que dejaron la Obra: el Opus Dei "los silencia" a todos. A pesar de que muchos de ellos han seguido en su sacerdocio; y otros pidieron la secularización, obtuvieron la dispensa del Santo Padre y se casaron regularmente por la Iglesia. De algunos supe cuando aún estaba en el Opus Dei, y recuerdo que, al enterarme por casualidad de un caso, llamé al consiliario al confesionario y le pregunté si era verdad lo que me habían contado. Me confirmó la noticia que me dieron por la calle, pero naturalmente me recomendó que "no dijera nada", aunque socialmente en Caracas era un tema del que se hablaba "sotto voce". De otros casos, me enteré al salir del Opus Dei.

El Opus Dei "silencia" la verdad, como dije y, para evitar comentarios dentro de la Obra, de muchas personas que dejaron la Institución, los superiores han dicho – caso con la mejor voluntad y sin darse cuenta de la responsabilidad que podría implicar semejante afirmaciónque estaban "enfermas" en unos casos, o "dementes" en otros, en lugar de decir claro y raspado que se fueron del Opus Dei.

Lo que yo considero más grave son los silencios que interfieren con la libertad personal. El Opus Dei, con celo encomiable, no quiere perder vocaciones que han pasado, por lo menos, una decena de años en la Institución. Olvidan la frase que le repiten a uno al entrar: "La puerta del Opus Dei está entornada para entrar, pero de par en par para salir." Quizá, sin darse cuenta de la peligrosidad de su táctica, "silencia" a las personas, las asusta o extorsiona y les crea un complejo de culpa que las lleva a "silenciar" su pertenencia al Opus Dei. Se han dado casos de personas que, al salir del Opus Dei, sufrieron una desgracia y la consideraron "castigo de Dios por haberse salido". Recuerdo muy bien el caso de la hija de una amiga mía que por mucho tiempo se torturó con esta idea.

Estos fríos silencios del Opus Dei echados sobre quienes se salieron han provocado diferentes reacciones. Hay quienes al salir de la Obra se apartaron de la Iglesia como forma de rechazo al Opus Dei. Otros siguen dentro de la Iglesia y, al haber conocido al Opus Dei de cerca, lo consideran una secta dentro, por desgracia, de la Iglesia Romana de Cristo. Y es curioso que casi todos los miembros que pertenecieron al Opus Dei, aun los que no se conocieron personalmente mientras pertenecieron a la Obra, coincidan públicamente en denunciar que el Opus Dei "silencia" la verdad.

Todo lo dicho no implica que no haya dentro del Opus Dei gente buena. No sólo buena: hay personas excelentes dentro del Opus Dei. Personas que todavía están cegadas por su propia buena voluntad y su credibilidad. Hay también otras buenas personas que, aun sabiendo cómo es el Opus Dei por dentro, no se atreven a expresar lo que piensan por miedo a ser "silenciadas" por la Institución. Y aquí podría presentar en abanico una serie de circunstancias que "retienen" a esas personas dentro del Opus Dei; por ejemplo, la edad en el caso de muchas mujeres mayores de cincuenta años, incluso profesionales que no han ejercido su profesión por largo tiempo, que íntimamente no están de acuerdo con aspectos importantes del sistema empleado por el Opus Dei. Sistema que algunas de ellas padecieron en su propia persona con penas y regaños, pero no sabrían adónde ir si a estas alturas salieran del Opus Dei. Empezar una vida fuera no es sencillo, sobre todo cuando se arrastra la carga de los años pasados en el Opus Dei. Y dejan correr así su vida en "silencio", por una causa de la que, ante Dios, no están convencidas.

Otro caso es el de los sacerdotes numerarios a quienes el Opus Dei "silencia" cuando han querido ejercer la caridad como lo manda la Iglesia, pero no como lo ordena el Opus Dei.

Generalmente son los sacerdotes que, con mayor personalidad y empuje y aun a costa de ser "silenciados", defendieron una causa justa. El Opus Dei se encargó de amonestarlos y de hacerles entender erróneamente que la falta de perseverancia en la Institución sería también falta de perseverancia en la Iglesia. Y los asustan diciéndoles que, si se fueran del Opus Dei, podrían caer en concubinato. Hace falta valor para que un sacerdote numerario mayor de cincuenta años de edad salga del Opus Dei por no estar convencido del sistema de la Obra. El cambio sería muy duro: pasar de la vida protegida y confortable de las casas del Opus Dei, al desamparo y a la pobreza de una parroquia de barrio. Y por ello, hay algunos que aceptan "las reglas del juego" del Opus Dei, se "silencia" y pasan una vida disconforme con su propia conciencia cara a Dios. No hay que olvidar que ha habido más de un caso de alcoholismo entre los varones del Opus Dei.

Hace años, cuando yo había dejado de pertenecer a la Obra, me tropecé con el caso curioso de un sacerdote de los típicos "silenciados" por el Opus Dei. Reconocía sin ambages que el del Opus Dei era un sistema nocivo, pero que no podía salirse de la Obra porque "había dado su palabra y tenía que cumplirla". Yo le sugerí que hablase con el obispo de aquel lugar y que se pusiera a sus órdenes, siempre como sacerdote, pero fuera del Opus Dei. Sus respuestas me dejaron impresionada. Incluyo aquí algunas de ellas: "Yo antes no había sido sacerdote, porque nunca se me ocurrió ser sacerdote antes de entrar a la Obra. Fue estando en la Obra que me ordené sacerdote "de la Obra"." "Yo no tengo nada que ver como sacerdote del Opus Dei con una labor de la Iglesia que no me haya sido encomendada por los superiores del Opus Dei. Y si a los niños de Vallecas les cuelgan los mocos, que se los limpie su párroco. Yo no tengo nada que ver con ello ni me importa. Y si una señora tiene tal o cual problema, pues allá a quien le toque. Yo no tengo nada que ver con ello, ni me toca hacerlo como sacerdote del Opus Dei. Ni me voy a preocupar por ello. " "Yo, como sacerdote del Opus Dei, he sido ordenado para servir a mis hermanos de la Obra y nada más y a nadie más. A no ser que los superiores [del Opus Dei] me indiquen otra cosa." Esta doctrina de los sacerdotes del Opus Dei al

servicio de la Prelatura antes que al servicio de la Iglesia no es nueva para mí. Lo había oído en diferentes ocasiones a monseñor Escrivá expresarse sobre este tema diciendo que "los numerarios del Opus Dei se ordenaban para servir a sus hermanos". Pero esto se silencia ante la Iglesia, y se dice lo contrario.

El Opus Dei, posiblemente con la mejor de sus intenciones, se arroga el derecho de "silenciar", privando de libertad a aquellos miembros que vacilan en su vocación, aislándolos y evitando su contacto con gente de fuera, obligándolos a una sumisión esclavizante por el tiempo que ellos, los superiores, juzguen "medicinal". En resumen, les quitan la libertad, los aíslan, los dejan incomunicados.

¿Cuál es la razón de que hombres y mujeres que salieron del Opus Dei tengan miedo de decir la verdad de lo que vieron, oyeron y, en muchos casos, sufrieron? Hay gente casada que teme que sus hijos puedan sufrir alguna afrenta del Opus Dei y guardan "silencio" sobre aquellos años de su vida, incluso ruegan que su nombre no salga a la luz porque "miembros de su familia que son del Opus Dei se apartarían de ellos para siempre".

El Opus Dei "silencia" a los espíritus críticos. No olvidemos lo que monseñor Escrivá repetía:

"No quiero grandes cabezas en la Obra porque se convierten en "cabezas grandes". Las medianías, si son fieles, son muy eficaces." Un ingeniero, un banquero, un científico, pocas veces tendrá problemas con los superiores de la Obra, pero un humanista, un filósofo, un teólogo se frustra en el Opus Dei. En el momento en que alguien -que a veces puede ser un sacerdote- descuella en el mundo de la Filosofía o de la Teología, es prácticamente seguro que el Opus Dei acaba "silenciándolo". Desaparece. Lo arrincona el Opus Dei. Acaba por irse de la Institución o pasa a ser paciente de psiquiatra. El Opus Dei no deja pensar ni especular. Existe una "censura interna" que revisa los artículos, libros, conferencias o cualquier publicación que un miembro intenta publicar. Y jovencitos "con buen espíritu", ignorantes en la materia, se atreven a hacerle correcciones. La prueba es que no existe una teología del Opus Dei. Los juristas pueden adquirir estatura dentro del Opus Dei. Pero los filósofos y teólogos no tienen cabida en la Obra. Esto es bien conocido públicamente. No estoy descubriendo nada nuevo, sino confirmando un hecho.

Y yo no me excluyo tampoco de haber sido verdugo usando el arma del "silencio" en el Opus Dei, acatando y participando en el juego de la "discreción". Me costó aceptar esa regla del juego, pero la acepté. Supe cómo escatimar la verdad o, mejor dicho, cómo "silenciarla". Y esto durante largo tiempo, como prueba de haber adquirido el "buen espíritu" del Opus Dei.

Años más tarde, vivir en Venezuela me ofreció una liberación, un recordarme mi auténtica manera de ser, un despertarme la conciencia para mirar primero a Dios y luego a todo lo demás: un "desfanatizarme". Y, como dije en la "Introducción" de este libro, no puedo aceptar a estas alturas ser "silenciada" por el Opus Dei, aun a riesgo de que intenten destruirme, porque creo en la defensa de la libertad espiritual y en la de los derechos humanos.

"Ese cielo tan rosado

es que el día está rompiendo.

Esta fiesta se ha acabado:

Cantaclaro se está yendo."

XIII: BIBLIOGRAFÍA SOBRE EL

OPUS DEI

ALBAS, Carlos: Opus Dei o chapuza al diablo. Barcelona (Planeta), 1992.

ARIAS, Juan: "Juan-Pablo II erige el Opus Dei en Prelatura Personal". El País (Madrid 24-8- 93).

ARTIGUES, Daniel: El Opus Dei en España. Vol 1 (1928-1957) Vol II Madrid (Ruedo Ibérico), 1968.

–Esprit. "Qu'est-ce que L'Opus Dei?" Paris, Novembre 1967.

BECARUD, Jean: De la Regenta al "Opus Dei". Madrid (Taurus), 1977.

BERGLAR, Peter: Opus Dei. Vida y Obra del Fundador José María Escrivá de Balaguer. Madrid (Rialp), 1987. Edición original en alemán: Opus Dei. Leben and Werk des Grunders Josemaría Escrivá de Balaguer. Salzburg (Otto Müller Verlag) 1983.

BERNAL, Salvador: Monseñor José María Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del fundador del Opus Dei. Madrid (Rialp), 1976, 2 ed. Edición inglesa: A Profile of Msgr. Escrivá Founder of Opus Dei. London (Scepter Ltd.), 1977.

BOIXADOS, Jordi: Opus Dei, retrat de família, Barcelona (Editorial Columna), 1993.

BOWERS, Fergal: The Work. An Investigation into the History of Opus Dei and how it operates in Ireland Today. Dublin (Poolhug Ltd, of Swords Ca.), 1989.

CARANDELL, Luis: Vida y milagros de monseñor Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei.

Barcelona (Laja), 1975, 2. edición, 1992.

CASANOVA, José Vicente: The Opus Dei and the Modernization of Spain. Michigan (University Microfilms International), 1983.

CONCILIUM, Theology in the Age of Renewal: The Church as Institution. Volume 1 Number 10, London, January 1974.

Constituciones del Opus Dei. Vol 1, 1950. Edición bilingüe. Traducción del latín al español por Luis Pérez Castro. Madrid (Tiempo), 1986.

Constituciones del Opus Dei. Vol II, 1982. Edición bilingüe. Traducción del latín al español por Matilde Rovira Soler. Madrid (Tiempo), 1986.

Colección Completa de Documentos Conciliares 1. Buenos Aires (Editorial Guadalupe) 1966.

CORDERO, Franco: Opus. Roma (Einaudi), 1972.

CREACH, Jean: Chroniques Espagnoles. Le Coeur et L'epée. París (Librairie Plon), 1958.

CUADERNOS-3: Vivir en Cristo. Apud Collegii Romani Sanctae Crucis, 1973.

DALMAU, Josep: Contrapunts. Al Camí de L'Opus Dei. Barcelona (Editorial Pértic), 1969.

DI GIACOMO, Maurizio: Opus Dei. Nápoli (Tulho Pironti Editore), 1987.

DOCUMENTOS MC: José María Escrivá de Balaguer: Itinerario de la causa de canonización.

Prólogo de Jesús Urteaga. Madrid (Ed. Palabra), 1991.

EGUIBAR, Mercedes: Monserrat Grasses: Christian Heroism in Ordinary Life. New York (Scepter Booklets), 1980.

ESCRIVA DE BALAGUER, José María: Camino. Valencia (Ediciones C.I.D.), 1939. Edición inglesa: The Way. New York (Scepter Publishers), 1979.

–Conversaciones con. México (Rialp Mexicana), 1968.

–Es Cristo que pasa. Homilías. Madrid (Rialp), 1974. Edición inglesa: Christ is passing by.

Manila (Sinag-Tala Pubhishers), 1974.

–La Abadesa de las Huelgas. Estudio Teológico Jurídico. Madrid (Rialp), 1974.

–The Christian Vocation. New York (Scepter Booklets), 1974.

–Time is a Treasure. New York (Scepter Booklets), 1974.

–Humility. New York (Scepter Booklets), 1974.

–Holy Rosary. New York (Scepter Booklets), 1974.

–Detachment. New York (Scepter Booklets), 1979.

–Christian Respect for the Person and bis Freedom. New York (Scepter Booklets), 1979.

–Woman Today: Her Role in the Family. New York (Scepter Booklets), 1980.

–Surco. Barcelona (Rialp), 1986. Edición inglesa: Furrow. London (Scepter Ltd.), 1988.

–Forja. México (Editora de Revistas S.A.), 1987.

ESTRUCH, Joan: L'Opus Dei: les seves paradoxes: iun estudi sociologic, Barcelona (Edicions 62), 1993.

–Santos y Pillos. El Opus Dei y sus paradojas, Barcelona (Herder), 1994.

FUENMAYOR, Amadeo de; GÓMEZ-IGLESIAS, Valentín; ILLANES, José Luis: El itinerario Jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma. 4 Ed. Pamplona (Ediciones Univ. de Navarra), 1990.

GARCÍA VIÑO, M.: Josemaría o la planificación de un santo. Madrid (Libertarias/Prohufi), Madrid, 1991.

GARVEY, J. J. M.: Parents. Guide to Opus Dei. New York (Sicut Dixit Press), 1989.

GONDRAD, François: Al Paso de Dios: José María Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Madrid (Rialp), 1985.

–Au pas de Dieu. Josemaria Escrivá de Balaguer fondateur de L 'Opus Dei. Paris (Editions FranceEmpire), 1982.

HELMING, Dennis M.: Footprints in the Snow. A pictorial Biography of Josemaría Escrivá the Founder of Opus Dei. New York (Scepter Publishers), 1986.

HERTEL, Peter: Ich Verspreche euch den Himmel, Geistliher Anspruch, gesellochafthiche Zicle und Kurchliche Bedeutung des Opus Dei.

LE VAILLANT, Yvon: Sainte Maffia. Le dossier de L'Opus Dei. Paris (Mercure de France), 1971.

LO CASTRO, Gaetano: Le Prelature Personali. Profili Giuridici. Milano (Dott A. Giuffré Editore), 1988.

MARTINELL, Francisco: Cristianos Corrientes. Texto sobre el Opus Dei. Madrid (Rialp), 1970.

MONCADA, Alberto: El Opus Dei. Una Interpretación. Madrid (Índice), 1974.

–Historia oral del Opus Dei. Barcelona (Plaza y Janés), 1987.

MORENO, María-Angustias: El Opus Dei. Anexo a una historia. Barcelona (Planeta), 1976.

–La otra cara del Opus Dei. Barcelona (Planeta), 1978.

–El Opus Dei. Creencias y Controversias sobre la canonización de Monseñor Escrivá. Madrid, 1992 (Literarias Prodhufi).

O'CONNOR, William: Opus Dei. An Open Book. (A reply to The Secret World of Opus Dei by Michael Walsh). Dublin (Mercier Press Ltd.), 1991.

OLAIZOLA, José Luis: Un escrito en busca de Dios (Planeta), 1993.

OPUS DEI: 21 preguntas a Mons. José María Escrivá de Balaguer. Texto publicado en la revista Semana, n.0 239. Caracas, noviembre 1972.

OPUS DEI: Excerpts from press interviews on Twenty Questions to Msgr. Escrivá. New York (Scepter Booklets),1 977.

ORLANDIS, José: Historia y espíritu. Pamplona (Eunsa), 1975.

PORTILLO, Álvaro del: Faithful and Laity in the Church. Ireland (Ecclesia Press), 1972.

PORTILLO, Álvaro del; PONZ PIEDRAFITA, Francisco, HERRANZ, Gonzalo: En memoria de Mons. José María Escrivá de Balaguer. Pamplona (Eunsa), 1976.

ROCCA, Giancarlo: L'Opus Dei. Appunti e documenti per una storia. Roma (Edizione Paoline), 1985.

ROPERO, Javier: Hijos en el Opus Dei, Barcelona (Ediciones B), 1993.

RUIZ, Carlos M.: Yo Argentina, esclavo del Opus Dei. Valencia (Brolisa), 1980.

San Francisco Chronicle: "Opus Dei's Roots in San Francisco Franco's Spain". June 1, 1986, page A-10.

SARGENT, Daniel: God's Engineer. Chicago (Scepter), 1954.

SECO, Luis Ignacio: La herencia de Mons. Escrivá de Balaguer. Madrid (Ediciones Palabra), 1986.

STEIGLEDER, Klaus: Das Opus Dei, Eme Innenauscht. Zürich (Benziger Verlag), 1983.

TAPIA, María del Carmen: Pro-Manuscripto, Consideraciones sobre el propuesto cambio de "status" para el Opus Dei. Santa Bárbara, 21 de abril, 1980.

URBANO, Pilar: "En defensa del Padre". Panorama. Madrid, 9 de marzo de 1992, p. 13.

VARIOS AUTORES: Estudios sobre Camino, Madrid (Rialp), 1988.

VARIOS AUTORES: Escrivá de Balaguer ¿mito o santo? Madrid (Libertarias Prodhufi), 1992.

VÁZQUEZ DE PRADA, Andrés: El fundador del Opus Dei. Mons. José María Escrivá de Balaguer (1902-1975). Madrid (Rialp), 1983.

WALSH, Michael: The Secret World of Opus Dei. London (Grafton Books-Collins), 1989.

Edición española: El mundo secreto del Opus Dei. Barcelona (Plaza y Janés), 1990.

YNFANTE, Jesús: La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y desarrollo de la Santa Mafia. Madrid (Ruedo Ibérico), 1970.

XIV: BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Actas del Congreso Internacional de Filosofía (Barcelona 4-10 octubre, 1948), con motivo del centenario de los filósofos Francisco Suárez y Jaime Balmes, tres volúmenes. Madrid (Instituto "Luis Vives" de Filosofía), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1949.

Actes du Concile Vatican II (Les). Textes intégraux des Constitutions, Décrets et Déclarations promulgués. París (Les Editions du Cerf), 1966.

ALTAMIRA, Rafael: Giner de los Ríos, Educador. Valencia (Prometeo), 1915.

ALTAMIRA Y CREVEA, Rafael: Problemas Urgentes de la Primera Enseñanza en España.

Madrid (Librería de los Sucesores de Hernando), 1912.

Bible de Jerusalem (La): Paris (Desclée de Brouwer Les Editions du Cerf), 1953.

Biblia de Jerusalén (La): Bilbao (Desclée de Brouwer), 1976.

BHARATI, Agehananda: The Ochre Robe. An Autobiography. New York (Doubleday Company Inc.), 1970.

BUIJTENHUIJS,.Robert: Le Mouvement "Mau-Mau" Une révolte paysanne et anti- oloniale en Afrique noire. Paris (Mouton Co.), 1971.

BURKE, Cormac: Conscience and Freedom. New York (Scepter), 1977.

–Conscience and Truth. New York (Scepter Booklets), 1977.

–CACHO VIU, Vicente: This is Spain. History. Madrid (Servicio Informativo Español).

–La Institución Libre de Enseñanza. 1. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881). Madrid (Ediciones Rialp), 1962.

CAMBELL, Joseph (Edited by): Myths. Dreams and Religion. New York (E.P. Dutton), 1970.

CANALS, Salvatore: Jesus as Friend. Original: Ascética meditada. Dublin (Four Court Press), 1979.

CASCIARO,J.M. and NAVARRO,J.L.: How to Understand the Bible. New York (Scepter Booklets), 1979.

CASIANO, Juan: Instituciones. Madrid (Rialp), 1957.

CÓDIGO DE DERECHO CANÓNICO: Edición bilingüe. Madrid (Biblioteca de Autores

Cristianos), 1983.

CREUSEN, Joseph: Religious Men and Women in the Code. Milwaukee (The Bruce Publishing Company), 1940.

DOCUMENTOS DEL VATICANO II: Constituciones, decretos, declaraciones. Madrid (Biblioteca de Autores Cristianos), 1967.

EHRLICH, Max: The Cult, New York (Simon Schuster), 1978-1979.

ELIADE, Mircea: Rites and Symbols of Initiation. New York (Harper Row Publishers Inc.), 1958.

ELLWOOD, Robert 5. Jr.: Alternative Altars. Unconventional and Eastern Spirituality in America.

Chicago (The University of Chicago Press), 1979.

ESTRUCTURAS DE RELIGACION: Apud Comentario Sociológico. Estructura Social de España. Madrid (Confederación Española de Cajas de Ahorro), julio- iciembre de 1985.

FERNÁNDEZ, Miguel A.: Las Iglesias Protestantes. Chicago (Claretian publications), 1972.

FROUDE, James Anthony: Life and Letters of Erasmus. London (Longmans, Green Co.), 1906.

GALLEGOS, Rómulo: Cantaclaro. Obras completas. Tomo 1. Madrid (Aguilar), 1976.

GINER DE LOS RÍOS, Francisco: La verdadera descentralización de la enseñanza.

HASTINGS, Adrian: A Concise Guide to the Documents of the Second Vatican Council.

Volumen 1. London (Darton, Longman Todd), 1968.

–A concise guide to the documents of the Second Vatican Council. Volumen II. London (Darton, Long-time Todd), 1969.

HOYOS, Federico: Colección completa de documentos conciliares 1. Buenos Aires (Editorial Guadalupe), 1966.

HUGHEY, John David Jr.: Religious Freedom in Spain. Its Ebb and Flow. London (The Carey Kingstate Press Ltd.), 1955.

JOHN PAUL II: Letter on the Holy Eucharist. New York (Scepter Booklets), 1980.

JOHNSON, Paul: Pope John Paul II and the Catholic Restoration. New York (St. Martin's Press), 1981.

KILDUFF, Marshall and JAVERS, Ron: Suicide Cult. The Inside story of the Peoples Temple Sect and the Massacre in Guyana. New York (Bantam Books), 1978.

LEPPER, John Heron: Famous Secret Societies. London (Sampson Low, Marston Co. Ltd.).

LERNOUX, Penny: People of God. The Strugle for World Catholicism. New York (Viking), 1989.

LUCIANI, Albino: Illustrissimi. Letters from Pope John Paul I. Boston (Little, Brown and Company), 1978.

LUZURIAGA, Lorenzo: La Institución Libre de Enseñanza y la educación en España. Buenos Aires (Universidad de Buenos Aires Editorial), 1957.

MACKAY, John A.: The Other Spanish Christ. New York (The Macmillan Company), 1932.

MACKENZIE, Norman (Edited by): Secret Societes. London (Aldus Books Ltd.), 1967.

MELTON, J. Gordon: Encyclopedic Handbook of Cults in America. New York London (Garland Publishing Inc.), 1986.

NICOLÁS, Antonio T. de: Powers of Imagining. Ignatius of Loyola. Albany (State University of New York Press), 1986.

OKADA, Mokich: Johrei. Kyoto (The Society of Johrei), 1984.

PANIKKAR, Raimundo: Cometas. Fragmentos de un diario espiritual de la postguerra. Madrid (Euramérica), 1972.

–Religión y Religiones. Madrid (Gredos), 1965.

–"Max Planck (1858-1947)", Arbor, 24. Madrid (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), 1947, pp. 387-406.

–The Intra-religious Dialogue. New York (Paulist Press), 1978.

PICHON, Jean-Charles: Histoire Universelle des Sectes et des Sociétés Secretes. París (Robert Laffont), 1969.

PIGNEDOLLI, Sergio (Cardenal): Divine Ways on Earth: Msgr. Escrivá de Balaguer. New York (Scepter Booklets), 1976.

Pío XII: Provida Mater Ecclesia, 2 de febrero de 1947.

PORTILLO, Alvaro del: On Priesthood. Chicago (Scepter), 1972.

–The Priest and his image. New York (Scepter Booklets), 1976.

RAMSEY, Jan T.: Religious Language. An Empirical Placing of Theological Phrases. New York (The Macmillan Company), 1967.

RIES, Julien: Les chemin du Sacré dans l'histoire. Paris (Editions Aubier), 1981.

RISSHO KOSEI-KAI: Adapted translation of the Japanese book with the same title, first published in november 1965, Tokyo (Hinode Printing Co.), 1966.

ROBBINS, Thomas (compiled by): Civil Liberties "Brainwashing" and " Cults". A Select Annotated Bibliography. 2nd Edition. Revised and Expanded. Berkeley (Center for the Study of New Religious movements) enero de 1981.

RYNNE, Xavier: Letters From Vatican City. Vatican Council II (First Session): Backgnound and Debates. New York (Farrar, Straus Company), 1963.

–The Second Session. The Debates and Decrees of Vatican II, September 29 to December 4, 1963. New York (Farrar, Straus Company), 1963.

–The Third Session. The Debates and Decrees of Vatican Council II. September 14 to November 21, 1964. New York (Farrar, Straus Giroux), 1964.

–The Fourth Session. The Debates and Decrees of Vatican Council II, September 14 to Decemben 8, 1965. New York (Farrar, Straus Giroux), 1965.

SALINAS, F.: Friendship. New York (Scepter Booklets), 1980.

SECOND VATICAN COUNCIL (THE): Decree Ecumenism. New York (The America Press), 1965.

SMITH, Huston: The Religions of Man. New York (Harper Row), 1965.

SMITH, Robert J.: The "Ecole Normale Supérieure" and the Third Republic. Albany (State University of New York Press), 1982.

SOLZHENITSYN, Aleksandr I.: The First Circle. New York (Harper Row), 1969.

SULLIVAN, Jean: Monning Light, The Spinitual jounnal of Jean Sullivan, New York (Paulist Frans, 1988.

TAGORE, Rabindranath: The Collected Poems and Plays of Rabindranath Tagore. New York (Macmillan and Company), 1967.

URTEAGA, Jesús: Man the Saint. Original title: El valor divino de lo humano. Chicago (Scepter), 1963. Vatican Council II. The Concilian and Post Conciliar Documents. General Editor: Flannery, Austin. Dublin (Costello Publishing Company), 1975.

VOLPE, Gioacchino: Movimenti Religiosi e sette ereticali. Florencia (G.C. Sansoni Editore), 1961.

WILDE, Oscar: Poems, Fictions, Plays, Lectures, Essays and Letters (N. Montgomery y Hyde), editor. New York (Clarendon Press), 1982.

WILSON, Bryan R.: Patterns of Sectarianism. London (Heinemann), 1967.

–Sects Society. A Sociological Study of the Elim Tabernacle, Christian Science, and Christadelphians. Berkeley Los Angeles (University of California Press), 1961.

WOODROW, Alain: Les Nouvelles Sectes. Paris (Editions Du Seuil), 1977.

WOODWARD, Kenneth L.: Making Saints. How the Catholic Chunch Determines Who Becomes a Saint, Who Doesn't, and Why. New York (Simon and Schuster), 1990. Edición española: La Fabricación de los Santos. Barcelona (Ediciones B), 1991.

WOOYWOD, Stanislaus: Canonical Decisions of the Holy See. New York (Joseph F. Wagner), 1933.

–(Revised by Callistus Smith): A Practical Commentany on the Code of Canon Law. New York (Joseph F. Wagner, Inc.), 1957.

YALLOP, David A.: In God's Name. An Investigation into the Murder of Pope John Paul I. New York (Bantam Books), 1984.

Libros Tauro

http://www.LibrosTauro.com.ar

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
13/09/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com